



# Bolívar

Acción y utopía  
del hombre de las dificultades

Miguel Acosta Saignes

# Bolívar

Acción y utopía  
del hombre de las dificultades

Miguel Acosta Saignes

## **Bolívar, acción y utopía del hombre de las dificultades.**

Miguel Acosta Saignes

Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información; Av. Universidad, Esq. El Chorro, Torre Ministerial, pisos 9 y 10. Caracas-Venezuela

[www.minci.gob.ve](http://www.minci.gob.ve) / [publicaciones@minci.gob.ve](mailto:publicaciones@minci.gob.ve)

### DIRECTORIO

**Hugo Rafael Chávez Frías**  
Presidente de la República Bolivariana de Venezuela

**Mauricio Rodríguez Gelfenstein**  
Ministro del Poder Popular para la Comunicación y la Información

**Alejandro Boscán**  
Viceministro de Estrategia Comunicacional

**Elena Salcedo**  
Viceministra de Gestión Comunicacional

**Roberto Malaver**  
Director General de Difusión y Publicidad

**Gabriel González**  
Director de Publicaciones

**Ingrid Rodríguez**  
Diseño y diagramación

**Arturo Casal**  
Portada

**El Perro y la Rana**  
Edición

Depósito Legal: lf87120109003960. Noviembre, 2010.  
Impreso en la República de Venezuela



*No es que los hombres hacen los pueblos,  
sino que los pueblos, en su hora de génesis,  
suelen ponerse, vibrantes y triunfantes,  
en un hombre.*

JOSÉ MARTÍ

# Introducción

*Afortunadamente la historia de los pueblos  
—así como la de la humanidad— está aún por escribirse...*

MANUEL MALDONADO DENIS

**E**l examen, estudio y análisis de la vida de Bolívar es también, y necesariamente, el de los ejércitos que él y sus compañeros militares formaron, conservaron, rehicieron, cuidaron, guiaron, vieron morir y vencer, así como el de todo el gran proceso político llamado a veces “revolución de independencia” y frecuentemente “guerra de independencia”. Esta última denominación es incompleta pues se refiere sólo a hechos bélicos. Ellos fueron sin duda importantísimos y a veces decisivos en ciertas etapas, mas sólo como una porción del inmenso proceso político en cuyo fondo estaban las fuerzas productivas, cuyo dominio se convirtió en objetivo de lucha entre los colonialistas españoles y los criollos propietarios de tierra y esclavos y de capitales mercantiles. Tal rivalidad se

desenvolvió en medio de factores internacionales, constituidos por oposiciones entre las grandes potencias europeas, en escala mundial, y por sus rivalidades seculares en el Caribe, donde entraba como otro rasgo la contradicción entre la vigorosa república de negros de Haití, quienes en una verdadera epopeya de la libertad habían creado la primera nación de descendientes de africanos en América y las colonias insulares donde los africanos y sus descendientes, esclavizados, tendían hacia ella como inevitable paradigma de redención. Cuando comenzó el esfuerzo por emanciparse en la Tierra Firme, también hacia acá miraron los oprimidos de las Antillas. Las potencias coloniales que los explotaban se encontraron entonces entre el miedo al contagio libertador, desde las costas continentales, y el posible aprovechamiento de nuevas condiciones económicas libertadas de España, que podrían favorecer las ganancias comerciales, penetraciones en países de regímenes incipientes y hasta, tal vez, la neocolonización.

No es posible estudiar a Bolívar fuera del gran contexto político internacional, americano y europeo, dentro del cual hubo de actuar, ni aislarlo siquiera momentánea o metodológicamente, como solitario de capacidades eminentes cuyo solo genio lo llevó a ser guía y héroe. Así lo presentan muchos historiadores y políticos, para que la enseñanza de su esfuerzo resulte baldía y para que las masas combatientes en el mundo de la segunda parte del siglo XX, no vean ejemplo y enseñanza en las peleas de los esclavos, de los pardos, de los indios, de los mestizos, quienes formaron los ejércitos de la liberación. Nosotros lo vemos como el genio resultante de los esfuerzos de muchos sectores: el de los criollos dirigentes del proceso de libertad con sus propios designios; el de los ejércitos mixtos, que sufrieron infinitos sacrificios y enseñaron a Bolívar cómo

era en realidad su vida cotidiana, en marchas innumerables a través de Venezuela, de Nueva Granada, de Perú, hasta del Potosí; el de los esclavos, también, que en algunas regiones, como en el oriente de Venezuela en 1813 y 1814, lucharon con entusiasmo al lado de los patriotas y en ocasiones, como durante esos mismos años en los Llanos, erraron el camino del progreso inmediato, que era la libertad nacional, pero obligaron al propio Bolívar, y a los criollos, a tomarlos en cuenta como inmensos factores en la lucha. No sólo el deseo de Pétion, en 1816, llevó a Bolívar a promulgar la libertad de los esclavos en Carúpano y en Ocumare, sino el convencimiento, nacido de la lección del Año Terrible de 1814, de que no se podría lograr éxito sin contar con el concurso de todos los sectores, incluidos los esclavos, bravísimos combatientes que nada tenían que perder, sino sus cadenas.

Bolívar sintetiza históricamente el esfuerzo de miles y miles de combatientes a quienes él condujo, pero de quienes aprendió, y sin los cuales nada hubiera podido hacer. Pardos, mestizos, negros, indios, blancos, constituyeron los ejércitos de Sucre, de Páez, de Mariño, de Piar, de Urdaneta, de Flores, de Montilla; y a ellos se añadieron durante algunos años legionarios de otras sociedades, venidos de Europa a sufrir y luchar en tierras tremendas, a veces por la paga del mercenario, a veces por el convencimiento del inconforme. Sin el ejército de Mariño y sus negros y mulatos antillanos, junto a los esclavos de Paria, poco habría logrado Bolívar después de la Campaña Admirable de 1813, ni habría podido volver a Tierra Firme e internarse en Guayana, después de su fracaso de Ocumare. Sin Piar no habría obtenido el dominio de Guayana; sin Páez no hubiera podido cruzar los Andes para libertar a Nueva Granada en Boyacá. En las constituyentes y en los congresos

estuvieron siempre presentes militares, pero, de manera muy decisiva casi siempre, civiles como Revenga, Roscio, Zea, Unanue, Olmedo y tantos otros dedicados a la economía, la política, la diplomacia, la legislación y guardianes de los intereses de su clase. En altos cargos directivos lo acompañaron Santander, Soublette, Gual, y varios que a veces, como los dos primeros, fueron también militares de primera fila. No fueron, ni los militares ni los civiles, compañeros sumisos, ni áulicos sin ideas, ni marionetas complacientes. Esos y muchos otros fueron con frecuencia sus opositores, a veces hasta sus adversarios, pero todos en conjunto realizaron la gran tarea política de la emancipación y contribuyeron unos a las grandes victorias cívicas de las constituyentes, los congresos, las municipalidades, las magistraturas, y otros a los episodios bélicos de la complejísima contienda. Conformaron naciones, vencieron a los poderosos colonialistas del Imperio español y sentaron bases para las transformaciones que en medio de otras amenazas, de otros colonizadores y neocolonizadores, fueron creciendo. Cualquiera de las grandes figuras cívicas o militares de la emancipación de Venezuela que sea estudiada, deberá serlo siempre con atención a las fuerzas históricas, económicas, sociales, tradicionales, dentro de las cuales se formaron. Bolívar, a quien sus grandes capacidades individuales contribuyeron a colocar en el papel eminente, fue el producto de la gran pugna liberadora, no sólo en Venezuela, sino en Nueva Granada, Ecuador, Perú y Bolivia. Algunos jefes, como Páez, resultaron figuras sólo nacionales en el proceso; otras, como Santiago Mariño, de significación también nacional, pero con una actuación resaltante en cierta época, en una región limitada: el oriente. Otros, como Urdaneta o Montilla, actuaron en más de una república. Sucre compartió

con Bolívar muchas capacidades, el genio de la guerra y la extensión del escenario. Cierta número de civiles y militares tuvieron destinos limitados. Algunos anduvieron de unas en otras naciones crecientes, como Flores. Muchos, como Girardot, dieron la vida fuera del suelo nativo.

Los ejércitos también anduvieron, como los generales o los juristas. El batallón Rifles tuvo una prolongada vida de batallas. A través del tiempo quedaron en él sólo unos pocos sobrevivientes, pero como entidad popular perduró por todos los confines de América. El batallón Boyacá, el Voltígeros, el Carabobo, anduvieron por desiertos y alturas nevadas. Venezolanos y granadinos se fueron al Sur. Encontraron a chilenos y argentinos. Representantes de los pueblos americanos ganaron en Junín y Ayacucho. Unos habían ido del Norte, veteranos de Boyacá, de Pichincha. Otros habían combatido en Chacabuco y Maipú y ascendían desde los territorios meridionales hasta encontrar a sus hermanos de combate. Símbolo de las lejanías de donde fueron los combatientes hasta las alturas peruanas, es aquel soldadito venezolano que en la noche anterior a la batalla de Ayacucho cantó con su cuatro una copla de nostalgia:

Ay, Cumaná, quien te viera  
y por tus calles paseara  
y en San Francisco asistiera  
a misa de madrugada.

Lo sometieron a silencio y, en castigo por haber trasgredido las órdenes, no fue autorizado a pelear al día siguiente. Quizá eso le permitió, tiempo después, contar el cuento en las tierras orientales de Venezuela.

Ha existido un “culto a Bolívar” con verdaderos sacerdotes mantenedores de la limpieza no sólo del recuerdo, lo que sería válido, sino de una pretendida pureza de acciones y también de pensamientos. Uno de los pontífices de ese culto hasta ha llegado a publicar el *Diario de Bucaramanga* escrito por Perú de Lacroix, expurgado de los pasajes que a él le han parecido falsos. En lugar de exponer las piezas históricas al criterio de la interpretación universal, muchos historiadores tienen “su” propio Bolívar. Desde luego, esto posee sentidos diversos, algunos de los cuales han sido advertidos por otros analistas. Entre ellos sólo mencionaremos aquí el de la utilización de Bolívar como símbolo paralizante. Han predominado exégetas de su pensamiento para quienes en los escritos y la obra del Libertador estaban prefijados absolutamente todos los cambios futuros, desde la educación hasta la reforma agraria, desde las uniones panamericanas, con el imperialismo a la cabeza, hasta la filosofía política. El Libertador quedó convertido, después de 1830, en un mito acomodado a las ambiciones de los caudillos, de los dictadores, de los agentes nacionales de la neocolonización. A las masas se les repiten algunas de sus frases. Lo presentan como una especie de semidiós infalible y de hombre a quienes todos los generales y civiles del proceso de la independencia siguieron sumisos y obedientes. Bolívar es todo lo contrario: hombre surgido de su sociedad con entera conciencia de ello; pleno, por consiguiente, de contradicciones; combatido por hombres como Santander, o como Páez en otro sentido; seguido sólo a veces en constituyentes y congresos, utilizado como jefe de la guerra por sus grandes capacidades militares hasta Ayacucho, pero limitado en sus atribuciones como en el caso de esa batalla que no pudo dirigir por un decreto del

Congreso de Colombia que anuló facultades antes concedidas; combatido por los federalistas, por su convencimiento de que la independencia no se podía lograr sin regímenes centrales, para evitar acciones anárquicas; objetado prudente pero firmemente en Bolivia, en su proyecto de Constitución, del cual rigió durante unos dos años sólo una sombra de lo que había propuesto; combatido en Perú, cuando ya los ejércitos habían cumplido la misión de libertad por temor a que los empleara para mantener la dictadura; objetado en su propia patria en sus últimos años de vida. Nada más diferente a un demiurgo o a un santón. Bolívar fue un extraordinario ser humano, de inagotable energía y capacidades increíbles, al servicio de una causa históricamente progresiva. Vivió los ideales de su clase, impulsó algunos y entró en contradicción con otros, como cuando se convirtió en el gran líder de la libertad de los esclavos, decretada por él en Carúpano y en Ocumare, y pedida a los congresos constituyentes, desde Angostura en 1819, hasta Bolivia en 1826, sin éxito.

Algunos afirman a veces, que es preciso estudiar a Bolívar como hombre, no como semidiós, pero al analizarlo se queda en rasgos personales, en anécdotas. Los mantenedores de su culto antipopular pretenden esculcarle hasta los entresijos del pensamiento. Según ellos, no quiso decir esto sino eso otro; no sentía de tal modo, sino como ellos lo imaginan. Lo cual, por cierto, conduce a preguntarse hasta dónde es posible estudiar a un ser humano desaparecido en cuanto fue su personalidad. De esta quedan sus escritos, sus hechos, sus proclamas, pero no es posible pretender la adivinanza de los resortes íntimos de su psicología, menos cuando escribía, siempre, con la conciencia de su condición pública. A veces mandaba destruir la correspondencia, cuando comunicaba

proyectos confidenciales o temía la divulgación de sus planes, capaz de alertar al enemigo. Así, nadie puede saber cuándo concibió la idea de atravesar los Andes por el páramo de Pisba. Al partir de Arauca hacia Casanare, el ejército no conocía sus designios. Escribió al vicepresidente Zea sus proyectos a medias, y sólo algunos oficiales iban sabiendo cuáles serían las etapas del viaje. La última a nadie la confió sino a última hora, cuando ya prácticamente comenzaba el paso de los páramos. Toda la correspondencia de Bolívar es de índole política, es decir, pública, destinada a lograr un determinado fin. Por supuesto, se exceptúan sus mensajes amorosos, de conocimiento útil para juzgar ciertos rasgos de su personalidad, pero no ligados a toda la obra consuetudinaria de dictado que realizó sin tregua, como fundamento parcial de las batallas políticas y militares.

Presentamos aquí un ensayo de interpretación diferente de lo usual, una introducción a futuros trabajos que han de ser producto de muchos investigadores, historiadores, sociólogos, pensadores. Indicamos una vía para la interpretación del Libertador y un lineamiento general de lo que en nuestra opinión debería hacerse para el análisis de las grandes figuras históricas. Comenzamos con un capítulo sobre la economía colonial. La independencia fue un proceso para lograr la libertad económica de los criollos. Estos, ya en 1749, a través de Francisco de León, protestaron contra el monopolio de la Compañía Guipuzcoana. Los mantuanos venezolanos a mitad del siglo XVIII aspiraban a la libertad de comercio. Producían suficientemente para emprender mayores exportaciones que las permitidas por los reglamentos de la compañía. Y aspiraban a producir más, si podían conseguir libertad de movimiento, de expansión, de intercambio. Fruto de la con-

ciencia nacionalista incipiente de los productores criollos fue también el movimiento llamado de Gual y España, en 1797. En 1806 no ayudaron a Miranda, pero tuvieron su propio intento frustrado en 1808. No es posible comprender por qué los mantuanos pelearon desde 1810, sin acercarnos a un conocimiento siquiera somero de lo producido en Venezuela durante el siglo XVIII.

Como segunda parte de nuestro estudio, esbozamos una historia de Bolívar desde 1813 hasta Ayacucho. Durante esa época, fue guerrero, legislador, diplomático, constructor de ejércitos, convocador de constituyentes y congresos, viajero infatigable, economista, impulsor de la educación. Mostramos los aspectos fundamentales para nuestro propósito, de no aislarlo de los ejércitos que construyó y condujo, de los otros guías, como Mariño, Páez y Sucre, de los acontecimientos fundamentales. Aspiramos a interpretarlo objetivamente dentro de la tempestad de la independencia, para lo cual resulta indispensable seguirlo por los campos de batalla, por las ciudades de la organización política, a través de los Andes, en los éxitos y en los fracasos. El lector verá las luchas de clases dentro de las cuales se encontró, cómo llegó a entrar en contradicciones insalvables para la época, con los criollos de Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú y Bolivia, lo cual se expresa sobre todo en el examen de la Constitución de Bolivia. No hemos descrito batallas, sino analizado mensajes políticos, pero seguimos cronológicamente, tanto la instalación de los congresos como las fechas de los principales sucesos bélicos. Concebimos la pelea por la independencia como un largo proceso múltiple y complejo. Para examinarlo en forma completa se necesitarán muchos libros y muchos autores. Naturalmente, al seguir la actividad

de Bolívar, seguimos la de los ejércitos, tan olvidados por los historiadores. Se verá cómo el ejército del Llano es un producto histórico, cuya raíz se remonta a la población de los Llanos por los indígenas y a la dispersión de los ganados cimarrones desde el siglo XVI. Ello significó la configuración de una zona cultural con caracteres muy precisos, decisiva para el desarrollo de las luchas de la independencia. Muchas falacias se han escrito sobre el Llano. Intentamos sentar las bases para un análisis cabal de su significado, no solamente el de que allí pudo Páez ganar batallas a Morillo, sino el de que eso fue posible por circunstancias históricas cuyos elementos señalamos al lector.

La tercera parte está dedicada al Congreso de Panamá. Tema siempre interesante, máxime en el año de su sesquicentenario. Bolívar, como todos los grandes genios de la humanidad, creó utopías, especialmente dos: un modelo de gobierno para Bolivia, trocado en simple realidad común y corriente, de manera muy cortés, por los convencionistas bolivianos, y una utopía internacional: la del Congreso Anfictiónico, obstaculizado hasta su muerte por los Estados Unidos. Hecho histórico interesante: han sido precisamente los principales causantes del fracaso de la anfictiónía quienes más han invocado después la idea confederativa de Bolívar para impulsar todas las alianzas panamericanas, donde el lobo guía a las caperucitas, y para justificar, con toda clase de tergiversaciones del pensamiento bolivariano, el dominio imperialista, disfrazado de uniones, alianzas y organizaciones. Ninguno de los utopistas predecesores de Bolívar tuvo el privilegio de aquilatar su modelo en el cotejo de la realidad social. El Libertador pudo hacerlo en Bolivia. Como verá el lector, de la más sorprendente manera fue apagado hasta el fuego de

las innovaciones liberales. Todo quedó en el marco grato a los propietarios de esclavos, los explotadores de siervos indígenas y los clericales aprovechadores de diezmos y primicias.

En la última parte resumimos algunos puntos de vista, tratamos de explicar algunas correlaciones y damos un vistazo general a lo aprendido en el acompañamiento de Bolívar a través de su acción política, bélica y utópica. Intentamos dejar trazada una vía de interpretación de una vida eminente, de un guía excepcional en las contiendas por la libertad, sin ocultar sus contradicciones consustanciales con todos los seres humanos y muy especialmente con los miembros de las sociedades de clases. No podía ser Bolívar el ente inmovible a quien muchos han tratado de pintar. Fue un ser humano prodigioso por su capacidad de trabajo, por su dedicación tenaz a una obra de libertad en cuya ejecución sufrió sinsabores y recibió agresiones, y por la multiplicidad de sus talentos: político con extensa mirada de estrategia, sociólogo de acertadas concepciones en su época, guerrero incansable, conductor de masas, escritor excepcional, periodista precursor, adelantado en multitud de aspectos que la historia desarrollaría ampliamente, como disciplinas especiales; las relaciones públicas, la diplomacia abierta, el movimiento de las masas como factor político.

Hemos desarrollado hasta donde el tema y su posible extensión lo permitían, el examen de los ejércitos libertadores. Estos forman parte de la historia de los pueblos latinoamericanos y son recordados siempre sólo a través de los nombres de sus grandes jefes. Pero está por escribir lo apenas iniciado aquí: la vida del pueblo en armas para lograr la libertad. En la segunda parte conocerá el lector la alimentación, los vestidos,

las privaciones, las armas, los instrumentos de los llaneros, los orientales, los andinos. Bolívar se hizo Libertador en medio del pueblo en combate. De la realidad vivida obtuvo las inspiraciones de su obra en cotejo permanente con la lectura de los creadores de la Revolución Francesa y con su erudición sobre los clásicos universales.

Quedan apuntadas vías de estudio, comienzos de análisis de diferentes puntos como el de la formación económico-social de los Llanos venezolanos, el de los grandes escritos de Bolívar como expresión de los propósitos e interpretaciones de su clase, el de las contradicciones entre Bolívar y los mantuanos, el de las oposiciones fundamentales, desde el siglo XVIII, entre criollos propietarios de tierras y sus esclavos, etc. Para honrar a Bolívar en el sesquicentenario de su gran utopía internacional, bueno es no repetir, sino indagar, poner al descubierto los falsos análisis que han rodeado su obra, estudiarlo como ser humano expresivo de la dialéctica de su sociedad, en contradicción muchas veces con los principios que ella le infundió y en oposición muchas otras con las fuerzas, retrógradas de la propia estructura donde fue hecho guía, las cuales frenaban toda posibilidad de mutación realmente transformadora. Nuestro esfuerzo ha sido el de una interpretación clasista de Bolívar, no repitiendo lo dicho respecto de historias suyas escritas ya, sino con el estudio de los archivos de él mismo, de Sucre, de Páez, de Santander, y las narraciones de quienes fueron actores en el desarrollo de la independencia: Urdaneta, O'Leary, Páez. Quien trate de escribir la verdadera historia de los libertadores, de los trabajadores, de los pobres, ha de elaborar sus propios materiales desde la raíz. Durante siglos hemos tenido historias de los países latinoamericanos y del Caribe y las

Guayanas, elaboradas por los colonialistas y sus seguidores criollos. O también por los neocolonizadores imperialistas y sus paniaguados y teorizantes. Unos cuantos disidentes han comenzado a escribir la verdadera historia. Nos esforzamos por estar con ellos. Entre los temas eminentes está Bolívar. Su personalidad suscita muchas preguntas de la mayor significación: ¿cuál es el papel del individuo en la historia? ¿Hacen algunos individuos geniales la historia, convenciendo a las sociedades de lo que les parece preferible? ¿Cuál es el papel de las masas en la historia? ¿Siguen ciegamente a los grandes guías o los impulsan con su acción, hasta ahora no analizada adecuadamente en la mayor parte de los casos? ¿Cuál fue el papel de los esclavos en la gran contienda política de la independencia? ¿Cuáles fueron las realizaciones de Bolívar correspondientes a los ideales de su clase, los mantuanos? ¿Reflejó Bolívar a su sociedad? ¿En qué sentido? ¿Entra alguna vez Bolívar en contradicción con los sectores que lo eligieron repetidamente como conductor? ¿Dio marcha atrás individualmente, al final, mientras tenían razón los "liberales" que los impugnaban? ¿Fue Bolívar un sacrificado por su clase después de haberlo empleado, o simplemente hubiera podido imponer sus puntos de vista después de adquirida la independencia por las naciones liberadas en la lucha que él condujo? Sobre algunas de estas cuestiones verá el lector respuestas. Algunas más detalladas, otras sólo muy inicialmente. Restan algunas por contestar.

En la exposición hemos procurado no contagiarnos con los adjetivos usados casi siempre por los historiadores a propósito de Bolívar, de los generales y doctores de la emancipación, de las batallas y de las acciones de los personajes eminentes. Sin duda son útiles los adjetivos, pero no hemos

querido emplearlos con la utilidad intentada comúnmente. A los cultores ciegos del Libertador, portadores de intenciones, conscientes o inconscientes, de usarlo para perturbar la comprensión de la historia, los adjetivos sirven para orientar a los lectores, para inculcarles valores de apreciación o sentimientos de aversión. Para ellos todos los libertadores son dignos de los mayores encomios; los españoles, siempre malvados, criminales o crueles; los patriotas, justos, responsables y comedidos; los adversarios, asaltantes, violadores, incendiarios. Lo cual evita comprender cómo la lucha por la independencia fue realizada por seres humanos impulsados por la injusticia, a veces equivocados, a veces llevados a la fuerza a los combates. E impide también señalar que las luchas de los colonialistas contra los colonizados adquieren siempre caracteres tremendos, porque los colonizadores no sueltan presa e inducen a los colonizados a las mayores violencias. No es posible entender la historia de la independencia, de América Latina, del Caribe, de las Guayanas, si no se coloca dentro del contexto universal de la lucha contra los colonialismos. El lector observará cómo hemos usado el término “colonialista” muchas veces como sinónimo de “realista”. También el de “colonizados” por “patriotas”. Se trata simplemente de llamar las cosas por su nombre. La mayor parte de los historiadores venezolanos, hasta ahora han escrito con gran remilgo sobre cuanto fue simplemente una gran empresa colonial por parte de España. Con mil artificios tratan de probar que se trató simplemente de una gran obra de civilización de la España imperial y toda impugnación a la empresa colonial con su nombre, suscita repudio. A propósito de una obra anterior nuestra, sobre los esclavos negros, se escribió que éramos antiespañoles porque escribíamos la verdad sobre

lo que fueron las Leyes de Indias: un monumento de dominio colonialista, para someter a los indios y a los africanos, trasladados por la fuerza a América. Ha sido uso académico estudiar esas Leyes de Indias como expresión de la mayor sabiduría paternalista. Se saltan nuestros historiadores a la torera nada menos que a Fray Bartolomé de las Casas, quien no creyó en papeles sino en hechos, no defendió la teoría escrita, sino que atacó la explotación realizada, no defendió a los colonialistas armados de espadas, cruces y papeles, sino a los indios asesinados y obligados a trabajar sin descanso, en las minas, en las profundidades de las aguas marinas, en los páramos frigidísimos y en las tierras cálidas y enfermizas. No es ser enemigo de España ni de ningún país llamar por su nombre a un imperio colonial, tan despiadado como todos sus similares. Claro que nadie confunde a Felipe II con Bartolomé de las Casas, ni a Francisco Franco Bahamonde con Federico García Lorca. Respecto de los términos, conviene señalar otros particulares; para evitar interpretaciones de glosas, hemos usado muy abundantemente las citas textuales. Ello permite al lector enterarse en la fuente, o recordar de modo directo, y, además, conocer las obras que interpretamos. Esto evita, en parte, realizar una labor de historiografía para la cual no hay lugar en este ensayo. Puede ser recordada, de paso, la necesidad de una labor historiográfica sistemática sobre las fuentes de la historia de la independencia de Venezuela. Curiosamente José Antonio Páez, quien cuando comenzó a guerrear era analfabeto, realiza en su *Autobiografía* una labor de crítica historiográfica cuando en repetidas ocasiones objeta a autores de relatos sobre la independencia o sobre su actuación en la historia de Venezuela. No han sido sistematizadas las objeciones que realizan algunos historiadores

de la obra de otros ni existe una clasificación de las obras de autores venezolanos sobre la independencia, por fechas, por tendencias históricas, por escuelas de pensamiento.

Congruentemente con nuestro propósito de interpretar dialécticamente la personalidad de Bolívar y el proceso de la independencia, evitamos el vicio de la mayor parte de los exégetas de Bolívar, consistente en señalar sus errores, sus fallas tácticas y estratégicas, sus equivocaciones políticas, en consecuencia, exponer lo que supuestamente hubiera sucedido si no se hubiese equivocado en tales o cuales actuaciones. Es un modo no sólo idealista, sino radicalmente inadecuado, de escribir sobre la historia. Porque esta no es lo que hubiera podido ocurrir sino simplemente lo inexorablemente sucedido, imborrable en los anales de la humanidad. No solamente abundan los llamados durante la última Guerra Mundial “estrategas de café” quienes sobre los mapas publicados por la prensa ideaban complicadas trampas para los tanques de Von Paulus que naturalmente no se le ocurrían a los generales rusos que a la postre le destruyeron un ejército de 300 mil hombres, sino existen los estrategas, políticos y diplomáticos, domésticos, capaces desde sus tranquilos gabinetes de historiadores, de enmendar la plana a Bolívar, a Sucre y a Páez, después de más de 150 años de las Queseras del Medio, Carabobo o Ayacucho. Uno de los preceptos fecundos para los futuros historiadores será el de estudiar lo acontecido y no imaginar a posteriori. Por cierto, en ello no se trata de una técnica ingenua. Es más bien un modo de guiar los criterios de los lectores, los estudiantes o los escritores. Existen graves dificultades para juzgar por los errores posibles de los grandes conductores del pasado, porque consiguieron su objetivo. Eso basta e impide censurarles los pormenores del proceso.

Pero tampoco es posible enmendar la plana a quienes hayan fracasado. El historiador ha de analizar las correlaciones de factores, los movimientos colectivos, las fuerzas productivas, las correlaciones de clase y sólo así podrá formar un juicio no sobre lo que hubiera podido o debido pasar, sino sobre la irreversible realidad que existió.

A través de la tarea histórica, muchos inventan sofismas cuyas proyecciones van no al pasado, sino a las ocurrencias e intereses del presente. Por ejemplo, quienes pretenden que Bolívar consideró a la América como un todo, a la manera de los imperialistas, simplemente sirven a estos. Dedicamos un capítulo de la tercera parte a demostrar cómo nunca el Libertador usó la expresión “América” con relación al Norte, más allá del río Bravo. Afirmar que Bolívar pensó en el “destino de América”, no es sólo una falta de respeto a la verdad histórica, sino un servicio al imperialismo que profana la memoria de los libertadores a cada paso, utilizando su memoria para sus fines de explotación continuada en América Latina, el Caribe y las Guayanas.

He evitado refutar, nombrándolos, a historiadores y políticos que constantemente distorsionan el sentido de la vida de Bolívar, para no suscitar polémicas adventicias. Trato de eludir una de las más socorridas trampas políticas: desviar la atención de la gente hacia temas baladíes. Por eso he procurado no realizar refutaciones que, de todos modos, están implícitas en el contexto, pero sin nombres de autores. Nombrándolos, caerían como jaurías, sobre pequeños trozos de citas, lo cual llevaría al lector a los terrenos por ellos preferidos. Hemos usado la técnica de exponer nuestra concepción global, naturalmente polémica. Sería deseable

que los opositores comenzasen las refutaciones. Estamos listos para responderles en los temas de fondo, en defensa de la interpretación dialéctica del proceso de la independencia y de la personalidad de Bolívar. Y a demostrarles que el entenderlo tal como fue, realza su genio y contribuye a advertir a las masas, portadoras en su seno de innumerables guías para las luchas, aún vivas en el sesquicentenario de la utopía anfictiónica del Libertador.

# El escenario

Cuando se habla de producción, se está hablando siempre de producción en un estadio determinado del desarrollo social.

Karl Marx

## Capítulo I

# Producción económica antes de la Independencia

**H**asta 1976, no se ha publicado en Venezuela ninguna investigación sobre lo que podríamos denominar la economía de la Guerra de Independencia. ¿Cuáles fueron los bienes producidos, el modo de producción y las relaciones de producción? Existen diversos e importantes trabajos sobre la economía colonial, especialmente relativos al siglo XVIII, e historiadores y economistas han analizado algunos de los caracteres del modo de producción, así como de las relaciones de producción hasta 1810. Acerca del período de la Guerra de Independencia sólo se conocen trabajos fragmentarios, regionales o parciales. Algunos se han dedicado a ciertos decretos de índole económica del Libertador y se cita con frecuencia el informe de José Rafael Revenga, comisionado por aquel cuando ya había terminado la contienda de libertad, para organizar la hacienda pública venezolana en 1828. Es curioso que hasta ahora ningún economista haya emprendido un estudio sistemático para comprender cuáles fueron las bases

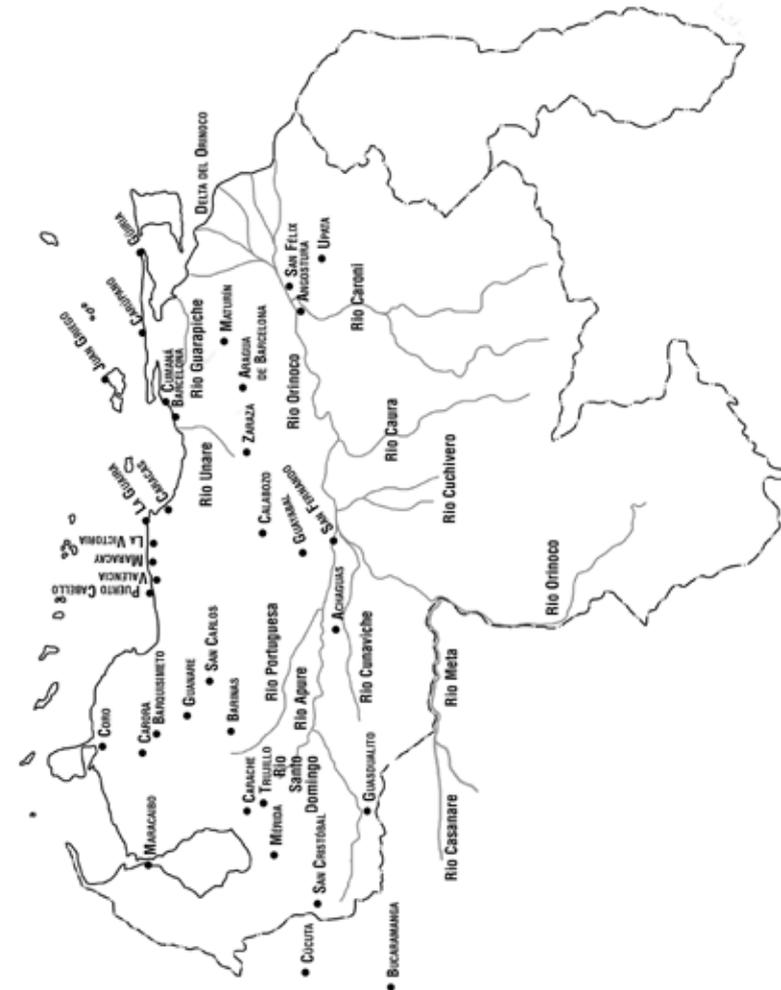
productivas sobre las cuales pudo desarrollarse el período que va aproximadamente desde 1810 hasta 1830. Esos veinte años no pueden ser concebidos a cabalidad sin un conocimiento siquiera somero de la economía y de los caracteres peculiares de la producción que sustentaron el terrible esfuerzo de la contienda. En algún momento futuro será posible poseer análisis de todos los países hispanoamericanos que nos permitan un análisis global, con las diferencias regionales que sin duda existieron de modo muy pronunciado<sup>1</sup>.

Un historiador de la economía venezolana, Antonio Arellano Moreno, en su libro *Orígenes de la economía venezolana* dedica un capítulo a la llamada “Primera República”, que tuvo solamente unos dos años de vida, y resume lo ocurrido durante ella en la vida económica así: se paraliza el comercio marítimo y el tráfico interno, emigra el dinero a Curazao, Santo Tomás y otros lugares, decae la producción, suben los precios y adviene la inflación de papel moneda, se encarece y escasea la mano de obra y sobreviene la bancarrota financiera. Realiza ciertas explicaciones sobre algunos de esos aspectos, pero no un análisis detenido, ni prolonga sus observaciones más allá de 1812. Se trata en realidad del comienzo de un proceso que se profundiza desde 1813, cuando nace el Ejército Libertador, el cual combate incesantemente desde Venezuela hasta Perú, hasta la batalla de Ayacucho, y después se fragmenta, siendo disuelto por diversos procedimientos<sup>2</sup>.

1. Revenga, 1953. Se trata de un informe sobre el estado que tenía la Hacienda Pública de Venezuela cuando en 1828 quería reorganizarla el Libertador. Tiene por consiguiente dos sentidos: el conocimiento de cómo se encontraba la economía de Venezuela en tal fecha y la comparación con los caracteres “anteriores” a la independencia, a los cuales se refiere el autor.

2. Arellano Moreno, 1960: 421. Carrocera (1972, III: 399), publica el informe de José Canillas sobre la Misión de los Llanos, firmado el 16 de marzo de 1801. Señala como pueblos fundados por los misioneros en la provincia de Caracas, los siguientes: Agua Blanca, Tu-

Guía general de las ciudades, pueblos y ríos, mencionados en el texto del ensayo.



rén, Onoto, Bobare, Iguana, Altamira, Camaguán, Guayabal, San Pedro. En la provincia de Barinas: Cunaviche, Payara, Morrones, Guanarito, Achaguas, Atamaica, Banco Largo, Setenta, San Fernando de Apure, Caicara, Arichuna, Apurito, Apure, Capanaparo, Arauca, Guachara. En todos se sumaba un total de 12.606 indios, dato importante sobre la población misional de los Llanos. Al comenzar el proceso de independencia, en 1810, se suscitaban problemas entre los gobiernos republicanos y los misioneros. Los pueblos quedaron transformados por la guerra.

Para comprender las bases productivas de la Guerra de Independencia, resulta indispensable recordar algunos precedentes que se remontan a los comienzos del siglo XVIII. Durante este período, la posesión de la tierra fue de tipo semifeudal, en el sentido de grandes extensiones en manos de privilegiados. Estos fueron en el siglo XVIII, especialmente, los criollos denominados “mantuanos”, cognomento creado por el pueblo, debido a que únicamente las mujeres blancas podían usar los mantos reservados a quienes, según las leyes, podían portar como distintivo ciertos tipos de indumentaria. La circunstancia de que fuesen “criollos”, mantuanos, descendientes de españoles que se habían distinguido al servicio del rey durante la invasión y conquista de América, los propietarios de tierra en 1810, tuvo gran influencia en las características sociales de la guerra de emancipación.

El modo de producción era esclavista, asentado sobre la base de posesión semifeudal de la tierra, obtenida por mercedes, reconocimiento de ciertos derechos por la antigua posesión de encomiendas, por composiciones, o por donaciones o endeudamientos de tipo municipal o provincial. En Venezuela, el modo de producción de los artículos fundamentales de exportación y consumo estuvo principalmente a cargo de los esclavos negros, quienes estuvieron desigualmente distribuidos sobre el territorio venezolano. La mayor concentración se encontraba en la costa y disminuía su número y su importancia hacia las regiones donde habitaban indígenas sometidos a las misiones religiosas, las cuales establecieron importantes centros de producción y, en consecuencia, fundaron pueblos que llegaron a convertirse en ciudades. Los africanos y sus descendientes esclavizados habitaron especialmente la costa venezolana, desde el oriente del estado

Falcón hasta la península de Paria. Hubo otro centro al sur del lago de Maracaibo. En algunas regiones convivieron con indígenas, como en el oriente; predominaron en el centro, desde el estado Miranda hasta el estado Yaracuy actuales, y se encontraron especialmente en el servicio doméstico y en la agricultura de unos pocos valles, en los Andes venezolanos, es decir, los actuales estados Mérida, Táchira y Trujillo. Hacia el sur, en la Guayana venezolana, hubo importantes centros misioneros, con producción en manos de indígenas. En los Llanos que van en nuestros días desde el occidente del estado Barinas hasta el estado Monagas, no abundaron los esclavos. Reseñamos someramente esa distribución demográfica de la esclavitud y la servidumbre, porque tuvo gran importancia, no sólo en los caracteres de la producción a que especialmente estuvo dedicada (cacao, caña de azúcar, café, maíz, frutos menores, ganado) durante el siglo XVIII y a comienzos del XIX, sino en los rasgos sociales de la guerra. Algunos demógrafos, economistas e historiadores se han ocupado de la distribución demográfica en la Venezuela colonial y de principios del siglo XIX, pero faltan análisis variados. Utilizamos aquí los datos que permitan obtener una idea fundamental sobre el reparto territorial de la población y comprender por qué, con los caracteres de la producción, influyó en el proceso de la liberación del yugo colonial<sup>3</sup>.

Quien estudiase algún período aislado de la lucha por la independencia en Venezuela, como por ejemplo, el establecimiento de Bolívar en la región guayanesa, donde instaló un congreso en 1819, nada entendería si no poseyese algunos datos fundamentales sobre la producción tradicional en

3. Olavarría, 1965: 294. Sobre la historia y actividades de la Compañía Guipuzcoana, ver *La Compañía de Caracas*, por Ronald Hussay, Caracas, 1962.

Venezuela y sobre las relaciones comerciales que esa producción permitía establecer. Ni Bolívar en Guayana, ni Mariño en oriente, ni Páez en los Llanos pueden ser entendidos si se ignoran los hechos económicos característicos de esas regiones a principios del siglo XIX y la distribución demográfica, tanto en el sentido cuantitativo como cualitativo social. Y si no se conocen ciertas peculiaridades económicas de 1810 y los años anteriores y siguientes, es imposible comprender la formación y el mantenimiento del Ejército Libertador que pudo actuar en una inmensa extensión de América del Sur y llegar al encuentro del Ejército Libertador de San Martín, sobre unas bases económicas bien concretas que intentamos señalar aquí, especialmente sobre Venezuela, y que deberán ser profundizadas y enriquecidas por futuras investigaciones pertenecientes a diversas disciplinas sociales. Resulta indispensable partir de la economía del siglo XVIII, no porque durante él permanecieran idénticos los diversos factores de ella, sino porque a pesar de algunos cambios muy importantes, durante ese tiempo fueron sentadas las bases de la economía que permitió la contienda de veinte años. A principios de esa centuria no era muy intenso el comercio de Venezuela con España, a pesar de que esta pretendía mantener el dominio exclusivo de las relaciones económicas con sus colonias ultramarinas. Existía un navío llamado *Registro*, encargado del transporte de mercancías en ambos sentidos. En la primera década del siglo XVIII traía a Venezuela productos diversos, como ropa y algunos comestibles, que vendía a precios excesivos. Solía traer de preferencia vinos y aguardientes y volvía a España con cacao. Se negaba a retornar a la península con cueros y tabaco, dos productos abundantes en la provincia de Venezuela. En 1728 se iniciaron importantes cambios, cuando la administración

económica quedó bajo la Compañía Guipuzcoana, cuya actuación se prolongó hasta 1784. Esta intensificó especialmente la producción de cacao y descuidó la de cueros y tabaco, pero sin embargo, por los diversos puertos de Venezuela, mantuvo una corriente de exportaciones que variaba según la región de donde se enviaban los productos. Una lista global de las especies exportadas, suministra idea de lo que fueron actividades de la Guipuzcoana, desde 1731 hasta 1784: cacao, zarzaparrilla, tabaco, palo de Brasil, cueros, guayacán, bálsamo de copaiba, palo de campeche, manteca, azúcar blanca, madera de tinte, algodón, añil, dividive, plata y oro labrados, cáscara de Perú, raíces medicinales, tacamahaca, suelas curtidas, café, pan de cobre, cañafístola y plantas diversas<sup>4</sup>.

Arcila Farías ha hecho notar que a pesar de que durante todo el siglo XVIII fue el cacao el principal producto de exportación, el primero explotado comercialmente en cantidades importantes fue el tabaco. Este se consumía en el país y en las Antillas, mediante el comercio de contrabando, contra el cual luchó tesonamente la Compañía Guipuzcoana sin poder extinguirlo, pues respondía a caracteres de las relaciones internacionales de las diversas potencias en el Caribe y a una modalidad de la producción sustraída del control colonial. A este propósito será preciso realizar en el futuro estudios estadísticos, económicos y políticos, suficientes para colocar al contrabando en el lugar que le corresponde dentro de ciertas relaciones de producción, de las cuales es componente inevitable, es decir, parte del sistema de circulación de mercancías. La mayor parte de los economistas que hasta ahora han escrito sobre este fenómeno en Venezuela, se

4. Arcila Farías, 1946: 87; Cisneros, 1959: 37; Dauxion Lavaysse, 1967: 271

colocan, consciente y a menudo inconscientemente, del lado del gobierno colonial, al repudiar sin análisis el contrabando, o considerarlo como una ilegalidad en buena hora perseguida. Habrá que restablecer unas cuantas verdades económicas respecto del área del Caribe, durante el período de la expansión colonial, y entre los renglones por reexaminarse está el comercio de contrabando, el cual desde el siglo XVI formó parte de los mecanismos de la circulación de las mercancías producidas en Tierra Firme y en algunas Antillas<sup>5</sup>.

El orden de importancia de los productos bajo la Compañía Guipuzcoana ha sido examinado por Arcila Farías quien encuentra que en 1775, bajo el régimen guipuzcoano, la cuantía de exportación de los productos principales seguía el orden siguiente: cacao, cueros, tabaco y añil. En 1786, después de haberse declarado la libertad de comercio y de la retirada de la compañía: cacao, añil, tabaco, mulas, cueros y café. Y en 1793 los cuatro primeros lugares correspondían a cacao, añil, cueros y tabaco. El café había pasado al sexto lugar. Este había entrado en Venezuela a mediados del siglo XVIII pero comenzó a ser de importancia en el comercio exterior legal en la última década de esa centuria. Según el mismo autor, el comercio principal que se realizó con México en los siglos XVII y XVIII estuvo basado principalmente en el cacao. Lo mismo ocurrió con las Canarias, cuyo comercio con Venezuela estuvo regido por un estatuto especial, estimulado por el reglamento de comercio libre de 1778<sup>6</sup>.

5. Arcila Farías, 1950: 84, 86, 87, 88.

6. Cisneros, 1950: 14. Dauxion, impresionado por los Llanos, escribió: "Los caballos viven agrupados y generalmente en manadas de 500 a 600 y hasta mil (...) En la estación seca a veces tienen que caminar dos, tres, o más leguas para ir a beber. Van de cuatro en fila (...) Llevan cinco o seis exploradores (...) que van a 30 pasos delante de la manada. Tienen también un jefe (...) He encontrado a orillas del Orinoco rebaños de 50 a cien toros salvajes. Siempre iba un jefe delante y otro a la retaguardia. La gente de la región me ha asegurado que los asnos

La consulta de diversos autores nos permite alcanzar una idea general de la distribución regional de los productos de exportación de Venezuela durante la segunda mitad del siglo XVIII y primera del siguiente. En 1764 escribió un resumen, en su estudio sobre la provincia de Venezuela, José Luis Cisneros, cuyos datos se confirman con los de otras fuentes. Caracterizaba a la provincia en general así:

Divídese en tres zonas o penínsulas de tierra diversas (...) La primera es una cordillera alta de serranía (...) que la divide del mar por la parte del Norte (...) valles (...) cultivados de haciendas y arboledas de cacao (...) La segunda península (...) haciendas de caña, ingenios de azúcar blanca y prieta. Es el segundo fruto de más crédito de esta provincia (...) por no hacerse comercio para la Europa (...) tabaco, maíz, yuca y casabe (...) harina, es de la mejor calidad, en especial la de los valles de Aragua (...) también en Trujillo y Tocuyo (...) raíces: ñames, mapueyes, ocumos, batatas, paracas, apios, papas y frutas que son plátanos, dominicos, cambures, aguacates, pinas, chirimoyas, guayabas, papayas, mameyes, nísperos, membrillos, manzanas, higos, habas, cocos, hicacos, zapotes, anones (...) café de excelente calidad (...) La tercera parte que es toda una tierra llana (...) Críase en estos llanos mucho ganado vacuno, en tanta abundancia que todos los más hatos son desde diez hasta 20 mil reses y mucho que se cría en aquellos despoblados, sin sujeción, esto es, levantado sin que puedan los dueños sujetarlo y hacerlo venir a rodeo...<sup>7</sup>

salvajes, cuando viajan, guardan la misma disciplina que los caballos; pero los mulos, aunque viven también en manadas, continuamente se pelean y no muestran más astucia y habilidad que los caballos para evitar las trampas que se les ponen para cogerlos." Dauxion: 1967, 271.  
7. Arellano Moreno, 1964: 419; Arcila Farías, 1946: 454; Rus, 1959: 299; Depons, 1960, II: 301.

Puede sernos útil conocer la diversificación de los frutos según las regiones principales del país. En la relación de Maracaibo, fechada en 1787, se indicaban como productos allí importantes el cacao, azúcar, cueros de novillo y de vaca, añil, café, del cual se dice que era “casi como el de Moca”, tabaco, titulado de “excelente”, zarzaparrilla, calaguala, raíces, yerbas medicinales, maderas calificadas como “exquisitas”.

Sobre Barinas, comprendida en los Llanos señalados por Cisneros, dice la misma relación que producía cacao, tabaco excelente que, según indica el redactor, preferían los holandeses para fumar en pipa, “infinito ganado vacuno, mular y caballar” y muchas pieles de venado, propias para el ajuar de la caballería.

De la misma provincia de Maracaibo escribía Rus, diputado a Cortes en 1814, así:

Produce esta jurisdicción carnes para el abasto de la ciudad como por cinco meses, componiéndose para los demás de las de Perijá y tasajo que traen de la ciudad de Coro con el ganado de oveja y cabra, queso y leche, además de sus excelentes maderas y los cueros. No produce otro fruto extraíble que el algodón, cuyas siembras empiezan a fomentarse desde el año de 88 (...) cacao, que puede dar mucho maíz, casabe, plátano, añil, café y tabaco, maderas para tintes y construcción, azúcar, desde Trujillo (...) harinas en Mérida, zarzaparrilla y calaguala, fique o cocuiza...

Cuando Rus señalaba esa producción, en 1814, sólo parte de la provincia de Maracaibo podía ser susceptible de su recuento. Fue una de las zonas del país que permaneció

mayor tiempo bajo el control de los colonialistas y mantuvo relaciones comerciales con España, mientras otras regiones costeras cambiaban de las manos de los patriotas a las de los colonialistas o quedaban totalmente independientes<sup>8</sup>.

A mediados del siglo XVIII, según la *Instrucción y noticia de la ciudad de Barquisimeto*, se producían allí mulas, caballos, yeguas, burros, ganado mayor, ganado cabrío del que curtían cordobanes, gamuzas para comercio, rebaños de ovejas de los cuales se obtenía lana. En Sarare y sus alrededores, se criaba ganado mayor y de cerda.

En relación a los Llanos, desde mitad del siglo XVII comenzó el comercio de la corambre, en su mayor parte clandestino. Los cueros eran vendidos por los indígenas, que habían aprendido a trabajar el ganado en misiones y luego se habían convertido en los primeros “llaneros”, a los holandeses y otros mercaderes del Caribe, quienes burlaban la vigilancia de los españoles. Un misionero informaba ya en 1657. Los habitantes de las provincias de Cumaná y Nueva Barcelona entraban en los llanos

y han sacado tanto ganado de esta especie, que no sólo les sirve de sustento y a los soldados que tiene S.M. en la gran fortaleza de Araya, sino (que) se recoge también tanta cantidad de corambre, cuanta se puede gastar en España y en las demás provincias de Europa, que tanto como esto en la abundancia de ganado vacuno que en aquellas provincias se cría...

Iguals afirmaciones se hacían hasta el siglo XIX y nos importan para conocer algunos rasgos especiales de la guerra

8. Arellano Moreno, 1964: 379; Polanco, 1960: 199.

de liberación en Venezuela<sup>9</sup>. Por Puerto Cabello, cuyo castillo costó mucha sangre y esfuerzo a los patriotas venezolanos por muchos años, se exportaban a principios del siglo XIX índigo, algodón, cacao, cueros, café, cobre, caballos y mulas. Algunos de esos productos provenían de los valles de Aragua y de las regiones colindantes con los Llanos, como San Sebastián de los Reyes, en cuya comarca se prefería siempre la cría de ganados a cualquier labor agrícola<sup>10</sup>. De Barinas, acerca de la cual ya leímos algunos datos de mediados del siglo XVIII, sabemos por los viajeros de principios del siguiente, que salían especialmente novillos y mulas, entre 1800 y 1810, por el río Portuguesa. Otros ganados se exportaban llevándolos hasta el Orinoco. También salían novillos y mulas de los Llanos de Portuguesa. Se exportaban por la Vela de Coro, Puerto Cabello y el Orinoco. Hubo también cultivos de tabaco importantes en las regiones del río Portuguesa<sup>11</sup>.

Sobre los Andes venezolanos escribía Depons, viajero de los primeros años del siglo XIX, a propósito de Mérida, que en los alrededores de la población se daban frutas y legumbres, maíz, habas, guisantes, patatas, yucas, trigo y cebada, y señalaba optimista: “la abundancia es tal que aun a los pobres más pobres les sobra alimento”. Recibía Mérida carne de Barinas y los indígenas trabajaban el algodón y la lana. En Trujillo abundaban las ovejas y cabras. Las relaciones comerciales eran preferentemente con Maracaibo y con Carora, donde también se criaba abundantemente ganado cabrío<sup>12</sup>.

9. Depons, 1960, II: 134, 274.

10. Depons, 1960, II: 266, 306.

11. Depons, 1960, II: 305.

12. Depons, 1960, II: 288; Dauxion, 1967: 251; Wavel, 1973: 78.

Del oriente de la provincia hablaban maravillas los visitantes posteriores a 1800, como Depons y Dauxion Lavaysse. El primero señalaba cómo los barceloneses descuidaban la agricultura. Producían cacao y un poco de algodón. Si la región se hubiese cultivado, pensaba, habría dado cabida a 600 mil esclavos y en la primera década del siglo XIX no había allí sino unos dos mil, la mitad de los cuales se dedicaban al servicio domestico. Los barceloneses exportaban mucha carne salada hacia las Antillas y el sebo era también importante artículo comercial, así como cueros. Se lamentaba Depons de que para 1801 cuando él visitó la zona, los cuatrerros, según creyó, habían disminuido las posibilidades regionales a fuerza de matar el ganado impunemente. Dauxion, quien visitó los mismos lugares poco tiempo después, no compartió el pesimismo de su antecesor, a quien a veces critica. Dauxion vio en la provincia de Barcelona “inmensas sabanas que alimentan numerosos rebaños de toros, caballos, asnos y mulas”. Observó que se exportaban por millares a las colonias vecinas y se enviaba también allí carne seca. Según sus datos, esa provincia exportaba anualmente 150 mil a 200 mil quintales de cacao, de tres mil a cuatro mil de añil, cerca de dos mil de achote y de 250 mil a 300 mil quintales de algodón. Vio también salir hacia las Antillas maíz, aunque no en abundancia y presencié el comienzo del cultivo del arroz, que sólo se obtenía para el consumo. En un solo año habían salido por el puerto de Barcelona 132 mil novillos, 2.100 caballos, 84 mil mulas, 800 asnos, 180 mil quintales de tasajo, 36.000 cueros de toro, 4.500 cueros de caballo y seis mil pieles de venado. Wavel, un legionario de los patriotas, anotaba años después, en 1817, algunos productos que conoció en la provincia de Barcelona: guanábana, guayaba, manicuri, maniroti, yuca

amarga y dulce, y casabe. Los nombrados antes de la yuca los consumió obligatoriamente como simples frutas naturales, cuando hubo de alimentarse, durante una huida, con la recolección de cuanto era comestible<sup>13</sup>.

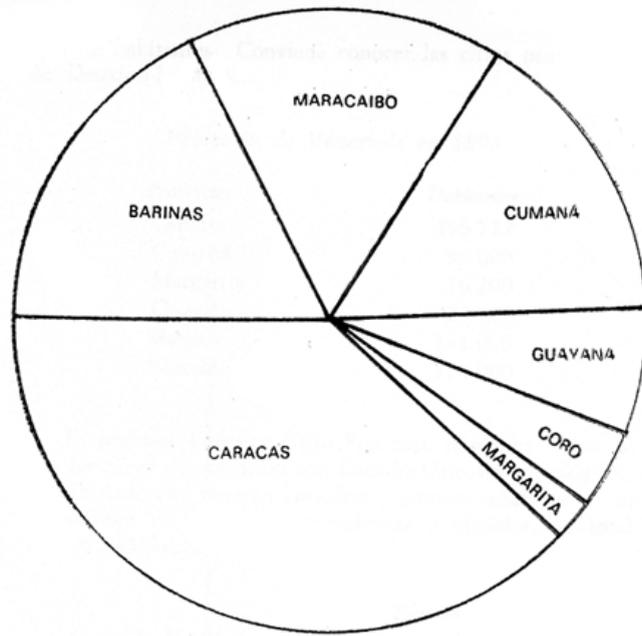
Pueden resumirse los datos vistos así: las costas o sus cercanías producían abundantes productos agrícolas, entre los cuales sobresalía el cacao como fruto de exportación. El maíz, poco nombrado en el comercio exterior, era la base de la alimentación de los trabajadores, esclavos negros e indígenas, así como de los pardos. Por todos los puertos, pero especialmente por los orientales, se exportaba abundante ganado. Es notable la cantidad de mulas, animales propios para duras labores de carga, que salían por el Orinoco y Barcelona hacia las Antillas. Los usufructuarios de las ganancias de la exportación eran, hasta 1810, los criollos, grandes propietarios de haciendas, plantíos y hatos, donde los hubiera, y en condiciones especiales a veces, como veremos al referirnos a la producción de los Llanos. Durante el predominio de la Compañía Guipuzcoana, desde 1728 hasta 1784, los productores criollos no podían exportar libremente los productos de sus haciendas, ni los ganados obtenidos en hatos o en las sabanas. Diversos movimientos de rebelión, como el de Francisco de León, en 1749, y otros posteriores, fueron engendrados por la situación de inferioridad en que los criollos resultaban por el monopolio de la compañía, que no era enteramente particular, sino expresión de los intereses de los altos gobernantes españoles, incluido el rey. Los criollos aspiraban a poseer los más altos cargos, desempeñados por españoles peninsulares, a practicar el libre comercio y a lograr el poder político que a la

13. Dauxion, 1967; Depons, 1960; Brito Figueroa, 1961: 50.

postre significaría el manejo de una economía que presentaba caracteres nacionales para 1810. Eran similares los intereses de los exportadores de la región oriental, de la central y de Maracaibo; todos los criollos habitantes de la periferia de los Llanos aspiraban usufructuar las grandes riquezas de estos, en pastos, ganado y vías de comunicación por los grandes ríos del país, y los mantuanos de la región septentrional aspiraban al control del Orinoco, de los indios de sus cercanías, como trabajadores, y del río como gran vía de salida de productos hacia el Caribe. Para el logro de todas esas aspiraciones se produjeron el movimiento de 1810 —Junta Conservadora de los Derechos de Fernando VII— con apariencia de rebelión contra las huestes napoleónicas, y la declaración de total independencia del 5 de julio de 1811. Naturalmente, la clase de los criollos no pudo prever el conjunto de los problemas que habría de vencer. Muchos de ellos se debieron a los caracteres de la producción, pero por otros rasgos de esta resultaron favorecidos los combatientes patriotas. Las desigualdades establecidas por las Leyes de Indias, el sistema de castas, la existencia de los esclavos y de los negros que se habían hecho cimarrones y permanecían, en buen número, en actividades prácticamente independientes, la combatividad de todos los sectores de color para obtener beneficios propios en la guerra, fueron factores que parecieron inusitados a muchos dirigentes. La clase conductora del movimiento hubo de sortear innumerables dificultades de toda índole para lograr la estructura nacional defectuosa, pero en camino de progreso, cuyos fundamentos se lograron en la batalla de Carabobo, en 1821, y se consolidaron con la de Ayacucho en 1824, en cuanto correspondió a la ocupación de los territorios suramericanos por las tropas coloniales de España.

## Capítulo II

# Demografía y producción



PROVINCIA	POBLACION	PORCENTAJE
Caracas	400 000	40 %
Barinas	170 000	17
Maracaibo (con Mérida y Trujillo)	160 000	16
Cumaná y Barcelona	150 000	15
Guayana	60 000	6
Coro	40 000	4
Margarita	20 000	2
<b>Total</b>	<b>1 000 000</b>	<b>100 %</b>

Ilustrará sobre las correlaciones de los diferentes sectores, en cuanto a la cuantía de la población, un breve recuento de la distribución demográfica en la primera década del siglo XIX. Humboldt, viajero durante 1800 en Venezuela, dio como cifra total la estimación de 800 mil pobladores. Depons calculó para el primer quinquenio de esa centuria 728 mil habitantes, y Dauxion Lavaysse sumó 975.972. Nos inclinamos por esta cifra, no sólo porque ese viajero pudo ponderar las cifras de Humboldt y Depons con nuevos datos y cálculos durante su viaje, sino porque los movimientos de población durante la Guerra de Independencia, indican que seguramente los censos eclesiásticos u oficiales conocidos por los visitantes de Venezuela, adolecían de las dificultades de penetrar en ciertos territorios desde donde se produjeron abundantes migraciones, es decir, había un buen sector de población no incluida en las matrículas de tributos, diezmos u otras contribuciones. Creemos acertado el cálculo

de quienes han estimado para 1810, al comenzar la tensión revolucionaria, la población de Venezuela en un millón de habitantes. Conviene conocer las cifras provinciales de Dauxion Lavaysse:

<b>Población de Venezuela en 1807</b>	
Provincias	Habitantes
Caracas	496.772
Cumaná	96.000
Margarita	16.200
Guayana	52.000
Barinas	141.000
Maracaibo	174.000

El profesor Federico Brito Figueroa, quien ha trabajado con las cifras de población con fines históricos y sociológicos, ha calculado con base en las cifras y autores señalados y con la consulta de matrículas eclesiásticas y oficiales, un total de 898.243 habitantes para 1810, así:

<b>Condición Social</b>	<b>Número de individuos</b>	<b>Porcentajes</b>
Espanoles	12.000	1,3
Criollos	172.727	19,0
Pardos	407.000	45,0
Negros libres y manumisos	33.362	4,0
Esclavos	87.800	9,7

Esclavos cimarrones	24.000	2,6
Indios no tributarios	25.590	3,5
Indígenas marginales	60.000	6,5

Agrupados por “colores”, es decir, por sectores que poseían ciertos intereses comunes, se obtiene la siguiente estadística de conjuntos relativos:

Blancos (españoles y criollos)	20,3 %
De color (pardos, negros libres y esclavos más cimarrones)	61,3 %
Indígenas (tributarios, no tributarios y marginales)	18,4 %

Es claro que estas sumas suministran sólo algunos indicios, pues si bien los españoles y criollos poseían intereses comunes, ante los otros sectores explotados de la población, se enfrentaron antagónicamente por el dominio de los beneficios, es decir, de lo producido. En cuanto a los pardos, ciertamente algunos de sus sectores coincidían con los negros libres y menos abundantemente con los esclavos y los cimarrones, pero en otros aspectos, buen número de ellos aspiraban a gozar de privilegios que las Leyes de Indias habían adjudicado sólo a los blancos. En cuanto a los indígenas, no constituían de ninguna manera un sector unitario: los 60 mil marginales nunca tomaron parte en la Guerra de Independencia como grupos y los sometidos a la influencia misional sólo en pequeña parte podían repudiarla. Los indígenas no

tributarios, pero no marginales, tomaron a veces parte en la contienda independentista, ya de parte de los realistas, ya junto a los patriotas<sup>14</sup>.

Debe recordarse que en 1810 la población venezolana se agrupaba hacia el norte, carácter sobreviviente en 1976, con algunas excepciones debidas a la industrialización en Guayana. Las más grandes ciudades estaban en la región costera, incluyendo en ella los valles de la cordillera costanera; los Llanos estaban poblados muy reducidamente, con hatos e instalaciones familiares muy distanciados, y en Guayana había comunidades indígenas dispersas, centros misionales y pocas ciudades. Puede completar una idea de la distribución demográfica en 1810, la lista de las principales ciudades, con la población estimada por el profesor Brito Figueroa y otros autores:

<b>Poblaciones de la región Costera Central y Oriental</b>	<b>Habitantes en 1810</b>
Caracas	42.000
Valencia	8.500
Maracay	8.866
Turmero	9.065
La Victoria	7.800
Puerto Cabello	7.500
San Felipe	6.800
La Guaira	6.000
Cariaco	6.000

14. Según Carrocera, la última misión de capuchinos antes de 1810, llegó en 1795 (1972, III: 455). Muestra en un mapa croquis, la lista de las misiones desde 1658 hasta 1815. Las villas de españoles, fundadas por misioneros y luego dejadas para transformarse en villas, fueron: San Carlos, Araure, Calabozo, El Pao, San Felipe, Cachicamo (que desapareció), San Jaime y San Fernando de Apure (Depons, 1960, II: 271, 295; Armas Chitty, 1949: 235; Brito Figueroa, 1963: 216-17; Dauxion, 1967: 272, 274, 269; Arellano Moreno, 1964: 414.)

Cagua	5.506
Cumanacoa	4.200
Guama	3.592
El Consejo	3.000
San Mateo	3.000
Ocumare	4.753
Guacara	5.391
Güigüe	2.655
<b>Poblaciones del Occidente</b>	<b>Habitantes en 1810</b>
Maracaibo	24.000
Barquisimeto	11.300
Mérida	11.500
El Tocuyo	10.200
Trujillo	7.600
Carora	6.200
Quíbor	6.998
Sanare	3.315
Siquisique	3.310
Sarare	2.266
<b>Poblaciones de los Llanos</b>	<b>Habitantes en 1810</b>
Guanare	12.300
Barinas	10.000
San Carlos	9.500
El Pao	5.400
Calabozo	4.800
Villa de Cura	4.498
Araure	3.945
San Sebastián	3.384
Ospino	6.375
Acarigua	3.394
La Corteza	3.394

El Tinaco	2.577
Tucupido	4.236
Guasdás	3.325
Barbacoas	2.716
El Sombrero	3.504
<b>Poblaciones de Guayana</b>	<b>Habitantes en 1810</b>
Angostura	8.500
Pueblos de misiones	15.000

La distribución de las clases sociales era diferente según las regiones. Los esclavos, principales productores en las haciendas de cacao, caña y café, existían en mayor número desde el estado Yaracuy hasta la punta oriental de Paria; en las misiones, establecidas en zonas llaneras (en las provincias de Barcelona y Cumaná y en Angostura), eran principales productores los indígenas. En los Llanos trabajaban pardos, descendientes principalmente de indios y españoles, con pequeña mezcla de negros, y en las misiones había pocos esclavos. De modo que estos se encontraban concentrados particularmente hacia el norte del país. Depons señalaba a principios del siglo XIX que en la provincia de Barcelona “casi no hay esclavos”. Mientras que en las principales ciudades del centro, los esclavos llegaban a constituir hasta 10% de la población, disminuían mucho en otras regiones. En un documento relativo al pueblo llanero Chaguaramal del Batey, hoy Zaraza, de 1779, se enumeran 77 propietarios de hatos, de los cuales 40 no poseían esclavos, dos tenían 14, uno poseía 12, otro 10. Había tres propietarios con nueve esclavos cada uno; otro con ocho; dos con cinco y el resto con menos. Seis

dueños de hatos tenían cada uno solamente un esclavo. El dato es interesante, porque si de 77 propietarios, solamente 40 eran dueños de esclavos, surge la pregunta de cómo trabajaban el ganado. La respuesta no alude solamente al trabajo de esclavos o indígenas, sino a las formas de propiedad que regían en el Llano, a las cuales nos referiremos posteriormente. De todos modos, allí se ejemplifica el fenómeno de que durante todo el siglo XVIII y el XIX, la población de esclavos fue menor en los Llanos que en la región costera. Brito Figueroa señala al respecto que

la esclavitud negra no arraigó definitivamente en Los Llanos porque la ganadería, tal como se practicaba, absorbía pocos brazos y los negros importados, cuando no eran admitidos por los propios amos, se fugaban hacia las poblaciones volantes de indios y negros cimarrones.

Según el censo de 1801, citado por Depons, la ciudad de Maracaibo tenía en esa fecha 22 mil habitantes, que subieron a 24 mil cuando llegaron, después de 1804, dos mil españoles que huían de la revolución en Santo Domingo. En general, señala aquel autor, los negros esclavos no eran muy numerosos en la provincia de Maracaibo. Tampoco abundaban, correlativamente, los manumisos y los que existían se dedicaban a oficios mecánicos. Eran ebanistas, tallistas, zapateros, carpinteros, albañiles, herreros y algunos fundaban hatos, para cuyo fomento no se encontraban las facilidades de los Llanos, porque no existían tantos ríos ni lagunas como en estos, por lo cual en tiempos de sequía perecían muchas reses. Según Dauxion, la provincia de Maracaibo tenía, en 1807, 147 mil personas y según Depons

sólo había en ella unos cinco mil esclavos. En la relación de la provincia de Maracaibo y Barinas, de 1797, se estimaban en Gibraltar, Trujillo, Mérida, La Grita, San Cristóbal y Perijá, unos seis mil esclavos, de modo que en la porción occidental de Venezuela, donde se encontraban poblaciones indígenas o mestizas abundantes, los africanos y sus descendientes no tuvieron la misma importancia productiva que en el centro de la provincia de Venezuela. Menos aún en Guayana. En un total de 52 mil habitantes estimados por Dauxion para 1807, había en esa provincia sólo tres mil esclavos y un conjunto de 15 mil indios como trabajadores en las misiones. En San Tomé, de 8.500 personas existían sólo 300 esclavos, la mayor parte de los cuales se dedicaban al servicio doméstico<sup>15</sup>.

Después del retiro de la Compañía Guipuzcoana, en 1784, hubo alteraciones en la población. Las cifras de principios del siglo siguiente no reflejan, pues, necesariamente, la situación del anterior, en algunas regiones. Población que progresó mucho como resultado del libre comercio fue Cumaná, en el oriente. También tuvo influencia en la región oriental de Venezuela la actuación de la Real Compañía de Comercio de Barcelona, activa allí desde 1752 hasta 1816. Comerció con Santo Domingo, Puerto Rico y Margarita, así como con algunos puertos de Tierra Firme, como Cumaná. Naturalmente hubo contradicciones entre esta compañía y la Guipuzcoana, durante las prolongadas actividades de esta. La compañía catalana contribuyó a que se crearan algunas diferencias productivas entre el oriente y el resto del país. Por ejemplo, fomentó el cultivo del algodón, lo cual originó actividades industriales en Cataluña<sup>16</sup>.

15. Dauxion, 1967: 239; Córdova Bello, 1962: 17.

16. Dauxion, 1967: 221, 239, 245, 248. Parra Pérez (1954, I: 45) opina: "La ocupación de la isla

Dauxion Lavaysse informa sobre la región de Paria, y sus datos sirven para comprender cómo antes de 1813, año en que llegó Mariño a Güiría desde Chacachacare, para convertirse en el Libertador de Oriente, ya había una larga tradición de comercio con las Antillas. De los valles del cabo de Paria, explica Dauxion:

... desde el año de 1794 se ha establecido un considerable número de agricultores originarios de diferentes países, particularmente irlandeses y franceses. Estos últimos son en su mayoría colonos de Granada, Tobago y Trinidad, quienes se han refugiado allí para sustraerse de los vejámenes del gobierno inglés.

Había en la región, según el viajero, siete mil trabajadores de todas las edades, sexos y colores. En Punta de Piedra cultivaban el cacao, en Güiría, el algodón y en otros sitios, el café. En 1807 visitó Dauxion algunos trapiches de la zona. Para Depons, quien estuvo algunos años antes allí, Güiría y Bimina estaban habitadas por españoles y por franceses, llegados en 1797, cuando los ingleses ocuparon Trinidad. A pesar de haberse alejado de esta isla, sus antiguos habitantes obtenían en ella herramientas para el trabajo agrícola y vendían sus frutos sin pago de derechos<sup>17</sup>.

---

de Trinidad por los ingleses en 1797 cambió por completo la situación económica y política de las provincias orientales de Venezuela. Fue entonces cuando comenzaron a fundarse o desarrollarse las haciendas de la costa de Paria, debido a la inmigración de vecinos ricos de la isla y el establecimiento de relaciones comerciales con ella. El oriente se convirtió en mercado inglés y al propio tiempo Trinidad adquirió gran prosperidad (...) En lo político, Trinidad representó pronto un papel importante, primero como centro de maniobras contra España —enemiga de Inglaterra— después contra los patriotas venezolanos cuando aquella nación entró en lucha con Francia." Según los informes que tenía el gobernador de Trinidad, podían salir por el Guarapiche con rumbo a Trinidad, mulas, ganado vacuno, algodón, cacao y cueros, además de tabaco y sebo. Güiría producía algodón fino, cacao dulce, café superior al de Santo Domingo, arroz de primera y maíz de superior calidad (Parra Pérez, 1955, III: 136.)

17. Depons, 1960: 279, 282, 285, 288; Parra Pérez, 1954, I: 5.

Buen número de comerciantes orientales obtenían ganancias de la sal que se producía en abundancia en la península de Araya. De aquí se proveían los cultivadores y criadores de ganado de las provincias de Cumaná y de Barcelona. La sal, además, era llevada por el Orinoco hasta Guayana, lo cual empleaba a numerosos comerciantes de diferente rango económico. Depons calculó la población de la provincia de Cumaná en 80 mil habitantes. Los más prósperos eran los de la costa.

Por Güiría no sólo se exportaban productos agrícolas. En 1784 el padre de Santiago Mariño, quien en 1813 sería el Libertador de Oriente, exportaba mulas, caballos, ganado vacuno, cabritos y pescado, a cambio de lo cual retornaba negros, monedas o víveres, desde las Antillas. Esta relación comercial continuó con numerosas dificultades, pero ininterrumpidamente cuando los patriotas lograban obtener el control de Güiría o de otros puertos orientales.

Depons encontró en 1804 a Cumaná con 24 mil habitantes y con extensa producción agrícola, así como con intenso comercio con las islas de Barlovento. A cambio de pescado salado se obtenían herramientas, provisiones y muchas mercancías de contrabando. Por el puerto de Cariaco salían al extranjero especialmente algodón y cacao, así como alguna caña de azúcar<sup>18</sup>.

Margarita, poco poblada, tuvo, sin embargo, extraordinaria importancia durante la primera parte de la Guerra de Independencia. Dauxion Lavaysse calculó para 1807, 16.200 habitantes para toda la provincia que se componía de la isla capital y la de Coche y Cubagua. La de Margarita tenía 14 mil. Se cultivaba allí poco algodón y escasa caña de azúcar. Depons

18. Polanco, 1960: 204; Depons, 1960, II: 290; Dauxion, 1967: 263-264.

calculaba 5.500 blancos, dos mil indios y 6.500 individuos de color, entre esclavos y manumisos. La actividad principal era la pesquería, practicada especialmente con grandes trenes en la isla de Coche. Los indígenas que trabajaban allí recibían un real por día y como alimento pescado y pan de maíz. Existían algunas artesanías, de que se ocupaban los manumisos o algunos indios y mestizos. Tejían hamacas de algodón y medias de lo mismo. El contrabando a través de la isla era intenso. Algunos importaban allí mulas desde Tierra Firme y luego las embarcaban clandestinamente con rumbo a las Antillas. Por vivir de la pesca, Margarita resultaba prácticamente autónoma en cuanto a la alimentación. Dauxion vio en una de las pesquerías de la isla de Coche a trescientos indígenas empleados. La alimentación con pescado se completaba usualmente en Margarita con maíz, casabe y cambures que se cultivaban sólo para el consumo<sup>19</sup>.

Algunos datos sobre la economía de la provincia de Guayana, a la cual le estimó Dauxion Lavaysse 52 mil habitantes en 1807, pueden ser útiles, debido a que Bolívar hizo centro de su actividad, desde 1817, a Angostura y fue allí donde se reunió el Congreso en 1819. Además de las correlaciones de fuerzas que para la fecha del traslado de Bolívar a Guayana existían, lo impulsaron circunstancias económicas concretas, como la ganadería que habían establecido los misioneros y, en menor escala algunos particulares, así como la red de comunicaciones fluviales del Orinoco.

La ganadería de las misiones de Guayana comenzó en 1724, cuando un grupo de capuchinos pasó el Orinoco llevando cien reses que les habían suministrado sus colegas de Píritu en la

19. Polanco, 1960: 199, 202; Alvarado, 1966: 244, 306, 307, 309, 320.

provincia de Nueva Barcelona. Para 1761 se calculaban unas 140 mil cabezas de ganado. En el informe oficial y reservado que escribió para la Corona española en 1766 Eugenio Alvarado, señaló además, los caballos propios para las vaquerías, y un buen plantío de caña que producía el aguardiente para consumo en las misiones. Se refirió Alvarado específicamente a algunas poblaciones. Cabruta tenía, en 1766, 452 habitantes más o menos, de los cuales 400 eran indígenas. El resto correspondía a tres familias de españoles y algunos trabajadores de color. Aquí llegaban, por el Orinoco, muchos productos extranjeros de contrabando y a veces legalmente introducidos. Se obtenían herramientas, telas y abalorios a cambio de casabe, maíz, raíces, miel, cera y aceite de palo, codiciado en todos los centros de comercio por las virtudes curativas que se le atribuían. Iba a dar a Martinica, Granada y Esequibo. En la Encaramada había 290 indios, dos vecinos mulatos y un misionero para quien sembraban los indígenas maíz y yuca. Recogían también aquí miel y aceite de palo, así como cera. De este lugar salían, además, ollas y vasos de barro.

En estos tiempos de Alvarado estaba prohibida por las autoridades colonialistas la comunicación fluvial de Guayana con las provincias de Maracaibo y Barinas, hacia donde se podía ir saliendo del Orinoco por el Apure y sus afluentes. A pesar de todo, traficaban en forma constante, ilegalmente, muchos extranjeros que transportaban hacia el Caribe, por el Orinoco, cacao y tabaco, miel de caña, papelón y aguardiente. Obtenían también de los habitantes de los hatos ribereños y de verdaderos cazadores de ganados cimarrones, carne y cueros. Alvarado observó que se habían fundado hatos en la ribera derecha del Orinoco, donde existían pastos a veces superiores a los de la margen izquierda, correspondiente a los Llanos.

Según el famoso informe del gobernador Centurión, en 1773 existían en Guayana, sin contar las misiones, 633 establecimientos de agricultura y cría y 14.781 cabezas de ganado. En las misiones existían para 1788, según Marmión, 180 mil cabezas de ganado y en hatos particulares se estimaban otras 40 mil. La cría de caballos y mulas no había alcanzado la misma riqueza. Quizá se mantendrían solamente los caballos propios para los trabajos de ganadería y las mulas suficientes para los transportes. En las cercanías del río Caura se cultivaba en esa fecha tabaco, maíz y arroz. Se extraía por los ríos buena cantidad de maderas finas<sup>20</sup>.

Según la relación de Sansinenea, de 1779, en esa fecha salían por el Apure y el Orinoco, con transacciones en Guayana, muchos frutos de la jurisdicción de Mérida. Desde Cumaná se embarcaba especialmente corambre para las Antillas que llegaba a favor del tráfico, en la mayoría de las veces ilícito, por los Llanos y sus ríos.

En 1788 calculó el gobernador Marmión que existían en Guayana 11 vecindarios de españoles, de los cuales cuatro eran ciudades, y siete, villas. Había, además, 67 misiones de indios. Se contaban 24.395 individuos entre españoles y gente de color en las ciudades y villas, y en las misiones 13 mil indígenas. Estimaba las existencias de ganado mayor en 220 mil cabezas, cuya traslación era costosa, por lo cual a veces consumían en la capital carnes procedentes de los Llanos de Barcelona y de la provincia de Caracas. Posiblemente los capuchinos se negaban a facilitar el transporte para los animales de consumo local, con el objeto de negociar el ganado

20. Arellano Moreno, 1964: 403, 405, 453; Vila, 1969: 211; Depons, 1960, II: 348; Dauxion, 1967: 270; Carrocera, 1972, III: 437.

en otras circunstancias, a mejores precios. En las misiones los indígenas, aparte de las labores de ganadería, eran sembradores de frutos, cultivadores especialmente de maíz y yuca. En 1801 calculaba Depons en 19.425 los indígenas que residían y trabajaban en las misiones. Los misioneros empleaban un corto número de esclavos negros. Entre 1791 y 1794, se importaron 200 para sus establecimientos<sup>21</sup>.

---

21. Marx, 1970: 18.

## Capítulo III

# La formación económico-social de los Llanos

**E**n su introducción a la *Crítica de la economía política*, escribía Carlos Marx: “Los mongoles (...) devastando a Rusia, actuaban de conformidad con su producción que no exigía más que posturas, para las cuales las grandes extensiones inhabitadas eran una condición fundamental...” Los caracteres de la producción en los Llanos venezolanos propiciaron el envés de ese cuadro sintetizado por Marx. En efecto, en este caso fueron las condiciones económicas que pudieron desarrollarse en los Llanos de Venezuela y de Colombia, debido a condiciones históricas, las que pudieron oponerse durante la Guerra de Independencia a la devastación que perpetraban los colonialistas. Si en Rusia las llanuras permitieron las invasiones mongolas, en Venezuela fueron las sabanas el teatro de la contienda libertadora contra los ejércitos colonialistas. Sirvieron para fundamentar una producción adecuada para la defensa y el ataque. Nunca se ha señalado este fenómeno histórico trascendental a pro-

pósito de la independencia de Venezuela, debido a que los historiadores han tratado sobre la guerra emancipadora sin ninguna relación con sus bases económicas, relativas a la producción indispensable. Al estudiar la formación, crecimiento y mantenimiento del Ejército Libertador, o, mejor, de los ejércitos libertadores que llegaron a fundirse en uno solo, encontraremos que las características económicas resumidas acerca de oriente y Guayana se juntaron con la que resultó principal, la de los Llanos. Veamos un resumen de los rasgos de estos<sup>22</sup>.

La penetración de los conquistadores españoles en el territorio venezolano duró mucho tiempo. La entrada en los Llanos se realizó sólo al comenzar la segunda mitad del siglo XVII. Todas las ciudades fundadas hasta ese tiempo estuvieron en la zona costera o en el piedemonte sureño de la cordillera de la costa o en los Andes y sus estribaciones. El gran río central de Venezuela, el Apure, fue “descubierto” sólo en 1649, cuando las llanuras centrales del país eran habitadas y atravesadas continuamente por numerosas tribus indígenas. Algunos españoles habían penetrado en la zona en exploraciones individuales, entre ellos el capitán Miguel de Ochogavia, a quien en ese año se encomendó el descubrimiento oficial. Una de las causas por las cuales se le autorizó a descubrir, conquistar y fundar, según se estilaba en los “descubrimientos” oficiales, fue el conocimiento que ya tenía de la abundancia de ganado en las márgenes del Apure. En la justificación del nombramiento de Ochogavia hecha por el gobernador y capitán general de La Grita y Mérida, Francisco Martínez de Espinosa, se explicó:

22. Carvajal, 1956: 76.

Del río Apure y Sarare, jurisdicción y comarca de dicha ciudad de Barinas y que se junta con otro río espacioso que se hace navegable hasta llegar al puerto de la Guayana, por cuyas riberas hay muchas naciones de indios, en gran número pobladas de infieles, mucha suma de ganados vacunos y grandes comodidades de tierras fértiles y abundantes (...) En cuya conformidad se recibió dicha información con número de testigos, quienes para descubrir vías entre las ciudades que se iban fundando. Algunos atravesaron los Llanos desde Oriente hasta El Tocuyo. A veces escapaban ganados a los expedicionarios que lograban éxito en sus travesías, o quedaban, cuando los grupos se disolvían a causa de enfermedades o combates con indígenas. Seguramente, además, desde los Llanos de Barcelona, penetraron ganados hacia el sur y se extendieron en forma tal que los fundadores de hatos desde el siglo XVII no hacían más que establecer un centro desde donde aprovechar el ganado cimarrón. También fue sobre esa circunstancia que se establecieron, después del descubrimiento del Apure, muchas misiones en Los Llanos. En fecha posterior a 1650, algunas comunidades residentes en los Llanos septentrionales se extendieron hacia el sur en labores de ganado. Así, los pobladores de Guanare llegaron hasta el propio río Apure, no con establecimientos continuos, sino diseminados a través de las sabanas<sup>23</sup>.

El historiador venezolano Guillermo Morón hizo notar, en su obra *Los orígenes históricos de Venezuela*, cómo los españoles llegaron a Tierra Firme a través de una serie de operaciones de establecimiento que cubrió primero las grandes Antillas, con base en la importación a América de diversas

23. Cisneros, 1959: 127; Siso, 1951, I: 132, 533.

especies de ganado. Fue avanzada alimenticia la carne, propagada, además, con el método del bucan, por los filibusteros, quienes fueron continuadores de los sistemas de alimentación practicados por los caribes con los venados y otras especies de cacería, antes de conocer los vacunos. Después que en las costas y en los Llanos se establecieron misiones, cuya base de sustentación y provecho económico fueron los ganados, grandes grupos de indígenas aprendieron a utilizar la carne de vacunos y los caballos para el trabajo y el transporte. Es así como los primeros llaneros verdaderos de Venezuela fueron indígenas. Muchos de ellos se fueron de los hatos misionales y enseñaron a sus compañeros. Otros indígenas quizá desde antes de la penetración de los colonialistas en Apure, habían aprendido a cazar reses, como lo comprueba el hecho de que desde antes de 1650 ya penetraban holandeses en los Llanos orientales, donde obtenían cueros de los indígenas, quienes no trabajaban allí el ganado sino lo utilizaban como especie de caza, económica y no sólo alimenticiamente productiva.

En 1764, José Luis de Cisneros, en una muy citada relación económica, incluía consideraciones sociológicas. En su *Descripción de la provincia de Venezuela*, asentaba que “el genio español, más inclinado a la vida pastoral (...) prefiere los Llanos áridos del Orinoco, que cubre de animales...” Fueron las condiciones históricas de la colonización de Venezuela por los españoles las que condujeron a la creación de los hatos y a la preferencia por el comercio del ganado. Esta especie se propagó sola, y durante varios siglos el trabajo del ható fue una ganadería elemental, consistente en el aprovechamiento de la multiplicación silvestre de vacunos, caballares y aun porcinos. A mediados del siglo XVIII eran someramente descritos los Llanos por Cisneros así:

Desde la villa del Pao, en la provincia de Barcelona, hasta Mérida, esto es, en una extensión de 150 leguas. Este y Oeste, sobre un ancho de 40 leguas, no se hallan hatos más o menos considerables de ganado mular, caballar y vacuno. Muchos habitantes de Caracas tienen semejantes propiedades lejos de la ciudad en que residen, de diez a doce días de marcha. Los habitantes de Calabozo, San Sebastián de los Reyes, San Felipe, Barquisimeto, Guanare, Trujillo, Barinas, S. Carlos (sic), Carora, etc., no tienen casi otras.

Carlos Siso, en su obra de sociología *La formación del pueblo venezolano*, escribió algunas consideraciones interesantes y originales sobre el origen de los llaneros, no coincidentes con varios lugares comunes aceptables como verdades científicas. Dice del Llano:

En ese medio hizo su entronque el español con el indígena habitante de la llanura. Pero, al mismo tiempo, el negro también lo acompañó a poblarla. De dos modos llegó el elemento negro a las llanuras: el esclavo como mayordomo de los hatos para custodiar y obligar al trabajo a la indiada que cuidaba los rebaños; los esclavos cimarrones prófugos de las haciendas de los Valles de Caracas, de Aragua, del Tuy, que la buscaban para ocultarse (...) El producto de esa mezcla de negro con indio, con ligero tinte español, fue un tipo de zambo autónomo muy original, extraordinario por su fuerza física, por su valor y por su audacia imponderable...

Aparte de este cruce, cuya importancia es más social que física, porque el zambo fue un “desclasado” con la sicología que debía serle peculiar, diferenció Siso otro tipo de llanero como cívico urbano, diferente del llanero de los hatos. Para él, predominaron en los hatos los mestizos de españoles e indios y en las ciudades los mulatos, mezcla de españoles y negros. Algunos historiadores, antiguos y recientes, han insistido en que en los Llanos pelearon, particularmente durante los años de 1813 y 1814, llaneros negros. Si allí acudieron negros, mulatos y zambos, no es porque fueran la población fundamental de los Llanos, sino en parte, por las fugas mencionadas por Carlos Siso. Es decir, durante la Guerra de Independencia las llanuras se convirtieron en un recipiente de grupos procedentes de todos los puntos de la periferia, por diferentes razones<sup>24</sup>.

Volveremos a citar a Cisneros a propósito de lo que según su descripción, fue una crisis en la ganadería a principios del siglo XVIII. Es interesante notar en la información de ese autor que en cierta época el comercio de los cueros resultó una amenaza para la conservación de los rebaños, al menos los situados al alcance de quienes comerciaban de contrabando con los extranjeros. Escribía Cisneros en 1764:

El número de reses, antes tan crecido, que era suficiente para el abasto de las provincias y el de todas las Antillas, se halla en el país tan reducido, que apenas basta para el consumo del país. La falta de extracción y el régimen constantemente vicioso de las carnicerías, hicieron insensiblemente perder, desde 1699, al ganado vacuno todo su precio; y los cueros

24. Cisneros, 1959: 130; Depons, 1960, II: 126.

tomaron desde esa misma época un aumento que sólo dejó ver al hatero en la res, el valor del cuero. Vino la res a no valer en el hato más que dos pesos y muchas veces costaba conducirla a las ciudades para conseguir tres pesos, que los gastos y eventos de la conducción reducían a uno. Los cueros se pagaban en los hatos de ocho a nueve reales de plata-pieza, y se vendían al instante (...). El hatero debía matar y desollar sus vacas para vender sus cueros y su sebo. Este asolador oficio fue confiado en cada hato a una docena de hombres montados en buenos caballos y armados con lanzas. Toros, bueyes, vacas, terneras y todo lo que se pudo alcanzar, cayó bajo el fierro mortífero. Lo demás se huyó a los montes impenetrables, donde el terror detiene todavía una gran parte (...). Los hateros pensaron luego en reparar este estrago de la desesperación. Pero este funesto ejemplo dio a unos fascinerosos dedicados al robo, la idea de proporcionarse un oficio con la destrucción de las reses, por el objeto de conseguir sus cueros. Los Llanos fueron luego infestados por aquellos hombres cuya vida es una plaga para la sociedad. En todas partes se hallaron reses desolladas y abandonadas a la voracidad de las aves de rapiña. Los propietarios invocaron la autoridad de las leyes, la protección del gobierno, el socorro de la fuerza pública. Se atendió a sus justas quejas, salieron decretos, se dieron órdenes, cuyo cumplimiento fue tan ridículo, que no hizo sino asegurar a los malhechores su impunidad y aumentar su número<sup>25</sup>.

25. Armas Chitty, 1949; Arellano Moreno, 1964: 481-482; Arcila Farías, 1946: 77; Depons, 1960, II: 123; Dauxion, 1967: 233.

Una característica importante de la producción de los Llanos fue la importancia de la mula, animal que por su fortaleza y resistencia, era el medio principal de transporte, no sólo en Venezuela, sino en el área del Caribe. Tal fue su valimiento económico que llegó a convertirse en medio de cambio, en verdadera moneda en las transacciones del siglo XVIII y en las que durante los años de tercera guerra de independencia hubieron de realizar los patriotas para obtener armas y toda clase de abastecimientos. En 1783 se exportaban por los puertos orientales, según las noticias del intendente Ávalos, diez mil mulas al año. Otras seis mil eran empleadas en los trabajos de los hatos y para el transporte comercial. El gobernador de Guayana, Marmión, quien escribió un extenso informe en 1788, y quien apreció para esa fecha en 160 mil cabezas el ganado mayor en la provincia de Barcelona, señaló que la riqueza de esa provincia se componía especialmente del dicho ganado y de mulas, en una extensión que iba desde la costa hasta El Tigre, de la cual se extraían para La Habana reses, mulas, caballos, carnes saladas, quesos, sebo y velas. Esto nos recuerda que la riqueza de los Llanos no significaba sólo carne, sino otros productos también fundamentales, aparte de la alimentación. En su obra *Economía colonial de Venezuela*, señaló Eduardo Arcila Farías en 1946 su extrañeza por la escasa importancia que los recuentos económicos venían dando a la significación de los cueros en la historia de la riqueza de los Llanos:

Nos ha sorprendido —escribía— al revisar numerosas obras sobre la vida colonial, el no encontrar ninguna referencia sobre el papel desempeñado por los cueros en la economía venezolana, cuando su importancia fue tan considerable, en relación con el volumen total

de exportación, como posteriormente la del cacao y más tarde la del café. Ya en 1606 el comercio de cuero había alcanzado el tercer lugar en las exportaciones y en realidad conservó el primer lugar en el comercio exterior venezolano de 1620 a 1665. Durante todo este largo período (...) representaba ordinariamente 75% o más del valor total de las exportaciones (...) Es de notarse la firmeza del precio de los cueros, pues no sufrió caídas violentas ni alzas vertiginosas, tal como ocurrió con el del cacao...

Según las noticias de Cisneros en 1764, la exportación de cueros de Venezuela había estado en relación con la obtención de ellos o con su escasez en Buenos Aires, desde donde prefería el tráfico oficial español obtenerlos. En la primera década del siglo XIX informaba Dauxion Lavaysse que en las inmediaciones de Calabozo, donde mantuvo un almacén importante la Compañía Guipuzcoana, existían innumerables rebaños, pero según se quejaba, “en 1802 esta región estaba infestada por una caterva de bandidos que cazaban los caballos, bueyes, mulas, etc., y los despellejaban para vender las pieles en Trinidad”. Añadía que fue la única vez que oyó hablar de una banda de ladrones en las colonias españolas. Ya vimos cómo desde mediados del siglo XVIII existían los cuatrerros y podríamos añadir que la venta clandestina de cueros tenía ya casi dos siglos cuando Dauxion visitó a Venezuela<sup>26</sup>.

Como hemos dicho, el régimen de producción colonial español en Venezuela fue de producción esclavista sobre un tipo de posesión de la tierra semifeudal. En las zonas de mi-

26. Brito Figueroa, 1963: 216-217; Carrera Damas, 1968, 128; Armas Chitty, 1949: 99; Wavel, 1973: 72.

siones fueron principales productores los indígenas y no los esclavos. La condición de aquellos era de servidumbre, con una paga monetaria legalmente establecida como un salario diario, pero no cumplida en la práctica. ¿Puede aplicarse tal calificación a los Llanos, lo mismo que a las regiones agrícolas? Creemos que es necesario establecer diferencias, pues las había en relación a la producción de ganado. La caracterización de los fenómenos de producción en los Llanos importa no sólo a la historia económica y social del país, sino a fenómenos concretos, como el de la Guerra de Independencia, que tuvo por escenario central desde 1813 hasta 1821, las llanuras situadas al norte del Orinoco. También la comprensión del tipo de propiedad y de ganadería en los Llanos es indispensable para comprender la realidad económica del país, desde 1830 hasta tiempos recientes, en el siglo XX. No podemos naturalmente realizar aquí un estudio completo de tal tema, pero sí establecer algunas circunstancias fundamentales para la historia de la ganadería y para el entendimiento de la importancia que esta tuvo en la independencia.

Brito Figueroa escribe en su obra *La estructura económica de Venezuela colonial*, las siguientes conclusiones:

En las llanuras de Guárico, Apure y Cojedes, las referencias documentales indican que ya en la cuarta década del siglo XVIII se habían formado setenta hatos originados en “sitios viejos”, por ventas, traspasos y composición. Treinta propietarios —a veces hacendados en los valles y costas centrales— poseían cuarenta hatos con una superficie aproximada de 219 leguas en cuadro. El carácter latifundista de la tenencia de la tierra es evidente; en un período inferior a 50 años,

más de 600 mil hectáreas, incluyendo bosques y aguas, se habían transformado en patrimonio privado en un proceso donde el valor legal de las composiciones y confirmaciones poco significaba frente a las usurpaciones y ocupaciones de hecho.

No es tan obvio lo asentado por Brito Figueroa. Veamos en primer lugar los datos de su cuadro de propietarios que lo conducen a las afirmaciones transcritas. Los 40 hatos estaban en manos, según los datos de Brito, de 29 propietarios. Las superficies atribuidas se dan en leguas cuadradas y se pueden clasificar así: uno tenía 25 leguas en cuadro; otro, 18 leguas en cuadro; dos poseían 15 cada uno; otro aparece con 12 y otro con diez. Los demás tenían todas superficies menores. Hay tres a quienes correspondía sólo una legua en cuadro a cada uno. La extensión individual de los tres de una legua alcanza a 1.600 hectáreas, considerando la legua de a cuatro kilómetros, como se hace para todos los cálculos de las extensiones coloniales. Los propietarios de diez leguas por lado sí poseían cantidad considerable, 160 mil hectáreas cada uno, y naturalmente era mayor la cantidad de los que aparecen con más de diez hectáreas. Pero ¿cuál era el carácter de la posesión? Todo lo que sabemos de la historia económica del Llano indica que no podemos conceptualizar ni las extensiones ni el carácter de la propiedad, como si se tratase de fundos agrícolas. El historiador Germán Carrera Damas expresa dudas análogas acerca de las propiedades llaneras, en referencia a las supuestas distribuciones de tierras por Boves, durante 1814. En su obra sobre ese guerrero colonialista, señala:

Respecto a esta reivindicación de la tierra por los hombres que siguieron a Boves, conviene señalar que ella constituye una cuestión de difícil examen, por la escasa documentación disponible, pero principalmente por la ausencia de estudios sobre las formaciones socioeconómicas existentes en Los Llanos durante el lapso tratado. Hemos limitado nuestra labor sobre este punto a sugerir, con apoyo de algunos datos e hipótesis, que las particulares condiciones de los Llanos venezolanos y de los hombres que los habitaban, hacían poco imperiosa la reivindicación de la tierra, consigna más bien campesina. En este sentido, el hecho de que el ganado aparezca como el símbolo social de la riqueza, con respecto de cuya posesión guardaba subordinación la de la tierra, permite pensar que fuese aquel la meta claramente entrevista en el orden de las reivindicaciones económicas, en razón de los intentos de los criadores de someter a apropiación privada un bien que podría considerarse libre o semilibre, al formar cimarroneras, respecto de las cuales se ejercían tradicionales prácticas de libre aprovechamiento.

Respecto de la extensión en los hatos enumerados por Brito Figueroa, debe señalarse que, según todo lo que sabemos, debe considerarse fluida, aproximada, y a veces más como una aspiración del que “componía” una superficie como suya, debido a la falta de linderos, de cercas de los hatos y de un sistema oficial de delimitaciones que garantizase las concesiones que por mercedes, confirmaciones, composiciones u otros sistemas, se otorgaban por las autoridades coloniales. Pero, además, como señala Carrera Damas, las extensiones

estaban en función de las posibilidades de someter el ganado cimarrón. Los hatos, sin cerca, se constituían en los tiempos coloniales, y aun después, más sobre la cantidad de ganado que se llegaba a controlar que sobre las extensiones que se poseían o se decían poseer. José Antonio de Armas Chitty, en el libro *Zaraza: biografía de un pueblo*, se extraña de que en un recuento de propietarios de Chaguaramal del Batey, primer nombre de Zaraza, se les distinguía por el número de becerros de cada cual.

Una particularidad —señala Armas Chitty— obsérvese en la manera de apreciar la cosecha de becerros. Ha sido costumbre en el Llano determinar la importancia de un hato por el número global de reses que lo forman. En ese cálculo descansa el prestigio del dueño del hato. Los vecinos de Chaguaramal durante la colonia no utilizaban el patrón actual. La forma de determinar ganancias y pérdidas, de conocer la riqueza, no la basaban en el número posible de reses vacunas, sino en el de los becerros que herraban anualmente. En 1778 la producción de becerros alcanza en la zona del pueblo a más o menos siete mil.

La extrañeza de Armas Chitty se comprende si se recuerda el carácter de los hatos en el Llano, especialmente en el caso de fundaciones de comunidades: cada cual solicitaba alguna extensión de tierra desde la que trataba de obtener ganados del interminable reservorio de los cimarrones. Cuantos se pudieran obtener dependía naturalmente del número de personas que trabajasen. En el caso de los hateros de Zaraza vimos al citar anteriormente al mismo Armas Chitty, que de los 77 pro-

pietarios de Chaguaramal, sólo 37 poseían esclavos en número total de 129. De modo que 40 no poseían auxiliares, sino tal vez familiares o algunos indígenas en servidumbre doméstica. Al examinar la lista de los propietarios señalamos, además, que seis de ellos poseían sólo un esclavo. Todo eso significa que los hatos de Chaguaramal eran fundos limitados en los cuales se comenzaba sólo por unos cuantos animales. Entre los más fácilmente atrapables se encontraban naturalmente los becerros. Una cita de Wavel, un legionario que escribió sus experiencias en los Llanos en 1817, aclara las dudas de Armas Chitty:

La manera de ordeñar las vacas —escribe Wavel, que por su parte también se extrañaba— es bastante singular. Como se trata de animales completamente salvajes los granjeros se ven obligados a no perderlas de vista en la época de las crías. Reúnen todos los terneros que se encuentran en los límites de su hacienda y los conducen a un recinto, seguidos paso a paso por las vacas, que acuden alrededor de los lugares donde sus crías han sido encerradas. Cuando los hateros lo creen oportuno, sueltan a los terneros, que a escape se acercan a sus respectivas madres. Este es el momento que eligen para ordeñar a la vaca sin espantarla, habiendo cuidado antes de atar al ternero a la rodilla de su madre.

Ello significa que los hatos comenzaban por la obtención de becerros, a través de los cuales se lograban las vacas que podían posteriormente domesticarse por completo, para obtener crías anualmente, en condiciones de una ganadería relativamente organizada<sup>27</sup>.

27. Carrasquel, 1943: 343.

Hasta mediados del presente siglo existió todavía en los Llanos una ganadería pastoral, muy diferente de la moderna industria para obtener carne, leche y sus derivados. Esa ganadería pastoral consistió en el cuidado estacional de los rebaños, en hatos sin cercas, donde el ganado durante el siglo XIX fue en gran parte cimarrón y sólo en parte domesticado, para cuyo cuidado se usaban no los medios técnicos modernos, sino los recursos de la naturaleza. Durante el verano, el ganado era conducido hacia el Bajo Llano, hacia la región de los ríos de agua permanente, y en invierno era de nuevo llevado hacia arriba, donde sólo había agua abundante mientras llovía. Ese pastoreo estacional condicionaba naturalmente la vida de los llaneros y el comercio ganadero, y era resto del movimiento natural de los ganados cimarrones que hasta el siglo pasado seguirían el recorrido que la necesidad del agua les marcaba. Mejor dicho, el comportamiento de los animales cimarrones enseñó a los primeros pastores lo que debían hacer para mantener su ganado en buenas condiciones durante todo el año. Esa ganadería pastoral podía realizarse por la ausencia de cercas en los hatos. Un hato era una delimitación a veces teórica y muchas veces con una frontera bien precisa sólo cuando algún río marcaba el fin por alguno de los rumbos de la medida. Todavía en 1929, cuando se publicó la novela *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, existían los hatos sin cerca y se practicaban los rodeos que servían para apartar, entre todos los ganaderos colindantes de una región, lo que pertenecía a cada cual. En lugar del alambre de los cercados, caracterizaba a las posesiones el hierro que durante los rodeos permitía señalar lo que a cada cual pertenecía. Las llamadas “Leyes de Llano” establecían una serie de procedimientos que pertenecían al derecho consuetudinario, más que a elaboracio-

nes técnicas jurídicas, para proteger los derechos de quienes eran propietarios, en parte teóricos, de grandes extensiones y no era el territorio lo que significaba riqueza, sino el número de animales de que cada cual podía disponer. Precisamente aquella novela planteaba el problema, que hoy parece tan elemental, de la cerca en los Llanos, de una simple regulación territorial conforme a derecho, para que, según la tesis sarmentina, propugnada por Gallegos, entrase la civilización en la llanura venezolana, traída por postes, alambres y claves que delimitaran derechos y protegieran labores. Los hatos sin cerca fueron territorio de batallas en la independencia, fondo inagotable de ganados enriquecidos constantemente con las cimarroneras. Algunos datos sobre el siglo pasado y el primer tercio del presente, son apropiados para formarnos una idea del ámbito económico social de los Llanos. Dentro del sistema esclavista, hasta 1854, y con el de tipo semifeudal que le sucedió, con servidumbre en lugar de esclavitud, los Llanos constituyeron una región con caracteres propios, con un régimen de ganadería pastoral combinada con una verdadera cacería de ganado paralela al apacentamiento. Esta cacería de ganado fue el elemento económico fundamental de la Guerra de Independencia en las llanuras, desde 1813 hasta 1821. Desde 1817, Bolívar combinó en Guayana las virtudes de una ganadería sedentaria, mantenida con relativa técnica, en esa región, y la cacería de ganado y caballos y la domesticación elemental, para el uso bélico o para el comercio.

Durante el período esclavista anterior a la independencia, los Llanos sirvieron de refugio a esclavos fugitivos, a negros libres perseguidos, a pardos acusados justa o injustamente de transgresiones a las leyes y a indígenas rebeldes. Se formaban cumbes o rochelas, a favor de la existencia de los

ganados cimarrones de que podían disponer simplemente quienes aprendieron a cazarlos. En algunas de esas pequeñas comunidades se cultivaban conucos y otros frutos, que completaban la alimentación, de todos modos asegurada con una provisión inagotable de carne. Los habitantes de rochelas, si conocían el manejo de los caballos, podían disponer de cuantos quisiesen para su defensa o para largos traslados en caso de peligro. El 20 de julio de 1789, Antonio Leonardo de Sosa, teniente de justicia mayor, comandante de armas y corregidor de los pueblos de indios de la jurisdicción de Calabozo y agregadas, comunicó:

que por cuanto se están experimentando varios daños a los hacendados en sus ganados y demás haberes y que estos se tiene noticia cierta los causan los guardias y rochelas que se hallan en los alrededores de la villa (...) no están a otro efecto que al de vivir en libertinaje, sin que los jueces puedan tenerlos a la vista, cuyos perniciosos defectos se hace preciso atajar en el mejor modo posible. En esta virtud debo de mandar y mando, se publique por bando en dos o tres lugares de la villa, para que ninguno alegue ignorancia, y para que todos los que se hallan habitando extramuros de la villa, hayan de concurrir al Ilustre Ayuntamiento dentro del preciso término de dos meses, a pedir sus solares, para que delineándose una, dos o tres calles, se les asigne a cada uno el que le corresponde para que fabriquen sus casas dentro de ocho meses, percibido que al que así no lo hiciese, se le derribará la casuca que tiene en los dichos extramuros y se procederá contra él como inobediente<sup>28</sup>.

28. Armas Chitty, 1961: 231.

Con el pretexto de las “rochelas” solía negarse permiso a los indígenas que lo solicitaban para establecer sus propios hatos. Así, el 2 de noviembre de 1791, fue pedida al fiscal negación absoluta para que en el sitio de la Mata de Herrera, en la jurisdicción de Chaguaramas, no se concediese permiso a ningunos indios

que con el título de ir a ser vecino introduzca cría de animales en las sabanas entregadas a él, pues de hacerlo, a más de que pueden servir de rochelas, ha de resultar precisamente se acabe con semejantes fundaciones de perder las sabanas, pues es corriente que a los pocos años de sentarse alguna fábrica en cualquier terreno del Llano, se pierdan sus pastos y llene de escobales y breñales todas sus inmediaciones...<sup>29</sup>

A principios del siglo XIX Depons se quejaba de la gran cantidad de cuatrerros que asolaban, según sus noticias, las tierras de Calabozo:

Sus tierras —escribía— no se prestan sino para la cría de ganado (...) el pasto es bueno y abunda el ganado vacuno. Sin embargo, desde hace algún tiempo, por obra de la corrupción de las costumbres, o por falta de vigilancia de los magistrados, los hatos vienen sufriendo alarmantemente los efectos del robo y la devastación. Pandillas de cuatrerros, enemigos del trabajo, recorren de continuo las inmensas llanuras entregadas al abigeato y conducen luego el fruto de sus rapiñas a Guayana o Trinidad. Muchas veces,

29. Depons, 1960, II: 270.

como ya lo he dicho, matan la bestia para aprovechar solamente el cuero y el sebo. Si no se toman prontas medidas, y enérgicas, los hatos distantes de los pueblos, como lo están casi todos, quedarán desiertos y la posteridad sólo por tradición sabrá que allí hubo en un tiempo numerosos rebaños<sup>30</sup>.

Dauxion Lavaysse, pocos años después, era, por el contrario, optimista respecto de los Llanos:

Los habitantes de esta provincia —decía sobre Barinas— llevan una vida pastoril. Viven en hatos, en medio de numerosos rebaños (...) no tienen los medios para comprar lo concerniente al lujo de las ropas, muebles y bebidas europeas, porque carecen de comunicación directa con las colonias vecinas y, al estar situadas tierra adentro, se ven obligados a vender sus mercancías y sus rebaños a los contrabandistas de San Tomé y Angostura y de Caracas, a un precio irrisorio (...) será una de las más ricas y pobladas (...) su clima es tan sano como fértil.

Sobre los ganados cimarrones escribía Dauxion Lavaysse, en la primera década del siglo XIX:

Los bueyes, los caballos, los asnos y las mulas, traídas, originalmente de Europa, se han multiplicado y forman numerosos rebaños. Un gran número vaga salvaje e indómito por las sabanas y los bosques. Otros se encuentran reunidos en hatos o praderas naturales,

30. Dauxion: 271, 273.

habitadas por españoles que se ocupan de su cría. Hay un particular que posee cinco o seis leguas de tierra, en todas direcciones, y es propietario de 30 a 40.000 animales entre reses, caballos, mulas y asnos. Pero como le es imposible tener y cuidar un número tan grande de animales por falta de brazos, se contenta con marcarlos con un hierro caliente en el anca o en el muslo. Cinco o seis veces al año, hace batidas en las selvas para recoger los animales que le pertenecen y vender los mejores...

Con lo cual el autor simplemente describe en forma resumida, lo que en realidad era el funcionamiento de los hatos dentro de las condiciones de ganadería natural en que se desenvolvían<sup>31</sup>.

Calzadilla Valdés, un periodista del primer tercio de siglo en Venezuela, oriundo de los Llanos, publicó interesantes informaciones sobre las actividades de los ganaderos, cuando sobrevivían todavía regulaciones que venían del siglo XIX y que no habían desaparecido con la independencia.

En entrada de aguas —explica a propósito de la propiedad de los ganados— o sea cuando los primeros aguaceros, acostumbran los llaneros apureños verificar vaquerías, operación que en los demás Estados llaneros puede hacerse en otras épocas del año; así mismo, en la salida de aguas se practican las vaquerías apureñas. Se para el rodeo con el objeto de facilitar cuanto sea posible este necesario y urgente trabajo,

31. Calzadilla Valdés, 1948; Córdoba Bello, 1962: 40, 42; "Ordenanzas de Llanos", en *Textos Oficiales de la Primera República de Venezuela*, II: 143.

en realidad una simplificación de la vaquería, es decir, el rebusco metodizado de los ganados extraviados por las sabanas ajenas vecinas, preferentemente las vacas paridas con sus crías próximas a ser desmadradas...

Es el mismo sistema que empleaban en tiempos de la fundación de Chaguaramal del Batey, con la correlación de becerros y vacas. Se puede observar que se habla de las "sabananas vecinas", debido a que, como en el siglo pasado, todavía durante el primer tercio del presente estaban ausentes las cercas. Durante el llamado "rodeo", se organizaba la propiedad del ganado en lo posible. Calzadilla Valdés lo explica así:

Un dueño de propiedad observando a un vecino apartar del rodeo parado (organizado) en su sabana 40, 50, 100 reses, se consideraría con derecho a reclamar pago de piso y pastaje de ese ganado durante varios meses del año, beneficiándose de su predio, si no le correspondiera a él idéntica obligación respecto de su propio ganado regado por los campos vecinos, equiparándose por un tácito consentimiento los derechos de ambos, hasta tanto se resuelva en nuestro país el interesantísimo problema de la limitación de las sabanas...

Córdoba Bello, autor de un corto trabajo sobre aspectos históricos de la ganadería en el Oriente y en la Guayana, recogió los interesantes datos que en 1884 publicó en un folleto José Miguel Romero, acerca de los problemas de la propiedad en esa fecha, los cuales eran prolongación del régimen que venía desde los tiempos coloniales. Romero impugnaba dos

derechos que se consideraban a los dueños de hatos, en realidad dueños de ganado principalmente, por falta de linderos: el derecho de opción y el de comunidad de pastos y aguas. El de “opción” consistía en “tener por suyo todo animal no marcado que se encuentre en su terreno”, para lo cual se organizaban los rodeos. Esto originaba a fines del siglo pasado abusos y procedimientos fraudulentos. Por ejemplo, individuos no llaneros acusaban ante las autoridades cierta cantidad de tierras baldías, con el solo objeto de atraer hacia ellas los ganados no marcados, que vendían sin convertirse en ganaderos, sustrayendo simplemente de los conjuntos que andaban por las sabanas de diferentes dueños, los que todavía no habían sido herrados. La comunidad de pastos y aguas había sido promulgada por Páez y sólo se modificó después de la Guerra Federal con el añadido de que eran comunes sólo “las aguas naturales inagotables”, para favorecer los derechos de propiedad de posibles lagunas artificiales y pequeños bebederos dentro de los hatos. Las actividades de las vaquerías y la protección de los derechos de propiedad de ganados, eran reglamentados durante todo el siglo pasado con Leyes de Llanos que derivaban de la que promulgó el primer Congreso de Venezuela el 7 de enero de 1812, la cual había tomado algunos de los principios de la ordenanza colonial de 1794. Las Leyes de Llanos regulaban especialmente la propiedad del ganado, sobre el pensamiento de que toda la tierra del Llano estaba dividida entre diversos propietarios, cada uno de los cuales poseía derechos sólo dentro de su hato. Como no existían linderos y se aceptaba la comunidad de pastos y aguas, es evidente que no se puede pensar simplemente en latifundios de los del tipo agrícola. Serán indispensables futuros estudios sobre el desarrollo de la propiedad en los Llanos, ya que, basada en las

regulaciones generales de las Leyes de Indias sobre la tierra, contuvo rasgos comunales que se mantuvieron después de la independencia hasta las primeras décadas del presente siglo. Después de concluida la guerra de emancipación, la primera regulación sobre hatos fue promulgada por Páez en 1828, “teniendo en consideración que por los acontecimientos de la guerra ha dejado de observarse en los Llanos de Venezuela el reglamento que servía de norma a los vecinos hacendados criadores de aquellos lugares...”

En el *Reglamento para hacendados y criadores del Llano*, Páez recogió muchas de las disposiciones de la ley de 1812. Se basaba en la práctica y en las nuevas necesidades. El artículo 22 estableció el uso común de pastos y aguas, que duró todo el siglo XIX, así:

El uso de las aguas y pastos para los ganados y bestias en Los Llanos, es común entre los propietarios y por lo mismo les es concedida la propiedad de los animales que se encuentran sin marca ni hierro en sus respectivas sabanas y posesiones, conocida con el nombre de derecho de opción.

En el artículo siguiente, 23, se estableció lo siguiente:

Este derecho no podrá usarlo sino el que tenga un sitio de hato de una legua cuadrada, y que hierre anualmente de 25 animales para arriba, y el que sin estas cualidades herrare mostrencos, a más de perderlos en cualquier número que sea, y de venderse por cuenta de los fondos de la policía, será destinado a los trabajadores de obras públicas por cuatro meses.

Es importante notar que al justificar su *Reglamento*, Páez señaló que a causa de la Guerra de Independencia se habían dejado de lado todas las reulaciones anteriores a ella. Nos hemos referido al reglamento de Páez y a fechas posteriores, porque en ellas se reprodujeron reglamentos coloniales y la situación a la cual aquellos correspondían. Queda abierto un campo de estudios y análisis sobre la posesión de la tierra y de la producción en los Llanos, antes y después de la independencia<sup>32</sup>.

Páez poseyó el control de los Llanos desde 1816. En su *Autobiografía* escribe:

Allí en Apure llegué a tener los bienes de esta provincia, que sus habitantes pusieron generosamente a mi disposición. Calculábase entonces que las propiedades del Apure ascendían a un millón de reses y quinientas mil bestias caballares, de las cuales tenía yo 40.000 caballos empotrados y listos para la campaña...

Se comprende que los propietarios de Caracas y otras ciudades, en la imposibilidad de conservar las riquezas en ganados marcados que habían logrado, prefirieron pasar a Páez los derechos hipotéticos que deseaban mantener y que fueron barridos por la tremenda guerra que convirtió al Llano en escenario decisivo del proceso de liberación nacional.

---

32. Páez, 1946: 135.

# La acción

Yo apenas he podido seguir con trémulo  
paso la inmensa carrera a que mi patria me guía.

SIMÓN BOLÍVAR

## Capítulo I

# Base productiva de los ejércitos libertadores

**M**ientras existieron como entidades separadas los ejércitos libertadores de oriente y occidente, se diferenciaron bastante sus bases productivas. Debe añadirse la pequeña pero importantísima porción del ejército de patriotas de Margarita. Fugazmente recibió también el título de Ejército Libertador, unidad prácticamente autónoma durante algunos períodos de la lucha de independencia, hasta 1816.

El Ejército Libertador de Oriente, comandado por Mariño, al iniciarse en 1813 no encontró la devastación que en el centro del país había producido la fuerza de Monteverde. En un primer período de unos 3 meses hubo de enfrentar ese ejército las dificultades del bloqueo impuesto por buques de los realistas. Entonces quedaron reducidos a una alimentación de plátanos y chocolate, debido a la abundancia de los primeros y a las haciendas de cacao. Posteriormente los esclavos, componentes en gran parte del ejército de oriente,

desempeñaban simultáneamente labores de producción y de guerra. Mariño trató de restablecer pronto el comercio tradicional que la zona había mantenido con Trinidad y otras Antillas. Su propio padre había sido exportador de cacao, pescado y ganados. Los irlandeses y franceses establecidos en los valles de la península de Paria desde la última década del siglo XVIII producían cacao, algodón, café y caña de azúcar. Varios eran corsos y por consiguiente bonapartistas, es decir, antiespañoles, y los irlandeses veían en Mariño al descendiente de compatriotas de origen. Todos estaban interesados en mantener en lo posible la producción y el comercio. En la región de Cariaco se obtenía también cacao, café, algodón y caña y en la de Yaguaraparo abundaban especialmente los sembrados de plátanos. De Güiría advertían los ingleses que procedían “algodón de la mejor calidad; cacao tan dulce como el de Caracas, café superior al de Santo Domingo, arroz igual al de Norteamérica y maíz superior al de cualquier otro suelo”. Con la cooperación de Bideau, quien organizó una flotilla, logró Mariño mantener cierta corriente de intercambio con las Antillas, de donde podía obtener armas a cambio de ganados y frutos<sup>33</sup>.

Respecto de los ganados especialmente, se abrió una fuente de extraordinaria importancia cuando el Ejército Libertador de Oriente conquistó Maturín, conservado, a pesar de todos los altibajos de la guerra, durante 1814, hasta después de Urica, la última gran batalla de 1814. El 8 de abril de 1813 escribió Mariño a Jeremy, comandante del bergantín *Liberty*, anclado en Güiría: “Somos ahora dueños de las

33. Parra Pérez (1954, I: 199) dice del tiempo del bloqueo de oriente por los españoles: “Durante aquellos meses críticos formáronse el cuadro de oficiales y los soldados que muy pronto, reunidos por las hábiles manos del héroe, limpiaban de realistas el Oriente.” (Parra Pérez, 1954, I: 5; Dauxion, 1967: 221, 245, 248).



**Productos de consumo popular en 1810**  
zonas de producción

 <b>Pescado</b> (costas y ríos).	 <b>Yuca</b> (costa y Guayana).	 <b>Tabaco</b> (cultivado en Barinas, Barlovento y provincia de Maturín).
 <b>Ganado vacuno</b> (en Los Llanos).	 <b>Papelón, azúcar y aguardiente de caña</b> (Oriente y Centro).	 <b>Sal</b> (Araya, Lago de Maracaibo, costa de Coro).
 <b>Venados</b> (en Los Llanos).	 <b>Ganado cabrio</b> (provincias de Coro y Barquisimeto).	Complementarios en la alimentación fueron aves de caza y domésticas, abundantes en Margarita y Los Llanos. En estos, también Chigüires y morrocayos.
 <b>Maíz</b> (en la zona litoral).	 <b>Papas</b> (Andes venezolanos).	

llanuras donde se levanta el ganado; nada puede exportarse sin nuestro permiso (...) Nos proponemos suministrar al gobierno británico tantas cabezas de ganado como puedan desearse...” Promesa importante para los ingleses, pues su abastecimiento de carne para las poblaciones insulares procedía especialmente del oriente de Venezuela. No se trataba de lograr una concesión graciosa a Mariño, sino de comprar y vender<sup>34</sup>.

En la llamada provincia de Barcelona existía una cierta agricultura, en los valles de Capiricual y Bergantín, donde se cultivan cacao y algodón, pero la riqueza de la zona consistía en el ganado cuya posesión anunciaba Mariño al estabilizarse en Maturín. De la provincia de la Nueva Barcelona había escrito Dauxion Lavaysse, poco antes de 1810:

Sus inmensas sabanas alimentan numerosos rebaños de bueyes, caballos, asnos y mulas. Se les exporta por millares a las colonias vecinas (...) Anualmente se exporta de esta provincia de 150 a 200.000 quintales de cacao, de 3 a 4.000 quintales de añil, cerca de 2.000 quintales de achiote y de 250 a 300.000 quintales de algodón (...) El maíz es también objeto de cultivo y de exportación (...) Casi todos los habitantes de los campos cultivan un poco de arroz para su consumo; pero aún no es objeto de comercio...

34. Parra Pérez (1954, I: 218). El interés de los ingleses por la costa oriental quedó muy de relieve en la comunicación que un capitán de puerto, llamado Kenneth Mathison, envió dos o tres años después a Woodford. Además de un gran elogio a la fertilidad de Güiría y a la excelencia de los frutos de su suelo, explicaba: “El río Guarapiche, que desemboca en el golfo, lleva a Maturín, de donde se pueden introducir mercancías al interior de las provincias de Cumaná, Barcelona, Caracas y Guayana, recibándose en cambio mulas, ganado vacuno, algodón, cacao y cueros, con gran cantidad de tabaco y sebo...” (Parra Pérez, 1955, III: 136).

En las estadísticas de exportación del siglo XVIII y principios del siguiente, figura poco el maíz y nunca la yuca, los dos productos fundamentales en la alimentación de las poblaciones de la costa venezolana. Como se cultivaba en conucos, especialmente para el consumo familiar o grupal, por esclavos y por indígenas y pardos en servidumbre, no se exportaba maíz sino en pequeña escala. A veces saldría casabe para las islas, pero en escasa cantidad, cuando algunos sitios lograban una pequeña superproducción para comercio, o cuando algunos propietarios obtenían a cambio de las parcelas que entregaban a negros libres, indios o pardos, una parte de la cosecha, en transacción semifeudal. Recuérdese que ya desde mediados del siglo XVII se tenían noticias de la entrada de extranjeros en los Llanos, tanto para la obtención de carne como especialmente de cueros. Ya en el informe de un “viejo poblador de Cumanagotos”, Rodríguez Leyte, en 1647, antes del descubrimiento oficial de Apure, este contaba que los indios cores le habían transmitido noticias acerca de las andanzas de los holandeses por el *hinterland* de las provincias orientales. “El holandés —dijo el informante— vino a descubrir la tierra, porque dicen los holandeses que están en Guarapiche, que ya tienen descubierto el ganado de los Llanos y que se han de hacer señores de esta tierra...” Diez años después, otro informe publicado por Froilán de Río Negro, indica que en 1657 ya los propios españoles entraban por las tierras de los indígenas llaneros en busca de ganado, cueros y sebo. “Se recoge tanta cantidad de corambre —decía el trasmisor de las noticias en aquella fecha— cuanta se pueda gastar en España y en las demás provincias de Europa...” El ejército de oriente pudo resistir en 1814 los ataques de los españoles y producirles derrotas después de la destrucción de la mayor parte del Ejército Li-

bertador de Occidente y del Centro, debido a su extensa y rica base productiva. Uno de los factores resaltantes en oriente, que sirvió para mantener la cooperación de propietarios de haciendas y hatos con Mariño, fue la relación que este desde el comienzo mismo de su campaña en Güiría estableció con Trinidad y las Antillas. Como la ocupación de oriente por los realistas se convertía necesariamente en prohibición de comercio libre, perturbando por consiguiente los intereses de los cosecheros y ganaderos orientales, estos auxiliaban en lo posible a Mariño, es decir, protegían sus propios intereses económicos, productivos y comerciales.

Un artículo importante en el este de Venezuela fue también la sal. Aunque la principal producción estaba en Araya, regida casi constantemente por los españoles, el producto se obtenía de algunas pequeñas salinas y se enviaba hacia el occidente y al interior de las provincias<sup>35</sup>.

La actividad comercial desde Barcelona hasta Paria, estuvo condicionada, desde 1797, por la toma de Trinidad que hicieron los ingleses. Desde entonces se establecieron en oriente y especialmente en las costas de Paria, numerosos migrantes de la isla frontera. “El Oriente —escribe Parra Pérez— se convirtió en mercado inglés y al propio tiempo Trinidad adquirió prosperidad...”

Según contaban algunos costeños orientales, en ciertas propiedades de hacendados del litoral de Paria “se arreglaba el reloj por el cañonazo de a cuatro que a las ocho de la noche disparaba el castillo de S. Andrés, en Puerto España...” Así, desde los últimos años del siglo XVIII, quedó frente a

35. Dauxion, 1967: 251; Depons, 1960, II: 288; Córdova Bello, 1962: 19; Polanco, 1960: 199.

las costas venezolanas un centro no sólo comercial sino político de la mayor importancia. Las actitudes de Inglaterra frente a los patriotas, primero en 1813 y 1814, y después, de 1816 en adelante, estuvieron condicionadas por las correlaciones diplomáticas y bélicas internacionales, a lo lejos, y de cerca por el interés de los comerciantes ingleses que constantemente presionaban a quien fuese gobernador en Trinidad para el mantenimiento del comercio con la costa oriental de Venezuela, de donde obtenían no solamente comestibles, como la carne, el pescado y algunos vegetales, indispensables para la alimentación, sino otros como los cueros y el algodón, para la exportación a los centros industriales europeos. Los productos de la costa oriental y la comunicación con los Llanos desde Maturín significaron para el Ejército Libertador de Oriente en 1813 y 1814 un elemento fundamental, no sólo para el sostenimiento de los soldados, sino para la obtención de armas. Naturalmente, los españoles trataron permanentemente de bloquear las comunicaciones comerciales y de obtener del gobernador Woodford una actitud política contraria a Mariño. Cuando el doctor Antonio Gómez, enviado de Monteverde ante Woodford, después de la expedición de Chacachacare, aseguró al gobernador que Trinidad corría peligro por la incorporación en el ejército de Mariño de tantos mulatos y negros antillanos y de los esclavos de la costa oriental, intentaba que los ingleses se declararan en general adversos a la causa patriótica, así como obstaculizar el paso de esclavos y mulatos antillanos que se dedicaban, no sólo a la actividad guerrera, sino a la producción de frutos y a la recolección de ganado exportables. Como aconteció durante todo el período de intensa guerra de 1813 y 1814, los colo-

nialistas levantaron en su favor a los esclavos, tanto para tener combatientes, como para perjudicar y anular la base productiva de los patriotas<sup>36</sup>.

Los viajeros de la primera década del siglo XIX, como Depons y Dauxion Lavaysse, encontraron pocos productos en Margarita, la isla oriental de tanta importancia para la guerra en oriente. Según Depons, “todas las sementeras se reducen a algunas matas de algodón y un poco de caña de azúcar que no basta ni para el consumo local...” Naturalmente encontró una gran producción de pescado, principal actividad de los margariteños. Dauxion, por su parte, escribió:

Los cultivos de la isla alcanzaron apenas para alimentar a sus habitantes. El maíz, el casabe y los cambures son sus principales recursos (...) Los habitantes cultivan en pequeña cantidad y sólo para su consumo, todos los productos de las Antillas: la caña de azúcar, el cafeto, el cacao, etcétera. Tenían muchas cabras y ovejas...

Omitía recordar el alimento y artículo de comercio fundamental: el pescado. Señalaba también: “... tienen toda clase de aves que venden muy barato y de las cuales hacen un pequeño comercio...”. Aunque no las menciona, podemos inferir que entre esas aves se encontraban en abundancia las gallinas, pues durante 1813 y 1814 las margariteñas enviaron para los ejércitos que combatían en Tierra Firme cientos de gallinas<sup>37</sup>.

Además de los productos señalados, también en la costa oriental se consumía como base de la alimentación, el pes-

36. Parra Pérez, 1954, I: 45; Depons, 1960, II: 279.

37. Depons, 1960, II: 290; Dauxion, 1967: 263.

cado. El cacao, algodón y otros productos agrícolas, naturalmente, eran para la exportación; pescado y maíz para las necesidades diarias de los trabajadores. Los sectores superiores económicamente consumían también carne, es decir, los propietarios de haciendas y sus familiares y algunos de los oficiales del Ejército Libertador de Oriente. Cuando faltaba pescado, debido al bloqueo de la flota española, los trabajadores consumían, como vimos, plátanos y chocolate. Cuando la carestía era muy aguda, se trasladaba ganado desde la zona llanera, para la manutención del ejército, o, más fácilmente, carne salada, hacia la región situada más al Este. En Barcelona y Maturín, la alimentación era a base de carne de ganado, debido a la abundancia de este. Los soldados del ejército de oriente hubieron de aprender, especialmente desde fines de 1813, a alimentarse únicamente de carne, cuando entraron en los Llanos, camino del centro, para cooperar con el Ejército Libertador. A fines de 1814, cuando habían avanzado mucho los realistas en Occidente, Mariño y sus oficiales se prepararon en Maturín para resistir y atacar, empotrando el ganado más doméstico. Así se produjo una curiosa crisis de exceso de abastecimiento, cuando en septiembre de 1814 la gran cantidad de ganado que juntaron se había comido todos los pastos de las sabanas adyacentes a Maturín. Murieron tantos ganados, que, según informa Francisco Javier Yanes, dentro de la propia ciudad surgieron graves problemas a causa de esa crisis de producción por exceso, cuando 500 reses murieron de hambre en las calles. Cundió una gran alarma y el ejército de oriente tuvo que hacer frente a las labores sanitarias de incineración, para prevenir una epidemia que en cierto momento veían inminente<sup>38</sup>.

38. Yanes, 1943, I: 207.

Otro factor de mucha importancia para el Ejército Libertador de Oriente en 1813 y 1814 y para el Ejército Libertador en general, desde 1816 en adelante, fue la utilización del corso, arbitrio utilizado por todas las naciones en el Caribe. Era una derivación del antiguo filibusterismo que perduró en las Antillas y la costa suramericana. Cada nación armaba buques. Bajo su bandera se dedicaban labores irregulares en el mar. Los corsarios venezolanos llegaron a tener una ley decretada por el Libertador en marzo de 1817. Rindieron mucha cooperación, a veces decisiva, para el abastecimiento, la persecución de buques españoles, mantenimiento del comercio, protección de buques con los cuales se enviaban productos y se importaban armas, o se trasladaban voluntarios desde las Antillas, etcétera. Mariño aprovechó ampliamente a los corsarios, con fundamento en la flotilla que organizó Bideau desde poco después de la toma de Güiría en enero de 1813. Los buques armados en corso actuaban dentro del gran mundo del contrabando, es decir, de esa rama de la economía colonial que formó parte del sistema de circulación de mercancías desde el siglo XVI. Durante la colonia hubo permanentes disposiciones de corso en la colonia venezolana. Los patriotas mantuvieron el sistema, desde que pudieron utilizarlo, para su defensa y para el ataque. Después de 1820 hubo corsarios venezolanos que llegaron a aproximarse a las costas españolas, lo cual hizo pensar a Bolívar que era factible trasladar una expedición a través del océano para liberar a la propia España de sus opresores realistas. Al principio Mariño no pudo disponer sino de seis goletas. Como la obtención de armas era de imperiosa necesidad, no tuvieron más remedio los orientales que comenzar el armamento en corso, lo cual aseguraba la cooperación de profesionales de esa actividad

en el Caribe. Sólo así fue posible superar las dificultades del Ejército Libertador de Oriente en los primeros meses de 1813, cuando sobraban soldados voluntarios. Como armas se empleaban garrotes con puntas duras, o lanzas de palmas, basadas en la tradición indígena<sup>39</sup>.

Como veremos a propósito de la Campaña Admirable, ni Bolívar, ni Urdaneta, ni oficial alguno de cuantos llegaron desde Táchira hasta Caracas en 1813, dejaron de comprender que la penetración del pequeño ejército procedente de la Nueva Granada y cuyos efectivos aumentaban con las victorias obtenidas, significaba un aumento creciente de problemas de abastecimiento. Cada soldado incorporado significaba una ración más. Por eso, Bolívar apresuró en lo posible la llegada del Ejército Libertador a Caracas. La abundancia de producción en los valles del Tuy, en Barlovento y especialmente en los valles de Aragua, prometía las subsistencias necesarias para organizar las fuerzas y, con centro en Caracas y Aragua, atacar oportunamente e intercambiar los cuerpos de tropas convenientemente para su descanso y nutrición. Los colonialistas practicaron durante el año de 1813 el sistema de sublevar los esclavos de los sectores agrícolas, no sólo para obtener nuevos soldados, pues obligaban a los esclavos que no deseaban incorporarse a los realistas, por todos los medios de fuerza posibles, sino que haciéndolo, desorganizaban la producción para el sector patriótico. Este se mantuvo durante el año de 1813 en una estrecha faja costera con prolongación hacia los Llanos en ciertas ocasiones y con dificultades en la comunicación con el Occidente. Durante 1814 se agravaron las condicio-

---

39. Cisneros, 1959: 137.

nes de abastecimiento. Quedaron cortadas muchas vías de transporte y una minoría del país permaneció adscrita a los patriotas. En 1814, Urdaneta andaba por las regiones del Tinaco y desde allí informó que las tropas carecían de uniformes y “el ejército patriota no tenía qué comer”. Se quejaba de los emigrados, impedimenta que hubieron de cargar los ejércitos durante toda la Guerra de Independencia, hasta 1821. El alto jefe patriota refirió en sus *Memorias* cómo en esa región “la reserva andaba algo embarazada con una gran partida de emigrados que siempre salían con los ejércitos de Valencia, cada vez que algún cuerpo se movía con dirección hacia sus casas...” Según comunicaba, ya en esas regiones de Llanos, “no se encontraba a inmediaciones (sic) de los poblados ni una sola res” y añadía una observación cuyo alcance se extiende a todo el tiempo de pelea con los colonialistas, hasta Ayacucho, a propósito del ganado: “... en este país constituye la principal manutención de los ejércitos...”. En las cercanías de la ciudad de San Carlos, no muy distante del Tinaco, era tal el hambre de los soldados, que hasta llegaron a consumir yuca amarga. Esta producía intoxicaciones y se dieron posteriormente casos de tropas que comían voluntariamente ese vegetal con ánimo de enfermarse y escapar de ciertas misiones del ejército. Varias veces llegó Urdaneta hasta Barquisimeto, durante 1813 y 1814. Esa era una zona de abundante producción: ganado cabrío y vacuno, cueros y pieles, caballos, es decir, elementos fundamentales para el ejército. Desde allí despachó a veces cargas de sal hacia Barinas, donde se habían producido debido a los ataques de los realistas graves dificultades. De una de ellas, ocurrida a fines de 1813, escribe Yanes:

La provincia de Barinas se hallaba en la mayor consternación, a causa de que abandonando la plebe sus ocupaciones agrícolas y pastoriles, por las sugerencias de los españoles, se habían dedicado al brigandaje, llevando en sus labios los nombres del Rey y de la Religión. El Gobernador Comandante de la Provincia, ciudadano Manuel Pulido, destinó al Teniente Coronel Francisco Olmedilla para que persiguiese y redujese a su deber a estos forajidos. El demasiado rigor de que se usó, los condujo a una especie de frenesí que tocaba en la última desesperación. En tal estado salió Yáñez de San Fernando, con una fuerte división, que aumentó sucesivamente por los triunfos obtenidos en Banco Largo, Nutrias y Guanare, y convencido Pulido de la imposibilidad de resistirlo en la capital, ni otro punto de la provincia, resolvió evacuarla y a principios de noviembre emprendió la retirada para San Carlos, con muchas familias y algunos pelotones de caballería que mandaba el coronel Pedro Briceño, emigrando otros a la provincia de Mérida, para no caer en las garras de Yáñez, cuyo carácter sanguinario y cruel era notorio.

Con las ciudades no situadas a la orilla de los Llanos la situación alimenticia solía agravarse, especialmente en casos de sitios como los dos que en 1814 sufrió Valencia. Durante el primero de ellos Bolívar ordenó a Urdaneta, quien comandaba la plaza: “Resistiréis hasta morir”, y para sobrevivir los valencianos hubieron de salar burros y mulas de transporte, lo cual, con algún maíz salvó parte de la población. Urdaneta cuenta en sus *Memorias*:

Téngase en cuenta que desde este tiempo y hasta que se concluyó la campaña de 1814, con la pérdida del país, todas las tropas patriotas que no estaban en movimiento hacia algún punto del Llano, no se alimentaban sino de carne de burro y de mula que era lo que podía conseguirse y se tenía por manjar la carne de gato o de perro<sup>40</sup>.

Después de un gran triunfo de Bolívar, el 28 de mayo de 1814, contra los colonialistas, en la llanura de Carabobo, Urdaneta recibió orden de salir hacia los Llanos de Guanare en busca de vacunos y caballos. Parte del ganado fue útil para resistir a Boves en el segundo sitio de Valencia, cuando el coronel Escalona dirigió la resistencia que a la postre resultó sólo un acto heroico de los patriotas. El jefe de la plaza se preparó, al acercarse las tropas realistas, guardando en barriles carne de vaca, de cabra y de burro, salada<sup>41</sup>.

Aparte de las crisis guerreras que sufrió el Ejército Libertador en 1814, hubo las de producción y circulación de alimentos. En febrero de 1814 se publicó en la *Gaceta de Caracas* una carta en la cual se comentaban los desastres que en la producción agrícola de los Valles del Tuy había producido

40. *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela*, 1964: 133; Parra Pérez: 1954, I, 370, 3S4; Urdaneta: 1972, III, 67; Yanes: 1943, I, 132.

41. Urdaneta, 1972, III: 34, 45, 52. Austria se refiere a la escasez durante el sitio de Valencia por Boves, desde el 19 de junio de 1814. Se refiere al “embarrilado” de carne de vaca, cabra y burro y al contar cómo Morales se apoderó del convento de San Francisco, el 2 de julio, dice: “Los defensores iban reduciéndose a una situación muy extrema, ya por sus considerables bajas, ya porque en aquel día no se racionaban sino con mantequilla, aguardiente y tabaco.” Es la más curiosa de las terribles dietas de los patriotas en tantos sitios y travesías. Pero nos preguntamos si no hay un error en esa versión, porque resulta muy singular que se hubiese conservado sólo mantequilla, que evidentemente no se podía fabricar durante el asedio. Lo del tabaco y aguardiente como paliativo del hambre, fue frecuente.

el jefe español Rosete. Se titulaba allí a los valles de Ocumare como “granero de la Provincia”. El corresponsal, en su elogio a la capacidad productiva de la tierra señalaba:

Yo no sé de dónde sale tanto maíz, arroz, frijoles, puercos, gallinas, etc. Yo creía esto absolutamente desolado, y sin recurso alguno después de las dos irrupciones del perverso Rosete, mas puedo asegurar a Ud. que de todos estos contornos he visto salir para esa capital infinidad de esos artículos, que yo juzgaba absolutamente consumidos (...) Estos valles (...) por su extrema fecundidad y abundancia, tienen aún recursos y víveres que enviar a esa capital (...) Las noticias que vienen de esa capital del valor de los frutos, hacen estar trabajando a muchos en el beneficio del café, que aseguro a Ud. era abundantísimo en estos valles; pero que se ha disminuido bastante a causa de que los soldados de Rosete se entretenían por diversión, en botarlos por los campos y aun en arrojarlos al río...

El lector piensa inmediatamente en la ingenuidad de quien escribía, pues con seguridad Rosete y otros jefes españoles simplemente ordenaban la destrucción de las cosechas por las cuales no tenían ellos interés o las cuales no podían aprovechar para su beneficio. “Aun el añil y azúcar que no podían llevar —añade— lo arrojaban al río.” Lo cual demuestra la intención de inutilizar sólo cuanto podía ser provechoso a los patriotas. No se trataba de “destruir sin objeto”, como decía el informante, sino de una finalidad bien precisa: evitar el aprovechamiento de los productos por el Ejército Libertador.

Los trabajadores agrícolas eran obligados a seguir a Rosete. El corresponsal de la *Gaceta* decía a tal propósito, al asombrarse de que algunos se incorporaran a los españoles:

Yo que les he examinado con cuidado y les he oído con atención, disculpo en parte una debilidad que más bien ha sido efecto de la fuerza que de la opinión. “Yo amo mucho a los patriotas; esta es mi tierra”, me decía un infeliz; “pero qué había de hacer si me llevaron amarrado a la plaza y me colocaron en una compañía que llamaban de los puyeros(…)” Muchos de estos infelices han sido forzados a tomar las armas por el infame Rosete...<sup>42</sup>

La primera gran zona cuyo dominio perdieron los patriotas en 1813 fue la de los Llanos. Los jefes españoles descubrieron que allí era posible la guerra sin los graves problemas de subsistencia propias de otras zonas del país. Allí se adaptaron Boves, Morales y después de 1815, Morillo, a lo que podríamos denominar la cultura pastoral de los Llanos venezolanos. En esa zona productiva, como hemos señalado antes, existía una ganadería pastoral, ligada con actividades de cacería de ganado y de recolección de becerros y frutos silvestres. Parte del contingente de los ejércitos formado por Boves y otros, en 1813 y 1814, estuvo constituida por gente que habitaba en forma particular en las llanuras. Ya hemos recordado las rochelas, los cumbes y los refugios de grupos de gentes procedentes de la periferia de los Llanos. Entre ellos existían sin duda muchos grupos de esclavos. Los cimarrones huían

42. *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela*, 1964, I: 133.

de las haciendas de los valles de la cordillera del litoral en distintos rumbos: hacia las costas, donde establecían cumbes o hasta donde llegaban desde comunidades establecidas en los montes, en la periferia de las haciendas, para comerciar con los traficantes de contrabando del Caribe. Otros salían hacia los cumbes de los Llanos donde estaba asegurada la alimentación con simples actividades de cacería de ganados. Como en toda cultura pastoral, estos producían multitud de elementos para la vida del habitante de las sabanas: caballos para montar y para perseguir ganado por quienes se adiestraban en las labores de ganadería predominantes en el Llano; carne para la alimentación en forma ilimitada; cueros para fabricar diversos instrumentos de trabajo, aun para la propia ganadería. En efecto, del cuero se tejían sogas para enlazar el ganado, se hacían hamacas, calzado, a veces cubiertas para vestir, aunque en muchas ocasiones los llaneros preferían andar desnudos o sólo con un guayuco a la manera indígena. Se usaban los cueros también como cubierta del suelo para dormir, para fabricar envases de transporte y hasta para hacer pequeños botes en los cuales se llevaban ropas y otros objetos livianos a través de los ríos. Los cuernos, “los cachos”, como se dice en los Llanos, servían no sólo como instrumentos para llamarse a la distancia o para guiar el ganado, sino como envases, y para fabricar las cajetas donde se llevaba el tabaco llamado “chimó”. Además, de los cachos se fabricaban pequeños recipientes, vasos para tomar agua, agujas, paletas para mover líquidos, etcétera. Se utilizaban las cerdas de las colas caballares para tejer cuerdas y para coser los objetos de cuero. También se empleaban los huesos del ganado, cuando había artesanos que supieran trabajarlos, y hasta las tripas eran útiles para hacer cuerdas para la pequeña guitarra llamada

“cuatro”, que transportaban los llaneros desde los tiempos anteriores a la independencia de un lado a otro, por ser un instrumento muy ligero, hecho con maderas livianas.

También suministraban los Llanos materiales para la guerra. La garrocha de trabajar el ganado se convirtió en lanza, a favor de tradiciones indígenas. Existía la antigua jabalina de los indios, fabricadas con diversas maderas duras. Los huesos del ganado suministraban puntas, cuando no las había de otro material. En un boletín del Ejército Libertador, fechado el 17 de marzo de 1814, se hacía notar la escasez de armamento de las tropas de Boves con ciertos puntos del sitio de San Mateo. Allí utilizaron trozos de latón y hasta botones como proyectiles, lo cual era una adaptación de los procedimientos de improvisación con materiales del ambiente que practicaban los ejércitos realistas de los Llanos. Estos se componían en 1814 de expertos ganaderos, de cazadores de ganado, de habitantes de los Llanos que se habían adaptado a la cultura de ganadería pastoral y de cacería que predominaba en Barinas, Apure, los Llanos de Caracas, como se denominaba a los de Guárico, así como en los Llanos orientales de Barcelona y Maturín<sup>43</sup>.

Cuando Bolívar pasó, durante la Campaña Admirable, por Barinas, seguramente los componentes del Ejército Libertador que avanzaban en triunfo, encontraron remedio a privaciones alimenticias que habrían sufrido, pero a los pocos meses comenzaron de nuevo los problemas, al lanzarse los ejércitos colonialistas a una labor de estrechar la faja poseída por las huestes de Bolívar. Hubo con Barinas un primer litigio político, pues el territorio deseaba conservar las condiciones federales de 1811. Bolívar abogó decididamente por el centralismo

43. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, II: 64; García Ponce, 1965: 20.

y refutó al gobernador Manuel Antonio Pulido. Este hubo de huir después, con la población de la ciudad de Barinas, hacia San Carlos. Aquella fue objeto de combates y sitios sucesivos, con alternancia de patriotas y realistas, durante 1813 y 1814. Se trataba de un centro importante, dentro de la producción llanera, y de comunicaciones hacia el occidente y hacia el sur, así como hacia los puertos de Maracaibo y de Coro. Un producto fundamental cuyo manejo significaba grandes recursos monetarios, el tabaco, se producía con abundancia en Barinas. Por el río Santo Domingo se navegaba con productos de exportación hasta el Apure y el Orinoco. Poco antes de 1810 explicaba Depons acerca de Barinas:

Los habitantes de esta provincia llevan una vida pastoril. Viven en hatos, en medio de numerosos rebaños (...) No tienen los medios para comprar lo concerniente al lujo de las ropas, muebles y bebidas europeas, porque carecen de comunicación directa con las colonias vecinas y, al estar situados en tierra adentro, se ven obligados a vender sus mercancías y sus rebaños a los contrabandistas de San Tomé y Angostura y de Caracas a un precio irrisorio...

Esta circunstancia explica por qué los criollos de Barinas deseaban en 1813 un régimen federal: preferían tener entera libertad para sus operaciones de comercio en la forma tradicional y no ajustarse a regulaciones centralistas capaces de obligarlos a suspender sus operaciones por los ríos y a enviar productos hacia las regiones costeras adonde nunca habían acudido. También resulta esa situación de Barinas un factor de poca simpatía hacia las actividades del Ejército Libertador.

Preferían pactar con los realistas ocupantes de los Llanos, para conservar la libertad de vender los ganados por la vía del Apure, como lo habían acostumbrado<sup>44</sup>.

Otra porción de los Llanos que entonces se denominaban de Caracas y ahora llamamos de Guárico, cuya principal ciudad era Calabozo, fue teatro de muchos combates entre 1813 y 1814. De la comarca había escrito Depons:

Sus tierras no se prestan sino a la cría de ganado (...) El pasto es bueno y abunda el ganado vacuno. Sin embargo, desde hace algún tiempo y por obra de la corrupción de las costumbres o por falta de vigilancia de los magistrados, los hatos vienen sufriendo alarmantemente los efectos del robo y la devastación. Pandillas de cuatrerros, enemigos del trabajo, recorren de continuo las inmensas llanuras entregados al abigeato y conducen luego el fruto de sus rapiñas a Guayana, o Trinidad. Muchas veces, como ya lo he dicho, matan la bestia para aprovechar solamente el cuero y el sebo...

Como ya hemos visto, también Manuel Antonio Pulido, desde Barinas, atribuía grandes males a conjuntos irregulares de los Llanos de Barinas. Sabemos que tales grupos se habían originado cuando menos por 1650, cuando los holandeses entraban a comerciar con cueros. De modo que existió en los Llanos una población secular con hábitos de cazadores de ganados y que seguramente sabía trabajarlos, siquiera parcialmente, porque se incorporarían con seguridad esclavos e indígenas procedentes de misiones donde habrían

44. Arellano, 1964: 405; Dauxion, 1967: 273; Depons, 1960, II: 306.

aprendido las maneras españolas de ganadería. Nunca se ha estimado la cuantía de esa población que no era propiamente de “ladrones” sino de un tipo de habitantes de los Llanos con caracteres peculiares, adquiridos a través del tiempo por gente que se incorporaba desde la periferia, por razones económicas y sociales muy diversas, entre ellas el incentivo del contrabando con cueros, carne y sebo. La característica fundamental de la zona de producción donde habían actuado estos cazadores de ganado y pastores parciales, era la de la existencia de inmensas cantidades de ganados cimarrones de especie vacuna, caballar y porcina y aun de perros alzados. Cisneros en 1764 escribía:

Críase en estos llanos mucho ganado vacuno en tanta abundancia que todos los más hatos son de 10 hasta 20.000 reses y mucho que se cría en aquéllos despo-blados, sin sujeción, esto es, levantado sin que puedan los dueños sujetarlo y hacerlo venir a rodeo...

Quienes poseían hatos sin cercas como ya hemos indicado antes, tenían como riqueza fundamental el ganado herrado, con la práctica de una ganadería pastoral obligada a migraciones estacionales. Sin duda existían permanentes conflictos entre los habitantes de los hatos y la población trashumante, más bien de cazadores de ganados, que se mantenía de ellos y comerciaba con los productos de la ganadería cimarrona. Dauxion Lavaysse señaló: “... hay millares de esos animales que vagan salvajes y no tienen dueños”. Él mismo vio grandes rebaños de caballos y algunos, según escribe, “de cincuenta o cien toros salvajes”<sup>45</sup>.

45. Depons, 1960, II: 270; Cisneros, 1950: 140.

Durante los años de 1813 y 1814, de grandes tensiones y multitud de combates, tiempo de guerra permanente, poco pareció entrar en escena Guayana, adonde Bolívar trasladaría en 1817 el centro de operaciones. Pero no careció de importancia la zona sur del Orinoco. De las misiones allí instaladas con una ganadería doméstica, relativamente tecnificada con los recursos y métodos de la época (potrero, ordeño, relativa selección, incorporación de padrotes cimarrones, etc.), llegaban recursos a los ejércitos de Boves. En la región de Upata, además, se habían obtenido desde el siglo XVIII, tabaco, algodón, añil, caña de azúcar y también ganado. De las inmediaciones del río Caura salía tabaco, maíz y algo de arroz. Sólo puso fin a la gran estación de abastecimientos que significaba Guayana para los colonialistas, la toma de las misiones por Piar y Bolívar en 1817. En 1814, los realistas se aprovisionaban en primer término de la producción de los Llanos, en segundo lugar de Guayana y en tercer término, por los puertos de occidente, incluyendo a Maracaibo. De la región del lago obtenían numerosos productos, así como de los vecinos Andes.

Hubo entonces algunos caracteres semejantes en la economía de patriotas y realistas: en oriente disponía el Ejército Libertador de esa región, desde Barcelona hasta Güiria, de productos locales, de puertos para el intercambio de ganado del *hinterland* llanero para la alimentación y la exportación. Desde Barcelona hasta el Yaracuy, el Ejército Libertador de Occidente y del Centro poseía iguales elementos y desde allí al Occidente hasta Maracaibo, las costas y puertos estaban en manos de los jefes españoles. El Llano occidental y central estuvo en su mayor parte en manos de los colonialistas, de modo que los ejércitos

de esa región tuvieron como producto fundamental el ganado, como habría de ocurrir en años posteriores con el ejército de Páez<sup>46</sup>.

Arbitrio común a patriotas y realistas fue el de los secuestros de los bienes de los enemigos. Como se comprende, ciertas propiedades cambiaron de manos repetidas veces. De los fundos productivos, tanto patriotas como realistas trataban de obtener, cuando estaban bajo su dominio, el mayor producto económico posible. Algunas casas eran entregadas a personas distinguidas, a veces haciendas. A menudo eran devueltos bienes a los antiguos propietarios que habían sido objeto de confiscaciones. Cada uno de los contendientes naturalmente procuraba mantener en producción, en su propio beneficio, las fincas y hatos. Los colonialistas que tenían como centro de operaciones preferente los Llanos, penetraban a las regiones agrícolas de la costa y desorganizaban la producción con incendios a veces, con la sustracción de esclavos, lo cual inutilizaba las haciendas, y con el corte de las vías de comunicación. Mariño se libró en Oriente de varios de esos procedimientos desde cuando tomó Maturín. A partir de entonces, consolidó un territorio agrícola en la costa, comunicaciones marítimas por los puertos de oriente, con la ayuda de la flotilla que comandaba Bideau, y el campo pecuario de los Llanos de Barcelona y Maturín.

El territorio ocupado por el Ejército Libertador durante la Campaña Admirable, se fue achicando en 1814 con los repetidos sitios de ciudades occidentales y centrales, los ataques frecuentes de Rosete en los Valles del Tuy, el avance de las tropas llaneras sobre los valles de Aragua,

46. Dauxion, 1967: 271.

por La Puerta, entrada de las llanuras hacia la ciudad de Villa de Cura, centro de comercio ganadero. Bolívar realizó multitud de esfuerzos en el ámbito económico. Desde su llegada a Caracas llamó a los extranjeros a establecerse en Venezuela, confiando en que acudirían agricultores y artesanos y, además, con la intención de ofrecer al mundo la imagen de un régimen consolidado, mantuvo en lo posible las comunicaciones marinas con los puertos orientales y las Antillas, trató de conservar las regiones más productivas de los valles de Aragua y del Tuy y quiso librarse del asedio de los jefes realistas activos en los Llanos, pidiendo auxilios a Mariño. Se ocupó especialmente de la renta de tabaco, limitó el número de ciertos puestos públicos, rebajó sueldos y solicitó empréstitos, pagaderos cuando las circunstancias lo permitieran. Intentó obtener producto de los bienes secuestrados a los españoles y a los criollos realistas.

En abril de 1814 un corresponsal de la *Gaceta de Caracas*, tal vez el mismo a quien ya hemos citado, pensaba con optimismo en la recuperación para esa fecha de los cultivos arrasados desde 1813 por los colonialistas. En abril informaba:

Se beneficia algún café y he visto salir algunas cargas para esa capital. Muchos negros fieles a sus amos han salido de los montes donde se habían ocultado desde la irrupción de Rosete (...) Él ponía siempre a estos infelices delante de nuestros fuegos, para que sirviesen de parapeto de los demás bandidos que conducía...<sup>47</sup>

47. *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela*, 1964:134.

La crisis de producción originada por los colonialistas los alcanzó a ellos en cierto modo cuando se posesionaron de Caracas en julio de 1814. En noviembre comunicaba Dionisio Franco, al gobernador militar de los realistas en Caracas: “Hemos llegado al extremo de no tener ni aun con que satisfacer el diario de la tropa, ni el de los enfermos y esta escasez va a ser cada día mayor...” Se había producido una crisis de consumidores de tabaco, pues la población había huido casi completa con Bolívar hacia oriente. Como los habitantes eran escasos y había dificultades en los Valles del Tuy, no ingresaban derechos de alcabala pues poco llegaba a la ciudad. Los bienes obtenidos se habían enviado en gran parte a las tropas realistas trasladadas al oriente por los Llanos y por barcos. Como los escasos habitantes estaban en la miseria, no se podían imponer contribuciones especiales. El informante pedía una reducción de las guarniciones de Caracas y La Guaira ante la imperiosa necesidad de economizar los pocos alimentos obtenibles. “De esta manera —decía el informe de Franco— habrá también esos brazos más para la agricultura, que está casi enteramente abandonada...”<sup>48</sup>

48. Idem, 148.

## Capítulo II

# El Ejército Libertador

Del año de 1813 han celebrado los historiadores venezolanos especialmente la Campaña Admirable, la sucesión de triunfos bélicos que logró Bolívar desde los Andes venezolanos hasta Caracas, en su primera campaña militar iniciada propiamente en el Magdalena, donde obtuvo triunfos sucesivos a la cabeza de un grupo de soldados momposinos. Libertó a Santa Marta y Pamplona y su llegada a Cúcuta influyó decisivamente en la retirada del español Yáñez, con sus tropas, de la región de Casanare. Bolívar entró en territorio del Táchira el día primero de marzo de 1813. Comenzó allí no sólo una guerra victoriosa sino una acción de todo tipo —“la guerra es la continuación de la política por otros medios”, según el dictamen de Clausewitz— durante la cual no sólo fue conductor principal de los ejércitos sino constructor de los fundamentos de varias nacionalidades, como representante de la clase que guió la guerra de emancipación: la de los criollos o mantuanos. En *La ideología alemana* escribieron Marx y Engels:

Las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época. Los individuos que toman la clase dominante tienen también, entre otras cosas, la conciencia de ello y piensan a tono con ello; por eso, en cuanto dominan como clase y en cuanto determinan todo el ámbito de una época histórica, se comprende de suyo que lo hagan en toda su extensión y, por tanto, entre otras cosas, también como pensadores, como productores de ideas, que regulen la producción y distribución de las ideas de su tiempo; y que sus ideas sean, por ello mismo, las ideas dominantes de la época.

Bolívar corrió abanderado de la clase en lucha por una totalidad nacional, expresó las ideas de su clase, ya en los hechos, ya en la escritura, a veces en forma contradictoria, como es normal en las sociedades de clases y, además, fue guía en el conocimiento de esas ideas, las cuales propagó y convirtió en realidades en cuanto pudo. Su gran aducción comenzó en 1813, no sólo en la política, sino en el planeamiento de la economía para la pelea, dentro de las condiciones de la producción y de la propiedad existentes, en el inicio de un ejército y en el manejo de incentivos e ideales patrióticos para cuyo logro manejó toda clase de arbitrios, entre ellos el Decreto de Guerra a Muerte. Muchos historiadores han narrado la Campaña Admirable como si se hubiese tratado de triunfos logrados por un ejército maduro, estable, unitario. Bolívar y los jefes que lo acompañaban supieron, desde las regiones andinas, las dificultades iniciales y previeron otras. No se trataba aquí de guiar un conjunto de veteranos, con madura preparación. Blanco Fombona observó en forma comparativa:

San Martín hubiera fracasado por completo desde el comienzo de su empresa patriótica si no se retira a Mendoza, con muy buen acuerdo, a preparar en cuatro años de calma, lejos de la política y de estériles disturbios, el instrumento de su triunfo: el ejército, un ejército disciplinado, a cuyo frente pudiera batirse y vencer en las dos recias batallas que con el paso de los Andes y la invasión del Perú, constituyen su epopeya. Pero eso se pudo hacer en Argentina. En Venezuela no.

Eran circunstancias históricas diferentes. Bolívar hubo de forjar la fuerza combatiente en plena pelea. Así creó diversos ejércitos dentro de la concepción general del Ejército Libertador. Otros jefes guerreros, Santiago Mariño en oriente, José Antonio Páez en los Llanos, y Antonio José de Sucre en Ecuador y el Alto Perú, fueron grandes organizadores de fuerzas combatientes. El unificador, el creador de las fuerzas fundamentales de liberación fue Bolívar, quien coordinó fuerzas, planificó estrategias complejas, logró la coordinación de esfuerzos que culminaron en Venezuela en la batalla de Carabobo y en Perú en la de Ayacucho. Paralelamente luchó de modo incesante, adaptando todo a las condiciones económicas de producción y de circulación en los lugares donde se desarrollaban los episodios de la gran contienda anticolonialista<sup>49</sup>.

Contado en resumen y sólo desde el punto de vista bélico, el año de 1813 resulta una asombrosa epopeya ideal: el 10 de marzo de 1813 llegó Bolívar a Táchira; el 23 de abril libertó en

49. Blanco Fombona, 1940: 72.

La Grita a la provincia de Mérida, el 15 de junio una rama de su ejército mandada por Ribas, venció en Niquitao. Siguió Guanare, que significó la posesión de la provincia de Barinas, los Horcones. Llegó a Caracas el 6 de agosto de 1813. Había iniciado su campaña con pocos hombres. Comenzó en el Magdalena con 70. En la frontera de Venezuela contaba con 300. “El ejército patriota —escribe O’Leary— fue engrosado considerablemente con los prisioneros americanos hechos al enemigo y los que desertaban de sus filas, fuera de los voluntarios que de todas partes acudían a sentar plaza”. A veces no había cómo armar a todos los aspirantes. Bolívar decía, ante las limitaciones que le había impuesto el Congreso de Nueva Granada:

Ahora más que nunca debemos obrar con celeridad y vigor; volar sobre Barinas y destrozarle su fuerza (...) Observen Uds. que todas las tropas de la Nueva Granada han sufrido más o menos reveses (...) y que sólo el ejército en que tengo la gloria de servir no ha experimentado pérdida alguna desde Barranca...

Pero junto al entusiasmo, señalaba los factores concretos:

Debemos marchar a posesionarnos de Mérida y Trujillo, países que apenas podrán suministrar víveres para alimentar a la tropa, permaneciendo en ellas un mes cuando más y por consiguiente nos faltarán los sueldos para el ejército, pues no hay caudales en aquellas provincias, que han aniquilado el terremoto, la guerra y las persecuciones de los enemigos...

Pedía al gobierno de la Nueva Granada que se le suministrasen 25.000 pesos mensuales hasta cuando alcanzara la provincia de Caracas, “que es la rica y la que puede subvenir a los gastos del ejército...” Ya no tenía recursos “ni aun para suministrar el socorro diario a los soldados...” y preveía que en Mérida le reclamarían los sueldos completos y pensarían que la falta del prest era resultado de la estancia en el suelo venezolano. Así, la celeridad de la Campaña Admirable no sólo se debió a la impetuosidad combatiente de Bolívar y de sus soldados. La necesidad económica empujaba inexorablemente al ejército hacia donde se encontraban los recursos. La idea de una pronta cooperación animó, además, a Bolívar y a sus oficiales cuando supieron los combates de oriente donde Mariño, Sucre, Piar y otros habían obtenido triunfos sobre los españoles en la costa de Güiría<sup>50</sup>.

La llegada de Bolívar a Barinas, procedente de los Andes venezolanos, tuvo la importancia de encontrar alimentación en el ganado. Además, según refiere Urdaneta, “allí se comenzó a crear caballería y a montar”, es decir, nació el arma

50. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, I: 394. Se encuentra aquí una “Memoria de la Secretaría de Guerra”, firmada por Tomás Montilla, con un recuento de la Campaña Admirable. O’Leary cuenta las preocupaciones del Libertador durante el comienzo de la campaña de 1813. Sugería al Congreso de Nueva Granada que se pidiera prestado a los usureros, bajo la garantía del Gobierno de la Unión. El mismo O’Leary añade, sobre la celeridad de la campaña: “... impedido por la naturaleza de las instrucciones del Congreso, de sacar provecho de sus triunfos, y sin poder proveer a la subsistencia de las tropas, se veía reducido a la alternativa de emprender una retirada con poca probabilidad de efectuarla con seguridad, o de dar un golpe digno de la causa que defendía”. Las informaciones de O’Leary y de Urdaneta sobre 1813 ilustran sobre temas que los historiadores no han querido tocar: las circunstancias reales que empujaron a Bolívar. La mayor parte de quienes lo ensalzan, prefieren presentarlo como una especie de semidiós, desprendido de los problemas de alimentar el ejército, de obtener subsistencias y modos de comunicación, de asegurar los elementos de la guerra, como si la hubiese conducido desde un cómodo escritorio de intelectual. La grandeza de Bolívar no consiste en los ditirambos idealistas de algunos adoradores, sino en el reconocimiento de que fue un *genio dei actio*. Con su inagotable energía buscó y encontró los medios de realizar el anhelo fundamental de su clase: libertar a Venezuela y en general a América, de la opresión colonial.

que habría de ser decisiva para la independencia. También cuenta Urdaneta, quien era mayor general del ejército, que en Barinas se dio principio a la infantería venezolana, para lo cual se creó el batallón Valerosos Cazadores. Hasta allí todo se había reducido a recibir voluntarios, incorporar criollos de los ejércitos vencidos, ejercitarlos en marchas y ligeros ejercicios con las armas. Todo “dependía entonces de la celeridad y no había tiempo que perder...”<sup>51</sup>

También significó la llegada a Barinas el comienzo de las actividades bélicas intensas en los Llanos. Debido a la presión de una columna al mando de Girardot, destacada por Bolívar, sobre las tropas del realista Tíscar, se sublevó un grupo de tropas de Yáñez, quien iba a juntarse con aquel. Girardot apoyó la sublevación de los soldados acantonados en Nutrias. Se negaban a ser embarcados por el río Apure, con rumbo a San Fernando. El día 29 de julio hubo reunión general de los jefes que habían operado en diferentes direcciones, en San Carlos. Entre esa ciudad y la de Valencia se produjo la batalla decisiva de la campaña, pues quedó en poder de los patriotas “todo el ejército español”, según escribe O’Leary. Monteverde se encerró en Puerto Cabello, donde quedó bloqueado por fuerzas de los expedicionarios y el resto del ejército patriota quedó con la vía libre hacia Caracas. El historiador Parra Pérez resume así la última etapa:

Al acercarse a Valencia el Ejército Libertador, comenzaron a embriagarse los pardos de aquella ciudad y a amenazar a los blancos en sus vidas y bienes

51. Urdaneta (1972. III: 9), escribe: “Barinas recibió a sus libertadores con el mismo entusiasmo que Mérida y Trujillo...” Mas pronto empezaron las dificultades, cuando los criollos barineses pidieron a Bolívar que se les restableciesen los derechos federales de 1811. Esas libertades implicaban el transporte de sus “puntas” de ganado hasta el Apure y el Orinoco, donde los contrabandistas les pagaban mejores precios y en la exención del pago de impuestos que eso significaba.

(...) Los barcos en Puerto Cabello se llenaron de fugitivos para las Antillas. Los pueblos aclamaban al Libertador. Las tropas se pasaban a los patriotas. Aun los canarios desertaban en masa, abandonando a las autoridades. El primero de agosto sólo quedaban en Caracas 164 soldados (...) Los venezolanos y españoles realistas de Caracas tomaron el camino del destierro (...) En el solo viejo bergantín que transportaba a Urquinaona, iban trescientas personas apiñadas en la bodega y en cubierta, sin víveres y expuestas a naufragar en cada instante...

Fue este el comienzo de las migraciones que durante toda la Guerra de Independencia se produjeron en las ciudades: al acercarse los realistas, huían los patriotas y, al volver estos, se fugaban los españoles. También se inició otro fenómeno de importancia en la guerra: las migraciones con los jefes que se retiraban. A veces, cuando se preparaba alguna batalla importante previsible, los migrantes que acompañaban a los ejércitos eran dejados en algún lugar retirado. Así no embarazarían los movimientos tácticos y las retiradas en derrota, o las persecuciones posteriores a los combates<sup>52</sup>.

En Valencia se realizó una reunión de los jefes del ejército. Es otro carácter importante, cuya significación se olvida a menudo por los historiadores. En ciertas circunstancias, las decisiones correspondieron a los jefes y particularmente a Bolívar, pero fueron frecuentes las reuniones de oficiales para resolver no sólo aspectos bélicos, sino de orden general del gobierno. Todos estuvieron de acuerdo en continuar aceleradamente hacia Caracas. Estaban conscientes de que se necesi-

52. O’Leary, 1952, I: 163 y 164.

taba organizar en la capital muchos factores: mantenimiento del ejército, consolidación de las posiciones importantes, logro de una economía estable, relaciones con las fuerzas de Mariño en oriente. Como escribió Urdaneta, se trataba de reunir los elementos de toda especie capaces de contribuir a la conservación del “país recorrido pero no sometido”<sup>53</sup>.

El sitio de Puerto Cabello costó mucho a los patriotas, pues las enfermedades diezaban a los granadinos, más abundantes entonces en los hospitales que en la línea de acción. Poco a poco fueron reemplazados por tropas creadas en Aragua y Carabobo, cuyos componentes estaban mejor adaptados a la ecología de la región. Durante todos los años siguientes de guerra el ejército sufrió sin tregua toda clase de enfermedades. Llegó a contar en 1844 con 4.000 hombres en el centro, en condiciones precarias, rodeados por las fuerzas colonialistas establecidas en Coro, Maracaibo, Guayana y Apure<sup>54</sup>.

Después de la llegada a Caracas, tras tomar algunas medidas, volvió Bolívar hacia el occidente. No siempre lo acompañó la fortuna. Perdieron los patriotas encuentros en

53. Parra Pérez resume así algunos aspectos de la Campaña Admirable: “Al acercarse a Valencia el ejército libertador, comenzaron a embriagarse los pardos en aquella ciudad y a amenazar a los blancos en sus vidas y bienes (...) Los barcos en Puerto Cabello se llenaron de fugitivos para las Antillas. Los pueblos aclamaban al Libertador. Las tropas se pasaban a los patriotas. Aun los canarios desertaban en masa, abandonando a las autoridades.” Era el deslumbramiento del triunfo que embargaba fugazmente a muchos. Los jefes del Ejército Libertador nunca se engañaron sobre el significado del entusiasmo que despertaba su llegada.

54. Urdaneta explica muy bien el criterio de los oficiales patriotas: “Hecha en Valencia la asamblea del Ejército, se concertó el plan de operaciones que le debía asegurar las ventajas obtenidas hasta entonces, o lo que es más cierto, libertar a Venezuela, pues lo hecho no era otra cosa que una marcha rápida de victoria en victoria, aterrando al enemigo y atravesando por entre todas sus fuerzas, con la esperanza de encontrar en la capital fuerza moral y elementos con qué libertar el país recorrido pero no sometido”. Respecto del sitio que pusieron los patriotas a los colonialistas en el castillo de Puerto Cabello, el mismo Urdaneta (1972, II: 16) señala que las enfermedades diezaban allí las filas del ejército. Los granadinos hubieron de ser reemplazados pronto por soldados de los valles de Aragua, adaptados a las condiciones ambientales.

Bobare, Yaritagua y Barquisimeto. Obtuvieron en cambio dos victorias en Vígirima y Araure. A pesar de sus triunfos, cundían las dificultades. Urdaneta resume la situación a finales de 1813 así:

La victoria de Araure había derrotado y dispersado las masas enemigas y los jefes españoles se habían retirado a sus antiguas líneas de operaciones (...) pero los pueblos, pronunciados por la causa del Rey, hacían más o menos esfuerzos por sostenerla y por todas partes se levantaban guerrillas, animadas con la esperanza de que los realistas volvieran a triunfar. La división de Villapol se ocupó, pues, de batir y extirpar las partidas que existían en el territorio de Barquisimeto (...) Se organizaban al mismo tiempo los hospitales, transportes, subsistencias, vestuarios y cajas del ejército. Todo debía salir del territorio en que se obraba, porque no teniendo el ejército libertador de donde sacar recursos, sino de la provincia de Caracas, apenas bastaban estos para atender a las necesidades inmediatas de Valencia y Puerto Cabello, y ya se hacía necesario que los pueblos a quienes se intentaba dar libertad y que tan obstinadamente resistían mantuvieran siquiera los ejércitos...

O’Leary escribe: “Aunque los españoles habían sido derrotados en todos los encuentros con los patriotas, muy lejos estaban estos de estar en pacífica posesión del país; no tenían fuerzas suficientes con qué perseguir al enemigo ni impedirle su reunión...”<sup>55</sup>

55. A principios de septiembre recibieron los españoles sitiados en Puerto Cabello el refuerzo marítimo de una escuadra mandada por Salomón, con 1.300 hombres. La escena cambió para los patriotas. Urdaneta escribe: “Los pueblos mismos habían salido del engaño de que

No sólo veían las dificultades de la situación los más altos oficiales. El primero de octubre de 1813 envió a Bolívar un importante informe el gobernador de Barinas, Manuel Antonio Pulido. Preveía muchos males para los cuales, según creía, podían usarse ciertos remedios, pero necesitaba auxilio.

Los llanos donde pastan los ganados “informaba” y la caballería con que debemos contar para sostener el Ejército de la Unión, serán sometidos indefectiblemente al mando de los tiranos dentro de muy poco tiempo, si no se toman a la mayor brevedad providencias eficaces para sofocar y exterminar ahora los elementos de una conspiración general que se aproxima al hecho por momentos en estos pueblos, y que se deja entrever por unos síntomas que estremecen a la sensible humanidad (...) Tienen estos bárbaros dentro de nosotros, eficaces agentes y espías; pues no son otra cosa sus mujeres, sus hijos, sus domésticos y aun sus amigos. Ellos reciben, sin poderlo nosotros impedir, los avisos que necesitan de nuestra crítica debilidad, para trazar y determinar la indicada invasión...

Pasaba después revista a las posiciones de los realistas en los Llanos y nombraba las facciones de indios de San José de Obispos y las de zambos del pueblo de Quintero, así como de otros enemigos en Guasdalito. Incluía una noticia sobre la cooperación de los “buenos patriotas”, quienes suministraban dinero para tratar de mantener una fuerza defensiva y anunciaba que estaba cumpliendo con el Decreto de Guerra a Muerte que Bolívar había promulgado en Trujillo.

---

las fuerzas patriotas eran tan numerosas como se había dicho y empezaban a mostrarse tan adictos a los españoles como lo habían sido a Bolívar cuando llevaba su marcha triunfal.” (Parra Pérez, 1954, I: 258; O’Leary, 1952, I: 187; Urdaneta, 1972, III: 18).

He tomado —decía Pulido con desesperación— la terrible medida de matar a todos los españoles que tenía presos y cuantos se aprehendan, y de dar orden para que se pasen a cuchillo a todos los revoltosos a la menor sospecha. Más de treinta aprehendidos en Quinteros serán víctima, según la disposición que di para ello ayer. Todas estas desgracias proceden de la falta de fuerzas; y lo peor es que al fin se reunirán todos los ofendidos y nos arrollarán para vengarse de estas muertes que nos es forzoso ejecutar contra sus parientes y amigos<sup>56</sup>.

El Decreto de Guerra a Muerte había sido firmado el 15 de junio en Trujillo. Terminaba con una admonición tremenda: “Españoles y canarios, contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables.” Era en parte una respuesta a los crímenes y la felonía de Monteverde y quienes lo acompañaron en el incumplimiento cruento de la capitulación que firmó con Miranda. Pero era también un medio heroico de mostrar un lindero claro entre “americanos”, es decir, venezolanos y neogranadinos, en el caso, y los colonialistas. Era, además, una muestra de la decisión de la clase que comenzaba la revolución de independencia. Bolívar, como expresión de los mantuanos, quería deslindar con toda claridad la condición de los colonizados de la de los opresores. Era un esfuerzo en medio de condiciones sociales en las cuales no iba a ser útil lo que, a pesar de su horror, significaba un medio demasiado simple para tratar de incorporar a todos los venezolanos al lado nacionalista. Se ha dicho que la vigencia

---

56. Informe de Pulido en *Las Fuerza Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, I: 32.

del decreto se mantuvo hasta el Tratado de Regularización de la Guerra, firmado en 1820 con Morillo. Pero tal tratado se firmó para poner fin a una situación que en realidad no fue consecuencia del Decreto de Guerra a Muerte. Mil veces peores fueron las resoluciones de los jefes españoles durante los años siguientes a 1813. Bastará recordar cómo en 1815 escribió el general realista Morales al capitán general: “No han quedado ni reliquias de esta inicua raza en toda la Costa Firme —informaba desde el Oriente del país—. Con brevedad marchó para el rincón de la miserable Margarita...” y en otra ocasión declaró:

Para extinguir esta canalla era necesario no dejar uno vivo y así es que en las últimas acciones habrán perdido de una y otra parte más de 12.000 hombres, pero afortunadamente todos los más son criollos y muy raro español. Si fuera posible arrasar con todo americano sería lo mejor (...). Estamos en el caso de extinguir la generación presente porque todos son nuestros enemigos...<sup>57</sup>

Bolívar trató de atraer a sus filas a combatientes venezolanos con diversas exhortaciones que en cierto modo, desde el mismo año de 1813, modificaban el decreto de Trujillo. Por ejemplo, en plena Campaña Admirable, en el mes siguiente al del Decreto de Guerra a Muerte, firmó Bolívar una proclama en San Carlos, el 28 de julio, dirigida a los “españoles y canarios”, acentuando la invitación a incorporarse a las filas patriotas y señalándoles que todos los que se habían presentado a las filas del ejército en marcha, habían sido incorporados con plenas garantías de igualdad<sup>58</sup>.

57. Parra Pérez, 1954, I: 516.

58. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, I: 250.

El 6 de septiembre, desde Puerto Cabello, reiteró Bolívar su voluntad de cumplir con el Decreto de Guerra a Muerte, pero impugnaba especialmente a los traidores reincidentes. Intentaba, además, recordar la decisión de los patriotas frente a los desmanes que eran propios de Yáñez y otros jefes realistas. El 7 de diciembre publicó un “Indulto a los Americanos” en que se comprometía a olvidar todos los desvíos de los compatriotas que en el término de un mes se incorporasen al ejército o se restituyesen a sus hogares. Bastaría a quienes lo desearan, presentarse a un juez, en cualquier jurisdicción, a declarar su voluntad<sup>59</sup>.

Desde el principio mismo de la campaña, en marzo, creó Bolívar la idea del Ejército Libertador. El que había entrado a Venezuela se llamaba Ejército Unido. Cuando llegó a Mérida el 25 de mayo, Bolívar recibió el título de Libertador por quienes lo aclamaron, pero este era un honor del entusiasmo local. Bolívar acogió el cognomento para sus soldados y el 22 de junio, desde el cuartel general de Trujillo emitió el primer boletín con el encabezamiento de “Ejército Libertador”. Pocos días después de haber concluido su campaña en Caracas, publicó una proclama de “Simón Bolívar, Brigadier de la Unión y General en Jefe del Ejército Libertador de Venezuela, a los caraqueños”. La creación de esa entidad colectiva de la patria balbuciente, fue uno de los aciertos geniales de Bolívar. Siempre fue desde entonces jefe del Ejército Libertador. Este llegó con tal cognomento por medio de las fustas que se transportaron, hasta los territorios del sur, donde se juntó con el Ejército Libertador creado por San Martín<sup>60</sup>.

59. *Idem*, 295, 384.

60. *Idem*, 270.

En Caracas, se le tituló a él Libertador el 14 de octubre de 1813, cuando el Ayuntamiento le concedió dicho título para que “usara de él como de un don que le consagra la Patria agradecida a un hijo tan benemérito”. El 18 de octubre dio respuesta a los munícipes así:

La diputación de V.S.S. me han presentado el acta del 14 del corriente, que a nombre de los pueblos me transmiten V.S.S. como la debida recompensa a las victorias que he conseguido y han dado la libertad a mi patria (...) Me aclaman Capitán General de los Ejércitos y Libertador de Venezuela: título más glorioso y satisfactorio para mí que el cetro de todos los imperios de la tierra; pero V.S.S. deben considerar que el Congreso de la Nueva Granada, el Mariscal de Campo José Félix Ribas, el Coronel Atanasio Girardot, el Brigadier Rafael Urdaneta, el Comandante DíEluyar, el Comandante Campo Elías y los demás oficiales y tropas, son verdaderamente estos ilustres Libertadores. Ellos señores, y no yo, merecen las recompensas con que a nombre de los pueblos quieren premiar V.S.S. en mí, servicios que estos han hecho. El honor que se me hace es tan superior a mi mérito, que no puedo contemplarle sin confusión...

Bolívar creó después los cognomentos de “Libertador de Oriente” para las fuerzas que, simultáneamente con su esfuerzo por occidente, con Mariño, Sucre, Piar y otros a la cabeza, libraron al litoral oriental de los realistas<sup>61</sup>.

61. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, I: 356; O’Leary, 1952, I: 192; Bolívar, 1947, I: 71. Parra Pérez (1954, I: 263), hace notar que el Cabildo de Caracas se tomaba atribuciones nacionales que no le correspondían: “Bolívar entiende asumir la jefatura de todas las provincias venezolanas y en esta ocasión el Cabildo de Caracas se atri-

El 22 de octubre creó Bolívar la Orden de los Libertadores de Venezuela, “para condecorar a los militares granadinos y venezolanos que la libertaron y a los que se hagan acreedores en la presente campaña a la misma condecoración”. Para obtenerla era preciso haber vencido tres veces por lo menos. El artículo 3º de la regulación enumeraba los atributos de los galardonados:

Serán tenidos en la República y por el gobierno de ella como los bienhechores de la patria; llevarán el título de beneméritos, tendrán siempre un derecho incontestable a militar bajo las banderas nacionales; en concurrencia con personas de igual mérito obtendrán la preferencia. No podrán ser suspendidos, ni mucho menos despojados de sus empleos, grados y venera, sin un convencimiento de traición a la República, o algún acto de cobardía o deshonor<sup>62</sup>.

Ya había presentado el Libertador diversos estímulos a los componentes del ejército. Los primeros ascensos los había otorgado al final de la campaña, después de las batallas de

buirá las mismas funciones representativas de toda Venezuela que tomará el 19 de abril de 1810, cuando derribó al Capitán General y constituyó la Junta Suprema.”

62. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, I: 363. Austria (1969, II: 119) anota: “El desinteresado patriotismo de los venezolanos libres y el heroísmo de tantos militares, sin el estímulo de la paga ni la ambición de los ascensos, hizo concebir al general en jefe, una orden militar con el título de Libertadores de Venezuela, por decreto del 22 de octubre de 1813.” O’Leary amplía ese concepto así: “Muy pocos han poseído el don de excitar sentimientos generosos y laudable entusiasmo en el corazón de los demás en tan alto grado como Bolívar. Las honras fúnebres de Girardot pertenecen a tiempos y pueblos que han desaparecido; sin embargo, fueron calculadas para despertar en la ocasión el espíritu de emulación entre los soldados republicanos. La institución de la Orden de Libertadores no fue el mero engendro de la vanidad militar, sino también una medida de alta política y de economía. Las rentas de la República nunca fueron muy cuantiosas, ni aun bajo el régimen español; y desde que se organizaron ejércitos y crecieron excesivamente los gastos de una guerra destructora, apenas pudieron sufragarse con las entradas del erario. Con aquella condecoración se premiaron los grandes servicios militares, sin causar erogación alguna del tesoro.”

Bárbula y las Trincheras. Urdaneta fue nombrado general de brigada, y Campo Elías, teniente coronel y comandante de un batallón que se llamó Barlovento. Recibieron también diversos premios, de acuerdo con sus jerarquías, todos los oficiales granadinos que habían ingresado al ejército en Cúcuta o después. En honor de Girardot, quien murió en Bárbula, promulgó Bolívar una ley, en la cual se declaró el 30 de septiembre día aciago para la República y se ordenó llevar su corazón en triunfo a Caracas, para depositarlo en un mausoleo que se había de erigir en la Catedral. El cuarto batallón de línea que él había comandado, se llamaría Girardot. A veces otorgó Bolívar recompensas de un carácter muy especial, como en el uso de un batallón que había tomado parte en la batalla de Barquisimeto, durante la segunda parte de la campaña de 1813. Estaban a punto de triunfar los patriotas cuando sin razón aparente un batallón produjo una desbandada que condujo a la derrota. Bolívar castigó a los culpables llamando a su unidad batallón Sin Nombre. Pero se comportaron tan valientemente en la batalla de Araure, el 5 de diciembre de 1813, que los tituló Vencedores en Araure, con el correspondiente elogio público. Nunca dejó de estimular a oficiales y soldados, tanto en este año inicial de su vida militar como en los tiempos posteriores. Trataba de compensar las terribles privaciones a que se veían sometidos los ejércitos, con alicientes morales. Sus proclamas estaban destinadas a mantener el ánimo de los combatientes y a crear sentimientos patrióticos. El 9 de octubre, cuando salía una expedición al mando de Urdaneta hacia Coro, publicó un bando para explicar que se separaba momentáneamente de quienes iban a partir porque debía conducir a Caracas el corazón de Girardot y recibir con los honores debidos a los

“Libertadores de Barcelona y Cumaná” encabezados “por el joven héroe, general Santiago Mariño”. El 17 de septiembre también se había dirigido a los soldados para explicar los movimientos ordenados en Puerto Cabello.

Vuestras armas libertadoras —decía— son el espanto de los tiranos que no se atreven ni a salir de sus atrincheramientos (...) Estad seguros que la victoria que ha guiado vuestros pasos desde el corazón de Nueva Granada hasta los confines de Cumaná y Barcelona, no se apartarán de nosotros y coronará siempre nuestras acciones.

Todavía no se había encontrado con Mariño, mas involucraba en la proclama a los vencedores en oriente<sup>63</sup>.

Naturalmente, en su labor de crear un gran ejército capaz de enfrentarse a las fuerzas colonialistas, juntó Bolívar a sus estímulos morales otros de índole práctica, quizá con el convencimiento de que algunos eran muy difíciles o imposibles de cumplir. El 10 de octubre de 1813 publicó un “Reglamento de Sueldos y Vestuarios para clases y soldados del Ejército Libertador”. A los sargentos, cabos y soldados se acordaba una ración diaria de medio real de carne y un cuartillo de pan del propio de la región donde estuvieran, es decir, de trigo, de maíz o de yuca. Recibirían diariamente desde un real diario para los soldados, tambores, trompetas y pífanos, hasta dos reales y medio para los sargentos primeros y los tambores mayores. Se ofrecía un vestuario de paño, con piezas de lienzo, zapatos y sombrero. A los hospitalizados se les abonaría el valor de la ración y el prest serviría para

63. Urdaneta, 1972, III: 21. Sobre el batallón Sin Nombre y sus actuaciones, véase: Austria, 1960, II: 124 y 130. Las dos proclamas de Bolívar en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, I: 302 y 330.

pagar el hospital. Cuando hubiera escasez de alguno de los elementos de la ración y no se pudiera suministrar, se les daría el valor en efectivo. Muchas veces, en los años siguientes de la lucha, el recuerdo de tal reglamento parecería un mito a los soldados que guerreaban dentro y fuera de Venezuela. Muchas veces tampoco pudo cumplirse, ni siquiera para los más altos oficiales, el “Reglamento sobre uniformes, divisas y graduaciones del Ejército de la República de Venezuela”. Ya veremos en años siguientes, cuál fue la indumentaria que hubo de usar el mismo Bolívar<sup>64</sup>.

¿Cuáles fueron los arbitrios económicos sobre los cuales basó Bolívar la actividad bélica y comenzó la construcción del Ejército Libertador en 1813? Fueron resumidos por el secretario de Hacienda, Antonio Muñoz Tébar, el 31 de diciembre de ese año. Antes había redactado otro informe, en el cual mostraba algunas de las dificultades económicas, el 19 de septiembre. Para esta fecha no había en efecto en la Tesorería Nacional sino 264 pesos y en la Administración de la Renta del Tabaco, 6.700 pesos con tres reales. Habían propuesto Muñoz Tébar y el director general de Rentas, Antonio Fernández de León, que se distribuyera entre todos los pueblos de la provincia de Caracas y Barinas un impuesto que montaría a la suma total de 282.000 pesos, para cubrir las obligaciones indispensables y Bolívar había dado su asentamiento. La República en ese momento estaba constituida por la misma larga faja de la Campaña Admirable. Estaban fuera de su poder Maracaibo, Coro, Guayana y gran porción de los Llanos. En oriente, Mariño regía una zona independiente aún no acordada con Bolívar, a pesar de que este buscaba el

64. *Idem*, 340.

establecimiento de una relación permanente y a ese propósito se había referido en varias ocasiones a los libertadores de Oriente y a su jefe<sup>65</sup>.

El 20 de octubre decretó Bolívar una “contribución especial para mantener el ejército”. Muy discretamente señalaba que “a pesar de los triunfos que hacen su gloria, los ejércitos necesitan de auxilios para su subsistencia” y estaban por delante las tareas de llevar las armas hasta Coro, Maracaibo y Guayana, para libertarlas. Cada propietario debía pagar los gastos de uno o más soldados, según sus posibilidades. El artículo 3º establecía:

Se entregará voluntariamente en la administración del pueblo o del partido, con un mes de anticipación, la asignación que les haya hecho del prest de uno o más soldados, o de la cantidad mayor que les haya cabida: y de los que no lo hagan, pasará un aviso el administrador a su juez, para que por medidas colectivas les haga satisfacer el impuesto, que será el duplo del que le corresponde, por su morosidad.

Se comprendía en el decreto a los sacerdotes “por sus bienes patrimoniales y beneficios” así como a los cuerpos y colegios religiosos. Se excluía a los empleados civiles y de Hacienda a quienes ya les había rebajado el sueldo a la mitad. La medida duraría hasta cuando las circunstancias permitieran otros arbitrios. Ya la rebaja de sueldos a los empleados públicos se había establecido durante la dictadura de Miranda. Se mantuvo posteriormente a 1813 ese medio de obtener una colaboración obligatoria de los empleados públicos. También a veces fueron

65. *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela*, 1964, I: 113, 119.

rebajados los sueldos de los oficiales del ejército. Las contribuciones de individuos y empresas particulares fueron manejadas abundantemente durante la guerra, tanto por los españoles como por los patriotas. La primera impuesta por Bolívar fue en pro del mantenimiento del ejército. En materia económica, gozó Bolívar, en 1813, de la ventaja de tener bajo su dominio el puerto de La Guaira, lo cual permitió tráfico permanente con el Caribe, pero debido al territorio restringido, a los ejércitos españoles en acción y a las muchas guerrillas en su favor, no resultaba fácil la obtención de remesas periódicas con puntualidad, con destino a la exportación de los frutos del interior. En esta época comenzó a apreciarse la importancia de la renta del tabaco<sup>66</sup>.

En su informe de 19 de septiembre el secretario de Hacienda, Muñoz Tébar, se mostraba muy pesimista. Después de señalar los escasísimos recursos monetarios del incipiente erario, decía:

Resultados más tristes aún se ofrecen para lo futuro, y si ahora que confiscados los bienes de los españoles y canarios, recibidos donativos de todas partes, no hay absolutamente con qué sostener la guerra, cuenta V.S. con una disolución total del ejército y del Estado dentro de muy breve. Si no queremos, pues, ver nuevamente desaparecer la República, y entregada Venezuela a un exterminio absoluto, es menester en la lucha presente, si Caracas y los demás pueblos quieren se decida la suerte en su favor, hacer el último y mayor sacrificio y despojarse de todo, si es necesario, para cederlo al ejército.

66. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, I, 359.

Anunciaba así lo que sería el esfuerzo permanente principal de Bolívar en el campo económico: el sostenimiento de las tropas.

El director de Rentas, Fernández de León, opinaba el 28 de octubre siguiente que debían considerarse con cuidado, las rebajas arancelarias dispuestas por Bolívar y aconsejaba intensificar el comercio entre los puertos de la costa dominada por los patriotas. De todos los ramos de la administración, se anunciaban fraudes y manejos ilegales. A fines de 1813 se procedía oficialmente a la valuación de los bienes secuestrados de los españoles y canarios. Desde entonces fue normal que se alquilaran los inmuebles urbanos, como fuente de entradas, o se cediesen a oficiales del ejército, y a veces a las tropas. Los bienes productivos en agricultura o ganadería eran explotados por el Estado en la medida de las posibilidades, a veces escasas o nulas, de acuerdo con los azares de la guerra y con los territorios donde estuviesen ubicadas las propiedades. El 16 de diciembre publicó la *Gaceta de Caracas* un extenso artículo titulado “Sobre los manejos escandalosos en el ramo de secuestros”, donde se criticaban los excesivos gastos del Tribunal de Secuestros y se advertía contra el empleo que este hacía de antiguos funcionarios de Monteverde. De las irregularidades habían surgido, según la *Gaceta*, casos de sujetos que habían estado “casi tocando la mendicidad a la disolución del gobierno español, y hoy manejan gruesos intereses...”

Otro informe del secretario de Hacienda, Muñoz Tébar, fechado el 31 de diciembre de 1813, al Libertador, fue como un balance de cierre económico del año. Entonces no pareció conservar la desesperanza de septiembre. Resume los principales sucesos y esfuerzos económicos del año. En realidad,

según advierte, se debían contar sólo pocos meses, pues se habían comenzado las gestiones hacendarias el 6 de agosto, inmediatamente después de la llegada de Bolívar a Caracas, el 4. Entre las primeras medidas resueltas por Bolívar se contó la eliminación de resguardos en los puertos de la costa, desde Curiepe, al oriente, hasta Choroni al occidente. Ello significaba un ahorro de 9.000 pesos anuales. Para economizar, también se suprimieron funcionarios. Por cierto, la disposición de Bolívar del 13 de septiembre, redujo el personal de las oficinas de Hacienda Pública y rebajó los sueldos. Se dejaban como funcionarios sólo seis oficiales de número, con cinco jerarquías, un visitador y un portero.

Muñoz Tébar explicaba en su balance el estado de la producción fundamental:

La rapiña de las tropas españolas había destruido los frutos de todas clases, consumido los ganados de toda especie. El despótico gobierno había prohibido las manufacturas. Añada a esto V.E., que los propietarios, sobre todo los más ricos, no cuidaron más de sus posesiones, pues, o huían en las selvas de la persecución de Monteverde, o arrastraban en las mazmorras las cadenas del déspota. Vea aquí V.E. cómo la agricultura, base de la prosperidad de todos los Estados, se aniquiló en aquellos tiempos de furor y de demencia. Nosotros somos los que hemos venido a recoger el daño. Han faltado frutos para el comercio extranjero e interior y han faltado en consecuencia los derechos de alcabala de importación y de exportación. No habiendo manufacturas indígenas (...) hemos debido comprar a precios exorbitantes las extranjeras...<sup>67</sup>

67. *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela*, 1964, I: 113 y 359.

Uno de los productos principales para generar rentas fue el tabaco. Pero se burlaban las reglamentaciones, no sólo con ventas clandestinas, sino con cultivos ocultos. Por eso Bolívar decretó el 11 de septiembre una “Ley contra los defraudadores de la Renta del Tabaco”, de extrema severidad, por tratarse de la fuente principal del erario. Todos los vendedores clandestinos y autores de robos y manejos ilícitos con el tabaco, serían pasados por las armas. El director de las rentas nacionales podía ordenar a los jueces procedimientos extraordinarios e instrucción sumaria de las causas. Se imponía igual pena a todos los funcionarios o particulares que omitiesen el cumplimiento de la ley<sup>68</sup>.

Muñoz Tébar alabó a los pueblos que generosamente habían llevado la carga del Estado en lo económico, “haciendo donativos cuantiosos”. Celebró la medida del 20 de octubre que ya para diciembre había producido “una suma de caudales que no se esperaba” y pensaba, contrariamente a Fernández de León, que las tarifas aduaneras establecidas por Bolívar habían sido beneficiosas. Era importante que para comprar con bajos impuestos, buques extranjeros trajeran oro y plata en barras o dinero en metálico.

La libertad dispensada al comercio —opinaba Muñoz Tébar—, la protección que se da al comerciante, el estímulo con que se acaloran especulaciones por las seguridades que ofrece el Gobierno, la rebaja de derechos, son causas que deben fomentar cada día nuestras relaciones mercantiles.

68. Austria, 1960, II: 85; *Decretos del Libertador*, 1961, I: 14.

En diciembre de 1813, el Estado era acreedor de 282.524 pesos de la renta del tabaco. El secretario de Hacienda deseaba cobrarlos por medios persuasivos y celebraba la centralización administrativa que comenzaba desde Mérida hasta Caracas, pues creía inapropiado el sistema federal que a su juicio resultaba impropio para las circunstancias de la naciente república. La provincia de Barinas había insistido durante todo el año, desde que llegó Bolívar allí en la Campaña Admirable, en mantenerse como Estado Federal. La disposición de fin de año de Bolívar dejaba asentado el principio centralista que consideraba apropiado. Justamente Muñoz Tébar recordaba en su informe:

La provincia de Barinas pretendió, dos meses ha, erigir a su intendente como autoridad única y soberana de las rentas y separarse también en el ramo del tabaco de la administración general de Guanare (...) cuando Guanare ha suministrado siempre el dinero necesario para el cultivo de las plantaciones de tabaco de Barinas, cuando este tabaco se ha destinado constantemente a las negociaciones de ultramar...

Muñoz Tébar expresaba un principio general de su pensamiento económico: “Generalmente, cuando un solo impulso dirige las rentas, su marcha es vigorosa; y sus útiles resultados son siempre más determinados y constantes.” Concluía su informe con una demostración de los ahorros que significaban las reducciones de sueldos y de personal en la oficina de la Renta del Tabaco. Había costado anualmente 5.194 pesos y en adelante llegaría sólo a 2.484. Mostraba, además en un cuadro, el monto de lo recaudado en el ramo del tabaco, principal fuente

de ingresos, durante los primeros cuatro meses de 1813. En el departamento de Caracas habían correspondido a la hacienda 446.452 pesos, de los cuales significaban ganancia líquida para el Estado 349.146, deducidos los pagos de funcionarios y otros gastos. Del departamento de Guanare quedaba una utilidad de 159.677, de modo que en conjunto había obtenido el Estado 508.823 pesos, suma apreciable en la época.

Parte de los problemas económicos constituyó la lucha para impedir que los españoles fugitivos extrajeran bienes. Algunos pretendían permisos para llevarse al extranjero cosas que nunca les habían pertenecido. Entre los medios manejados para fomentar el cultivo del tabaco, estuvo el de obtener empréstitos destinados a ese fin. El 16 de agosto de 1813 autorizó Bolívar a José María Valbuena para recolectar en la provincia “donativos y suscripciones, para auxiliar al Ejército Libertador” y empréstitos a favor de la Renta del Tabaco, lo cual justificó Fernández de León así: “La conservación y fomento de las plantaciones de tabaco es en el día tanto más interesante cuanto que su producto es el único recurso de las urgencias de la hacienda pública...” Así, la llamada por los historiadores clasicistas “Segunda República”, tuvo como fundamento económico principal el tabaco y el intercambio mercantil con las Antillas. Los conucos y haciendas que continuaban en producción, apenas suministraban los alimentos indispensables. Entre ellos se contaba también la carne, procedente de los llanos de Barinas.

Para proteger a los agricultores patricios y librar al ejército de labores no estrictamente militares, Bolívar creó un “cuerpo cívico” por decreto del 21 de diciembre. En la porción justificativa expresaba:

Reunidos algunos bandoleros en diferentes partidas, y esparcidos en los caminos públicos, no sólo han robado y asesinado a los pasajeros, sino que se han introducido en algunas aldeas indefensas, donde han pillado e incendiado las casas, destruyendo cuanto no han podido llevar. No es su objeto hacer la guerra al gobierno, sino atacar la vida de los particulares y robar lo que poseen. El número de los hombres honrados y laboriosos, siendo mayor que el de los perversos que los ofenden (...) se hace indispensable que se reúnan y obrando de acuerdo limpien los caminos y madrigueras donde están establecidos los bandidos, persiguiéndolos hasta su total exterminio...

Según lo dispuesto por el decreto, debían presentarse al comandante militar de la jurisdicción, todos los menores de 40 años, con sus armas y caballería. Los mayores de esa edad y los sacerdotes, debían entregar sus armas hasta tanto fuesen sometidos los “bandoleros”. También debían ser entregados los caballos. El Cuerpo Cívico debía formarse 24 horas después de publicado el bando. Los miembros del Cuerpo Cívico no serían considerados como soldados y podían elegir entre ellos mismos sus oficiales. Se nombraban los comandantes militares de los partidos capitulares de Valencia, San Carlos y valles de Aragua. Se daba carácter a la disposición de ley marcial del Estado. Al decreto se llamó “Disposiciones contra bandoleros”. ¿Quiénes pueden haber sido esos “bandoleros”? Es presumible que habían entrado en movimiento los habitantes de las denominadas en los tiempos coloniales “rochelas”, constituidas por indígenas perseguidos, a veces algunos blancos fugitivos de la justicia colonial, negros li-

bres que se quedaban sin trabajo o huían de persecuciones policiales. También estarían activos los esclavos cimarrones agrupados desde hacía siglos en comunidades que los colonialistas llamaban cumbes. En el informe del gobernador de Barinas, Manuel Antonio Pulido, presentado al Libertador el 1º de octubre, señalaba que había muchas bandas en el Llano, desde hacía mucho tiempo.

Yo preveo —afirmaba— males incalculables y aseguro de un modo demostrable, que dentro de muy pocos días se internarán los bandidos por esta parte, se comunicarán con los de Coro y pondrán sobre las armas cuatro mil o más caballos, montados de tantos hombres vagos que acostumbrados a la torpeza de una vida brutal y selvática, no apetecen otra cosa que la ocasión que les ofrecen los españoles para emplearse en el ruinoso ejercicio de la rapiña y el brigandaje de que han subsistido siempre, a pesar de nuestra vigilancia, que cesará inmediatamente que entren nuestros enemigos a ocupar estos terrenos donde todas nuestras propiedades serán comunes para sus prosélitos.

En este caso se trataba de los fugitivos de la periferia que constantemente se internaban en los Llanos, donde la existencia de ganado cimarrón les permitía subsistir permanentemente. Los mismos factores habían favorecido la existencia de cumbes y de rochelas en los Llanos. Servirían de base a la resistencia de los patriotas en los años posteriores a 1814. Durante este, en cambio, fueron factor importante en favor de los colonialistas<sup>69</sup>.

69. *Decretos del Libertador*, 1961, I: 33.

Durante 1813 Bolívar publicó, desde Caracas, manifiestos y proclamas destinadas a informar ampliamente, a establecer comparaciones con 1812, a estimular a los miembros del ejército y a exponer ante el extranjero las condiciones de la lucha en Venezuela. Cinco días después de llegar a Caracas, publicó un manifiesto a sus conciudadanos en los cuales recordaba el incumplimiento de la capitulación por Monteverde. “Está borrada —decía, aludiendo a la Campaña Admirable— la degradación e ignominia con que el déspota insolente intentó manchar vuestro carácter (...) La gloria que cubre las armas de los libertadores excita la admiración del mundo...” Concluía convocando a una asamblea de notables, hombres virtuosos y sabios, “para discutir y sancionar la naturaleza del gobierno...” Desde entonces, dondequiera que llegó Bolívar, instauró un régimen de legalidad, un centro de autoridad. El 16 de agosto publicó Bolívar un “Llamamiento a los extranjeros”, en edición trilingüe. Invitaba a los extranjeros de cualquier nación y profesión a establecerse en Venezuela y ofrecía “un régimen prudente de administración que garantice la seguridad individual y el sagrado derecho de propiedad”. Disponía también para los extranjeros que militasen bajo las banderas patriotas, los derechos de ciudadanos de Venezuela. El 17 de septiembre se dirigió a los soldados granadinos y venezolanos. El 20 del mismo mes habló “A las naciones del mundo”. Explicó largamente la capitulación de 1812 y los procedimientos criminales de Monteverde. Recordó el momento de esa capitulación así:

En ese conflicto, amenazada Caracas al este por los negros excitados de los españoles europeos, ya en el pueblo de Guarenas, ocho leguas distante de la ciudad,

y al oeste por Monteverde animado con el suceso de Puerto Cabello, sin otras tropas que combatir que las que estaban estacionadas en el pueblo de La Victoria, desmayadas y casi disueltas por la conducta arbitraria y violenta de un jefe aborrecido, se trató de capitular y, en efecto, después de varias interlocuciones, se convinieron en los artículos de la capitulación, por virtud de la cual se entregaron las armas, pertrechos y municiones a Monteverde, y este entró pacíficamente en la ciudad y se apoderó de todo sin resistencia.

Refirió después las tropelías de Monteverde y los otros jefes colonialistas, de quienes explicó:

Hiciéronse estos hombres dueños de todo. Ocuparon las haciendas y casas de los vecinos y destrozaban e inutilizaban lo que no podían poseer (...) Los hombres más honrados, los padres de familia, niños de catorce años, sacerdotes imitadores del Evangelio y verdaderas máximas de Jesucristo, viejos octogenarios; innumerables hombres que no habían tenido ni podido tener parte en la revolución, encerrados en oscuras, húmedas y calurosas mazmorras, cargados de grillos y cadenas, y llenos de miseria. Algunos murieron sofocados en las mismas bóvedas, otros no pudieron resistir el pesar y martirio y rindieron la vida sin auxilios corporales, ni espirituales, porque los negaban impíamente...

Todo ello era para explicar al mundo las causas justas de su Declaración de Guerra a Muerte, que los españoles exhibían en Europa como prueba de barbarie. Bolívar deseaba mostrar

simplemente la verdad del régimen colonial, de los desmanes que se cubrían en el extranjero con falsas explicaciones y con las mayores calumnias para los que simplemente luchaban por la libertad nacional.

Resolvimos —explicaba— llevar la guerra a muerte, perdonando solamente a los americanos, pues de otro modo era insuperable la ventaja de nuestros enemigos que a pretexto de titularnos insurgentes, mataban a nuestros prisioneros, cuando nosotros los tratábamos con la decencia propia de nuestro carácter y con todas las consideraciones debidas a la humanidad.

Denunciaba, además la complicitad del gobierno de Cádiz con Monteverde que había transgredido la Constitución del Reino, “obra por cierto de la ilustración, conocimiento y experiencia de los que la compusieron”. Finalizaba pidiendo que no se diese crédito a las invenciones de los colonialistas y cerraba su larga exposición así:

Caracas no sólo ha convidado, sino que desea ver entrar por sus puertos a todos los hombres útiles que vengan a buscar un asilo entre nosotros y a ayudarnos con su industria y sus conocimientos, sin inquirir cual sea la parte del mundo que les haya dado vida<sup>70</sup>.

La última pieza de carácter internacional de Bolívar en 1813 fue un informe al Congreso de la Nueva Granada sobre las operaciones militares. Se refirió especialmente a la

70. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, I: 272.

base de batalla de Araure y afirmaba que la independencia de Venezuela estaba ya asegurada. Señalaba su esperanza de que pronto pudiera ser regido el país por “magistrados como constituidos por una elección popular y legítima (...) depositados de sus derechos. Para conservarlos en toda su dignidad y gloria”<sup>71</sup>.

En su proclama del 17 de septiembre había unificado Bolívar a los combatientes que comandaba con los que había organizado Mariño en Oriente, al exhortarlos: “Estad seguros de que la victoria que ha guiado vuestros pasos desde el corazón de Nueva Granada hasta los confines de Cumaná y Barcelona, no se apartará de nosotros y coronará siempre nuestras acciones.” Tendía Bolívar a lograr nexos pronto y efectivos con Mariño y su ejército, al cual había calificado como “Libertador de Oriente”. El 27 de noviembre escribió desde Valencia a Mariño. Le hacía notar que bien recordaba lo señalado por él en una carta: que había un jefe en oriente y otro en occidente y que por oriente se entendía el conjunto de las provincias de Cumaná, Guayana, Barcelona y Margarita. Pero a continuación usaba el tono de un jefe, al señalar secamente:

En dos distintas ocasiones he oficiado a V.E. para que destine sus tropas de tierra a Caracas, La Guaira y Calabozo, que se hallan sin guarnición de resultas del suceso de Barquisimeto. Temo con fundamento una subversión en estos puntos; pero sobre todo, si V.E. no las envía a Calabozo, puede V.E. contar que los enemigos se apoderan otra vez de aquel importante punto<sup>72</sup>.

71. *Idem*, 382.

72. *Idem*, 302.

A propósito de los preparativos para la batalla de Araure, señaló Urdaneta innumerables dificultades:

De este tiempo en adelante ó describió Urdaneta ó cuerpos del ejército patriota no tenían partes ni noticias del enemigo, sino cuando se encontraban con él, ni se podía mantener espionaje, porque no había con quien. El país había hecho una sublevación general en favor del Rey, con excepción de muy pocos pueblos amedrentados y débiles y toda persona que estaba fuera de las filas debía ser reputada como enemiga.

Con tal ambiente finalizó 1813 y comenzó el “Año Terrible” de 1814. Como durante este hubieron de juntarse los libertadores del occidente y del centro con los de oriente, veamos cuáles habían sido los sucesos, la política y la guerra en el territorio dominado por Mariño y su ejército<sup>73</sup>.

73. O’Leary, 1952, I: 199. A propósito de las semanas finales de 1813 escribe Urdaneta: “La victoria de Araure había derrotado y dispersado las masas enemigas y los jefes españoles se habían retirado a sus antiguas líneas de operaciones (...) pero los pueblos pronunciados por la causa del Rey hacían más o menos esfuerzos por sostenerla y por todas partes se levantaban guerrillas (...) Todo debía salir del territorio en que se obraba, porque no teniendo el Ejército Libertador de dónde sacar recursos, sino de la Provincia de Caracas, apenas bastaban estos para atender a las necesidades inmediatas de Valencia y Puerto Cabello y ya se hacía necesario que los pueblos a quienes se intentaba dar la libertad y que tan obstinadamente la resistían, mantuvieran siquiera los ejércitos...” Urdaneta pinta así lo relativo al mismo período: “La situación hostil que presentaba todo el país contra los patriotas, podía medirse de este modo: una línea desde Puerto Cabello hasta Guayana, pasando por Calabozo; otra línea de Guayana hasta Cúcuta, abrazando los límites de la provincia de Barinas y una tercera desde Cúcuta, por Maracaibo y Coro, hasta Puerto Cabello, encerraban entonces el terreno que fue el teatro de operaciones de españoles y patriotas. Dentro de este se encerraba el ejército republicano que en todas sus ramificaciones no pasaba de 4.000 hombres, apoyados por muy pocos pueblos que hacían esfuerzos por la libertad y dentro de él obraban también todas las fuerzas de Monteverde, todas las de Boves, todas las que pudiera suministrar Guayana, todo el Apure, puesto en armas por Yáñez, y cuando pudiera poner en acción Maracaibo y Coro. Agréguese a esto la disposición general de todos los pueblos a obrar en favor de la causa del Rey, más, sin duda, por desconfianza en el buen éxito de los patriotas porque, (...) estaba descubierta su debilidad.”

## Capítulo III

# El Ejército Libertador de Oriente

Las actividades por la independencia nacional se desarrollaron durante 1813 en dos regiones: el occidente y centro libertados por Bolívar, y el oriente, libertado por Santiago Mariño. Este se había alistado en 1810 en las tropas organizadas para sostener los primeros intentos de Caracas el 19 de abril. Aunque sólo tenía entonces 22 años, la educación militar entre ingleses, debido a su ascendencia irlandesa, lo llevó a un cargo directivo en la región de Güiría. Su padre había poseído haciendas en el litoral de Paria y en 1810 hacía gestiones relativas a la herencia paterna. Con muchos venezolanos huyó en 1812 a Trinidad. En compañía de los emigrados y de antillanos residentes allí por causas diversas, preparó una expedición para invadir oriente. Entre los compañeros de planes tuvo Mariño a Juan Bautista Bideau, mulato de nacionalidad francesa, empresario y navegante con conocimientos militares, quien ya en 1812

había colaborado con Miranda, a cuya disposición puso el bergantín *Botón de Rosa*. En esa época, bajo el mando del venezolano Estévez, quien dirigía la flotilla patriota, obtuvo un buen triunfo sobre los realistas, en las bocas del caño Macarao, en el Orinoco. Además del bergantín, con el cual comerciaba entre las costas venezolanas y Trinidad, poseía Bideau un taller de fabricación de botes. Tomó a su cargo el alistamiento de voluntarios para la empresa que se proponían Mariño y los emigrados venezolanos. Se reunieron el 11 de enero de 1813 en la hacienda que la hermana de Mariño, doña Concepción, poseía en el islote de Chacachacare, en jurisdicción inglesa. Fue levantada un acta de resolución, en la cual se dijo:

Cuarenta y cinco emigrados nos hemos reunido en esta hacienda, bajo los auspicios de su dueña, la magnánima señora Doña Concepción Mariño, y congregados en Consejo de Familia, impulsados por un sentimiento de profundo patriotismo, resolvemos expedicionar sobre Venezuela, con el objeto de salvar esa patria querida de la dependencia española y restituirle la dignidad de nación que el tirano Monteverde y su terremoto le arrebataron. Mutuamente nos empeñamos nuestra palabra de caballeros de vencer o morir en tan gloriosa empresa.

Firmaron Santiago Mariño, como presidente, y cuatro secretarios: Francisco Azcue, Manuel Piar, José Francisco Bermúdez y Manuel Valdés<sup>74</sup>.

74. Véase: 1973: 37, 41; Parra Pérez, 1954, I: 96. Véase el “Acta de Chacachacare” en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, I: 216.

Los 45 expedicionarios, con 6 fusiles, tomaron a Güiria el 13 de enero de 1813. La respuesta de los realistas fue un bloqueo marítimo con 13 buques y 1.500 hombres, por tres meses, mientras los invasores patriotas obtenían victorias en el interior y tomaban algunos otros puertos. Hubo una escasez tal que, según cuenta el propio Mariño, los habitantes de Güiria hubieron de alimentarse durante ese período sólo con plátanos y chocolate. Atacaron los orientales el 13 de enero Irapa, donde fueron resistidos por el español Cerveriz, a la cabeza de 400 hombres. Los 70 de Mariño fueron suficientes para vencer, lo cual los animó a tomar Maturín. Aquí el mismo número de combatientes derrotó, según informe de Mariño a Bolívar, el 16 de agosto de 1813, a 1.400 soldados al mando de Lorenzo Fernández de la Hoz. Posteriormente Monteverde, el reconquistador de Venezuela para España en 1812, resolvió tomar en persona Maturín, centro importante que abría a los patriotas la fuente de provisión de ganados de los Llanos. Pero el traidor —a la capitulación con Miranda— también fue derrotado. Tomó después Mariño los puntos importantes de Magüelles, Corocillos y Cumanacoa, en preparación para asediar a los 700 hombres de los realistas en Cumaná. Mariño los sitió por mar y tierra durante 10 días. El 31 de julio propuso Mariño a Antoñanzas, el jefe español en Cumaná, la rendición. Éste respondió con gran altanería, invocando “unánime acuerdo del ejército”.

que por cuanto sus bravas tropas no exceden a los dignos defensores de la justa causa del Rey, no me intimida su aparente amenaza; y 2do., que estos se han resuelto a imitar en este pueblo a Sagunto, reduciendo antes de rendirse a cenizas cuanto exista; pos tanto,

puede Ud., disponer sus hostilidades cuando guste, seguro de que yo desde este instante doy mis órdenes para repeler sus fuerzas<sup>75</sup>.

Pero el 2 de agosto siguiente, Eusebio Antoñanzas ofreció capitular, aunque sin ánimo de cumplir ningún acuerdo, sino de sorprender a los sitiadores para escaparse. Juan Nepomuceno Quero, un venezolano traidor, gobernador de Cumaná, ofreció la evacuación de la plaza al día siguiente por la mañana. Pidió que se autorizase la salida de las familias que salieran en los transportes y se concediera pasaporte a quienes se quedaran en la plaza, con permiso para llevar sus intereses o disponer de ellos en el plazo de dos meses. Mariño aceptó sin enmiendas las dos primeras cláusulas y enmendó la segunda: el ejército patriota se encargaría de transportar a los migrantes por barco. Los realistas se embarcaron “en los buques que tuvieron preparados al efecto —según escribió Mariño— llevándose cuantos intereses, papeles, hombres y mujeres libres y esclavos pudieron recoger por fuerza o de grado, clavando la artillería toda, rompiendo fusiles, botando la pólvora, saqueando y quemando algunas casas”. La escuadrilla de los patriotas los persiguió y apresó a dos buques grandes y varios pequeños, mientras escapaba uno mayor y varios chicos. A las diez de la noche del día 2 de agosto, ocupó Mariño con sus tropas Cumaná. Inmediatamente después atendió a Cariaco, Carúpano y Río Caribe. Las tres se rindieron. Yaguaraparo fue evacuado por Cerveriz. Los patriotas pasaron por las armas a 47 “de los más criminales” y a algunos criollos “que desertando del sistema que les conviene, abrazaron el partido de la Regencia en las Américas”.

75. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, I: 276.

Mariño concibió la idea de marchar hacia Caracas con 4.000 o 5.000 hombres, pero modificó sus planes al enterarse de la marcha de Bolívar, desde los Andes venezolanos. En Barcelona derrotó con 1.500 hombres a los realistas y entró en la ciudad el 19 de agosto<sup>76</sup>.

No sólo se ocupó Mariño de las operaciones militares. Pronto inició intensas labores políticas. Tomó Güiría el 13 de enero de 1813 y el 19 publicó un manifiesto a los extranjeros, dedicado a circular en las Antillas. Firmó junto con Juan Bautista Bideau.

Os llamamos ódecíanó para comerciar con vosotros y para que nos ayudéis en una causa tan justa. Os ofrecemos tierra gratis y un domicilio que asegurará el bienestar de vuestros nietos. Extranjeros, ¿qué hacéis? ¿No volveréis a unirnos a nosotros, a los hombres que os quieren como hermanos y que os conjuran para que vengáis bajo sus banderas?

El documento fue firmado en el “Cuartel General de la reunión en Güiría”. Se fechaba en el “Año primero del restablecimiento de la Independencia de Colombia”. Bolívar usó otro sistema para fechar: durante la Campaña Admirable el colofón de “Tercero de la Independencia” y desde el 8 de agosto, junto a esa, la referencia de la guerra a muerte. En la proclama de ese día en Caracas, usó por primera vez dos referencias en lugar de una. Firmó ese documento en el “Cuartel General de Caracas, el 8 de agosto de 1813. 3ro. de la Independencia y 1ro. de la Guerra a Muerte”<sup>77</sup>.

76. *Idem*, 252, 276.

77. Parra Pérez, 1954, I: 181.

La proclama de Mariño y Bideau fue enviada en forma bilingüe a Guadalupe y Martinica. Ambos estaban convencidos de que la principal cooperación la obtendrían de franceses. Estos, en gran número, respaldaban a Napoleón y, por otra parte, mantenían serias tensiones con los ingleses de Trinidad. Las autoridades de allí se alarmaron con la expedición de Chacachacare y los progresos posteriores a la toma de Güiria. El gobernador inglés proclamó la ley marcial el 16 de enero, para facilitar el castigo a quienes habían sido cómplices en la expedición de Chacachacare y para limitar los movimientos de los esclavos y de los inmigrantes antillanos. Se amenazaba con expulsar a perpetuidad de Trinidad a quienes fueran culpables, y confiscar todos los bienes de quienes apoyaron a Mariño, con base en la neutralidad que Inglaterra decía mantener en los conflictos de España con sus colonias. Como la expedición se había organizado en territorio inglés y figuraba como segundo jefe en Güiria un francés, Bideau, la empresa tornaba significación internacional.

Es indudable —escribe Parra Pérez— que en el Oriente venezolano y en las islas inglesas, pululaban entonces refugiados franceses, los cuales, junto a los colonos ya establecidos en nuestro país y en Trinidad, de origen corso sobre todo, y por consiguiente ardientes bonapartistas, creaban ambiente a la subversión y prestaban concurso a los revolucionarios criollos (...) Mariño buscó francamente el apoyo de aquellos elementos y de allí provino su estrecha amistad con Bideau, pronto principal colaborador de su empresa libertadora.

Ambos organizaron al llegar a Güiria las fuentes de aprovisionamiento, limitadas a causa del bloqueo que hasta la toma de Barcelona por los patriotas mantuvieron los españoles. Pidieron a los habitantes suministros de plátanos y recogieron los ganados de las plantaciones cercanas. Ofrecieron pago total cuando la revolución avanzase y lograron suficiente dinero. Fueron enviados parlamentarios para convencer a algunos hacendados fugitivos en otras localidades. Habían cundido las noticias de que guerreaban especialmente con Mariño individuos de color, lo cual no era cierto, pues su primer contingente fue de mulatos del Caribe. A ellos se añadieron esclavos de las propias posesiones de Mariño y algunos emigrados de las Antillas. Rumoraban que Mariño “andaba acompañado de negros” y hasta Trinidad llegaron temores de una insurrección general de los esclavos. Según aseguraban, Mariño estaba comprando esclavos en las islas para convertirlos en soldados. Poco después de tomar Güiria, escribió al marqués del Toro y a su hermano Fernando, residente en Trinidad, pidiendo ayuda. Algunos historiadores han transmitido la especie de que ellos habían colaborado en la expedición de Chacachacare, pero el historiador Parra Pérez encontró papeles en archivos británicos con los cuales comprueba no sólo la indiferencia de los Toro, sino sus ideas contrarias a la independencia. Según afirma aquel historiador, el marqués del Toro se apresuró a entregar al gobernador de Trinidad, Monro, el 27 de enero, la carta recibida de Mariño, “para probar —escribía el Marqués— a V.E. el poco conocimiento que he tenido de las operaciones en el continente”. Tal vez temiera, como las autoridades inglesas, al ejército de negros que estaba creando Mariño. El 5 de marzo volvieron a dirigirse los Toro al gobernador. Manifestaban su convencimiento de

que el único remedio a la situación de oriente, en la forma como avanzaba Mariño, era una ocupación por los ingleses de la costa oriental. Todavía no se conocían en Trinidad las actividades de Bolívar en occidente. El 1° de marzo había llegado al Táchira<sup>78</sup>.

La cooperación de Bideau y la presencia de numerosos antillanos con algunos conocimientos militares, contribuyeron, según Parra Pérez, a la buena organización del ejército de Mariño y a que por consiguiente “durante la segunda república, las tropas orientales fuesen las mejores organizadas y encuadradas”. Mariño envió incesantemente agentes a buscar franceses para sus filas. Pero el mismo historiador, en uno de sus múltiples y a veces exagerados elogios de Mariño, escribió también que el jefe oriental “sabía convertir rápidamente la horda en ejército y los bandidos en soldados”. En épocas posteriores, advierte, Mariño organizó incontables ejércitos para Bolívar. En Güiría, inmediatamente después de llegar, no sólo se ocupó de atraer nuevos partidarios, sino de establecer relaciones diplomáticas permanentes con Trinidad, las cuales no carecieron de dificultades, a causa de la actitud de los gobernadores ingleses. Por ejemplo, cuando Monro fue reemplazado por Woodford, este dirigió una carta destinada “A Santiago Mariño, general de los insurgentes de Costa Firme”. Mariño pidió a Sucre que redactara la respuesta, en la cual se dijo: “Cualquiera que haya sido la intención de V.E. al llamarme insurgente, estoy muy lejos de considerar deshonroso el epíteto cuando recuerdo que con él denominaron los ingleses a Washington...”<sup>79</sup>

78. Verna, 1973: 47-50; Parra Pérez, 1954, I: 118, 182, 187.

79. Parra Pérez, 1954, I: 40, 177, 203; O'Leary, 1952, I: 176.

Mariño, después de la toma de Maturín, escribió el 9 de abril, al Capitán del bergantín británico *Liberty*, anclado frente a Güiría:

Somos ahora dueños de las llanuras donde se levanta el ganado; nada puede ser exportado sin nuestro permiso (...) nos proponemos suministrar al gobierno británico tantas cabezas de ganado como pueden desearse (...) En cambio (...) que ensaye de limpiar el golfo de los corsarios (...) El comercio sea respetado apropiadamente (...) Haríamos cuanto estuviera en nuestro poder para convencer a las autoridades de nuestra alta consideración y amistosas disposiciones<sup>80</sup>.

Después de la derrota de Monteverde, los realistas también habían movido resortes diplomáticos ante el gobernador de Trinidad. Estaban muy impresionados por los triunfos de Mariño y por algunos de los sucesos de la contienda abierta en enero de 1813. Según el regente Heredia escribió en sus *Memorias*, en Maturín nadie quería pelear. “Allí —afirma— pereció casi toda la tropa europea que había en Venezuela (...) Los insurgentes no tiraban contra las tropas de color...” Es decir, allí pudieron observarse algunas de las que serían características del año siguiente: pocos europeos en las filas realistas y gran solidaridad de los negros entre sí. Monteverde envió a Trinidad un representante, el doctor Antonio Gómez, con el fin de asegurar que la expedición del mes de enero era una empresa sin sentido, en la cual actuaron especialmente mulatos franceses, encabezados por Juan Bautista Bideau. Gómez escribió al gobernador:

80. Parra Pérez, 1954, I: 207, 231.

El gobierno legítimo de Venezuela ha visto en la invasión de Güiría una revolución de franceses que han armado la esclavitud de los habitantes, ofreciendo la libertad a los esclavos y proclamando la igualdad de hecho entre la gente de color que es la que compone aquella población, y teme que millares de negros y mulatos franceses revolucionarios, que se hallan regados sin asilo alguno en San Bartolomé, Sta. Lucía, Granada, Martinica y Guadalupe, desciendan a la Costa Firme, fomentando una llama que puede devorar no sólo las provincias de Venezuela, sino las colonias británicas, y especialmente la Trinidad, por su mayor inmediación y el número de mulatos franceses que comprende; favoreciendo en último resultado, si no se cortan o precaven estas temerarias y funestas empresas, las máximas y planes de Bonaparte, el enemigo común.

La amenaza acerca de las esclavitudes se convirtió en consigna diplomática manejada por diferentes grupos para lograr la benevolencia de las autoridades trinitarias<sup>81</sup>.

Sin haber decretado Mariño la guerra a muerte ejecutó, sin embargo, una política similar en oriente. Él mismo informó, en su manifiesto del 12 de octubre de 1813, que después de la toma de Cumaná fusiló a 47 españoles y algunos criollos. También procedió con igual severidad después de otros triunfos<sup>82</sup>.

81. Verna, 1973: 53; Parra Pérez, 1954, I: 225.

82. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, I: 344. Parra Pérez (1954, I: 240), refiere un verdadero episodio de guerra a muerte protagonizado por Bermúdez. “Mariño ó describe el historiador había entrado en Cumaná el 3 de agosto a las diez de la noche (...) Cerveris, atacado en Yaguaraparo por Bermúdez, huyó a Guayana en la escuadrilla de Echeverría, no sin hacer asesinar a Bernardo Bermúdez (...) Irritó tanto a José Francisco Bermúdez, que en su marcha a Cumaná por Río Caribe, Carúpano y Cariaco, mató criollos y españoles (...) en ringleras de 18, 20 y 25 por día.”

En el mes de julio de 1813 los margariteños, estimulados por el ejemplo de los patriotas orientales, se sublevaron, con José Rafael Guevara a la cabeza. Hicieron preso al colonialista Pascual Martínez y libertaron del castillo de Pampatar a Juan Bautista Arismendi, a quien colocaron al frente de la tropa. En comunicación con Mariño, lo auxiliaron los margariteños con una pequeña flota organizada en la isla. Esto fue benéfico para el ataque y sitio de Cumaná<sup>83</sup>.

El 7 de julio Ralph Woodford, quien había reemplazado a Monro en la gobernación de Trinidad, envió un informe al ministro Bathurst, en Inglaterra, en el cual estimaba al ejército de Mariño así: en Güiría, 80 soldados de infantería armados con mosquetes y 50 de caballería, más 120 negros esclavos que habían quintado entre los propietarios de haciendas. Sólo disponía cada uno de una lanza compuesta de una bayoneta fija en un asta. En Irapa, 300 infantes, todos “criollos franceses” y 50 caballos; en Maturín, 800 hombres de caballería y 300 de infantería. Aquí comenzaba el tipo de guerra con caballería, que después se extendió y dependía de la producción llanera y de los modos de trabajo en que se habían formado los llaneros. Posteriormente, en agosto, Woodford amplió sus datos sobre el ejército oriental. Mariño, según señalaba, había tomado Cumaná con 1.200 hombres procedentes de Maturín y tropa colecticia, reclutada entre los mulatos. Woodford continuaba preocupado con los mulatos y advertía que los había franceses y criollos, la mayor parte de los cuales estaban armados sólo con picas. “Mariño que es español —comentaba Woodford— come con sus soldados y se pasea del brazo con los mulatos para mostrar la igualdad que profesa.”<sup>84</sup>

83. Austria, 1960. II: 78.

84. Parra Pérez, 1954, I: 277, 279. Después de la huida de Cerveris, el Gobernador de

Por noviembre de 1813 surgieron problemas entre el margariteño Juan Bautista Arismendi y Mariño. El primero se quejó a Bolívar, a pesar de que existían dos jurisdicciones libertadoras totalmente autónomas. Este escribió a Arismendi el 27 de noviembre: “He adoptado un partido, en consecuencia, y es de interponer con el general Mariño mi mediación y el interés de la unión de las provincias, a efecto de que nunca obre hostilmente contra la isla de Margarita.”<sup>85</sup>

El 14 de noviembre arribó a La Guaira una escuadrilla de Cumaná, enviada por Mariño en auxilio del Ejército Libertador del Occidente y del Centro. Se componía de las goletas de guerra la *Colombiana*, la *Federativa*, el *Arrogante Guayanés*, la *Perla*, la *Carlota*, la *General Mariño* y una lancha cañonera, la *Independencia*. El día 13 se habían batido con éxito contra dos bergantines españoles y algunos buques menores. El boletín del Ejército Libertador de Oriente, del 29 de diciembre, daba cuenta de la llegada al cuartel general del Carito, de Mariño. Se habían producido perturbaciones en Aragua y Chamariapa, dominadas por el capitán veterano Isidoro Carrasquel. Habían sido pasados por las armas cinco de los culpables de apego a los realistas. Las tropas de Mariño, reunidas en Calabozo algún tiempo, se vieron obligadas a retirarse ante un ataque de Boves. En el pueblo de Guaicupa un grupo de indios guyanos había intentado una acción, de la cual resultaron cinco muertos entre los asaltantes<sup>86</sup>.

---

Trinidad escribió al Ministro de Exteriores de Gran Bretaña: “No tengo conocimiento de que los insurgentes hayan hecho ninguna profesión de principios al pensado en establecer gobierno. En su mayor parte están desvestidos, armados de modo grotesco y viven de pillaje, sin más dinero que el que les envían de otras islas los amigos de su causa.” Una nota de evidente menosprecio. La realidad enseñó después que esos soldados desnudos, que mucho tiempo vivieron de la recolección y de la caza de ganado, fueron capaces de expulsar de Venezuela a los colonialistas.

85. Bolívar, *Obras completas*, 1974, I: 78.

86. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, I: 367, 393.

Al finalizar el año de 1813, Bolívar esperaba ansiosamente refuerzos de Mariño. Este le comunicó por medio de dos representantes que enviaría un ejército de 4.000 hombres en auxilio del centro, pues antes de conocer los progresos de Bolívar desde el Táchira, ya había concebido la idea de liberar a Caracas y de preparar una fuerza adecuada. A fines de 1813 comenzaron a moverse tropas de Mariño hacia el centro, a través del Llano. Como se ha visto, el Ejército Libertador de Oriente se organizó sobre una base humana interesante: mulatos y negros antillanos, esclavos de algunos lugares del Caribe, gentes de aventura que expresaban inadaptaciones sociales al sistema colonial, esclavos de Mariño y de los hacendados de Güiría. Fue este un factor de primera importancia, no sólo durante 1813 y 1814. Sentó las bases para posteriores empresas de resistencia en oriente.

## Capítulo IV

# El año terrible

**L**a región oriental resistió mejor, por las razones expuestas, el esfuerzo de la guerra de liberación durante 1813 y 1814. Desde su llegada a Caracas había puesto Bolívar esperanzas en el Ejército Libertador de Oriente, que él mismo bautizó así.

Mariño no pudo iniciar sus movimientos hacia el centro del país sino a fines de 1813, para combatir junto a Bolívar en la más dura campaña de toda la Guerra de Independencia. El 16 de diciembre de ese año Bolívar había escrito al Libertador de Oriente:

Por premio de los sacrificios de V.E. y de las victorias con que han sido coronados, desearía que fuese el Presidente de Venezuela. Quien pudo restablecer la República en Oriente, superando obstáculos que no hubiera vencido el heroísmo de los generales más expertos, es, no hay duda, el más capaz de sostener la gloria de la nación que con la cooperación de sus esfuerzos acaba de libertarse. Pero esta nación debe

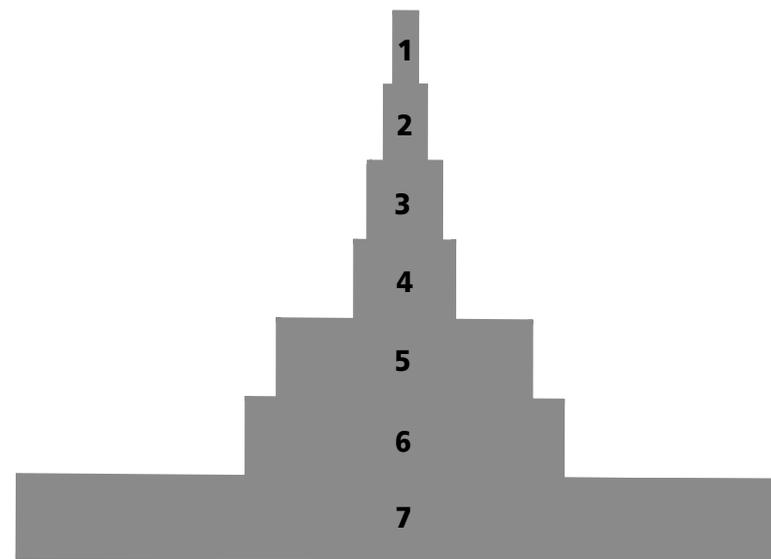
presentarse al mundo dignamente sometida a un gobierno central para que la represente para con los más poderosos pueblos del mundo.

Cuando señalaba Bolívar la necesidad de unir los esfuerzos bajo un gobierno central, sugería la posibilidad de que el presidente fuera Mariño. En la Asamblea de magistrados, notables y pueblo, convocada por Bolívar el 2 de enero de 1814, habló de Mariño, al pedir votos para los libertadores: “Para el supremo poder óseñaló hay ilustres ciudadanos que más que yo merecen vuestros sufragios. El General Mariño, Libertador de Oriente, ved ahí un digno jefe para dirigir vuestros destinos.” También lo recordó en un mensaje del 14 de enero de 1814 a sir Richard Wellesley:

Las cadenas que arrastraban los americanos óle decíaó doman entonces el furor de los tigres opresores. El General Mariño, que en el Oriente de Venezuela, con cuarenta hombres había emprendido el más audaz proyecto, logró en el famoso campo de Maturín, derrotar en una gran batalla a Monteverde,

Con optimismo quizá intencionado, anunciaba Bolívar allí la destrucción del ejército de los realistas en Araure. Conocía, en realidad, las dificultades en desarrollo. A pesar de la victoria de Ribas sobre las tropas de Boves el 12 de febrero, en La Victoria, no pudo consolidarse la posesión del territorio ocupado por el Ejército Libertador. Según Urdaneta, ya existía un resquebrajamiento de las fuerzas comandadas por Bolívar:

1. Españoles	12.000
2. Cimarrones	20.000
3. Negros libres	48.000
4. Esclavos	60.000
5. Indios	160.000
6. Criollos	200.000
7. Pardos	500.000



Escala: 1 cm = 25.000 individuos

En febrero de 1814 —cuenta en sus Memorias—, al observar los enemigos la desmembración de la fuerza de Occidente, fuéronse acercando y estrechando por todos puntos; y todo el país, que había estado contenido por la rapidez y energía con que se obraba sobre las facciones, se declaró en hostilidades contra los patriotas, en términos que nada había seguro, fuera del tiro del fusil, ni era posible conseguir un espía, ni adquirir de modo alguno noticias del enemigo. Y lo que era peor: escaseaban las subsistencias. No podía durar mucho tiempo esa situación, porque era demasiado violenta.<sup>87</sup>

Desde enero se habían producido encuentros con fuerzas de oriente. El 23 de enero de 1814 el boletín del Ejército Libertador había anunciado un triunfo de Cedeño sobre las tropas de Puig. Para el 26 de enero se movía Mariño hacia el centro por la vía de los Llanos. Ese día llegó a Aragua, donde pasó revista al ejército. El día 17 partió el ala izquierda hacia el Chaparro, el 23 salieron 1.000 hombres al mando del coronel Manuel Valdés hacia Chaguaramal y otro cuerpo partió el mismo día directamente contra la región de La Guaira. El cuerpo central del Ejército Libertador de Oriente marchó hacia los Llanos al mando del coronel José Francisco Bermúdez. El día 20 de enero llegaron a Aragua, a parlamentar con Mariño, dos comisionados del Libertador desde Caracas, para pedir la más estrecha cooperación. El día 4 de febrero obtuvieron los orientales dos triunfos en Agua Negra y Quebrada Honda. El 23 de enero, desde Valle de la Pascua, anunciaba un boletín que el ejército oriental tenía en sus manos los pueblos de Chaguaramal, Tucupido, Valle de la Pascua, Chaguaramas, San Fernando,

87. Bolívar, 1974, I: 79, 85; O'Leary, 1952, I: 203; Parra Pérez, 1954, I: 340.

Espino, Santa Rita y posiblemente Cabruta, hacia donde habían destacado fuerzas. Mariño promulgó un indulto a favor de los criollos que hubiesen estado sirviendo a los realistas.

Tales son sus operaciones —decía el boletín acerca del Ejército— que en el círculo de menos de un mes pisa la provincia de Caracas, la cual ocupaban casi toda los facciosos al mando del tirano Boves, que vergonzosamente van desapareciendo a proporción de lo que se adelanta en nuestras marchas.

Pero las tropas de Boves no hacían mucho caso en ese momento de Mariño. El 5 de febrero lanzó una proclama el Libertador, ante la amenaza del realista contra Caracas: “Un jefe de bandidos óinformabaó conocido por su atrocidad, el perverso Boves, ha podido penetrar hasta la Villa de Cura...” El 8 de febrero Juan Bautista Arismendi, gobernador interino de la provincia de Caracas, anunciaba los preparativos para defender su jurisdicción. Convocaba para el mismo día a la plaza de Catedral a todos los individuos de 12 a 60 años, con sus armas, para formar compañías y establecer un plan de defensa de Caracas. Dos días después, el 10 de febrero, Arismendi anunció que Rosete había tomado Cúa y la combatiría con una división, formada por los entusiastas caraqueños convocados prontamente por su llamado. El día 12 triunfó Ribas sobre Boves en La Victoria, con un ejército donde tomaron parte los estudiantes de la capital, sobre la cual pesaba aún la amenaza de los jefes coloniales situados en los Valles del Tuy<sup>88</sup>.

88. Dice O'Leary: “El bizarro Ribas avanzó sobre La Victoria, donde atacó y derrotó a Boves el 12 de febrero. De nuevo se retiró aquel bárbaro a los llanos de Caracas a reparar sus

Mariño se aproximaba al centro. El 20 de marzo el boletín del Ejército Libertador de Oriente anunció la toma de Orituco, San Rafael, Altagracia y Lezama. El 24 de marzo Bolívar lanzó otra voz de alarma. Recordaba los triunfos en Bárbula, Vigirima y las Trincheras, así como la batalla final de 1813, Araure y la de Mosquitero donde según él se había decidido “la suerte de Los Llanos”.

Pero —añadía— sucesos inesperados y funestos nos han privado de los Llanos del Occidente, sin que los enemigos hayan triunfado más que de Aldao y Campo Elías. De resto, si hemos abandonado territorios ha sido siempre convencido, salvando el honor y las armas de la República. Nada ha tomado el enemigo por la fuerza. La incomunicación en que han puesto a nuestros ejércitos, las partidas de bandidos que cubren las inmensas provincias que ocupábamos, han reducido a nuestras tropas a carecer de municiones, de alimentos y de noticias. Los bandidos han logrado lo que los ejércitos disciplinados no habíais obtenido.

Era la rebelión general de los esclavos, de los negros libres, de muchos pardos, con el concurso de los negros cimarrones de los cumbes, de los grupos autónomos de los Llanos espar-

descalabradas fuerzas con esclavos y fugitivos, que su nombre terrífico atraía a la bandera de la muerte (...) Era sorprendente la facilidad con que Boves reclutaba nuevas fuerzas; después de cada derrota reaparecía con mayor número de tropas...” La mayor parte de los historiadores recuerdan, a propósito de la batalla de La Victoria, que Ribas llevó allí a los estudiantes “universitarios” de la época: los que cursaban en el seminario. Todos, o una mayoría abrumadora, eran hijos de criollos y de algunos españoles. No fue la única ocasión en que combatieron con Ribas, quien los había llevado antes, en 1813, a la batalla de Vigirima. La clase de los criollos no dudó en utilizar todas las fuerzas posibles para su victoria independentista. Cuando fue necesario enviar a sus jóvenes estudiantes a combatir, no hubo la menor vacilación. Ver: O’Leary, 1952, I: 213; Urdaneta, 1972, III: 39.

cidos por todo el territorio de Venezuela. Eran alentados por los jefes realistas, especialmente por Boves. Se trataba de una política compleja: se sustraían los trabajadores. Así, actuaban Boves y los realistas en general sobre las fuentes productivas; dejaban sin alimentos a los patriotas, reducían cada vez más su territorio, organizaban ejércitos practicantes de la guerra a muerte con tremenda intensidad y aprovechando las causas de rebelión de los esclavos, desviando sus necesidades de libertad y convirtiéndolos en incendiarios, usufructuarios de saqueos anárquicos, para detener al Ejército Libertador de Bolívar, primero, y atacar luego al Ejército Libertador de Oriente. Bolívar mostró en su proclama del 24 de marzo tres ejércitos: “Los invencibles de Occidente, los destructores de Boves y los héroes de Oriente, tres ejércitos capaces ellos solos, de libertar a América entera...” Se expresaba allí una de las cualidades resaltantes de Bolívar: en medio de las tempestades sociales, de los mayores tropiezos, levantaba las esperanzas de lejanos triunfos, prometía logros aparentemente imposibles. Como conductor de una clase en lucha a muerte por la estructura nacional, mantuvo siempre los objetivos últimos. Concebía la lucha como triunfos y derrotas, como fracaso de tácticas ocasionales dentro de una gran estrategia que era la independencia. Y como pensó siempre en la necesidad de expulsar a los colonialistas totalmente de América pues si no, Venezuela estaría en peligro permanente, sorprendía a todos, cuando ante dificultades como las del Año Terrible de 1814, mostraba con ánimo optimista los objetivos más lejanos.

El Libertador fue sitiado en San Mateo entre el 20 y el 25 de marzo. En esa fecha voló Ricaurte el parque, ante un ataque destinado a tomarlo por las tropas de Boves.

Este recibió noticias de la marcha de Mariño hacia el centro y resolvió encontrarlo en sitio favorable, por lo cual se retiró de San Mateo. El 28 de marzo fue sitiado Urdaneta en Valencia por Ceballos, Calzada y Ramos, con 4.000 hombres. Fue entonces cuando Bolívar le envió el mensaje famoso; “Resistiréis hasta morir”. El 31 de marzo se encontraron en Bocachica, cerca de la entrada de los Llanos hacia los valles de Aragua, el Ejército Libertador de Oriente y el de Boves, compuesto por 5.000 hombres. Fue decisiva en el triunfo de Mariño la acción de un grupo de negros que habían sido esclavos en Cumaná. Incendiaron la paja de los cerros del piedemonte y marchando por entre el humo, como acostumbraban en las labores agrícolas de quema, derrotaron a machete a contingentes decisivos de los realistas. Boves se retiró hacia Valencia pero fue perseguido sólo por algunas de las tropas defensoras de San Mateo porque al ejército oriental se le agotaron las municiones. La batalla libró a los patriotas de los sitios de San Mateo y Valencia. El boletín del Ejército Libertador del 2 de abril, anunció:

Las consecuencias de la batalla de Bocachica y de la persecución del enemigo, son apenas calculables. Del ejército más numeroso, más fuerte (...) que ha atacado nuestra libertad (...) no se han salvado quinientos hombres, que van a comunicar su pavor a los sublevados de Occidente.

Se habían tomado a Boves 2.000 caballos y pertrechos innumerables, como una armería con todos los utensilios:

Los infelices conductores de este tren —decía el boletín— eran mujeres, ancianos y niños, hasta el número de 1.400 a 1.500. Casi todos estos débiles seres, a quienes ningún gobierno podía rehusar la más poderosa protección, han sido ya libertados.

Se trataba aquí de un caso especial de las migraciones obligadas de los habitantes de ciudades tomadas. Los criollos realistas y los españoles impedidos de combatir formaban una impedimenta permanente en los ejércitos de los colonialistas. Por el contrario, con los patriotas marchaban quienes huían de los saqueos y destrucciones practicadas en las ciudades por los ejércitos colonialistas. Boves y otros jefes españoles utilizaban a las mujeres, ancianos y niños como cargadores. Los varones eran pasados por las armas, según la fórmula de destruir la generación completa que más tarde expresó Morales en oriente. Como huían muchos patriotas con las tropas libertadoras, y otros revolucionarios eran convertidos en verdaderos esclavos trashumantes por los jefes españoles, dice Urdaneta en sus *Memorias* que “la parte patriota de la población venezolana era ambulante en aquel tiempo...”

El 5 de abril fue publicado el boletín del Ejército Libertador de Oriente relativo a Bocachica. Allí se estimó la fuerza de Boves en 3.000 individuos y no en 5.000 como establecen algunos historiadores. El secretario de Guerra de Mariño, Ramón Machado, afirmaba que “se ha conseguido destruir al más formidable enemigo de Venezuela”. Fue norma de los libertadores, tanto como de los realistas, anunciar la destrucción total de los ejércitos adversarios después de cada triunfo, siempre considerado públicamente definitivo.

Conviene recordar tres circunstancias: en primer lugar, los colonialistas mantenían varios ejércitos en acción simultáneamente, así como los libertadores. Los sitiados en San Mateo y en Valencia pudieron recibir auxilios del ejército oriental y existían, además, divisiones en algunos puntos occidentales. En segundo término, salvo en las grandes batallas decisivas de Carabobo y Ayacucho, donde las capitulaciones fueron totales, los combates permitían siempre la dispersión de gran número de participantes, los cuales se volvían a juntar al poco tiempo y reconstruían fuerzas, menores en cantidad y armamentos, pero organizadas. Una vez reunidas se juntaban con otros contingentes estacionados en algún sitio o en movimiento para auxiliarlos. Por último, en los años de 1813 a 1814, muchos de los grupos autónomos de guerrillas favorables a los realistas se incorporaban a veces a los ejércitos para ciertos combates de importancia, para sitiar las ciudades en busca del botín y para contribuir a la salvaguardia de un territorio donde ellos solían actuar. Cuando ocurrían derrotas, los guerrilleros volvían a sus sitios habituales. En el caso de los patriotas, esto fue muy frecuente desde 1816 en adelante, especialmente en los Llanos.

El 6 de abril publicó Bolívar una proclama dirigida al ejército de oriente. Era encabezada por el siguiente mote: “Simón Bolívar, Libertador de Venezuela, General en jefe de sus ejércitos, etc.” Políticamente, se presentaba el Libertador como jefe único del país. No usó el cognomento de “Ejército Libertador de Oriente”, sino se dirigió sólo “a los soldados del Ejército de Oriente”. Pero el contenido fue muy generoso y estimulante:

Soldados del Ejército de Oriente —escribió—: Vuestro General Mariño, que concibió el más sublime proyecto que pueda entrar en el genio de un mortal (...) arrastró desde las riberas marítimas de Güiria, con cuarenta amigos, el poder de los tiranos (...) En Maturín quedaron disipadas por vosotros las bandas mercenarias de España (...) Pero no es el destino de vuestro invicto general el reposo, sino los trabajos marciales; ni la gloria de haber libertado al Oriente, sino también el Occidente (...) En la jornada inmortal de Bocachica ha quedado destruido por vuestra sola presencia y sin esfuerzo alguno, el ejército más numeroso, más formidable que ha amenazado nuestra libertad (...) Yo he suplicado, soldados generosos, al general bajo el cual habéis vencido, os conceda un escudo cuyo mote diga: Libertadores de Caracas en Bocachica.<sup>89</sup>

El 3 de abril entra el Ejército Libertador de Oriente en La Victoria, donde estaba ya Bolívar, quien partió inmediatamente para Valencia, donde se instaló el cuartel general de los ejércitos de oriente y occidente. La ciudad había quedado libre como consecuencia de la batalla de Bocachica. Allí organizaron Bolívar y Mariño un ejército numeroso: cerca de 3.000 orientales, 1.600 soldados fueron llevados desde Caracas, algunos retirados del sitio de Puerto Cabello que mantenían los patriotas. En total, 5.000 soldados, “es decir —dice Parra Pérez— uno de los ejércitos mejores y más numerosos que tuviera nunca la República”.

89. Ver los boletines del Ejército Libertador, desde el 23 de enero hasta el 13 de febrero de 1814, en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, II, desde la página 16 a la 30; Yanes, 1943, I: 148, 170; Parra Pérez, 1954, I: 363; Yanes, 1943, I: 147.

Mariño salió hacia el occidente con 2.000 hombres, con ánimos de llegar hasta Coro. Desde su cuartel general en Tinaquillo emitió el 13 de abril una proclama a los corianos. “Desde las playas de Güiría —decía— he venido de victoria en victoria (...) dejad, compatriotas, un partido que os envilece...” Poco anduvo. El 16 de abril, tres días después de su proclama, fue derrotado en el Arao, cerca de San Carlos, y hubo de regresar a Valencia. El Libertador estuvo en Caracas hasta el 13 de mayo, cuando volvió junto a Mariño. El cuadro no era halagüeño. No había remonta en Valencia ni en sus alrededores para los jinetes y para obtener alimentos era preciso ir a disputarlos a las guerrillas que se movían por el lago cercano. Los soldados hubieron de consumir “granos y raíces” silvestres. Para no desalentar a las tropas acantonadas en Valencia, el ejército comandado por Mariño publicó un boletín en el cual se atribuía la victoria y anunciaba el regreso a Valencia como una necesidad de reorganización. El sitio de los patriotas contra los realistas en Puerto Cabello significaba grandes esfuerzos. El 6 de mayo publicó Bolívar una proclama donde anunciaba:

Compatriotas: la guerra se hace más cruel y están disipadas las esperanzas de pronta victoria, con que os había excitado (...) Terribles días estamos atravesando: la sangre corre a torrentes; han desaparecido los tres siglos de cultura, de ilustración y de industria; por todas partes aparecen ruinas de la naturaleza o de la guerra. Parece que todos los males se han desencadenado sobre nuestros desgraciados pueblos.

A pesar de que la batalla de Bocachica había librado a San Mateo y a Valencia del asedio, después de la derrota de Mariño en el Arao, las perspectivas se ensombrecieron. Toda comunicación con el occidente estaba cortada. En los Llanos predominaban los realistas, especialmente Boves. Después del regreso de Bolívar a Valencia, se abrieron preparativos para una batalla en la región de San Carlos y el Tinaco. Los ejércitos se encontraron en la llanura de Carabobo y estuvieron frente a frente desde el 17 de mayo.

Fue entonces —comenta Parra Pérez— cuando se efectuaron desafíos a duelo singular entre oficiales de ambas partes, suerte de peleas de Horacios y Curriáceos, en las cuales se distinguieron los orientales Monagas, Jugo, Sedeño, Arrijoja y Carvajal, el Tigre Encaramado. Zalagardas hubo en que Bermúdez, como siempre, hizo alardes épicos.

No fue esta la única ocasión de encuentros singulares en presencia de los ejércitos, durante la Guerra de Independencia. Correspondía esta actividad a las tradiciones medievales de los españoles y a la estructura semifudal del país<sup>90</sup>.

El 28 de mayo se enfrentaron los 5.000 soldados de Mariño y Bolívar a 6.000 realistas. Los patriotas obtuvieron, al triunfar, un gran botín que logró la tropa en los equipajes de los realistas. Cuatro mil caballos pasaron a aliviar la carestía en las remontas de los patriotas y numeroso ganado pasó a los fondos exhaustos de alimentación<sup>91</sup>.

90. Boletines del Ejército Libertador en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, II: 45, 67, 69, 80, 87, 90; Austria, 1960, II: 216; Parra Pérez, 1954, I: 369, 384, 390, 392, 393.

91. Urdaneta, 1972, III: 56; Austria, 1960, II: 231.

Después de esta victoria en Carabobo, resolvió Bolívar enviar algunas tropas a probar fortuna hacia el occidente y hacia los Llanos. Poco después del 28 de mayo, el gobernador de Valencia, Escalona, descubrió un complot entre los orientales comandados por Bermúdez, para desertar. Un batallón, que huyó, fue alcanzado pronto y al regresar a Valencia fue quintado, en presencia del ejército de oriente, formado para el escarmiento, ante la presencia de los jefes. Dos soldados fueron solamente heridos en el acto de fusilamiento colectivo. Pidieron clemencia y fueron perdonados. En las regiones de Chaguaramal actuaba un llamado “Segundo Ejército de Oriente”. Mariño, desde Villa de Cura, dirigió una proclama a los llaneros, anunciándoles la desaparición del ejército de Cagigal y Ceballos en Carabobo. Estímulo a los valencianos en aquellos días oscuros fue el relato de un hecho acontecido en la cercana Guataca. Actuaba allí un guerrillero con renombre de guapetón. Fue a su encuentro el coronel patriota Alcover, en cuyas filas había un sargento afamado por su valor de apellido Reyes González. Este pidió permiso a su jefe para desafiar, a semejanza de lo hecho por varios oficiales antes de la reciente batalla de Carabobo, al jefe del grupo opositor, Ramos. Este aceptó el desafío. Los adversarios comenzaron por disparar sus armas de fuego, sin resultados. En el combate a sable, el sargento patriota, González, mató a su adversario Ramos, cuya cabeza fue llevada en triunfo hasta Valencia. Se acercaban días aciagos<sup>92</sup>.

Boves, después de Carabobo, reorganizó un ejército en Calabozo y se dirigió hacia el sitio de La Puerta, entrada de los Llanos hacia Aragua. Allí derrotó a Bolívar. Éste ordenó a Escalona, gobernador de Valencia, resistir a todo trance el nuevo sitio previsible. Escalona no disponía sino de 35 artilleros. Reunió

92. Parra Pérez, 1954, I: 394; Urdaneta, 1972, III: 61.

325 hombres entre soldados heridos y gente hospitalizada o presa en la cárcel, preparó depósitos de agua y carne de ganado, burros y algunos chivos y se aprestó a resistir. Mariño salió el 19 de junio hacia Oriente. Anunció su partida con una proclama dirigida “a los soldados del Ejército de Oriente”:

El intrépido Piar —comunicaba a sus conterráneos— ya se halla con un ejército numeroso sobre los Llanos, que gemían bajo el yugo del asesino Boves (...) Yo me acelero a unirme con él y a conducir al Oriente en masa contra los monstruos que pretenden oprimir a nuestros hermanos<sup>93</sup>.

El mismo día de la batalla de La Puerta, el 17 de junio, proclamó Bolívar la ley marcial, a la cual quedaban sujetos todos los hombres, con la excepción del clero. Se daban tres horas para presentarse en la Plaza Mayor de Caracas, donde a cada cual se le señalaría un destino. Después mandó el Libertador a Gual a solicitar en Barbados 1.000 hombres de infantería y 2.000 fusiles. Prometía que no matarían a los españoles sino a las “hordas de bárbaros”. Las tropas inglesas evacuarían el país al requerirlo la República. Seguramente Gual fracasó en su misión. Para realizarla estaba obligado a una celeridad incompatible con la rapidez de los acontecimientos en Venezuela.

José de Austria, actor en los sucesos de este período refiere:

Por algún tiempo, tanto el Libertador como el general Ribas, estuvieron pensando en hacer una heroica defensa de Caracas (...) Se construyó una ciudadela que comprendía varias manzanas de la ciudad, con

93. Palacio Fajardo, 1953: 93; Austria, 1960, II: 239; Parra Pérez, 1954, I: 404.

grandes fosos y baluartes, según la localidad (...) Se deseaba salvar de los horrores de un sitio al pueblo que más sacrificios había hecho por la libertad.

Bolívar pensó en las regiones orientales, como refugio donde sería posible resistir, para invadir desde allí nuevamente los Llanos. El Libertador mandó a retirar la línea sitiadora de Puerto Cabello, la cual llegó, en número de 500 hombres, comandados por DíElhuyar, a La Guaira, el día 5 de julio. Ese día Bolívar y Ribas batieron a una fuerza realista adelantada hasta Antímano.

Muchos jefes opinaron —escribe Yanes— que debía defenderse la capital y que no faltaban ni faltarían medios de sostenerse hasta que se recibiesen auxilios de las provincias de Oriente; pero Bolívar insistió en evacuar la ciudad y en la retirada de las tropas a Barcelona y Cumaná (...) En la mañana del 7 casi todos los habitantes de la ciudad salieron despavoridos de ella, dirigiéndose unos a La Guaira, con la mira de embarcarse para las colonias, y otros, que fueron los más, en dirección a Barcelona (...) Sobre 20.000 personas salieron de la capital y de sus inmediaciones (...) al fin perecieron las tres cuartas partes, a impulsos del hambre, de la desnudez, de la sed, del cansancio y de la fiebre intermitente, pues en los barrizales de la montaña de Sapaya, en los ardientes arenales de Uñare y Tacarigua y en los climas malsanos de Barcelona, hallaron su sepulcro, tanto el hombre robusto, como las personas delicadas...<sup>94</sup>

94. Parra Pérez, 1954, I: 412. La ley marcial (*Decretos del Libertador*, 1961, I: 40) dispuso el 17 de junio de 1814: “Por ley marcial se entiende la cesación de toda otra autoridad que no sea militar (...) Todos los ciudadanos se presentarán antes de tres horas cumplidas después de esta publicación, con sus armas y todas las bestias y monturas que posean, en la Plaza

El día 9 de julio capituló Valencia que había permanecido sitiada desde la retirada de Bolívar a Caracas. Morales salió a la cabeza de un ejército realista por los Llanos a alcanzar a Bolívar, quien marchaba por la costa, a darle batalla cuando entrase en las regiones orientales. El 16 de julio entró Boves en Caracas. Los restos del ejército derrotado en La Puerta, los contingentes retirados del sitio de Puerto Cabello, los soldados que habían guarnecido a Caracas y La Guaira, 300 hombres enviados por Arismendi desde Margarita, 700 llegados de Cumaná, formaron un grupo de 3.000 combatientes reunidos en Aragua el 17 de agosto de 1814. Morales los derrotó con 8.000 soldados. Dos días después se retiró Bolívar de Barcelona, adonde había regresado desde Aragua, hacia Cumaná. Los restos de la migración de Caracas lo siguieron. Los realistas tomaron sangrientamente a Barcelona y los últimos patriotas se aprestaron a sostener a Maturín. Los dueños de hatos de la región ofrecieron 1.200 caballos en plena condición y el mejor ganado de sus hatos de El Tigre:

Quando los derrotados —cuenta Yanes— y emigrados de todas partes de Venezuela, supieron las preparaciones que se hacían en Maturín, para resistir al enemigo, volaron a engrosar el ejército (...) bien que

Mayor, donde se les dará destino.” Austria (1960, II: 247) informó que la idea de Bolívar y Ribas sobre la retirada hacia oriente era la de que los Llanos debían ser el teatro natural de la guerra. Parra Pérez piensa que Bolívar erró al tolerar la migración de la población civil con las fuerzas militares que se retiraban a oriente. Se trata de uno de esos curiosos juicios de los historiadores venezolanos que opinan a posteriori lo que se debería haber hecho. Es justo señalar que hay otros más empeñados en ese tipo de historia en que el relator se convierte en actor retrospectivo y desea modificar los acontecimientos. Parra Pérez fue un historiador discreto, aunque en su obra magna, *La historia de Mariño*, incurre en algunos de los excesos que él mismo señala respecto de otros. Por mostrar la verdadera importancia de Mariño, cosa que logró, sin duda, exagera a veces el papel de este en la historia de sus días. O’Leary (1952, I: 226) informa que Bolívar resolvió la migración hacia oriente debido a la abundancia de ganados, es decir, de alimento, en las provincias de Cumaná y Barcelona.

el general Bermúdez no pensaba sino en formar una fuerte caballería, aunque se tocaba el inconveniente de no haber lanzas para todos; y para ocurrir a esta falta, se arrancaron las ventanas de hierro que había en la población, montándose al mismo tiempo dos fraguas que continuamente se ocupaban en construir esta arma (...) Las personas delicadas y respetables de Caracas y de toda Venezuela, se hallaban reunidas aquí por un solo motivo: el horror a los españoles...

El ganado vacuno y caballar que se reunió en poco más de un mes, ascendería a más de 20.000 cabezas que pastaban libremente en las llanuras<sup>95</sup>.

En Cumaná se produjeron graves discusiones. Se cumplía el principio de que la derrota engendra la anarquía entre los vencidos. Diversos oficiales deseaban deponer a Mariño del mando del ejército y colocar en su lugar a Ribas, con Piar, quien se hallaba en Margarita, como segundo. Se produjeron altercados a propósito de las aspiraciones y pretensiones del jefe de la flotilla, Bianchi, con quien, obligados por las circunstancias, se embarcaron hacia Margarita Mariño y Bolívar. Cumaná estuvo sin gobierno desde el 25 hasta el 29 de agosto. Piar no se mostró amistoso con los jefes militares. Después de laboriosas negociaciones con Bianchi, este quedó dueño de varios barcos y de parte de los tesoros de plata, trasladados desde Caracas y otras ciudades. Volvieron a navegar hacia Carúpano, Bolívar edicto en el papel de jefes del ejército, declarando a Bolívar y Mariño desertores y malos ciudadanos. Bolívar respondió indirectamente con un manifiesto fechado el 7 de septiembre, en Carúpano:

95. Yanes, 1943, I: 178, 179, 180, 184-186.

El Ejército Libertador exterminó las bandas enemigas —explicó el Libertador— pero no ha podido ni debido exterminar unos pueblos por cuya dicha ha lidiado en centenares de combates. No es justo destruir los hombres que no quieren ser libres, ni es libertad la que se goza bajo el imperio de las armas contra la opinión de seres fanáticos, cuya depravación de espíritu los hace amar las cadenas como los vínculos sociales. No os lamentéis, pues, sino de vuestros compatriotas que instigados por los furros de la discordia os han sumergido en ese piélago de calamidades (...) Vuestros hermanos y no los españoles, han desgarrado vuestro seno, derramado vuestra sangre (...) En vano esfuerzos inauditos han logrado innumerables victorias, compradas al caro precio de la sangre de nuestros heroicos soldados (...) A la antorcha de la libertad, que nosotros hemos presentado a la América como la guía y el objeto de nuestros conatos, han opuesto nuestros enemigos la (sic) hacha incendiaria de la discordia...

La altura del genio y de la personalidad de Bolívar se mostraba en un párrafo donde penetraba profundamente en la sociología de las conmociones sociales y señalaba cómo la conducta de los individuos era el resultado de muchas fuerzas cruzadas. Así defendía sus actuaciones sin replicar con agresiones personales. Tenía conciencia clara de su papel dentro de la tempestad colectiva:

Es una estupidez maligna —afirmó— atribuir a los hombres públicos las vicisitudes que el orden de las cosas produce en los Estados, no estando en las fa-

cultades de un general o magistrado, contener en un momento de turbulencia, de choque y de divergencia de opiniones, el torrente de las pasiones humanas, que agitadas por el movimiento de las revoluciones se aumentan en razón de la fuerza que las resiste. Y aun cuando graves errores o pasiones violentas en los jefes causen frecuentes perjuicios a la República, estos mismos perjuicios deben, sin embargo, apreciarse con equidad y buscar su origen en las causas primitivas de todos los infortunios: la fragilidad de nuestra especie y el imperio de la suerte en todos los acontecimientos. El hombre es el débil juguete de la fortuna, sobre la cual suele calcular con fundamento muchas veces, sin poder contar con ella jamás, porque nuestra esfera no está en contacto con la suya de un orden muy superior a la nuestra (...) Yo, muy distante de tener la loca presunción de conceptuarme inculpable de la catástrofe de mi patria, sufro al contrario, el profundo pesar de crearme el instrumento infausto de sus espantosas miserias; pero soy inocente porque mi conciencia no ha participado nunca del error voluntario o de la malicia, aunque por otra parte haya obrado mal y sin acierto (...) He aquí la causa porque desdeñando responder a cada una de las acusaciones que de buena o mala fe se me puedan hacer, reservo este acto de justicia que mi propia vindicta exige, para ejecutarlo ante el tribunal de sabios, que juzgarán con rectitud y ciencia de mi conducta en mi misión en Venezuela. Del Supremo Congreso de la Nueva Granada hablo...<sup>96</sup>

96. *Itinerario documental de Simón Bolívar*, 1970: 97; Austria, 1960, II: 268; Parra Pérez, 1964, I: 463.

El 8 de septiembre embarcaron Bolívar y Mariño, justo cuando llegaba Piar a Carúpano, dispuesto a matarlos. El día anterior había acampado Morales ante Maturín e intimó la rendición de Bermúdez. Los compañeros de este respondieron: "... nada más que combatir, viva la libertad". Morales inventó un curioso ardid, cuyo alcance total no se conoce. Desafió a combate singular, como era usual, según ya vimos, al comandante de la caballería, Sedeño, y a otros cuatro oficiales. Combatiría él en persona con Sedeño y cuatro de sus oficiales. No contestaron los patriotas y un soldado que se fugó hacia estos, reveló el plan: Morales no pensaba combatir, sino disfrazar de oficiales a cinco soldados. Los realistas eran 7.000, los patriotas tenían 1.200 hombres de caballería. Contribuyó a que los maturineses salieran prontamente a la batalla una curiosa circunstancia, especie de crisis de sobreabastecimiento. En previsión de todas las vicisitudes de posibles sitios, los patriotas habían reunido alrededor de Maturín grandes cantidades de vacunos y caballos. Estos consumieron el pasto con mayor prontitud de lo supuesto por los previsivos guerreros, y comenzaron a morir de hambre. Dentro de la propia ciudad de Maturín había 500 reses muertas que ponían en peligro de epidemia a los habitantes, entre ellos varios miles de personas emigradas de todos los rumbos. La junta de guerra convocada por Bermúdez acordó sorprender a los realistas en pleno día, el 13. Se entabló la batalla desde las once de la mañana hasta el anochecer. Los colonialistas perdieron 2.200 hombres. La cuenta posterior a la batalla permitió saber que Morales comandaba 3.400 infantes y poseía una caballería de más de 3.000 individuos. Los maturineses habían sido la mitad del número total de los realistas. Bermúdez terminó el destrozo persiguiendo a Morales con 1.000 hombres. Después de este

triunfo en Maturín, llegaron cientos de individuos, convocados por el entusiasmo regional. Aumentó el ejército también con los criollos incorporados a la fuerza por los realistas, liberados por la gente de Bermúdez<sup>97</sup>.

Boves atacó Cumaná el 15 de octubre, con 2.000 hombres. La tomó con los mismos sangrientos procedimientos que había empleado en todas las ciudades. Las fuerzas patrióticas se prepararon para una batalla decisiva. Ocurrió en Urica, el 5 de diciembre. Triunfaron los realistas. Allí murió Boves. Hay varias versiones acerca de su muerte. Para algunos, lo mató un simple soldado patriota; para otros, pereció ante la lanza del jefe llanero Zaraza; para el historiador Yanes, fue el propio Morales quien ultimó a Boves herido de lanza. Su versión es así:

Por algunos realistas se supo que habiendo sabido Morales la caída de Boves, se dirigió al lugar y cubriéndolo con su ruana lo acabó de matar, haciendo saber, después de la batalla, que había ido a ejecutar una acción de suma importancia. Morales se hallaba altamente resentido de Boves y aspiraba al mando exclusivo del ejército. Después de que no pudo ocultarse por más tiempo la muerte de Boves, se tuvo una junta de guerra, para tratar de la persona que debía tomar el mando. Los oficiales que opinaron que debía reconocerse la autoridad superior, política y militar del Capitán General Don Juan Manuel Cajigal, desaparecieron, muertos ocultamente unos, y otros con violencia, quedando Morales constituido jefe absoluto de toda la parte oriental.

97. Yanes, 1943, I: 168, 210.

Éste no dio tregua a los patriotas. El día 10 de diciembre de 1814 se presentó frente a Maturín, muy escasamente defendido ahora, después de la derrota de Urica, donde habían concurrido todas las fuerzas de oriente. Los civiles inútiles para la guerra llegaban a 12.000. Era el último refugio de los patriotas en todo el país. Venció Morales a Bermúdez por fin, y puso fuego a Maturín. Envío a los cientos o miles de mujeres que había, por tierra, hacia Cumaná. Algunos buques de la escuadrilla española volvieron a bloquear las costas orientales<sup>98</sup>.

¿Qué había sucedido en Occidente? Por la pérdida de Caracas y Valencia, Urdaneta decidió dirigirse hacia los Andes venezolanos. Con la reorganización de algunos batallones reunió 1.700 hombres. Una parte del ejército de Urdaneta fue derrotada en Mucuchíes por el español Calzada y se fue por Mérida a Cúcuta, donde juntó sus fuerzas a las del general García Rovira, por órdenes del gobierno granadino. Acababa de salir de allí hacia Casanare el capitán José Antonio Páez, donde se le dio el mando de un cuerpo de caballería en la división de Francisco Olmedilla. Urdaneta se encontró con Bolívar un mes después, en noviembre, en Pamplona, y con él siguió a Tunja al mando de los batallones venezolanos Guaira, Valencia y Barlovento, así como de algunas tropas granadinas<sup>99</sup>.

Desde Trujillo había escrito Urdaneta al gobierno granadino:

De Valencia en adelante son tantos los ladrones cuantos habitantes tiene Venezuela. Los pueblos se oponen a su bien; el soldado republicano es mirado

98. Yanes, 1943, I: 210, 215, 222; O'Leary, 1952, I: 235; Austria, 1960, II: 306.

99. Parra Pérez, 1954, II: 17; Urdaneta, 1973, III: 75.

con horror; no hay un hombre que no sea un enemigo nuestro; voluntariamente se reúnen en los campos a hacernos la guerra; nuestras tropas transitan por los países más abundantes y no encuentran qué comer; los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestras tropas y sus habitantes se van a los montes, nos alejan los ganados y toda clase de víveres; y el soldado infeliz que se separa de sus camaradas, tal vez a buscar el alimento, es sacrificado. El país no presenta sino la imagen de la desolación. Las poblaciones incendiadas, los campos incultos, cadáveres por donde quiera y el resto de los hombres reunidos por todas partes para destruir al patriota. Nosotros no poseemos ni un caballo, ni tenemos un soldado que no sea de Caracas y de los Valles de Aragua y en mayo (de 1814) quedaban muy pocos de echar mano en aquellos países...<sup>100</sup>

Bolívar, quien desde Carúpano salió hacia Cartagena, escribió al Congreso un informe en el cual se leen noticias complementarias de las de Urdaneta, relativas al Occidente:

Fue bastante una sola desgracia —informó el Libertador— experimentada en La Puerta, el 15 de junio último, para que se apoderase el enemigo de la provincia de Caracas. Perdido en aquella infausta jornada el único ejército que protegía la capital contra las incursiones del más feroz tirano, me vi en la dura necesidad de abandonarla. El 7 de julio pasado me retiré a Barcelona, con el objeto de reunir mis tropas a las que el general en jefe del Oriente de

100. Parra Pérez, 1954, I: 464.

Venezuela organizaba para auxiliarme. Nuestros dos ejércitos se incorporaron en la Villa de Aragua (...) La sublevación general de todo el interior de Caracas daba al enemigo un número de tropas incomparables con las pocas que la capital y los pueblos vecinos podían contribuirme para oponerle: la devastación absoluta y espantosa de todo el territorio, me privaba de los víveres necesarios para la manutención del ejército, que obrando en orden y haciendo una guerra de nación, no podía subsistir mucho tiempo sin los auxilios que le faltaban; mientras el enemigo, pillando, destruyendo y usando de una desenfrenada licencia, de nada necesitaba. Así, los pocos pueblos que combatían conmigo por la libertad, desmayaron, cuando el enemigo se aumentaba prodigiosamente y se conciliaba el afecto de sus tropas. Tales son las causas radicales que han conducido a la República de Venezuela al sepulcro.

Las informaciones complementarias de Urdaneta y Bolívar son elementos fundamentales para juzgar el terrible episodio que significó el año 14 en la guerra de la independencia venezolana. Antes de correlacionar las noticias de ambos con otros factores, algunos de ellos mencionados ya, veamos el epílogo en oriente, donde Morales, después de la batalla de Urica, en la cual murió Boves, se dedicó a consolidar una victoria total. Sólo resistía a fines de 1814 en la costa oriental, Güiría, el pueblo por donde había comenzado Mariño la guerra liberadora. Después de haber arrasado numerosas comunidades pequeñas durante la segunda quincena de diciembre, y en enero de 1815, llegó Morales el 14 de febrero frente al pueblo

de Soro, con 3.000 hombres. Lo redujo a cenizas y al día siguiente siguió contra Güiria, defendido por sólo 300 hombres comandados por Bermúdez y Bideau, el mulato francés que había compartido muchas de las labores de Mariño. Los defensores de Güiria hubieron de huir, después de algún intento de resistencia, ante el conocimiento de la cuantía de la tropa de Morales, quien persiguió a otros 400 hombres que se habían conservado en la región de Irapa, al mando del coronel Rivero. Morales informó a Cajigal, el 17 de febrero:

Después de la derrota que han sufrido los sediciosos de Güiria, no asoma siquiera una vela de ellos por toda la costa. No han quedado ni aun reliquias de esta inicua raza en Costa Firme y con brevedad marchó para el rinconcillo de la miserable Margarita (...) Bideau, pocas horas antes de marcharse, publicó la libertad general de los esclavos, encargándoles se retirasen a los montes y que nos hicieran la guerra, que él iba a buscar refuerzos. Esto lo participo a V.E. por los fines que puedan convenir a la seguridad de la grande servitud de esa isla...<sup>101</sup>

Bideau se había comportado no sólo con estupenda constancia, sino con sentido revolucionario. El 17 de noviembre de 1814 había escrito al gobernador de Trinidad, Woodford, pidiendo concediese asilo a las numerosas familias amenazadas en Güiria y los pueblos cercanos por la aproximación de Morales.

101. O'Leary, 1952, I: 251. Cuando llegaron las tropas de Urdaneta a Cundinamarca, Bolívar escribió al presidente José Bernardo Álvarez: "Nuestro objeto es unir la masa bajo una misma dirección..." Propósito nacido sin duda de la experiencia de 1814 y expresado en el decreto de libertad de los esclavos de 1816. Yanes, 1943, I: 231.

El 11 de noviembre —explicó Bideau a Woodford— tuve que ir a defender a Yaguaraparo. El 13 fui atacado y después de un combate de dos horas, tuve que replegarme a Irapa, lo que se efectuó en el mejor orden y cubriendo la marcha de centenares de mujeres y niños (...) Algunas familias pasan a las colonias en busca de asilo, al abrigo de los acontecimientos de la guerra. Espero, señor general, que las acogeréis con esa generosidad que distingue de tan eminente manera a la nación inglesa y de que ella dio multiplicadas pruebas hacia los emigrados durante la Revolución Francesa...

Bideau, en favor de los fugitivos, amenazaba después a Woodford con el arma, empleada también por los realistas, del peligro de las esclavitudes. Con la diferencia de que en Bideau era un arbitrio revolucionario, no un baldío juego diplomático.

No debo disimularos —escribía al final de la carta al Gobernador de Trinidad— que si, contra mi esperanza, les rehusáseis asilo, me vería forzado, a mi pesar, a usar las mismas armas que mis enemigos, lo que, vista la proximidad de nuestras costas, no dejará de comprometer la existencia del sistema colonial en vuestra Isla (...) Así veis, señor general, que vuestro interés bien entendido está de acuerdo con la humanidad que os caracteriza para dar refugio a los infortunados que me tomo la libertad de recomendaros y que tantos derechos tienen a vuestra protección, con la que me atrevo a contar...

A fines del año 1814 los comerciantes de Trinidad habían ofrecido a Bideau 12.000 pesos para que se retirara de Güiría, lo cual rechazó rotundamente. Los mercaderes ingleses necesitaban sólo que hubiese un régimen estable en la costa, para mantener su productivo intercambio comercial. Habían establecido con Mariño relaciones normales mientras este mantuvo gobierno estable. Ahora se apresuraban a celebrar la llegada de los realistas, cuanto más pronto mejor. Antes de retirarse por mar, Bideau, efectivamente, como había informado Morales al capitán general desde Güiría, “publicó la libertad general de los esclavos, encargándoles se retirasen a los montes...” Ello significó un factor de importancia para la vuelta de los patriotas en 1816<sup>102</sup>.

Durante las dos últimas décadas se han escrito ensayos diversos acerca de la guerra en 1814. Algunos con indudables aciertos, otros superficiales y unos terceros, con graves equivocaciones. Bolívar había hablado de “la sublevación general de todo el interior de Caracas”. En tiempos recientes se ha llamado a los sucesos de ese año “la insurrección popular” como en un interesante estudio de Juan Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814*. Hay dos cuestiones históricas en discusión: la relativa a la presencia de los esclavos en las filas realistas durante ese año y la confusión que el fenómeno social ha producido en quienes han llegado a conceptuar a Boves como “el primer caudillo de la democracia venezolana” y no sólo en el sentido del conservador y reaccionario Juan Vicente González, quien así lo tituló, sino hasta como conductor de masas revolucionarias, lo cual nunca pudo haber sido. Aunque no podemos extendernos aquí en ambos

102. Veria, 1973: 51, 59, 63.

problemas, sí es indispensable referirnos a ellos someramente. Ya hemos ido señalando algunos hechos, varios de los cuales nunca han sido tomados en cuenta. Es útil revisarlos dentro de una consideración global. Por otra parte, algunas circunstancias, como la libertad de los esclavos orientales proclamada por Bideau a principios de 1815, tuvieron significación al recomenzar en 1816 la actividad bélica, con la vuelta de Bolívar y otros jefes al oriente de Venezuela. Esto nos conduce al primero de los problemas mencionados: el de la presencia de los esclavos en las filas realistas, en 1814. Para un análisis científico, es decir, basado en los hechos reales, precisa colocar dentro de los límites que le corresponda, la afirmación de que “los esclavos” se alistaron en las filas realistas. ¿Ocurrió ello en toda la República? La respuesta vale porque, como hemos ido mostrando, no fueron idénticas las circunstancias guerreras, económicas, demográficas y sociales en todo el país. Al tratar sobre la economía en los primeros años de la guerra de liberación, conocimos cómo el sistema esclavista de producción estaba ligado al de servidumbre de grandes grupos indígenas y cómo el sistema general de propiedad semifeudal de la tierra, encontraba distintas variantes, como en los Llanos.

También observamos la desigual distribución demográfica y la cuantía diferente de los esclavos en la región costera, los Andes, los Llanos y Guayana. De modo que no es posible hablar de la entidad social “los esclavos”, con igual peso en todas las regiones productivas. Se ha dicho con mucha frecuencia que el ejército de Boves pasó a ser comandado, posteriormente a 1814, por Páez. Pero nadie ha podido ni podría afirmar que las tropas de este estuvieron principalmente constituidas por esclavos. De modo que existió una población llanera dife-

renciada de los contingentes de esclavos trabajadores de las haciendas de la costa, donde la demografía de los africanos y sus descendientes tuvo su gran centro<sup>103</sup>.

Al examinar el Ejército Libertador de Oriente, vimos cómo agrupó no solamente gente “de color”, sino muchos esclavos. Justamente el último contingente de la resistencia a los realistas en 1814 estuvo constituido por los negros orientales comandados por Bideau. Esto significaría una diferencia importante entre el oriente, donde hubo muchos esclavos en las filas de Mariño, y otras zonas del país. Recuérdese que en la batalla de Bocachica, ganada por Mariño a Boves, actuó en forma decisiva un contingente de antiguos esclavos orientales.

Al revisar la distribución demográfica en 1810, comprobamos también que el número de esclavos era mucho menor en los Andes que en el centro y el oriente de la República, debido a la existencia allí de indígenas y de mestizos. Los esclavos, no abundantes, se dedicaban especialmente a la producción en algunos valles bajos y al servicio doméstico. En las montañas andinas practicaban la agricultura los descendientes de los antiguos pobladores indígenas. También señalamos que en los Llanos se desarrolló durante el siglo XVII una población especialmente indígena, juntada en las misiones. En Guayana, la ganadería floreciente de los misioneros tuvo esclavos en forma excepcional, porque los productores eran los indígenas. De modo que las huestes guerreras de Boves, de Rosete y de otros, se compusieron en parte de esclavos de la región

103. No debe confundirse a Juan Uslar Pietri, autor del interesante libro *Historia de la rebelión popular de 1814* con su hermano, el renombrado escritor venezolano Arturo Uslar Pietri. Juan Uslar Pietri es un buen analista político. No comparamos todas las conclusiones de su libro pero lo consideramos buena base, bastante documentada, para discusiones sobre el tema de su obra.

Central y, en parte, de otro tipo de población, propia tradicionalmente del Llano, a la cual ya nos hemos referido. En ella se encontraban también esclavos cimarrones, junto a otros sectores componentes de una población llanera autóctona, si así puede decirse, y de existencia secular. Estas observaciones no intentan disminuir la importancia de los hechos sociales de 1814, sino sentar las bases para una investigación adecuada del contenido de la rebelión social en ese año. Deseamos, además, llamar la atención sobre la pluralidad de factores que coadyuvaron a la derrota de Bolívar y Mariño, pues no se trató solamente de la insurrección de los negros. Si esta tuvo importancia especialmente en las regiones centrales del país, ¿qué ocurrió en otros sitios? Recordemos las palabras de Urdaneta respecto del Occidente:

El soldado republicano es mirado con horror —refería Urdaneta, en su retirada por Trujillo, a fines de 1814— no hay un hombre que no sea enemigo nuestro; voluntariamente se reúnen en los campos a hacernos la guerra; nuestras tropas transitan por los países más abundantes y no encuentran que comer; los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestras tropas y sus habitantes se van a los montes, nos alejan los ganados y toda clase de víveres; y el soldado infeliz que se separa de sus camaradas, tal vez a buscar el alimento, es sacrificado...

No es región de grandes conjuntos de esclavos la señalada por Urdaneta, en las regiones andinas. Los habría, pero no en forma predominante. No podían ser mayoría y ni siquiera gran parte en los pueblos cuyos habitantes hasta rehusaban

ver siquiera a los patriotas. Ello significa que obraron otros factores diferentes en 1814. Ya hemos mencionado una gran diferencia en relación a los intereses de los productores de Barinas y los de las provincias de Barcelona y Cumaná: los del estado llanero rehusaban aceptar el sistema centralista porque se verían obligados a orientar el comercio de su producción de tabaco y ganado hacia lugares con los cuales nunca habían tratado y a eliminar sus transacciones de contrabando por los ríos de los Llanos. Mientras los orientales apoyaban la consolidación de los patriotas en Güiría, porque sólo necesitaban la libertad de comercio con las Antillas y la amplitud de sus costas para el contrabando. La circulación de mercancías, en ambos casos por medio del llamado por los colonialistas “comercio intérlope”, promovía resultados políticos diferentes en Barinas, al occidente, y en las comarcas del este.

Por razones de clase, las esclavitudes del centro tenían un adversario natural: sus opresores, los dueños de haciendas de café, caña y cacao, que eran, además, personajes principales en el Ayuntamiento de Caracas y en otras partes. De ellos dependía la aplicación de las leyes represivas, el cumplimiento de las disposiciones de castas de las Leyes de Indias que imponían castigos horribles, prohibían la libre circulación de los esclavos, impedían que cargasen dinero; pautaban con quiénes y cuándo podían casarse. Las contradicciones antagónicas de la sociedad colonial existían entre los amos, que eran especialmente los criollos, pues los españoles eran de relativamente corto número, y los esclavos. Para ciertos grupos de estos la contradicción se aliviaba convirtiéndose en cimarrones, fundando comunidades independientes, llamadas en Venezuela *cumbes*, muchas de las cuales subsistían gracias al comercio clandestino, el contrabando, especialmente de

cacao. Grandes conjuntos permanecían como productores en las haciendas, bajo la amenaza de numerosas represalias, desde los azotes hasta el descoyuntamiento de un pie para quienes se fugaban. No solamente existían contradicciones entre los esclavos y los criollos. También entre los blancos y los pardos, entre los negros libres y los indígenas, entre los blancos ricos y los blancos pobres, entre grupos de pardos poseedores de bienes y los marginales. Todo ello como producto secular de las disposiciones de castas establecidas en las Leyes de Indias. No sólo existían las tensiones entre clases de cualquier sociedad dividida en ellas, sino otras, fincadas en distinciones de color, naturalmente ligadas a la condición fundamental de los esclavos como productores, pero multiplicadas por las limitaciones impuestas a todos los que no eran blancos. Muchas de las contradicciones existentes por siglos, acrecieron en la Guerra de Independencia, particularmente cuando se produjo el primer estallido de violencia, en 1813 y especialmente en 1814. Históricamente era natural que insurgieran los esclavos contra los amos, la gente de color contra los blancos, los productores oprimidos contra los amos usufructuarios y propietarios de toda la riqueza creada por las manos esclavas y por los brazos de la servidumbre indígena. Pero la contradicción fundamental de aquella sociedad, entre amos y esclavos, estuvo rodeada de las otras contradicciones no antagónicas y fue complicada, además, por factores políticos. Los jefes españoles de la contienda comprendieron muy pronto que la sustracción de los esclavos de las propiedades de los criollos, no sólo significaba eliminarles un contingente humano poderoso, sino hería las bases mismas de la subsistencia, paralizaba la producción para consumir y para comerciar, para comprar alimentos y para adquirir armas.

Los esclavos se habían rebelado muchas veces durante el siglo XVIII. En 1732 se había alzado en los valles de Carabobo y Yaracuy, Andresote, con el apoyo de contrabandistas holandeses; en 1749, a favor de las inquietudes creadas por la rebelión de Juan Francisco de León contra la Compañía Guipuzcoana, los esclavos de Barlovento, Caracas y los Valles del Tuy, articularon una extensa conspiración que fue denunciada; en 1771 el Negro Guillermo se alzó en Panaquire y puso en movimiento a numerosos *cumbes* de la costa central; en 1795 José Leonardo Chirino levantó una poderosa insurrección en las regiones de Coro, con la colaboración de núcleos de esclavos curazoleños huidos hacia la Tierra Firme. Las tradiciones no se habían perdido. Constantemente se formaban nuevos *cumbes*, ya en las costas, ya en los Llanos. Y a la rebeldía tradicional de los africanos y sus descendientes, se habían añadido las prédicas de los revolucionarios antillanos, encabezados por los haitianos, desde el principio del siglo XIX<sup>104</sup>.

Cuando se inició el proceso de la revolución de independencia en Venezuela, todos los sectores concibieron esperanzas de mejoramiento y libertad. Sólo poseía propósitos muy concretos la clase de los criollos. Los esclavos experimentaron un primer rechazo de sus aspiraciones, presentes desde el siglo XVI en los cimarrones de los *cumbes*, con lo que se llamó “Acto sobre la conscripción de los esclavos”, dictado el 21 de junio de 1812, cuando Miranda estaba en dificultades. Este había publicado dos días antes una ley marcial en la cual se convocaba al servicio a “todos los hombres libres capaces de tomar las armas, desde la edad de quince años hasta la de cin-

104. Acosta Saignes, 1967, capítulo sobre los cimarrones; Brito Figueroa, 1961.

cuenta y cinco...” Ese llamado reflejaba la inicial desilusión de los esclavos: la primera Constitución, en 1811, donde se les dejó en el estatus colonial. La clase propietaria del principal medio de producción que era la tierra, había conservado el sistema fundamental de producción esclavista. Y cuando el Congreso resolvió, impulsado por los graves problemas que confrontaba Miranda ante los realistas, proceder a la conscripción de los esclavos, no imaginó siquiera llamar a filas a cambio de la libertad, sino dispuso la compra de 1.000 esclavos a los propietarios, “pagándoles cuando fuese posible”. Así resultaron descontentos los amos, pues se consideraron sencillamente expropiados, con esperanza de derecho, y los esclavos, pues en lugar de ofrecerles libertad a cambio de su esfuerzo por ella, resultaron convenidos en propiedad del Estado nacional incipiente. Como señal de justicia con los hacendados, se estableció que la conscripción se verificaría “proporcionalmente al número de esclavos que cada uno tenga”. Todo resultó favorable a las prédicas de isleños agentes de los realistas en Barlovento, donde se produjeron alzamientos contra Miranda. La rebelión de los esclavos de allí se contó entre los factores de la capitulación de 1812. La región quedó por mucho tiempo resuelta por los realistas. La actitud se reprodujo en 1814. En los valles del Tuy, desde Ocumare hasta Cúa, entró repetidamente Rosete desde 1813, sublevando a los esclavos. En la costa, los *cumbes* entraron en acción. Lo mismo en los Llanos. Como los propietarios de las haciendas eran *criollos* y los españoles esgrimieron armas habilidosas, como la de ofrecer la libertad a los negros e incorporarlos a sus filas con la ilusión de una extrema autonomía, mantenida por los saqueos en todas las ciudades, los esclavos no vacilaron. El enemigo era la clase que secularmente ya los había

oprimido. Los negros no podían razonar sobre la libertad nacional. No porque careciesen de inteligencia, sino porque su condición social les impedía compartir los que fueran ideales progresistas de sus amos. Estos eran progresistas históricamente, a largo plazo, pero no corregían la desigualdad fundamental de amos y esclavos. Estos no podían establecer las distinciones eruditas que animaban a Bolívar, a Mariño, a Urdaneta, a Sucre y a los civiles Gual, Mendoza, Revenga, Sanz. Sólo una cosa era clara para los esclavos: la libertad se conseguía peleando, con el riesgo permanente de la muerte, como en los *cumbes*, o como, según habían oído, ocurrió en Haití, en fieros combates<sup>105</sup>.

Naturalmente, hay que preguntarse quiénes combatían en las filas de los patriotas centrales. Sin duda también esclavos, entre ellos los domésticos, no acostumbrados a la aventura de las fugas; indígenas, mestizos, pardos, de las ciudades y, en 1814, especialmente, los pobres de la provincia de Caracas, hasta Carabobo. Debe recordarse que los patriotas reunieron ejércitos de 5.000 o 6.000 hombres, como Boves, Cagigal o Morales. Pero los fracasos de la guerra no se debieron solamente al número de los combatientes, sino al aislamiento en que se encontró el Ejército Libertador en el centro. Hubo negros e indios, mestizos y pardos, en los dos ejércitos pero seguramente un contingente mayor de esclavos, que incluía a los cimarrones, en las filas de Boves. Este les ofreció la ilusión de la justicia. Los dejaba saquear, violar a las blancas, disponer de los equipajes de los jefes criollos en las derrotas de estos. A la postre, como decía Morales, no interesaba a los realistas sino la destrucción de todos los venezolanos.

105. Archivo de Miranda, 1950, XXIV: 405, 413.

Algunos historiadores, y en las últimas décadas también políticos, han confundido el papel de Boves. Curiosamente, escritores que se consideran progresistas y aun revolucionarios, han asimilado el papel de ese jefe español con la significación histórica de las masas que lo seguían. Más curiosamente aún, autores que se proclaman revolucionarios, en busca de interpretaciones sorprendentes, se han basado para calificar el papel de Boves en la frase de quien fue un venezolano conservador, agresivo y reaccionario permanente, Juan Vicente González, a quien se sigue venerando, casi por todos los sectores, independientemente de sus ideas, por haber adquirido en el siglo pasado el renombre de gran escritor. Dijo que Boves fue “el primer caudillo de la democracia venezolana”, en una frase más bien casual, no razonada, ni engarzada dentro de ninguna disquisición de fondo, que en su pluma por supuesto habría sido siempre favorable a las fuerzas oscuras. Algunos han pretendido descubrir en Boves un pionero del socialismo. Fue simplemente un genocida realista que impulsó las ilusiones de los esclavos. Un entusiasta del guerrero realista ha llegado a asegurar que “Boves y sus ejércitos plebeyos destruyeron revolucionariamente los cimientos del régimen esclavista”. Por supuesto, ello es totalmente falso, puesto que la esclavitud se extendió en Venezuela hasta 1854. Para juzgar el caso de Boves, a quienes siguieron muchos esclavos y otros sectores explotados, se olvida que todos los jefes realistas solicitaron la incorporación de los trabajadores de la época, incluso con la intención de que los “americanos” fueran destruidos por la guerra. Boves luchaba por conservar el régimen colonial, a su manera, la cual resultó atractiva para la ingenuidad de miles de es-

clavos y otros explotados. Además, para juzgar los sucesos de la independencia no puede perderse de vista cuanta era progresista y revolucionario en la época. La línea histórica correcta era seguida por la clase a quien correspondía la lucha por la nacionalidad, gracias a la estructura que someramente hemos examinado: los criollos<sup>106</sup>.

---

106. Quien se interese por la discusión sobre el significado de la insurrección de las masas en el año de 1814 y la calificación que corresponda a Boves, puede consultar las siguientes obras: Juan Uslar Pietri, *Historia de la rebelión popular de 1814; A partir de Boves*, de Ricardo A. Martínez, y *Boves aspectos socioeconómicos de la guerra de independencia*, por Germán Carrera Damas. Martínez y Carrera Damas sostienen puntos de vista opuestos sobre Boves.

## Capítulo V

# Conductor de una clase

Cuando Bolívar, a poco de su llegada a Cartagena a fines de 1814, partió a presentarse al gobierno en Tunja, encontró a Urdaneta ya comisionado para reducir a los mandatarios de Cundinamarca, quienes rehusaban obedecer el mando central. La tropa conducida por Urdaneta, en medio de mil vicisitudes, estaba cansada y hambrienta. La presencia de Bolívar contribuyó a reanimar a los soldados. Cuando se supo en Bogotá que iba hacia allí Bolívar al mando de las tropas conjuntas de Urdaneta y García Rovira, el clero, por medio de un edicto, aseguró que Bolívar se dirigía a “destruir la religión, saquear los templos, violar las vírgenes, atropellar a los sacerdotes y profanar los vasos sagrados”. El 10 de diciembre de 1814 atacó Bolívar Santa Fe y a los dos días los contrarios propusieron una capitulación. Fue reconocido el Congreso de la Unión. Bolívar fue nombrado capitán general de los Ejércitos de la República. Los jefes del clero que lo habían excomulgado, lo mismo que al ejército, suspendieron su dicitario y Bolívar se dirigió a ellos así:

La guerra es un mal pero mayor lo es la opresión y los

medios que la conservan (...) El gobierno de Cundinamarca, inconsulto en sus medidas, no quería sino la guerra; y careciendo de los medios eficaces para hacerla, ocurrió a otros, fundado solamente en la religiosidad o en el fanatismo de la multitud. Tal es la pastoral que V.S.S. como gobernadores del Arzobispado, dirigieron a estos diocesanos en 3 del corriente. Denigrose en ella mi carácter y se me pintó impío e irreligioso, se me excomulgó y se incluyó en la excomunión a toda mi tropa; se me dijo autor de la muerte y desolación de estos países y se aseguró que todo mi ejército sin ningún sentimiento de humanidad venía a atacar nuestra santa e inviolable religión, sus ministros y sus altares, sus rentas y alhajas, y aun las mismas vírgenes y vasos sagrados. Medios tan bajos han sido siempre reprobados en las naciones cultas (...) El honor del gobierno a que pertenezco y el sentimiento de lo que me debo a mí mismo y a mis valientes soldados exigen una reparación (...) Espero que V.S.S., más juntos de lo que fueron en aquella ocasión, procuren reponer mi opinión a los ojos de la multitud, por medio de una pastoral digna del ministerio de V.S.S. Es injusto mezclar la religión en cuestiones puramente civiles (...) Lo es aun más abusar así de la credulidad de un pueblo que tiene tal confianza en sus sacerdotes; lo es, en fin, mucho más, difamar tan cruelmente a un ejército que no cede en piedad a ningún pueblo cristiano y cuyo único consuelo en las adversidades es el sentimiento de su propia conciencia y la sagrada religión de sus padres<sup>107</sup>.

107. Dice O'Leary (1952, I: 258): "Aunque se abrieron las puertas de Sta. Fe a las tropas venezolanas, fue imposible conciliar al pueblo con los soldados, a quienes las autoridades eclesiásticas levantaron la excomunión; no fue posible evitar sus fatales consecuencias." Yanes, 1943, I: 225.

La explicación oficial de cuanto había sucedido en Venezuela fue presentada a las autoridades neogranadinas con la firma de Pedro Briceño Méndez. Contó lo ocurrido desde la derrota de La Puerta en junio de 1814. Resaltan algunos de los recuentos:

El general Bolívar llegó a Barcelona y la encontró en insurrección (...) El general Mariño, que al saber los reveses del ejército en Aragua había tomado algunas medidas de seguridad, se halló abandonado de sus tropas y aun de los oficiales que mandaban las fortalezas de Cumaná, los cuales se habían embarcado a bordo de la escuadrilla sin su conocimiento y aun antes de la entrada del general Bolívar que no fue hasta el 25 en la noche. La noticia inesperada de que el pérfido comandante de la marina, José Bianchi, intentaba dar la vela (...) obligó a los generales de Venezuela a embarcarse también (...) Cuando llegaron a la Margarita y después a Carúpano en el continente, hallaron el país en la anarquía causada por la seducción de algunos jefes militares que pretendían elevarse a la suprema magistratura (...) deseando evitar una nueva guerra intestina (...) adoptaron la prudente resolución de separarse de Venezuela y venir a esta capital para pasar a tomar el mando del ejército que a las órdenes del general Urdaneta ocupa las provincias más occidentales de Venezuela y para cooperar a la completa libertad de la Nueva Granada<sup>108</sup>.

A pesar de acusaciones contra Bolívar, enviadas por un grupo de caraqueños residentes en Margarita, al gobierno

108. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, II: 120.

granadino, y de otras, procedentes de Cartagena, el Congreso lo juzgó simplemente como un militar infortunado en algunas empresas y aprobó el plan presentado por él para tomar Santa Marta y pasar por el Río de la Hacha a liberar a Maracaibo. Le fue entregada la dirección de un ejército de 2.000 hombres. El gobierno de Cartagena se opuso y ordenó a los de la provincia del Magdalena que no obedecieran a Bolívar. Antiguos adversarios de este, desde 1813, reanudaron la vieja rivalidad política y militar. Ello trajo como consecuencia la guerra civil. En consulta con los jefes de su ejército, Bolívar decidió ausentarse, en favor de la lucha por la independencia. Firmó un tratado con el gobierno de Cartagena y se fue a Jamaica, el 19 de mayo de 1815. Allí escribió un proyecto de manifiesto en el cual refería los principales sucesos de 1815 y las causas de su ausencia.

El ejército vino a Mompox —refería— libertando de paso a la ciudad de Ocaña. Mompox nos acogió con entusiasmo y aun con delirio; nos reemplazó lo que su clima nos destruyó y hasta aquí nuestras pérdidas eran imperceptibles y todo nos anunciaba gloria y prosperidad. Mientras tanto existía en Cartagena una odiosa guerra civil (...) Por una junta de guerra fue unánimemente decretado el sitio de Cartagena y el 27 de marzo tomamos posesión de la Popa (...) El 30 hice una nueva apertura de negociación, la cual fue desechada (...) El 9 de abril hice una nueva protesta al comisionado de hacer todos los sacrificios por la concordia (...) Yo volví a convidar para una entrevista el 18 (...) Entonces se supo en Cartagena y se me comunicó de oficio, la llegada de la expedición del general Morillo

a Venezuela (...) Mil pequeños incidentes indicaban indistintamente que no había buena fe de parte de Cartagena (...) Yo me determiné, pues, a hacer el último sacrificio para salvar el país de la anarquía y al ejército de todas las privaciones que padecía por el efecto de las pasiones que habían excitado en Cartagena contra mí. Este sacrificio era separarme de mis compañeros de armas y de la Nueva Granada (...) Convoqué una junta de guerra (...) Consternada accedió poniendo por condición que a ella y al resto de los oficiales del ejército les sería también permitido resignar sus empleos y ausentarse del país (...) Con este objeto se celebró un acta y se dirigió al señor comisionado del gobierno general, quien me dio a mí, a todo los jefes del ejército y a una gran parte de los oficiales, permiso para retirarnos (...) Salgo por fin de Cartagena el 9 de mayo y al despedirme de mis soldados les dije: “Juzgad de mi dolor y decidid si hago un sacrificio de mi corazón, de mi fortuna y de mi gloria, renunciando el honor de guiaros a la victoria...”<sup>109</sup>

No se trasladó Bolívar a Jamaica para reposar. Se dedicó al estudio de sus propias experiencias y a un análisis de las condiciones internacionales dentro de las cuales se desenvolvía el proceso de la independencia. En medio de las angustias del Año Terrible, había comisionado a Gual para obtener el concurso de 1.000 hombres en las Antillas, lo cual no ocurrió. Después de su salida de Cartagena continuó pensando en la imperiosa necesidad de auxilios extranjeros contra la potencia colonialista de España. Desde entonces

<sup>109</sup>, *Idem*, 132.

conservó el convencimiento de la utilidad inevitable de los ingleses, tanto por su papel mundial como por su fuerza e influencia en el Caribe.

Durante 1815 confluyeron a Jamaica refugiados de Cartagena y de otros sitios. Bolívar significó entre ellos un eslabón en los propósitos empecinados de la libertad de Venezuela. Él expresó en diversos documentos el resultado de sus reflexiones. Entre esos escritos resalta la llamada “*Carta de Jamaica*”. La mayor parte de los historiadores, siguiendo una especie de “moda”, o mejor dicho, de estilo, porque la moda es fugaz, insisten hasta el cansancio estéril en la condición de “profética” de esa pieza política. Ciertamente Bolívar, como todos los genios de la acción, pudo ver en medio de la maraña sociológica hasta donde no alcanzaban las miradas de muchos de sus contemporáneos. Pero no porque fuera una especie de augur, dotado con ciertos dones místicos, sino porque era un combatiente con un propósito. Su más cabal predicción se fundió con su propia actividad: la libertad de América, sobre la cual habló hasta en los más conflictivos días y hasta en los momentos sombríos cuando lo rondaba la muerte, como en Casacoima. Siempre respondió, cuando en medio de las derrotas le preguntaban qué haría, con la voluntad decidida: “Vencer”. Expresaba entonces los mejores objetivos de su clase. Lo impulsaban las correlaciones históricas dirigidas al nacimiento de las nacionalidades americanas. Era el portavoz de los combates anticoloniales que se prolongarían hasta la segunda mitad del siglo XX, en la primera etapa de logros, la de estructurar las nacionalidades hispanoamericanas. La voluntad de Bolívar era invencible porque expresaba no sólo a una clase a quien las modalidades de la producción económica, de la circulación de la riqueza y de la correlación social,

habían colocado en 1810 en el trance inevitable de la lucha por la independencia, sino también representaba a los extensos sectores oprimidos que si bien estaban en contradicción con los criollos, experimentaban también el impulso de adquirir libertades. Su papel de gran conductor llevó a Bolívar, como resultado de la experiencia de 1814, a preocuparse por el problema de la unidad combatiente ante los colonialistas españoles. Repetir incesantemente las cualidades proféticas de la *Carta de Jamaica* demuestra miopía en la comprensión de Bolívar como ser histórico, pero, además, sirve para desviar la atención de las lecciones anticolonialistas que se desprenden de su acción y están aún vigentes, en 1976, ante los casos de Puerto Rico y el Canal de Panamá.

Independientemente de las profecías acertadas sobre el proceso vital de las diversas porciones combatientes por su libertad, las cuales debían ser acertadas por la posición del Libertador en todos los sucesos políticos, y por su condición de estrategia genial, la *Carta de Jamaica* contiene muchos elementos de útil examen. Uno es el análisis de las causas por las cuales no todos los sectores se habían incorporado con igual entusiasmo a la lucha por la liberación del yugo español. Fue común entre los intelectuales y políticos patriotas señalar la ignorancia de las castas inferiores, a veces como atribuyéndoles cierta imposibilidad de conceptuar la libertad. Bolívar examina históricamente los hechos:

El suceso coronará nuestros esfuerzos porque el destino de la América se ha fijado irrevocablemente; el lazo que la unía a España está cortado; la opinión era toda su fuerza; por ella se estrechaban mutuamente las partes de aquella inmensa monarquía; lo que antes las

enlazaba, ya las divide; más grande es el odio que nos ha inspirado la Península, que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes que reconciliar los espíritus de ambos países. El hábito a la obediencia; un comercio de intereses, de luces, de religión; una recíproca benevolencia; una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza, nos venía de España. De aquí nacía un principio de adhesión que parecía eterno, no obstante que la conducta de nuestros dominadores relajaba esta simpatía, o, por mejor decir, este apego forzado por el imperio de la dominación. Al presente sucede lo contrario: la muerte, el deshonor, cuanto es nocivo, nos amenaza y tememos; todo lo sufrimos de esa desnaturalizada madrastra. El velo se ha rasgado, ya hemos visto la luz, y se nos quiere volver a las tinieblas; se han roto las cadenas; ya hemos sido libres y nuestros enemigos pretenden de nuevo esclavizarnos. Por lo tanto, la América combate con despecho; y rara vez la desesperación no ha arrastrado tras sí la victoria.

Bolívar hablaba aquí propiamente de su clase; expresaba los conceptos de los criollos. Hacía apenas pocos meses había visto cómo esclavos, indios, pardos, la mayoría de los desposeídos de ciertas regiones de Venezuela, se habían alzado contra el predominio de los criollos, habían dejado a un lado las teorías, que no habían cultivado, para pelear por la libertad en abstracto, en cierto sentido, y por la libertad bien concreta de las acciones de violencia que les ofrecían los jefes realistas para equivocarlos. Quien hablaba por medio de Bolívar en Jamaica, era especialmente su clase y, según lo acontecido en el Año Terrible de 1814, no la mayoría del país venezolano. La ruptura definitiva había

ocurrido entre los mantuanos y España. Se habían desvanecido todas las ilusiones que durante mucho tiempo los habían mantenido como en el sueño de sus poderes locales. Después de 1813 y 1814, ya la clase que forcejeaba a muerte por la libertad nacional, había comprendido a fondo al poder colonial, feroz, sangriento, representado en Boves, Rosete, Antoñanzas, en los sistemas despiadados de la guerra, en el combate no sólo a muerte, sino a crueldad infinita. Experimentaban los criollos y sus partidarios la fuerza de la garra. Los países colonialistas no abandonan su presa mansamente. Combaten hasta la destrucción total del oprimido, cuando pueden vencer, y si no hasta la desesperación del avaro que no suelta la presa hasta perecer. El tiempo de las negociaciones, de los parlamentos, de las capitulaciones, de los armisticios, es para los colonialistas el de su fracaso. Cuando ya no pueden triunfar por las guerras destructivas, intentan aun conservar lo perdido en las batallas y muchas veces lo consiguen, como sucedió en tiempos posteriores, en la época del ocaso de algunos imperios, en África, en Asia y en el Mar Caribe. Ha sido usual analizar los escritos de Bolívar como si se tratase de un ser desligado de la realidad, como si hubiese sido un semidiós dependiente sólo del Olimpo. En sus cartas, decretos, proclamas, en todas sus letras, tan variadas, está la expresión histórica de su tiempo, vivido por él como representante de una clase que luchaba por un imperativo histórico. Bolívar hablaba desde Jamaica, no como un iluminado solitario que imagina y profetiza, sino como el genio conductor de una clase, a la cual expresa tan profundamente que a la vez la guía, la obedece y la enrumba; la comprende y le da pautas; acepta sus imperativos y los conforma a las posibilidades y a los instrumentos existentes<sup>110</sup>.

---

110. *Idem*, 159.

Para preparar las futuras acciones, Bolívar recordaba la magnitud de los sacrificios a los cuales se vio colectivamente sometida Venezuela.

Cerca de un millón de habitantes se contaba en Venezuela —observa el Libertador—; y sin exageración, se puede asegurar que una cuarta parte ha sido sacrificada por la guerra, la espada, el hambre, la peste, las peregrinaciones; excepto el terremoto, todo resultado de la guerra.

Estimaba los recursos de la población con criterio más acertado que el que han empleado algunos demógrafos de este siglo para manejar las cifras coloniales de población. Señalaba al destinatario de la carta:

He dicho la población se calcula por medios más o menos exactos, que mil circunstancias hacen fallidos sin que sea fácil remediar esta inexactitud, porque los más de los moradores tienen habitaciones campestres y muchas veces errantes, siendo labradores, pastores, nómadas, perdidos en medio de los espesos e inmensos bosques, llanuras solitarias y aisladas entre lagos y ríos caudalosos. ¿Quién será capaz de formar una estadística completa de semejantes comarcas? Además, los tributos que pagan los indígenas, las penalidades de los esclavos, las primicias, diezmos y derechos que pesan sobre los labradores y otros accidentes, alejan de sus hogares a los pobres americanos. Esto es sin hacer mención de la guerra de exterminio que ya ha segado cerca de un octavo de la población, y ya ahuyentado una gran parte; pues entonces las dificultades son insuperables y el empadronamiento vendrá a reducirse a la mitad del verdadero censo.

En otro párrafo expresaba Bolívar de modo mucho más directo cuáles eran las quejas de su clase, las injusticias que los conducían a desear la emancipación.

Los americanos —afirmó—, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo y cuando más, el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes; tales son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el Rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta de los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas para que no se traten, entiendan ni negocien; en fin, ¿quiere usted saber cuál es nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grana, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta.

Nunca trazó Bolívar mejor el retrato del colonizado, es decir, de la clase de los mantuanos, quienes poseedores de las tierras, de los esclavos, de la producción, se veían constreñidos por la condición de sólo proveedores, como los colonizados y neocolonizados de todos los tiempos. Allí enumeró el Libertador las causas profundas de los impulsos de libertad por parte de la clase de los criollos. No fue allí el levantado lenguaje sobre la libertad humana, ni sobre las prédicas de Rousseau y las enseñanzas de Montesquieu, sino el recuento de una situa-

ción real, precisa, descarnada, de las necesidades de una clase social de la cual hacía aquí sinónimo el término “americanos”. Los otros americanos, los esclavos, los indios, los pardos, los mestizos, no quedan incluidos, o lo estaban tácitamente como quienes servirían para el trabajo directo, la faena productiva de los bienes cuyo manejo se reclamaba, en la misma situación secular que habían padecido. Tendrían, acaso, los beneficios marginales de una libertad provechosa especialmente para la clase capaz de rivalizar en el pleno de grandes intereses económicos con los españoles. Completaba el Libertador las quejas de su clase en el plano de los poderes de gobierno:

Estábamos, como acabo de exponer, abstraídos, y digámoslo así, ausentes del universo en cuanto es relativo a la ciencia del gobierno y administración del Estado. Jamás éramos virreyes, ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias; arzobispos y obispos pocas veces; diplomáticos nunca; militares, sólo en calidad de subalternos; nobles, sin privilegios reales; no éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas, y casi ni aun comerciantes: todo en contravención directa de nuestras instituciones.

Expuso además, Bolívar, sus ideas centralistas, su convicción de que el exceso en las opiniones y disputas, había sido perjudicial. “En Caracas —escribió— el espíritu de partido tomó su origen en las sociedades, asambleas, y elecciones populares; y estos partidos nos tornaron a la esclavitud...” Hablaba de partidos como grupos de opinión y señalaba en el fondo la falta de unidad en los propósitos, imposibles de lograr dentro de las condiciones como se habían producido

los sucesos desde 1810, en la estructura de clases, es decir, de desigualdad en la cual predominaban, después de los españoles, los criollos. Todavía no aceptaba Bolívar lo que aprendió después con Pétion: que para lograr la unidad era necesario convocar en plano de igualdad a los sectores desposeídos, sin dejar olvidados a los últimos de la escala sostenida secularmente por los españoles, los esclavos.

Negó Bolívar en la *Carta* la posibilidad de regímenes monárquicos como eficaces para reemplazar al gobierno colonial, insistió en su oposición a los gobiernos federales y levantó la utopía de una gran federación de pueblos:

Qué bello —imaginaba— sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra generación...

No acertaba allí el predictor, pero su utopía queda vigente: se realizará sólo cuando hayan desaparecido los colonialistas y cuando ya no se haya de tratar de la paz y de la guerra, sino sólo de la paz, en una gran federación universal de pueblos socialistas que naturalmente no podía vislumbrar siquiera.

Sobre la necesidad de la unión, en la *Carta* que expresaba el pensamiento de su clase en un torrente de meditaciones no exentas de argumentos contradictorios, opinó el Libertador:

Yo diré a Ud. lo que puede ponernos en actitud de expulsar a los españoles y de fundar un gobierno libre: es la unión, ciertamente; mas esta unión no nos vendrá por prodigios divinos sino por efectos sensibles y esfuerzos bien dirigidos (...) Cuando los sucesos no están asegurados, cuando el estado es débil, y cuando las empresas son remotas, todos los hombres vacilan, las opiniones se dividen, las pasiones las agitan y los enemigos las animan para triunfar por ese fácil medio...

La *Carta* concluía con un halago a Inglaterra, sin nombrarla, cuando Bolívar decía a su corresponsal Henry Gallen: “Luego que seamos fuertes bajo los auspicios de una nación liberal que nos preste su protección, se nos verá de acuerdo cultivar las virtudes y los talentos que conducen a la gloria...” Comenzaba el Libertador la política de atraer la atención de los ingleses, a sabiendas, como lo expresó posteriormente, de los riesgos de la amistad con los poderosos, pero convencido de la inevitable necesidad de encontrar una fuente de abastecimiento y de intercambio comercial para poder combatir desde las limitaciones de su América hasta entonces oprimida y explotada, carente de los recursos adecuados, al poderoso imperio colonial español. La *Carta de Jamaica*, fechada el 6 de septiembre de 1815, significó un profundo cambio en la actitud de Bolívar, quien no había llegado optimista a Kingston. Allí había escrito el 19 de mayo, seis días después de haber llegado de Cartagena, a Maxwell Hyslop:

En mi opinión, si el general Morillo obra con acierto y celeridad, la restauración del gobierno español en la América del Sur parece infalible. Esta expedición

española puede aumentarse en lugar de disminuirse en sus propias marchas. Ya se dice que en Venezuela han tomado tres mil hombres del país. Si no es cierto, es muy fácil porque los pueblos, acostumbrados al antiguo dominio, obedecen sin repugnancia a estos tiranos inhumanos...

Ciertamente había incorporado Morillo tropas de venezolanos, los cuales fueron usados, como siempre acostumbraron los realistas, en los trabajos más arduos y en las zonas más peligrosas para los españoles por sus enfermedades endémicas, pero ello no fue un factor decisivo. Ya para septiembre, el propio Bolívar esperaba superar todas las adversidades y como sus depresiones en esa época fueron sin duda pasajeras, sus impulsos de acción renacieron. También en sus altibajos era el resultado de la experiencia colectiva de los mantuanos. Para septiembre de 1815 había recobrado el ímpetu libertador de su clase<sup>111</sup>.

111. Bolívar, *Obras completas*, 1947, I: 131.

## Capítulo VI

# La acción colectiva

**D**esde su salida de Jamaica empezó para Bolívar una nueva etapa, la de su madurez en la empresa de libertar a Venezuela. Comprende el decreto de libertad de los esclavos, la instalación del Congreso de Angostura, el triunfo de Boyacá y el logro de la libertad de Venezuela en Carabobo. Augusto Mijares, en su obra *El Libertador*, señala con acierto algunas características de una parte de ese período:

Durante aquellos años de 1815 a 1818 ninguno de los triunfos republicanos fue obra suya, y, por el contrario, tres abrumadores fracasos, eslabonados fatídicamente en 1816, 1817 y 1818, en Ocumare de la Costa, en Clarines y en la tercera de la Puerta (sic), le hicieron perder el ejército que mandaba y lo llevaron varias veces al borde de la muerte. La liberación de la isla de Margarita la realizó Arismendi en 1815 y 1816 y la consolidó el general Francisco Esteban Gómez derrotando al propio Morillo en

1817. Los Llanos orientales fueron mantenidos bajo las banderas de la patria por el incesante combatir de Monagas, Zaraza, Sedeño y otros jefes locales. Piar y MacGregor ganaron contra Morales en 1816 la batalla de El Juncal, que dio a los independientes la Provincia de Barcelona. El mismo Piar obtuvo la posesión de Guayana con la victoria de San Félix en 1817. José Antonio Páez apareció como caudillo indiscutible de los llanos de Apure y los incorporó a la República por sus propios esfuerzos; tan aislado en aquel teatro de sus primeras hazañas, que a fines de 1817 comenzaron a saber de él Bolívar y los otros jefes que luchaban en Oriente y en la Guayana, cuando ya tres años de victoria aseguraban su predominio, y había logrado vencer en Mucuritas, al general La Torre, segundo de Morillo.

El vívido cuadro de Mijares muestra en resumen la acción colectiva desde 1815 a 1818. Ella se prolongó, impulsada por Bolívar, hasta 1821. Él pudo volver a Venezuela por la existencia de los diversos núcleos vivos y actuantes después de 1814. El papel del Libertador fue el de correlacionar los esfuerzos, dar un sentido político global a la lucha, establecer los fundamentos de la República ante el mundo, en Angostura, trazar la estrategia de las batallas decisivas, Boyacá y Carabobo, así como delinear después los grandes planes que a través de importantes combates culminaron con la libertad de América en Ayacucho. “En definitiva —escribió Mijares— todos señalarían a Bolívar como el alma de esa transformación que abrió camino a las victorias subsiguientes.” Bolívar, en nombre y para provecho de su clase, unió los resultados parciales de las batallas, hizo el plan de las principales, porque no se trataba en

ellas solamente de grandes hechos militares, sino de grandes realizaciones por la libertad en forma bélica. Si con El Juncal se aseguró la posesión de la provincia de Barcelona y con San Félix la de Guayana, así como con el triunfo de Mucuritas la posesión de gran parte del Llano por Páez, Boyacá fue el triunfo estratégico para cuidar las espaldas del territorio venezolano liberado, el debilitamiento de los logros de Morillo en la Nueva Granada y la apertura de un camino hacia el sur, donde concluiría el dominio de los colonialistas. Carabobo fue el resultado de una estrategia a largo plazo, con la unificación de todas las fuerzas militares y políticas, culminación del esfuerzo por la unidad que Bolívar había señalado, como factor indispensable para triunfar, en la *Carta de Jamaica*. Ilustremos algunas de las fases del proceso<sup>112</sup>.

Bolívar, con desconocimiento de las acciones de resistencia mantenidas por muchos grupos en Venezuela durante 1815, decidió ir a prestar su cooperación en Cartagena, sitiada por las fuerzas de Morillo, en compañía de varios compatriotas emigrados también en Jamaica y con la ayuda económica de algunos hombres pudientes, ante quienes garantizó el pago de los préstamos que hacían con sus propios bienes. O’Leary anota como fecha de salida de Jamaica el 18 de diciembre de 1815 a mediodía. Pero existe una incongruencia de esta fecha con la carta dirigida por Bolívar al presidente de Haití, fechada el 19 de diciembre de 1815, donde le manifestaba sus deseos de conocerlo. Esta carta explicaría en parte por qué Bolívar, quien fue avisado por un corsario cruzado en el mar que Cartagena estaba ya en poder de los realistas, se dirigió a Haití. ¿Había esperado ya encontrar allí cooperación para

112. Mijares, 1964: 296.

volver a Costa Firme? De todos modos, existe una disparidad entre la fecha de la carta publicada en el *Itinerario documental de Simón Bolívar*, en 1970, y no en las *Obras completas*, y una carta de Bolívar a Hyslop, uno de los cooperadores en su empresa de volver a Cartagena, que concede la razón a la fecha de O'Leary. En efecto, el Libertador escribe a su amigo el 17 de diciembre de 1815 y le dice: "Contando con las ofertas de Ud. me tomo la libertad de molestarlo, quizá por última vez. Ud. sabe que debo marchar mañana y para esto me faltan algunas cosas..." Si el mismo Bolívar señalaba como fecha de su partida el día siguiente al 17 de la carta, parece evidente que el error se encuentra en la carta del presidente de Haití fechada el 19 de diciembre, un día después de su partida. Si esa carta fue en realidad escrita o enviada, sería en fecha anterior, lo cual parece factible, dado su traslado a Haití al fracasar el rumbo de Cartagena. No nos ocupamos aquí de disquisiciones bibliográficas ni epistolares, a las cuales han sido tan dados los exégetas de Bolívar, a veces con justificación. Señalamos esta circunstancia pues la carta parece evidenciar que Bolívar había ya pensado en solicitar ayuda de Pétion. Al obtenerla, después de haberse esforzado por mantener un clima de entendimiento entre levantiscos venezolanos residentes en Haití, partió Bolívar desde Los Cayos, el 31 de marzo de 1816, rumbo a Venezuela. Según informó a los realistas el segundo alcalde de Carúpano, después de la llegada allí de Bolívar, acompañaban a éste muchos mulatos como Piar, Bideau, Rosales, Piñango, Sánchez y Zúñiga<sup>113</sup>.

La expedición obtuvo un triunfo naval antes de llegar a Margarita. Mariño, en el boletín número uno de la nueva eta-

113. Bolívar: *op cit.*, I: 186. *Itinerario documental de Simón Bolívar*, 1970: 134.

pa del Ejército Libertador, emitido en el cuartel general de la Villa del Norte, el 3 de mayo de 1816, relató los pormenores del viaje y del arribo. En el primer párrafo narraba:

Cuando la desgraciada caída de Cartagena hizo creer a nuestros tiranos que iba a terminarse la contienda con los defensores de la independencia de la América del Sur, se vio continuar con asombro el fuego de la libertad en la isla de Margarita. Los restos dispersos de Venezuela y Cartagena se reunieron en la ciudad de Los Cayos, República de Haití, y el Capitán General de los Ejércitos de la Nueva Granada y Venezuela, Simón Bolívar, concibió el grandioso proyecto de auxiliar aquella isla y libertar a toda Venezuela. Los magnánimos sentimientos del Comandante General de Marina, capitán de navío Luis Brión, contribuyeron eficazísimamente a allanar todas las dificultades; y el 31 de marzo dio la vela la escuadra independiente a sus órdenes.

Al final anunciaba Mariño, mayor general del Ejército Libertador: "Nuestras operaciones de este día han terminado el bloqueo puesto a la parte norte de la isla, cayendo en nuestro poder las únicas fuerzas que lo hacían, como hubiera sucedido con cuantas se nos hubieran presentado"<sup>114</sup>.

En el boletín número dos se refirió Mariño al reconocimiento de Bolívar por Arismendi y la isla entera como jefe supremo.

El cuadro que presenta la Asunción —informaba Mariño— no es otro que el de una población evacuada por una banda de bárbaros. No han dejado piedra

114. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, II: 154

sobre piedra; todo ha sido devorado por el fuego y podemos predecir que el sistema de destrucción que han adoptado los españoles, va a hacerles una guerra aun más terrible que la de nuestras armas.

El 23 de mayo publicó una proclama el Libertador a los habitantes de la Costa Firme, para anunciar su partida hacia allí. El 2 de junio, en Carúpano, decretó la libertad de los esclavos, dirigiéndose “a los habitantes de Río Caribe, Carúpano, y Cariaco”:

He venido en decretar, como decreto ódió la libertad absoluta de los esclavos que han gemido bajo el yugo español en los tres siglos pasados. Considerando que la República necesita de los servicios de todos sus hijos, tenemos que imponer a los nuevos ciudadanos las condiciones siguientes...

Ordenaba la incorporación al ejército de todos los hombres entre 14 y 60 años; quedaban exentos los ancianos, las mujeres, los niños y los inválidos, no solamente del alistamiento sino “del servicio doméstico y campestre en que estaban antes empleados en beneficio de sus señores”. Ordenaba someter a la servidumbre a quienes no se alistasen en el ejército, así como sus hijos, menores de 14 años, su mujer y sus padres ancianos. Como referencia a los familiares de los esclavos que se incorporasen a las armas, decía el artículo 4º: “Los parientes de los militares empleados en el ejército libertador gozarán de los derechos de ciudadanos y de la libertad absoluta que les concede este decreto a nombre de la República de Venezuela.” El 10 de junio envió el Liber-

tador a Haití una “relación sucinta” sobre las ocurrencias desde la salida de Los Cayos. Anunciaba que los españoles habían abandonado todas sus posiciones en el interior de la isla y estaban refugiados en el castillo de Pampatar. También habían huido en Carúpano. El 21 de junio invitó a los habitantes de Carúpano Arriba a que se restituyeran a sus casas en 24 horas. De no hacerlo, debía ser quemado el “cortijo” de aquel lugar. El 27 de junio volvió a escribir a Pétion con alegría por refuerzos llegados desde Güiría, cuya costa había sido tomada por los patriotas. Mariño y Piar habían sido comisionados a mediados del mes para formar en la costa un ejército. El segundo se trasladó a Maturín con fusiles y municiones. Monagas, al enviar las gracias al Libertador, contó los sucesos del año anterior:

refiriéndole —dice Yanes— las terribles escenas que se habían representado en aquel territorio, después que sucumbieron en Maturín las armas de la República; el valor y constancia con que las tropas de su mando se habían comportado en el tiempo transcurrido, en medio de la intemperie, el hambre y la desnudez, sin armas ni pertrechos, arrastrando los más inminentes peligros por conseguirlos, hasta llegar, a manos limpias, a las líneas enemigas, para arrancarlas de las suyas; y concluía por sí y por toda su división, reconociendo a los jefes nombrados en Margarita, sometiéndose a sus órdenes y pidiendo que se le comunicasen las convenientes para obrar contra los enemigos, cuya contestación entregaron los comisionados, Dr. Miguel Peña y Capitán Carmona, a los generales de Güiría. En los propios términos se expresaron Zaraza y Rojas.

El 27 de junio escribió Bolívar a J. B. Chasseriau, ya impuesto de cuál era la situación en la región oriental:

Los Llanos han sido abandonados por los españoles que han traído a Cumaná las tropas con que las cubrían, contra las guerrillas innumerables que combaten en aquella parte por la libertad. Para aprovecharse de estas circunstancias he enviado al general Piar a Maturín, con orden de que se ponga a la cabeza del ejército que debe formarse de la reunión de nuestras guerrillas.

Las armas que Bolívar envió a quienes habían sido guerrilleros permanentes de los Llanos orientales después de 1814, tuvieron un efecto extraordinario, pues durante casi dos años los guerrilleros patriotas encabezados por Monagas, carecieron de ellas. Zaraza había guerreado en los Llanos del Guárico, Rojas en las comarcas de Cumaná y Maturín, Barreto entre Maturín y el Orinoco. Sedeño era fuerte en Caicara y él y Monagas se habían internado con éxito en la Guayana. Los había impulsado en gran parte la resistencia de los margariteños y las derrotas que habían infligido a los españoles. También había influido en su resistencia permanente la opinión general que se iba creando en el oriente después de la llegada del llamado Pacificador. José de Austria, actor en las guerras de aquellos tiempos, recuerda en su *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*:

Cuando Morillo llegó a las costas venezolanas sólo Bermúdez y Bideau lograron escapar a Margarita, donde mandaba Arismendi, una que otra partida insignificante que vagaba en las llanuras y algunos hombres constantes que se guarnecían en los montes. He aquí cuanto había

quedado de la República para oponerse a 15.000 soldados de Morillo y 5.000 que ya tenía Morales (...) Algunos oficiales y tropa de los dispersos de Urica y Maturín vagaban por las cercanías de S. Diego de Cabrutica, cuando se apareció Monagas, a quien se sometieron todos los que por allí andaban, poco menos de 400 hombres (...) mandó preparar las armas para combatir, contándose como tales armas los garrotes que tenían púas para suplir las lanzas (...) Para entonces se habían incorporado a los patriotas algunas tribus caribes capitaneadas por el famoso Tupepe y su segundo Manaure, e hijos (...) se les unió el Comandante Vicente Parejo, comandante de 80 hombres titulados los Terecays, porque andaban desnudos y usaban guayucos. También Manuel Sedeño salió de los caños y montañas de El Tigre<sup>115</sup>.

Un hecho histórico verdaderamente significativo fue la reunión que poco después de la llegada de Bolívar, y sin que todavía la conocieran, realizaron los jefes de las guerrillas actuantes, en San Diego de Cabrutica, el 25 de mayo de 1816. Asistieron entre ellos los coroneles José Tadeo Monagas y Andrés de Rojas, y el teniente coronel Pedro Zaraza fue representado por el doctor Miguel Peña. En el acta de la asamblea se cuentan, además, dos coroneles, dos tenientes coroneles, 37 capitanes, 22 tenientes, 21 subtenientes y nueve ciudadanos sin grados militares.

Quedó sancionado —explica el acta— por unánime consentimiento, que el jefe había de ser uno solo; que debía elegirse un segundo; que la autoridad que

115. Bolívar, *op. cit.*, I: 203. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, II: 157-169. Yancs, 1943: 2-14, 245, 304.

se le confiase fuese interina, hasta tanto que tomadas las capitales, o variadas las circunstancias por la entrada con expedición formal de los que antes han sido generales de la República, se tratase del gobierno que debía instalarse en el primer caso, o de transmitir la autoridad en el segundo; que el General en jefe y su segundo en el ejército, no puede obrar por sí solo en las operaciones de la guerra, sino que para dar acciones campales y parciales, retirarse estando al frente del enemigo y otros casos de gravedad, han de proceder con anticipado aviso de un consejo militar; que el general en jefe no está obligado a seguir necesariamente la opinión del consejo, sino que puede separarse de ella, dar la acción, ordenar cualquier otra marcha u operación hostil, haciéndose responsable de los resultados, que este consejo militar debe ser permanente, compuesto de cinco individuos elegidos por los oficiales.

En reunión del siguiente día, resolvieron escoger al jefe por medio de una elección canónica, con dos terceras partes de los votos. José Tadeo Monagas obtuvo 67 y Pedro Zaraza 25. El segundo jefe fue nombrado el día 21, con el mismo sistema de elección. Tuvo mayoría Pedro Zaraza, con 76 votos, Monagas nombró como jefe de Estado Mayor de infantería al comandante Francisco Vicente Parejo y de caballería al comandante Miguel Sotillo. No estuvo presente en las asambleas de Cabrutica el otro jefe extraordinario, Sedeño, quien había realizado una campaña en la región de las fortalezas de Guayana, con escasos medios. Sus guerrilleros pasaban los ríos en pequeñísimos botes hechos con los guardabastos, cuero que llevaban de reserva los llaneros para diversas emer-

gencias. En cierto momento, cuando Monagas entró también en Guayana, sus soldados quedaron tan aislados que hubieron de alimentarse con los cueros tostados de sus monturas:

Rápidamente —refiere O'Leary— creció el número de guerrillas que reconocían a Sedeño, que pronto se encontró de nuevo a la cabeza de mil hombres, esparcidos en un extenso territorio, pues sus partidas habían vuelto a ocupar el Cuchivero y llegado hasta el Caura.

Pero esta fuerza no tenía más arma que la púa y vivía en completa ignorancia de lo que pasaba en el resto del país; ni siquiera de Apure, de que estaban tan próximos, tenían noticias. No pudo asistir Sedeño a San Diego de Cabrutica, pero al tener noticias de Bolívar estuvo dispuesto a reconocerlo de inmediato. Recibió también ayuda en el tiempo más breve posible. Los jefes reunidos en asamblea habían procedido impulsados por el estado de su dispersión. Los soldados, que andaban desnudos, desertaban con frecuencia y las diversas partidas actuaban sin coordinación, por lo cual eran derrotados cuando encontraban contingentes numerosos de españoles. Urgidos de cooperación para mantener viva la resistencia e intentar mayores acciones, llegaron a reunirse justamente cuando hacía poco había llegado la expedición de Los Cayos. El denuedo, la rebeldía y la decisión de mantener la resistencia ante los colonialistas, condujo a la página, bastante olvidada por los historiadores, que llenaron gentes del pueblo. La mayor parte de los jefes militares eran de origen humilde y analfabetos. Sus soldados andaban desnudos, en función de recolectores de plantas, pues no podían detenerse

en ninguna zona para hacer conucos, y los que lograban llegar a las llanuras actuaban como cazadores de ganado cimarrón. En forma parecida se habían sustentado otros grupos en las lejanas comarcas de Casanare. También se habían mantenido en acción los esclavos libertados por Bideau en Güiría. En pequeños grupos hostigaban a los realistas, mantenían contacto con esclavos de las haciendas y aguardaban, según les había advertido Bideau, los recursos que habrían de llegar. Como este regresó en la expedición de Los Cayos, inmediatamente envió al interior armas y municiones. Los antiguos actores de las batallas de 1813 y 1814, tomaron pronto el territorio del golfo Triste hasta Yaguaraparo. Bolívar recibió en Carúpano la incorporación de 400 soldados. Debido a los movimientos de la escuadra realista y a las experiencias de 1813 y 1814, cuando en la costa central hubo constante cooperación con el Ejército Libertador, decidió trasladarse de Carúpano a Ocumare de la Costa. Allí lanzó una proclama el día 6 de julio de 1816. “La guerra a muerte que nos han hecho nuestros enemigos cesará por nuestra parte”, declaraba. Había comprendido que en la guerra a muerte, a pesar de todos los actos cruentos, como el fusilamiento de españoles que hubo de ordenar Arismendi en Caracas, en 1814, nunca podrían los patriotas competir con los españoles en cuanto al exterminio de los adversarios. Para que la crueldad de estos quedara a lo vivo, ante el país y el mundo, era preciso derogar el Decreto de Guerra a Muerte, de Trujillo en 1813. Reiteró, además, el Libertador, el decreto de liberación de los esclavos:

Esa porción desgraciada de nuestros hermanos —anunció— que ha gemido bajo las miserias de la esclavitud ya es libre. La naturaleza, la justicia y la

política, piden la emancipación de los esclavos; de aquí en adelante sólo habrá en Venezuela una clase de hombres, todos serán ciudadanos.

En la proclama de Ocumare se comprueba el efecto de las lecciones de la experiencia en Bolívar. Aprendió en 1813 y 1814 que no era posible la pelea por la emancipación sin hacer justicia a los esclavos, y en Jamaica y Haití pudo comprobar seguramente el efecto, adverso a los patriotas, que en el extranjero producía la vigencia de la guerra a muerte. Resultaba indispensable mostrar al mundo quiénes eran los genocidas, cómo actuaban los colonialistas para exterminar a la generación de los luchadores y cómo no desdeñaban emplear los medios más crueles e inhumanos para crear el terror que nunca lograron infundir<sup>116</sup>.

Después de variadas vicisitudes en Ocumare y Choroní, Bolívar hubo de volver a Haití, después de graves dificultades en Güiría. Pero quedó una columna al mando de MacGregor y Soublette, que realizó una campaña extraordinaria. Atravesó la sierra de la costa y se internó en los Llanos. El 18 de julio derrotó MacGregor en Onoto a Quero, y otra vez volvió a encontrarlo en Quebrada Honda. Siguió hasta San Diego de Cabrutica. Su ejército, con el nombre de “División del Centro”, publicó el 15 de agosto su boletín número tres en el cual se decía:

La División del Centro veía unos hombres que armados con una lanza o un asta, y su caballo, habían conservado libre una parte considerable del territorio de la República, contra todas las tropas que los españoles

116. O'Leary, 1952: 350.

han tenido en Venezuela desde el 9 de diciembre de 1814 (...) y el escuadrón Valeroso contemplaba atónito una división compuesta sólo de infantes, que había sido capaz de emprender una marcha desde las puertas de Caracas, hasta un punto tan internado en los Llanos, atravesando por los lugares mismos en que el enemigo tenía sus fuerzas, especialmente de caballería.

La división que había partido de Ocumare encontraba en San Diego de Cabrutica a los guerrilleros unificados bajo el mando de Monagas. Los dos grupos de combatientes se asombraron mutuamente. El 23 de agosto publicó MacGregor, comandante de la División del Centro, una proclama dirigida a los habitantes de la provincia de Barcelona. Anunciaba su reunión con Zaraza y Monagas y la cooperación entablada con Piar y Sedeño. Solicitaba modo de comunicarse con el ejército de la Nueva Granada que estaba activo en los Llanos de Apure. Invitaba a la unidad de acción según los propósitos de Bolívar. Poco después, el 6 de septiembre, las fuerzas combinadas de MacGregor, Monagas y Zaraza, con quienes actuaban dos jefes indígenas, Manaure y Tupepe, derrotaron a los colonialistas en El Alacrán. El boletín emitido el 8 de septiembre explicó la gran victoria:

Quedó el campo enemigo cubierto con más de quinientos cadáveres, entre ellos el capitán Quijada, comandante del batallón del Rey, y casi todos sus oficiales; se tomaron 300 prisioneros, 250 fusiles, 50 carabinas, multitud de cargas (...). Se les persiguió obstinadamente por todas direcciones y aquella noche llegaron los cuerpos al Chaparro. Nuestra pérdida consistió en cuatro muertos, entre ellos un alférez del escuadrón Valeroso, y sobre

cuarenta heridos, entre ellos diez o doce oficiales de diversos grados. Jamás se ha visto en acción alguna intrepidez y ardor tan general. Soldados, oficiales, jefes, generales, todos estaban animados del mismo espíritu, y sería una injusticia citar alguno en particular.

La última frase revela cómo se conservaba el espíritu de comunidad que había privado en las guerrillas confederadas en Santiago de Cabrutica. Ella hacía justicia a la capacidad de cooperación de los guerrilleros de Monagas a quien se habría de llamar “la primera lanza del Llano”, de los indios Manaure y Tupepe, de Pedro Zaraza incansable luchador de quien se dijo que había dado muerte a Boves en Urica, y de muchos otros hombres heroicos. Fue esta la primera batalla de importancia en 1816, significativa por la condición democrática de solidaridad de quienes hasta entonces habían actuado aislados. Dio la razón a los propugnadores de la reunión de Cabrutica, donde fue nombrado un solo jefe en busca de los beneficios de la guerra coordinada. El 13 de septiembre entró el ejército de MacGregor a Barcelona, abandonada por los realistas después de haber hecho “multitud de víctimas que se encontraron asesinadas en las calles, plazas y casas.” MacGregor estableció en una orden de su ejército, que

todos los individuos del ejército, así militares como empleados en la administración y servicio, que hayan seguido constantemente su marcha, llevarán en el brazo izquierdo un escudo de dos pulgadas de diámetro, orlado de palmas y laureles, color de oro sobre fondo encarnado, con esta inscripción en el centro: “Valor y Constancia en julio y agosto de 1816”...

Desde Barcelona se estrecharon las relaciones con Arismendi, quien envió desde Margarita nuevos pertrechos de los llegados con la expedición de Los Cayos. El 25 de septiembre llegó a Barcelona la división del Llano que había organizado Piar. Dos días después este y MacGregor derrotaron un fuerte ejército de Morales en El Juncal<sup>117</sup>.

De 1815 a 1817, resaltó extraordinariamente la virtud de la cooperación, así como el papel del pueblo, de la gente común, incluidos los esclavos, en la lucha anticolonialista. Los restos del ejército organizado por Mariño en 1813, los esclavos libertados por Bideau antes de abandonar a Güiría, las guerrillas encabezadas por Sedeño, Zaraza, Monagas, Rojas, Barreto y otros menos conocidos como Sarmiento, a quien disputaban los españoles como uno de los más capaces conductores, los llaneros de Casanare y el Apure, encabezados por Páez, las luchas de las masas margariteñas dirigidas por Gómez y Arismendi, realizaron, durante 1815 y 1816, extraordinarios esfuerzos colectivos, mantuvieron vivo y combatiente el ideal de la independencia, demostraron que la empresa ya no era sólo designio de los mantuanos sino de grupos de campesinos, de llaneros, de pescadores, de gente marginal, habitadora de montes y llanos, de cumbres y rochelas, decididas a crear una sociedad distinta, hasta donde alcanzaran sus fuerzas. Los historiadores dejan en la penumbra el sufrimiento, la decisión, el valor increíble de esos venezolanos, y extranjeros también, que andaban desnudos o semidesnudos y consumían dietas de recolectores, o resistían largas temporadas con un mínimo de consumo, o, en el mejor de los casos, considerado como de esplendor,

117. Parra Pérez, 1954, II: 104.

comían durante meses carne sin sal, de los vacunos cazados en las cimarroneras. Cuando Bolívar llegó a Margarita en la primera expedición desde Haití, el bloqueo practicado por la escuadra española había privado a los margariteños de su alimento consuetudinario: el pescado.

En los últimos días —dice Yanes—, la ración del soldado era un coco o dos cañutos de caña, que se distribuían en lugar de pan y vianda, o un puñado del marisco que llaman chipichipe, que solía cogerse por la noche en la playa.

En otra ocasión, los soldados recibieron por día sólo “dos cañas dulces y algunas raíces silvestres”<sup>118</sup>.

Los nombres ilustres de los libertadores sirven de guía a quien estudia el proceso de la independencia, pero ocultan a menudo la verdad, porque a los historiadores individualistas les parece que la historia se compone sólo de hechos y personalidades resaltantes. La independencia de Venezuela y de Hispanoamérica sirve para comprobar el aserto de que “las masas hacen la historia”. Bolívar, Mariño, Páez, Sucre y tantos otros, poseyeron individualmente cualidades capaces de colocarlos a la cabeza de la gran mutación, pero independientemente de los altos valores de sus personalidades, fueron expresión de una lucha general, con grandes dificultades, pero con una gran decisión de los sectores populares. El esfuerzo colectivo fue resumido por Bolívar en enero de 1817 así: “El Ejército Libertador pisa el territorio de Caracas (...) El ejército granadino marcha por

118. Yanes, 1943, I: 301-303.

los Llanos; la división del general Mariño sobre Cumaná; el general Piar contra Guayana y el general Arismendi marcha a libertar vuestra capital...” Ello significaba el propósito conjunto, no sólo de esos jefes nombrados, sino de quienes habían sido capaces de mantenerse en combate increíble, en guerrillas y montoneras alejadas de los centros poblados. Otra información condensada publicó Bolívar en agosto de 1817, desde Guayana:

Habitantes de los Valles del Tuy: las Guayanas han plegado a las armas libertadoras y cinco mil valientes son dueños de esta provincia. El general Mariño a la cabeza, de dos mil soldados defiende la libertad de Cumaná. Mil bravos maturineses, a las órdenes del general Rojas, esperan a los tiranos en Maturín. El intrépido general Monagas con su brigada hostiliza por todas partes a los enemigos de Barcelona. La valerosa brigada de su digno general Zaraza, compuesta de dos mil hombres, recorre los llanos de Caracas (...) El ejército del general Páez, que se ha cubierto de gloria contra Calzada, La Torre, López, Gorrín, Ramos, Bayer, Cóngora y otros muchos, es fuerte de cuatro mil hombres y ha puesto en insurrección una gran parte de la Nueva Granada.

A veces, sin quererlo, los realistas, menos impresionados por los nombres de los jefes patriotas que los historiadores, hacen justicia a la bravura del pueblo en general. Por ejemplo, el brigadier Pardo, de quien dice Yanes que “era el único jefe español humano que había venido en el ejército de Morillo”, escribió a Moxó en septiembre de 1817:

Crea Ud. Moxó, que esta clase de guerra nunca se acaba: cuando se les ataca y destruye al parecer, salen a cien leguas de aquel punto por otro muy diverso y aparece otra nueva reunión (...) Verá Ud. dentro de dos o tres meses aparecer nuevos caudillos insurgentes a revolucionar. Estoy ya cansado de mandar pasar insurgentes por las armas. No sé cómo no escarmientan.

Por su parte, Morillo escribió en 1816 desde Nueva Granada a la Corte:

Ya he expresado a V.E. mis deseos de mandar misioneros; ahora añado la necesidad de mandar igualmente teólogos y abogados de España. Si el Rey quiere subyugar estas provincias, las mismas medidas se deben tomar que al principio de la Conquista (...) Los rebeldes en Venezuela han adoptado el plan de hacer la guerra por guerrillas que son fuertes y numerosas y en esto han imitado el plan seguido en España en la última guerra, y si Bolívar o algún jefe de estimación entre ellos tomara el mando de estas guerrillas, podrían obrar vigorosamente, se piensa en España que el espíritu de revolución en este país está confinado a pocos individuos; pero es menester desengañar a V.E. En Venezuela especialmente, ese espíritu es general (...) Si perdemos a Margarita, los insurgentes la fortificarán y, por sus piratas, interrumpirán nuestro comercio del Golfo de México. Será entonces necesario mandar una expedición para reconquistar a Margarita y si Guayana es tomada, las dificultades para retomarla serán mayores...

Los margariteños impresionaron tanto a Morillo que desde la Nueva Granada les envió una proclama amenazadora. Hasta ahora la mayor parte de quienes han escrito historias de Venezuela o estudios sobre ella, no han explicado las causas por las cuales después de las grandes derrotas de 1814, continuó la lucha. Atribuyen sólo a una especie de acción mágica de los libertadores el restablecimiento de los combates. Estos se hicieron sobre la base del movimiento popular que resistió por todas partes y, además, por la perduración de la rebeldía en zonas olvidadas por quienes confunden la historia del centro de la República con la de todo el país. El genio sociológico, político y militar de Bolívar, distinguió con claridad las posibilidades mantenidas por grandes conjuntos combatientes en diversas regiones y supo en una tremenda lucha por la unidad de los propósitos y esfuerzos, hacer cumplir los planes que en vista de las circunstancias trazó. Uno de los grandes tropiezos de su jefatura fue siempre la dificultad regional o local o personal, para comprender sus grandes estrategias. Favoreció la invasión de Guayana por Piar, exaltó los méritos de Páez, colocó en primera fila a Mariño, a pesar de problemas personales, y a Bermúdez, a quien no había permitido embarcar en la primera expedición de Los Cayos. Trazó primero la gran estrategia de consolidar una verdadera república en Guayana; amplió sus objetivos y cruzó los Andes para golpear bélicamente a los españoles y destruir los resultados de la campaña de Morillo en la Nueva Granada y desde su vuelta a Venezuela, después de Boyacá, comenzó a organizar, a larga fecha, una batalla decisiva, para cuyo logro empleó mil tácticas de batalla, de información, de relaciones, de convencimiento y de esfuerzo organizativo.

## Capítulo VII

# El Ejército Libertador del Llano

**E**l 19 de mayo de 1815, 6 días después de haber llegado Bolívar a Jamaica, procedente de Cartagena, escribió a Maxwell Hyslop:

En mi opinión, si el general Morillo obra con acierto y celeridad, la restauración del gobierno español en América del Sur parece infalible. Esta expedición española puede aumentarse en lugar de disminuirse, en sus propias marchas. Ya se dice que en Venezuela han tomado tres mil hombres del país...

No se cumplió la sombría posibilidad, pues a pesar de que Morillo obró con rapidez, no lo hizo con el acierto que él presumía emplear y si incorporó muchos soldados venezolanos, surgieron innumerables combatientes y se incorporaron a luchar por la libertad muchas víctimas directas o indirectas de las acciones del llamado Pacificador. Seguramente el 6 de septiembre del mismo año, cuando Bolívar redactó su famosa

*Carta de Jamaica*, ya había tenido noticias de Costa Firme sobre la rebeldía reanudada e incrementada, pues entonces pensaba en futuros triunfos. Recién llegado a Jamaica actuaban sobre él las experiencias del año 14, cuando inmensos sectores populares se incorporaron equivocadamente a las filas realistas, en busca de libertad, y también de la anarquía por la cual se vio obligado a salir de Cartagena.

Cuando Morillo llegó a Puerto Santo, cercano a Carúpano, el 4 de abril de 1815, los margariteños se preparaban, con 4.000 hombres, a enfrentarse a Morales, quien tenía lista una expedición punitiva contra la isla. A esta llegaron noticias de la escuadra española antes de acercarse a las costas. Algunas flecheras isleñas habían apresado un navío de Morillo, en el cual se transportaba la brigada de zapadores españoles. El capitán de ellos aseguró a los margariteños, exagerando la cuantía de las tropas, la intención de paz del jefe, a quien denominaban Pacificador. El gobierno de Margarita decidió prudentemente explorar las posibilidades de arreglo y propuso a Morillo abrir discusiones para la concertación de algún tratado, pero el Pacificador respondió con violencia. Según él, “a los vasallos no era permitido tratar, sino suplicar a su Rey”. Esto produjo la huida de los jefes de la permanente rebelión margariteña, aunque Arismendi decidió quedarse. Bermúdez escapó con otros en noche oscura de chubasco, durante la cual pudo atravesar por en medio de los barcos de la escuadra realista, fondeada en Margarita. Morillo presentó promesas, ya en tierra, y abrazó públicamente a Arismendi, a pesar de que este hubo de cumplir la orden de fusilamiento de 800 españoles y canarios dada por Bolívar en 1814. Ordenó la entrega de todas las armas y de los extranjeros en ella residentes, con ofertas de repatriación para quienes desea-

sen restituirse a sus pueblos en Tierra Firme. Morales, en Barcelona, ofreció también amplias garantías de paz que no mantuvo. Actuó según su tradicional sistema de no cumplir los tratados y de pasar por las armas a quienes se presentasen a sus llamados de concordia. La guarnición de Margarita fue reforzada por tropas de Morillo y él pasó a Cumaná. El navío principal de la expedición, nombrado *San Pedro Alcántara*, estalló el día 24 de abril, lo cual constituyó el primer factor de dificultades de los colonialistas recién llegados. El buque había traído caudales, vestuarios, provisiones. Morillo ordenó almacenar comestibles, pues no podía contar ya con dinero suficiente para comprar cuanto necesitara y ordenó a los habitantes de Margarita no consumir harina, con el objeto de reservarla para el ejército. También sus oficiales, y él mismo, se redujeron a comer pan de casabe o maíz. En las playas orientales, uno de los coroneles de la expedición, al ver a los soldados venezolanos que seguían a Morales, dijo al Pacificador: “¿Si estos son los vencedores, cómo serán los vencidos?” La respuesta lo esperaba en los Llanos. En Cumaná se produjo malestar, no sólo por lo del pan, sino porque los invasores obligaron a las familias cumanesas a alojar a los numerosos oficiales en sus casas, y a mantenerlos totalmente<sup>119</sup>.

Otros 800 hombres dejó Morillo en Cumaná, lo cual no significaba debilitamiento, pues la expedición había contado en total con unos 15.000 individuos. Antes de salir de la ciudad, fue infamada una señora llamada Leonor Guerra, a quien se acusó de cantar una cuarteta favorable a los patriotas. Se la vejó públicamente, montada en un burro por las calles.

119. Yanes, 1943: 236-244. Austria, en su *Bosquejo de la Historia Militar de Venezuela*, resume en pocos párrafos la actuación de Morillo desde su llegada a Margarita hasta el final del sitio de Cartagena (Austria, 1960 II: 333).

El día 10 de mayo desembarcaron Morillo y sus tropas en La Guaira. No concitó muchas simpatías en Caracas, donde impuso dos empréstitos de más de 100.000 pesos cada uno para compensar las pérdidas del navío dicho, impuso el 10% de contribución sobre el producto de propiedades, haciendas y sobre los capitales comerciales activos. Prohibió también el uso de cualquier arma blanca y aun de garrotes, instaló un Tribunal de Secuestros y permitió a los militares de la expedición todo tipo de excesos. Se ordenó secuestrar los bienes de todos los jefes patriotas, de los venezolanos de conducta pasiva y de quienes hubiesen emigrado por temor, aunque hubiese sido a otros países colonizados por España. Yanes observa de esa clasificación:

La mayor parte de los bienes de las personas comprendidas en estas tres clases debía venderse, con muy pocas excepciones, de lo que resultaba que casi todos los habitantes de Venezuela estaban comprendidos en ellas, debiendo ser reducidos a la más espantosa miseria (...) En conformidad de las resoluciones de esta junta, fueron secuestradas y vendidas propiedades que montaban a más de catorce millones, lo que unido a la ejecución de otras disposiciones acordadas por Morillo, cubrió de luto y miseria a Venezuela y sus habitantes no pensaron ya sino en la reparación de las injusticias que habían recibido, cuando esperaban el consuelo de los males sufridos.

Los impuestos y secuestros afectaron directamente a los poseedores de bienes, es decir, a los mantuanos, por lo cual se acendró en las familias de estos, presentes o ausentes, el impul-

so de la libertad. Pero a juzgar por las observaciones de O'Leary, tampoco obtuvo Morillo simpatías de otros sectores.

Su tono altanero —dice— ofendió sobre todo a la gente de color, acostumbrada como estaba en los últimos años a los halagos y lisonjas de los que gobernaban, realistas o independientes, y a quienes por lo mismo era muy duro someterse ahora a su brusco tratamiento (...) Al desengañarse, no pocos se apartaron de él disgustados...

Pasó la escuadra a Puerto Cabello y el 12 de julio de 1815 con dirección a Santa Marta, donde llegó el día 24. Morillo declaró en una proclama que se dirigía a Cartagena en busca de Bolívar, autor de los mayores horrores de anarquía. El 18 de agosto se trasladó frente a ese puerto, hacia donde había ordenado a Morales, en Venezuela, que marchase con la vanguardia y se proveyese en el camino de los ganados necesarios al ejército. En Cartagena sitiada, fue depuesto el general Castillo, el empecinado adversario de Bolívar. En su lugar fue nombrado Bermúdez como jefe de la plaza, quien había llegado allí cuando huyó de Margarita, al arribar Morillo. Era el 18 de octubre de 1815. Un mes después, Cartagena sitiada experimentaba innumerables sufrimientos. Cuenta O'Leary:

En noviembre la situación de los sitiados tocaba al extremo de la miseria: todos los víveres se habían agotado; la carne de caballo y de mula, de asnos, de perros, gatos y ratas, desde hacía algún tiempo había sido el único alimento y aun este se distribuía con tal parsimonia,

que el hambre de aquellos desgraciados, forzados por la necesidad de conservar la vida con tan repugnante y malsano alimento, apenas lograba aplacarse.

O'Leary hace otra resaltante observación: “La situación del general Morillo no era más halagüeña. Las tropas europeas, no habituadas al rigor del clima, sufrían bajas considerables por las enfermedades...” Fue allí donde se utilizaron, para todos los trabajos arduos, los venezolanos que habían sido incorporados a las tropas realistas. Comenzaba a actuar un factor decisivo en muchas circunstancias: la inadaptación de los europeos a las condiciones de Venezuela y Nueva Granada<sup>120</sup>.

Por cierto, conviene presentar una pregunta a la cual no han hecho frente los historiadores: ¿Por qué vino la expedición comandada por Morillo a Venezuela? No se trata solamente de la cuestión, no resuelta, sobre el primer destino asignado: el río de la Plata, sino de otro aspecto de primera importancia. Si los ejércitos venezolanos habían sido totalmente arrasados durante 1814, si obtuvieron los realistas el control casi absoluto del país, ¿por qué se destinó una expedición cuantiosa y cara a Venezuela? ¿Se trataba acaso, de la penetración en la Nueva Granada como fin principal, a juzgar por el escaso tiempo de Morillo en la costa venezolana? ¿O tal vez se trataba de una jugada doble, pues Morillo, al dirigirse a Cartagena dejó un ejército que se internaría desde Barinas hacia Casanare, en un movimiento de pinzas, como para limpiar los Llanos y apresar por la espalda a la Nueva Granada? Lo afirmable, por la acción de Morillo, es

120. O'Leary, 1952, I: 297; Palacio Fajardo, 1953: 97.

su consigna de arrasarlo todo. Su designio parece haber sido el de consolidar, no sólo en Venezuela, sino hacia el oeste, la posición de los colonialistas. Yanes pensó acerca de las finalidades trazadas al Pacificador así:

Los reglamentos, órdenes e instrucciones que Morillo dejó a sus inmediatos agentes en Venezuela, manifiestan que el plan que había concebido, para su pacificación, se reducía a exterminar a todos los que habían tenido parte y presenciado la revolución y los que quedasen vivos, reducidos a la última miseria, corrompidas las costumbres y las futuras generaciones privadas de conocimientos racionales, a cuyo efecto debían aquellos difundir el terror y hacerse obedecer, por la violencia, el dolor y la perfidia.

Ese programa se cumplió, no por parte de los subalternos, sino por el propio Morillo, en Bogotá.

Se derramó entonces —escribe O'Leary— la sangre más generosa de los hijos más ilustres de la Nueva Granada. Perekieron Camilo Torres, Torices, Camacho, Lozano, Gutiérrez y Pombo (...) y el sabio y patriota Caldas (...) La conducta de Morillo en Santa Fe hizo más daño a la causa realista que la derrota más desastrosa...<sup>121</sup>

El sitio de Cartagena continuó hasta diciembre. Para esa fecha se había agudizado tanto el hambre, que los centinelas caían muertos en sus puestos y los oficiales no podían cumplir sus servicios. O'Leary escribe:

121. O'Leary, 1952, I: 346-347.

El ejército sitiador sufría las penalidades irreparables del servicio activo, en un país cuyo clima no podían soportar las tropas europeas recién llegadas. Las enfermedades habían hecho horribles estragos en sus filas y si la ciudad hubiera podido sostenerse un mes más, todos los cuerpos europeos habrían quedado imposibilitados para el servicio militar (...) La división de vanguardia compuesta casi exclusivamente de americanos, había sido empleada siempre dondequiera había peligro o un trabajo fuerte y penoso...

El 5 de diciembre abandonaron los cartageneros su ciudad para embarcarse. Morillo entró el 6 y fusiló a 60 oficiales, numerosos soldados que no pudieron embarcarse y 300 vecinos que habían preferido quedarse, quizá en estado de extrema debilidad para intentar una huida<sup>122</sup>.

Los realistas que ocupaban los valles de Cúcuta y Casanare cuando Morillo llegó a Santa Marta, se reorganizarán según sus instrucciones y las de los jefes del brazo de la pinza que envió el Pacificador hacia Casanare. En el páramo de Cachirí derrotó el español Calzada a los patriotas de García Rovira. Fue tan horrible la matanza realizada por los realistas, que el coronel Tolrá se jactaba de haber permanecido con su brazo derecho hinchado por muchos días, debido al número de gente que había decapitado. Ese triunfo de los colonialistas mereció toda clase de elogios por parte de Morillo. Según pensaba, resultó completo el triunfo en los extremos de su pinza. En el parte oficial al Ministro de Guerra de España, escribió:

122. O'Leary, I: 301

Debo llamar la atención de S.M. (...) sobre los peligros de los muchos páramos de la Cordillera, con una elevación de dos mil toesas sobre el nivel del mar, constantemente envueltos en tempestades de granizo; cuando reflexione que hombres nacidos en climas ardientes como el de Barinas componían el ejército, toda la campaña parecerá una fábula.

O'Leary escribe: "Después de esta gráfica descripción, cuál será el grado de admiración que merece Bolívar." Después de la toma de Cartagena y del triunfo de Cachirí, parecían logrados los objetivos de Morillo, pero, como se ha visto, iban naciendo intensas contradicciones con sus órdenes gubernamentales y con la actitud de sus tropas<sup>123</sup>.

Cuando Urdaneta había realizado a fines de 1814 una retirada hacia el Occidente, había intervenido en un problema que allí se presentó entre el comandante de caballería, José Chávez, y un capitán de la misma arma llamado José Antonio Páez. Este, salido de los Llanos de Barinas después de numerosas aventuras guerreras, se marchó sin permiso de sus jefes, en protesta por lo ocurrido, hacia el páramo de Chita, rumbo hacia Casanare. A esa región llegó Urdaneta después de la toma de Cartagena y de la derrota de Cachirí, en busca de 200 llaneros capaces de formar la base de una extensa caballería en la provincia de Tunja. Él mismo informa que en

123. O'Leary (1952, I: 294) escribe: "Los realistas de Venezuela, después de someterla habían reunido en la frontera un ejército de 5.000 hombres que estaban preparándose para ocupar las provincias interiores de la Nueva Granada y dominaban ya los valles de Cúcuta y la capital de Casanare, cuando recibieron las noticias de la llegada de Morillo a Santa Marta. Suspendieron sus operaciones para esperar nuevas órdenes y ejecutarlas luego con precisión y acierto". Sobre el triunfo del español Calzada, comenta O'Leary (1952, I: 341): "La acción de Cachirí fue funesta para la Nueva Granada. Ahí pereció el único ejército en que el gobierno tenía fincadas sus esperanzas (...) No le quedaba a Calzada enemigo (...) Los habitantes se declararon en su favor..."

esa época Venezuela y Nueva Granada se hallaban reducidas las tropas, desde el punto de vista de la guerra patriótica, a la provincia de Casanare y a una columna encaminada al sur de Nueva Granada. No pudo conseguir los jinetes solicitados, pues las escasas fuerzas de Casanare se encontraban en Arauca y Guasualito, en operaciones contra grupos de realistas. Concibió Urdaneta el proyecto de internarse en el territorio venezolano si era necesario abandonar definitivamente a Casanare. Para ello deberían alistarse todos los hombres de la región y enviar las familias y los ganados hacia el Meta. El plan se frustró, pero muchos convinieron en la utilidad de formar guerrillas y entraron en acción, con pequeños triunfos sobre cortas fuerzas realistas.

Estas guerrillas —escribe Urdaneta— fueron después reforzadas con los coroneles Ramón Nonato Pérez y Juan Galea, que decidieron irse allí, obtuvieron otros triunfos y al fin sirvieron de base para la división de vanguardia que el año de 1818 mandó Bolívar formar por Santander para libertar a la Nueva Granada el año de 1819.

Urdaneta estableció un campamento frente a Chire y se dedicó a adiestrar a los indígenas de Tame, Betoyes y Macaguane, en la doma de caballos cerreros. Había sido nombrado “dictador” por quienes habían compartido su plan, pero fue destituido por Valdés, quien mandaba el ejército llamado “de oriente”, establecido en Guasualito después de haber obtenido un triunfo importante en Mata de la Miel. En mayo de 1816 había partido también hacia Casanare el general Serviez, después de fracasos en Nueva Granada y

salió en su persecución el general La Torre. Reunido Serviez con Urdaneta, después de varios infortunios guerreros, se fueron en busca de Valdés a la población de Arauca. El 10 de julio entró La Torre en persecución de los patriotas por Betoyes y Pore. Elogió Morillo los 45 días empleados por La Torre entre Bogotá y Casanare porque dormía en despoblado y se alimentaba sólo de carne, así como porque había atravesado ríos —Negro, Opia, Upia, Pauto— más anchos que el Ebro en su desembocadura. Poco después fue nombrado gobernador de Casanare, casi totalmente sometido, con la única salvedad de un escuadrón combatiente a las órdenes de Nonato Pérez, a quien apodaban El Torcido, natural de los Llanos de San Carlos. Actuaba en las márgenes del Arauca, siempre triunfante<sup>124</sup>.

A fines de julio, Valdés, jefe del Ejército llamado de Oriente, reunió a los comandantes de Nueva Granada y Venezuela y a sus oficiales, para pedir que se le reemplazase. Sufría de un cáncer en la boca. A semejanza de lo ocurrido en el oriente, cuando en San Diego de Cabrutica los guerrilleros eligieron a Monagas y a otros oficiales como jefes, no del ejército, sino de un gobierno, convinieron todos, incluido el jefe de escuadrón José Antonio Páez, en la designación de un gobierno regional. Fue electo presidente el coronel Fernando Serrano, quien poseía experiencia directiva pues había sido gobernador de Pamplona. Se eligió también un Consejo de Estado, compuesto por Serrano, Urdaneta y Serviez. Se nombró a

124. Austria (1960, II: 277) cuenta así el problema de Páez que lo decidió a irse a Casanare: “Tuvo aquí óen Bailadoresó un choque sumamente desagradable el capitán de caballería José Antonio Páez, con el comandante de aquella arma, José Chávez, que quiso despojar de su caballo a aquel capitán; y no siendo este favorecido en su querrela por el general y, por el contrario, reprendido severamente, se separó del ejército con otros compañeros, sin permiso de su jefe y dirigiéndose por el páramo de Chita, buscaron los llanos de Casanare.” (Urdaneta, 1972, III: 81-82).

Santander jefe del ejército y ministro secretario a Francisco Javier Yanes, quien se dedicó, después de sus actuaciones militares, a la historia.

Santander y Páez —escribió precisamente el testigo Yanes en su *Relación*— marcharon inmediatamente al pueblo de la Trinidad de Arichuna, donde se hallaba el ejército, reducido a tal desnudez que las frazadas y sombreros con que se cubrían de las copiosas y continuas lluvias, eran de las pieles del ganado, permaneciendo día y noche en lo raso de las sabanas.

Pronto se recibieron allí noticias de Sedeño, desde Caicara. Se proponía atacar Guayana y deseaba entablar relaciones con el ejército, pues diversas noticias le habían hecho saber el designio de conducir las tropas al Bajo Apure. Pedía pertrechos de guerra y en respuesta le fueron enviados los pocos asequibles en Arichuna<sup>125</sup>.

Santander envió a Páez a entrevistarse con Nonato Pérez, para inducirlo a incorporarse al ejército y cederle 500 caballos domados por sus tropas. No pudo Páez persuadir a Pérez, mas regresó con algunos caballos recolectados en su viaje. En septiembre, las tropas se amotinaron pidiendo que se le nombrara jefe del ejército.

Los autores, promotores y agentes de este motín —informa Yanes, testigo presencial— fueron el Dr. Nicolás Puntar y los Briceños y Pulidos de Barinas, quienes seguían al ejército y esperaban poder dominar a Páez por haber sido jornalero en sus hatos. Apoyaron

125. Urdaneta, 1972, III: 82.

los eclesiásticos dirigidos por el Dr. Ramón Ignacio Méndez, que habían emigrado en número de más de veinte, de todas las provincias (...) resentidos porque el gobierno de Guasualito les exigió un pequeño donativo para socorrer las tropas que estaban enteramente desnudas (...) por tener gruesas cantidades adquiridas en el reino, por su ministerio; y también apoyó el general Serviez, consejero, impulsado de los propios motivos y con las miras de aquellos...

Páez tomó el mando y declaró su propósito de conservarlo hasta encontrar a Bolívar, a quien envió una carta. Poco después se dirigió hacia Achaguas, publicó bandos para reforzar el ejército y lo reorganizó en tres brigadas, al mando de Urdaneta, Santander y Serviez. Dejó en Araguayuna la migración, custodiada por un escuadrón de caballería y siguió hacia Achaguas, adonde llegaron el 14 de octubre, después de ocho meses de campaña, en despoblado casi siempre. Se supo entonces a cabalidad de la retirada de Bolívar en Ocumare, de la marcha de MacGregor y sus triunfos. Un capitán nombrado Joaquín Peña fue enviado a comunicar a Sedeño la situación en los Llanos. Páez y su segundo, Guerrero, fueron a sitiar a San Fernando con la mitad de las fuerzas, y la otra parte salió a libertar los pueblos de Banco Largo, Mantecal, Rincón Hondo y Santa Lucía. Los realistas ocuparon a San Antonio, en la margen opuesta. En tal época, en la zona ocupada por el ejército de Páez, según Yanes: “El juego, la licencia y las pasiones más violentas, se desarrollaron y ejercieron por los defensores de la patria, con absoluta impunidad.” En ese tiempo fue asesinado el general Serviez, sin que fuesen hallados los culpables. Fue fusilado a poco el jefe español

López, quien había guerreado duramente contra los patriotas y cayó por casualidad en su poder, en una flechera, en el río Apure. Los indios de Cunaviche pidieron su muerte cuando se anunciaba su canje por prisioneros patriotas. Se le encontró culpable de complicidad en diversos crímenes de Morillo y se le ajustició. Páez supo, cuando sitiaba a San Fernando, que se aproximaba La Torre y que Morillo había salido hacia los Llanos, por lo cual dejó las tropas al mando de Guerrero y se aprestó para recibir a los generales<sup>126</sup>.

Sobre las actividades de Páez desde la salida de Casanare y aun las desempeñadas después de su triunfo en Mata de la Miel y otros lugares, escribió en su *Autobiografía*:

El sistema de guerrillas es y será siempre el que debe adoptarse contra un ejército invasor en países como los nuestros, donde sobra terreno y falta población (...) En las montañas y bosques no debe jamás el patriota tomar la ofensiva; pero en las llanuras jamás despreciará la ocasión que se le presente de tomar la iniciativa contra el enemigo y acosarlo allí con tesón y brío. A este género de táctica debimos los americanos las ventajas que alcanzamos cuando no teníamos aún ejército numeroso y bien organizado. A la disciplina de las tropas españolas, opusimos el patriotismo y el valor de cada combatiente; a la bayoneta, potente arma de la infantería española, la formidable lanza manejada por el brazo más formidable del llanero que

126. Austria, 1960, II: 432; Yanes, 1943, I: 278-293. Urdaneta, al referirse a Guasualito, comenta: "Por ese tiempo, o antes, tal vez, ya Sedeño tenía dificultades para conservarse con sus partidas en los llanos de Caracas y se decidió a pasar el Orinoco y dirigirse a la provincia de Guayana, en donde podría con más facilidad mantenerse, contando con la cooperación de la familia de Riobueno, influyente en el partido de Caicara y con quien se había puesto de acuerdo. Pasó, pues, el Orinoco y se estableció en Caicara, en donde aumentó sus tropas y acopió caballos y ganados."

con ella, a caballo y a pie, rompía sus cuadros y barría sus batallones; a la superioridad de su artillería, la velocidad de nuestros movimientos, para los que nos ayudaba el noble animal criado en nuestras llanuras. Los Llanos se oponían a nuestros invasores con todos los inconvenientes de un desierto, y si entraban en ellos, nosotros conocíamos el secreto de no dejarles ninguna de las ventajas que tenían para nosotros. Los ríos estorbaban la marcha de aquellos, mientras para nosotros eran pequeño obstáculo que sabíamos salvar, cruzando sus corrientes con tanta facilidad como si estuviéramos en el elemento en que nacimos...<sup>127</sup>

En la Trinidad de Arichuna el ejército dirigido por Páez se dedicó a la recolección de caballos. Urdaneta, quien se había ocupado antes en esa operación, en Casanare, volvió a intervenir en todo el proceso de obtener y amansar potros. Cuenta las faenas de Arichuna así:

Se empezó a amansar potros, que era lo que podía conseguirse, haciéndose por escuadrones a la vez, encerrando las grandes madrinas de potros y a la voz de "cojer caballos por escuadrones", cada soldado tiraba su lazo, cojía el suyo y con las precauciones acostumbradas, lo ensillaba hasta montarlo; a una voz de mando se quitaban los tapa-ojos, siendo curioso ver muchas veces 500 a 600 hombres jineteando a un tiempo. A los flancos de este espectáculo se colocaban algunos oficiales montados en caballos mansos, no con el objeto de socorrer al jinete que caía, sino con el de correr tras el caballo que lo había tumbado, para que no se fuese

127. Páez, 1946, I: 101.

con la silla, que no era otra cosa que un fuste de palo aderezado con unas correas de cuero crudo. El ejército estaba tan desnudo, que los soldados tenían que hacer uso diariamente de los cueros de las reses que se mataban, para cubrirse de las fuertes lluvias y de la estación, agujereándoles y pasándoselos por la cabeza; y una gran parte de la gente estaba sin sombrero...

Los legionarios británicos en fecha posterior, se asombraron siempre de las condiciones de vida de los llaneros y de su desnudez perenne<sup>128</sup>.

Hippisley escribió respecto de las tropas de Páez por 1818:

Ninguno de sus hombres va tan desnudo como los de Sedeño, pero los hay sin botas, zapatos, ni más ropa que la cobija que es el necesario complemento de la indumentaria. Todos usan calzones o algo en forma de pantalones o calzoncillos flojos y sus armas son iguales a las de los demás cuerpos de caballería. Muchos de los hombres de Páez están vestidos con los despojos de sus enemigos y así, vense hombres con cascos ornados de cobre y metal plateado, grandes sables con puños de plata, monturas y frenos con puntas y hebillas de lo mismo. Vi un jinete cuyos estribos eran de tan precioso metal...

Esto significaba una etapa superior en la vestimenta indicada por Urdaneta para dos años antes, expresiva de una variante del pillaje que practicaban los soldados criollos y españoles: la distribución de los equipajes de los ejércitos

128. Urdaneta, 1972, III: 83.

derrotados. No se practicaba después de las batallas una selección de lo obtenido, sino que las tropas saqueaban los equipajes del enemigo. O'Leary opinó que el influjo de Páez sobre los llaneros se debió a su tolerancia por el botín. Había sido el sistema empleado en 1814 por los jefes realistas. En los Llanos, como las batallas eran a campo abierto, por el predominio de la caballería, no eran saqueados pueblos o ciudades sino raramente, pero se practicaba el pillaje sobre las propiedades de los contrarios. Aquí se cumplía la observación de Marx en la *Introducción a la crítica de la economía política*, perfectamente aplicable a la zona de los Llanos durante la Guerra de Independencia:

Es una noción tradicional la de que en ciertos períodos se ha vivido únicamente del pillaje. Pero para saquear es necesario que haya algo que saquear, es necesaria una producción. Y el tipo de pillaje está determinado también por el modo de producción. Una nación de especuladores de bolsa no puede ser saqueada de la misma manera que una nación de vaqueros.

En Venezuela, por las condiciones de los Llanos, inmenso campo de batalla de 1813 y 1814, y de 1816 a 1820, durante el primero de esos períodos se practicó el saqueo de las ciudades periféricas hasta arrasrarlas. A veces, después eran incendiadas, como ocurrió con Maturín, último gran baluarte de los patriotas en los Llanos occidentales a principios de 1815. En el segundo período hubo combates entre grandes ejércitos, en todas las llanuras. Los de los patriotas se componían en mayoría de individuos adaptados desde hacía mucho tiempo a las condiciones ambientales. Vivían una cultura de pastores

y cazadores. Los legionarios extranjeros hubieron de acostumbrarse a las formas de vida llaneras. Los que no pudieron, se marcharon pronto. Como los ejércitos españoles estaban bien provistos, con toda clase de provisiones que llegaban a través de los puertos —La Guaira, Puerto Cabello, Coro, Maracaibo— se convertían en representantes, en el llano, de otros tipos de producción y en objeto de pillaje, aceptado por los jefes patriotas como Páez, porque no existía paga para los soldados ni otro modo de recompensarlos, sino permitiéndoles la obtención del botín posible, después de las derrotas de los colonialistas, desde 1816 hasta 1820. El legionario inglés Wavel cuenta que cuando los extranjeros se incorporaron al ejército de Bolívar, hubo un tremendo asombro mutuo. La vestimenta europea de los oficiales resultaba ostentosa en las llanuras.

Admiraron mucho los llaneros nuestras armas —refirió Wavel al incorporarse a las tropas de Páez— pero demostraron su sorpresa al ver que no usábamos lanza, que ellos consideraban como de uso indispensable (...) Los unos nos preguntaban maliciosamente si teníamos ganado en Inglaterra y si la penuria no era la causa real de nuestra emigración (...) Nos felicitaron cordialmente por haber llegado para los toros (...) Esperaban atacar a los realistas a la mañana siguiente...

En la descripción de Wavel se presencia el choque de dos culturas muy alejadas históricamente: el capitalismo inglés frente al sistema pastoral de los llaneros. Algunos de los legionarios redactores de memorias dejaron versiones muy

etnocéntricas. A veces manifiestan menosprecio por la sencilla razón de no haber podido apreciar que se trataba de dos mundos muy distanciados históricamente. Wavel concluía el párrafo de su relato así:

El valeroso Páez sonrió horriblemente, empuñó su lanza, que llevaba un muchachito, se puso al frente de su guardia, agitando la bandera negra, y se lanzó al llano con su hueste (...) Cuando llegamos al campo de batalla, algunos soldados criollos estaban ocupados en cubrir su casi desnudez con los uniformes blancos y azul celeste de los infortunados Húsares de la Reina...<sup>129</sup>

Hippisley, otro mercenario inglés, pinta de manera muy vívida la caballería de Sedeño en 1819:

Estaba compuesta —explica— de gentes de todas clases y tamaños, desde el niño hasta el hombre, y montados tanto en caballos como en mulos. Algunos tenían sillas; otros no. Algunos usaban frenos, cabezadas y riendas; otros mecate, atado con freno en la boca del caballo. Unos tenían pistolas viejas colgadas del arzón de la montura que no puedo llamar de pico, metidas en fundas de piel de tigre o de res, o colgadas a cada lado de sogas. Eran hombres que iban de los 16 a los 30 y 40 años, negros, morenos, cetrinos, según las castas de sus padres. Los adultos lucían grandes bigotes y pelo corto, chicharrón o negro, según el clima o la ascendencia. Gentes de aspecto feroz y salvaje, a quienes los avíos militares no humanizaban ni mejoraban. Montados en

129. Parra Pérez, 1954: 430; O'Leary, 1952, 1: 452; Marx, 1970: 18; Wavel, 1973: 40.

bestias famélicas, muchos sin calzones, ropa interior u otra alguna, excepto una faja de paño azul o de algodón por los hijares, cuya punta pasaban por entre las piernas sujetándola al cinturón. Otros llevaban pantalones, pero sin medias, zapatos ni botas, y generalmente con una sola espuela. Algunos llevaban una especie de sandalia con el pelo hacia afuera. Sujetan las riendas con la mano izquierda y en la diestra llevan una vara de ocho o diez pies de largo con una lanza de hierro muy afilada en la punta y los bordes, más bien chata, que tiene la forma de la alabarda de nuestros sargentos. Una cobija cuadrada de una vara, con un agujero en el centro, por el cual pasan la cabeza, les cae en los hombros, dejándoles los desnudos brazos en libertad para manejar el caballo o la mula y la lanza. A veces poseen un antiguo mosquete recortado de doce pulgadas, a guisa de carabina, con un sable largo y tajante de punta y filo, o una espadita colgada de costado y con su sombrero de fieltro o gorra de piel de tigre o de cuero, adornado con una pluma blanca, o hasta un pedazo de trapo blanco. Estos jinetes de la legión de Sedeño parecen preparados y listos para actuar (...) Son valientes al exceso, no necesitan sino juicio y discreción y oficiales diestros y experimentados que los conduzcan.

En una relación que se publicó sin nombre de autor, muy citada por Parra Pérez, decía otro legionario inglés:

La indumentaria del llanero es pobre, casi tanto como la de otros guerrilleros que manda Montes pero aquellos jamás podrán competir con estos en bravura; tienen una notable agilidad y ejecutan cualquier maniobra con una rapidez prodigiosa; su

única arma es la lanza, una lanza que tiene de 9 a 11 pies de largo, fina, cimbreante, pero extremadamente fuerte, no se parece en nada a la que usa la caballería europea; es más bien como la cuchilla de una enorme navaja en cuya punta hay un acero cortante y bien templado, la sujetan a la muñeca con trenzados de cuero como de ochos pulgadas de largo; podríamos decir que el llanero nace con la lanza. De niño, los padres les fabrican pequeñas lanzas con las cuales, a fuerza de jugar, se van adiestrando (...) El montar a caballo es para los llaneros una segunda naturaleza; las marchas interminables que hacen los convierten en la más resistente caballería del mundo. Los caballos que montan están tan adiestrados que parecen formar un cuerpo con su dueño, de suerte que la menor indicación del jinete basta para advertirlos de la maniobra que deben realizar (...) La sagacidad del uno se anticipa al deseo del otro.

Bolívar adquirió esa resistencia de los llaneros, hasta llegar a asombrarlos a ellos mismos. Sus tropas lo llamaban “culo de hierro”, porque nunca se cansaba a caballo<sup>130</sup>.

130. Parra Pérez, 1954, II: 428-430. Parra Pérez comenta una afirmación de Ducoudray-Holstein que encontramos también en otros autores. Dice este: “Escogen ellos mismos sus oficiales y los cambian a placer, los matan a veces y ponen otro en su lugar. No sufren jamás que los mande un extranjero. Muchos de sus propios generales han estado en peligro de ser muertos por sospechárseles de cobardía o traición.” Parra Pérez comenta: “Hay que recordar aquí que, aparte los ejércitos, patriotas o realistas, había, en ambos partidos, bandas sueltas no sujetas a disciplina alguna, como por ejemplo, la que en el campo republicano seguía al negro Vicentico Hurtado, y dentro de las cuales reinaba la igualdad más perfecta de oficiales y soldados. Se trataba de verdaderos malhechores que habían usurpado el título honorable de guerrilleros y quienes, aunque en buena inteligencia con los jefes patriotas, eludían las órdenes que se les daban de incorporarse al ejército.” Pero a Parra Pérez se le podría objetar que fueron precisamente esas guerrillas dispersas las que se juntaron alrededor de Monagas, de Páez, de Mariño, para constituir ejércitos. En cuanto a lo de “malhechores”, esa calificación, como la de “bandoleros”, no puede ser aceptada con la acepción actual, pues no sólo fue aplicada, como a todos los patriotas, por los colonialistas, sino que estos grupos trashumantes eran simplemente expresión de la enorme

La mayoría de los historiadores han tratado como curiosidad al llanero e incluyen una que otra descripción realizada por venezolanos o extranjeros como si se tratase de ilustraciones de la postal de la independencia. Nos detenemos en estas citas porque es indispensable conocer el Llano y los llaneros para comprender el proceso de liberación. Allí no se trató de un grupo pintoresco. Fue todo un pueblo de cultura pastoral quien batió en las llanuras a los ejércitos europeos de Morillo, vencedores de las mejores tropas de Napoleón. No es posible comprender a Bolívar, ni a ninguno de los grandes conductores, si no se conoce a los hombres que hicieron posible la actuación de los dirigentes. Sin estos llaneros desnudos, titulados por los extranjeros como de aspecto feroz, seres de un mundo inconcebible en el Viejo Continente, no se habría producido la derrota de los colonialistas españoles.

Santander escribió en sus *Apuntamientos* una descripción del Llano, copiada por Páez en sus memorias, del mayor interés, pues Santander actuó largamente en el área.

Durante la campaña de los Llanos —relata— de 1816 a 1818, se hacía la guerra a los españoles con caballería y muy poca infantería. La movilidad del arma de caballería, la facilidad de atravesar a nado los ríos y caños crecidos, y el conocimiento práctico del territorio, la abundancia del ganado que era el único alimento de las tropas, la carestía de hospitales, de parques y provisiones, daban a las tropas independientes, ventajas muy considerables sobre los españoles. Los caballos y el ganado se tomaban donde estaban sin cuenta alguna y

---

zona productiva del Llano, donde existió secularmente una población de pastores y de cazadores que eran denominados simplemente “cuatrerros”, “malhechores” o “bandoleros”, porque no estaban adaptados a las normas impuestas por los colonialistas españoles.

como bienes comunes; el que tenía vestido lo usaba; el que no, montaba desnudo su caballo con la esperanza de adquirir un vestido en el primer encuentro con el enemigo. Habitados los llaneros a vivir con carne sola, y a robustecerse sufriendo la lluvia, no tenían la falta de otros alimentos ni el crudo invierno de aquel territorio. Nadadores por hábito, ningún río los detenía en sus marchas; valerosos por compleción, ningún riesgo los intimidaba. De aquí puede inferirse que los oficiales, soldados y emigrados que no eran llaneros, pasaron trabajos y privaciones apenas concebibles. El reclutamiento se hacía siempre general, de toda persona capaz de tomar un arma; nadie estaba exceptuado. Así fue que en los combates del Yagual y Mucuritas, tenían su lanza los abogados, los eclesiásticos y toda persona que podía usarla. Hasta el año de 1818 todos estaban forzados a vivir y marchar reunidos: militares y emigrados, hombres, mujeres, viejos y niños, todos se alimentaban de una misma manera, con carne asada y sin sal, y todos iban descalzos.

Como se ve, la gente urbana, en las permanentes migraciones, debía adaptarse a las formas colectivas, lo que fue un carácter del modo de producción y de vida de los Llanos. Esa forma de existencia la juzgó muy egocéntricamente y con gran desprecio, el pacificador Morillo. El 20 de septiembre de 1818 escribió:

Yo acabo de recorrer la mayor parte de estas provincias para pasar revista a las divisiones del ejército (...) Estado de abandono y desorden en que existen sus habitantes (...) Los vecinos viven como las tribus sal-

vajes, esparcidos por los bosques y los montes, sin cura ni iglesia, ni reciben ningún sacramento, habiéndose perdido toda idea de religión y sociedad. Se ven con frecuencia jóvenes de ambos sexos, de edad de 12 y 14 años sin haberse bautizado ni oído misa, ni visto jamás un sacerdote; y de esta manera se casan y propagan como los indios naturales antes de la conquista, con la diferencia de que estos son ya los descendientes de los españoles mezclados con las razas indígenas y con la gente de color, cuyas costumbres y amor a la vida salvaje han tomado.

Morillo juzgaba a los habitantes de los Llanos con los mismos criterios de los misioneros del siglo XVI. Es congruente su opinión de 1818 con la sugerencia escrita por él cuando llegó a Venezuela, sobre la necesidad de España de volver a los antiguos métodos de la conquista: la cruz y la espada. Los llaneros simplemente vivían la vida pastoral correspondiente a la forma de producción propia del ámbito llanero. Otros extranjeros juzgaron también sin comprender, pero con simpatía que no podía experimentar el jefe colonialista. A veces hicieron esfuerzos por juzgar con benevolencia, como el legionario Hackett, a quien su traductor al castellano no comprendió, como lo demuestran las notas “explicativas” con las cuales completó la traducción. Expresó Hackett:

A causa de la prolongada duración de la guerra y por el principio de exterminio que en ella predominaba, el país en general presentaba una escena uniforme de devastación y de miseria. Las tropas independientes estaban reducidas a un estado de la mayor pobreza, en absoluto, carentes de disciplina y ni siquiera una cuar-

ta parte de ellas iba provista de las armas necesarias; el resto se veía obligado a recurrir al uso de cachiporras, cuchillos y otras armas de que pudieran echar mano. De ropa, en la mayor parte de los casos, un pedazo de lienzo tosco que envolvía el cuerpo y en trozos de piel de búfalo (*sic*) amarrados a los pies como un sustituto de calzado y la cual se endurecía por el calor del sol; le devolvían la flexibilidad por inmersión en la primera corriente de agua que hallaban a su paso.

La descripción corresponde al tiempo de los primeros legionarios. Ya para 1818 los esfuerzos políticos y diplomáticos de Bolívar, así como la apertura del Orinoco, con la toma de Angostura, llevaron a un mejoramiento de los equipos en las tropas. Fue indispensable la transformación de los primeros ejércitos, en cuanto a armamento, pues de lo contrario, a pesar de la superioridad de la caballería llanera, no habría sido posible la derrota de los realistas. Al llegar encontró Hackett:

Los ejércitos patriotas marchan en hordas, sin concierto ni disciplina; su equipaje es muy poco más de lo que cubre sus espaldas; están totalmente desprovistas de tiendas de campaña y cuando acampan lo hacen sin regularidad ni sistema. Los oficiales que los mandan van, por lo general, a caballo; también van así los soldados que pueden procurarse caballos o mulas; de estas hay gran abundancia. El principio de exterminio que rige entre las partes contendientes, hace que las batallas sean sangrientas y devastadoras (...) Los independientes despliegan en la acción gran bravura y determinación, y con frecuencia logran éxi-

tos a pesar de su falta de disciplina, de la deficiencia de las armas y del modo desordenado de conducir el ataque y la defensa...

En otra parte añadió, comprensivo:

La severidad y el rigor de las campañas desde todo punto de vista, son infinitamente mayores de lo que pueden imaginarse quienes tan sólo se hayan visto expuestos a las privaciones que comúnmente encuentra un ejército británico en campaña (...) El testimonio unánime de cuantas personas conocen a Venezuela viene a corroborar que una campaña en dicho país no puede ser para los europeos menos fatal que la espada misma...

Citaremos todavía a Stirling, otro legionario, y a O'Leary. No hemos glosado los testimonios, sino los hemos transcrito, por tratarse de testigos presenciales. Stirling escribió de los llaneros:

Forman una especie de fuerza irregular y quienes eligen sus propios jefes (...) Pastores en las inmensas pampas que se extienden hasta el Orinoco (...) Robustos, activos y feroces, realizan jornadas asombrosas y pueden soportar toda clase de privaciones; su modo usual de pelear es a caballo y armados de lanza.

O'Leary, quien se convirtió en venezolano por su admiración a Bolívar, es comentarista de excepcional valía, por su larga experiencia al lado del Libertador:

Muy difícil ó describeó es dar idea cabal de los padecimientos del ejército en sus marchas por aquellas llanuras abrazadas por los rayos de un sol de fuego, que ni una nube vela desde la mañana hasta la tarde. Agobiadas por el calor, sin un arbusto siquiera que les diera sombra durante la jornada, ni una gota de agua que refrescara sus labios, y hora tras hora engañados por las ilusiones ópticas tan frecuentes en aquellos parajes, las tropas llegaban tarde al vivac, donde las esperaba una escasa ración de carne flaca y sin sal. Allí dormían al aire libre, expuestas a la intemperie de un clima insalubre; empero ni una queja se oía a aquel valeroso y abnegado ejército, a quien animaba el ejemplo y la constancia del general en jefe. La vida de este era la misma del soldado y hasta su vestido era casi el mismo: chaqueta de franela, pantalones de lienzo, botas altas y la gorra ordinaria de paño del artillero, componían su traje. Aconteció un día que esta cayese en el río Arauca y fuese arrastrada por la corriente en medio de estrepitosos "hurtas" de los *ingleses*, que tenían la preocupación de ver en ella signo de mal agüero y causa de las recientes penalidades. Bolívar, en estas marchas, se levantaba con el día, montaba a caballo para visitar los diferentes cuerpos, de paso los animaba con alguna palabra cariñosa con recuerdos lisonjeros (...) Al mediodía se desmontaba para bañarse, cuando había dónde; almorzaba con los demás, con carne sola y descansaba luego en hamaca (...) Después de haber comido las tropas su corta ración, se continuaba la marcha hasta encontrar, si era posible, alguna mata o pequeño bosque donde se acampaba, o si no, a campo raso...<sup>131</sup>

131. Páez, 1946, I: 131; Hackett, 1966: 52-53, 60; Parra Pérez, 1954, II: 303; O'Leary, 1952, I: 542.

Precisa ahora conocer el testimonio de Páez, constructor del ejército de los Llanos. En su *Autobiografía* escribe:

Después de haber con tropas colecticias derrotado a los españoles en todos los encuentros que tuve con ellos, organicé en Apure un ejército de caballería y el famoso batallón Páez, vencedor más tarde en *Boyacá*. Bolívar se admiraba, no tanto de que hubiera formado ese ejército, sino de que hubiese logrado conservarlo en buen estado y disciplina; pues en su mayor parte se componía de los mismos individuos que a las órdenes de Yáñez y Boves habían sido el azote de los patriotas (...) Yo logré atraérmelos; conseguí que sufrieran, contentos y sumisos, todas las miserias, molestias y escasez de la guerra, inspirándoles al mismo tiempo amor a la gloria, respeto a las vidas y propiedades y veneración al nombre de la patria.

A continuación señala Páez que llegó a manejar todos los bienes de Apure, que tenía, por 1817, 1.000.000 de reses y 500.000 caballos, de los cuales empotrará 40.000 para las necesidades de la guerra. Eran animales cimarrones que se atrapaban y amansaban por los propios soldados llaneros. Ellos mataban ganados para la alimentación, atrapaban y domaban los caballos cerreros, trabajaban el cuero. La guerra llegó a formar parte de su modo de vida, porque se hacía con los elementos del medio. De los primeros tiempos de su ejército dice el libertador llanero:

Los caballos del servicio, indómitos y nuevos, estaban extenuados porque en la parte de los llanos que ocupábamos el pasto escasea y es de mala calidad. La

mayor parte de los soldados no tenían más arma que la lanza y palos de albarico, aguzados a manera de chuzos, por una de sus puntas; muy pocos llevaban armas de fuego. Cubríanse las carnes con guayucos; los sombreros se habían podrido con los rigores de la estación lluviosa y ni aun la falta de silla para montar podía suplirse con la frazada o cualquier otro asiento blando. Cuando se mataba alguna res, los soldados se disputaban la posesión del cuero que podía servirles de abrigo contra la lluvia durante la noche en la sabana limpia, donde teníamos que permanecer a fin de no ser cogidos de sorpresa, pues a excepción del terreno que pisábamos, todo el territorio estaba ocupado por los enemigos, y más de una vez fueron perseguidos y muertos los que cometían la imprudencia de separarse del centro de las fuerzas<sup>132</sup>.

132. Páez, 1946, I: 135. En la página 96 transcribe los resúmenes de Baralt sobre la situación del ejército del Llano. Parra Pérez (1954, II: 431) recuerda la opinión expresada por Morillo, naturalmente adversa. Escribió el Pacificador: "Los rebeldes de Apure y de Arauca, gente feroz y perezosa, que aun en los tiempos de paz han errado en caravanas por la inmensa extensión de las llanuras, robando y saqueando los hatos y las poblaciones inmediatas, han encontrado en la guerra una ocasión muy favorable para vivir conforme a sus deseos e inclinaciones..." Recoge Parra Pérez (1954, II: 433) la opinión interesante de un francés, Jean Baptiste Emenard, coronel que había sido edecán de Murat y Ney y pasó a América como agente del gobierno francés. Opinó Emenard sobre los soldados: "Su vestido, su manera de vivir a costa del país, de proveer a todas sus necesidades, la destreza con que manejan su lanza, suministran pormenores muy curiosos: reunidos en llanura, en número de 10.000, un escuadrón de coraceros o dragones europeos bastarían para disiparlos en quince minutos; pero en una guerra de marchas, de detalles, en una campaña de algunos meses y en la América Meridional, la caballería más brillante del universo sería insensiblemente destruida por estos "cosacos". Debo decir que llevan el valor hasta la audacia, hasta la ferocidad. Es con ellos y por ellos como Páez se ha creado su reputación." A propósito de la importancia de la caballería llanera, escribe García Ponce, en su libro sobre las armas en la época de la independencia (1965: 15): "La caballería constituyó durante la guerra de independencia una de las armas más importantes y decisivas. Contribuyeron a su influencia, entre otros factores, la pobreza de la artillería y de las armas de fuego en general, la existencia de una numerosa ganadería, la guerra en los llanos, donde el terreno favorecía su prepotencia y la misma escasez de recursos ya que la caballería requería pocos medios para estar en condiciones de combatir."

Progresó mucho la tropa bajo la dirección de Páez y aun más, después de su encuentro con Bolívar. Nombrado jefe por el propio ejército, poseedor de 40.000 caballos, con oficiales de experiencia y méritos muy amplios a sus órdenes, rodeado de “hombres invencibles”, como él mismo los llamó, recibió Páez una comisión enviada por Bolívar desde Guayana, compuesta por los coroneles Manuel Manrique y Vicente Parejo, para proponerle que lo reconociese como jefe supremo de la República. Páez se apresuró a hacerlo, aun contra la opinión de su ejército, rebelde y autonomista.

Formé las tropas que tenía en el Yagual —cuenta el jefe llanero— hice venir al Padre Ramón Ignacio Méndez, arzobispo después, de Caracas, para que a presencia de aquellos me recibiese juramento de reconocer como jefe supremo al general Bolívar, mandé después que las tropas siguieran mi ejemplo, ordenando hiciesen lo mismo los cuerpos que se hallaban en otros puntos<sup>133</sup>.

El ejército organizado con largos cuidados por Páez nunca fue llamado “Ejército Libertador de los Llanos”, lo cual resulta singular. Las tropas de Páez ejercieron una labor liberadora eminente, que culminó en Carabobo, pero nunca se les asignó el cognomento usado para otras. El ejército de MacGregor fue llamado División del Centro, en alusión a la extraordinaria marcha que realizó desde Choróní hasta San Diego de Cabrutica; después de 1814 no se usó sino esporádicamente el nombre de Ejército Libertador de Oriente. Se habló del Ejército de Cumaná o del Ejército al mando de Piar. El ejército de Margarita se denominó Ejército Liberta-

133. Páez, 16-19, I: 136.

dor de Margarita sólo en tres boletines: el 13 y el 25 de julio y el primero de agosto de 1817. Hubo, después, el Ejército Libertador. El ejército de Páez fue llamado oficialmente Ejército de Apure. Nosotros empleamos la expresión Ejército Libertador del Llano, porque históricamente le corresponde. Su papel fue de primera importancia de 1816 a 1821 y eje de las campañas de Bolívar durante esa época<sup>134</sup>.

134. A propósito de los nombres que llevaron los ejércitos, en distintas épocas, véase la obra *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963. No hay en ella referencia alguna al tema. Pero se trata de una gran colección de boletines, proclamas, comunicaciones, referentes a los ejércitos y en esos documentos es posible coleccionar las diversas denominaciones que se dieron en el tiempo y en el espacio a los diferentes grupos de tropas.

## Capítulo VIII

# Estrategia extensa del Libertador

**E**l 4 de septiembre de 1816 dirigió Bolívar, desde el bergantín *Indio Libre*, anclado en Jacmel, una relación al presidente de Haití. Le informaba largamente de lo acontecido con la expedición de Los Cayos y pintaba un cuadro optimista de la Tierra Firme. Al referirse a sus relaciones con los generales de oriente, acusaba solamente a Bermúdez de enemistad.

Todos los generales que tienen mando en Venezuela ó describió han reconocido mi autoridad y me obedecen ciegamente. El general Mariño es el mejor de mis amigos. El general Arismendi no tiene otra voluntad que la mía. La adhesión del general Piar hacia mí no tiene límites. Tengo entera confianza en el general MacGregor. Los jefes que mandan las guerrillas han reconocido solemnemente mi autoridad suprema. No queda sino el general Bermúdez, quien tratará de

sembrar la discordia entre nosotros pero como es el enemigo de todos, lograrán impedir sin dificultad que pueda causar daño alguno.

También informó Bolívar a Pétion del estado de las fuerzas militares, dato muy importante para su ruego de nueva ayuda:

El general Piar —refirió— tiene bajo su mando en los llanos de Maturín a dos o tres mil hombres, que piden armas y municiones. Al general Sedeño, quien está por la parte de Guayana le faltan esos mismos objetos. El general Valdés, que manda cinco mil hombres de la Nueva Granada en la provincia de Barinas, pide los mismos recursos. Como yo no tenía sino muy poca pólvora y muy pocos cartuchos, he salido de Güiría para venir cerca de V.E. a solicitar nuevos favores para mi patria.

Aunque el cuadro, intencionalmente con tintas muy optimistas, exageraba las bonanzas de Tierra Firme, ciertamente la primera expedición había sido de suma utilidad: obtuvieron armas los guerrilleros que habían peleado hasta entonces con picas de madera y garrotes, se fortaleció la unidad de muchos grupos que ya antes de su llegada andaban en busca de solidaridad combatiente y resultó de extraordinaria importancia la acción de la columna que al mando de MacGregor partió de las costas de Ocumare y pudo llegar hasta San Diego de Cabrutica, donde se encontraba el conjunto recientemente sometido a la jefatura de Monagas. Era perfectamente cierto que faltaban armas a Sedeño, Valdés y otros. Significativamente no olvidaba Bolívar nombrar entre los luchadores

a los guerrilleros. Seguramente conocían en Haití que los bravos esclavos de oriente se encontraban en la resistencia al colonialismo, en pequeñas bandas combatientes.

Pétion respondió con la nobleza y solidaridad características de los grandes conductores haitianos:

Así en las grandes como en las pequeñas empresas, una fatalidad inexplicable se une regularmente a las más sabias combinaciones, de donde provienen reveses imprevistos que burlan toda precaución y destruyen los planes mejor combinados. V.E. acaba de experimentar esta dura y triste verdad; pero si la fortuna inconstante ha burlado por segunda vez las esperanzas de V.E., en la tercera puede serle favorable; yo a lo menos tengo ese presentimiento, y si yo puedo de algún modo disminuir la pena y sentimiento de V.E. puede desde luego contar con cuanto consuelo de mí dependa.

Volvió a cooperar Haití y en virtud de ello pudo el Libertador regresar y dirigir una proclama a los venezolanos desde El Norte, en Margarita, el 28 de diciembre de 1816<sup>135</sup>.

Bolívar notificó que regresaba llamado por Arismendi y otros generales. Había llegado con el almirante Brión, uno de los curazoleños que cooperaron ilimitadamente con la independencia. Pedía que se reuniese un congreso de los venezolanos en Margarita, para regularizar un gobierno nombrado por el pueblo. El 6 de enero siguiente, decretó el bloqueo, por tierra y mar, de las ciudades de

135. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, II: 175; *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, n° 77.

Guayana, Cumaná, La Guaira y Puerto Cabello. Utilizaría los ejércitos existentes y la escuadrilla al mando de Brión. Para reforzarla recurrió a un arbitrio usado por todas las potencias colonialistas en el Caribe de modo secular: expidió una ordenanza de corso, para conceder patentes a ciudadanos venezolanos. Se reglamentó en la propia ordenanza la manera de estipular el reparto de las presas. El almirante de la Marina Nacional establecería en cada caso los recorridos de cada buque corsario. Todas las presas serían conducidas al puerto donde residiese el Almirantazgo. Las presas pagarían diez por ciento para las cajas nacionales, dos y medio por ciento para el Almirantazgo e igual porcentaje para el Hospital de Marina. Los corsarios no podrían actuar en ningún caso contra buques neutrales y los actos de piratería serían castigados con la muerte. Se concedía inmunidad en una faja costera de tres millas en las costas de las potencias neutrales. Se prohibía el saqueo de los buques enemigos que se entregasen sin combatir, pero el artículo 26 establecía:

Si un buque enemigo sufre el abordaje, se permitirá el pillaje de todos los efectos de uso personal, pero el cargamento o el dinero que tuviere en mayor cantidad de novecientos pesos, no podrán ser tomados por la tripulación del corsario y el capitán se valdrá de las medidas que se le han ordenado...

Todos los buques de venezolanos que hubieran obtenido patente en las colonias, debían someterse por cada cuatro meses de su contrata en ellas, a un mes de servicio a Venezuela y los que habían obtenido u obtuvieran patente por 6

meses para Europa, debían conceder dos meses a Venezuela. Fue así como llegó a haber corsarios venezolanos frente a las propias costas de España.

Bolívar regresó en diciembre de 1816 desde Haití, no sólo otra vez con amplia ayuda de Pétion, sino porque los generales orientales le habían enviado una misión encabezada por Francisco Antonio Zea, para invitarlo a regresar. La actitud real no era la de armonía y entendimiento pintada tácitamente por Bolívar ante Pétion, sino de rivalidades y violencias.

A pesar de los triunfos que habían conseguido las armas de la República —escribe Yanes, actor en los sucesos de ese tiempo en Venezuela— conocieron los patriotas prudentes que no serían duraderos, ni podría destruirse al enemigo, si no se establecía un régimen que enfrenase las pasiones, destruyese las facciones y estrechase a cada uno al cumplimiento de las obligaciones que nacen del estado social. La anarquía había cundido, a proporción que se obtenían algunas ventajas sobre los españoles. Los generales, jefes y oficiales de las divisiones, partidas o destacamentos, que se hallaban en varios puntos de las provincias de Barcelona y Cumaná, manifestaron sin rebozo, que su obediencia al gobierno establecido tumultuariamente en Güiría, no era tan seguro como creyeron sus autores. El general Piar comunicó órdenes a Zaraza, bajo la más severa responsabilidad, para que de ningún modo reconociese, ni prestase auxilio, a Mariño, a causa de los atentados cometidos en Güiría, contra la autoridad y personalidad del Jefe Supremo de la República, por el sedicioso Bermúdez, y así ofreció cumplirlo y ejecutarlo...

MacGregor, herido por instigaciones en su contra, quien había realizado una verdadera hazaña desde Ocumare hasta San Diego de Cabrutica, decidió retirarse de la lucha y ausentarse a Europa. Piar, tal vez también acuciado por brotes anárquicos y con visión militar, preparó sus fuerzas para invadir la Guayana. Lo comunicó a Sedeño, quien actuaba desde Caicara, y partió de Barcelona con 1.500 hombres, hacia el Orinoco. Sedeño le despejó de realistas el paso del Caura y Piar entró sin novedad en la Guayana<sup>136</sup>.

La toma de Guayana había sido una preocupación personal de los patriotas, desde 1811, cuando esa provincia permaneció bajo el dominio realista, para el cual significó una base importante. El Orinoco era vía de comunicación con el Caribe, mantenía la relación con las regiones llaneras, servía para el comercio de ganados con Barinas y Apure, y, además, se encontraba en Guayana la ganadería de los misioneros. Una de las causas de los triunfos de los colonialistas en 1814 fue la posibilidad que tenían en los Llanos centrales, de recibir armas por vía del Orinoco y otros auxilios desde Guayana. Miguel María Pumar, barinés, miembro de la Junta Independentista Provincial en 1811, elaboró un proyecto para la toma de Guayana. Es natural que uno de los primeros intentos de dominarla partiera de Barinas, pues desde aquí salía el ganado hacia el Orinoco, donde se vendía en pie a comerciantes y contrabandistas de las Antillas. El dominio de los ríos era para los barineses fuente de riqueza y la única manera de lograrlo era con la posesión de Guayana. Volvieron a elaborarse proyectos en 1816 y Bideau, el defensor de Güiría en 1814, propuso a Bolívar en Los Cayos un plan para

136. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, II: 208, 213.

tomar la región guayanesa. El primer grupo combatiente que entró en Guayana fue el de Sedeño; Monagas también exploró la posibilidad de establecerse allí en 1815. Fue Piar quien logró colocarse en la provincia en situación excepcional. Estableció su cuartel general en Upata y procedió a nombrar funcionarios y labores administrativas y militares destinadas a una organización permanente y al aprovechamiento de las ventajas de la región. Al nombrar al ciudadano Luis Lesama como Justicia Mayor ordenó:

Recogerá Ud. los bienes que pertenecen a los españoles nuestros enemigos y a los emigrados con ellos. Los que fueron inmuebles se conservarán del mejor modo; y los móviles, los que puedan venderse fácilmente o servir para el ejército, se me presentarán para hacerlo según convenga. Cuidará Ud. de hacer alguna provisión para el ejército, tanto de pan como de sal, tabaco, etc., consultando en esto la comodidad de nuestras tropas y la del vecindario.

Y al ciudadano Ignacio Ibarra, a quien nombró Justicia Mayor del pueblo de Barceloneta, amplió esas instrucciones así:

Al llegar Ud. al pueblo, formará una lista de los hombres que puedan llevar armas, expresando los que sean casados y solteros. Los intereses que pertenecían al Rey, a los capuchinos, a los españoles europeos, o isleños canarios, se embargarán asentándolos en un inventario exacto para mi conocimiento, y se conservarán del mejor modo sin deterioro. Recogerá cuantos caballos y mulas haya en aquel partido y los pasará a

este lado del Caroní a disposición del capitán Pedro Borges, comisionados en los pueblos de San Serafín y San Pedro, reservando para el servicio de los hatos las yeguas y potros que hará amansar<sup>137</sup>.

A principios de febrero de 1817, Piar ordenó reunir en un punto seguro a los capuchinos catalanes, para impedir que influyesen sobre los indios contra los patriotas. Nombró al presbítero y coronel José Félix Blanco director general de las misiones, sus hatos, pueblos, labranzas y bienes en general. Respecto de los indios se comprobó a poco que odiaban a los capuchinos, pues pidieron su muerte y tiempo después los mataron, en el lugar de Caruache. El 4 de abril llegó a la Mesa, frente a Angostura, Simón Bolívar, quien ordenó que se enviasen a Barcelona, que estaba en grave problema, sitiada por los españoles, 300 mulas para extraer el parque depositado allí. Debían remitirse, además, caballos para Monagas. El día 7 de ese mes se produjo la catástrofe de la Casa Fuerte, en Barcelona, donde perecieron muchos patriotas y, entre otros, el viejo compañero de Mariño, Bideau. Bolívar lo supo en camino de regreso hacia el Llano. La Torre había llegado a Guayana, enviado por Morillo, quien abría campaña en los Llanos. Piar obtuvo sobre La Torre un gran triunfo en San Félix, que despejó definitivamente la Guayana a los patriotas. Sus tropas combatieron en una formación de infantería que señala Yanes así: “La primera fila se componía de fusileros; la segunda de indios flecheros y la tercera de lanceros.” Piar había ganado a los indígenas

137. *Epistolario de la Primera República*, 1960, I: 90; Parra Pérez: 1954, I: 291; II: 132. Sobre Piar en las misiones, *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela*, 1964, I: 189, 190; Yanes; 1943, II: 11.

para la causa de los patriotas y, sin posibilidad de dotarlos de armas de fuego, los llevó al combate con sus flechas milenarias. El ejército de Apure, comandado por Páez y Guerrero, estaba muy activo. Morillo se encontraba con su ejército en Nutrias. Bolívar regresó hacia Angostura. Fue entonces, en ausencia del Libertador, cuando, bajo la inspiración del canónigo Cortés Madariaga, se reunió en Cariaco un congreso, con Mariño como presidente de una junta. Curiosamente, a Bolívar se le designó miembro de un triunvirato ejecutivo en el cual lo acompañarían Fernando Toro, quien residía en Trinidad, y el coronel Francisco Javier Mayz. Eran suplentes Francisco Antonio Zea, Cortés Madariaga y Diego Vallenilla. La capital federal de la República debía instalarse en Margarita, en la ciudad de La Asunción. Bolívar fue notificado y declaró ilegal lo resuelto. La reunión ha pasado a la historia con el nombre de Congresillo de Cariaco. El historiador Parra Pérez, reivindicador de los méritos de Mariño, ha defendido también aquella asamblea. Fue un signo de la dispersión imperante aún en mayo de 1817. El gobierno creado en Cariaco, desconoció todos los acuerdos anteriores en los cuales se había designado a Bolívar como jefe supremo y se trasladó, según lo habían dispuesto, a Margarita, donde se publicó la ley marcial ante la noticia de la llegada de José Canterac, quien con 3.000 hombres llegaba de España a reforzar a Morillo, que había llegado a Cumaná. En Cariaco había surgido grupalmente la concepción federal, en contraposición a la voluntad centralista de Bolívar. Mariño aparecía como líder del federalismo. En nombre de este, sus fuerzas realizaron movimientos en la costa oriental. Brión, jefe de la escuadrilla llegada a fines de 1816 con Bolívar, se negó a obedecer las órdenes de Mariño.

Se dirigió al Orinoco y se colocó bajo las órdenes del Libertador, en el mes de julio. Morillo destinó 3.000 hombres en los cuales se mezclaban soldados de su ejército, otros recién llegados con Canterac, y contingentes de criollos de los que permanecían en sus filas. Fueron derrotados en la batalla de Matasiete por los margariteños, el 31 de julio. Después de sus esfuerzos infructuosos en Margarita, Morillo salió de la isla, cuando había decretado un bloqueo de Güiria, Margarita y las bocas del Orinoco, el cual no podía producir los efectos de antiguos procedimientos similares, por la existencia de la escuadrilla de Brión y de numerosos buques armados en corso. En 1820 dio Morillo su versión de los sucesos de Margarita:

La isla —escribió— fue envuelta casi en su totalidad; sus muchos puestos fortificados por el arte y la naturaleza tomados sucesiva y rápidamente, a pesar de la más obstinada resistencia que jamás se vio; y su capital, la ciudad de La Asunción, iba con menos fatiga a concluir por su ocupación con aquella campaña; cuando avisos exagerados de conmociones y progresos del enemigo, en la provincia de Caracas, por la pérdida de Guayana, que fue evacuada por el general La Torre, después de sufrir un hambre horrorosa, me obligaron, con sumo dolor, a abandonar la empresa y trasladarme velozmente, con parte de las tropas, a la capital de Venezuela. La ingrata isla de Margarita no dejó entonces de ser el abrigo de todos los hombres turbulentos y perdidos; porque hombres pusilánimes o poco escrupulosos me forzaron con sus abultadas noticias y vehementes instancias, a abandonar una obra que ya consideraba concluida.

No era veraz el Pacificador. En Margarita simplemente había sufrido una tremenda derrota en Matasiete y sólo a medias expresaba una verdad muchas veces comprobada: Margarita, por su condición de isla, por la fisiografía del territorio y por la decisión indomable de sus habitantes, siempre patriotas, era indoblegable con el tipo de armamentos y los sistemas de guerra de la época. Fue durante la campaña de Morillo cuando publicaron allí boletines con el mote de Ejército Libertador de Margarita. El del primero de agosto de 1817 se refirió a la gran victoria de Matasiete. No eran hombres “turbulentos y perdidos” los que derrotaron a Mariño. Eran los pescadores y marineros margariteños. Sin faltar a la solidaridad que siempre mantuvieron con Tierra Firme, los margariteños siempre opusieron resistencia a pelear fuera de su territorio insular, cuyas características conocían detalladamente<sup>138</sup>.

Después de la batalla de San Félix, decisiva para el desenvolvimiento de los futuros hechos militares y políticos, y resultado de los esfuerzos de Sedeño, primero, y después también de Piar, La Torre se encerró en Angostura y parte de sus tropas en Guayana la Vieja. No pudo recibir auxilios. Sitiado, los residentes de Angostura hubieron de comerse todos los animales encontrados en el lugar y llegaron a consumir los cueros con que estaban forrados los cofres. Sin esperanzas, se retiraron en sus buques el 17 de julio. La escuadrilla de Brión los dejó pasar y emprendió luego la persecución, con suerte, pues se apoderó de algunas embarcaciones donde se transportaban caudales.

138. Sobre Piar en Guayana consúltese: *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela*, 1964, I: 189, 191. Sobre la destrucción de la Casa Fuerte y el Congresillo de Cariaco, han opinado todos los historiadores. Puede consultarse a Yanes, capítulo referente a 1817. Sobre la batalla de Matasiete, Yanes: 1943, II: 19-24. La Proclama de Bolívar a los guyaneses de mayo de 1817, en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, II: 276. Además, sobre el año de 1817, esa misma obra tomo II, 276 a 318.

Bolívar resumió en carta de el 6 de agosto de 1817, los sucesos de Guayana. No se trataba solamente de una nueva provincia en manos de los patriotas, sino de un territorio decisivo. Decía a Martín Tovar, desde Angostura:

Por fin tenemos a Guayana libre e independiente (...) Esta provincia es un punto capital; muy propio para ser defendido y más aún para ofender; tomamos la espalda al enemigo desde aquí hasta Santa Fe, y poseemos un inmenso territorio en una y otra ribera del Orinoco, Apure, Meta y Arauca. Además, poseemos ganados y caballos. Como en el día la lucha se reduce a mantener el territorio y a prolongar la campaña, el que más logre esta ventaja será el vencedor. Muy pronto pienso marchar al otro lado del Orinoco a aprovechar los momentos propicios que nos han presentado la suerte en los Llanos de Caracas, pues ya todos están en poder de Zaraza y las guerrillas españolas se han reunido a él...

En realidad convergían muchos otros factores: Margarita libertada por sí misma; los ejércitos de Páez, Sedeño y Zaraza, así como muchas guerrillas haciendo frente a Morillo en los Llanos, la posesión de una escuadra al mando de Brión, la disolución del gobierno creado en Cariaco. Sobre esto decía a Martín Tovar:

El canónigo restableció el gobierno que tú deseas y ha durado tanto como casabe en caldo caliente. Nadie lo ha atacado y él se ha disuelto por sí mismo. En Margarita lo desobedecieron; en Carúpano lo quisieron prender a bordo, lo quisieron poner en un cañón, se entiendo para llevar azotes; aquí ha llegado y aún no le he visto la cara...

Aun antes de haberse instalado Bolívar en Guayana, al conocer las luchas de Sedeño, de Monagas y de Piar, había concebido la idea de extender desde ella una campaña más allá de Venezuela. El 1º de enero de 1816, había escrito desde Barcelona a Pedro Briceño Méndez y sus compañeros de armas: "Uds. vendrán conmigo hasta el rico Perú." Sometía esta posibilidad a la toma de Guayana. Lograda, se dedicó a fundar las bases políticas y militares para una vasta estrategia que llegaba hasta muy al Sur. La cooperación de los llaneros, especialmente de los ejércitos de Páez, Sedeño, Zaraza y Monagas, de los margariteños y de sectores como los esclavos libertados, comenzó a crear las condiciones de unidad por las cuales había clamado desde 1813. Después de agosto emprendió una vasta labor de gobierno, en todos los sentidos, para crear en Guayana el corazón de una república.

Desde San Miguel escribió el 11 de septiembre al coronel José Félix Blanco. Lo llamaba a conferenciar con Urdaneta y le anunciaba la intensidad de las deserciones de los indios. Este fenómeno de la deserción nunca cesó y significaba un especial cuidado de los jefes. Había una regla general: las fugas de tropas se producían preferentemente en los territorios de donde eran oriundos los soldados. Especialmente los bisoños, si pensaban que podían trasladarse fácil y rápidamente a sus pueblos, abandonaban el ejército. La deserción fue a veces muy abundante, especialmente en la campaña de Perú. Por eso preferían Bolívar y Sucre, en el sur del continente, las tropas veteranas de Venezuela. Tanto por su condición aguerrida y su fidelidad a los jefes venezolanos, como por la imposibilidad de huir con destino conocido, nunca desertaban. Bolívar aconsejó a Blanco guarnecer con un batallón las misiones y la Baja Guayana. Con fines de buenas relaciones le aconsejaba:

Recomiendo a Ud. mucho la mayor moderación posible en el modo de tratar a los naturales y a todos sus subalternos en general. Todos están convencidos de que Ud. llena su deber; pero que exaspera los ánimos con la acritud con que suele tratar a algunos individuos que no cumplen con la exactitud que Ud. desea. En los gobiernos populares, y sobre todo en revolución, se necesita de mucha política para poder mandar y las circunstancias actuales son tan críticas que Ud. no lo puede imaginar. Así, pues, es preciso atender más al espíritu que reina, que a los principios que se deben seguir en un sistema regular y ordenado.

Angostura se convirtió en la capital de la República en lucha. El 3 de septiembre levantó Bolívar el bloqueo de Guayana, por no existir “ni en una ni en otra banda del Orinoco enemigos que puedan hostilizar el comercio...” El 24 de septiembre creó un Estado Mayor General, con un general de división, o al menos de Brigada, a la cabeza. El 6 de octubre fue creada la municipalidad de Angostura y el 6, un Tribunal de Primera Instancia y una Alta Corte de Justicia. El 15 de octubre fueron señalados por decreto los límites y divisiones de Guayana. Se crearon tres departamentos: del Alto Orinoco, del Centro y del Bajo Orinoco. Las islas quedaban adscritas al departamento fronterero. El 30 fue nombrado un Consejo Provisional de Estado, para asesorar al jefe supremo. Se componía de tres secciones: Estado y Hacienda, Marina y Guerra, Interior y Justicia. Equivalía a un gabinete de gobierno, cuyas reuniones no podían verificarse sin convocatoria del jefe supremo o de persona por él delegada. El 5 de noviembre fue creado por el Libertador otro organismo:

un Consejo de Gobierno para que tomase la dirección de la cosa pública mientras Bolívar estuviese en campaña. Estuvo compuesto por el almirante Luis Brión, presidente, el general de división, Manuel Sedeño y el intendente general, Francisco Zea, como vocales. El 7 de noviembre se firmó el decreto de creación del Consulado.

Debía conocer “de los pleitos y diferencias entre los negociantes y que promueva el fomento del comercio y agricultura”. Otros decretos se refirieron a los derechos del Almirantazgo y a los buques de la escuadra. El 20 de noviembre decretó Bolívar el aumento de las siete estrellas del pabellón nacional con otra representativa de Guayana. El once de diciembre se declaró la ley marcial. Se concedían ocho días a los hombres entre 14 y 60 años para incorporarse al ejército. Preparaba Bolívar su ida a los Llanos, para enfrentar, junto con el Ejército Libertador de los Llanos y las guerrillas patriotas, a las tropas de Morillo.

Se ocupó también Bolívar durante la segunda parte de 1817 en la repartición de bienes como recompensa a los oficiales y soldados, medida de alta importancia, dictada como estímulo, indispensable en vista de la ausencia de pago a los ejércitos. Esa disposición tuvo mucha significación en los tiempos posteriores a la independencia, debido a los bienes otorgados a altos oficiales, quienes dejaron de ser militares para convertirse en propietarios de amplios negocios y de ese modo se incorporaron a las clases explotadoras, después de haber luchado con el pueblo por los ideales de la emancipación. Al final de la contienda quedaron muchos incorporados a la clase de mantuanos. La tabla de recompensas ordenada el 10 de octubre en Santo Tomás de Guayana, fue así:

Artículo 2°: Siendo los grados obtenidos en la campaña una prueba incontestable de los diferentes servicios hechos por cada uno de los individuos del ejército, la repartición de las propiedades, de que habla el artículo antecedente, se hará con arreglo a ellos, a saber:

<b>Al General en Jefe</b>	\$ 25.000
<b>Al General de División</b>	20.000
<b>Al General de Brigada</b>	15.000
<b>Al Coronel</b>	10.000
<b>Al Tte. Coronel</b>	9.000
<b>Al Mayor</b>	8.000
<b>Al Capitán</b>	6.000
<b>Al Teniente</b>	4.000
<b>Al Subteniente</b>	3.000
<b>Al Sargento 1° y 2°</b>	1.000
<b>Al Cabo 1° y 2°</b>	700
<b>Y al Soldado</b>	500

El mismo día 10 de octubre dispuso Bolívar reglas para la actuación del Tribunal de Secuestros, y el 17 se publicó un añadido a la ley del 10 de octubre, por el cual se establecía

que los extranjeros no podrían reclamar los beneficios de la Ley de Recompensas sino después de dos años de servicio o por gracia del jefe supremo como recompensa de hechos especiales. El 1° de noviembre firmó Bolívar un reglamento para la repartición de los bienes secuestrados. Nombró una comisión cuya finalidad expresada en el artículo 2° era “asignar a cada individuo una propiedad con arreglo a las cantidades señaladas por dicha ley a cada grado”.

El 17 de octubre de 1817 publicó Bolívar una proclama a los soldados del Ejército Libertador, a propósito del fusilamiento de Piar. El segundo párrafo resume los hechos juzgados por Bolívar:

Nada quedaba que desear a un jefe que había obtenido los grados más eminentes de la milicia. La segunda autoridad de la República, que se hallaba vacante, de hecho, por la disidencia del general Mariño, iba a serle confiada, antes de su rebelión; pero este general que sólo aspiraba al mando supremo, formó el designio más atroz que puede concebir un alma perversa. No sólo la guerra civil, sino la anarquía y el sacrificio más inhumano de sus propios compañeros y hermanos, se había propuesto Piar.

Al conquistador de Guayana se le había acusado de intentar una rebelión de las “gentes de color”. Los historiadores han discutido mucho sobre ese hecho, pero no existe un estudio verdaderamente analítico<sup>139</sup>.

139. Sobre la repartición de bienes nacionales ver: *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, II: 297, 320, 323. Sobre el proceso de Piar, la misma obra, II: 298. Sobre varias disposiciones de Bolívar en Angostura, igual tomo, páginas 293-329.

El 12 de febrero de 1818 prorrogó el Libertador desde el cuartel general, frente a Calabozo, la ley marcial del 11 de diciembre de 1817, hasta el 4 de abril de 1818. Ese mismo día, 12 de febrero, se publicó un boletín del Ejército Libertador en el cual se notificaba que Bolívar había iniciado su campaña el 31 de diciembre anterior, cuando partió de Angostura hacia el Bajo Apure. En las Bocas del Pao se le incorporó Monagas y en Caicara, el general Sedeño. El 31 se añadió la división de Páez, en San Juan de Payara. Este en su *Autobiografía*, relata el encuentro con Bolívar así:

A principios de 1818, sabiendo que ya Bolívar se hallaba en el hato de Cañafístola como a cuatro leguas de Payara, me adelanté a su encuentro, acompañado de los principales jefes de mi ejército. Apenas me vio a lo lejos montó inmediatamente a caballo para salir a recibirme y al encontrarnos echamos pie a tierra y con muestras del mayor contento nos dimos un estrecho abrazo (...) Hallábase entonces Bolívar en lo más florido de sus años y en la fuerza de la escasa robustez que suele dar la vida ciudadana. Su estatura, sin ser procerosa, era no obstante suficientemente elevada para que no la desdeñase el escultor que quisiera representar a un héroe; sus dos principales distintivos consistían en la excesiva movilidad del cuerpo y el brillo de los ojos, que eran negros, vivos, penetrantes e inquietos, con mirar de águila, circunstancias que suplían con ventaja lo que a la estatura faltaba para sobresalir entre sus acompañantes (...) A pesar de la agitada vida que hasta entonces había llevado, capaz de desmedrar la más robusta constitución, se mantenía sano y lleno de vigor; el humor alegre y jovial,

el carácter apacible en el trato familiar; impetuoso y dominador cuando se trataba de acometer empresa de importante resultado; hermanando así lo afable del cortesano con lo fogoso del guerrero (...) En el campamento mantenía el buen humor con oportunos chistes; pero en las marchas se le veía siempre algo inquieto y procuraba distraer su impaciencia entonando canciones patrióticas. Amigo del combate, acaso lo prodigaba demasiado y, mientras duraba, tenía la mayor serenidad. Para contener a los derrotados, no escaseaba ni el ejemplo, ni la voz ni la espada.

Sobre la campaña que iban a emprender en los Llanos, señala Páez:

Bolívar traía consigo la táctica que se aprende en los libros y que ya había puesto en práctica en los campos de batalla. Nosotros, por nuestra parte, íbamos a prestarle la experiencia adquirida en lugares donde se hace necesario a cada paso variar los planes concebidos de antemano y obrar según las modificaciones del terreno en que se opera.

A los pocos días, gracias a una hazaña de Páez y sus lanceros, pasaron el río las tropas de Bolívar, para comenzar la campaña en pleno plano. El 12 de febrero fue sitiada la plaza de Carabobo. El boletín de esa fecha dice:

En medio de inmensas llanuras el general Morillo se ha visto sorprender por un ejército enemigo que ha hecho más de trescientas leguas de marcha (...) Morillo escapó de la acción con la mayor dificultad

(...) El jefe pacificador de la América del Sur está encerrado en el centro de Venezuela por el efecto de su propia impericia y de nuestra extraordinaria celeridad (...) Nada es comparable al arrojo de nuestras tropas de caballería. Ellas solas lo han hecho todo con dos compañías de infantería del batallón Barcelona. Los generales Sedeño, Monagas y Páez han hecho prodigios de valor. Estos tres jefes han aumentado en este día el brillo de su antigua reputación.

Casi no puede haber duda de que la redacción de ese boletín fue de Bolívar<sup>140</sup>.

En el boletín del 17 de febrero se refiere que Morillo quedó bloqueado en Calabozo y el 14 abandonó la plaza, en camino a El Sombrero. Perseguido, Morillo perdió entre el 14 y el 17 de febrero, 800 hombres. En esta fecha dictó Bolívar un decreto de amnistía a los americanos que hubiesen servido a los realistas. En marzo tomó Páez a San Fernando, después de haber obtenido algunos triunfos. En el boletín del 28 de marzo se indicaba, a propósito de un encuentro que resultó muy recordado: “El pequeño suceso de Semen persuadió al enemigo que nuestra retirada era una derrota y tuvo la temeridad de hacer dos marchas en el Llano, sólo para dar un nuevo testimonio de su importancia.” Bolívar estuvo en Calabozo, dirigiendo las operaciones generales y

140. Páez describe en su *Autobiografía* su encuentro con Bolívar en la página 139 y siguientes. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, II: 346. Parra Pérez (1952, I: 451 y 454) dice: “La fuerza que Bolívar conducía montaba a cerca de 3.000 hombres, de los cuales había 2.000 infantes; la caballería estaba armada de lanzas y de la infantería había sólo 1.400 con fusiles y el resto con flechas. La división del General Páez consistía de 1.000 caballos y 250 peones. En Cañafístola, el día (...) se vieron por primera vez Bolívar y Páez. El encuentro (...) en San Juan de Payara (...) fue un acontecimiento decisivo, no sólo para la organización de Venezuela y éxito futuro de la guerra, sino para la historia entera de Venezuela.”

distribuyendo labores, hasta el 7 de abril, cuando salió otra vez a campaña. En la primera quincena de junio obtuvo Páez un buen triunfo en Cojedes y volvió a Apure a remontar su caballería. En Oriente estuvo muy ocupada la escuadra de Brión. En julio de 1818 estaban muy activas las guerrillas de los Llanos a pesar de la creciente general de los ríos. “Mi división ó describió Bolívar permanece en sus posiciones sobre toda la costa del Apure. Las guerrillas giran por todas partes avanzándose hasta muy adentro, y causan bastante estrago al enemigo. Apenas pasa día en que no manden prisioneros...” Zaraza estaba en los llamados Llanos de Caracas, sin posición fija. En julio regresó el Libertador a Angostura, para ocuparse en otras labores. Páez participó en agosto que había cubierto de guerrillas toda la provincia de Barinas y toda la parte del Llano Bajo de Caracas. Los jefes realistas avanzaban y retrocedían acosados por los guerrilleros de Páez. Las guerrillas de Zaraza actuaban en la región de Orituco, y las de Monagas en las inmediaciones de Aragua de Barcelona. En septiembre recibió Bermúdez la misión de actuar en el oriente, con el objeto de dominar el golfo Triste. El boletín del 15 de octubre comunicaba:

Los destacamentos y guerrillas de la brigada del señor general Zaraza han tenido frecuentes encuentros con partidas enemigas en los distritos de Chaguaramal, Orituco, Chaguaramas y Calvario, de que siempre hemos resultado victoriosos, privando al enemigo la saca de ganados y quitándoles los que cogen, sus caballos de madrinas y hasta los que montan, matándoles los jefes de guerrillas.

Páez tuvo un año muy activo. Estuvo en desacuerdo con Bolívar durante el medio año que este pasó en campaña, por su tendencia a tratar de invadir el centro de la República y por algunas cuestiones tácticas. Cuenta Páez en su *Autobiografía* el episodio del Rincón de los Toros, donde se cometió un atentado contra la vida del Libertador. A propósito de ciertos reproches y comentarios realizados después de la independencia por algunos historiadores, dice Páez:

Nadie se llevará a mal que insista cuantas veces lo crea necesario, en defender al ejército que tuvo la honra de mandar, y que me empeñe en probar que a él debió en gran parte Colombia el triunfo de su independencia. Efectivamente, las tropas de Casanare, compuestas de granadinos y venezolanos, venciendo la obstinación de los apureños en Palmarito, Mata de la Miel, Mantecal y Yagual, y unidas después a estos en la acción de Mucuritas, salvaron sin duda alguna la causa de los patriotas (...) ¿Por qué el empeño de Morillo de concentrar toda su atención y por tres veces venir con todas sus fuerzas contra los defensores de Apure? (...) No hay, pues, exageración al aseverar que en Apure se estuvo jugando la suerte de Colombia, porque perdida cualquiera de las batallas citadas, era en extremo dudoso el triunfo de la causa independiente<sup>141</sup>.

Como se ha visto, Páez utilizaba una mezcla de lucha de su ejército con guerrillas y los españoles procedían en forma semejante. Por eso nos hemos referido a la campaña de 1818. La historia de Venezuela ha sido concebida por la

141. Los boletines sobre la campaña de los Llanos, en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, II: 346-362. Consúltese la *Autobiografía* de Páez para lo referente a su actividad en 1818.

mayor parte de los especialistas en ella como una sucesión de grandes batallas a propósito de lo cual ensalzan a los grandes dirigentes. Si en muchos casos merecen elogios, no menos deben ser destinados al pueblo, a los soldados que vivían en la forma como lo hemos visto en las descripciones de muy diferentes observadores. Además, hubo una guerra permanente de 1813 a 1814 y después, de 1816 a 1821, en la cual tuvieron extraordinaria importancia las guerrillas, encargadas de la lucha consuetudinaria, tanto contra los ejércitos imperialistas como contra las guerrillas emprendidas permanentemente, quizá aleccionados por la experiencia de España durante la guerra contra Napoleón.

En 1814, cuando ya la situación bélica no permitía enmienda, Bolívar había concebido el propósito de mejorar las tropas con un contingente de soldados ingleses, de los que se podían contratar con relativa facilidad después de las guerras napoleónicas. En 1817, comisionó a los coroneles English y Elsom para reclutar gente en Europa y en febrero de 1818 el vicepresidente Zea, cuando Bolívar estaba en la campaña de los Llanos, envió al almirante Brión para que trasladase desde las Antillas los extranjeros que se hubiesen contratado, gracias a las gestiones de los dichos coroneles y del representante de Venezuela en Inglaterra, Luis López Méndez. Así, a principios de marzo de 1818, llegaron a Angostura una brigada de artillería y cuatro regimientos ingleses. Bolívar deseaba reforzar la infantería y la artillería, pues en cuanto a la caballería no podían compararse los combatientes de Morillo con los llaneros de Páez, Sedeño, Zaraza o Monagas. Cuando el Libertador regresó a Angostura tenía entre sus propósitos el de organizar a los mercenarios recién llegados y distribuirlos adecuadamente entre las tropas del Llano.

También la Marina de Brión se vio reforzada en Margarita, donde estableció las oficinas del Almirantazgo. Llegó a la isla el capitán Nicolás Joly, de la Marina mexicana, con un corsario de su propiedad y cinco presas, dos goletas y dos balandras, capturadas a los españoles. Joly se incorporó a la marina comandada por Brión, donde desempeñó intensas misiones. En agosto fue nombrado Santander comandante de la vanguardia del Ejército Libertador de la Nueva Granada en Casanare, donde ya había actuado y hacia donde partió con los elementos necesarios. Ya Bolívar pensaba en trasladar la guerra más allá de Venezuela.

Durante su campaña de los Llanos, Bolívar publicó en Villa de Cura, el 11 de marzo de 1818, un llamamiento a los habitantes de los Valles de Aragua y convocó a los antiguos esclavos, ahora hombres libres, a luchar por la libertad. Ordenó también que se formasen cuerpos cívicos en todos los pueblos y villas. El 13 de marzo, desde La Victoria, llamó a filas a todos los ciudadanos libres, incluidos los antiguos esclavos. El 14 de marzo se dirigió desde El Consejo, a los habitantes de los Valles del Tuy convocando al servicio a todos los hombres libres, con inclusión de quienes habían sido esclavos.

El 18 de junio, en Angostura, firmó un decreto prohibiendo la antigua moneda acuñada por orden de Páez, fuera de la provincia de Barinas. El 2 de julio decretó penas para los contrabandistas y al día siguiente reglamentó las funciones de los gobernadores políticos y de los militares. El 7 de julio decretó Bolívar la prohibición de alistar extranjeros sin su consentimiento y el 20 de septiembre emitió otro decreto relativo al del 10 de octubre. Establecía que sólo podrían

recibir las recompensas pautadas allí, los militares que hubieran servido cuando menos dos años en el ejército, con excepción de quienes hubieran perdido algún miembro o quedado inválidos a causa de la guerra. Reglamentó el pago de alcabalas el 17 de octubre y ordenó el 2 de noviembre la recolección de las monedas viejas. Procuraba la unidad del sistema monetario. Desempeñaba el Libertador multitud de actividades: jefe de la guerra, presidente de la República, guía administrativo y económico. No fue la menor de sus labores en 1818 la creación del *Correo del Orinoco*, semanario que completaba sus proyectos organizativos y de relaciones nacionales e internacionales. El primer número apareció el 27 de junio. Respondía a un pensamiento de Bolívar: “La prensa es la artillería del pensamiento.” Escribió también que “la imprenta es tan útil como los pertrechos”. El historiador Restrepo reconoció el valor del periódico guayanés así: “El *Correo del Orinoco* ganó más batallas, hizo más prosélitos, que las memorables jornadas de nuestra Guerra de la Independencia.”<sup>142</sup>

El 10 de octubre reunió Bolívar al Consejo de Estado y nombró presidente al general Urdaneta. El 22 convocó Bolívar a un Congreso que se reuniría en Angostura, para consolidar la estructura de la República. Fue publicado un reglamento para que en cada división del ejército se celebrasen elecciones primarias y secundarias, para elegir a los diputados. En Margarita y Guayana, como provincias libres, las elecciones se harían por parroquias, con cinco diputados por cada una de ellas. Se convocaba al Congreso para el 1º de enero de 1819. En

142. Sobre la legión británica: *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, II: 284 y los capítulos de Yanes consagrados a los años 1817 y 1818. Acerca de los decretos del Libertador en 1818, véase *Decretos del Libertador*, 1961, I: 123-135. Sobre el *Correo del Orinoco* y su historia, Febres Cordero, 1964.

oriente, Arismendi, Bermúdez y Brión enviaron una expedición contra Cumaná. En Casanare, Santander sentó las bases de un ejército que serviría a Bolívar al año siguiente. Esta región, a pesar de que se consideraba como de la Nueva Granada, en las circunstancias de la guerra nombró diputados al Congreso. Fueron electos el doctor Francisco Antonio Zea, el doctor José María Salazar, el coronel José María Vergara, el teniente coronel Antonio Morales y suplentes el coronel fray Ignacio Mariño, el doctor Ignacio Muñoz, Francisco Escobar, Francisco Javier Yanes y el presbítero Domingo Antonio Vargas.

El 20 de noviembre se reunieron el Consejo de Estado, la Alta Corte de Justicia, el gobernador del Arzobispado y el Estado Mayor General. Conocieron la noticia de que España había recurrido a las potencias de la Santa Alianza para que sirvieran como intermediarias para hacer una paz mediante la cual se conservase el sistema colonial. Fue acordada una Declaración de la República de Venezuela que suscribió Bolívar como jefe supremo de la República. Comenzaba así:

Considerando que cuando el gobierno español solicita la mediación de las altas potencias para restablecer su autoridad, a título de reconciliación sobre los pueblos libres e independientes de América, conviene declarar a la faz del mundo los sentimientos y decisión de Venezuela.

Con fundamento en 10 consideraciones, fue declarado “que la República de Venezuela por derecho divino y humano, está emancipada de la nación española, y constituida en un estado independiente, libre y soberano”. Seguían otros seis puntos y en el séptimo se afirmó:

Últimamente declara la República de Venezuela que desde el 19 de abril de 1810, está combatiendo por sus derechos; que ha derramado la mayor parte de la sangre de sus hijos; que ha sacrificado todos sus bienes, todos sus goces y cuanto es caro y sagrado entre los hombres por recobrar sus derechos soberanos y que por mantenerlos ilesos, como la divina providencia se los ha concedido, está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo, se empeñan en encorvarla bajo el yugo español.

En diciembre salió Bolívar hacia Apure. Morales iba en esa dirección. Pasó revista en San Juan de Payara al ejército y la división de Sedeño y dejó 2.000 hombres de infantería y 2.000 de caballería a las órdenes de Páez. Regresó a Angostura para instalar el Congreso. Pero este no pudo abrir sus sesiones sino el 15 de febrero.

Como durante el proceso de la liberación todo el pueblo estuvo permanentemente en armas, no podía ser excluido el ejército de la función electoral. La capacidad de elector estuvo desde 1811 condicionada, pero ninguna cláusula excluyó a los militares, si cumplían las regulaciones generales y, además, otras de acuerdo con su posición militar. Votaban para el Congreso de Angostura, según el reglamento de elecciones, en su artículo 8º, “todos los oficiales, sargentos y cabos, aunque carezcan de los fondos raíces o equivalentes designados en esta insurrección...” En los dos primeros artículos quedaba señalada la condición de votante así:

Art. 2. Todo hombre libre tendrá derecho de sufragio, si además de esta calidad fuere ciudadano de Venezuela, mayor de 21 años siendo soltero, o menor, siendo casado; y si cualquiera que sea su estado, tuviere una propiedad de cualquiera clase de bienes raíces o profesare alguna ciencia o arte liberal, o mecánica.

El artículo 4º salvaguardaba los derechos de aquellos cuyas propiedades estaban en poder del enemigo. Como estímulo a los combatientes, el artículo 9º establecía una excepción honrosa: “Serán también sufragantes todos los inválidos que hayan contraído esta inhabilidad combatiendo en favor de la República, siempre que no adolezcan de los vicios y nulidades personales que privan este honor.” El reglamento electoral de 1818 fue más democrático que las disposiciones electorales de la Constitución de 1811, debido en gran parte a la circunstancia bélica: la mayor parte de los venezolanos patriotas estaban en el ejército. En 1818 rigió el sufragio directo. En 1811 había sido de dos grados, pues los ciudadanos que llenaban los requisitos señalados entonces escogían los miembros de una congregación parroquial, es decir, a electores parroquiales que en segundo grado elegían a los representantes. Además, no se establecía en la primera Constitución el derecho a voto a los menores de 21 años casados y se pedía un minimum en el valor de lo poseído por el elector, en tanto que en 1818 se establecía el derecho para todo el que tuviese “una propiedad de cualquiera clase de bienes raíces” sin establecer su valor. Las exigencias para los que podían ser miembros de las congregaciones electorales, es decir, para los electores en segundo grado, habían sido muy altas, en 1811, lo cual reducía mucho el valor popular del sufragio.

Para ser diputado en 1818 se requería tener 21 años, “un patriotismo a toda prueba”, lo que significaba la incorporación de un valor muy concreto, aunque ahora podría parecer de tipo subjetivo; “gozar de una propiedad de cualquiera clase” y residir en las provincias venezolanas.

Las elecciones se realizaron con dos tipos de circunscripciones: por parroquias en Guayana y Margarita, que estaban totalmente en manos de los patriotas, y donde regían el orden político y administrativo que tenía centro en Angostura, y por divisiones militares en el resto de las provincias. Se estableció una especie de transitorio en el artículo 20, en el cual se dispuso que las circunscripciones electorales en Casanare se organizarían según el estado de esa provincia, o por parroquias, como en Guayana y Margarita, o en forma mixta, por parroquias y divisiones militares. La autoridad suprema electoral era el jefe militar de cada provincia. Se acordó que Mérida y Trujillo, en Venezuela, o cualquiera otra provincia en la Nueva Granada, podrían organizarse, cuando logran condiciones adecuadas para la función electoral, como quedaba dispuesto para Casanare. El reglamento electoral procedía de hecho a la fusión de Venezuela y Nueva Granada. Ya había tenido largamente un estatus intermedio Casanare. Muestra de cómo se procedió en los ejércitos es la comunicación de Santiago Mariño, desde su cuartel general en El Pao, el 4 de enero de 1819, al Consejo de Gobierno:

Exmo. Señor: Tengo el honor de acusar a V.E. recibo de su comunicación del 1º del corriente, en que me pide informe sobre las elecciones de los diputados que debe dar la provincia de Cumaná para el Segundo Congreso de Venezuela. La orden para el nombramiento de

dichos diputados llegó a mis manos desgraciadamente en los momentos de mi marcha a esta provincia, y sin embargo de lo angustiado del tiempo, penetrado de la importancia de la instalación del Congreso, dispuso que votase la división que marchaba conmigo, cuya pluralidad recayó en el Dr. Francisco Antonio Zea, en el general Tomás Montilla, General Rafael Guevara, General Rafael Urdaneta y ciudadano Diego Vallenilla, pero como faltaba la votación de otros cuerpos que no estaban presentes, y la de los pueblos, quedó comisionado el General Rojas para concluirla y remitirla a V.E. inmediatamente. Con esta fecha he repetido a aquel General la orden de concluir las elecciones referidas en caso de no estarlo aún, y dirigir las a V.E.; como también que los diputados que resulten nombrados y que se encuentren allí, marchen a esa capital inmediatamente.

Fue expresión de la estructura combatiente de la República el que resultasen electos para el Congreso 11 militares, entre ellos los generales Pedro León Torres, Santiago Mariño, Tomás Montilla, Rafael Urdaneta, quienes eran veteranos actores en la contienda por la libertad. Entre los civiles, fueron nombrados por el voto militar y civil, hombres de gran dedicación política y de resaltantes capacidades intelectuales: Fernando Peñalver, Juan Germán Roscio, Diego Bautista Urbaneja y los granadinos Francisco Antonio Zea, José María Vergara y José María Zalazar. Ello significó la concurrencia de veteranos militares, algunos de los cuales, como Mariño, habían desempeñado funciones políticas, organizativas y diplomáticas, y de representantes de los criollos en Venezuela, como Peñalver y Urbaneja, y de los criollos de Nueva Granada

como Zea y Vergara. Estaban expresadas diversas tendencias: la federalista, de la cual era permanente portador Mariño, la centralista, por boca del propio Bolívar y sus representantes allegados, las gratas a los militares veteranos, como Urdaneta, y las propias de juristas experimentados como Juan Germán Roscio. Algunos han querido ver en el Congreso de Angostura una hechura de Bolívar. Él actuó como factor de impulso, mas se reunieron allí muy diversos criterios correspondientes a sectores e intereses diferentes, todos, sí, con el propósito común de la independencia<sup>143</sup>.

El 15 de febrero comenzaron las sesiones del Congreso, con 26 diputados, pues los cuatro restantes no pudieron llegar a tiempo. Fue electo presidente Francisco Antonio Zea y se confirmaron a Bolívar “todos los grados y empleos conferidos por él mismo durante su Gobierno”. El discurso del Libertador en Angostura es una de sus piezas memorables, estudiada comúnmente, como ha sido costumbre de historiadores idealistas, más como una pieza filosófica y literaria que como un documento político que reflejaba muy variados aspectos, no sólo de las concepciones políticas de Bolívar, sino de la realidad que él representaba. Otra vez, como en la *Carta de Jamaica*, por su voz habló su clase social, en sus palabras estuvieron las quejas de los mantuanos, en sus proposiciones la búsqueda de una estabilidad que los criollos no sabían todavía cómo se podría obtener, en vista de las duras contradicciones que venían enfrentando desde 1810.

En el discurso de Angostura Bolívar tuvo, como en muchos de sus discursos y escritos, clara conciencia de su papel como individuo. Los hombres geniales, antes de las concep-

143. Véase el “Reglamento de Elecciones para el Congreso de 1819” y “El Ejército Libertador participa en las elecciones”, en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, III: 5, 11.

ciones científicas de la sociedad que nos permiten hoy día juzgar con propiedad el papel de los individuos en la historia, tuvieron en muchos casos la visión cabal de su papel histórico. Goethe en sus conversaciones con Eckerman, le expresaba su convicción de que él simplemente había sido el resultado de largas búsquedas científicas y literarias. Él se consideraba como una especie de síntesis de la ciencia y de las artes del tiempo que vivía. Bolívar dijo muchas veces algo parecido, con clarísimo conocimiento de los factores históricos. En Angostura declaró su certera opinión ante el Congreso:

En medio de este piélago de angustias, no he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebató como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos...

Como en la *Carta de Jamaica*, volvió Bolívar a una correcta interpretación histórica:

Queréis conocer los autores de los acontecimientos pasados y del orden actual? Consultad los anales de España, de América, de Venezuela; examinad las Leyes de Indias, el régimen de los antiguos mandatarios, la influencia de la religión y del dominio extranjero; observad los primeros actos del Gobierno Republicano, la ferocidad de nuestros enemigos y el carácter nacional...

Repitió, con entera claridad, el examen del colonizado que había hecho en Jamaica:

Unido el Pueblo Americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio —señaló— no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud. Discípulos de tan perniciosos maestros, las lecciones que hemos recibido y los ejemplos que hemos estudiado, son los más destructores. Por el engaño se nos ha dominado más que por la fuerza; y por el vicio se nos ha degradado más bien que por la superstición...

Con brutal franqueza expuso el caso de su clase social, habló como un mantuano de pura cepa, en lucha por los privilegios del poder, cuando afirmó:

Americanos por nacimiento y europeos por derechos, nos hallamos en el conflicto de disputar a los naturales los títulos de posesión y de mantenernos en el país que nos vio nacer, contra la oposición de los invasores; así nuestro caso es el más extraordinario y complicado...

Como se ve, sólo generalizaba hablando en nombre de los “americanos”. Pero era su clase, por quien había presentado la extensa queja de la Carta de Jamaica, la que se hallaba en el dilema y lo declaró más vivamente a continuación:

Todavía hay más; nuestra suerte ha sido siempre puramente pasiva, nuestra existencia política ha sido siempre nula y nos hallamos en tanta más dificultad para alcanzar la Libertad, cuanto que estábamos colocados en un grado inferior al de la servidumbre; porque no solamente se nos había robado la libertad, sino también la tiranía activa y doméstica (...) La

América todo lo recibía de España que realmente la había privado del goce y ejercicio de la tiranía activa; no permitiéndonos sus funciones en nuestros asuntos domésticos y administración interior. Esta abnegación nos había puesto en la imposibilidad de conocer el curso de los negocios públicos; tampoco gozábamos de la consideración personal que inspira el brillo del poder a los ojos de la multitud, y que es de tanta importancia en las grandes Revoluciones...

¿Es posible un lenguaje más claro sobre las ambiciones de una clase que deseaba el manejo completo de la riqueza, del gobierno, del poder sobre todos los sectores que denominó “la tiranía activa y doméstica”?

Después discutió los defectos del federalismo, al cual decía venerar si lo usaban sociedades aptas para administrarlo, recomendó prudencia a los legisladores y los exhortó diciendo: “No aspiremos a lo imposible, no sea que por elevarnos sobre la región de la Libertad, descendamos a la región de la tiranía...” Expuso su proyecto de un Senado hereditario, por el cual lucharía también en años siguientes, e invitó a realizar una tarea educativa que fuera haciendo aptos a los representados en el Congreso, para el disfrute de las libertades. “La educación popular —afirmó— debe ser el cuidado primogénito del amor paternal del Congreso. Moral y luces son los polos de una república. Moral y luces son nuestras primeras necesidades...” En conocimiento ya de las limitaciones del poder, aun dictatorial, defendió su concepto de un poder moral, del cual reconoció que podía ser considerado como “un cándido delirio”. No dejó, con su agudo sentido de la lucha que encabezaba, de informar sobre la situación real de la fuerza combatiente:

Desde la segunda época de la República nuestro ejército carecía de elementos militares. Siempre ha estado desarmado; siempre le han faltado municiones; siempre ha estado mal equipado. Ahora los soldados defensores de la independencia no solamente están armados de justicia, sino también de la fuerza. Tan grandes ventajas las debemos a la liberalidad sin límites de algunos generosos extranjeros que han visto gemir la humanidad y sucumbir la causa de la razón, y no la han visto tranquilos espectadores, sino que han volado con sus protectores auxilios, y han prestado a la República cuanto ella necesitaba para hacer triunfar sus principios filantrópicos. Estos amigos de la humanidad son los genios custodios de la América...

¿Por qué no dio Bolívar abiertamente el nombre de Pétion, el más generoso, el más constante, el más noble de todos los “genios custodios”? Informó Bolívar al Congreso que ya todos los venezolanos estaban unidos en la pelea por la liberación, que había decretado recompensas para los heroicos luchadores en los campos de batalla y declaró como producto del “voto uniforme de los pueblos” y de la guerra la necesidad de unirse con la Nueva Granada “en un grande estado”. Reiteró su decreto de Carúpano y de Ocumare así:

La atroz e impía esclavitud cubría con su negro manto la tierra de Venezuela y nuestro cielo se hallaba recargado de tempestuosas nubes, que amenazaban un diluvio de fuego. Yo imploré la protección del Dios de la humanidad, y luego la rendición disipó las tempestades. La esclavitud rompió sus grillos, y Ve-

nezuela se ha visto rodeada de buenos hijos, de hijos agradecidos que han convertido los instrumentos de su cautiverio en armas de Libertad. Sí, los que antes eran esclavos ya son libres; los que antes eran enemigos de una Madrastra, ya son defensores de una patria. Encareceros la justicia, la necesidad y la beneficencia de esta medida es superfluo cuando vosotros sabéis la historia de los Hilotas, de Espartaco y de Haití; cuando vosotros sabéis que no se puede ser libre y esclavo a la vez, sino violando a la vez las leyes naturales, las leyes políticas y las leyes civiles. Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis Estatutos y Decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los Esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República.

Al hablar así, Bolívar en realidad imploraba la vida de la República, porque ella no podría existir sin que todos sus hijos combatieran para libertarla y sostenerla. Era una de las modalidades de Bolívar en su busca de la unidad de todos los sectores frente a los colonialistas, independientemente de que sin duda sus conceptos políticos lo llevaban también al convencimiento de que era injusta la esclavitud<sup>144</sup>.

El 20 de marzo de 1819, el Congreso autorizó al presidente para que, hallándose en campaña, ejerciese una autoridad absoluta e ilimitada en la provincia donde estuviera el teatro de

144. Sobre la organización del Congreso de Angostura han escrito los historiadores. Son interesantes las noticias de dos contemporáneos de ese hecho: Yanes y O'Leary. El discurso de Angostura se encuentra en las *Obras completas* de Bolívar y en casi todas las obras de historia referentes a Bolívar y sus escritos. Germán Carrera Damas ha publicado un trabajo sobre el discurso titulado *El Discurso de Bolívar en Angostura: proceso al federalismo y al pueblo, con una interpretación peculiar. Se encuentra en su obra Validación del pasado, 1975*. Publica como anexo el discurso, subdividido en párrafos para facilitar el seguimiento de su interpretación.

operaciones. Bolívar partió hacia el Cunaviche, en busca de las tropas de Páez. Morillo estaba en campaña y había lanzado en febrero una proclama a los habitantes de Apure y de Arauca y otra, especial, a los ingleses recién llegados al ejército patriota. El 11 de marzo llegó Bolívar a Araguaquén, donde estaba el general Anzoátegui con la infantería, muy paciente, según dice O'Leary, en las mayores fatigas sufridas hasta ese momento en la campaña. A propósito de la infantería escribe este autor:

El llanero, hombre de a caballo, mira con marcado desprecio al soldado de a pie y este sentimiento se aumenta y cobra las proporciones de absoluto disgusto, cuando ve que está obligado a sostener al peón su camarada, con sus fatigas y trabajo personal. Para vengarse, el ganado que destinaba para la infantería era generalmente el de peor calidad, y el infeliz infante tenía que contentarse por toda ración con dos libras de esta miserable carne. No había pan ni cosa que lo sustituyese, a ningún precio, ni sal, sin la cual la carne era no sólo insípida, sino insalubre, para el recluta indígena de Guayana. Si este alimento diario era poco apetitoso para el soldado criollo, éralo menos y con sobra de razón, para el oficial británico, quien, sin embargo, soportaba con la más laudable resignación todas esas penalidades. En las circunstancias más difíciles y en presencia de los mayores peligros, demostraron los oficiales ingleses la más noble perseverancia y fidelidad a la causa que habían abrazado.

La estampa de Bolívar entonces sería aproximadamente como lo había visto Wavel, legionario inglés, algunos meses antes, en 1818, en los mismos Llanos:

El equipo de Bolívar respondía perfectamente a los escasos recursos del ejército patriota. Llevaba un casco de dragón raso, vestía una blusa de pañol azul, con alamares rojos y tres filas de botones dorados; un pantalón de paño tosco, del mismo color que la blusa y calzaba alpargatas. Empuñaba una lanza ligera, con una banderola negra, en la que se veían bordados una calavera y unos huesos en corva, con esta divisa: “Muerte o Libertad”. Innúmeros oficiales que rodeaban a Bolívar eran de color; no así los generales Páez y Urdaneta (...) Pocos llevaban uniformes militares. Vestían generalmente una camisa hecha como de varios trozos de pañuelos de diversos colores, de mangas anchas; amplios calzones blancos en bastante mal estado, que les llegaban hasta las rodillas y sombreros hechos con hojas de palmera y adornados con vistosas plumas. Aunque los más de estos oficiales, por las circunstancias, careciesen de zapatos, todos, sin excepción, llevaban grandes espuelas de plata o de cobre, de 4 pulgadas de diámetro y algunas de mayores dimensiones todavía. Bajo los sombreros llevaban pañuelos de seda o de algodón, para preservarse la cara de los ardores del sol, aunque pareciese que los amplios sombreros bastasen para el caso (...) Algunos, hasta casi negros, no soportaban el calor mejor que los ingleses...

Bolívar no concentraba la actividad guerrera en esta época. En diversos lugares actuaban fuerzas importantes, más por su organización y su destreza y conocimiento del medio en donde servían, que por su número. La escuadra había aumentado con la llegada de Joly y la incorporación de otros

corsarios. Tenía dos centros, en Angostura y en Margarita, organizados por Brión. Bermúdez de nuevo estaba en Maturrín, aunque sin gran número de soldados. Mariño defendía a Angostura, con la cooperación de Zaraza, activo en los Llanos de Barcelona, y Monagas andaba por el Guárico. El conjunto de las tres fuerzas se denominaba ejército de oriente. Urdaneta estaba en Margarita, en espera del momento propicio para invadir la Costa Firme, como jefe de los legionarios extranjeros. En Casanare organizaba un ejército Santander y en los Llanos de Apure peleaban numerosas guerrillas al mando de Páez. Este, con su ejército, tenía a veces como centro a San Juan de Payara, pero constantemente movía sus tropas de acuerdo con la correlación de fuerzas frente a Morillo, quien lo perseguía incesantemente. El 2 de abril obtuvo Páez la celebrada victoria de las Queseras del Medio, en la cual, frente al grueso del ejército de Morillo, 150 patriotas dieron muerte a más de 400 españoles, sin que las condiciones del terreno, de la caballería y de la colocación de los ejércitos, permitieran defenderlos al grueso de las fuerzas. El 3 de abril dirigió Bolívar una proclama al Ejército de Apure. “Soldados! —señalaba— Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que pueda celebrar la historia militar de las naciones...” Y concluía: “Soldados! lo que se ha hecho no es más que un preludio de lo que podéis hacer. Preparaos al combate y contad con la victoria que lleváis en las puntas de vuestras lanzas y de vuestras bayonetas”.

El año de 1819 fue de gran intensidad en los combates de los Llanos. Bolívar contó a Guillermo White el 4 de abril de ese año, el propósito, que era el de todos los miembros del Estado Mayor, de no dar ninguna batalla campal hasta cuando fueran propicias las circunstancias.

Páez asegura en su *Autobiografía* que él fue el autor de tal idea. En una reunión del Estado Mayor recordada por él, se trató el asunto.

A más de las razones —dice— que yo había comunicado a Bolívar y que repetí entonces, añadí que debíamos hacer todo lo posible por no exponer a Guayana, único punto por donde estábamos recibiendo recursos del extranjero; conservar la infantería, porque si era destruida por Morillo verificaría impunemente su marcha sobre aquel punto (...) y sobre todo, que debíamos tratar de conservar, siquiera por un año, un ejército para inspirar confianza a los patriotas. Después de la conferencia, Bolívar, siguiendo la opinión de la junta, dispuso que pasáramos el Arauca para evitar el compromiso de un encuentro con el enemigo...

Páez durante este año y después, mantuvo siempre puntos de divergencia con Bolívar, lo cual citamos, no como ilustración subjetiva, sino para recordar que la independencia fue una obra colectiva, con un extraordinario guía general, Bolívar, pero con ejércitos, guerrillas, jefes, con diferentes concepciones. Parte de la gran tarea del Libertador fue el logro de la unidad combatiente que superase las inevitables diferencias. Páez aseguró también que él fue el inspirador de la marcha de Bolívar a la Nueva Granada por Casanare. Este resolvió que Páez pasase a Guasdualito mientras él iba a Barinas, lo cual tampoco pareció adecuado al jefe llanero. Cuando se dirigía al occidente, encontró al general Jacinto Lara, enviado por Santander desde Casanare. Una junta presi-

dida por Bolívar ó a la cual asistieron Anzoátegui, Pedro León Torres, Rangel, Iribarren, Pedro Briceño Méndez, Ambrosio Plaza y Manriqueó aprobó por unanimidad el traslado de Bolívar a la Nueva Granada para abrir desde allí una campaña. Santander había explicado en mensaje transmitido por Lara, que Barreiro había entrado con la división realista que encabezaba, hasta Pore y se había retirado prontamente. Decía a Bolívar:

La justicia exige que yo manifieste a V.E. y al mundo, el interés y entusiasmo de los habitantes de Casanare por su independencia. Todos han venido al ejército sin ser llamados, y desertores antiguos, que no se habían presentado a favor de los indultos, han aparecido con la invasión de los enemigos. Las poblaciones han sido abandonadas absolutamente y ni una sola persona ha estado entre ellos. Casanare es digna de la libertad que ha comprado a bien caro precio.

Comenta Yanes:

Tan lisonjero informe, la retirada de Morillo, bien desengañado en su impotencia, la entrada del invierno que le impedía volver a obrar en los Llanos; la consideración de que Mariño estaba obrando sobre las provincias de Cumaná, Barcelona y Caracas, según las órdenes que se le habían comunicado; todo esto determinó a Bolívar a llevar a efecto el proyecto que había concebido de libertar a la Nueva Granada del yugo de sus opresores y abrir una nueva campaña.

Bolívar partió el 23 de mayo con la división de Anzoátegui y la legión británica, hacia Guasualito, donde encontró a Páez quien debía colaborar según las instrucciones del Libertador. En brevísimo resumen, Yanes relata la extensa travesía y batallas de Bolívar así:

El 4 de junio pasó el Arauca y el 11 se vio con Santander en Tame; el 22 dejó los llanos de Casanare y siguió por la montaña; el 27 el cuerpo de vanguardia, mandado por Santander, triunfó de las primeras tropas realistas en Paya; el 5 de julio apareció el ejército libertador en las provincias internas, el 11 batió a la división de Barreiro en Gámeza, el 25 fue derrotado el ejército realista en la batalla de Pantano de Vargas; el republicano regresó a su posición de Bonza y el 6 por un rápido movimiento de flanco se apoderó de la ciudad de Tunja; el 7 dio una batalla campal cerca del puente de Boyacá, en que fue completamente destruido Barreiro y el ejército de 3.000 hombres que mandaba y el día 9 entró Bolívar triunfante en la capital de Santa Fe de Bogotá, entre las aclamaciones de mi pueblo que, después de tres años de la más cruel opresión, se vio libre, casi de improviso, a los 15 días de su salida del Mantecal, quedando desde entonces asegurada la independencia de la Nueva Granada.

Algunas de las fases de esa relampagueante campaña son de interés, especialmente el paso de los Andes, donde el ejército sufrió indeciblemente. El ejército estuvo compuesto por cuatro batallones de infantería con 1.300 hombres y tres escuadrones con un total de 800. La tropa no conocía el destino de la campaña pero se alegraba de entrar en acción.

El día de la partida, el 26 de mayo, comenzó la estación de las lluvias, de modo que ni siquiera la llegada a Casanare fue sencilla. Desde Guasualito envió el Libertador un mensaje al vicepresidente Zea, en Angostura, en el cual explicaba:

Aunque la empresa es fácil, del modo que la anuncié a V.E., para asegurar el resultado he variado las operaciones. En lugar de ir a Cúcuta me dirijo a Casanare con la infantería. Reunido allí con el señor General Santander, ocuparé a Chita, que es la mejor entrada a la Nueva Granada. Entre tanto, el señor General Páez, con una columna de caballería tomará los Valles de Cúcuta y llamará la atención del enemigo hacia allí, lo que facilitará en gran modo la operación, porque obligamos al enemigo, o a concentrar las fuerzas en Sogamoso o a dividir las para atender a todas partes. En el primer caso nos abandona las provincias de Pamplona y Socorro y parte de las de Santa Marta y Tunja. En el segundo, nos será muy fácil batirlo y es más seguro el resultado (...) Luego que hayamos entrado al interior de la Nueva Granada, quedaré yo mandando el ejército todo reunido y el señor General Páez volará a continuar en el mando de esta provincia y del cuerpo de ejército que la cubre. La mayor parte o casi toda nuestra caballería queda aquí obrando en dos divisiones. Una a las órdenes del señor General Torres sitia a San Fernando y defiende el Apure desde Nutrias para abajo. Otra al mando del señor Coronel Aramendi marcha mañana hacia Barinas, a hacer incursiones sobre el enemigo para entretenerlo y sacar todas las ventajas posibles.<sup>145</sup>

145. Wavel, 1973: 39, O'Leary, 1952, I: 536. La carta a White en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, III: 46; Páez: *Autobiografía*, 1946: 179, 191.

Bolívar dejó extensas órdenes escritas a Páez, publicadas por O'Leary, que nunca se cumplieron. No fue Páez hacia Cúcuta. Después, escribió disculpas. Por su parte, Bolívar no había expresado todas las porciones de su plan, o lo cambió repentinamente en Casanare, pues cruzó los Andes por la porción más difícil en lugar de emprender la ruta usual. Fue una sorpresa para los enemigos, basada en la más absoluta discreción con los propios patriotas. A pesar de todas sus precauciones, confrontó problemas con el ejército: el 25 de mayo, antes de partir hacia Guasualito, desertó el escuadrón de húsares. Fue uno de los innumerables casos de huida de los combatientes, cuando se encontraban en áreas por ellos conocidas. La deserción fue suceso frecuente en su campaña de Perú, posteriormente. También hubo intrigas durante la marcha, con el objeto de nombrar otro jefe. Se argüía para impresionar a la tropa, que a Bolívar todo le salía mal, que la mala suerte lo acompañaba siempre. Esto era producto de lo comentado por Mijares a propósito de los años 1816, 1817 y 1818, cuando no lo acompañó el éxito en las campañas bélicas.

El 4 de junio de 1819 entró Bolívar en la provincia de Casanare, de situación política ambigua, a causa de la guerra. Formaba parte del territorio granadino, pero desde 1816 se gobernaba por las leyes venezolanas y había enviado diputados al Congreso de Angostura. Se completó así una primera parte de las jornadas propuestas, en medio de mil dificultades, a causa del invierno. Fueron innumerables las corrientes de agua pasadas en botes de cuero o con ayuda de ellos, pues muchos soldados no sabían nadar; era preciso conservar seco el parque y no había sitios donde acampar cómodamente. Los soldados debían cubrir con su corta frazada el fusil y las municiones de su dotación. A la llegada a

Tame, donde estaba la división de Santander, se levantó el ánimo de los soldados al añadir a la ración de carne simple de todo el trayecto, sal y plátanos.

Nada más necesitaba el soldado —escribe O'Leary—, para olvidar sus penas y para concebir halagüeñas esperanzas de éxito en la campaña, que había comenzado bajo auspicios tan funestos. El ejército se componía de hombres todos jóvenes que no se impresionaban mucho de los cuidados de la vida ni de las fatigas y peligros. El mismo Presidente no había cumplido aún 36 años y gozaba de salud perfecta y de una actividad física y moral asombrosas. Nunca se le oyó quejarse de fatiga, ni aun después de arduos trabajos y de largas marchas en que no pocas veces se ocupaba en ayudar a cargar las mulas y en descargar las canoas o en otras faenas, si impropias del alto rango de primer magistrado, dignas de alabanza en el patriota ferviente y en el soldado fuerte que desatiende todas las humanas conveniencias en servicio de una causa santa. Tratándose de la salud común no había para Bolívar oficio humilde.

Acompañaron a Bolívar en el paso de los Andes, Soublette, Santander, José Antonio Anzoátegui, el coronel Rook y O'Leary, quien narró como testigo el paso de los Andes y toda la campaña.

De Tame a Pore, capital de Casanare, todo el camino estaba inundado —escribe— (...) Los gigantescos Andes, que se consideraban intransitables en esta estación, parecían poner una barrera insuperable a

la marcha del ejército. Durante cuatro días lucharon las tropas con las dificultades de aquellos caminos escabrosos, si es que precipicios escarpados merecen tal nombre. Los llaneros contemplaban con asombro y espanto las estupendas alturas, y se admiraban de que existiese un país tan diferente al suyo. A medida que subían y a cada montaña que trepaban, crecía más y más su sorpresa; porque lo que habían tenido por última cima no era sino el principio de otra y otras más elevadas, desde cuyas cumbres divisaban todavía montes cuyos picos parecían perderse entre las brumas etéreas del firmamento. Hombres acostumbrados en sus pampas a atravesar ríos torrentosos, a domar caballos salvajes y a vencer cuerpo a cuerpo al toro bravío, al cocodrilo y al tigre, se arredraban ahora ante el aspecto de esta naturaleza extraña. Sin esperanzas de vencer tan extraordinarias dificultades, y muertos ya de fatiga los caballos, persuadíanse de que solamente locos pudieran perseverar en el intento, por climas cuya temperatura embargaba sus sentidos y halaba su cuerpo, de que resultó que muchos se desertasen. Las acémilas que conducían las municiones y armas caían bajo el peso de su carga; pocos caballos sobrevivieron a los cinco días de marcha y los que quedaban muertos de la división delantera obstruían el camino y aumentaban las dificultades de la retaguardia. Llovía día y noche incesantemente y el frío aumentaba en proporción del ascenso. El agua fría a que no estaban acostumbradas las tropas, produjo en ellas la diarrea. Un cúmulo de incidentes parecía conjurarse para destruir las esperanzas de Bolívar, que era el único a quien se veía firme, en medio de contratiempos tales que el menor de ellos habría bastado para desanimar a

un corazón menos grande. Reanimaba las tropas con su presencia y con su ejemplo, hablábales de la gloria que les esperaba y de la abundancia que reinaba en el país. Los soldados lo oían con placer y redoblaban sus esfuerzos.

Bolívar envió desde Paya un relato al vicepresidente Zea sobre el viaje del ejército:

Desde Guasualito, donde tuve la satisfacción de escribir a V.E., no había ocurrido novedad importante en el ejército. Todas nuestras operaciones se limitaban a marchar por país amigo, hasta el 21 del presente, en que atacó la vanguardia al destacamento de 300 hombres que tenía aquí el enemigo. Este suceso ha dado principio a la campaña de la Nueva Granada (...) 300 hombres de la más selecta infantería enemiga han sido desalojados de esta posición, tan fuerte por la naturaleza, que 100 hombres son bastantes para detener el paso a 10.000. La ventaja de nuestra victoria se redujo a la ocupación del puesto, sin haber podido perseguir al enemigo (...) Pero no ha sido esta la victoria que más satisfacción ha producido al ejército, ni la que más esfuerzo nos ha costado. La principal dificultad que hemos vencido es la que nos presentaba el camino. Un mes entero hemos marchado por la provincia de Casanare, superando cada día nuevos obstáculos, que parece se redoblaban, al paso que nos adelantábamos en ella (...) Multitud de ríos navegables que inundaban parte del camino que hemos hecho en los Llanos (...) La aspereza de las montañas que hemos atravesado es increíble a quien

no la palpa (...) En cuatro marchas hemos inutilizado casi todos los transportes del parque y hemos perdido todo el ganado que venía de repuesto...

El 2 de julio emprendió su marcha el ejército. Los españoles y los patriotas esperaban que Bolívar guiase por el camino llamado de Labranza Grande, que parecía el único transitable en la estación de las lluvias, pero Bolívar decidía remontar la segunda parte de la cordillera por el páramo de Pisba, por donde, según la experiencia regional, no se podía pasar sino en tiempo seco. Los españoles consideraban imposible atravesarlo en invierno y por eso no lo habían guarnecido en ninguno de sus tramos. O'Leary describe así el temerario viaje:

El paso de Casanare por entre sabanas cubiertas de agua y el de aquella parte de los Andes que quedaba detrás, aunque escabroso y pendiente, era en todos sentidos preferible al camino que iba a atravesar el ejército. En muchos puntos estaba el tránsito obstruido completamente por inmensas rocas y árboles caídos y por desmedros causados por las constantes lluvias que hacían peligroso y deleznable el piso. Los soldados que habían recibido raciones de carne y arracacha para cuatro días, las arrojaban y sólo se curaban de su fusil, como que eran más que suficientes las dificultades que se les presentaban para el ascenso, aun yendo libres de embarazo alguno (...) Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles sufrimientos (...) En la marcha caían repentinamente enfermos

muchos de ellos y a los pocos minutos espiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los emparamados y así logró salvarse a un coronel de caballería (...) Cien hombres habrían bastado para destruir al ejército patriota en la travesía de este páramo, En la marcha era imposible mantener juntos a los soldados, pues aun los oficiales mismos apenas podían sufrir las fatigas del camino, ni menos atender a la tropa...

O'Leary presencié un suceso excepcional, indicativo de que junto a los soldados, como siempre ocurrió durante la Guerra de Independencia, marchaban mujeres por el páramo de Pisba.

Durante la marcha de este día —escribe— me llamó la atención un grupo de soldados que se había detenido cerca del sitio donde me había sentado abrumado de fatiga y viéndolos afanados, pregunté a uno de ellos qué ocurría. Contestóme que la mujer de un soldado del batallón Rifles estaba con los dolores del parto. A la mañana siguiente vi a la misma mujer con el recién nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón. Después del parto, había andado dos leguas por uno de los peores caminos de aquel escabroso terreno.

Los habitantes de la región de Socha recibieron fraternalmente a los soldados. Encontraron pan, tabaco, chicha fabricada con maíz y melado. Juraron vencer o morir antes que volver a pasar el páramo de Pisba. La caballería llegó sin

un solo caballo y las provisiones habían quedado por el camino, de modo que Bolívar se ocupó inmediatamente de enviar comisiones a recogerlas y de solicitar caballos y mulas, para lo cual comisionó al coronel Lara, hombre de gran actividad. Fue organizado un hospital, comisiones para transportar a Socha caballos y ganados y piquetes que buscasen noticias de los enemigos. Pronto comenzaron a presentarse patriotas que habían estado fugitivos en lugares remotos y se iniciaron las operaciones de guerra. Avanzó Bolívar hasta Cerinza y allí dotó a las tropas de alpargatas, debido al entusiasmo y cooperación de los habitantes. El ejército estaba disminuido pero animoso por la acogida de los granadinos. La cuarta parte de los soldados ingleses y dos oficiales británicos habían perecido en las jornadas de Pisba. El 7 de agosto, después de algunos pequeños triunfos sobre los realistas, Bolívar batió a Barreiro en Boyacá. Dos mil patriotas, entre los que se contaban los venezolanos que habían atravesado los páramos y muchos granadinos que suplieron a los desaparecidos, batieron a 3.000 enemigos. Soublette dijo en el parte de la batalla:

Todo el ejército enemigo quedó en nuestro poder; fue prisionero el General Barreiro, comandante general del ejército de Nueva Granada, a quien tomó en el campo de batalla el soldado del 1° de Rifles, Pedro Martínez; fue prisionero su segundo, el coronel Jiménez, casi todos los comandantes y mayores de los cuerpos, multitud de subalternos y más de 1.600 soldados. Todo su armamento, municiones, artillería, caballería, etc. Apenas se han salvado 50 hombres, entre ellos algunos jefes y oficiales de caballería que huyeron antes de iniciarse la acción.

Habían vencido en forma aplastante los soldados a quienes los españoles, en los primeros encuentros, como Pantano de Vargas, habían titulado de mujeres porque algunos usaban las piezas que las habitantes de Socha y otros pueblos les habían dado para cubrirse, cuando llegaron desnudos al descender de los Andes. Quedó abierta a Bolívar la senda de Bogotá. Al saberse allí el triunfo de Bolívar el 7 de agosto, huyeron el virrey Sámano y los realistas de toda índole. El pueblo de Bogotá saqueó almacenes y esperó jubilosamente a Bolívar. Este encontró en las arcas oficiales medio millón de pesos en moneda. Decretó el secuestro de los bienes de todos los fugitivos, realistas o americanos aliados a ellos. Como no se había movido Páez hacia Cúcuta, envió allí Bolívar a Soublette, para defender la frontera. Se trataba de evitar la reorganización de los colonialistas. Otro cuerpo de tropas salió a perseguir a Calzada hacia Popayán y desde Honda partió el teniente José María Córdova hacia Antioquia con 150 hombres, para sublevar a la ciudadanía contra los realistas<sup>146</sup>.

Bolívar se ocupó de muy diversos aspectos, además de la guerra. Sus diversos decretos desde Bogotá cubrieron amplio campo administrativo y político: señaló el límite de jurisdicciones entre autoridades militares y políticas, reglamentó los secuestros y las rentas decimales, dispuso la restitución de bienes secuestrados en los casos debidos, nombró el gobierno provisional de la Nueva Granada, legisló sobre rentas y tribunales, destinó a los sospechosos de realismo a

146. El "Proyecto de Bolívar para libertar a la Nueva Granada", en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, III: 60. Sobre el viaje y la travesía de los Andes, véase la descripción de O'Leary, resaltante porque él fue actor en el paso de la cordillera. Los boletines del Ejército Libertador desde Vargas, el 25 de julio de 1819, hasta el de Venta Quemada, el 8 de agosto, al día siguiente de la batalla de Boyacá, en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, III: 81-86.

servir en el ejército, nombró la Comisión de Secuestros de Antioquia, destinó el edificio de un convento abandonado a colegio, ordenó medidas para evitar malversaciones y fraudes, acordó sueldos a los médicos, boticarios y controladores del ejército y estableció medidas de emergencia sobre la acuñación y circulación de monedas. Algunas órdenes económicas resultaron contradictorias entre la necesidad de ahorrar para el tesoro público y las medidas políticas útiles a las relaciones con Nueva Granada y a la integración que se había de realizar con Venezuela. El 12 de septiembre decretó Bolívar una recompensa al general Santander “atendiendo a los brillantes y distinguidos servicios” que había prestado. Se le concedió una casa que había sido de un emigrado español y la hacienda llamada Hato Grande, que había pertenecido a otro español, en Zipaquirá. Dos días después fue decretada la reducción de los sueldos de todos los empleados “militares, civiles o de administración”, a la mitad. Es claro que la recompensa a Santander era justa y quedaba dentro de estrictos términos legales, según lo decretado en Guayana el 10 de octubre de 1818, pero no dejarían los interesados de comparar la reducción a que se les sometía con el premio a Santander, 6.000 pesos de sueldo anual en un decreto cuya segunda parte lo exceptuó de la rebaja general. El segundo artículo de la disposición estableció: “Por una gracia especial recibirá el Vice-Presidente de la Nueva Granada el sueldo que le asigna el artículo precedente, sin embargo de lo dispuesto por el decreto del 14 de corriente.”<sup>147</sup>

147. ¿Qué podrían pensar no solamente los soldados, que probablemente no se enterarían de ello, sino los oficiales venezolanos, de las recompensas concedidas a Santander? Seguramente las merecía y era una medida política del Libertador el abrir las recompensas a los militares con las destinadas a una alta personalidad granadina, que unía las condiciones de veterano jefe militar y destacado jurista. Pero se otorgaban cuando los combatientes venezolanos y granadinos tenían que ganar batallas semidesnudos y cuando el sólo añadir

En diciembre regresó el Libertador a Angostura. El 14 presentó al Congreso un informe sobre su actividad, en el cual propuso la creación de la República de Colombia. Resumió su campaña así:

Sería demasiado prolijo detallar al Congreso los esfuerzos que tuvieron que hacer las tropas del Ejército Libertador para conseguir la empresa que nos propusimos. El invierno en llanuras anegadizas, las cimas heladas de los Andes, la súbita mutación del clima, un triple ejército aguerrido, y en posesión de las localidades más militares de la América Meridional, y otros muchos obstáculos, tuvimos que superar en Paya, Gámeza, Vargas, Boyacá y Popayán para libertar en menos de tres meses doce provincias de la Nueva Granada (...) Pero no es sólo al Ejército Libertador a quien debemos las ventajas adquiridas. El pueblo de la Nueva Granada se ha mostrado digno de ser libre (...) Este pueblo generoso ha ofrecido todos sus bienes y todas sus vidas en aras de la patria (...) Los granadinos están íntimamente penetrados de la creación de una nueva República, compuesta de estas dos naciones. La reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas: es el voto de los ciudadanos de ambos países y es la garantía de la libertad de la América del Sur.

sal a la carne resultaba medida de la alta significación. Otro problema que surgió desde la llegada de los primeros legionarios británicos, fue la diferencia entre su atuendo y el de los criollos, y las exigencias que hicieron para el cumplimiento de sus contratos. La primera rivalidad abierta brotó en Margarita. Allí, el 11 de octubre, un mes después del decreto de Bolívar sobre las recompensas al vicepresidente granadino, Arismendi dictó un decreto sobre “fueros, prominencias y derechos de las tropas extranjeras”, en el cual prometía el cumplimiento de todo lo firmado por los representantes de Venezuela. Es evidente que la actuación de los extranjeros levantó recelos y desconfianzas. Los legionarios que escribieron memorias se refieren constantemente a la renuencia de los soldados patriotas a aceptar jefes extranjeros.

El Congreso decretó el 17 de diciembre la Ley Fundamental de la República de Colombia, en la cual quedaban reunidas Venezuela y Colombia “en una sola bajo el título glorioso de República de Colombia”. Esta quedaba dividida en tres departamentos: Venezuela, Quito y Cundinamarca, con las capitales: Caracas, Quito y Bogotá. La capital de la República se situaría en una nueva ciudad con el nombre del Libertador. “Su plan y situación —establecía la ley— se determinarían por el primer Congreso General bajo el principio de proporcionarla a las necesidades de los tres Departamentos y a la grandeza que este opulento país está destinado por la naturaleza.” Se fijaba el primero de enero de 1821 para la reunión del Congreso General, en la Villa del Rosario de Cúcuta. El Congreso de Angostura cesaría en sus funciones el 15 de enero de 1820 y se procedería a las elecciones para el de 1821. Seis miembros y un presidente sustituirían al Congreso de Angostura<sup>148</sup>.

En Guayana, mientras el Libertador realizaba la campaña de Nueva Granada, fue presentado el 18 de agosto al Consejo de Administración un proyecto de defensa de Guayana por los oficiales Tomás Montilla, José Ucrós y Ramón Ayala. El 11 de octubre decretó Arismendi, vicepresidente, el cumplimiento de todos los compromisos que habían sido contraídos por los representantes del gobierno, con las tropas extranjeras. Se asentaba que gozarían de las asignaciones que de los bienes nacionales habían sido decretadas el 10 de octubre de 1817, según los grados obtenidos en el ejército, y en el artículo 5° se establecía:

148. Relación del Libertador al Congreso sobre los triunfos en Nueva Granada, 14 de diciembre de 1819, en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, III: 156.

Si por las escaseces que regularmente se padecen en la campaña a causa de la distancia del centro del Gobierno, y la dificultad de las comunicaciones no se suministraren a las expresadas tropas la totalidad de raciones y subsistencias convenidas, el Gobierno queda responsable de su abono en metálico, o en la especie que quiera cada interesado.

A Margarita habían llegado en febrero las tropas de ingleses reclutadas por el coronel English y las de alemanes enlistados en Hamburgo. En agosto llegó a Margarita la legión irlandesa que según lo acordado con el general Juan DíEvercux debía ser de 5.000 hombres pero que no tuvo sino poco más de 2.500. Cuando se anunció en la isla que saldría una expedición de los legionarios reforzada por margariteños, estos comunicaron su decisión de no salir del territorio insular. Urdaneta trató cuidadosamente la negativa, para que no se produjese un choque con los ingleses, y mandó a apresar a Arismendi bajo la acusación de que este había promovido el movimiento, celoso por el nombramiento de Urdaneta como jefe de los extranjeros. Arismendi fue enviado a Angostura y algún tiempo después, por una rebelión ocurrida en la capital, fue depuesto el vicepresidente Zea y colocado él que estaba en calidad de culpable en su lugar y en ese cargo. El 12 de junio de 1819 obtuvo Mariño un gran triunfo en el hato de la Cantaura, donde venció a las tropas españolas reunidas en la provincia de Barcelona y en Cumaná. Después volvió Mariño a Angostura, en su condición de diputado y quedó Bermúdez al mando de las fuerzas orientales. Morillo concibió el plan de forzar, de todos los modos posibles, la rendición de los patriotas orientales y destinó para ello gran número de fuerzas,

aparte de las que mantenía en los Llanos. En Angostura hubo gran alarma y fue entonces cuando se instaló a Arismendi como vicepresidente. Este ordenó reorganizar el ejército de oriente, incorporándole la legión inglesa y confirió el mando a Mariño. Visitó después a Maturín y lanzó una proclama a los ingleses de la legión, asegurando que la unión de estos con los venezolanos constituiría un ejército invencible. Cuando Bolívar llegó a Angostura en diciembre, dirigió una proclama a la legión irlandesa, ofreciendo el cumplimiento cabal de todas las promesas hechas al contratarlos. El 24 de diciembre nombró el Libertador a Zea como ministro plenipotenciario en Europa, con el objeto de abrir relaciones comerciales y negociar un empréstito que no debía pasar de 5.000.000 de libras esterlinas, para cuyo pago se destinarían los principales ramos de la administración pública o se hipotecarían tierras, minas u otras propiedades del Estado.

A fines de 1819 se supo en Venezuela que en España se alistaba un ejército de 20.000 hombres de infantería, 2.800 de caballería y 1.370 de artillería, en una expedición escoltada por seis fragatas, 10 corbetas, bergantines y goletas, y 30 cañoneras al mando del general O'Donnell<sup>149</sup>.

El 10 de diciembre de 1819 había vuelto Bolívar de la campaña de Nueva Granada a Venezuela. El 10 de diciembre estaba en Soledad, a orillas del Orinoco. Después de intensas gestiones, partió de nuevo hacia Bogotá, el 24 del mismo mes. El 16 de enero de 1820, desde San Juan de Payara, despachó a Antonio José de Sucre a comprar armas en las Antillas. Desde Guasdalupe envió instrucciones a Brión, Arismendi, Urdaneta, Montilla y todos los jefes, para que

149. Ver Yanes, 1943, II, capítulo referente al año de 1819; O'Leary, 1952: capítulo XXVII.

actuasen coordinadamente de acuerdo con sus planes y con lo que deseaba realizar en Nueva Granada. También envió directivas especiales a Páez. El 3 de marzo estaba otra vez en Bogotá. El mismo día en que publicó una proclama, el 8 de marzo, dirigida a los granadinos y venezolanos, aceptaba Fernando VII la Constitución de Cádiz. Este hecho fue consecuencia del levantamiento de Riego y Quiroga. Las tropas que habían estado destinadas a reforzar el colonialismo español en América, se alzaron, se negaron a partir en labor de sometimiento de los que hacía diez años luchaban por su libertad, e impusieron la Constitución de Cádiz a la monarquía. Fue la influencia del pensamiento liberal que en España no podía plasmarse en fuerza suficiente para derribar la monarquía y sustituirla por una república, pero los sectores populares y avanzados, lograron su triunfo decisivo en relación a la independencia americana.

Bolívar seguramente se convenció de que la simple posesión de Guayana resultaba más defensiva que ofensiva frente a las numerosas fuerzas que Morillo movía en el Llano y debido a las posiciones que los realistas ocupaban en toda la costa, hasta Maracaibo. Por eso ideó abrir una campaña por el occidente y recomendó se enviase a Mariano Montilla a la cabeza de la legión irlandesa a un desembarco en Río de la Hacha. La escuadra de transporte estaba mandada por Brión. Fue tomada la población, ante la retirada de los realistas y se produjeron después algunos encuentros con 1.800 hombres conducidos desde Santa Marta. Como prohibiese Montilla el saqueo en la población, parte de la legión irlandesa se amotinó, resolviendo entonces embarcar a los disidentes hacia Jamaica. Antes de partir dieron fuego a la población. Montilla se fue a Barranquilla, donde llegó el 15 de marzo.

En esta época estuvieron activos en el oriente los generales Arismendi, Monagas, Sedeño, y hubo muchos combates en los Llanos. Al conocerse la aceptación de la Constitución por Fernando VII, se iniciaron traslados de antiguos realistas a las filas de los patriotas, como las partidas de Tucupido, Valle de la Pascua, Potrero y Onoto, así como poblaciones de la costa, como Clarines y Píritu. Zaraza logró que guerrillas de los Llanos se incorporaran a sus filas. Guanape cayó en poder de los patriotas. El 22 de octubre ocupó Monagas a Barcelona. Bermúdez llegó hasta la laguna de Tacarigua, al oriente de Miranda<sup>150</sup>.

Morillo se dirigió el 22 de junio de 1820, desde Valencia, al Libertador. Había comisionado a Francisco Linares y Juan Rodríguez del Toro para parlamentar sobre condiciones de paz. A mediados de abril había recibido de España instrucciones para hacer jurar la Constitución en Costa Firme. Proponía ahora un corto armisticio para hablar de paz. Pero en función de enemigo, desconoció la autoridad central de Bolívar y envió mensajes a todos los jefes patriotas. El 4 de julio el ayudante de campo del general La Torre se presentó con pliegos para el Libertador, en San Cristóbal. Bolívar se trasladó allí desde Cúcuta, para saber en qué consistía la delegación. La Torre proponía una suspensión de hostilidades por 30 días. Bolívar respondió que trataría sólo sobre la base del reconocimiento de la República. Se había producido un hecho significativo: por primera vez trataban los realistas con los patriotas según los principios de la guerra. Nunca los habían reconocido

150. Sobre todo el proceso que condujo al armisticio firmado con Morillo, han escrito prácticamente todos los historiadores. Véanse los capítulos respectivos en Yanes, O'Leary y Lecuna.

como beligerantes, sino como facciosos. La Torre envió otro mensaje después de algunos días, con carta a Morillo. La respuesta del Libertador insistió en su satisfacción por negociaciones de paz y expuso:

El armisticio solicitado por V.E. no puede ser concedido en su totalidad, sino cuando se conozca la naturaleza de la negociación de que vienen encargados los señores Toro y Linares. Ellos serán recibidos con el respeto debido a su carácter sagrado.

Todos los otros jefes patriotas rehusaron el armisticio propuesto, con excepción de Bermúdez que, con sentido táctico, aceptó una suspensión de hostilidades por algunos días. Bolívar, al conocer los sucesos de España, en los cuales veía un acontecimiento de profunda significación para la lucha libertadora, había dirigido el 1º de julio una proclama a los españoles:

Víctimas de la misma persecución que nosotros, habéis sido expulsados de vuestros hogares por el tirano de la España, para constituirlos en la horrorosa alternativa de ser sacrificados, o de ser verdugos de vuestros inocentes hermanos. Pero el día de la justicia ha llegado para vuestro país: el pendón de la libertad ha tremolado en todos los ángulos de la Península. Hay ya españoles libres. Si vosotros preferís la gloria de ser soldados de nuestra patria, al crimen de ser los destructores de la América, yo os ofrezco a nombre de la República, la garantía más solemne.

El Libertador partió de Cúcuta y dejó autorizados a Urdaneta y Briceño Méndez para parlamentar con los comisionados. Estos llegaron a San Cristóbal el 18 de agosto. En medio de halagos, su proposición era muy concreta: que se reconociese la Constitución de la monarquía y se enviasen diputados a las Cortes españolas. Bolívar estuvo en Soledad y en Barranquilla, donde conferenció con Mariano Montilla. También estuvo allí el almirante Brión. Bolívar les comunicó sus planes. A una nueva nota enviada por La Torre, contestó el Libertador airadamente:

Es el colmo de la demencia y aun más, de lo ridículo, proponer a Colombia su sumisión a la España; a una nación siempre detestablemente gobernada; a una nación que es el ludibrio de la Europa y la execración de la América por sus primeras degollaciones y por sus posteriores atrocidades (...) Diga Ud. a su rey y a su nación, señor gobernador, que el pueblo de Colombia está resuelto, por no sufrir la mancha de ser español, a combatir por siglos y siglos contra los peninsulares, contra todos los hombres y aun contra todos los inmortales, si estos toman parte en la causa de España. Prefieren los colombianos descender a los abismos eternos, antes que ser españoles...<sup>151</sup>

El 21 de septiembre escribió Bolívar desde San Cristóbal a Morillo, anunciándole que los patriotas aceptarían el armisticio si se daban a Colombia suficientes garantías. Propuso como sitio de reunión para firmar un tratado a San Fernando de Apure. Morillo aceptó pero salió a campaña en el occi-

151. O'Leary, 1952, II: 44.

dente. Los españoles abandonaron, después de algunos actos bélicos, Mérida y Trujillo. Bolívar propuso un armisticio por seis meses, con la conservación de las posiciones que tenían los ejércitos y las que adquiriesen hasta el momento de la firma. Esperaba que los patriotas tomaran Santa Marta, Río de la Hacha y Maracaibo.

Mientras se cruzaban mensajes diversos, algunos de violentas protestas por parte de Bolívar, debido a actitudes de los que eran nombrados parlamentarios, Morillo movió fuerzas hacia Carache, pueblo de la provincia de Trujillo muy afecto a los realistas. Se enfrentó a los españoles el coronel Juan Gómez, quien resistió con denuedo. Urdaneta cuenta un episodio demostrativo del valor de quienes combatían junto a Gómez. O'Leary dice en sus *Memorias*:

Este tuvo poca pérdida y la que tuvo sirvió para una alta idea del ejército, porque habiendo perdido uno de sus dragones su caballo, muerto en una de las cargas y retirándose Gómez, quedó este hombre solo y a pie, y apoyándose sobre el cadáver de su caballo enristró su lanza e hizo frente a toda la caballería española y aun mató a dos: fue cercado y herido, teniendo ya rota el asta de la lanza y así se defendía. Hubiera muerto, si Morillo que lo observó, no hubiera gritado que salvaran a aquel valiente...

Posteriormente lo entregó, ya curado, a Bolívar, sin exigir canje. El Libertador devolvió espontáneamente ocho hombres del batallón Barbastro. El 26 de noviembre de 1820 se firmó un tratado de regularización de la guerra, en la misma casa

donde siete años antes había firmado el Libertador el Decreto de Guerra a Muerte. El 7 de diciembre anunció Bolívar desde Barinas el otro tratado que se acordó en Trujillo: seis meses de tregua. “En este tiempo —dijo— se tratará de terminar para siempre los horrores de la guerra y de cicatrizar las heridas de Colombia.” El 28 de noviembre tuvieron Bolívar y Morillo una entrevista que ha pasado a la historia con mucha celebridad. El jefe español se embarcó para España el 17 de diciembre de 1820. La Torre tomó el mando del ejército colonialista. La recepción de la noticia sobre ambos tratados no fue de la misma calidad. En occidente hubo júbilo por la paz, pero en oriente no se acogió gustosamente el armisticio. Algunos lo consideraron como un obstáculo para recoger los frutos de 10 años de guerra. El coronel Diego Ibarra, portador de los tratados, hubo de sostener diversas polémicas para explicar el sentido de ellos. Se observaron problemas en Margarita, donde el Almirantazgo había autorizado a algunos corsarios para actuar hasta por 12 meses y se encontraban en plena acción por los mares, por lo cual era imposible hacerlos cumplir prontamente la tregua acordada. Algunos grupos de venezolanos perdían de vista los propósitos de Bolívar y los otros altos jefes: el armisticio permitiría una reorganización y mejoramiento en variados aspectos, se facilitarían las relaciones comerciales con el Caribe y en el escenario internacional aparecía la República con un tácito reconocimiento nunca antes aceptado por los colonialistas.

La guerra se reanudó el 28 de abril de 1821. Contribuyó a la ruptura del armisticio la liberación de Maracaibo, acordada por sus habitantes, el 28 de enero. Los realistas declararon que se trataba de un incumplimiento de lo firmado con Morillo. Urdaneta, quien había tenido conocimiento anticipado, en

Trujillo, de los propósitos de los patriotas marabinos, respondió a los reclamos de La Torre con un sencillo pero contundente argumento: si en la guerra se recibe invariablemente a los desertores, con más razón se habría de recibir a una ciudad entera cuyos pobladores habían decidido pasar a las filas de los patriotas. Bolívar escribió a La Torre con otros puntos de vista. No aprobó la marcha del comandante Heras, quien había sido autorizado por Urdaneta, hacia Maracaibo, pero argüía sobre la espontaneidad del acto de independencia de Maracaibo.

V.E. sabe —observó el Libertador— que entre dos naciones en guerra el derecho común de gentes es el que se practica cuando no haya pactos o tratados particulares entre ellas (...) Este principio debe aplicarse más estrictamente cuando la guerra no es entre naciones constituidas, sino entre pueblos que se separan de sus antiguas asociaciones para formarlas nuevas (...) El armisticio de Trujillo no incluye ninguna cláusula que nos prive del derecho de amparar a aquel o aquellos que se acojan al gobierno de Colombia (...) El derecho de gentes autorizaba a Colombia para recibir a aquel pueblo e incorporarlo, o por lo menos para entablar relaciones con él de cualquier naturaleza que fuesen...

Bolívar propuso un arbitraje para la interpretación de los criterios divergentes. La Torre no respondió, pero sí su voluntad de avisar con 40 días, según lo firmado, para reanudar las hostilidades cuando lo considerase oportuno. Bolívar se adelantó y el 10 de marzo le escribió, notificándole el mal estado en que se encontraban las tropas a su mando.

Entre el éxito dudoso —escribió Bolívar— de una campaña y el sacrificio cierto de nuestro ejército por la peste y el hambre, no se puede vacilar. Es pues, de mi deber, hacer la paz o combatir. La necesidad es la ley primitiva, la más inexorable de todas: a ella tengo que someterme.

Fue acordado el 28 de abril para reanudar las hostilidades<sup>152</sup>.

Según el plan de campaña que elaboró Bolívar para 1821, el fin del armisticio estaba fijado para el 26 de mayo, pero el 28 de abril comenzó de nuevo la guerra. Las instrucciones del Libertador mandaban que el ejército de oriente invadiera Caracas por donde el vicepresidente, que era Soublotte, lo creyese más conveniente. Arismendi llevaría una expedición a la costa de Higuerote o de Ocumare. El ejército de occidente, al mando de Páez debía pasar el Apure el 26 de mayo. Si era posible, los dos ejércitos se reunirían en Caracas. El ejército llamado La Guardia atacaría Guanare, San Carlos y Valencia. Las milicias de Mérida y Trujillo debían internarse hacia Valencia. Urdaneta debía partir de Maracaibo hacia el centro. Bolívar preveía el resultado de todos los movimientos así:

Concentrado el ejército español y reunido el ejército de Occidente a La Guardia, no admite duda que sería aquel batido, perdida ya su moral, el territorio, los recursos, y siendo inferior en gran número; sin embargo, para comprometer una batalla se tendrán

152. El tratado de armisticio, el de regularización de la guerra y la proclama de Bolívar sobre el armisticio, pueden leerse en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*, 1963, III: 213, 218, 221. El plan de campaña elaborado por Bolívar en marzo de 1820 (en el mismo tomo, en la página 235).

los más ciertos datos del triunfo, y no siendo así, se comprometerán sólo combates parciales hasta lograr la oportunidad de un suceso decisivo en consecuencia de las ventajas que adquiera el Ejército de Oriente y la expedición del General Arismendi.

Bolívar había aprovechado el tiempo del armisticio para preparar una batalla definitiva. Borrada la posibilidad de una invasión en 1821, por lo ocurrido en España el año anterior, se imponía un ataque masivo a los realistas, para eliminar sus fuerzas principales. Para ese momento había logrado Bolívar la unidad de los ejércitos patriotas. Como a consecuencia de las noticias de España, muchos venezolanos se habían decidido por fin por la independencia, y los esclavos y otros sectores populares se habían incorporado a la pelea por la independencia, ocurría una gran coincidencia en circunstancias favorables interna y externamente. Como no creía el Libertador en la inercia de los factores políticos, sino en su manejo adecuado, preparó con bastantes meses de anticipación la batalla decisiva por la independencia de Venezuela: Carabobo. El 13 de abril envió a Páez un detallado programa para sus actividades. Parra Pérez piensa que precisa distinguir bien entre la capacidad de Bolívar para concebir extensos planes estratégicos y las capacidades de Páez para actuar dentro de campos limitados, lo cual condujo varias veces a serias diferencias entre ellos. Por ejemplo, Páez no cumplió la orden de Bolívar de trasladar su ejército a Cúcuta, cuando este se fue a la campaña de Nueva Granada por Casanare y los Andes. Es interesante conocer cómo, dentro de las amplias concepciones estratégicas, el Libertador no olvidaba

nunca detalles que habrían correspondido a los capitanes o tenientes. En el quinto punto de su instructivo a Páez, de 13 de abril, le recomendaba:

Que traiga V.S. consigo todas las lanzas sobrantes y cuantas piedras de chispa de fusil haya, porque carece de ellas este ejército. Vendrán también todas las municiones posibles en carga, fuera de las que traigan las cartucheras, y todas las frazadas que hayan venido de Angostura, distribuyendo solamente en el ejército las que necesite la infantería, porque esta las necesita urgentemente, no habiendo venido las que esperaba S.E. de Cúcuta.

El memorándum aparece en tercera persona porque lo firmaba Briceño Méndez, por instrucciones de Bolívar<sup>153</sup>.

En el punto sexto, se recomendaba a Páez:

Que traiga V.S. todos los caballos que haya útiles, en pelo, de reserva para el día de una batalla. La tropa vendrá montada en los más inútiles que haya, para que no se estropeen los únicos con que contamos para combatir.

En el séptimo, una recomendación inevitable:

Que S.E. cuenta con que traerá V.S. todo el ganado posible y aunque antes se lo ha recomendado así, lo repite ahora, porque teme fundadamente que llegue

153. La preparación de Carabobo puede verse en los documentos publicados en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, III: 241-257.

a faltarnos. S.E. creía que el señor Coronel Sedeño trajera las cuatro mil reses que se le pidieron; pero desconfiaba de ver cumplida esta orden, pues aún no se sabe que haya cogido ni remitido ninguna partida.

También fueron enviadas instrucciones al ejército de Oriente<sup>154</sup>.

O'Leary escribe sobre la actividad de los ejércitos convocados por Bolívar:

Quizá no hay país alguno del mundo donde sean más difíciles las operaciones militares que en la América del Sur. Las distancias son considerables, la población muy escasa y los caminos de ordinario tan malos, que no hay combinación militar que pueda calcularse con absoluta precisión. Apenas había expirado el término del armisticio, cuando los diferentes cuerpos del ejército se movieron conforme a las instrucciones que tenían sus jefes respectivos y aunque no encontraron oposición de parte del enemigo que no se hubiese previsto, con todo, la naturaleza del terreno y las privaciones de todo género, contribuyeron a retardar su llegada en el tiempo fijado.

De acuerdo con lo ordenado por Bolívar, Urdaneta comenzó su movimiento desde Maracaibo el 28 de abril y ocupó a Coro el 11 de mayo. Páez encontró obstáculos y llegó a San Carlos, donde había instalado Bolívar su cuartel general, a mediados de junio. Allí recibió el mando de las tres divisio-

154. Las instrucciones a Páez y el ejército de oriente, en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1964, III: 241, 243.

nes del ejército que comandaba Bolívar; la segunda quedó a cargo de Sedeño y la tercera, de Ambrosio Plaza. Mariño fue el ayudante general del ejército que constaba de 6.500 hombres según la revista que se practicó en Tinaquillo el 23 de junio.

En oriente el ejército había marchado sobre Barlovento, por la laguna de Tacarigua y el río Guapo, al mando de Bermúdez. Éste entró a Caracas y hubo de retirarse pero volvió y posteriormente partió hacia los valles de Aragua. Volvió hacia Caracas el 8 de junio pero posteriormente se internó en el Llano. Urdaneta no pudo llegar a San Carlos, atacado por seria enfermedad. Otros grupos del ejército se movieron por orden de Bolívar desde los Andes. La preparación de la batalla de Carabobo, que se dio el 24 de junio, enseña la capacidad de previsión de Bolívar, sus dotes de organizador, la culminación de sus esfuerzos por la unidad de la acción, su poder de organización estratégica<sup>155</sup>.

Lecuna resume así los resultados militares y políticos del triunfo de Bolívar en Carabobo:

El ejército de La Torre, incluyendo las divisiones auxiliares por su composición y disciplina, era el más fuerte de la América Española, y situado en el Centro, amenazaba a todas las Colonias. Su destrucción se hizo sentir en gran parte del continente Hispanoamericano. El 15 de septiembre los países centroamericanos se declararon independientes; el 21 de septiembre capituló la plaza del Callao y el 28 del mismo mes se consumó la independencia de México. Contribuyeron también a estos resultados los desórdenes políticos de

155. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1964, III: 253.

España, bajo el gobierno de los liberales. En Colombia las plazas fuertes de Cartagena y Cumaná se rindieron el primero y el 16 del siguiente mes de octubre y Panamá proclamó su liberación e incorporación a Colombia el 28 de septiembre<sup>156</sup>.

Bolívar comunicó al Congreso su victoria el 25 de junio de 1821. “El ejército español —informó— pasaba de 6.000 hombres, compuesto de todo lo mejor de las expediciones pacificadoras. Este ejército ha dejado de serlo: 400 hombres habrán entrado hoy en Puerto Cabello.” En su proclama a los caraqueños, declaró el Libertador que sólo una plaza fuerte quedaba por rendirse, Puerto Cabello. En oriente, Cumaná pasó definitivamente a manos patriotas, el 16 de octubre. La Guaira capituló poco después de Carabobo, el 4 de julio. No las nombró Bolívar porque no se trataba de plazas como Puerto Cabello, cuyo sometimiento costaría mucho tiempo y esfuerzo<sup>157</sup>.

El 4 de julio firmó Antonio Mariño, vicepresidente del Congreso de Cúcuta, la resolución del Congreso para formar un nuevo ejército en el departamento de Cundinamarca, con 8.000 o 10.000 hombres. La nueva República se aprestaba para las tareas de enfrentarse a los esfuerzos desesperados que harían los colonialistas, fuertes todavía hacia el sur y en ciertos sitios del interior de la nación. El Libertador se aprestaba para marchar hacia las regiones meridionales y en Venezuela parecía asegurada la paz con la mitad del ejército, por lo cual partió

156. Lecuna, 1960, II: 56. Nos preguntamos qué significó para el doctor Lecuna la expresión “desórdenes políticos de España”. Creemos que lo que allí ocurrió con el movimiento de Riego, Quiroga y las tendencias liberales, no fueron “desórdenes” sino tendencias y esfuerzos por un nuevo orden.

157. Bolívar al Congreso después de Carabobo: *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1964, III. El parte de la batalla en la página 261. La proclama del Libertador a los caraqueños, en la página 267.

hacia Cundinamarca. Escribió a Santander la impresión que dejaba el país en el viajero: “Venezuela entera es la imagen de una vasta desolación, mas Coro es la Libia, donde no hay ni aun agua que alimente a los seres vivientes. Un verano de dos años ha hecho más inhabitable aquel desierto”<sup>158</sup>.

Como acontecimiento del año 21, junto al triunfo en Carabobo, estuvo la reunión del Congreso en Cúcuta. A él dirigió el Libertador una comunicación poco después de Carabobo, el 14 de julio, sobre la libertad de los esclavos:

La sabiduría del Congreso general está perfectamente de acuerdo con las leyes existentes en favor de la manumisión de los esclavos; pero ella pudo haber extendido el imperio de su beneficencia sobre los futuros colombianos que, recibidos en una cuna cruel y salvaje, llegan a la vida para someter su cerviz al yugo. Los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer en Colombia, deben ser libres, porque estos seres no pertenecen más que a Dios y a sus padres, y ni Dios, ni sus padres los quieren infelices. El Congreso general, autorizado por sus propias leyes, y aún más, por la naturaleza, puede decretar la libertad absoluta de todos los colombianos al acto de nacer en el territorio de la República. De este modo se concilian los derechos posesivos, los derechos políticos y los derechos naturales.

Esta era una limitación a lo decretado por el propio Bolívar en 1816. Entonces había concedido entera libertad; ahora la convertía sólo en bien de los futuros nacidos. Mientras en Angostura había implorado la libertad como su propia vida,

158. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1964, III: 275.

autorizaba ahora que se limitase, por una ley, lo que en Carúpano y Ocumare había otorgado. Ocurría sin duda a Bolívar lo mismo que a Páez, quien cuenta en su *Autobiografía* cómo hubo de enfrentarse varias veces a los propietarios de esclavos, cuando intentó libertarlos. Él también, como Bolívar, los incorporó en calidad de ciudadanos a su ejército, en 1816. Al referirse a la frase del Libertador según la cual “un pueblo no puede ser libre si mantiene esclavos en su seno”, escribe:

Además de ser una verdad axiomática, yo la puse en práctica cuando en Apure mandaba en jefe el año de 1816. Muchos de los esclavos fueron después valientes oficiales que se distinguieron en el ejército. Más tarde traté muchas veces de extirpar la esclavitud en Venezuela. Los propietarios se me opusieron en 1826, en 1830 y en 1847; con un pretexto u otro, jamás aceptaban un acto de justicia que a todos haría bien<sup>159</sup>.

Sin duda, Bolívar, ante el Congreso de Cúcuta, expresaba una contradicción de su clase: en 1816 en el camino de la unidad de todas las fuerzas, se concedió la libertad a todos los esclavos. Después del triunfo de Carabobo, se restringía la petición. Influiría sin duda el poderoso factor de los propietarios de Cundinamarca. Adentro del sector de los criollos a quienes él representaba en primer término, los grandes propietarios de tierra eran contrarios a la libertad de los esclavos, mientras la gente dedicada al comercio o a la especulación monetaria, o a la política, o al ejército, no sentía perjudicados directamente sus intereses con la reivindicación. Aun dentro del grupo de los propietarios de haciendas, existían algunos menos

159. *Itinerario...*, 1970: 200; Páez: *Autobiografía*, 1946: 403.

opuestos a la liberación de los esclavos, pues habían visitado países europeos donde el trabajo se pagaba y las ganancias eran muy altas. También respondía Bolívar a lo resuelto por el Congreso de Angostura, donde no se había impuesto su criterio, sino el de los representantes de los terratenientes. Allí se reconoció solemnemente “el principio sagrado de que el hombre no puede ser la propiedad de otro hombre”, pero no se procedió en consecuencia. Fue acordado “prefijar un término prudente dentro del cual quedase enteramente extinguida de hecho la esclavitud, como queda abolida de derecho”. Esta abolición de derecho se hizo vigente en la prohibición de introducir esclavos en la República, mantener la libertad de quienes la hubieran obtenido (aunque no se especificó por cuáles medios) y “concederla sucesivamente a los que se presentaron a servir en la milicia, supieran algún arte u oficio, manifestaran alguna habilidad o talento particular, o se distinguieran por su honradez, conducta y patriotismo”. Ordenaba el decreto, además, levantar un censo de los esclavos existentes en 1820 y crear un fondo de indemnización para los propietarios. Pero el Congreso resolvió el 22 de enero de 1820 suspender la aplicación de lo ordenado. Dejó vigente sólo la prohibición de introducir esclavos y la posibilidad de que se concediese la libertad por “algún servicio distinguido”, con la consiguiente indemnización a los dueños, con lo cual el Congreso de Angostura borraba los decretos de Bolívar en 1816 y restablecía la esclavitud. Por eso no se atrevió a pedirla en forma total, sino a sugerir un procedimiento, al Congreso de Cúcuta. Este expidió el 21 de julio de 1821 la ley “sobre la libertad de los partos, manumisión y abolición del tráfico de esclavos”, que se llamó comúnmente “ley de vientres”<sup>160</sup>.

160. *Materiales...*, 1964: 266, 289.

El Congreso decretó el 19 de octubre facultades extraordinarias para el presidente en campaña. Podría mandar las armas todo el tiempo que lo creyese conveniente, sustituido en las funciones del poder ejecutivo por el vicepresidente; podría aumentar el ejército, según las necesidades, exigir contribuciones al país, admitir desertores del enemigo, conferir grados y ascensos, conceder recompensas en nombre de la República a pueblos e individuos, organizar el país liberado, imponer penas y conceder indultos. Era la base para que Bolívar se dirigiese a liberar la provincia de Quito. El decreto cubrió de antemano la posibilidad de la petición que se hizo a Bolívar posteriormente de trasladarse a Perú. El 14 de octubre autorizó el Congreso al ejecutivo para nombrar un jefe superior que extendiese su autoridad a los departamentos de Orinoco, Zulia y Venezuela que componían lo que se había llamado departamento de Venezuela al fundarse la República de Colombia<sup>161</sup>.

Cuando Bolívar partió hacia el sur, después de Carabobo, quedó de hecho distribuida la hegemonía de su mando ejercido desde 1816. Se convertía Páez en la figura dirigente de Venezuela, surgía en Cundinamarca la figura de Santander, nombrado vicepresidente y empezaba Sucre su destacada actuación en Guayaquil, que lo llevaría hasta la fundación de Bolivia. Los mantuanos de Venezuela se reagruparon según sus intereses. Páez los defendió. Santander fue el centro de los criollos de Cundinamarca y empleó sus capacidades en beneficio de su clase. En Perú encontró Bolívar transitoriamente otro campo de guerra y de organización política. En Venezuela había recibido Páez el 18 de enero de 1821 una

161. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, III: 305.

delegación de poder del presidente Bolívar para repartir bienes nacionales. Eso le confirió capacidades económicas y políticas. En Cundinamarca, Santander, como vicepresidente, ejerció durante las prolongadas ausencias de Bolívar el cargo de presidente. Bolívar se convirtió más que nunca en un jefe de la guerra en la América del Sur. Sus concepciones políticas iban con él, pero no necesariamente llegaban a convertirse en realidades, a través de centenares de kilómetros. Los mantuanos en Venezuela, los criollos en Bogotá, la clase dirigente en Perú, consolidaban, al margen de la guerra, después de 1821, las bases de futuras hegemonías. Y mientras Bolívar mantenía el ideal de las federaciones y confederaciones de repúblicas, las clases que lo apoyaban como brazo ejecutor, preparaban las leyes, aplicaban los decretos según su conveniencia y se disponían a dar respaldo a otros guías que fuesen surgiendo sin los impulsos utópicos del Libertador. Este se definió reiteradamente después de 1821 como hombre de guerra. El 16 de septiembre, cuando iba hacia Cúcuta, decía a Gual: "...persuádase Ud. que no sirvo sino para pelear, o, por lo menos, para andar con soldados, impidiendo que otros los conduzcan peor que yo". Expuso también entonces su permanente sueño en una fantasía: "La historia dirá: 'Bolívar tomó el mando para libertar a sus conciudadanos, y cuando fueron libres, los dejó para que se gobernasen por las leyes, y no por su voluntad.' Esta es mi respuesta, Gual..."<sup>162</sup>

162. *Itinerario...*, 1970: 202.

## Expansión de la patria

Hay circunstancias particulares que no permiten obrar con libertad aun a los seres más perfectos.

SIMÓN BOLÍVAR

## Capítulo I

# El hombre de la guerra

**B**olívar escribió a Gual en septiembre de 1821 que él no servía sino para pelear o para andar entre soldados. En otra ocasión posterior sintetizó su pensamiento al calificarse como el “Hombre de la Guerra”. En Venezuela había peleado en el inmenso campo de la política, que comprende la guerra. Desde 1813 su preocupación constante fue consolidar una república, para lo cual entre otras cosas había que dar batallas. Después instaló el Congreso de Angostura y no sólo consolidó en Bogotá el gobierno civil, sino fundó la extensa nación de Colombia. Carabobo rubricó todo lo anterior mientras en Cúcuta el constituyente legislaba para un territorio que él debía integrar. Entraba ahora plenamente en el campo de la guerra y era enteramente consciente de ello. Poco después de su carta a Gual en comunicación al presidente del Congreso declaró: “Yo no soy el magistrado que la república necesita para su dicha; soldado por necesidad y por inclinación, mi destino está seña-

lado en un campo o en cuarteles.” Comenzaba a ser, con toda claridad, el instrumento bélico fundamental de las clases que lo habían convertido en el gran guía, con el aprovechamiento de su genio. Ganaba grandes batallas decisivas y construía repúblicas diplomática y organizativamente. Pero en los congresos constituyentes quedaban como utopías sus recomendaciones y no se alteraba la vieja estructura colonial de producción esclavista. Luchaban allí los representantes de los grandes propietarios, federalistas por necesidad de sus intereses regionales y locales contra los militares centralistas, futuros propietarios de grandes bienes diversos, y con los votos variables de comerciantes y usureros, a veces en mixtura con la posesión de bienes agrícolas. Los derechos adquiridos por los jefes militares en las guerras de independencia empezaban a transformarse, desde Angostura, en derechos de mando y ellos fluctuaban entre acompañar a los propietarios de haciendas o reclamar directamente los lugares preeminentes en la república recién nacida. Los hombres de bufete, por quienes ninguna simpatía mostraba el Libertador, eran sin embargo los autores de las leyes que él debía seguir y tuvo una de las primeras grandes pruebas de sus limitaciones como Hombre de la Guerra, cuando, casi desesperado, hubo de aguardar interminablemente los permisos que necesitaba en la campaña del Sur para trasladarse a Perú. La licencia que no le llegó le impidió estar presente en Ayacucho, fruto de su previsión y de la de Sucre, batalla que él quería conducir personalmente como premio final. Después de Carabobo comenzó a ser inmisericordemente el instrumento de los criollos colombianos, de los mantuanos de Venezuela y de los godos de Perú en el mundo de las armas. Ello coincidió con una parte de su estrategia extensa, pues su inagotable energía lo llevaba a realizar, y no sólo al trazo de los grandes planes. Al concluir

la batalla de Carabobo ya miraba muy lejos al Sur, como se expresa en su correspondencia. La meta era la de una derrota final a los ejércitos españoles que, si lograban consolidarse en algún lugar americano, podían servir para futuros intentos de retomar el mando los colonialistas.

El 16 de agosto de 1821 escribió el Libertador a Santander, desde el Tocuyo:

Mi amigo —le confiaba— voy a hacer a Ud. una visita, dejando esto ya arreglado y tranquilo en cuanto es posible. Antes de ir al Congreso pienso pasar por Maracaibo a arreglar aquello, que no está muy arreglado, según se dice. Luego sigo a Cúcuta y a mediados de septiembre estaré en Bogotá, de paso para Quito. Pero cuidado, amigo, que me tenga Ud. adelante 4 o 5.000 hombres, para que el Perú me dé dos hermanas de Bogotá y Carabobo. No iré si la gloria no me ha de seguir, porque ya estoy en el caso de perder el camino de la vida, o de seguir siempre el de la gloria. El fruto de once años no lo quiero perder con una afrenta, ni quiero que San Martín me vea, si no es como corresponde al *hijo predilecto*. Repito que mande Ud. lo que tenga al Sur para que allí se forme lo que se llama un ejército libertador.

Nunca se ha señalado por los biógrafos de Bolívar cómo no sólo en 1821 veía con entera claridad las tareas indispensables en el Sur, sino cómo asumía íntegramente el papel de Hombre de la Guerra como la gran misión, sin menoscabo de su actividad política ni de su condición de “alfarero de repúblicas”. En la misma carta señalaba a Santander:

Yo no hablaré a Ud. nada, porque no tengo tiempo para nada, quiero decir de congreso, constitución, vicepresidentes y todas las demás socaliñas de Cúcuta y sus cercanías. Estas bagatelas me harían escribir una resma si yo supiera escribir y tuviera tiempo. Digo más, ni aun de palabra podré decir la mitad de las cosas que se me ocurren sobre estas miserias. Miserias de las cuales dependen nuestra vida y alma, sin contar el honor y la gloria.

He allí el origen de sus constantes actitudes contra leguleyos y embajadores. Se mostraba en esa actitud el resultado de sus experiencias en Angostura y lo que podía prever sobre el constituyente de Cúcuta. El 19 de agosto, desde Trujillo avisó a Soublette: “Mis miras (...) se dirigen hacia el Sur.” Le ordenaba enviar a Santa Marta tropas y buques, es decir, mientras se iba acercando a su ruta meridional, tomaba las tropas y equipos que necesitara. Era la estrategia activa, propia de su condición de político y guerrero. También señaló a Soublette algunos tropiezos posibles: “Las cosas del Sur no van muy bien y San Martín está en armisticio con los enemigos: quiera Dios que no haya evacuado el Perú.” Ese mismo día escribió nuevamente a Santander y resumía sus planes así:

Se necesita de nuevos sacrificios, amigo, para reunir a las tres hermanas de Colombia. Yo preveo que las cosas del Sur irán cada día empeorando, por lo mismo debo ir allá con un ejército digno de los vencedores de Carabobo y Boyacá. La hermana menor no debe marchitar los laureles de las dos primogénitas. Fórme Ud. un ejército que pueda sostener la gloria de Colombia a las barbas del Chimborazo y Cuzco, que

enseñe el camino de la victoria de los vencedores de Maipó y libertadores del Perú. Quién sabe si la providencia me lleva a dar la calma a las aguas agitadas del Plata, y a vivificar las que tristes huyen de las riberas del Amazonas!!! Todo esto es soñar, amigo.

Pero eran sueños basados en el conocimiento de los sucesos de América. Bolívar fue siempre un soñador con los pies en la tierra, un ensoñador más bien, comprobación del pensamiento posterior de otro gran constructor, Lenin, quien alguna vez señaló la necesidad de los sueños, es decir, de los proyectos entrañables, para impulsar el progreso de las sociedades.

En su estrategia americana, Bolívar veía la necesidad de coordinar todos los esfuerzos libertadores, como ya lo había experimentado en Venezuela, desde 1816 hasta 1821. Carabobo había sido en gran parte fruto de su esfuerzo de coordinación y de unidad combatiente. Por eso escribió a San Martín el mismo día en que enviaba carta a Santander desde el Trujillo venezolano:

Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi mi patria libre, fue V.E., el Perú y su ejército libertador. Al contemplar que ya ningún obstáculo se oponía a que yo volase a extender mis brazos al libertador de la América del Sur, el gozo colmó mis pensamientos. V.E. debe creerme: después del bien de Colombia, nada me ocupa tanto como el éxito de las armas de V.E. tan dignas de llevar sus estandartes gloriosos donde quiera que hay esclavos que se abriegen a su sombra. Quiera el cielo que los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos

del Perú. Pero él marcha penetrado de la confianza de que, unido con San Martín, todos los tiranos de la América no se atreverán ni aun a mirarlo.

En la misma fecha escribió Bolívar al almirante Cochrane:

La mayor satisfacción que mi corazón va a sentir al acercarme al antiguo imperio de los Incas, y a las repúblicas nacientes del hemisferio austral, será el del tributo de admiración que voy a ofrecer a uno de los más ilustres defensores de la libertad en el mundo. Sí, milord, yo voy a tener la dicha de conocer a Ud. en el reciente teatro de sus glorias en las aguas del Pacífico. Yo convido a V.E. para que, con su victoriosa cooperación, venga a las extremidades de Colombia, sobre las costas de Panamá, a dar su bordo a los soldados colombianos que, dejando ya las banderas del triunfo sobre los muros de la república, quieren volar a los Andes del Sur a abrazar a sus intrépidos y esclarecidos hermanos de armas...

No sólo tendía Bolívar la mano a los libertadores del Sur, sino deseaba establecer una relación fructífera: la de encontrar transportes para los batallones que llevaba. A O'Higgins escribió el mismo 23 de agosto:

Desde el momento en que la Providencia concedió la victoria a nuestras armas en los campos de Carabobo, mis primeras miradas se dirigieron al Sur al ejército de Chile. Lleno de los más ardientes deseos de participar de las glorias del ejército libertador del Perú, el de Colombia marcha a quebrantar cuantas

cadena encuentre en los pueblos esclavos que gimen en la América meridional (...) Dígnese V.E. prestar su protección a esta empresa bienhechora y todos nuestros hermanos serán para siempre libres.

Al día siguiente dirigió el Libertador carta al doctor José María Castillo Rada. Le pedía ayuda y le resumía sus planes inmediatos:

Venezuela —le escribió— ya no quiere más guerra. Esta situación afortunada me pone en el caso deseado de redondear a Colombia y aun de auxiliar a San Martín, si fuere necesario, para alejar así la guerra de nuestras fronteras. Mi edecán Ibarra marcha en comisión cerca de Ud., del General Santander y del General San Martín, para manifestarles mis nuevos designios, que deben ser reservados cuanto sea posible. Dos cosas necesito para cumplirlos: dinero y reserva. Por lo mismo espero que Ud. procure auxiliarme en ambas cosas. Mi edecán me ahorra el trabajo de ser largo. Voy a Maracaibo a afrontar la expedición; en seguida iré a Santa Marta con el mismo objeto, quizá después pasaré al Chocó, con dirección al Sur (...) Mucho siento no poder ir a visitar a Ud. y a ofrecer al Congreso mi homenaje; pero el tiempo, decía Séneca, es lo más precioso; la vida es corta, no sé cuándo la perderé; un día perdido es irreparable.

Cómo quería actuar con celeridad, se lo contaba a Gual en carta del 16 de septiembre, desde Maracaibo:

Parece que, por todas partes, se completa la emancipación de la América. Se asegura que Iturbide ha entrado en junio en Méjico. San Martín debe haber entrado, en el mismo tiempo, en Lima, por consiguiente, a mí es que me falta redondear a Colombia, hasta que se haga la paz, para completar la emancipación del Nuevo Continente<sup>163</sup>.

El “redondear a Colombia” significaba libertar el tercer departamento, Quito, vencer en la región de los pastusos y dar una gran batalla definitiva que ya preveía como hermana de Boyacá y Carabobo según escribió a Santander. La tarea de completar la independencia de los tres departamentos de Colombia había comenzado antes de 1821. Sucre estaba desde los primeros meses de ese año en Guayaquil. Pedro León Torres era comandante en jefe del ejército del Sur. En abril de 1821 notificaba Sucre la imposibilidad en que había estado de completar una recluta propuesta. El 12 de mayo escribió al ministro de Guerra, Briceño Méndez, quien lo había sustituido en el cargo, que ya tenía en movimiento los pueblos, pero en esa fecha todos los caminos de la provincia de Guayaquil eran intransitables y los caballos, cuyos cascos se ablandaban, quedaban inservibles por dos o tres meses. Se repetían en Guayaquil y en la campaña de Quito los problemas que tantas veces habían sido confrontados en Venezuela. Sucre se hallaba lleno de deudas y con “número infinito de enfermos”. Como debía mantener inactivos a los reclutas, aumentaban constantemente los gastos. Un comerciante de Guayaquil se ofreció a suministrar lo que necesitase el ejército, y Sucre cavilaba

163. Bolívar, 1947, II: 578-589.

sobre cuáles conveniencias inducirían al hombre a servirle. Sus problemas con los reclutas los sintetizaba a Santander el 15 de mayo, así:

Nuestras tropas tienen aquí una reputación que no adquirieron los romanos sino después de muchas conquistas; de manera que para sostenerla es menester empeñar todo el cuerpo con los pobres diablos que me han dado para esta campaña; y aunque los enemigos han puesto en movimiento todos sus medios de defensa, creo que podremos echarlos de nuestro tercer departamento.

Ya se presentaban a Sucre problemas que anticipaban lo que pasaría después de Ayacucho, con militares sin empleo. En junio contaba a Santander que muchos oficiales veteranos le habían solicitado colocación y trataba de no desagradarlos, mostrándoles las necesidades del ejército, que volvían imposible nuevas incorporaciones. Temía que los guayaquileños empezasen pronto a desertar. La única manera de evitarlo, según pensaba, era el apresuramiento de las actividades bélicas. A Bolívar le contaba el 4 de julio sus preocupaciones:

Entre el suelo y el cielo no nos permiten hacer nada. Llueve aún mucho (...) Los auxilios que me da el gobierno para nuestras tropas son: vestir las, dar media paga a los oficiales de los batallones, una ración a la tropa, consistente de una y media libra de carne, 4 onzas de arroz, seis y ocho plátanos, un octavo de botella de ron y medio real por plaza...

Sucre pidió a San Martín que le enviase un cuerpo de caballería. Al ministro de Guerra contaba el 14 de julio calamidades de la estación:

El batallón Guayaquil —le refería— que está en Babahoyo, ha sufrido 70 enfermos y 23 desertores en sólo 15 días. A mi regreso aquí, hoy, he encontrado 130 enfermos, en los dos batallones nuestros, que tienen además en los hospitales del Morro otros 140 hombres. Un tan crecido número de bajas depende de la estación; porque la tropa está bien tratada, come y se asiste como nunca ha estado, y se halla regularmente vestida.

El 20 de julio contó Sucre a San Martín que el batallón que estaba en Babahoyo se había pasado a los realistas. El 31 de julio, con el mote de “Ejército Libertador. División del Sur. Cuartel General en Guayaquil”, comunicó a Briceño Méndez una “brillante victoria” en Yaguachi, pero el 12 de septiembre siguiente se produjo un desastre en Ambato, debido al gran número de enfermos y desertores y a que los reclutas de caballería jamás habían visto antes un caballo. Se consolaba pensando que los aguaceros y desbordamientos de ríos protegerían la provincia durante todo octubre. El 19 de ese mes recontó sus tropas y halló que con 70.000 habitantes, el territorio no había dado sino 200 reclutas. Pedía refuerzos a San Martín y esperaba tropas de Colombia. En noviembre inventó Sucre enviar un buque de los destinados a buscar tropas colombianas, lleno de sal. Se vendería a buen precio y le suministraría fondos. En diciembre tuvo problemas, que ya se habían producido antes, con oficiales británicos. Estos

pedían sus pagas enteras, cuando los oficiales en general no recibían sino dos tercios. En diciembre le envió las gracias a San Martín, quien había dado su aceptación para que fuesen colombianos a su ejército. El 17 de diciembre de 1821 decía Sucre desde Guayaquil a Bolívar: “Los enemigos no han tenido embarazo en manifestar que temen su llegada más que a diez escuadrones, porque entonces no sólo desconfían de los pueblos sino de sus tropas mismas”<sup>164</sup>.

Hemos señalado el comienzo de la actuación de Sucre hacia el Sur, para mostrar cómo la formación de los ejércitos meridionales suscitó los mismos problemas que habían confrontado los libertadores en Venezuela. A veces en Ecuador, Perú y Bolivia fueron peores. No existían allí las extensas llanuras que tantos aspectos de la guerra solucionaron en Venezuela. Y los climas fríos obstaculizaban muchos procedimientos de recluta y obligaban a mayores cuidados con la alimentación, el vestido y los lugares de abrigo. La nueva etapa en la vida de Bolívar y Sucre, así como de los contingentes que los acompañaron desde Venezuela, fue de tantos sufrimientos como la anterior y a veces con mayores dificultades. Bolívar había andado por diversos lugares en los últimos meses de 1821, en Cundinamarca. El 26 de enero de 1822 llegó a Popayán, desde Buga, adonde había ido en labores de reorganización. O’Leary, al referirse a los cuidados del Libertador, escribe:

Más de una vez he descrito la dificultad de organizar y mover un ejército en Colombia (...) escasos recursos del país en que se ejecutaban (...) Cuántos no serían los sufrimientos y fatigas de aquellas tropas en esa

164. *Archivo de Sucre*, 1973, I: 304, 312, 315, 322, 330, 335.

marcha de más de 700 leguas, por un país escasamente poblado, falto de los recursos más indispensables para la vida, empobrecido por la guerra, en una palabra, casi en el estado primitivo de los pueblos. No es de extrañarse que en semejante marcha hubiese un cuerpo que perdiese la tercera parte de su fuerza, ni que al llegar a Popayán en el hospital hubiese más enfermos que sanos en el cuartel. Popayán, cuyo benigno clima es proverbial, se inficionó con los gérmenes de toda suerte de enfermedades contraídas por las tropas en sus prolongadas marchas por regiones deletéreas y gran número de vencedores en Boyacá y Carabobo encontraron allí una tumba prematura.<sup>165</sup>

El 17 de diciembre de 1821 el ministro de Guerra, Pedro Briceño Méndez, envió desde Bogotá instrucciones al intendente de Venezuela y encargado de Guerra en Venezuela, Carlos Soublette, para el mantenimiento de “tropas permanentes y activas en su jurisdicción”. El 10 de diciembre se dictaron disposiciones sobre la Guardia del Libertador que iba a llegar a Popayán. Los soldados de ese cuerpo recibirían paga íntegra y los reclutas sólo una cuarta parte. Se indicaban diversas providencias para que la tropa no sufriese en las marchas<sup>166</sup>.

El 7 de febrero de 1822 dispuso el ministro de Guerra, Briceño Méndez, el reclutamiento de 4.000 hombres en los departamentos de Cundinamarca y Bogotá. En el departamento del Zulia se debería completar por recluta a los batallones Tiradores, Carabobo y Maracaibo. El Libertador esperaba

165. O'Leary, 1952, II: 119.

166. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, III: 466- 467.

refuerzos para marchar hacia Pasto. Sucre continuaba sus labores. El 24 de febrero decretó diversas medidas para permitir las operaciones hacia Quito y ofreció suprimir dentro de poco los estancos, tributos y alcabalas. El 10 de marzo creó una milicia nacional. Despachaba desde Cuenca. Debido a la influencia de los curas en los habitantes, Sucre, y después Bolívar, se refirieron reiteradamente a su propósito de que se conservase la religión. Sucre escribió el 6 de febrero desde Yulug: “El interés de la religión ultrajada vilmente nos debe animar a todos a prestarnos sin reservas a cuantos servicios puedan conducir al aniquilamiento y destrucción de enemigos tan detestables.” El 24 de febrero anunció en un decreto:

Aunque en poco tiempo se destruirán los estancos y los tributos, se quitarán las alcabalas de productos territoriales y en fin se establecerá un régimen que haga sentir al pueblo las mejoras del gobierno de la República, se continuará por ahora el anterior sistema de administración en tanto que restableciéndose el orden, nombrados los empleados y organizado el país, se ponen en planta las nuevas instituciones.

Pidió, de manera persuasiva, cooperación de los pobladores así:

Los ciudadanos que quieran manifestar sus deseos de socorrer en sus trabajos a la División Libertadora pueden dar las señales de su patriotismo auxiliándola con ganados, trigos, alberjas, y en fin, con todos los granos y artículos de subsistencia que se recibirán en comisaría como donativos para las tropas.

Fue, además, nombrado comandante general de la provincia, Tomás de Heres. El 27 estimuló a los cuencanos:

Nuestra caballería necesita remontarse. Estoy persuadido que los ciudadanos de Cuenca ocultaron sus caballos de la requisa hecha por los españoles, con el fin de presentarlos al ejército libertador, y yo me lisonjeo que recibiré este testimonio de patriotismo del pueblo cuencano.

El 10 de marzo decretó Sucre: “Los indios serán considerados en adelante como ciudadanos de Colombia y los tributos (...) quedan abolidos...” Debido a las necesidades del ejército, se mandaba cobrar la mora que de los años 20 y 21 tenían los indígenas. Se concedía una rebaja de la tercera parte de la deuda. También se eximió a los indios de los meses anteriores del año de 1822, de modo que sólo deberían pagar los tributos correspondientes a los años 1820 y 1821, con un tercio de rebaja. Como, a pesar de todas las medidas tomadas, existían serios problemas para la manutención del ejército, cuando decretó el 10 de marzo que se levantara un batallón de infantería compuesto de ocho compañías, ordenó que cada una iría a un pueblo de la provincia, lo cual permitía fuesen mantenidos los reclutas aun en sus propios pueblos. El 12 de marzo de 1822 se dirigió al Cabildo para observarle que después de 20 días de ocupación de la provincia por el Ejército Libertador, sólo se habían incorporado 25 reclutas. Pidió un empréstito pagadero con la mejor renta provincial y se garantizaba con los 60.000 pesos que habrían de pagar los indígenas por los tributos atrasados de 1820 y 1821. Entre persuasivo y amenazador, Sucre manifestaba al Cabildo que “tomaría las medidas necesarias”<sup>167</sup>.

167. Archivo de Sucre, 1974, II: 8-58.

Los cuencanos se quejaron al Libertador de todos los funcionarios militares y civiles. Los acusaban de estupro, violencias, robos. En parte eran quejas contra Sucre y el ejército de venezolanos y granadinos.

Cuando las tropas conducidas por Bolívar a Popayán se repusieron un poco y pasaron el Juanambú, los realistas se atrincheraron en las serranías de Cariaco. Allí, el 7 de abril, en Bombona, obtuvo con batallones venezolanos y granadinos una importante victoria el Libertador. Tomaron parte los batallones Rifles y Vargas, que iban de Venezuela, y el Bogotá, de Cundinamarca. Después de la batalla hubo de ser llevado Bolívar en litera hasta el sitio de El Peñol, pues enfermó seriamente. El 23 de abril obtuvo Sucre, en su campaña, una victoria en Riobamba. Con un pequeño refuerzo, restos de un cuerpo de 800 hombres que las enfermedades redujeron a la tercera parte, ganó Sucre el 21 de mayo la batalla final de la campaña del Ecuador con su libertad: Pichincha. Según informó el propio Sucre, los resultados fueron la ocupación de Quito y de todo el departamento, 1.100 prisioneros, 400 muertos de los enemigos. El parte, firmado por él finalizaba así: “La División del Sur ha dedicado sus trofeos y sus laureles al Libertador de Colombia.” El triunfo significó la eliminación de las guerrillas que en la región de Quito según señalaba O’Leary, quien combatió en Pichincha significaban lo mismo que las de Pasto y Patía. Los quiteños habían contribuido de muchos modos a la victoria. “Estuvieron —escribe O’Leary— en constante comunicación con Sucre durante su marcha, suministrándole víveres, caballos y todo lo necesario para mantener el ejército y asegurar la victoria”<sup>168</sup>.

168. O’Leary, 1952, II: 124, 130, 138; partes de las batallas de Bombona y Pichincha, en *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, IV: 44 y 78.

Con el triunfo de Pichincha quedó libre la tercera porción de Colombia, es decir, consolidada la nación, salvo los brotes de rebelión y las resistencias de los españoles en Venezuela y en Cundinamarca. El Hombre de la Guerra no descansó. El 8 de junio capituló Pasto, el tremendo escollo para la comunicación con el Sur. Al entrar en Pasto, hasta entonces invencible, publicó una proclama Bolívar. Llevándoles el acento del triunfo de Sucre, dijo: “Regocijaos de pertenecer a una gran familia, que ya reposa a la sombra de bosques de laureles...” El 18 de junio concedió honores a la división auxiliar peruana, enviada por San Martín para contribuir a la libertad del sur de Colombia. El 9 de julio creó el batallón Pichincha<sup>169</sup>.

El 22 de julio de 1822 Santander firmó la creación de un batallón de infantería de marina. El 30 de julio organizó Bolívar la división colombiana auxiliar de Perú. Nombró al coronel Jacinto Lara, jefe de la primera brigada de ella, y al coronel Rafael Urdaneta, de la segunda. En total cuatro batallones: Vencedor en Boyacá y Voltígeros de la Guardia en la primera brigada y en la segunda, Pichincha y Yaguachi. Veteranos todos. En el artículo 6° disponía:

Las tropas de Colombia deberán recibir el sueldo íntegro que se pasa a las tropas del Perú, como asimismo, el vestuario y raciones que reciban dichas tropas; pero cuando las circunstancias no lo permitan, deberá esperarse a que mejoren para recibir dichos sueldos, gratificaciones y raciones; no siendo importunos, sino por el contrario, moderados y generosos.

169. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, IV: 85, 92, 96.

Era la retribución a Perú de la división enviada por San Martín<sup>170</sup>.

Después de la batalla de Pichincha quedó dividido Guayaquil, según refiere O’Leary, en tres partidos: independiente, peruano y colombiano, es decir, unos querían que la provincia de Guayaquil fuese una entidad autónoma, otros deseaban la adhesión a Colombia y un tercer grupo prefería formar parte de Perú. San Martín, con quien como hemos visto, había mantenido Sucre permanentes relaciones militares y políticas, se presentó inopinadamente en la ría de Guayaquil, el 25 de julio de 1822. Al saberlo, Bolívar mandó sus edecanes a saludarlo y le escribió un mensaje de salutación. Allí le decía:

Tan sensible me será que Ud. no venga hasta esta ciudad, como si fuéramos vencidos en muchas batallas; pero no, Ud. no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que Ud. venga de tan lejos, para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil del hombre singular que todos anhelan conocer y, si es posible, tocar?<sup>171</sup>

Fue entonces cuando se produjo la célebre y discutida entrevista entre Bolívar y San Martín. Hablaron durante hora y media. Multitud de versiones se han escrito sobre lo tratado. El historiador Augusto Mijares dice a propósito de las innumerables polémicas relativas a la conversación y sus posibles resultados:

170. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, IV: 102, 105.  
171. O’Leary, 1952, II: 153; *Itinerario...*, 1970: 216.

Nuestra interpretación es que careció completamente de importancia: 1° porque el principal aunque inconcesado objeto de ella óel destino de Guayaquiló ya estaba resuelto; 2° porque en el corto tiempo durante el cual conversaron Bolívar y San Martín óy que ni el uno ni el otro pensaron prolongaró apenas pudo permitirles cambiar ideas muy generales sobre los numerosos problemas americanos; 3° porque ni el Libertador ni el Protector estaban autorizados para iniciar o concluir convenio alguno; 4° porque San Martín sabía muy bien que ninguna fuerza lo respaldaba: el Perú había reaccionado contra él y la Argentina, dividida por las facciones, nada podía ofrecerle; en ambas naciones su autoridad y su prestigio habían muerto.

Creemos, como Mijares, que se han suscitado excesivas discusiones sobre el encuentro, debido a la retirada que poco después realizó en forma definitiva San Martín. Durante los 28 años posteriores nunca quiso intervenir en política. La versión de Bolívar sobre la conversación es muy sencilla. La escribió a Santander el 29 de julio de 1822, así:

Mi querido General: antes de ayer por la noche partió de aquí el General San Martín, después de una visita de treinta y seis o cuarenta horas: se puede llamar visita propiamente, porque no hemos hecho más que abrazarnos, conversar y despedirnos. Yo creo que él ha venido por asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella con respecto a sus enemigos internos y externos. Lleva 1.800 colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido la baja de sus cuerpos, por segunda vez, lo que nos ha costado más de

600 hombres. Así recibirá el Perú 3.000 hombres de refuerzos, por lo menos. El Protector me ha prometido su eterna amistad hacia Colombia, intervenir en el arreglo de límites, no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del Congreso, Guayaquil; ha convenido en mandar un diputado por el Perú a tratar, de mancomún con nosotros, los negocios de España con sus enviados; también ha recomendado a Mosquera a Chile y Buenos Aires, para que admitan la federación; desea que tengamos guarniciones cambiadas en uno y otro estado. En fin, él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella. Diré que no quiere ser Rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es pro-forma. Dice que se retirará a Mendoza, porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos. No me ha dicho que trajese proyecto alguno, ni ha existido nada de Colombia, pues las tropas que lleva estaban preparadas para el caso (...) No hay género de amistad ni de oferta que no me haya hecho. Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas concretas de las que a Ud., le gustan, pero no me parece bastante delicado en los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas...

¿Qué más pedir de hora y media de entrevista? Los revuelos posteriores fueron impulsados por el asombro causado por la decisión de San Martín de retirarse... En realidad, según

expresó, a O'Higgins el 25 de agosto de 1822, justamente un mes después de su visita a Guayaquil, las causas de su apartamiento de la política aparecen como muy semejantes a las que Bolívar en fecha posterior señaló siempre como factores de su deseo de abandonar la vida pública. San Martín escribió en esa fecha:

Me reconvendrá Ud. por no concluir la obra empezada. Tiene Ud. mucha razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que me llamen tirano, que quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por otra parte, mi salud está muy deteriorada: la temperatura de este país me lleva a la tumba. En fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles, y mi edad media al de mi patria. Creo que tengo derecho a disponer de mi vejez<sup>172</sup>.

En septiembre de 1822 Bolívar hizo enviar por su secretario un mensaje a los ministros de Estado y Relaciones Exteriores de Perú y Chile, sobre su propósito de colaborar con Perú, con la consideración inicial de algunas posibilidades en el desarrollo de la guerra. Ofrecía 4.000 hombres, además de los ya enviados, y sugería que no se procurase ninguna batalla decisiva antes de recibir refuerzos. Presentaba la alternativa, ante una posible derrota de los peruanos, de una retirada hacia el norte, en cuyo caso serían auxiliados por 6.000 u 8.000 hombres, y de una marcha hacia el sur, a propósito de lo cual aconsejaba el auxilio de Chile. Pensaba también en la colaboración del Río de la Plata con 4.000 hombres<sup>173</sup>.

172. Mijares, 1964: capítulo XXVIII.

173. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, IV: 115.

Nuevos alzamientos de Pasto preocuparon a Bolívar y a Sucre. El Libertador se dirigió allí el 2 de enero de 1823. Ordenó a Salom que, para detener nuevos intentos, enrolase a los pastusos en su ejército.

Salom —escribe O'Leary— cumplió su cometido de una manera que le honra tan poco a él como el gobierno, aun tratándose de hombres que desconocían las más triviales reglas de honor (...) Los pastosos (*sic*) fueron convocados a una plaza, para recibir cédulas de garantía. Un piquete de soldados rodeó el sitio y apresó a mil de ellos. Enviados a Quito, muchos perecieron en el tránsito, pues se negaron a tomar alimentos. Algunos, al llegar a Guayaquil, se arrojaron al río, prefiriendo morir ahogados que entrar al servicio en el ejército que consideraban su enemigo mortal. Hubo motines en las embarcaciones donde eran transportados y los cabecillas fueron condenados a muerte<sup>174</sup>.

El 13 de enero de 1823 ordenó Bolívar la creación, en Pasto, de una junta para el reparto de bienes nacionales, presidida por Salom. Debía otorgar las recompensas acordadas por las leyes y proceder a la confiscación de los bienes por repartir. La medida parece un nuevo procedimiento para el dominio de la zona de Pasto, adonde se trasladarían seguramente los militares favorecidos, o donde resolverían permanecer indefinidamente quienes estuviesen allí de servicio.

Atento a los sucesos internacionales, en mayo de 1823 pensó Bolívar que había posibilidades de reconocimiento de Perú por parte de España. En nota enviada por su Secretaría a Sucre, se expresaba:

174. O'Leary, 1952, II: 180-181.

La nación inglesa desea más que ninguna otra acrecer el número de los enemigos de la Santa Alianza, e interpondrá por lo mismo su poder con el objeto laudable de que se termine nuestra lucha. No duda S.E. que la Confederación General propuesta por Portugal, es una inspiración de los ingleses, los que no sueñan para hacerla aceptar por los americanos del Norte. Inglaterra se pondrá siempre a la cabeza de esta federación y probablemente los norteamericanos no entrarán en ella; los del Sur, consultarán sus necesidades y obrarán en consecuencia. El Perú debe esperar de un instante a otro diputados de España con poderes para hacer cesar las hostilidades. Los ingleses tendrán siempre interés en el reconocimiento de la independencia del Perú, porque un gobierno fuerte y europeo no conviene a las miras de Inglaterra en América, porque la política de los Estados es la de Tiberio: dividir para mandar...

Se expresaba, además, que en tales circunstancias el Libertador no deseaba que las tropas colombianas fueran a Perú. “La lucha en el día —decía la nota— está pendiente de los decretos de la política europea.” Como Sucre actuaba en el Perú como representante de Bolívar, este lo instruía sobre algunas cosas concretas así:

S.E. me manda recomendar a V.S. que, en caso de que nada se pueda emprender con buen suceso probable por falta de caballerías y de tropas a caballo, por falta de recursos o de disciplina de las tropas. V.S. proponga al gobierno del Perú dispensar nuestras tropas en las provincias del Norte del Perú para que se disciplinen y mantengan,

mientras S.E. va a esa capital, o mientras las circunstancias lo exigieren así. El Libertador ofrece en este caso víveres y equipo para la tropa de Colombia, en cantidad de treinta mil pesos mensuales, a fin de disminuir sus erogaciones y aliviar a nuestras tropas. Otro tanto podría hacer el gobierno de Chile por su parte para mantener dos mil hombres, y el Perú mantendría el resto.

Bolívar había recibido a principio de 1823 una embajada del ejecutivo peruano, pidiéndole que se trasladase allí. Debido a la situación general y a la amenaza de los colonialistas, los militares exigieron al Congreso, en Lima, el nombramiento de Josi de la Riva Agüero para la presidencia, lo cual ocurrió el 27 de febrero de 1823. En marzo fue firmada una convención entre Colombia y Perú, según la cual Colombia se comprometía a auxiliar con 6.000 hombres a Perú. Este pagaría todos los gastos de transporte, los equipos, las municiones, todos los equipajes necesarios y los sueldos, así como los gastos de vuelta, cuando se produjese. El gobierno de Perú se obligaba a llenar las bajas que sufriese el ejército auxiliar. Fue enviado otro representante del ejecutivo a pedir a Bolívar que dirigiese la campaña en territorio peruano. Este respondió:

En cuanto a mí, estoy pronto a marchar con mis queridos compañeros de armas a los confines de la tierra que sea oprimida por tiranos y el Perú será el primero, cuando necesite mis servicios. Si el Congreso general de Colombia no se opone a mi ausencia, yo tendré la honra de ser soldado del grande ejército americano reunido en el suelo de los Incas y enviado allí por toda la América Meridional.

Bolívar solicitó el permiso y aguardaba en Guayaquil la respuesta, cuando se produjo un nuevo alzamiento de los pastusos a quienes, como escribió O'Leary, "ni la clemencia podía vencer ni el rigor intimidar". Esta vez un indio, gran combatiente, nombrado Agualongo, hizo frente a Salom, quien no pudo contenerlo. Bolívar se trasladó a Quito, llamó las milicias a servicio y recogió cuantos convalecientes encontró en los hospitales. Partió así hacia Pasto, con un ejército de soldados maltrechos, de reclutas que se fatigaban en las marchas forzadas y de milicianos enfermos. Cuando encontró a los rebeldes, fingió una retirada. Los alzados intentaron dirigirse a Quito y el Libertador los desbarató, empleando la sorpresa. Antes de salir había expresado a Santander sus esperanzas de triunfo y su deseo de otras empresas superiores.

Mi corazón ódijo al vicepresidenteó fluctúa entre la esperanza y el cuidado: montado sobre las faldas del Pichincha, dilato mi vista desde las bocas del Orinoco hasta las cimas del Potosí. Este inmenso campo de guerra y de política ocupa fuertemente mi atención y me llama también imperiosamente cada uno de sus extremos y quisiera, como Dios, estar en todos ellos. Lo peor es que no estoy en ninguna parte, pues ocuparme de los pastusos es estar fuera de la historia y fuera del campo de batalla. Qué consideración tan amarga! Solamente mi patriotismo me la hiciera soportar sin romper las miserables trabas que me detienen.

Los pastusos significaban 3.000 soldados indomables. "Desde la conquista acá —escribió Bolívar— ningún pueblo se ha mostrado más tenaz que este..."<sup>175</sup>

175. O'Leary, 1952, II: 187, 194, 197; Bolívar, 1947, I: 321, 783.

El 4 de agosto de 1823, el Libertador explicaba someramente a Santander la situación de Perú, según la veía desde Guayaquil:

Por fin las cosas del Perú han llegado a la cima de la anarquía. Sólo el ejército enemigo está bien constituido, unido, fuerte, enérgico y capaz de arrollarlo todo (...) Podemos contar con 15 ó 16.000 hombres disponibles si vienen los de Chile, pero sin pies ni cabeza; sin pies por falta de movilidad y sin cabeza porque a nadie obedecen. Nadie obedece a nadie y todos aborrecen a todos.

Cuando llegó el permiso del Congreso para trasladarse a Perú, volvió Bolívar a pedir a Santander que le enviasen con prontitud 3.000 hombres. Hacía poco había recibido una tercera embajada, esta vez no del ejecutivo, sino del Congreso, encabezada por Olmedo<sup>176</sup>.

El 7 de agosto partió el Libertador hacia Lima. El 4 de septiembre escribió a Riva Agüero:

Los soldados libertadores que han venido desde el Plata, el Maule, el Magdalena y el Orinoco, no volverán a su patria sino cubiertos de laureles, pasando por arcos triunfales, llevando por trofeos los pendones de Castilla. Vencerán y dejarán libre el Perú o todos morirán. Señor: Yo lo prometo!

Poco después declaró al Presidente del Congreso de Perú, con entera conciencia de su papel en la etapa que vivía: "Yo abandoné la capital de Colombia huyendo por decirlo así, del

176. Bolívar, 1947, I: 787, 792.

mando civil (...) He renunciado para siempre al poder civil que no tiene una íntima conexión con las operaciones militares.” El 10 de septiembre el Congreso peruano depositó en él la más alta autoridad militar. Convocó a los pudientes y les pidió en préstamo 300.000 pesos que garantizó con sus bienes personales. Había 4.000 hombres en Lima y hubo de equiparlos. Recomendó al gobierno que solicitase refuerzos de Chile. Poco después se descubrió que Riva Agüero actuaba deslealmente, en entendimiento con los españoles<sup>177</sup>.

El 3 de octubre comunicó Bolívar a Santander que Sucre actuaba por Desaguadero. Consideraba el resultado tan importante como Carabobo. Atribuía 16.000 hombres a los españoles en Perú y recordaba los 32.000 que Colombia tenía sobre las armas, en todas sus porciones. Sobre el presidente decía:

El señor Riva Agüero está muy resentido contra el Congreso y contra nosotros; nos tiene tomado el país de recursos del Perú; nos está sitiando y hay sospechas de que tiene comunicaciones con el enemigo; por consiguiente, mandaré 3.000 colombianos que lo vayan a someter de grado o por fuerza.

Poco después, el 13 del mismo mes, comunicó a Santander el desastre ocurrido en Desaguadero donde las fuerzas de Santa Cruz se habían dispersado sin combatir. Pedía 6.000 hombres con todo el equipo necesario y recomendaba al vicepresidente:

Para auxiliar al Sur vuelva Ud. la cara hacia mí y vuelva la espalda al Norte; y si no, espere Ud. por allá a los reconquistadores de la América Meridional.

177. O'Leary, 1952, II: 202, 219.

Estos hombres son los nuevos Pizarros, Almagras y Corteses; y Ud. sabe que yo no soy mal profeta y que en todo lo que he dicho sobre el Perú ha salido más de lo que he temido.

En noviembre temía Bolívar la transformación total del pueblo hacia los godos. No quería recargar a la gente con impuestos. “Aquí —dijo— la época de la patria ha sido la época del crimen y del saqueo...” A él mismo le habían dicho algunos que eran mejor tratados por los españoles en tiempos de la colonia. Pensaba que sólo una estrecha cooperación libertaria a Perú. Para él, bastarían 8.000 hombres en la región de Jauja si los peruanos, chilenos y argentinos llamaban la atención de los colonialistas hacia otras partes. Mientras elaboraba planes, no cesaba en la búsqueda de elementos para el ejército. El 30 de noviembre hacía oficiar a los pueblos por donde debía pasar la tropa, para que se tuvieran listas 200 reses y 10.000 raciones de pan abizcochado en Carhuaz. Pedía, además, al pueblo de Huaraz, algunas cargas de ajo “para precaver al ejército del soroche que aseguran es muy fuerte”<sup>178</sup>.

El 8 de diciembre refería a Santander por carta los sucesos de Jauja, donde “la presencia de nuestras tropas (...) ha causado la ruina de Riva Agüero (...) Los facciosos fueron embarcados para Chile...” Apremiaba a Santander por auxilios de todas clases:

Nuestro ejército necesita de aumento porque desertan muchos soldados y enferman lo mismo. No tenemos más de 4.000 hombres y no hay más ejército que el de

178. *Correspondencia...*, 1947: 63; Bolívar, 1947: 1, 814, 817, 327, 832.

Colombia, pues los demás son bochinchitos sin moral, sin valor, sin sistema. Los godos pasan de 12.000 veteranos; y si Ud. no me manda los primeros 3.000 más, no hay patria en el Sur (...) Nos falta mucha caballería llanera y si Ud. me manda 500 de esos cosacos, haré una buena obra a la patria (...) Aquí no debemos contar sino con los colombianos que vengan de la vieja guardia; mándemela toda, toda, toda, pues con ella somos invencibles (...) Los godos son terribles; ya están en marcha contra nosotros y pronto llegarán a las manos si Dios no lo remedia (...) No dude Ud. que son los mejores jefes que han combatido en América.

El 10 de diciembre, desde Huamachuco calculaba para Torre Tagle las tropas con que se podía contar: 2.500 hombres en esa región, 4.000 del ejército colombiano y 3.000 que esperaba del Istmo. Se aprestaba a ejercitar a los soldados haciéndolos marchar por la puna para que sus organismos se acostumbrasen a las alturas y a superar el soroche.

El 14 de diciembre desde Cajamarca escribía al coronel Tomás de Heres sobre la necesidad de 400.000 pesos, indispensables para la campaña.

Necesitamos —le enumeraba— entre otras cosas miles de miles de herraduras y herradores bastantes que deben venir de Trujillo, del grado o por fuerza y embarcador, pues tenemos buenos caballos pero sin patas por falta de herraduras (...) La gente de este país es muy sana pero muy enemiga del servicio y así será muy difícil formar un ejército en todo el Bajo Perú. Están estos hombres al principio del mundo. En el lugar de San Marcos, las mujeres han quitado los hombres que llevaban para

reclutar (...) El campo de batalla es la América Meridional; nuestros enemigos son todas las cosas; y nuestros soldados son los hombres de todos los partidos y de todos los países, que cada uno tiene su lengua, su color, su ley y su interés aparte (...) Sólo la Providencia puede ordenar este caos con su dedo omnipotente y hasta que no lo vea, no creo en tal milagro<sup>179</sup>.

Algo parecido confiaba el mismo día a Sucre. Le señalaba la zona de Cajabamba, apta para la caballería y Lambayeque, y le observaba que allí el clima mataba a los soldados españoles. Para el Libertador los habitantes de esos parajes eran bien dispuestos, cándidos y apáticos. El 21 de diciembre escribió a Santander que estaba dispuesto a dar una gran batalla en Perú. Se quejaba de la abundancia diaria de las desertiones, lo cual había conducido a la pérdida de 3.000 hombres en tres meses, sin combatir. Siempre emprendedor, se consolaba asegurando al vicepresidente que habían quedado los mejores. Pedía 20.000 hombres, de los 32.000 existentes en Colombia. Esperaba ansioso los jinetes procedentes del Istmo. Se quejaba a todos sus corresponsales de Colombia por la falta de interés y la tardanza para enviarle socorros. El 26 de diciembre partió hacia Lima y dejó a Sucre a la cabeza del ejército. En esta época lo obsesionaba la falta de herraduras para la caballería. Aconsejaba a Sucre no dar ningún combate general, como no fuera en alguna llanura de la costa, después de recibidos los refuerzos de Colombia. Confesaba a Sucre el haber escrito exageraciones a Santander, para precipitar el envío de los 6.000 hombres que necesitaba urgentemente<sup>180</sup>.

179. Bolívar, 1947, I: 840, 843, 844.

180. Bolívar: 1947, I: 846, 850, 853, 857, 859.

En camino a Lima, al llegar a Pativilca el 1° de enero de 1824, hubo de quedarse el Libertador, gravemente enfermo. El 5 de febrero se sublevó la guarnición del Callao. O'Leary explica las razones de peso esgrimidas por Moyano, sargento de color del regimiento del río de la Plata. No sólo era escasa la ración de los soldados, sino la paga nula. El batallón colombiano Vargas se había retirado de la misma plaza por razones análogas. Los sublevados pidieron auxilio a Canterac, después de haber libertado a los realistas, el 10 de febrero. La situación llegó a tal extremo, que hasta el propio Sucre aconsejó a Bolívar la retirada hacia Colombia. Una parte del ejército, cuenta O'Leary, estaba totalmente desmoralizada y la otra mitad casi en la miseria. La escuadra era pequeña y poco eficiente. El día 28 de febrero el general Necochea se retiró de Lima y el día siguiente entraron los realistas. Se les solidarizaron Torre Tagle y 337 generales, además de empleados del Estado e innumerables oficiales subalternos.

Bolívar comenzó entonces un combate político, dentro del territorio donde alcanzaba su mando: eliminó los empleos inútiles, redujo a una cuarta parte la paga legal de las tropas, con el objeto de que pudiera cancelarse pues de la tarifa nada llegaba al soldado ni a los oficiales, redujo los sueldos de los empleados públicos y pidió auxilios económicos a Colombia, Chile, México y Guatemala. Sólo la primera respondió con hechos. Además, reclutó gente para el ejército y colocó a su cabeza al general Lamar. Como jefe del Ejército Unido de las Repúblicas designó a Sucre. Las tropas peruanas fueron enviadas a las provincias septentrionales y las colombianas hacia la sierra, para que no pudiesen desertar. Logró persuadir al clero para que entregase la plata labrada

del culto, estableció impuestos y dispuso que el Estado se beneficiase de las propiedades confiscadas a los realistas y sus aliados criollos.

O'Leary pinta cuál era la precaria posibilidad de los patriotas:

La situación de los realistas en esta época hacía notable contraste con la del ejército independiente. Ocupaban aquellos todo el territorio peruano, con excepción del departamento de Trujillo y parte del de Huanuco, y poseían los inmensos recursos del país: 18.000 hombres desde Jauja hasta el Potosí, aparte de las guarniciones de Lima y el Callao, defendían la causa del Rey...

Los realistas adquirieron el dominio del mar que hasta hacía poco no habían tenido y podían ahora recibir auxilios por los navíos del Pacífico. Para completar su dominio de las aguas, armaron muchos navíos en corso. Pero el Hombre de la Guerra se dispuso al triunfo. Instaló su cuartel general en Trujillo y esta ciudad fue declarada capital de Perú. Abolió los tribunales militares, decretó una universidad, redujo los gastos para litigar, lo cual favorecía a los pobres en sus reclamaciones y emprendió una labor de organización intensa y sin descanso, a favor del patriotismo de los trujillanos.

Trujillo —dice O'Leary desde la llegada a principios de marzo, hasta su partida, el 11 de abril— presentaba el aspecto de un inmenso arsenal en donde nadie estaba ocioso. Aun las mismas mujeres ayudaban a los trabajadores y manos delicadas no desdeñaron coser la

burda ropa del soldado (...) Se hizo grande acopio de vestuarios, correaes, armas, municiones, hizo recoger todos los artículos de hojalata y jaulas de alambre en muchas leguas a la redonda; faltaba el estaño para soldar (...). Un día, al levantarse de su asiento, se rasgó el pantalón con un clavo. Resultó ser el metal que había menester. No quedó en ninguna casa de Trujillo, ni en las iglesias, una sola silla con clavos de estaño.

A poco, 8.000 guerreros quedaron listos para salir al combate por la libertad de Perú y de América<sup>181</sup>.

Cuando la guarnición del Callao se pasó a los colonialistas, Bolívar decretó el bloqueo del puerto, el 21 de febrero de 1824, así como un impuesto forzoso destinado a los gastos que ocasionara la recuperación de esa plaza. Autorizó al general Mariano Necochea para obtener 100.000 pesos y lo autorizó para emplearlos juiciosamente. El 15 de marzo decretó el Libertador, desde Trujillo, medidas contra la desertión. Para que esta no fuese protegida en los pueblos, dispuso que por cada desertor se aplicaría al servicio un reemplazante escogido entre los más allegados al fugitivo, empezando por los hermanos y primos. De no haberlos, debían llenar su vacante dos jóvenes de su pueblo. Los familiares de los desertores quedaban obligados a pagar el valor de todo el equipo que se llevasen. Los pueblos quedaban obligados a pagar los gastos de la búsqueda de los desertores.

El 18 de marzo decretó el Libertador graves penas para los contrabandistas y sus cómplices. Los empleados de aduana, resguardo y capitanías de puertos, complicados en contraban-

181. O'Leary, 1952, II: 237, 246.

do, ya como autores o como cómplices, serían ajusticiados. El 24 de marzo favoreció a los esclavos con orden dirigida al prefecto del departamento de Trujillo, así:

Todos los esclavos que quieran cambiar de señor, tengan o no tengan razón, y aun cuando sea por capricho, deben ser protegidos y debe obligarse a los amos a que les permitan cambiar de señor, concediéndoles el tiempo necesario para que lo soliciten. S.E. previene a V.S. dispense a los pobres esclavos toda la protección imaginable del Gobierno, pues es el colmo de la tiranía privar a estos miserables del triste consuelo de cambiar de dominador. Por esta orden S.E. suspende todas las leyes que los perjudiquen sobre la libertad de escoger amo a su arbitrio y por sólo su voluntad...

Al mismo tiempo que hacía justicia en la medida de sus posibilidades, Bolívar jugaba a la vieja carta popular de atraer los esclavos a la lucha por la independencia nacional.

El 26 de marzo refundió el Libertador tres ministerios en uno solo, debido a lo reducido del territorio bajo dominio patriota. El 29 ordenó a los generales Sucre, Lara y Lamar, proceder a la confiscación de los bienes de los enemigos residentes en Lima, para beneficio económico del Estado. El 3 de abril creó un tribunal especial de seguridad pública y el 4 pidió a los empleados públicos la mayor dedicación a sus empleos. El Hombre de la Guerra legislaba, según las facultades que le había concedido el Congreso, para preparar la batalla final, en la cual ponía toda la fe<sup>182</sup>.

182. *Decretos del Libertador*, 1961, I: 283-294.

En la primera quincena del mes de abril llegaron a Perú 500 hombres de 1.000 que esperaba el Libertador. Se mostraba contento por los progresos del ejército que adiestraba en manejo de armas, organización y disciplina. Esperaba reunir para fines del mismo mes 8.000 hombres, con los refuerzos esperados de Colombia. El ejército esperaba una gran batalla para el mes siguiente. El 14 de abril escribió Sucre a Bolívar para avisarle la posesión de 24.000 onzas de plata, entregadas por los curas. Esperaba completar 40.000 o 50.000. Practicaba las más estrictas economías. Tenía noticias del envío de la división del Magdalena hacia Panamá y se mostraba lleno de cuidados por los sucesos de Europa, donde se rumoraba la posible intervención de Francia a favor de España. Pero no se mostraba Sucre pesimista:

Mi única esperanza ódecía a Bolívaró es que los ingleses nos ayuden algo y que Ud. nos conduzca a vencer a los franceses después que hemos vencido a otros vencedores de los franceses. No hay otro partido: o la muerte o el triunfo.

Ya desde enero había estado Bolívar preocupado por las corrientes políticas de Europa. En enero había comentado a Santander “la catástrofe de la causa liberal de España, con el triunfo súbito y completo de los serviles”. Señalaba la necesidad de lograr la colaboración de los ingleses.

Sucre comentaba también en abril, a Bolívar, las posibilidades de una sola gran batalla, acerca de lo cual insistía constantemente el Libertador.

Si ellos pierden óescribía Sucreó una batalla, pierden todo el Perú; si la ganan, nosotros perdemos las dos provincias del Perú que tenemos, porque en una batalla quedaría sobre el campo la mitad del ejército español y por supuesto, incapaces de obrar contra Colombia (...) Han de medirse mucho y muy mucho para aventurar su suerte, sus trabajos de tres años y sus prestigios y sus victorias, en una batalla.

Notificaba a Bolívar sobre los intensos trabajos desempeñados en Huaraz.

Deseaba añil para teñir 2.000 pantalones. Necesitaba camisas y calzones de brin. Manifestaba no estar mal de fusiles pero necesitaba 300 bayonetas inglesas y 200 francesas. Sucre, como Bolívar, organizaba ejércitos atendiendo a todo. En el año de 1824 los vemos dedicados íntegramente a la preparación de una gran batalla, sobre la idea expresada por Sucre: en ella los patriotas siempre saldrían gananciosos en términos de correlación de fuerzas. Trabajaban los dos dentro de una estrategia muy clara: expulsar de América definitivamente a los españoles, para lo cual, como había ocurrido en Venezuela, estaban dados los factores para una batalla definitiva, antes de posibles ocurrencias europeas. Por eso Bolívar soñaba con un gran combate muy pronto y, a juzgar por los deseos del ejército, notificados por él mismo, había logrado difundir la tendencia a luchar en grande durante mayo de 1824. Procuraba mantener en tensión a todos los patriotas. A Tomás de Heres le escribió el 15 de abril su decisión de salir al combate en mayo y dar la última batalla en junio. Para eso pedía “infinitas herraduras con buenos clavos, mulas y caballos, las municiones y armas de toda especie, menos cañones,

maestranzas, dinero y botiquines”. Durante el mismo mes de abril de 1824 hubo deserciones de algunos grupos de tropa y un pase al enemigo de algunos oficiales. Bolívar y Sucre empleaban los dones de la experiencia adquirida en Venezuela: preparaban numerosa caballería y armaban guerrillas en la sierra. En abril hubo Sucre de nombrar un nuevo comandante de ellas, por enfermedad del anterior<sup>183</sup>.

El 27 de abril presentó el ministro de Guerra, Briceño Méndez, al Congreso en Bogotá, una memoria sobre el ejército. En ella reclamaba nuevas reglamentaciones, para evitar, decía, “el triste cuadro que presenta el ejército por la subsistencia de las malas leyes españolas”. Reclama un alza de la pensión concedida a los inválidos de guerra. Había 160 oficiales y 742 hombres de tropa en esa condición. Sugería crear un hospicio donde pudieran ser atendidos todos los inválidos adecuadamente. El 11 de mayo dispuso el Congreso la organización de un ejército de 50.000 individuos. Se consideraba necesario por no haber sido eliminados todos los grupos de enemigos en el territorio de la República, por el restablecimiento del gobierno absoluto en España y por las actividades de la Santa Alianza. Para subvenir los gastos de la leva, el Congreso comprometió el 19 de mayo las rentas públicas y letras de cambio sobre un empréstito de 30.000.000, decretado el primero de julio de 1823. Como primer lote del futuro ejército de 50.000 hombres, se ordenó una primera leva de 13.300 soldados, repartidos en los diferentes departamentos así: Orinoco, 800; Venezuela, 2.300; Zulia, 810; Boyacá, 2.200; Cundinamarca, 1.840; Cauca, 970; Magdalena, 1.000; Istmo, 500; Guayaquil, 450 y Quito, 2.350. El límite

183. Bolívar, 1947, I: 883, 949; *Archivo de Sucre*, 1976, IV: 265, 267, 269, 279, 284, 297.

de edades era de 14 y 40. Los comandantes generales de departamentos asignarían las cuotas a los pueblos, de acuerdo con la cifra total asignada a su jurisdicción. El 20 de mayo, desde Huaraz, decretó Bolívar recompensas a quienes encabezasen o tomasen parte en rebeliones contra los españoles. El jefe de un alzamiento recibiría 50.000 pesos y un nuevo empleo sobre el ya desempeñado. Entre los comprometidos, se repartirían 200.000 pesos. Ofrecía pagar el doble a quienes suministrasen peruanos o extranjeros, 30.000 ó 40.000 pesos para el logro de una insurrección en el puerto del Callao. Al día siguiente expresaba el Libertador su opinión sobre el ejército colombiano. Lo creía “capaz de libertar todas las regiones de la tierra que opriman sus enemigos...”<sup>184</sup>

El 29 de mayo notificó Santander a Bolívar su resolución de auxiliar a Perú, así: serían puestos a disposición del Libertador 10.000 hombres, de los cuales irían 5.000 al Istmo, repartidos en julio o agosto y septiembre y octubre. Mil hombres del Istmo y del Cauca se reunirían en Guayaquil, para reemplazar bajas y los departamentos de Quito y Guayaquil suministrarían 2.800 soldados. Además de estos ecuatorianos, serían enviados entre 7.000 y 8.000 desde Colombia. Ofrecía Santander enviar cuando menos 500 llaneros. En el párrafo final decía este: “El Gobierno de Colombia tiene acreditado ya el interés que toma en la suerte de la América, en la seguridad de Colombia y en el más brillante éxito de la comisión que V.E. ha tomado a su cargo...” No era trato correspondiente al presidente, sino a un simple comisionado de guerra, papel que Bolívar desempeñó de modo eminente,

184. O’Leary, 1952. II: 265-266; *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, IV: 325, 345; 347, 348, 352; *Decretos del Libertador*, 1961: 302.

El 15 de julio se puso en marcha Sucre. El primero de agosto estaban reunidos 7.700 hombres. Estaban allí los veteranos del Plata. El 6 de agosto se encontraron los americanos independentistas con el ejército colonialista. El parte de la batalla de Junín, redactado por Santa Cruz, explica:

La caballería española fue destrozada y perseguida hasta las mismas masas de infantería que durante el combate estuvo en inacción y se puso en completa fuga (...) Algunos de nuestros escuadrones solamente, han destruido la orgullosa caballería española y toda la moral de su ejército.

El parte declaró que con ese combate se había decidido la suerte de Perú. Bolívar, el 15 de agosto dirigió una proclama a los peruanos, desde Huancayo, en la cual vaticinaba otras victorias.

Peruanos —escribió—: La campaña que debe completar vuestra libertad ha empezado bajo los auspicios más favorables. El ejército del general Canterac ha recibido en Junín un golpe mortal, habiendo perdido por consecuencia de este suceso un tercio de su fuerza y toda su moral. Los españoles huyen despavoridos, abandonando las más fértiles provincias...

Canterac, el general español derrotado, escribió confidencialmente su opinión al gobernador del Callao, Rodil:

Nuestra pérdida —le expuso— ha sido de poca consideración en el número de hombres, pero sí ha influido extraordinariamente en el ánimo, particularmente en

el de la caballería. Los jefes enemigos, Necochea, Soler y Placencia, han muerto y Bolívar fue ligeramente herido en una mano. Pero repito que la influencia enemiga me obliga a replegarme, no sé hasta qué punto, de las provincias de retaguardia...<sup>185</sup>

Después de Junín, Bolívar realizó una travesía política. Como se acercaba el tiempo de las lluvias, resolvió volver a la costa y dejó en el mando a Sucre. En Andahuailas, reorganizó las áreas libertadas con el nombramiento de gobernadores; ordenó inventariar las propiedades del Estado para conocer la cuantía de lo disponible como recompensa al ejército; ordenó fundar escuelas y eximió de contribuciones por 10 años a los pueblos que habían sido quemados por los realistas. Desde el comienzo de la campaña había declarado vigente la Constitución, con ciertas modificaciones, según las provincias por donde pasaba.

El 14 de agosto de 1823 escribió Páez, desde Puerto Cabello, al ministro de Guerra, para avisar que estaban listos dos batallones de infantería y uno de caballería, con total de 900 hombres, para ir al Istmo. El 31 de agosto, ordenó Santander un alistamiento general en Colombia. Los menores de 16 años debían formar compañías para ser instruidos por militares. Los extranjeros debían alistarse siempre que tuvieran dos meses de residencia en Venezuela<sup>186</sup>.

En Huancayo, el 24 de octubre, recibió el Libertador un correo de Colombia, en el cual se le notificaba que el Congreso había derogado la ley del 9 de octubre de 1821 que le acordaba

185. O'Leary, 1952, II: 252, 264; *Correspondencia...*, 1974: 229; *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, IV: 364.

186. O'Leary, 1952, II: 277; *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, IV: 371, 375.

facultades extraordinarias en cualquier teatro de guerra. Se aducía por el Congreso de Colombia que el cumplimiento de esa ley había originado algunos inconvenientes y para remediarlos decretaba nuevas medidas.

En la ley de 28 de julio se entregaban al Ejecutivo todas las prerrogativas que se habían concedido a Bolívar: podía declarar provincias en asambleas, exigir contribuciones, decretar alistamientos, organizar la administración pública, conceder premios y recompensas, admitir oficiales de cualquier graduación en el ejército, conceder ascensos y delegar esas facultades.

Es claro que todos esos atributos correspondían constitucionalmente al Ejecutivo. Considerarlos como atribuciones especiales concedidas por el Congreso, no resultaba sino un pretexto para desposeer al Libertador de todos los medios capaces de levantar ejércitos y conservarlos. En el artículo 12, último, se dejó:

Se deroga en todas sus partes el citado decreto de 9 de octubre de 1821; pero si restituido el Libertador Presidente al territorio de la República tuviere por necesario, útil y conveniente mandar en persona algún ejército, queda autorizado para ello.

Esto significa, además de lo claramente incluido en el decreto, la anulación del mandato para dirigir el ejército de Perú.

Bolívar aceptó la resolución del Congreso y optó por disimular su significado. Escribió un oficio a Sucre, concebido para evitar reacciones violentas en el ejército. No lo firmó, sino lo dictó como si fuese una participación de Secretaría. Dijo así:

S.E. el Libertador me manda decir a V.S. que la nueva orden del Congreso que con esta fecha se incluye, sobre la revocación de las facultades extraordinarias con que antes estaba autorizado, le obligan a dejar el mando inmediato del ejército de Colombia, no porque sea esta la orden expresa del Gobierno y la mente del Congreso, sino porque S.E. cree que el ejército de Colombia a la orden de V.S. no sufrirá ni el más leve daño o perjuicio por esta medida, y porque S.E. desea manifestar al mundo que su más grande anhelo es desprenderse de todo poder público y aun de aquel mismo que, por decirlo así, compone la parte más tierna de su corazón: el Ejército de Colombia. Al desprenderse S.E. el Libertador de este idolatrado ejército, su alma se le despedaza con el más extraordinario dolor. Porque ese ejército es el alma del Libertador. Así desea S.E. que lo haga V.S. entender a los principales jefes del Ejército de Colombia; pero con una extraordinaria delicadeza, para que no produzca un efecto que sea sensible a nuestras tropas.

En otro oficio a Sucre, decía la Secretaría:

S.E. retiene solamente la facultad que le deja la ley de 28 de julio para pedir al Sur los auxilios que se necesiten para continuar la guerra del Perú; y en cuanto al Ejército de Colombia, S.E. no tendrá en lo sucesivo más intervención en él que la que haga absolutamente indispensable la dirección de las operaciones que le corresponde como a jefe de este Estado.

En realidad la ley de julio no concedía a Bolívar ningún derecho para continuar la guerra del Sur. Además, él se basó en una ficción legal para delegar en Sucre el mando del ejército del cual había sido sencillamente despojado por el Congreso en Bogotá.

Sucre contestó el 10 de noviembre, desde Pichirgua:

La resolución que ha tomado el Libertador sobre estos documentos, queda suspendida por la solicitud que en esta fecha dirigen a S.E. los jefes del Ejército. Nuestra situación, la justicia de la pretensión del ejército, y mis deberes mismos respecto de estas tropas, me autorizan a suspender la ejecución de las órdenes de S.E., y de dejar todas las cosas como se hallaban al separarse el Libertador de nosotros en Sañayca.

En otra carta, Sucre aconsejó a Bolívar que retirase su resolución:

Yo desde ahora declaro —le escribí— que temo infinitamente un retroceso del brillante pie en que está el ejército, si Ud. no revoca su resolución; cuento que Ud. no será jamás indiferente a nuestra situación para aislarnos por ningún motivo humano. Ud. ha dado demasiadas pruebas de desprendimiento y generosidad, para presentar otra al mundo, y mucho menos cuando es a costa de los compañeros que han sido a Ud. más fieles.

Encabezados por Sucre, los altos jefes del ejército dirigieron al Libertador un largo mensaje:

El ejército ha recibido ayer con el dolor de la muerte —exponían en el primer párrafo— la resolución que V.E. se ha dignado comunicarle el 24 de octubre desde Huancayo, separándose de toda intervención y conocimiento de él, a virtud de la ley del 28 de julio último. Nosotros, señor, como los órganos legítimos del ejército, nos atrevemos a implorar la atención de V.E. a las observaciones que por el momento nos han ocurrido sobre la determinación de V.E. Meditando la ley del 28 de julio no hemos encontrado que el cuerpo legislativo al dictarla tuviese la intención expresa de separarnos de V.E. ni de dañar a este ejército, cuyos sacrificios, si no son bien sabidos en Colombia, son al menos estimados por todos los amantes de la independencia americana (...) Si este ejército tuvo en la guerra del Perú deberes de obediencia hacia su gobierno por los tratados existentes, los tiene V.E. mucho más sagrados hacia él, particularmente desde febrero, en que dislocado completamente el orden regular de las cosas en este país, le ofreció V.E. acompañarlo en las desgracias o conducirlo a la victoria. V.E. no podría separarse de él sin faltar a compromisos sellados con nuestra sangre. Si después de internados al centro del Perú, V.E. se separase de nosotros, sería resolver nuestro abandono, decretar nuestra ruina (...) No deseamos señor, significar ahora ninguna queja, sin embargo que hemos visto la atroz injuria del poder ejecutivo en consultar al Congreso si los empleos que V.E. había dado al ejército serían reconocidos en Colombia, como si nosotros hubiéramos renunciado a nuestra Patria, como si nuestros servicios fueran una especulación, y como si el ejército recibiera ascensos tan simplemente como se ganan en las capitales; este

insulto que hemos sentido más por la publicación en las gacetas que por el hecho, lo hemos sofocado en nuestro dolor, porque nuestros corazones son de Colombia, y nuestras armas y nuestra sangre sostendrán su libertad, sus leyes y su gobierno (...) es sí, nuestro anhelo y nuestro humilde ruego que V.E. revoque (o por lo menos suspenda hasta elevar nuestros reclamos al Congreso) su resolución del 24 de octubre...<sup>187</sup>

Bolívar no podía retirar su renuncia a la jefatura del ejército combatiente de Perú porque prácticamente le había sido impuesta desde Bogotá. Tanto Sucre como los jefes del ejército le pedían que no diese cumplimiento al decreto, hasta tanto ellos elevasen al Congreso sus quejas, pero era no cumplirlo el seguir como jefe y era imposible continuar este papel sin las atribuciones suspendidas por la resolución de Bogotá. Ya había sido acusado Bolívar ante el Congreso colombiano de haber transgredido el permiso que se le concedió, cuando aceptó, sin licencia de Bogotá, ser dictador de Perú. La mayor parte de los historiadores han atribuido a envidias, rencores, ambiciones, la ley de julio. En realidad expresa la continuación de la política del Congreso al enviarlo a la guerra, primero para completar la libertad de Colombia en Ecuador, y después para autorizarlo a aceptar las reiteradas invitaciones de los peruanos para encabezar allí la lucha de liberación. Paradójicamente se complementan la ley de octubre de 1821 y la derogatoria de ella de julio de 1824. Simplemente las clases representadas en el Congreso utilizaban a Bolívar en donde era insustituible, en la jefatura de la guerra y nada más. Como sabía manejar las atribu-

187. O'Leary, 1952, II: 281; *Archivo de Sucre*, 1976, IV: 438, 439, 446.

ciones especiales a cabalidad, legislaba según sus poderes, los congresantes lo veían, en nombre de sus mandatarios, como peligroso y excesivo. Libertaba esclavos, suprimía los tributos de los indios, creaba escuelas donde habían existido conventos, fundó la Universidad de Trujillo como centro para una región deseosa de aprender y limitada en toda clase de posibilidades educativas, libró del tributo a los indígenas de Perú, ordenó poner al servicio del Estado y del movimiento de liberación los bienes secuestrados a los realistas, en lugar de adjudicarlos a personas. Todo eso le concitaba la ojeriza de los propietarios de esclavos, de los explotadores de los indios, de los sectores clericales y de los aspirantes a obtener amplios bienes como recompensa de sus actuaciones. Algunos aspectos de las relaciones del Congreso con Bolívar deberán estudiarse a fondo, pues la suspensión que prácticamente se le hacía, colocaba en peligro la última etapa de la independencia de América del Sur. Resulta paradójico que se ordenara la creación de un ejército de 50.000 hombres y al mismo tiempo se limitaran las posibilidades de obtener un triunfo en Perú, ¿Hubo acaso planes cuyo contenido no se ha conocido? Las envidias, los rencores, las ambiciones, sin duda expresaban las estructuras profundas de los criollos en ascenso, impacientes por consolidar sus derechos. Algunos de sus grupos sentían al Libertador, por su incesante dedicación a la libertad de los esclavos, por su protección legislativa a los indígenas, como adversario. Querían que les ganara la gran guerra, pero no lo toleraban como legislador. Resultaba una especie de jacobino con un ejército a su orden.

Bolívar respondió a la tarea de la libertad con la nobleza ausente en quienes intentaban utilizarlo como un vil instrumento de guerra y nada más. Continuó colaborando en la

preparación de lo que sería la batalla final. El 26 de noviembre escribió desde Chancay a Sucre. Objetaba algunos de los proyectos de este y sugería otros procedimientos. Consideraba alternativas en relación a los proyectos y marchas del enemigo. Aconsejaba a Sucre no pasar al litoral por ningún motivo. Recordaba cómo las tropas de Venezuela y Colombia estaban aclimatadas a las costas y las tropas de Sucre a la sierra. Sobre esto añadía:

Los enemigos no pueden obrar activamente en la costa por mil razones. Sus tropas no son de estos climas; sus caballos deben llegar muertos y los pastos están arrasados por nuestras guerrillas (...).

Diré por fin, que la máxima del Mariscal de Sajonia se cumple perfectamente aquí: “Por los pies se ha conservado el Perú, por los pies se ha salvado y por los pies se perderá, porque las manías siempre se pagan.” Ya que nosotros no podemos volar como los enemigos, conservémonos con prudencia y circunspección. Alguna vez se han de parar y entonces combatiremos...

Ya había escrito Bolívar a Santander, el 10 de noviembre, que los realistas en realidad no habían querido dar una batalla en Junín y habían preferido, por no comprometerse en un encuentro final, huir tan precipitadamente que habían perdido 3.000 ó 4.000 hombres en la retirada<sup>188</sup>.

El 30 de noviembre supo Bolívar que se habían levantado guerrillas realistas en Huanta y ordenó fusilar a quienes las acaudillaban.

188. O'Leary, 1952, IV: 476, 481, 482; *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, IV: 398; Bolívar, 1947, I: 1000, 1004.

El 9 de diciembre se encontraron los ejércitos mandados por Sucre y Canterac. El jefe de los luchadores por la independencia arengó a los diferentes grupos que componían el Ejército Unido, representantes de diversas naciones incipientes. A los llaneros les dijo: “Lanza al que ose afrentaros”; a la legión peruana: “Si fuisteis desgraciados en Torata y Moquegua, salisteis con gloria y probasteis al enemigo vuestro valor y disciplina; hoy triunfaréis y habréis dado libertad a vuestra patria y a la América.” El mismo día del triunfo en Ayacucho, escribió al Libertador:

El campo de batalla ha decidido por fin que el Perú corresponde a los hijos de la gloria. Seis mil bravos del Ejército Libertador han destruido en Ayacucho los nueve mil soldados realistas que oprimían esta república: los restos del poder español en América han expirado el 9 de diciembre en este campo afortunado...

El 10, al día siguiente de la batalla de Ayacucho, publicó Sucre una proclama a los vencedores:

Soldados: sobre el campo de Ayacucho habéis completado la empresa más digna de vosotros. 6.000 bravos del Ejército Libertador han sellado con su constancia y con su sangre la independencia del Perú y la paz de América. Los 10.000 soldados españoles que vencieron catorce años en esta república, están ya humillados a vuestros pies.

Ese mismo día volvió a escribir a Bolívar:

Los términos en que hasta ahora hemos convenido son poco más o menos los siguientes: se entregará todo el ejército español y el territorio del virreinato del Perú en poder de sus armas al ejército unido libertador con sus parques, maestranzas, almacenes y todos los elementos militares existentes, bagajes y caballos de las tropas y en fin, todo lo perteneciente al gobierno español...

Previsivo, en otro mensaje pedía al Libertador consejo sobre el premio que se debía dar al ejército. Pensaba en la posibilidad de que ese ejército tuviera en el futuro la tarea de llevar orden a Colombia. En la descripción de la campaña que Sucre envió al ministro de Guerra, dijo:

Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú, y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla (...) Por él se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones, los parques, almacenes militares, y la plaza del Callao con sus existencias<sup>189</sup>.

El 12 de diciembre pidió Sucre a Bolívar que le mandase volando auxilios, como medicinas, para los heridos. El mismo día recomendaba por orden escrita al coronel Francisco de Paula Otero que se empotraran mulas

189. *Las Fuerzas Armadas de Venezuela...*, 1963, IV: 398; *Archivo de Sucre*, 1976, IV: 479-500; 1952, II: 305.

y reses y se reuniesen en el departamento de Arequipa 120.000 pesos para pagar los sueldos en dinero. Cuanto se consiguiese en el Cuzco estaría destinado a cancelar la gratificación ofrecida a los soldados. El 15 de diciembre avisó Sucre al ministro de Guerra la sublevación de Huanta. Habían dado muerte a los heridos y robado los equipajes de los soldados. Dos mil individuos se habían ofrecido al ejército español. Impuso a los huanteses 50.000 pesos de contribución, en pago de los daños causados. Después de las batallas “finales”, surgían restos de afectos al colonialismo. Lo mismo había ocurrido después de Carabobo y de Boyacá.

El 20 de diciembre escribió el Libertador a Santander desde Lima: “Sucre ha ganado la más grande victoria de la guerra americana...” Después de exponerle sus dudas sobre el futuro del ejército de Sucre y de los contingentes procedentes del Istmo próximos a llegar, le decía:

Yo estoy resuelto a dejar este gobierno y el de Colombia (...) No me obliguen por sus negativas a desertarme (...) Todo el mundo sabe que Colombia ya no necesita de mí (...) Como el Congreso me ha quitado toda autoridad, creo que debería Ud. autorizar a Sucre y a Castillo para que le den dirección a las tropas de Colombia que están en el Perú.

Sobre Ayacucho sólo comentó: “Todo es más grande que la inmensidad”<sup>190</sup>.

190. *Archivo de Sucre*, 1976, IV: 501, 505, 516; Bolívar, 1947: 1109, 1020.

# La utopía

Esta es la verdad. La digo para que no hagamos castillos en el aire, aunque en esto nadie será mejor arquitecto que yo.

SIMÓN BOLÍVAR

## Capítulo I

# Utopía verificada

Sólo Bolívar, entre los utopistas que desde Platón han inventado modelos de repúblicas, pudo someter su proyecto a la piedra de toque de la realidad, del funcionamiento verídico en medio de clases sociales en lucha, de nacionalidades incipientes, de búsquedas incesantes, de explotados ansiosos, de tensiones internacionales, de influjos adversos y de esperanzas inagotables. Ciertamente que Campanella había luchado por sus ideales, también contra españoles en Calabria, y que por ello sufrió 27 años de cárcel y exilio posterior; y también que discípulos de Fourier lograron agrupar familias en débiles conatos de falansterios para superar la espera pasiva del maestro, muerto después del vano aguardar consuetudinario de millonarios generosos, capaces de respaldar económicamente la gran empresa redentora de los pobres. Mas sólo el Libertador tuvo una verdadera república de carne y hueso, con llamas y vicuñas, con indígenas descendientes del Imperio del Sol, con poetas y políticos y soldados llane-

ros de Venezuela, llegados a las alturas del Potosí, para el ensayo de su primera utopía en las manos de su hermano en los combates, Sucre, otro utopista silencioso, tesorero y eficaz. Y aun pudo verla entre los peruanos, con él mismo a la cabeza de las resoluciones, por unos meses. Privilegio extraordinario de la historia, concedido a quien no sólo fue un pensador, un imaginativo, sino también realizador infatigable. En medio de peleas, de lanzas y fusiles, del ajetreo de construir y conservar ejércitos, de las diatribas y de los logros, de la admiración y el odio, de las pasiones creadoras y los impulsos destructivos, de las nacionalidades nacientes y los colonialistas empecinados, redactó de 1825 a 1826 un proyecto de Constitución para la inesperada república de la cual fue epónimo. Pidieron los bolivianos que elaborara la carta fundamental sobre la cual habrían de nacer como sociedad nacional, entre viejas opresiones y nuevas limitaciones, con nieves perpetuas y sin mar, con alturas de soroche y sin playas. El 25 de mayo de 1826 presentó al Congreso Constituyente de Bolivia su proyecto, con una fundamentación de sus ideas. En las primeras palabras de su mensaje aclaró: “Estoy persuadido de mi incapacidad para hacer leyes”, mas ciertamente poseía la práctica del mando, el ejercicio de los decretos, la experiencia de las dictaduras que le habían sido conferidas, el conocimiento de la guerra, la decisión de la paz. Estaba, también, transido de contradicciones: salió de cuna dorada y andaba en labor de libertar esclavos y liberar siervos indígenas; sus conmlitones de clase, los mantuanos de Venezuela, los criollos de Nueva Granada y de Perú demandaban organizaciones federales en sus naciones y él era centralista; luchaba por grandes confederaciones y quienes lo apoyaban como jefe creían sólo en federalismos limitados y aun en

localismos semif feudales. Expresaba corrientes disímiles o había entrado en contradicción con algunas. Condenaba las monarquías y no tenía fe entera en las virtudes republicanas. Mucho de todo eso quedó revelado en su proyecto y algunas de sus más fundamentales proposiciones fueron limitadas por los legisladores cautos, o por los representantes de intereses inmediatos, o por quienes, mareados en la altura de la utopía, titubearon y se fueron con quienes sólo ofrecían en sus argumentos, al discutir la ley fundamental, un sentido común bueno para las provincias limitadas, pero no para la aventura de nuevas naciones.

Las ideas fundamentales de la utopía que Bolívar presentó a la Constituyente boliviana, para que la vistiera de realidad, fueron: una república electiva, la igualdad ante la ley, la abolición de la esclavitud, las labores públicas compartidas, la separación del Estado y la religión, la libertad de cultos, el desarrollo moral de los ciudadanos y la presidencia vitalicia. La estructura de su utopía no alcanzó a lograr la mayoría. Antes de ver cómo fue modificada, conozcamos la defensa introductoria de sus puntos de vista.

Bolívar argumentó siguiendo las enseñanzas de Montesquieu. Para él era imposible la monarquía en América debido a los factores geográficos.

La libertad de hoy —afirmó— será indestructible en América. Véase la naturaleza salvaje de este continente, que expele por sí sola el orden monárquico; los desiertos convidan a la independencia. Aquí no hay grandes nobles, grandes eclesiásticos. Nuestras riquezas eran casi nulas, y en el día lo son todavía más. Aunque la Iglesia goza de influencia, está lejos de esperar el dominio,

satisfecha con su conservación. Sin estos apoyos, los tiranos son permanentes; y si algunos ambiciosos se empeñan en libertar imperios, Dessalines, Cristóbal, Iturbide, les dicen que deben esperar (...) No, Legisladores: No temáis a los pretendientes a coronas. Ellas serán para sus cabezas la espada pendiente sobre Dionisio...

Es curioso que el Libertador invocase como contrarios a la tiranía a los desiertos de América, cuando se trataba de una república entre montañas, a grandes alturas. En relación a la Iglesia, intentaba encontrar un camino de avenencia, temeroso del dominio que ella había tenido por siglos y conservaba entre los indígenas. Ya había debido enfrentarse al poder clerical, como en Colombia, cuando fue excomulgado *in absentia* y repuesto en sus derechos católicos cuando se presentó en Bogotá con un ejército vencedor.

Al finalizar su mensaje habló de la soberanía del pueblo como “única autoridad legítima de las Naciones”, pero al referirse al vicepresidente, quien sería electo por el presidente vitalicio, sostuvo:

El Presidente de la República nombra al Vicepresidente, para que administre el Estado y le suceda en el mando. Por esta providencia se evitan las elecciones, (*sic*) que producen el grande azote de las repúblicas, la anarquía, que es el lujo de la tiranía, y el peligro más inmediato y más terrible de los gobiernos populares...

Sin duda, no sólo por sus frases al final sobre la soberanía popular, sino por la estructura de su proyecto representativo, lo de las elecciones se refirió sólo a las del presidente.

Contradicción en el pensamiento de Bolívar debido a su convencimiento de que el voto era ejercido para ciertos sectores instruidos, siquiera a un grado elemental, no alcanzado todavía en América, según expuso en ocasiones diversas. Creía, pues, en elecciones útiles óla de los legisladores y en otras nefastas, como la de los presidentes. Su preocupación era la de obtener la mayor suma de poder centralizado. Liévano Aguirre piensa en la influencia del centralismo borbónico. El Libertador luchaba, en efecto, entre las tradiciones de los mantuanos y las teorías de la *Enciclopedia*. Intentaba conciliar las repúblicas con los regímenes centrales. Por eso inventaba un presidente vitalicio.

La distribución de los poderes imaginaba lograrla por medio de tres cámaras: de tribunos, de senadores y de censores. Cada una tenía diferentes atribuciones. La primera, lo relativo a hacienda, paz y guerra; la segunda se entendería con códigos, tribunales, reglamentos de religión y cultos. La tercera, de los censores, se encargaría de proteger la moral, las ciencias, las artes, la instrucción y la imprenta. Consideraba a los censores como “los sacerdotes de las leyes”, pues debían velar por su cumplimiento, como factores de equilibrio entre las otras dos cámaras. La concepción de la presidencia le nació a Bolívar de su propia experiencia, pues si bien quitaba al presidente casi todos los atributos normales en la sociedad liberal, lo investía de todos los poderes durante las épocas de guerra. Surgía su convencimiento de la necesidad de un poder muy centralizado para la guerra y las grandes conmociones de las repúblicas.

La Constitución boliviana creó, además de los tres poderes de las constituciones liberales, un cuarto poder: el electoral. Cada diez electores nombrarían un elector, por lo

cual la décima parte de los ciudadanos representarían a la totalidad. Los habitantes de la República quedaron divididos en dos grupos: los bolivianos y los ciudadanos que eran los electores, quienes debían ser bolivianos, según lo pautado en la Constitución, pero además, debían ser casados o mayores de 21 años, saber leer y escribir y “tener algún empleo o industria, o profesar alguna ciencia o arte, sin sujeción a otro en clase de sirvientes domésticos”. En su proyecto eran ciudadanos por definición “los libertadores de la República”. Sin duda, conservaba el Libertador en su proyecto, algunos de los caracteres de las antiguas castas de las Leyes de Indias, al dar derechos electorales sólo a un grupo de la población y al dividirla en dos grandes sectores: simplemente bolivianos y “ciudadanos”. Era un poco el antiguo sistema municipal de los “vecinos”, electores en los cabildos, privilegiados al lado de quienes no eran ni españoles ni criollos mantuanos.

Justificó Bolívar su concepción de la presidencia así:

El Presidente de la República viene a ser en nuestra Constitución como el Sol que, firme en su centro, da vida al Universo. Esta suprema autoridad debe ser perpetua; porque en los sistemas sin jerarquías se necesita más que en otros, un punto fijo alrededor del cual giren los Magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas. Dadme un punto fijo, decía un antiguo, y moveré el mundo. Para Bolivia, este punto es el Presidente Vitalicio. En él estriba todo nuestro orden, sin tener por esto acción. Se le ha cortado la cabeza para que nadie tema sus intenciones, y se le han ligado las manos para que a nadie dañe.

Dijo Bolívar haberse inspirado en Haití, donde Pétion fue nombrado presidente vitalicio, donde todo marchó “en la calma de un reino legítimo”. Hizo observar que en Bolivia el presidente no nombraría los magistrados en todos los actos públicos. No debiendo estos sino al pueblo sus dignidades, su gloria y su fortuna, no puede el presidente esperar complicarlos en sus miras ambiciosas. Resumió: “... los límites constitucionales del Presidente de Bolivia, son los más estrechos que se conocen: apenas nombrar los empleados de hacienda, paz y guerra. Manda el ejército. He aquí sus funciones”. Para evitar los problemas de la herencia, que complican y limitan las monarquías, creó el poder vitalicio, con sucesión del vicepresidente, quien a su vez nombraría, una vez llegase a la presidencia, a su futuro sucesor.

El ejército quedó dividido en cuatro porciones: ejército de línea, escuadra, milicia nacional y resguardo militar. Pensaba en una escuadra con la esperanza de que algún día Bolivia tuviera salida al mar.

Sobre la esclavitud escribió el Libertador largamente:

He conservado intacta —observó— la ley de las leyes: la igualdad. Sin ella perecen todas las garantías, todos los derechos. A ella debemos hacer los sacrificios. A sus pies he puesto, cubierta de humillación, a la infame esclavitud. Legisladores: la infracción de todas las leyes es la esclavitud. La ley que la conservara, sería la más sacrílega (...) Dios ha destinado al hombre a la libertad. Él la protege para que ejerza la celeste función del albedrío.

## Sobre la religión informo:

En una constitución política no debe prescribirse una profesión religiosa. Porque según las mejores doctrinas sobre las leyes fundamentales, estas son las garantías de los derechos políticos y civiles y como la religión no toca a ninguno de estos derechos, ella es de naturaleza indefinible en el orden social, y pertenece a la moral intelectual. La religión gobierna al hombre en la casa, en el gabinete, dentro de sí mismo. Sólo ella tiene derecho de examinar la conciencia íntima (...) La religión es la Ley de la conciencia...

Sobre el honor que se le hacía, expresó Bolívar: “¿Dónde está la república, dónde la ciudad que yo he fundado? Vuestra munificencia, dedicándome una nación, se ha adelantado a todos mis servicios; y es infinitamente superior a cuantos bienes pueden hacernos los hombres”. Concluyó su exposición informativa y analítica así:

Legisladores: felices vosotros que presidís los destinos de una República que ha nacido coronada con los laureles de Ayacucho, y que debe perpetuar su existencia dichosa bajo las leyes que dicte vuestra sabiduría, en la calma que ha dejado la tempestad de la guerra.

La primera prueba del proyecto utópico, en vías de dejar de serlo, pues aspiraba a plena realidad, fueron las modificaciones impartidas por los circunspectos y prudentes legisladores bolivianos. Con sumo tacto introdujeron modificaciones sustanciales que corregían los vuelos idealistas del autor

del proyecto. La economía esclavista, la influencia del clero, reclamaron su parte y la obtuvieron con las más cuidadosas, pero precisas enmiendas. Fueron pocas pero sustanciales. Al título II, llamado “Del gobierno”, se añadió, en el capítulo 1, el siguiente artículo, numerado como sexto:

De la Religión. Art. 6. La religión Católica, Apostólica, Romana, es la de la República, con la exclusión de todo otro culto público. El gobierno la protegerá y hará respetar, reconociendo el principio de que no hay poder humano sobre las conciencias.

Así se anuló la intención de Bolívar de permitir una absoluta libertad de cultos, considerando la religión como simple asunto de conciencia individual.

En el artículo 3º del segundo capítulo, titulado “De los bolivianos”, decía el proyecto: “Son bolivianos (...) Los libertadores de la República declarados tales por la ley de 11 de agosto de 1825.” Sancionaron los legisladores, un poco para precisar, un poco para restringir y un poco para referirse a las dos batallas fundamentales en la creación e independencia de Bolivia: “Los que en Junín y Ayacucho combatieron por la libertad.”

Respecto de la esclavitud había propuesto Bolívar en su proyecto el artículo 5º del segundo capítulo así:

Son Bolivianos (...) Todos los que hasta el día han sido esclavos y, por lo mismo, quedarán de hecho libres en el acto de publicarse esta Constitución; por una ley especial se determinará la indemnización que se debe hacer a sus antiguos dueños.

Aleccionado por los congresos de Angostura y de Cúcuta, donde no se concedió su petición de libertad total y se reglamentó la “libertad de vientres”, para obstaculizarla, el Libertador, a pesar de ser Bolivia tierra de pocos esclavos, en comparación con Venezuela, pues la producción estaba fundamentalmente en manos de los siervos indígenas, previó la indemnización. Con una sencilla enmienda, y con acatamiento aparente a lo estatuido en el proyecto, se invalidó la brillante defensa de la libertad hecha por el autor del proyecto. Pudo más el precio de los esclavos en el bolsillo de los terratenientes de los valles, que el levantado encomio de la libertad. El artículo 5º quedó completamente castrado así:

Todos los que hasta el día han sido esclavos y, por lo mismo, quedarán de derecho libres, en el acto de publicarse la Constitución; pero no podrán abandonar la casa de sus antiguos señores sino en la forma que una ley especial lo determine.

La forma de redacción sugiere que la mayoría de los esclavos, en Bolivia, serían domésticos, lo cual es congruente con el estatus bien conocido de los indígenas allí.

En el artículo 12, capítulo 2, se establecía, para ser ciudadano (recuérdese que era distinto de ser boliviano), el ser casado o mayor de 21 años y saber leer y escribir. El Congreso transformó el artículo así: “Saber leer y escribir bien; que esta calidad sólo se exigirá desde el año de 1836.” La observación “leer y escribir bien” es aguda y realista. No basta la simple alfabetización, como aprenderán en el siglo XX los campesinos latinoamericanos. Por otra parte, ese

artículo abrió democráticamente los derechos electorales hasta tanto 10 años después hubiese habido ocasión de aprender a leer y escribir “bien”.

En el título III, dedicado al poder electoral, pautaba el proyecto en el artículo 19: “El Poder Electoral lo ejercen inmediatamente los ciudadanos en ejercicio, nombrando por cada diez ciudadanos un elector.” Obsérvese que no era por cada 10 bolivianos, sino por cada 10 “ciudadanos”. Todavía pareció mucho a los constituyentes. El artículo quedó así: “El Poder Electoral lo ejercen inmediatamente los ciudadanos en ejercicio, nombrando por cada ciento un elector.” En país de analfabetos, no podían ser ni siquiera después de los diez años para aprender a leer y escribir “bien” muchos los ciudadanos. Sin embargo, el Congreso multiplicó por 10 la restricción. Así, los funcionarios serían electos por un número cortísimo de ciudadanos. Los indígenas jamás tendrían representación alguna. En el artículo 25, el cuerpo electoral recibió como atribución una acorde con el artículo añadido sobre la religión, así: el cuerpo electoral debía proponer “al gobierno eclesiástico, una lista de curas y vicarios para las vacantes de su provincia”. Congruentemente con la disminución de electores ya señalada, fueron rebajados los números de las cámaras propuestas, de 30 a 20 miembros. En el proyecto, las cámaras podrían funcionar con la mitad más uno de sus miembros. En la Constitución aprobada, a pesar de la reducción de 30 a 20 miembros, se aumentó el quórum a dos tercios. Hubo algunas otras modificaciones de menor importancia relativas a fechas, edades y otros pocos puntos semejantes.

Las modificaciones introducidas por los constituyentes bolivianos dejaron en poco la utopía bolivariana: ni libertad de los esclavos, ni libertad religiosa, ni el décimo de los ciudadanos en función electoral, ni 90 miembros en las tres cámaras, ni separación total del Estado y la religión. Quedaron sólo el Presidente vitalicio y las tres cámaras, maltrechas.

Los historiadores suelen referirse únicamente al proyecto de Bolívar y en algunos casos de manera única a su mensaje explicativo. El cotejo con lo aprobado muestra un resultado muy lejano de la utopía. En cuanto ella tropezó con los representantes de los dueños de esclavos, con los sectores religiosos que tradicionalmente habían vivido de diezmos y tributos indígenas y con los sectores privilegiados que deseaban conservar su preeminencia como electores, se fue al suelo de la realidad económico-social toda la construcción, en gran parte liberal, del Libertador. Duró su concesión a las monarquías: la presidencia vitalicia. Que las cámaras fuesen tres en lugar de dos, no vino a significar mucho. Eran sólo 60 individuos, en total, los responsables de todas las tareas legislativas, organizativas y administrativas. No conocemos ningún estudio sobre cómo, en la realidad, funcionó durante los dos años que tuvo de vida, el sistema presidencial, vicepresidente y cameral. En Perú fue adoptado por algunos meses; después llamó allí la atención especialmente la presidencia vitalicia, que suscita graves oposiciones a Bolívar.

Así concluyó la utopía verificada por Bolívar en su hija inesperada. El proyecto no iba muy lejos. No podía acercarse, por las condiciones históricas, a las construcciones de los socialistas utópicos. Pero ni siquiera pudo hacer valederos los contenidos simplemente liberales de la libertad de los

esclavos y de la separación del Estado y la Iglesia. El régimen semifeudal, con siervos indígenas, se conservó íntegramente. Los privilegiados conservaron sus poderes. Dos años después decidieron romper hasta los restos de lo que había sido un generoso experimento, lleno de contradicciones, muy limitado por los legisladores.

Bolívar envió su utopía nacional a los legisladores bolivianos en mayo de 1826, cuando se aprobó. En junio brilló brevemente su otra utopía, la internacional, en Panamá. Fue despedazada por las rivalidades entre algunas de las recién nacidas naciones, pero especialmente por las maniobras internacionales y por la oposición de los Estados Unidos. Digamos, antes de presentarla, que si esa utopía murió para el tiempo del Libertador, quedó abierta para la humanidad. Porque la gran anfictionía para “el equilibrio del universo”, continúa siendo una utopía de la humanidad. No podrá realizarse mientras exista el imperialismo. Pero se recordará al Libertador cuando un día, como resultado de las luchas de los pueblos, se reúnan en algún sitio del mundo, los plenipotenciarios de todos los países para establecer los compromisos definitivos de la solidaridad, la convivencia y la paz perpetua.

## Capítulo II

# Idea de América en Bolívar

**E**n la innumerable bibliografía relativa al Congreso de Panamá, gran parte está dedicada a demostrar sofisticadamente que Simón Bolívar convocó a la reunión de 1826 con el pensamiento puesto en la unión de todos los países de lo que geográficamente hoy conocemos como el continente americano. La falsedad es multiplicada por todos los medios de publicidad del imperialismo. Alcanza a la gente ingenua y aun a muchos historiadores que no estudian específicamente lo relativo al proyecto de anfictionía. Desde luego, otros numerosos historiadores medran de la propagación consciente de una falsedad que no es difícil demostrar, porque ellos no practican la verdad de la ciencia. Propagan elucubraciones políticas que sustentan falsas posiciones históricas. En algunos países latinoamericanos, como Venezuela, se completa el daño al país con la anulación de los estudios históricos. Así, la mayoría puede aceptar todas las afirmaciones que sobre el pasado hagan unos cuantos que elaboran libros con

falsos análisis. Coadyuvan a la construcción, totalmente consciente, de grandes redes de sofismas. Poco a poco, se va elaborando una historia falsa, lo cual no quiere decir que haya existido otra totalmente llena de verdades. Como las ideas dominantes, en cualquier época de las sociedades de clases son las ideas de la clase dominante, es claro que todavía no se ha escrito una verdadera historia de América ni de sus países, porque primero estuvo el escribirla en manos de los colonizadores, posteriormente de sus seguidores criollos y durante el presente siglo, tanto en manos de estos como de los intelectuales sometidos al imperialismo, en diversos grados. Poco a poco unos cuantos historiadores dispersos han comenzado a reescribir lo que necesitará mucho tiempo y muy numerosos cultivadores. La historia científica de América —la de Martí y Bolívar— se ha de hacer no sólo recurriendo directamente a la documentación ya utilizada para beneficio de las clases dominantes, sino con el análisis de lo publicado y la destrucción de sofismas aceptados cada vez más como verdades inmutables, gracias a la avalancha de reiteraciones que se editan sin descanso. Vamos a examinar algunos de los sofismas con más sostenedores, sobre las ideas y propósitos de Bolívar acerca del Congreso de Panamá<sup>191</sup>.

191. Al nombrar la América de Bolívar y Martí, bueno será recordar cómo veía su América el cubano. Al comentar para el director de *La Nación*, el Congreso Internacional de Washington, desde Nueva York, escribía el 2 de noviembre de 1889: “Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima, sino cuando se les puede evitar. Lo primero en política es aclarar y prever. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede liberrar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no los ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del Universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.” (Martí, 1953, II: 130.)

Cada vez que se reúne algún congreso panamericano, cunde la propaganda según la cual Bolívar propugnó las mismas uniones que el imperialismo ha apadrinado para provecho de los Estados Unidos. Se reúnen de manera confusa muchos materiales, se citan de modo incompleto los escritos de Bolívar, se le atribuyen afirmaciones que nunca realizó y se esconden hechos fundamentales sobre cuáles fueron sus verdaderas concepciones acerca de una reunión de pueblos americanos en Panamá y sobre la asistencia de los Estados Unidos. Servirá de mentís perfectamente claro, el examen de la idea que Bolívar tuvo de América.

Nunca se refirió a ella sólo con criterio geográfico, sino con intención política y, de tal modo, es totalmente falso que al escribir “América” estuviese siempre incluyendo tácitamente a los Estados Unidos. Ocurre todo lo contrario, como queda demostrado con el examen de los escritos en los cuales empleó la palabra América a través de toda su vida como Libertador.

Al presentar a los pueblos de Venezuela la Constitución de 1811, el Congreso Federal aludió al “interés general de la América” y afirmó que la vigencia del primer estatuto fundamental del país sería “eterno en los fastos de América”.

El sentido de esas frases queda explícito cuando en el mismo escrito se nombra otra vez a América:

Siglos enteros —señaló el Congreso— han pasado para la América, desde que resolvisteis ser libres, hasta que conseguisteis serlo por medio de la Constitución, sin la cual aún no habíais expresado solemnemente al mundo vuestra voluntad ni el modo de llevarla a cabo.

Es decir, se trata de la América colonizada por España, en la cual el tiempo comenzó a correr aceleradamente al declararse la independencia en Venezuela. Esta formaba parte de las ideas que había expuesto Miranda, quien habló de América, de América del Sur, de América Española, de América Meridional, y separó siempre cuidadosamente la expresión América del Norte. Muchos otros venezolanos y extranjeros habían empleado desde 1810 el término América y el publicista irlandés William Burke, quien llegó a Venezuela en 1810, había publicado en la *Gaceta de Caracas*, desde el 23 de noviembre de ese año hasta el 28 de marzo de 1811, una serie de artículos titulados “Derechos de la América del Sur y México”. De modo que lecturas, viajes, trato con Miranda y con Burke, hicieron crecer el concepto de un ámbito mayor que Venezuela, al cual se referían todos los sucesos y esfuerzos. De ese mismo acervo seguramente obtuvo Bolívar los primeros elementos para su idea de América, expresados ya desde 1810, la cual vería acendrada después por su vasta experiencia desde Venezuela hasta el Potosí. El 15 de septiembre de 1810 escribió en el *Morning Chronicle* de Londres:

El día, que está lejos, en que los venezolanos se convenzan de que su moderación, el deseo que demuestran de sostener relaciones pacíficas con la Metrópoli, sus sacrificios pecuniarios, en fin, no les hayan merecido el respeto ni la gratitud a que creen tener derecho, alzarán definitivamente la bandera de la independencia y declararán guerra a España. Tampoco descuidarán de invitar a todos los pueblos de América a que se unan en confederación. Dichos pueblos, preparados ya para tal proyecto, seguirán presurosamente el ejemplo de Caracas.

Claramente se refería Bolívar a los pueblos colonizados por España y por consiguiente su primera expresión sobre América poseía una connotación bien precisa. También anticipaba una distinción que se mantendría. Posteriormente actuó, en Venezuela, vehementemente en la Sociedad Patriótica, fundada por Miranda, pero retiró su cooperación en 1811 mientras se redactaba la primera Constitución, a causa de profundos desacuerdos con quienes tomaban por modelo a la de los Estados Unidos. Siguiendo las enseñanzas de Montesquieu, pensaba que las bases legales de las repúblicas debían responder a sus factores históricos y a las características de los pueblos.

Desde 1813 vemos en Bolívar el uso reiterado de varios términos como sinónimos: América, América Meridional, América del Sur y otros. En la Memoria de Cartagena, al examinar las causas del fracaso de 1812, explica: “Las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extendida República, persuaden a la América a mejorar de conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos...” Naturalmente se refiere a los países que luchaban por su independencia. Es muy preciso en un informe del 31 de diciembre de 1813, al propugnar alianzas para la lucha:

Si en estos siglos de ignominia, en que un continente más poblado y más rico que la España, fue la víctima de las miras péfidas del Gabinete de Madrid; si este pudo desde dos mil leguas de distancia, sin enormes fuerzas, mantener la América desde el Nuevo México hasta Magallanes bajo su duro despotismo, ¿por qué entre la Nueva Granada y Venezuela no podrá hacerse una sólida reunión?

Allí delimitó con claridad cuál América.

El 2 de febrero de 1814 escribió a Camilo Torres sobre las noticias de la derrota de Napoleón y trataba de medir las consecuencias para la lucha de independencia: "... así es —observaba— que la España evacuada ya por los franceses afianzará más sólidamente su independencia y volverá sus miras hacia la América...". Evidentemente se refería al ámbito colonizado por España. El 5 de mayo Bolívar escribe desde Caracas a Bockwith, comandante de las fuerzas de Barbados y le expresa su creencia de que Inglaterra se interesará por "la justa e inevitable independencia de la América". Habla, también, de la "revolución de América". En una proclama a la división encabezada por el general Urdaneta, fechada en Pamplona, el 12 de noviembre de 1814, declara: "Para nosotros la patria es la América; nuestros enemigos los españoles." Define allí a la América en función de la lucha por la independencia, contra los colonialistas<sup>192</sup>.

El 22 de enero de 1815, cuando entregaba cuentas al Congreso de la Nueva Granada, después de los sucesos de 1814, Bolívar decía al presidente de aquel organismo: "Movido más por su devoción a la causa de la América que por ningún otro fundamento, V.E. se sirvió confiarme el encargo de libertar a Venezuela", donde es clarísimo que "la causa de la América" es la de libertarse de España. El 8 de mayo de 1815 volvía a dirigirse al presidente del Congreso de Nueva Granada y le ofrecía, sin duda en el mismo sentido: "Aseguro a Ud. que cualesquiera que sean los días que la Providencia

192. Para evitar muy repetidas citas de pie de página, hemos indicado en cada referencia del texto la fecha de la carta o comunicación de Bolívar, de modo que con el conocimiento de ella es sencillo encontrar la pieza respectiva en las *Obras completas*, editadas por la Editorial Lex en 1947, en La Habana, donde el ordenamiento es cronológico.

me tenga destinados, todos hasta el último serán empleados en servicio de la América." Y desde Kingston, el 27 de mayo de 1815, repetía: "Amo la libertad de la América más que mi propia gloria."

De allí se dirigía a Richard Wellesley el mismo día, y declaraba: "La filosofía del siglo, la política inglesa, la ambición de la Francia y la estupidez de España, redujeron súbitamente a la América a una absoluta orfandad." Nadie podría imaginar que quien ya era el Libertador, podría referirse allí sino al ámbito que él había determinado geográficamente en diciembre de 1813. En la *Carta de Jamaica* declaró: "Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo" y pensaba a continuación que la capital sería México, lo cual delimita bien su idea de América, de la cual dice en el mismo documento:

La América está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones; aislada en medio del Universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares, y combatida, por la España que posee más elementos de guerra que cuantos nosotros furtivamente podemos adquirir.

Muchas veces repite Bolívar el mismo concepto cuando lucha en oriente y en Guayana, y después de Boyacá y de Carabobo. El 23 de agosto de 1821 escribe a O'Higgins, a propósito del proyecto de unir los ejércitos del Sur con los suyos: "Donde quiera que estos hermanos de armas reciban los primeros ósculos, allí nacerá una fuente de libertad para todos los ángulos de América." Y a propósito de la misma cooperación de ejércitos en el Sur, decía a Cochrane desde

Trujillo el 23 de agosto de 1821: “Los soldados colombianos (...) quieren volar a los Andes del Sur a abrazar a sus intrépidos y esclarecidos hermanos de armas, para marchar juntos a despedazar cuantos hierros opriman a los hijos de la América...” En 1822 había escrito desde su cuartel general de Cali:

El gran día de América no ha llegado. Hemos expulsado a nuestros opresores (...) mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social que debe formar de este mundo una nación de Repúblicas (...) La asociación de los cinco grandes estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para la Europa...

Esos cinco Estados eran México, Perú, Chile, Buenos Aires y Colombia. Naturalmente se incluía tácitamente la que hoy llamamos América Central. Y esa era la América de que Bolívar constantemente escribía, hablaba y proyectaba. Tal fe tenía en su labor que el 6 de agosto de 1823 decía a Santander: “La cosa de América no es un problema ni un hecho siquiera, es un decreto soberano irrevocable, del destino...” Si en 1813 había pensado en México para capital de su América, en diciembre de 1824, cuando invitaba al Congreso de Panamá, soñaba que la ciudad capital de América bien podría en algún futuro llegar a serlo del mundo, el Istmo de Panamá. El 6 de enero de 1815 trataba otra vez a Santander, desde Lima, sobre sus concepciones: “Últimamente —le señalaba— vuelvo a mi tema: “La América es una máquina eléctrica que se conmueve toda ella, cuando recibe una impresión de sus puntosí”.

El 13 de enero de 1825 escribió Bolívar al general Lara, desde Lima: “El reconocimiento de la América está hecho por Inglaterra, según las gacetas de Buenos Aires...” No puede haber ninguna duda sobre cuál América señalaba. Y menos en su comunicación a Santander, desde el Potosí, el 10 de octubre de 1825: “Acabo de tener una larga conferencia —relataba Bolívar— con los señores Alvear y Díaz Vélez (...) Me han dicho terminantemente que yo debo ejercer el protectorado de la América, como único medio de salvarla de los males que la amenazan...” Se reiteraba claramente su concepto en la comunicación a los plenipotenciarios de Colombia en Panamá, el 11 de agosto de 1826:

He estado meditando con mucha atención sobre la liga federal y la liga militar que proponen algunos de los estados de América (...) Ya que los mexicanos quieren un pacto militar, soy de la opinión de que lo formemos entre Colombia, Guatemala y México (...) Creo que el ejército no debe bajar de 20.000 hombres y la escuadra debe ser igual, por lo menos, a la de los españoles en América...

Dos propósitos extraordinarios que debía realizar la América de Bolívar unida, expuso entonces a sus plenipotenciarios:

Este plan se fundará: 1º, en defender cualquier parte de nuestras costas que sea atacada por los españoles o nuestros enemigos; 2º, expedicionar contra La Habana y Puerto Rico; 3º, marchar a España con mayores fuerzas, después de la toma de Puerto Rico y Cuba, si para entonces no quisieren la paz los españoles...

Naturalmente, Bolívar se refirió en muchas ocasiones a la América del Sur y a la América Meridional. Esta expresión la usó especialmente para dirigirse a los libertadores del Sur. A veces, como en su discurso de la Sociedad Patriótica, el 4 de julio de 1811, se refería a la América del Sur en el sentido del territorio sometido por España. En esa fecha dijo, en un memorable discurso:

La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la Nación, pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos, sin temor, la piedra fundamental de la libertad suramericana: vacilar es perdernos.

El 27 de noviembre de 1812 escribió desde Cartagena sobre “los más ilustres mártires de la libertad de la América Meridional”. En un informe al Ministerio de Relaciones Exteriores de la Nueva Granada, se refirió al “equilibrio del Universo”, pensado como la correlación y cooperación de las diversas partes del mundo, entre las cuales incluía su América:

Yo llamo a este —explicaba— el equilibrio del Universo y debe estar en los cálculos de la política americana (...) Este coloso de poder que debe oponerse a aquel otro coloso, no puede formarse sino de la reunión de toda la América Meridional, bajo un mismo cuerpo de Nación, para que un solo gobierno central pueda aplicar sus grandes recursos a un solo fin.

El 13 de enero de 1815 juraba lo que harían las fuerzas libertadoras:

Este ejército pasará con una mano bienhechora rompiendo cuantos hierros opriman con su peso y oprobio a todos los americanos que hay en el Norte y en el Sur de la América Meridional. Yo lo juro por el honor que adorna a los Libertadores de la Nueva Granada y a Venezuela...

A. Pueyrredón le agradecía en junio de 1818: “La honra que mi patria y yo hemos recibido de V.E. y del pueblo independiente de la América del Sur...” y en el mensaje dirigido desde Angostura a “los habitantes del Río de la Plata”, señalaba “que nuestra divisa sea Unidad en la América Meridional”.

En el discurso de Angostura, en 1819, afirmó que la unión de Venezuela y la Nueva Granada era “el voto de los ciudadanos de ambos países y la garantía de la libertad de la América del Sur...” En 1821 escribió a San Martín, a quien llamó “Libertador de la América del Sur”, y el 23 de agosto de ese mismo año señaló, en carta a O’Higgins, a “los pueblos que gimen en la América Meridional”. A Santander le indicó desde Lima, el 17 de febrero de 1825, que “El Potosí es en el día el eje de una inmensa esfera: toda la América Meridional tiene una parte de su suerte comprometida en aquel territorio.” A Unanue confió su esperanza, en noviembre de 1825, desde Plata, de que “La América Meridional formará, sin duda, una confederación cordial en los primeros años de vida...” Así, Bolívar, como se ve, consideraba ante los libertadores del Sur, especial-

mente, una especie de unidad dentro de la idea general de su América, constituida por la América Meridional, que a veces llamó “del Sur”.

A veces empleó Bolívar la denominación de “Nuevo Mundo” como sinónimo de la América colonizada por los españoles. Así, en carta al Gobernador de Curazao, le decía, en octubre de 1813:

Tres siglos gimió la América bajo esta tiranía, la más dura que ha afligido a la especie humana (...) Al ver ahora a casi todas las regiones del Nuevo Mundo empeñadas en una guerra cruel y ruinosa (...) Las delicadas mujeres, los niños tiernos, los trémulos ancianos, se han encontrado desollados, sacados los ojos, arrancadas las entrañas y llegaríamos a pensar que los tiranos de la América no son de la especie de los hombres.

En el Manifiesto de San Mateo, de 24 de febrero de 1814, expresaba: “Satisfechas las miras de los españoles, irían a esas otras regiones de la rica América, a consumir la destrucción del Nuevo Mundo...” En la Carta de Jamaica, decía en 1815:

No puedo persuadirme que el Nuevo Mundo sea por el momento regido por una gran república (...) y menos deseo una monarquía universal de América (...) Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternos que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra. La metrópoli, por ejemplo, sería México, que es la única que puede serlo por su poder intrínseco...

Y en el mismo año de 1815, en escrito al editor de la *Royal Gazette*, afirmaba: “El objeto de la España es aniquilar al Nuevo Mundo...”

También escribió Bolívar sobre “toda la América”, no para incluir a la llamada después “Norteamérica”, sino para expresar la que luchaba por libertarse de España. El 27 de noviembre de 1812 hablaba al Congreso de Nueva Granada de “la identidad de la causa de Venezuela con la que defienda toda la América y principalmente la Nueva Granada” y a Hipólito Unanue, en 1815, le comenta que frente a la Santa Alianza debe “toda la América formar una sola causa...” De la “América entera”, como mundo en lucha contra España por la libertad, escribe a Manuel Antonio Pulido, el 13 de octubre de 1813, que es necesario colocar sobre todo “la emancipación de la América entera” y en el Manifiesto de Cartagena opina: “Coro es a Caracas como Caracas es a la América entera...” En agosto de 1815 señala al presidente de la Nueva Granada como grave infortunio que Bonaparte, derrotado, decidiese venir a nuestros países. “Los ejércitos de todas las naciones óvaticinao seguirán sus huellas; y la América entera, si es necesario, será bloqueada por las escuadras británicas...” En Bogotá, el 24 de agosto de 1819, dijo en una proclama al ejército: “La América entera es teatro demasiado pequeño para vuestro valor...” Y en 1825 consideraba a los naturales de los extremos de la América Meridional, “por desgracia los más turbulentos y sediciosos de cuantos hombres tiene la América entera”.

Desde luego, Bolívar no dejó de referirse a la “América española”. En 1825 escribió a Sucre con empleo muy preciso de la expresión: “Sabemos que la Santa Alianza trata de fa-

vorecer al emperador del Brasil con tropas para subyugar la América española...” donde distinguía a esta de la subyugada por los portugueses. En 1824 se había referido en la invitación a formar el Congreso de Panamá, a “los gobiernos de América, antes española...”

Hiperbólicamente, en varias ocasiones hizo Bolívar, del término “continente” sinónimo de la América en que pensaba. El 31 de diciembre de 1813 escribía sobre “estos siglos de ignominia en que un continente más poblado y más rico que España fue víctima de las miras pérfidas del Gabinete de Madrid”. Repite esa hipérbole en 1818, desde Angostura, el 20 de noviembre de 1818: “Toda la República y muy particularmente Venezuela, está íntimamente convencida de la imposibilidad absoluta en que se halla la España de restablecer de ningún modo su autoridad en este continente.” A Santander le recordaba el 10 de octubre de 1823: “Deseo la independencia de todo el continente para evitar una guerra en lo futuro”; y a San Martín declaraba el 16 de noviembre de 1821: “Yo creo que ahora más que nunca es indispensable terminar la expulsión de los españoles de todo el continente...” Todavía fue más allá Bolívar en sus sinonimias, al afirmar en su discurso del 13 de enero de 1815 en Bogotá: “Hemos subido a representar en el teatro político la grande escena que nos corresponde, como poseedores de la mitad del mundo.” Repitió algunas veces ese otro cognomento de su América.

También nos enseñará sobre el concepto de América en Bolívar que ya conocemos bastante a través de tantas de sus propias palabras, el gentilicio “americano”. Es obvio lo que significó cuando, en el Decreto de Guerra a Muerte, estampó

Bolívar su admonición a los responsables de luchar contra la libertad: “Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables.” Algo semejante asentó en 1815 en carta a Ignacio Cavero y a Hyslop, desde Kingston: “Un americano no puede ser mi enemigo ni aun combatiendo contra mí bajo la bandera de los tiranos.” En 1826 se quejaba a Páez de muchas ingratitudes y le señalaba: “Era americano en Lima; era colombiano cuando vine al Sur...” Y a Estanislao Vergara le decía otra vez el gentilicio con amargura, cuando ya había entrado en la etapa de graves dificultades de sus últimos años de actividad: “Muchas veces me arrepiento de ser americano, porque no hay cosa, por eminente que sea que no la degrademos...”

Así como Bolívar nunca incluyó en su concepción política de América a la América del Norte, tampoco equivocó el uso del gentilicio “americano”, dentro de su sistemática expresiva. Sólo en tres ocasiones de su extensísima producción escrita hemos encontrado el gentilicio de “americanos” para los naturales de los Estados Unidos. Curiosamente, las tres menciones ocurrieron en el año de 1825. La primera referencia es del 7 de abril de 1825, cuando, como en otras ocasiones, manifiesta a Santander su inconformidad con la invitación que este se proponía hacer, y al fin realizó, a los Estados Unidos para el Congreso de Panamá. “La federación con los Estados Unidos óbjetaba Bolívaró nos va a comprometer con la Inglaterra, porque los americanos son los únicos rivales de los ingleses con respecto a la América.” Nótese que al mismo tiempo que empleaba aquel gentilicio, mantenía su concepto de América como el de la totalidad de los países que habían luchado contra España por la independencia. El 28 de junio, al comentar otra vez a Santander los preparativos del

Congreso de Panamá y opinar que la “federación americana” debería ser protegida por Inglaterra, observó sobre tal posibilidad: “... desde luego, los señores americanos serán sus mayores opositores, a título de la independencia y libertad; pero el verdadero título es por egoísmo y porque nada temen en su estado doméstico...”. La última vez que encontramos el gentilicio “americanos” aplicado a los estadounidenses, es el 21 de octubre de 1825, cuando otra vez objetaba a Santander la invitación de ellos al Congreso de Panamá. “No creo —sostenía ante el vicepresidente— que los americanos deban entrar en el Congreso del Istmo...”<sup>193</sup>

La diferencia que estableció Bolívar con los norteamericanos se debió a la experiencia sobre los procedimientos y actitud de estos. Hubo una experiencia colectiva que comenzó muy temprano. En 1813 Manuel García de Sena intentó lograr de las autoridades de Washington colaboración con Venezuela y Nueva Granada, con el argumento de tener “no sólo comunes principios ideológicos y sentimentales de filantropía, sino también el interés bien entendido”. La glacial respuesta fue: “Estamos en paz con España”. El 20 de agosto de 1815 escribió Pedro Gual desde Alejandría a William Thornton: “... nuestros intereses como americanos son los mismos. Vemos a este país como aun no corrompido por las intrigas de los Gabinetes europeos, los vemos como hermanos. Declarad al mundo que vosotros abiertamente protegéis nuestra independencia”. La actitud de helada indiferencia fue igual a la manifestada en 1813. Por todo ello, Bolívar escribía en 1815 en la *Carta de Jamaica*:

193. La circunstancia de que Bolívar haya usado por tres veces en todas sus escrituras el gentilicio “americano”, aplicado a los estadounidenses, en tres respuestas a Santander, en el mismo año de 1825, significa evidentemente que el Libertador simplemente repetía el gentilicio que Santander escribía. Es como si hubiese escrito el término cutio comillas.

Cuán frustradas esperanzas! No sólo los europeos, sino hasta nuestros hermanos del Norte se han mantenido inmóviles expectadores de esta contienda, que por su esencia es la más justa por sus resultados, la más bella e importante de cuantas se han suscitado en los siglos antiguos y modernos...<sup>194</sup>

Entre las obras publicadas por la Secretaría General de la Décima Conferencia Panamericana, que se reunió en Caracas en 1953, se cuenta un libro titulado *América y el Libertador*, compuesto por citas de los escritos de Bolívar en los cuales se refiere a América. Hemos examinado ese material en el cual, como puede apreciar quien haya leído lo aquí presentado, nada comprueba que Bolívar pensase en una América que incluyese a los Estados Unidos. Al contrario, con el análisis de los materiales publicados en ese libro y con los añadidos aquí, aparece claro cómo siempre tuvo el Libertador clara conciencia del mundo en el cual actuaba como conductor. Por si fuera poco cuanto dijo sobre América en general, se comprueba en otras citas que hemos visto, cómo actuaba muy consciente del significado de los Estados Unidos frente a las antiguas colonias de España que lucharon 20 años por su libertad. Hemos señalado, además, dos negativas suyas a Santander sobre la invitación de este a los Estados Unidos para asistir al Congreso de Panamá<sup>195</sup>.

194. A propósito del desdén de los Estados Unidos por nuestras luchas de independencia, en 1889 escribía Martí: “No fue nunca la de Norte América, ni aun en los descuidos generosos de la juventud, aquella libertad humana y comunicativa que echa a los pueblos, por sobre montes de nieve, a redimir un pueblo hermano, o los induce a morir en haces, sonriendo bajo la cuchilla, hasta que la especie se pueda guiar por los caminos de la redención con la luz de la hecatombe. Del holandés mercader, del alemán egoísta, y del inglés dominador, se amasó con la levadura del ayuntamiento señorial, el pueblo que no vio crimen en dejar a una masa de hombres, con pretexto de la ignorancia en que la mantenían, bajo la esclavitud de los que se resistían a ser esclavos.” (Martí, 1953, II: 130.)

195. Con motivo de la Décima Conferencia Interamericana, celebrada en Caracas en 1953,

Según hemos comprobado, Bolívar se refirió innumerables veces a América en el sentido de las naciones que luchaban contra España; habló, además, como sinónimo de su expresión general, de la “América Española” y empleó como equivalentes de América los cognomentos “Nuevo Mundo”, “Continente” y aun “Medio Mundo”. En la cristalina semántica de Bolívar todo quedaba preciso. Prevalidos de la ignorancia que ellos mismos fomentan, en el sistema de clases sociales y en la ingenuidad de grandes conjuntos, los imperialistas han propagado incontables sofismas acerca de las ideas de Bolívar sobre América. No hay congreso o conferencia panamericana o interamericana donde no se cite calumniosamente al Libertador, al atribuirle intenciones que no sólo nunca tuvo, sino nunca pudo tener. Coincidió con su futuro heredero, Martí, en la tajante delimitación de su América.

El Congreso de Panamá no fue convocado porque el Libertador pensase en una alianza con los Estados Unidos. Por el contrario, luchó incesantemente contra la asistencia de ellos. Antes de referirnos a las concepciones de Bolívar sobre la anfictionía del Istmo, hemos de referirnos siquiera esquemáticamente a uno de los aspectos de sus ideas políticas que, como muchas otras, han sido marginadas o tergiversadas. Se trata del tema de federaciones y confederaciones.

---

se publicaron varias series destinadas a inculcar el panamericanismo de los Estados Unidos. Uno de los libros de la colección Historia titulado *América y el Libertador* se compone casi totalmente de citas en las cuales aparece la palabra “América”. Se compone de 47 citas agrupadas en las siguientes secciones: “La fraternidad americana”, “Independencia de las naciones de América”, “La América y la guerra”, “América ante el mundo”, “La unión política americana”. Como puede distinguirse con esos títulos, se trata de hacer creer que en todos los materiales bolivarianos existía la idea del “panamericanismo” imperialista. De ese material hemos citado parte de los trozos, en los lugares donde aparecía el término “América”. Naturalmente, nuestro material proviene también directamente de las fuentes bolivarianas. Como muchos profesores, maestros y estudiantes, acuden a compilaciones de citas como esta, simplemente aceptan el criterio que guía, muy intencionalmente, el trabajo de recolección y la manera de presentarlo.

## Capítulo III

# Del federalismo a las confederaciones

La independencia de Venezuela produjo un salto en cuanto a la organización política, pero no una mutación histórica en cuanto al sistema de propiedad ni al modo de producción. Después de la desaparición de la encomienda, la tierra había continuado poseída en grandes extensiones, primero por los privilegiados del proceso de la conquista y penetración en el territorio, después por sus descendientes. De modo que en 1810, al iniciarse la separación de España, y en 1811, al declararse plenamente la independencia, las grandes extensiones productivas de tierra se encontraban en manos del sector de los llamados “mantuanos”, criollos descendientes de los invasores españoles, llamados por el pueblo “grandes cacao”, debido a que su base económica era fundamentalmente la exportación del fruto que originó ese cognomento. La posesión de la tierra era semifeudal, en el sentido de que de ella surgía el poder económico y parte del poder político en algunas municipalidades, puesto que los cargos oficiales

de la provincia de Venezuela eran desempeñados casi exclusivamente por españoles peninsulares. El predominio de los grandes propietarios en sus fundos era absoluto. Quienes poseían abundantes esclavitudes resultaban potencialmente dueños de un pequeño ejército. Como los esclavos carecían de toda clase de derechos, cada hacendado poseía un verdadero feudo, en el cual gobernaba como señor absoluto. En algunos sitios, como en Caracas, los criollos llegaron por diversas circunstancias a adquirir predominio en el Ayuntamiento y así se unía en ellos el poder de productores y de señores de grandes propiedades con el de legisladores municipales.

El régimen de propiedad de la tierra y las capacidades productivas parciales y regionales de los criollos no podían conducir en 1811 a otros ideales organizativos que el de asociaciones federales. Por eso la primera Constitución fue de estructura federal. No es posible olvidar, además, que la estructura de la provincia de Venezuela era entonces relativamente nueva, puesto que la unificación de las antiguas porciones que la compusieron se había realizado en 1777, lo cual significaba, aún a principios del siglo XIX, rivalidades regionales y factores históricos diferenciados en ciertos aspectos. Mientras en algunas regiones la producción se había obtenido fundamentalmente de los indígenas, en otras se había logrado sola o principalmente de los esclavos negros. Algunas zonas del occidente de Venezuela habían estado adscritas al Nuevo Reino de Granada y en otras se habían cruzado las dependencias, que no en todos los aspectos estaban unificadas. A veces habían existido instancias superiores en Santo Domingo; otros asuntos requerían consultas directas con la Corona española; la economía había estado profundamente ligada de modo oficial a México, etc. De modo que

los lazos fundamentales que dieron sentimientos colectivos de totalidad eran muy recientes, a veces no consolidados, y estaban divididos por la memoria histórica y por los hechos reales de la posesión de la tierra y del modo de producción. Conviene recordar esto siquiera someramente, pues si en la mayor parte de la provincia de Venezuela el modo de producción era esclavista, con la explotación de los africanos y de sus descendientes, en las zonas occidentales, en algunas de oriente y en Guayana, donde existían núcleos misionales, la explotación recaía especialmente sobre los indígenas. Pero, además, los productos obtenidos se diferenciaban, lo cual tuvo gran influencia en el desarrollo de las luchas de independencia. Mientras en la costa venezolana se producía como fruto principal de exportación el cacao, en algunas regiones de los Llanos occidentales se producía añil, y en los Llanos en general regía un sistema pastoral y no la agricultura. Los fenómenos de la circulación de lo producido, que tuvieron gran importancia en las guerras y política de la independencia, se diferenciaban también profundamente de unos lugares a otros. Las costas comerciaban no solamente con Europa, sino con las islas del Caribe. Por el Orinoco y otros ríos, salían del *hinterland* diversos artículos hacia las costas, para embarcarlos, y el número de puertos era reducido, lo cual significaba particular importancia de los litorales por donde se podía exportar. No resultaba ajeno a la circulación de la producción el contrabando, base de intensa comunicación con el Caribe durante todo el siglo XVIII y también muy intensamente durante el período de 1810 a 1830<sup>196</sup>.

196. Brito Figueroa (1960: 203) escribe sobre los criollos: "La lucha de los notables y grandes cacahos por tomar el poder político y romper la dominación colonial, no incluía la transformación estructural de la sociedad venezolana en sentido democrático burgués, porque ella hubiera conducido a la propia liquidación de los terratenientes como clase

Las luchas entre federalistas y centralistas durante el proceso independentista, no nacieron, como los historiadores idealistas han sostenido reiteradamente, sólo del resultado de las lecturas y propagandas de la Revolución Francesa en el espíritu de los criollos. Nacían de la estructura productiva, del régimen de propiedad y de múltiples factores que condujeron a frecuentes contradicciones. Por ejemplo, cuando sobre la base de la actuación del Ayuntamiento caraqueño el 19 de abril de 1810, este se constituyó en eje de la nueva organización venezolana. Aunque todo comenzase por la Junta Suprema Conservadora de los derechos de Fernando VII, en Caracas, se practicaron acciones centralistas, cuando ese organismo se declaró a sí mismo director general en Venezuela de las acciones que se habían de tomar y de la transformación del régimen de gobierno colonial. Así, el mismo 19 de abril de 1810, envió una circular “a las autoridades y corporaciones de Venezuela”, no sólo comunicando lo que había ocurrido, sino responsabilizando a los funcionarios de todas partes de la futura marcha de las disposiciones que se dictasen en Caracas. El 19 de mayo se dirigió la junta, que entonces se tituló “Junta Gubernativa de Caracas”, a las autoridades constituidas de todos los pueblos de Venezuela, para expresarles diversas consideraciones sobre la “mutación política” que se había verificado y dándoles instrucciones sobre formación de milicias, medidas económicas, precauciones de almacenamiento de productos regionales. Los rechazos que pronto se produjeron, obligaron a recapacitar en 1811 a los man-

---

(...) temían que la ideología democrática revolucionaria, especialmente la que se inspiraba en las tradiciones jacobinas, prendieran en la conciencia de la masa de mulatos, mestizos y negros esclavos que tan levantisco espíritu de lucha habían demostrado y desde 1795 estaban pidiendo éla aplicación de la ley de los franceses ...”

tuanos que redactaron la Constitución. Ya habían tenido experiencia de las ambiciones regionales, además, tiempo de reflexionar sobre la conveniencia de organizaciones sectoriales que les permitieran mantener predominio personal y grupal frente a los españoles, los pardos, los indios y los negros. El centralismo indispensable de 1810, para los primeros pasos hacia una organización capaz de consumir la independencia, resultó sólo medida de urgencia. Los criollos comenzaron a pensar en la estabilidad sobre un sistema federal. Era el que podían preferir como producto de la organización territorial semifeudal, con predominio absoluto económico, político y social de los dueños en sus fundos, y con el modo de producción esclavista que significaba la posesión de núcleos productivos, capaces de convertirse en centros de organización militar. Seguramente, también la lectura de autores europeos y el conocimiento de la Constitución norteamericana influyeron sobre algunos de los criollos. Los materiales escritos y la experiencia política de otros países, caían sobre la propia experiencia criolla de núcleos productivos y de influencia política regional, que no podían engendrar, al producirse una reorganización política, sino un modo federal de agrupación. El antiguo latifundista colonial no era sujeto propio para la obediencia a autoridades centrales. No había aprendido el mantuano esa posibilidad ni en sus fundos, ni en las influencias que como miembro de algunos ayuntamientos había tenido, ni en sus relaciones comerciales para la venta de los productos de sus haciendas. La primera Constitución fue aprobada por los representantes de Margarita, Mérida, Cumaná, Barinas, Barcelona, Trujillo y Caracas, reunidos en un congreso general. En el capítulo preliminar se estableció:

En todo lo que el pacto general no estuviere expresamente delegado a la autoridad general de la Confederación, conservará cada una de las provincias que la componen, su soberanía, libertad e independencia; en uso de ella, tendrá el derecho exclusivo de arreglar su gobierno y administración territorial, bajo las leyes que crean convenientes, con tal que no sean las comprendidas en esta Constitución, ni se opongan o perjudiquen a los pactos federativos que por ella se establecen. Del mismo derecho gozarán todos aquellos territorios que por división del actual, o por agregación a él, vengan a ser parte de esta Confederación cuando el Congreso General reunido los declare la representación de tales, o la obtengan por aquella vía, y forma que él establezca para las concurrencias de esta clase cuando no se halle reunido<sup>197</sup>.

Sólo Miranda, Bolívar y Muñoz Tébar, entre los más conspicuos, estuvieron en desacuerdo con el criterio federalista de 1811. Ello significó apartamiento temporal de Bolívar de las actividades políticas, hasta 1812 cuando fue llamado por Miranda. Si Bolívar había sido formado dentro de los criterios de su clase, ¿cómo se explica que muchos mantuanos respondiesen, como era natural, a las estructuras

197. Carlos Irazábal en su libro *Venezuela esclava y feudal* (1964: 51), opina sobre el problema del federalismo; “Se trataba de organizar gobiernos republicanos. Así lo hicieron, pero sobre cimientos esclavistas y feudales. Para la organización gubernamental, entre las dos tendencias, —centralista o federal, siguiendo la experiencia francesa o norteamericana— se inclinaron por la segunda, aunque desde el punto de vista práctico las circunstancias no sólo aconsejaban sino que imponían un firme centralismo y la máxima autoridad en un gobierno que tenía que habérselas con una difícil problemática interna y externa. La escogencia federalista no fue sólo cuestión de imitación de romanticismo político y de arraigadas convicciones teóricas. Fue sobre todo producto de imposiciones de la realidad social que pugnaba abiertamente contra la unidad nacional (...) Entre nosotros federalismo no fue unión, sino tendencia a la desintegración feudal...”

profundas de producción, propiedad y dominio en que habían aprendido a ver su mundo económico y social, y Bolívar no? Este fue profundamente producto de su clase, pero del sector más avanzado políticamente y, además, estudió desde la juventud obras políticas y analizó comparativamente los regímenes de los diferentes Estados antiguos y coetáneos a él. Comprendió rápidamente, como Miranda, como Muñoz Tébar y como muchos otros posteriormente, que un régimen federal, por lo que tenía de dispersión, de dificultad para la acción, de trabas para la pronta solidaridad, no sería lo más eficaz para lograr la independencia. La lucha tenía que ser unitaria. Los hechos lo apoyaron mientras rigieron los factores históricos de la guerra de emancipación. Por haber sido un genio de la acción, entendió ya desde 1811 la necesidad de aunar esfuerzos, pero no confundió la solidaridad indispensable con las dificultades que implicaba el enfrentarse a España. Así siempre trató de equilibrar los gobiernos centrales con las confederaciones de grandes totalidades. En 1826 expresaba a Sucre justamente la confusión, que en otros solía existir, respecto de sus proyectos de unión, frente a esfuerzos de federación que significaban sólo la dispersión en pequeñas unidades.

Hemos pensado —decía al Mariscal de Ayacucho el 18 de agosto de 1826— que no debemos usar la palabra federación, sino unión, la cual formarán los tres grandes Estados de Bolivia, Perú y Colombia, bajo un solo pacto. Digo unión, porque después pedirán las formas federales, que ha sucedido en Guayaquil, donde apenas se oyó federación y ya se pensó en la antigua republiquita...

Ya en 1810, cuando fue enviado a Inglaterra por la Junta Suprema, en un artículo que publicó en el *Morning Chronicle* de Londres, había pensado en las futuras grandes uniones como una poderosa arma política. Pronosticaba que los venezolanos se alzarían definitivamente en guerra contra España y añadía: “Tampoco descuidarán de invitar a todos los pueblos de América a que se unan en confederación. Dichos pueblos, preparados ya para tal proyecto, seguirán presurosos el ejemplo de Caracas.”

Frente a Miranda y Bolívar, en las discusiones sobre federalismo o centralismo para la primera Constitución de Venezuela, Fernando Peñalver preparó una memoria según la cual “el mejor sistema es el federal”. Opinaba que para que el pueblo fuese soberano, el territorio debía estar dividido “en pequeñas repúblicas (...) ligadas por un contrato, dependiente de la soberanía común...”. Palacio Fajardo cuenta así, cómo llegaron los mantuanos a resolver la estructura federal para la primera Constitución.

La habían redactado Ustáriz y otras personas de grandes luces, los que opinaban, como cuestión de principio, que en el caso de una separación definitiva de España, el mejor régimen para Venezuela sería el de un gobierno federal, semejante al de los Estados Unidos de América. Con el objeto de propagar esta idea, se publicaron numerosos artículos en la *Gaceta de Caracas*, dirigidos a mostrar las ventajas de la Constitución de los norteamericanos, artículos redactados por Burke, un irlandés que conocía perfectamente las constituciones inglesa y norteamericana. Ustáriz y Roscio estuvieron en correspondencia con varias personas de Santa Fe de Bogotá y del interior de

Venezuela acerca del mismo asunto, que a todos por igual interesaba. El entusiasmo por una constitución federal prendió también en la Nueva Granada<sup>198</sup>.

Allí se suscribió el Acta de Independencia el 20 de julio de 1810 y se recomendó un sistema federal de gobierno. Guerra Íñiguez relata el proceso así:

En 1811 se establece la Constitución de Cundinamarca, en la cual se reconoce a Fernando VII como Jefe de Estado, estableciendo una monarquía constitucional en la cual el Presidente de la Representación Nacional ejercía sus veces, en ausencia de aquel monarca, proveyendo todos los cargos. En el mismo año se adapta un sistema federativo para las provincias de la Nueva Granada (...) Según esta Constitución todas las provincias eran iguales e independientes, con su administración interior autónoma. Sobre estas bases se promulgan las Constituciones de la República de Tunja, (1811), del Estado de Antioquia (1812), de la República de Cundinamarca (1812), y del Estado de Cartagena de Indias (1812). El 23 de septiembre de 1814 fueron hechas reformas profundas a este sistema federal para contrarrestar lo dispensioso de la administración en lo civil y militar. Según estas reformas, cada gobierno de provincia lo nombraba el gobierno federal provincial, el cual era independiente, salvo en los ramos militar y de hacienda, que dependían del gobierno general<sup>199</sup>.

198. Palacio Fajardo, 1953: 74; Carlos Irazábal (1964: 52) resume los factores del federalismo inicial: “En Europa y en América del Norte, el capitalismo actuó como fuerza aglutinante contra la vocación desintegradora del feudalismo (...) En Venezuela (...) un régimen económico esclavista y feudal cuya repercusión política era el separatismo, la disgregación, la autonomía local (...) Yo creo (...) que el federalismo fue lo normal, lo lógico y hasta lo dialéctico. Lo extraño hubiera sido una Constitución unitaria...”

199. Guerra Íñiguez; 1972, 30.

Bolívar comenzó a expresar ampliamente sus concepciones centralistas en el *Manifiesto de Cartagena*, en 1813:

Lo que debilitó más al Gobierno de Venezuela —dijo a propósito del fracaso de 1812— fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales y constituye las naciones en anarquía. Tal era el verdadero estado de la Confederación. Cada provincia se gobernaba independientemente; y a ejemplo de estas, cada ciudad pretendía iguales facultades alegando la práctica de aquellas y la teoría de que todos los hombres y todos los pueblos gozan de la prerrogativa de instituir a su antojo el gobierno que les acomode. El sistema federal, bien que sea el más perfecto y más capaz de proporcionar la felicidad humana en sociedad, es, no obstante, el más opuesto a los intereses de nuestros estados; generalmente hablando, todavía nuestros conciudadanos no se hallan en aptitud de ejercer por sí mismos y ampliamente sus derechos; porque carecen de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano: virtudes que no se adquieren en los gobiernos absolutos, en donde se desconocen los derechos y los deberes del ciudadano (...) Yo soy de sentir que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas, seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles y conquistados vilipendiosamente por ese puñado de bandidos que infestan nuestras comarcas...<sup>200</sup>

200. Bolívar: "Memoria dirigida a los ciudadanos de la Nueva Granada por un caraqueño", 1947, I: 41.

Si la disposición "federal", tuvo alguna culpa en la derrota de Miranda en 1812, es indudable que hubo muchas causas. Pero Bolívar, al cual no se le habían escapado otras, centralizaba su argumento contra el federalismo en un esfuerzo por lograr que se mancomunaran todos los patriotas. Además, lo hacía en la Nueva Granada y sabía que sólo una solidaridad centralizada podría producir una unión fructífera con Venezuela. Erraba sin duda Bolívar en su opinión de que sus conciudadanos carecían "de las virtudes políticas que caracterizan al verdadero republicano". Expresaba un juicio sicologista, como muchas veces lo hizo, que no iba al fondo de las cuestiones. Señalaba, sin embargo, un factor cierto: el de que no se adquieren virtudes bajo la férula de los gobiernos absolutos, que en su caso significaba, además, colonizadores.

Cuando regresó a Venezuela, en la llamada Campaña Admirable, en 1813, Bolívar fue naturalmente consecuente con lo expresado en Cartagena.

Había restaurado —escribe Parra Pérez— en su marcha hacia Caracas y para conformarse a sus compromisos de Tunja, algunas de las Constituciones federales en las provincias de Occidente. Pero aquella restauración era por completo teórica, pues en realidad el Libertador no podía ni quería restablecer las instituciones de 1811 (...) porque como lo dijo en nota decisiva al gobierno de Barinas (...) "Jamás la división del poder ha establecido y perpetuado gobiernos. Sólo su concentración ha infundido respeto para una nación y yo no he libertado a Venezuela, sino para realizar este mismo sistema..." Cuando reclamaron

algunos barineses ciertos aspectos regionales, declaró a la municipalidad: “Siempre juzgaron los hombres sensatos que las formas federales eran débiles y más en tiempos de guerra...” Sus triunfos de 1813 le daban la convicción de que estaba en lo cierto. Por eso respondía al gobernador de Barinas, Manuel Antonio Pulido, cuando este reclamaba prerrogativas federales: “Malograremos todos los esfuerzos y sacrificios hechos, si volviéramos a las embarazosas y complicadas formas de administración que nos perdió...”<sup>201</sup>

En Caracas, Bolívar consultó de nuevo a los expertos en leyes. Curiosamente, Ustáriz, uno de los entusiastas redactores de la Constitución federal de 1811, se mostró partidario de un gobierno fuerte, centralizado en la persona del general en jefe del Ejército. Miguel José Sanz coincidió con aquel. No sabemos si los guiaban las experiencias del año 12 o el deseo de complacer a Bolívar. También opinaron García Cádiz y Peña, otros técnicos que habían sugerido formas de la primera Constitución. Todos opinaban ahora que no era concebible el sistema federal cuando en las provincias de oriente, por ejemplo, se ignoraba lo que era la Nueva Granada, y los triunfos de la Campaña Admirable se habían obtenido precisamente con la ayuda de esta. Proponían también la fusión de Venezuela con ella para formar un nuevo Estado, conforme a la vieja idea de Miranda. A propósito de esto escribió Bolívar en informe de 31 de diciembre de 1813:

Si en estos siglos de ignominia, en que un Continente más poblado y más rico que la España fue la víctima de las miras pérfidas del gabinete de Madrid; si este pudo

201. Parra Pérez, 1954, I: 262.

desde dos mil leguas de distancia, sin enormes fuerzas, mantener la América, desde el Nuevo Méjico hasta Magallanes, bajo su duro despotismo. ¿Por qué entre la Nueva Granada y Venezuela no podrá hacerse una sólida unión? ¿y aún por qué toda la América Meridional no se reunirá bajo un gobierno único y central?...

Diferenciaba muy claramente por primera vez, Bolívar, entre federación nacional y confederación de naciones. Siempre permaneció afecto a la última forma. Aun extendió en ese mismo informe su esperanza en la unidad de la América que se libertaría de España: “... bajo un mismo cuerpo de la Nación, para que un solo gobierno central pueda aplicar sus recursos a un solo fin”. Siempre distinguió en lo adelante, la subdivisión de las naciones (federalismo) de la cooperación orgánica de ellas (confederación)<sup>202</sup>.

Mariño, quien libertó el oriente de Venezuela mientras Bolívar llegaba por occidente hasta Caracas, mostró, al contrario, siempre apego al sistema federal. En parte se explica por qué él formó su ejército sobre la base de los esclavos de sus propias haciendas y de las de sus familiares. Hasta 1816 se mantuvo como un jefe regional, cuya experiencia no fue la de mayores ámbitos, sino la de un territorio delimitado dentro del cual poseía poderosa influencia en todos los sectores<sup>203</sup>.

La idea de una extensa confederación de países americanos que luchaban por la independencia, ocupó a Bolívar extensamente en su Carta de Jamaica, en 1815, pero entonces no estaba tan esperanzado:

202. Parra Pérez, 1954, I: 295; Bolívar, 1947, I: 82; Guerra Íñiguez, 1972: 142.

203. Parra Pérez, 1954, I: XV.

Es una idea grandiosa —señalaba— pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América...

Como su objetivo era recibir ayuda exterior, presentaba ahora como muy difícil la unión de América y decía: “Está encontrada entre sí, porque se halla abandonada de todas las naciones; aislada en medio del Universo, sin relaciones diplomáticas ni auxilios militares...” Quería así el Libertador llamar la atención de propios y extraños y conseguir ayuda de alguna potencia de primer orden, especialmente de Inglaterra. En realidad, los sucesos políticos llevaron sus acciones por otra senda. El auxilio le vino de las Antillas: lo ayudó Brión y lo protegió activamente Pétion. Obraban las fuerzas dialécticas de la historia: Haití, el país que hizo la primera declaración de independencia nacional en América, venía influyendo de muchos modos, especialmente sobre las masas de esclavos, en el ámbito del Caribe. Pétion, en medio de mil dificultades, pensó políticamente: podía ayudar a la libertad de los esclavos en Venezuela y obtener allí una base de cooperación en el futuro. Fraga Iribarne ha señalado que fue en Jamaica en 1815, cuando Bolívar comenzó a pensar en un régimen que no tuviese los inconvenientes de las monarquías y al mismo tiempo centralizase el poder como no parecía posible en las repúblicas federales, lo cual

concretó posteriormente en sus proyectos de Constitución y especialmente en la de Bolivia. En 1818 seguía pensando, ahora sin el pesimismo de Jamaica, en la unión de los países americanos libertados de España. El 12 de junio de aquel año escribía a Pueyrredón:

Quando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su Independencia (...) nosotros nos apresuraremos (...) a entablar, por nuestra parte, el pacto americano, que formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con su aspecto de Majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede ese ansiado voto, podrá llamarse la reina de las naciones y la madre de las repúblicas.

En la misma fecha reiteraba ese pensamiento, al dirigirse a (los habitantes del Río de la Plata): “... cuando cubierta de laureles haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea unidad en la América Meridional”<sup>204</sup>.

Al año siguiente, en su mensaje al Congreso de Angostura, Bolívar mostraba otra vez su creencia en la unión de Venezuela y la Nueva Granada: “Es el objeto ódecíaó que me he propuesto desde mis primeras armas. Es el voto, de los ciudadanos de ambos países y la garantía de la libertad en la América del Sur.” Pero allí impugnó largamente el sistema federal, para el interior de las naciones. Allí se refirió a un hecho cierto: las tendencias provinciales.

204. Bolívar: “Carta de Jamaica”, 1947, I: 159; Fraga Iribarne, 1972: 79; Bolívar: “Carta a Pueyrredón”, 1947, I: 293.

El primer Congreso en su constitución federal —explicó— más consultó el espíritu de las Provincias que la idea sólida de formar una república indivisible y central. Aquí cedieron nuestros legisladores al empeño inconsiderado de aquellos provinciales seducidos por el deslumbrante brillo de la felicidad del pueblo americano, pensando que las bendiciones de que goza son debidas exclusivamente a la forma del gobierno y no al carácter y costumbres de los ciudadanos...

Allí presentaba al federalismo como un desiderátum no propio para los venezolanos. “Nuestra constitución moral —afirmó— no tenía todavía la consistencia necesaria para recibir el beneficio de un gobierno completamente representativo y tan sublime cuando que podía ser adaptado a una república de Santos...” Volvía aquí Bolívar a su Montesquieu, repetía algunas concepciones sociológicas que en los enciclopedistas y sus seguidores tenían un valor progresivo, porque llamaban la atención hacia caracteres concretos, frente a los argumentos escolásticos que presentaban a los reyes como ungidos por la divinidad y predestinados al mando. Pero naturalmente no podía penetrar en la verdad de que las formas de gobierno no expresan caracteres mentales de los ciudadanos, sino circunstancias de la división de las sociedades en clases, o de las sociedades sin clases, es decir, son manifestaciones del desarrollo histórico de las formas de producción y de propiedad. La sociedad que Bolívar había empezado a conducir en 1813 limitaba su acción y lo colocaba en situaciones donde su genio abarcaba cuanto correspondía a las estructuras que no estaban sufriendo una mutación profunda, sino un cambio crítico en las formas de gobierno y de relaciones con las

naciones anteriormente constituidas, junto a su convicción centralista, Bolívar pidió a los congresantes de Angostura “la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición (...) de los privilegios”. Movilizando sus conocimientos del mundo clásico, traía el ejemplo a Roma, sin guardar las distancias históricas, convencido de que en el pasado estaban, inmutables, ciertas semillas del porvenir político. Así argüía frecuentemente, quizás a veces más para convencer con razones impresionantes que por pensar que habían de ser resucitadas formas de la Antigüedad.

La Constitución romana —dijo— es la que mayor poder y fortuna ha producido a ningún pueblo del mundo; allí no había una exacta distribución de los poderes. Los Cónsules, el Senado, el Pueblo, ya eran Legisladores, ya Magistrados, ya Jueces; todos participaban de todos los poderes...

Después mostraba por dónde iban sus concepciones sobre las estructuras políticas que convenían a América, al comparar con los tiempos modernos:

Roma y la Gran Bretaña han sido las naciones que más han sobresalido entre las antiguas y modernas; ambas nacieron para mandar y ser libres; pero ambas se constituyeron, no con brillantes formas de libertad, sino con establecimientos sólidos (...) Cuando hablo del Gobierno Británico sólo me refiero a lo que tiene de republicano (...) En nada alteraríamos nuestras leyes fundamentales si adoptásemos un poder legislativo semejante al parlamento Británico...

Así pensaba Bolívar que podían solucionarse los problemas que se presentaban al adoptar los principios republicanos, sin mengua del tremendo esfuerzo que se había de hacer para lograr la independencia. Como conductor de una clase, trataba de hallar los medios adecuados para la obtención de fines concretos. “Abandonemos las formas federales que no nos convienen”, exhortó a los congresantes de Angostura. Los historiadores venezolanos del “culto a Bolívar” han comentado siempre sus discursos como piezas inmarcesibles, de valor inmutable. Bolívar, tanto en sus discursos y proclamas como en sus cartas, mostró siempre fines inmediatos o a larga distancia susceptibles de enmienda. A veces, se contradecía en la acción, como suele ocurrir cuando los objetivos son a largo plazo, pero como gran estratega, no pretendía lanzar aforismos de valor universal, sino concebía propósitos para sus fines, los de “su gloria”, como decía, y los de la clase a la cual representaba en el gran proceso que guiaba<sup>205</sup>.

La Constitución de Cúcuta, en 1821, fue centralista.

El artículo clave —escribe Fraga Iribarne— seguía siendo el 128, que permitía al Presidente poderes omnímodos en las partes del país en que se hallase haciendo la guerra. El Libertador podía volver a montar a caballo y tomar la ruta victoriosa del Sur...<sup>206</sup>

El 8 de enero de 1822, pocos meses después de Carabobo, Bolívar escribía desde su cuartel general en Cali:

205. Bolívar: “Discurso ante el Congreso de Angostura”, 1947, II: 1.132.

206. Fraga Iribarne, 1972: 4; Guerra Iñiguez, 1972: 132.

El gran día de la América no ha llegado. Hemos expulsado a nuestros opresores (...) mas todavía nos falta poner el fundamento del pacto social, que debe formar de este mundo una nación de Repúblicas (...) La asociación de los cinco grandes Estados de América es tan sublime en sí misma, que no dudo vendrá a ser motivo de asombro para la Europa (...) ¿Quién resistirá a la América reunida de corazón, sumisa a una ley y guiada por la antorcha de la libertad?

Desde Cartagena había mantenido Bolívar la idea de las grandes confederaciones, pero ahora pensaba en uniones limitadas, antes de que se pudiese realizar el sueño ya expresado sobre una gran reunión de plenipotenciarios en Panamá. Se refería en 1822 a México, Perú, Chile, Buenos Aires y Colombia. En 1818 había escrito a Pueyrredón, desde Angostura, sobre una gran América unida. Veía ahora la posibilidad de recorrer un camino muy preciso, logrando uniones parciales, antes de Panamá. Envío a Joaquín Mosquera al Sur, a negociar sendos pactos con Perú, Chile y Buenos Aires. El 6 de julio de 1822 se firmaron en Lima dos tratados entre Perú y Colombia. El primero era un tratado de unión y confederación perpetua y el otro un acuerdo especial sobre un congreso de plenipotenciarios. Perú ratificó los pactos en julio de 1822 y Colombia un año después. No fue tan fructífera la visita de Mosquera a Chile. Allí se acordó en principio un pacto nunca ratificado por los chilenos. Tampoco obtuvo éxito total en Buenos Aires. El gobierno se negó a tomar parte en la confederación, pero se firmó en mayo de 1823 un corto tratado de amistad y alianzas. Se ratificó al cabo de un mes<sup>207</sup>.

207. Bolívar, 1947, I: 619; Byrne Lockey, 1976: 279.

En 1823, Bolívar logró otro eslabón importante en la cadena de las alianzas. En octubre de ese año se firmó entre México y Colombia un tratado de unión, liga y confederación perpetua. Tuvo la característica de que incluyó una cláusula sobre defensa de la integridad territorial no incluida en los tratados del Sur. “El hecho de que México —dice el historiador norteamericano Byrne Lockey— aceptase la propuesta de mutua garantía de la integridad territorial, debía obedecer a la previsión de futuros conflictos con los Estados Unidos...”

Con la América Central, separada de México después de la caída de Iturbide, se firmó por Colombia, en 1825, otro tratado de unión, liga y confederación perpetua, ratificado por ambos países el mismo año. El Libertador, con su certera visión de estrategia político y no solamente bélico, iba preparando de esa manera, sobre convenios previos de paz y amistad, las bases de la gran batalla política que deseaba dar en Panamá. La insistencia, por años, en los acuerdos de unión, liga y confederación perpetua, con vistas al Congreso de Panamá, se presenta con los mismos caracteres de previsión y decisión que lo guiaron a prever y ordenar anticipadamente, los movimientos previos a las batallas de Carabobo y Ayacucho. Por cierto, la mayor parte de los historiadores, al referirse a Panamá, omiten los verdaderos caracteres del propósito, pensado no como desiderátum ideal, sino como un paso fundamental en la gran estrategia de la independencia de América y su consolidación. Los procedimientos políticos y diplomáticos de Bolívar no pasaron inadvertidos a las potencias extranjeras. En enero de 1825 se comentó en la prensa de Nueva York una proposición aparecida en un periódico mexicano, según la cual se debía reunir un congreso, con tres representantes por cada Estado del continente americano, en algún lugar de la Florida, designado

por los Estados Unidos. Tal confederación equiparía fuerzas suficientes para tomar a Cuba y constituir una organización anfictiónica en La Habana. *La Gaceta de Colombia* comentó la versión y sugería, sin duda con la inspiración de Bolívar, que las deliberaciones se verificarían seguramente con mayor libertad en Panamá. Los Estados Unidos podrían asistir si lo deseaban, para participar sólo en las deliberaciones sin carácter bélico. Otros periódicos norteamericanos tomaron parte en la controversia, naturalmente apoyando la reunión en Florida. No permanecieron inadvertidos los ingleses. Nada menos que *The Times*, seguramente con la convicción de una maniobra de los Estados Unidos para impedir el proyecto de Bolívar que la Gran Bretaña veía con simpatía, replicó: “La alianza de los países americanos para guerrear por su libertad contra España, era suficiente garantía de solidaridad, ya bien demostrada”. Los resultados de la alianza sobrepasaban las costas septentrionales de la América Meridional y alcanzaban hasta Inglaterra, la cual debía considerarse como miembro de la liga, desde cuando había declarado que ninguna potencia europea, salvo España, podría hostilizar a las repúblicas americanas. Tampoco hubo indiferencia en Francia donde, como desde hacía tiempo, se discutía por dos bandos —liberales y conservadores— todo lo referente a la independencia de la América de Bolívar<sup>208</sup>.

Unos papeles póstumos de Bernardo Monteagudo, quien murió asesinado a principios de 1825, referentes al proyecto del Congreso de Panamá, se publicaron en Lima, Chile y Guatemala y parecen haber contenido algunas de las opiniones del Libertador sobre la necesidad de la reunión de Panamá.

208. Byrne Lockey, 1976: 270.

Según señala podría producirse alguna campaña no venturosa en América, podría firmarse algún imprevisible pacto entre naciones europeas, o podrían producirse trastornos domésticos en las naciones recién nacidas, que condujesen a una eventual reanudación de la guerra con España o a otras agresiones. Sólo una asamblea permanentemente activa podría enfrentarse a las consecuencias de cualquiera de esas posibilidades<sup>209</sup>.

---

209. *Idem*, 282.

## Capítulo IV

# Utopía para el equilibrio del universo

Naturalmente, no intentamos presentar aquí simplemente un nuevo recuento de los antecedentes y de la celebración del Congreso de Panamá. Existen innumerables obras al respecto, algunas realizadas con mucha erudición, otras como simples resúmenes y un tercer grupo como síntesis ocasionales, con motivo de aniversarios o de la celebración de reuniones panamericanistas. Tampoco deseamos afirmar una vez más lo que es tópico inagotable sobre Bolívar: que concibió una grandiosa anfictionía, fue precursor de las reuniones panamericanas y que toda idea de unión de países del continente americano a él se le debe. A propósito del sesquicentenario en 1976 de la reunión bolivariana de Panamá, los imperialistas han propiciado una vez más la publicación de materiales que en contadas ocasiones incorporan novedades a cuanto significó aquel Congreso. Se trata, en la mayoría de los casos, de

repetir con diversos argumentos y documentaciones las patrañas preparadas para hacer creer a la gente común y aun a muchos intelectuales no interesados en aspectos históricos, o listos para asimilar por conveniencia, varias afirmaciones:

- 1° Que Bolívar pensaba en términos del continente americano, tal como ahora lo conciben los imperialistas.
- 2° Que el Congreso de Panamá fue el precursor de las reuniones panamericanas.
- 3° Que el Congreso de Panamá fue una derivación bolivariana de la Doctrina Monroe.
- 4° Que para Bolívar los Estados Unidos formaban parte ductora de América.
- 5° Que Bolívar pensó en una hermandad de pueblos “americanos” sin ninguna distinción de regiones, de historia ni de actuaciones.
- 6° Que el Congreso de Panamá fue en cierto modo un primer gran triunfo del “panamericanismo” imperialista, con reconocimiento explícito o tácito de la preeminencia de los Estados Unidos en el continente.

Respecto del primer punto, ya hemos dejado claro que Bolívar nunca pensó en términos del continente americano, ni políticamente, ni como unidad histórica. Él tuvo una concepción clara de su América: la de los pueblos que luchaban contra la colonización española por la independencia política. A estos los llamó “Continente”.

De allí mismo se deriva la refutación del segundo punto. Para Bolívar no hubo “panamericanismo” y menos bajo la férula de los Estados Unidos. El imperialismo ha creado y propagado el infundio de que el pensamiento de Bolívar sobre las confederaciones de pueblos significa una idea precursora de los congresos y conferencias “panamericanistas” o “interamericanas”. Él distinguía el ámbito americano que luchaba por la independencia y al cual consideró, según vimos, reiteradamente, como “Continente”, como “Nuevo Mundo” y aun como “Medio Mundo”. Con toda claridad expuso, al referirse al “equilibrio del universo”, que hacía falta una vasta confederación de pueblos con cultura y tradiciones comunes, con una lengua común, el español, para equilibrar las fuerzas de las grandes potencias, entre las cuales ya era gran potencia marítima los Estados Unidos. El imperialismo, para inventar vínculos históricos, calla ese aspecto fundamental de la América de Bolívar, así como otros resaltantes. Por ejemplo, el de que, entre sus propósitos básicos en Panamá, estaba estructurar una alianza militar destinada a libertar a Puerto Rico y a Cuba. Si algún punto de los propósitos de Bolívar en Panamá tiene vigencia política en 1976, año del sesquicentenario de la reunión anfictiónica, es la libertad de Puerto Rico.

Aquí nos proponemos mostrar cómo también las otras afirmaciones son falsas, realizando un recuento suficiente para recordar los aspectos que les sirven de claro mentís, siempre ocultos por los historiadores y políticos imperialistas y pro imperialistas.

Bolívar comprendió claramente desde la derrota de Miranda, que Venezuela no podría con sus solas fuerzas, aisladas, lograr la independencia, y tal convicción se acendró al

lograr sus triunfos de 1813 con la cooperación de la Nueva Granada. Después de las derrotas de 1814, volvió a su concepción de alianzas extensa. En la Carta de Jamaica expuso con toda precisión su propósito y señaló ya el ideal de una gran reunión en Panamá.

Es una idea grandiosa —expresó— pretender formar de todo el Nuevo Mundo una sola nación con un solo vínculo, que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que confederase a los diferentes Estados que hayan de formarse; (...) Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios, a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo.

Como la Carta de Jamaica se suele invocar profusamente como testimonio de los ideales “panamericanistas” de Bolívar, es bueno observar que en lo transcrito llama Nuevo Mundo al conjunto de las naciones con un “origen, una lengua, unas costumbres y una religión”, es decir, las asociadas en lucha contra España. En ese momento, además, soñaba con que Panamá podría ser, no el asiento de una reunión de su América, sino de todos los países del mundo. Sueño utópico en la época de la independencia; sin embargo, deberemos catalogarlo como una de las utopías que se realizarán un

día, cuando todos los países, con gobiernos socialistas, se reúnan en algún lugar del globo para establecer la primera gran alianza creadora de la humanidad total<sup>210</sup>.

Bolívar siguió pensando y escribiendo sobre grandes alianzas y ya para 1822 había concretado su utopía ecuménica de 1835 en el proyecto de una reunión de los países de su América en Panamá. Tanteaba la opinión de sus colaboradores y de los adversarios, como solía hacer con todos los grandes planes de la guerra y de la paz cuando los imaginaba o veía surgir de las condiciones cambiantes, y a menudo contradictorias, de la realidad. En 1822 Pedro Gual escribía a Bolívar desde Bogotá:

Ud. va a situarse ahora en Quito, precisamente el lugar mejor calculado para agitar la reunión de Panamá, de la primera asamblea de los Estados americanos. Qué día tan grande para estos países. Comenzaremos como se propone y nuestras relaciones se irán estrechando de día en día, hasta formar una liga la más poderosa y la más formidable que jamás se vio, porque consta de elementos homogéneos de pueblos numerosos que hablan una misma lengua y tienen mil motivos de aunarse eternamente. Si Ud. emplea todo su influjo y consigue el objeto, será el más feliz de todos los mortales, porque le esperan las bendiciones de mil generaciones que vivirán siempre reconocidas al autor de tanto bien.

Allí señalaba Gual, según el pensamiento de Bolívar, que la reunión sería la de los pueblos en lucha por su libertad, “pueblos numerosos que hablan una misma lengua”<sup>211</sup>.

210. Bolívar, “*Carta de Jamaica*”, 1947, I: 171.

211. *Epistolario de la Primera República*, 1960, I, 182.

Para enero de 1822 ya había concebido el Libertador la idea de alianzas parciales, como preparación de la gran asamblea de Panamá. Gual había enviado instrucciones a Mosquera, quien viajaría hacia el Sur, y escribía a Bolívar al respecto a principios del año. Además, comenzó a moverse en forma autónoma, o tal vez de acuerdo con algún sector, pues a fines de 1822 hizo saber, diplomáticamente, que dentro de pocos años los Estados Unidos serían invitados a formar parte de una confederación americana. Quizá Bolívar no tuviese conocimiento de tal paso de Gual, pues cuando este resultó posteriormente nombrado como delegado de Colombia al Istmo, demostró gran entusiasmo<sup>212</sup>.

Los gobiernos extranjeros no sólo se mostraron impresionados por el proyecto de Bolívar, que tendía a crear una gran potencia en cuanto concluyesen las guerras de independencia, la cual abarcaría desde México hasta Argentina. Algunos altos dirigentes, como Adams de los Estados Unidos, expresaron desconfianza y hasta admiración. Se refirió a “este poderoso movimiento en los negocios humanos, más poderoso aún que el imperio romano”. Algunas potencias europeas trataron de adelantarse, a lo cual se refería Bolívar en carta a Bernardo Monteagudo, escrita el 5 de agosto de 1823. Después de quejarse Bolívar de la negativa del gobierno de Buenos Aires a firmar la extensa alianza que él había propuesto, por intermedio de Mosquera, decía:

Debe Ud. saber, con agrado y sorpresa, que el mismo Gobierno de Buenos Aires entregó a Mosquera un nuevo proyecto de confederación mandado por Lisboa, para reunir en Washington un Congreso de

212. Gual en *Epistolario de la Primera República*, 1960, I: 181.

plenipotenciarios, con el designio de mantener una confederación armada contra la Santa Alianza, compuesta de España, Portugal, Grecia, Estados Unidos, Méjico, Colombia, Haití, Buenos Aires, Chile y el Perú. Entienda Ud. que nos llama el proyecto *los nuevos estados hispanoamericanos*, para que comprenda Ud. que no se nombra ninguno en particular, pero sí los otros hasta Haití. El proyecto fue mandado por el Ministro de Estado de Lisboa al Ministro de Buenos Aires, y este lo ha dirigido a Mosquera sin añadirle una sola palabra. Mosquera dice que sabe, porque se lo dijo Rivadavia, que había respondido el gobierno de Buenos Aires que estaba pronto a entrar en paz y amistad simplemente. Dios sabe lo que será. Decir mi opinión sobre este proyecto es obra magna como dicen. A primera vista, y en los primeros tiempos, presenta ventajas; pero después, en el abismo de lo futuro y en la luz de las tinieblas, se dejan descubrir algunos espectros espantosos. Me explicaré un poco: tendremos en el día la paz y la independencia y algunas garantías sociales y de política interna; estos bienes costarán una parte de la independencia nacional, algunos sacrificios pecuniarios y algunas mortificaciones nacionales. Luego que la Inglaterra se ponga a la cabeza de esta liga, seremos sus humildes servidores, porque, formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil. Todo bien considerado, tendremos tutores en la juventud, amos en la madurez y en la vejez seremos libertos; pero me parece demasiado que un hombre pueda ver tan lejos y, por lo mismo, he de esperar que estas profecías sean como las otras; ya Ud. me entiende. Yo creo que Portugal no es más que el instrumento de la Inglate-

rra, lo cual no suena en nada, para no hacer temblar con su nombre a los cofrades: convidan a los Estados Unidos por aparentar desprendimiento y animar a los convidados a que asistan al banquete; después que estemos reunidos será la fiesta de los Lapitas y ahí entrará el León a comerse a los convivos (...) desde luego se declara la guerra a la Turquía porque es la que está en armas contra la Grecia; y hétenos allí al Chimborazo en guerra con el Cáucaso: no permita Dios que estos dos reductos nos tiren cañonazos! porque su metralla puede cegar el mar y quemar la defensa que Ud. va a hacer del plan federal, lo que sería lo peor para Ud. y para Quito...

Se trató de otro de los esfuerzos por invalidar el gran proyecto de Bolívar, y la carta a Monteagudo es muy interesante pues muestra muy a las claras como aquel, al recabar reiteradamente auxilio de Inglaterra, simplemente utilizó, durante mucho tiempo, el cúmulo de posibilidades involucradas, sin olvidar los peligros implícitos en toda entrega incondicional a la Gran Bretaña<sup>213</sup>.

El 2 de diciembre de 1823, presentó el presidente Monroe el mensaje tan famoso por sus consecuencias, en el cual esbozaba los principios de cuanto después se ha llamado “América para los americanos”. Tal vez Bolívar tuvo conocimiento de ese mensaje a fines de marzo o principios de abril de 1824, en el Perú septentrional. Pero Santander y Gual, quienes conocieron el discurso antes, se apresuraron a mostrar posiciones. El 6 de abril envió Santander un documento en el cual aludía a la declaración:

213. Bolívar, 1947, I: 790; Byrne Lockey, 1976: 360.

El Presidente de los Estados Unidos —refería— acaba de señalar su administración con un acto eminentemente justo y digno de la tierra clásica de la libertad. En su último mensaje al Congreso ha declarado que mira cualquier intervención de alguna potencia extranjera dirigida a oprimir y violentar los destinos de los gobiernos independientes de América, como una manifestación de disposiciones enemigas hacia los Estados Unidos (...) Semejante política, consoladora del género humano, pudiera valer a Colombia un aliado poderoso en el caso de que su independencia y mi libertad fuesen amenazadas por las potencias aliadas. El ejecutivo, no pudiendo ser indiferente a la marcha que ha tomado la política de los Estados Unidos, se ocupa eficazmente en reducir la cuestión a puntos terminantes y decisivos...

Por su parte, Gual sacó también consecuencias e instruyó a Salazar, en Washington, sobre proponer que los Estados Unidos enviasen delegados a Panamá, para prevenir las acciones hostiles extranjeras. Para Harold Bierck, biógrafo de Gual, “esta fue la primera tentativa para que la doctrina Monroe se cambiase de una declaración unilateral en un acuerdo multilateral”. En realidad, la única consecuencia obtenible de la acción de Gual es la de que aprovechaba la coyuntura para realizar lo iniciado dos años antes: invitar a los Estados Unidos al Istmo<sup>214</sup>.

Por su parte, para Byrney Lockey, autor del libro *Orígenes del panamericanismo*, Bolívar había conocido el mensaje de Monroe hacia el 9 de abril de 1824. El Libertador escribió

214. Byrne Lockey: 1976, 229; Bierck: 1976, 292.

a Sucre en esa fecha así: “Todo lo que depende de la Santa Alianza será combatido por la Inglaterra y por la América del Norte...” Byrney Lockey presenta en su obra una observación muy resaltante: “En ninguno de sus escritos públicos —dice— menciona Bolívar explícitamente la declaración de Monroe...”

Según opina, después de aquel señalamiento a Sucre, sólo parece haber aludido a lo dicho por Monroe, sin nombrarlo, en dos ocasiones. Una, en carta al almirante Guise, el 28 de abril de 1824, donde el Libertador escribía: “Que en los Estados Unidos han declarado solemnemente que verán como acto hostil contra ellos cualquier medida que tomaren las potencias del Continente europeo contra la América y en favor de España...” y la otra en un mensaje al general Olañeta, el 31 de mayo de 1824, cuando le decía, tratando de convencerlo de que se pasara a la causa patriótica: “Inglaterra y los Estados Unidos nos protegen y V.S. debe saber que estas dos naciones son las únicas marítimas en el día y que a los españoles nada les puede venir sino por mar.” No puede haber duda de que la permanente omisión acerca de Monroe o de su doctrina, salvo en esos tres casos, fue enteramente consciente por parte de Bolívar. Prefería la protección de Gran Bretaña, en caso necesario, sin olvidar lo escrito a Monteagudo en 1823 y reiterado varias veces después.

En Bogotá era seguida una política diferente a la de Bolívar. No sólo se refirió Santander explícitamente al mensaje de Monroe en una alocución al Congreso, sino, seguramente de acuerdo con Gual, ordenó al representante en Washington, el 7 de octubre de 1824, se invitase oficialmente a los norteamericanos. “El Ejecutivo desea ardientemente —escribía— que

los Estados Unidos envíen sus plenipotenciarios a Panamá...” Bolívar, presidente de ese ejecutivo a distancia, no compartía tan ardiente pasión. El ministro de Relaciones Exteriores, Revenga, exponía que “el lenguaje del Presidente Monroe y el de los Ministros Británicos ha sido tan explícito hablando de esa materia, que parece no dejar dudas de sus disposiciones a contraer con nosotros una alianza eventual...”<sup>215</sup>.

Después de haber preparado todo el escenario bélico y político para expulsar definitivamente a los españoles de la América del Sur en la batalla de Ayacucho, que tocó dirigir magistralmente a Sucre, en vísperas justamente de esta batalla, había convocado Bolívar a los gobiernos de México, Perú, Chile y Buenos Aires para enviar sus representantes a Panamá. Sabía que Sucre derrotaría a los realistas y extendía su mirada política hacia una alianza para consolidar la libertad e impedir nuevos intentos de invadir a su América. Invitaba para seis meses después.

Parece —establecía Bolívar en la invitación— que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte el Asia, y por la otra el África y la Europa. El Istmo de Panamá ha sido ofrecido por el gobierno de Colombia para este fin, en los tratados existentes. El

215. Byrney Lockey, 1976: 233, 299. Es interesante conocer la opinión que valió a Páez el famoso mensaje de 1823. “La tal doctrina Monroe ó describió en su *Autobiografía* parece haber sido interpretada de dos modos muy diversos: para unos es un supuesto derecho que tiene una nación de no dejar apoderarse a otra de un territorio que en caso de cambiar de dueño, a nadie sino a ella debe pertenecer; para otros, indudablemente más generosos, es la santa alianza de los pueblos americanos contra las injustas pretensiones de una liga de gobiernos europeos; pero la historia no presenta un solo ejemplo de haberse puesto en práctica semejante principio desde los tiempos de Monroe hasta el presidente Johnson...”

Istmo está a igual distancia de las extremidades; y por esta causa podría ser el lugar provisorio de la primera asamblea de los confederados (...) El día que nuestros plenipotenciarios hagan el canje de sus poderes, se fijará en la historia diplomática de América una época inmortal. Cuando, ... después de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo. En él encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el Universo. ¿Qué será entonces el Istmo de Corinto, comparado con el de Panamá?

Soñaba allí el constructor de castillos en el aire, de lo cual se declaró cierta vez especialista. Pensaba el utopista. Sin imaginar siquiera que sus previsiones se cumplirían negativamente en Panamá, y antes de cien siglos los imperialistas buscarían en sus palabras y en su grandioso proyecto el modo de romper cuanto eran justamente sus lecciones: agrupación de las naciones nacidas de la lucha de independencia, para defenderse de todos los intentos posibles de las grandes potencias entonces en plena fuerza, y de los países en pleno ascenso que ya él veía, según expresó posteriormente respecto de Estados Unidos, en su carta a Campbell, como “destinados a plagar la América de miserias a nombre de la Libertad”<sup>216</sup>.

El 6 de enero de 1825, trataba Bolívar desde Lima de convencer a Santander de la urgencia de enviar representantes a Panamá.

216. Bolívar, 1947, I: 1012; Byrne Lockey, 1976: 287, 362.

Vuelvo —le explicaba— a mi primer proyecto como único remedio: La federación (...) me parece a mí un templo de asilo contra las persecuciones del crimen. Por lo mismo estoy determinado a mandar los diputados de Perú al Istmo, inmediatamente que sepa que Colombia quiere mandar los suyos, a dar principio a la unión...

Aquí expuso Bolívar una de sus miras muy concretas: “... tengo la idea de que nosotros podemos vivir siglos, siempre que podamos llegar a la primera docena de años de nuestra niñez...”. La confederación, pues, en primer término, había de servir para luchar mientras no se consolidase la América por él libertada. El 10 de febrero de 1825 participó al Congreso de Perú la invitación que había cursado para la reunión de plenipotenciarios en Panamá. En carta a Santander, el 23 de febrero, explicaba otro sentido de su propósito:

Yo creo que nosotros debemos imitar a la Santa Alianza en todo lo que es relativo a seguridad política. La diferencia no debe ser otra que la de los principios de la justicia. En Europa todo se hace por la tiranía, acá por la libertad; lo que ciertamente nos constituye enormemente superiores a los tales aliados. Por ejemplo, ellos tienen los tronos, a los reyes; nosotros a los pueblos, a las repúblicas; ellos quieren la dependencia, nosotros la independencia (...) La opresión está reunida en masa bajo un solo estandarte y si la libertad se dispersa, no puede haber combate<sup>217</sup>.

217. Bolívar: 1947, I, 1029, 1048.

El 6 de marzo de 1825 envió Santander, a nombre del gobierno de Colombia, una enumeración de ocho puntos al gobierno de Buenos Aires, sobre la futura reunión del Istmo. En el punto 6 se decía:

Tomar en consideración los medios de dar efecto a las declaraciones del Presidente de los Estados Unidos de América, contenidas en su mensaje al Congreso del año pasado (*sic*), con la mira de frustrar toda futura idea de colonización en este Continente...

Santander, Gual y Revenga continuaban parcialmente una línea divergente de la de Bolívar. En el punto 3 era señalado lo que siempre fue empeño del Libertador:

Considerar la condición de las islas de Puerto Rico y Cuba; la conveniencia de una expedición combinada para libertarlas del yugo español y la proporción de tropas con que cada Estado debería contribuir a la empresa; y determinar si las islas serían incorporadas a alguno de los Estados confederados o dejarlas en libertad de escoger su propio gobierno.

En el punto 8 se tocaba un asunto delicado de la política internacional:

Declarar en qué pie serían colocadas las relaciones políticas y comerciales de aquellas porciones de nuestro hemisferio que, a semejanza de la isla de Sto. Domingo o Haití, están separadas de sus antiguos gobiernos y aún no han sido reconocidas por ninguna potencia europea o americana.

El 8 de marzo insistió Bolívar desde Lima en su desconfianza por ciertos socios:

Los ingleses y los norteamericanos son unos aliados eventuales y muy egoístas. Luego, parece político entrar en relaciones amistosas con los señores aliados, usando con ellos de un lenguaje dulce e insinuante, para arrancarles su última decisión y ganar tiempo mientras tanto (...) Colombia (...) podría dar algunos pasos con sus agentes en Europa, mientras que el resto de la América reunido en el Istmo se presentaba de un modo más importante...<sup>218</sup>

El 15 de mayo del mismo año, el gobierno de Perú recomendó una declaración “enérgica y efectiva, tal como la hecha por el Presidente de los Estados Unidos de América en su mensaje al Congreso...” Byrney Lockey hace notar que allí no se sugirió una declaración conjunta con los Estados Unidos, sino paralela, es decir, sin aceptar el sentido del mensaje de 1823. El 20 de mayo, desde Arequipa, Bolívar advirtió a Santander que no creía oportuno incorporar a la Liga de Panamá el río de la Plata ni los Estados Unidos. El 30 de mayo escribió de nuevo al Vicepresidente y afirmaba: “Los americanos del Norte y los de Haití, por sólo ser extranjeros, tienen el carácter de heterogéneos para nosotros...” Se refería a otro proyecto de federación que abarcaría a esos dos países. Era así inconsecuente con Haití, el cual había contribuido poderosamente por medio de Pétion, en 1816, a su vuelta al continente en forma exitosa<sup>219</sup>.

218. Byrney Lockey, 1976: 294; Bolívar, 1947, I: 1057.

219. Byrney Jockey, 1976: 297.

En este año de 1825 fue abundante la correspondencia entre Bolívar y Santander sobre Panamá. Al recibir la circular de 1824 enviada por Bolívar “a las Repúblicas antiguamente colonias de España”, Santander había explicado a Bolívar que él había creído conveniente invitar también a los Estados Unidos, pues los aliados con Colombia se alegrarían de tener por compañeros a tan ilustrados asistentes. Bolívar recomendó al vicepresidente consultar al Congreso, con el objeto de tentar posteriormente el ánimo del gobierno británico y consultar a su debido tiempo a la asamblea del Istmo. “Desde luego óseñalabaó los señores *americanos* serán sus mayores opositores a título de la independencia y libertad; pero el verdadero título es por egoísmo y porque nada temen en su estado doméstico...” Después, en fecha 7 de julio, mostró inconformidad por haber anunciado la invitación a los Estados Unidos antes de su aceptación oficial por el gobierno de Colombia. El 23 de octubre reiteró a Santander: “No creo que los americanos deben entrar en el Congreso del Istmo.” El 21 de ese mes había respondido a una comunicación:

No he visto aún el tratado de comercio y navegación con la Gran Bretaña, que según Ud. dice es bueno; pero yo temo mucho que no lo sea tanto, porque los ingleses son terribles para estas cosas (...) Es muy importante lo que Ud. me dice sobre Francia, Inglaterra y Estados Unidos, sobre aumentos de fuerza de mar y tierra: no sé qué pensar de tan alarmantes preparativos...”<sup>220</sup>

220. Bolívar, 1947, I: 1076, 1088, 1120, 1121, 1208; Byrne, 1976.

Según algunos autores, indudablemente por esa época existían dos grupos a propósito de las relaciones exteriores: uno encabezado por Santander, pronorteamericano, y otro que seguía a Bolívar y prefería las relaciones con los ingleses. Ya hemos visto cómo para Bolívar no se trataba seguramente de preferencias personales sino de actitudes políticas en las cuales seguía cuanto en su opinión era más productivo. También el presidente Victoria, de México, al recibir la invitación de Bolívar, había enviado instrucciones al ministro mexicano en Washington de preguntar si los Estados Unidos estaban dispuestos a asistir. A lo cual contestó Clay que el presidente norteamericano no había resuelto nombrar, con el apoyo del Senado, representantes no autorizados para tomar parte en deliberaciones ni en ningún acto contra la neutralidad de los Estados Unidos.

En mayo de 1825 estaba Bolívar preocupado por rumores sobre una posible invasión de la Santa Alianza y escribía a Santander su opinión. En tal caso, Perú y Buenos Aires debían invadir inmediatamente a Brasil, y Chile debía tomar Chiloé. Colombia, México y Guatemala se ocuparían de su propia defensa. Deseaba consultar al respecto con los agentes ingleses. Poco después en julio, cuando una escuadrilla francesa bloqueaba las costas de Venezuela, supo por Briceño Méndez que los ingleses aconsejaban que para obtener reconocimientos de los países europeos, se sacrificasen algunos de los principios políticos guiadores de la conducta de los colombianos. “Si sacrificamos —argumentaba Bolívar— nuestros principios políticos, adiós popularidad de los que hagan el sacrificio, y si no los sacrificamos, Inglaterra nos disuelve como el humo...” Tendía a ceder a las presiones inglesas y razonaba el porqué:

La Inglaterra se haya en una progresión ascendente. Desgraciado del que se le oponga (...) Vea Ud. lo que dice De Pradt de la aristocracia en general, pues la británica está multiplicada por mil, pues se halla compuesta de cuantos elementos dominan y rigen el mundo: valor, riqueza, ciencia y virtudes...

Desesperado, caía Bolívar transitoriamente en el juego de las grandes potencias que constantemente miraban hacia la América recién emancipada. Como el Libertador señaló en alguna ocasión, era en ella donde se podían encontrar algunos de los ideales de la Revolución Francesa, desaparecidos de algunos lugares y nunca aceptados en otros. Distinguía Bolívar entre el ámbito de las monarquías y el colonialismo, y el de la libertad adquirida con la lucha del pueblo<sup>221</sup>.

Los diputados de Perú llegaron al Istmo de Panamá en junio, pero de otros no había sino vagas noticias. La reunión fue aplazada para el año siguiente. En septiembre de 1825 supo Bolívar el nombramiento, como plenipotenciarios de Colombia, de Gual y Briceño Méndez. “Esto es mandar ángeles y no políticos” ó exclamó al recibir la noticia. “Esto parece el siglo de oro, pues jamás se ha buscado la virtud para estos casos...” Y fue en la carta donde señalaba esto a Santander, el 8 de septiembre de 1825, cuando escribió:

221. Bolívar, 1947, I: 1103, 1129. Acerca de las relaciones del Libertador con Inglaterra, observa Ricardo A. Martínez: “La Inglaterra que admiraba Bolívar, asidero solicitado de su política hispanoamericanista, no era la Inglaterra contemporánea, pérfido bastión de explotación colonial y de guerra. Cuando Bolívar fue a Londres en 1810, llevaba cumplido siglo y medio la revolución democrática británica que había liquidado el régimen feudal; y el capitalismo, fuerza creadora de la época, estaba en pleno desarrollo...”

... yo soy el hombre de las dificultades y no más: no estoy bien sino en los peligros combinados con los embarazos; pero no en el tribunal ni en la tribuna; que me dejen seguir mi diabólica inclinación y al cabo habré hecho el bien que puedo...

Volvía a escribir al vicepresidente el 13 de octubre de sus preocupaciones sobre una posible invasión. Ahora se hablaba de tropas españolas. Según el Libertador, a lo sumo irían a Puerto Rico y a La Habana, en previsión de algún ataque a esas islas desde la Tierra Firme liberada. Recomendaba una vez más gran atención a la asamblea de Panamá, como medida fundamental.

En noviembre llegó a Cartagena Richard C. Anderson, quien había sido designado como representante de los Estados Unidos en el Congreso. Pero confió a Gual sus órdenes de no trasladarse a Panamá, aunque había sido nombrado para ello, si no recibía órdenes directas de Adams. No solamente, pues, fueron designados tardíamente los dos representantes norteamericanos, para aparentemente cumplir la misión en el Istmo, sino se trató de una medida diplomática para no negarse, sin intenciones de asistir. De tal jugada resultó víctima Anderson, quien murió en Cartagena. De allí salieron a cumplir su delegación Gual y Briceño Méndez a fines de noviembre de 1825. Por esos días escribía Bolívar a Unanue, desde Plata: “La América Meridional formará sin duda, una confederación cordial en los primeros años de su vida; y esto lo veo realizar cada día más y más...” Al día siguiente escribía al representante peruano en Panamá, Vidaurre, lamentando hubiese tenido que esperar allí largamente. “No obstante —lo animaba— a

Uds., debe consolarles la idea de ser los primeros que han tenido la gloria de pisar la tierra destinada a ser recordada como la más venturosa...”<sup>222</sup>

A principios de 1826 supo Bolívar en Oruro que irían tropas francesas y españolas a Cuba y que Santo Domingo se había comprometido a pagar el reconocimiento de su independencia. Se quejaba de los peruanos, quienes no veían con simpatía su propósito de invadir Cuba para libertarla. Temía que España y Francia hiciesen a Colombia la misma proposición de compra de la libertad, apoyadas en fuertes contingentes militares. “Por mi parte óafirmaba enfáticamente soy de opinión que primero debemos perecer todos antes que comprar nuestro reconocimiento a tan vil precio. Así, me parece que Uds. en el Congreso del Istmo, deben tener esto presente...” Briceño Méndez supo qué hacer cuando en Panamá se presentó la ocasión. Pronto conoció Bolívar la suma señalada por España para reconocer la independencia de sus antiguas colonias: doscientos millones de pesos. “Con igual cantidad óescribía Bolívar a Santanderó se puede conquistar todo el país de los Borbones: es vender bien caro la libertad que hemos comprado con más sangre que dinero; primero el exterminio que tal sacrificio...” Por esta época levantó muchas simpatías en Francia la obra titulada *Congreso de Panamá* del Abate de Pradt, en apoyo de los ideales de Bolívar<sup>223</sup>.

222. Bolívar, 1947, I: 1173, 1194, 1233, 1238; Bierck, 1976: 308.

223. Bolívar, 1947, I: 1258, 1280. Bierck informa que en la época muchos comentarios europeos eran desfavorables al Congreso de Panamá. Por supuesto, muchos otros le eran favorables. Gran repercusión tuvo la obra de De Pradt sobre el Congreso de Panamá. El abate, por cierto, incluyó allí una interpretación asombrosa de la doctrina Monroe: la de que había sido elaborada para defender a América de los africanos. “Para hacer fructíferas estas colonias —escribió De Pradt— ha sido preciso poblarlas de un pueblo extranjero traído de lejos, robusto, y que por una extraordinaria multiplicación, amenaza apropiárselas. Estas consideraciones muy naturales han llamado la atención de los Estados Unidos,

Del 22 de junio al 15 de julio de 1826, sesionó al fin el Congreso de plenipotenciarios en Panamá. Estuvieron representados Perú, Colombia, Centro América y México. Las Provincias Unidas del Río de la Plata habían rehusado asistir y Chile eligió representantes en fecha tardía, cuando ya se había suspendido la reunión. Paraguay había rehusado la invitación y los delegados de Bolivia, a pesar del entusiasmo de Sucre, fueron designados también tardíamente. Brasil nombró un plenipotenciario. No asistió. Como ya vimos, Anderson, representante de los Estados Unidos, murió en Cartagena, en espera de órdenes, y su compañero Sergeant no obtuvo firma de sus credenciales en Washington sino el 8 de mayo, es decir, en tiempo cuando ya no podía llegar a Panamá. Se incorporó a la espera de los delegados en México, después del final del Congreso. Hubo un representante de Gran Bretaña, quien realizó intensas actividades de comunicación, sin concurrir oficialmente a las sesiones. Como asistente extraoficial se contó el coronel Van Veer, de los Países Bajos<sup>224</sup>.

En la primera sesión presentó un plan Vidaurre, delegado peruano, quien no seguía las líneas de Bolívar. Era partidario de colocar la confederación bajo el patrocinio de los Estados Unidos. Vidaurre llamó a su escrito “Bases para una confederación general de América”. Resaltaban tres cláusulas: la del establecimiento de una ciudadanía común entre todos los confederados; la de que la confederación sería

tanto que el Presidente de la Unión ha dicho que en lo sucesivo no se permitiría ninguna colonización en el suelo americano.” (De Pradt, 1976: 38.)

224. Byrne Lockey, 1976: 288; Martínez (1959: 27) recuerda: “La iniciativa de unión latinoamericana, que llegara al Congreso de Panamá, pertenece históricamente a Miranda y su propaganda y desarrollo, sobre todo a Bolívar (...) Que dos venezolanos aparezcan originariamente a la cabeza de aquel movimiento, se explica porque su inteligencia previosa, o las circunstancias, los convirtieron en hombres representativos de su época, como lo hubieran sido, por iguales motivos, otros genios del Plata o de México, o de cualquiera otra antigua colonia.”

obligatoria por cincuenta años y la de que durante ese lapso no podrían variar de forma los gobiernos afiliados. Tal vez significaría la última una defensa contra las pretensiones de las potencias europeas empeñadas en anular los regímenes republicanos<sup>225</sup>.

En los puntos por defender los delegados colombianos, según las instrucciones, resaltaban la proposición para un contingente armado que costearía la federación, la renovación de los pactos de unión, liga y confederación perpetua, ya acordados entre algunos de los asistentes, y la abolición del tráfico de esclavos en América. Esto había sido señalado por Gual desde 1824. Los delegados bolivianos, quienes no alcanzaron a asistir, habían tenido también instrucciones posiblemente por inspiración de Bolívar, de proponer un ejército y una escuadra federales. Tendrían cada una de las dos armas 25.000 hombres<sup>226</sup>.

Era muy importante la instrucción extendida a los delegados peruanos acerca del problema de Cuba y Puerto Rico. Si resolvían libertar a las islas, los delegados deberían fijar en un convenio especial la contribución de cada Estado y se debería determinar si iban a ser anexadas a algunos de los Estados confederados o iban a quedar en libertad de darse su propio régimen. En las instrucciones de Sucre a los delegados bolivianos, ausentes, se concretaba un ideal del Libertador, así: debían lograr la resolución de liberar a las islas de Cuba y Puerto Rico y posteriormente conducir la guerra a las costas de España, si esta continuaba rehusando el reconocimiento de los países americanos<sup>227</sup>.

225. Bierck, 1976: 311; Byrne Lockey, 1976: 304.

226. Byrne Lockey, 1976: 298; Bierck: 289, 294.

227. Byrne Lockey, 1976: 297, 303.

Bolívar escribió el 8 de agosto de 1826, cuando ya tenía noticias de que los mexicanos deseaban una liga militar, a los delegados en Panamá, Briceño Méndez y Gual. Estaba en Lima y no conocía el fin de las reuniones del Congreso. De todos modos, no se refería a la confederación sino a los propósitos de los mexicanos:

El tratado que hemos de concluir con Guatemala y México —escribía— debe contener las siguientes estipulaciones:

1. Que se le dé a España un plazo de tres o cuatro meses para que decida si prefiere la continuación de la guerra a la paz.
2. En estos cuatro meses ha de verificarse el armamento y reunión de la escuadra y ejército federal o de la liga, como lo quieran llamar.
3. El ejército no bajará de 25.000 hombres; y la escuadra de treinta buques de guerra.
4. Cada estado pagará lo que se estipulare para la mantención de su contingente, tomando para ello los arbitrios que juzgue conveniente.
5. Cada gobierno debe mandar su contingente, pero de acuerdo con los demás y con la mira de un plan dado.
6. Este plan se fundará en: 1. defender cualquiera de nuestras costas que sea atacada por los españoles o nuestros enemigos; 2. expedicionar contra La Habana y Puerto Rico; 3. marchar a España con mayores fuerzas, después de la toma de Puerto Rico y Cuba, si para entonces no quisieran la paz los españoles.

7. En los casos de reunirse fuerzas marítimas o terrestres, puede estipularse la condición de que el oficial más antiguo mande en jefe; pero si los confederados de México y Guatemala no quisieren aceptar esa condición, Colombia puede ofrecerles, por generosidad, el mando, sea en tierra o sea en el mar<sup>228</sup>.

Desde 1825 cuando menos, había pensado Bolívar, no sólo en la liberación de Cuba y Puerto Rico, sino que las tropas serían conducidas por Sucre, Páez y Urdaneta<sup>229</sup>.

Sobre Cuba y Puerto Rico hubo muchas preocupaciones por todos lados desde antes del Congreso de Panamá, durante él y también posteriormente. En julio de 1826, Briceño Méndez anunciaba desde Panamá que “los mejicanos han manifestado también sus deseos de incorporar a Cuba en su inmensa República...” Según pensaba, eso era ya un germen de discordias en América y advertía que en su opinión Cuba y Puerto Rico formaban parte de los factores que obstaculizaban el reconocimiento de la independencia por los españoles. Para él, Fernando VII quería que las grandes potencias garantizaran a España la posesión de esas islas, con respaldo de los Estados Unidos. Byrney Lockey opina así:

228. Bolívar, 1947, I: 1421.

229. Martínez recuerda que en 1825 Bolívar escribió a Páez desde La Paz, sobre el envío del batallón Junín y luego avisó que en todo el año mandaría 6.000 hombres e iría él mismo. En carta del 16 de octubre decía: “... aseguro a Ud. que cada día estoy más determinado a ejecutar esta operación, de que resultará un inmenso bien para Colombia”. Recuerda Martínez que la clave de esa frase críptica está en una carta de Sucre al mismo Páez, desde Chuquisaca, en la cual le anunciaba: “Recientemente en Ayacucho, nuestro ejército ofreció al gobierno ocuparse de la libertad de La Habana.” Sobre este propósito que no pudo ser cumplido, comenta Martínez (1959: 75-76): “Políticamente el pueblo de Cuba, con su gran mayoría negra esclavizada, habría recibido con los brazos abiertos a la flota y el ejército libertadores; y en cuanto a la posibilidad de mantener su independencia, aun contra la hostilidad de los esclavistas del sur de Estados Unidos y el gobierno de Washington, Haití era ejemplo e inspiración para el pueblo de Cuba...”

En realidad los Estados Unidos no querían que Cuba y Puerto Rico fuesen traspasados a ninguna potencia europea, o anexados por ninguno de los nuevos Estados americanos; y, más aún, convencidos de que las islas eran incapaces de gobernarse por sí mismas, eran opuestos a todo proyecto de libertarlas para hacerlas independientes...

En efecto, Clay, bajo la presidencia de Adams, había realizado muchas gestiones sobre Cuba y Puerto Rico. Había apoyado el reconocimiento de las repúblicas americanas por España, a condición de no tocar las islas, y había solicitado el apoyo del zar de Rusia. Hizo saber a los gobiernos de las nuevas repúblicas que no apoyaban la invasión de ellas y comunicó sus esfuerzos con otros gobiernos en busca de una solución. Alarmaba a los Estados Unidos la resolución del Senado de México al autorizar al ejecutivo para emprender una expedición sobre Cuba, en alianza con Colombia. Presionado por el embajador norteamericano, Poinsett, el presidente Victoria declaró que la única finalidad de su gobierno era la de ayudar a los cubanos a que arrojasen a sus colonizadores, pues su país no poseía ambiciones algunas sobre esa isla. En 1826 había avisado Poinsett a su gobierno muchos rumores sobre la posibilidad de que Bolívar mismo se trasladase a Cartagena para encabezar la expedición, tal vez de Colombia sola.

La cuestión fue discutida por representantes mexicanos e ingleses. Inglaterra no se oponía a la libertad de Cuba sino, según sus delegados, la deseaba, siempre que no fuese anexada a ningún país. También había conferenciado algún representante de Gran Bretaña con gobernantes norteamer-

ricanos en 1825, cuando había llegado a Bolívar el rumor de que Francia se preparaba a enviar tropas a Cuba. En el Congreso de Panamá, Dawkins, representante de Inglaterra, quien no asistió a las sesiones pero trabajó intensamente en intercambio de opiniones con los delegados, había discutido sobre la posible liberación de Puerto Rico y Cuba. Fue enviado para tratar sobre ese asunto, sobre los problemas existentes entre Buenos Aires y Brasil, acerca del destino de Haití, sobre cuestiones de derecho marítimo y para obstaculizar la posible formación de una liga americana encabezada por los Estados Unidos. Llevó también otro encargo. El de sugerir la posibilidad de pagar a España para el reconocimiento de la independencia de sus antiguas colonias. Poco después de su llegada lo declaró como una idea enteramente personal. Si los gobiernos americanos estaban dispuestos a comprar la libertad, dijo, podría lograr la actuación de la Gran Bretaña como intermediaria. Gual pensó en algunas posibilidades de tal proposición, aunque antes se había mostrado contrario a insinuaciones, antes de su viaje a Panamá. Hasta sugirió la suma de 60.000.000 de pesos y supuso que en realidad la proposición provenía de Francia, deseosa de recuperar los gastos hechos en la invasión de España. Tenía razón, pues Canning apoyaba a Francia en tal sentido. Gual conocía una oferta de México precisamente por la suma indicada por él para la discusión.

Otro delegado propuso una operación más complicada, según la cual, México debía pagar 25.000.000 y España debía aceptar la deuda mexicana de 45.000.000, con garantía de una de las Antillas<sup>230</sup>.

230. Bierck, 1976: 303, 316, 328; Byrne, 1976: 352.

Como se ve, puntos muy concretos y delicados, objeto de intensas discusiones y preocupaciones en la política internacional, se trataron, aunque algunos sólo de manera informal, fuera de las sesiones. Ello revela cuánta razón tenía Bolívar en promover la asamblea de plenipotenciarios. Quizás debido a la escasa asistencia, a las presiones ejercidas por Dawkins en nombre de Gran Bretaña y a las maniobras realizadas desde mucho antes por los Estados Unidos, por ejemplo, en el caso de Cuba y Puerto Rico, fue muy escaso el resultado del Congreso. Un último punto debe ser recordado. Entre las recomendaciones del gobierno de Perú a sus delegados, estuvo la de presentar al Congreso una pregunta sobre las relaciones con Santo Domingo y Haití, emancipados de sus colonizadores, pero sin reconocimiento entonces por ningún país. De acuerdo con el presidente Monroe, las relaciones de Estados Unidos se guiaban por las circunstancias. La Constitución haitiana prohibía el ingreso de blancos y ningún blanco podía adquirir propiedades o la ciudadanía haitiana. Naturalmente, Inglaterra y Francia no veían con simpatía a los haitianos, quienes habían obtenido su libertad después de una heroica lucha. Bolívar, en una carta a Santander, había juntado a los Estados Unidos y Haití para negar su apoyo a la incorporación de ellos al Congreso de Panamá, con el argumento de que resultaban extranjeros para América. Olvidaba Bolívar, bajo la presión de las potencias, y para no perder el apoyo que tan necesario pensaba de Inglaterra, la ayuda de Pétion en 1816. Los haitianos habían contestado a Monroe con gran dignidad:

si comparamos moralmente nuestra población con la de México o Perú —escribió *Le Propagateur*—, el resultado nos será del todo ventajoso. Hemos de-

mostrado nuestra fuerza en prolongados y terribles conflictos y las tropas que hemos vencido no eran ni escasas en número ni de bravura ordinaria. Eran los vencedores de las Pirámides, de Abukir y de Marengo, cuyos restos reposan ahora en nuestras llanuras. Los rojos hijos de las selvas norteamericanas son admitidos en los salones de Washington. ¿Por qué se niega ese favor a los ciudadanos de Haití?

Revenga había instruido a los delegados colombianos para no luchar por relaciones con Haití, pero sí se aceptarían relaciones comerciales<sup>231</sup>.

Al diferirse en Panamá las reuniones para Tacubaya, en México, el 15 de julio, se habían discutido, oficialmente y fuera de sesiones, multitud de aspectos de extraordinario interés americano y mundial, pero sólo se aprobaron pocos:

Un tratado de unión, liga y confederación perpetua, ratificador de los existentes.

Una convención sobre las futuras reuniones.

La fijación del contingente de fuerzas armadas y subsidios de cada república para la formación de un ejército y una escuadra permanentes.

Un acuerdo confidencial sobre aspectos de los movimientos del ejército y la escuadra.

El Congreso se reuniría cada dos años en tiempos de paz y todos los años en caso de guerra. Debían trasladarse las sesiones a Tacubaya, localidad vecina de la capital, en México.

231. Bolívar, 1947, I: 1097, 1108; Bierck, 1976: 307; Byrne Lockey, 1976: 220.

Algunos autores opinan que el clima, las incomodidades de la Ciudad de Panamá, lo caro de las subsistencias, influyeron decisivamente en el traslado. Seguramente obraron también factores políticos. Bolívar, al recibir la noticia de la traslación, escribió a Briceño Méndez que esa medida iba a poner la asamblea “bajo el influjo inmediato de aquella potencia (México), ya demasiado preponderante, y también bajo el de los Estados Unidos”<sup>232</sup>.

Ricardo A. Martínez en su libro *De Bolívar a Dulles*, escribe:

La verdad histórica escueta es que a pesar de los esfuerzos tenaces de Bolívar durante 15 años de su vida política, el Congreso fue una de las más grandes frustraciones de su vida de estadista; y que Bolívar, previendo su fracaso, con una gran comprensión de las condiciones prevalecientes, consideró que lo único que podría realizar el Congreso era adelantar los preparativos militares y políticos para expedicionar contra los ejércitos españoles en Cuba y contribuir a su independencia, enfrentándose a la política de los Estados Unidos, empeñados en hacer fracasar los planes de los libertadores<sup>233</sup>.

232. Byrne Lockey, 1976: 310, 313, 314.

233. Martínez, 1959: 34.

## Capítulo V

# Utopía frente a fenicios

**Y**a desde principios de 1826, antes del Congreso de Panamá, Bolívar había empezado a comunicar algunas ideas sobre una posible unión entre Colombia, Perú y Bolivia. Oponía al movimiento separatista de Venezuela planes sobre uniones mayores, lo cual en parte libraría a Páez de sus problemas con el gobierno de Colombia, dentro de una nueva estructura. Al separatismo de Venezuela oponía el Libertador el ideal de una inmensa nación.

No sabemos cuánta información recibió durante los meses de junio y julio de 1826 desde Panamá. Desde Lima escribió a Páez el 4 de agosto unos comentarios según los cuales estaba para entonces descontento con la marcha de los negocios políticos en Panamá. Prácticamente redactó el epitafio de su gran ideal desde 1815:

El Congreso de Panamá —comentó—, institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, no es

otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos consejos: nada más.

El 11 de agosto escribió a Briceño Méndez, quien estaba en Panamá, sobre su proyecto de liga militar con México y Guatemala y el 18 de agosto manifestó a Sucre que en su opinión era correcto no usar la palabra “federación” para el pacto entre Bolivia, Perú y Colombia, sino el término “unión”. Temía que la palabra federación suscitase idea de divisiones nacionales e indicaba su experiencia de Guayaquil “donde apenas se oyó federación, ya se pensó en la antigua república”. En esta carta a Sucre se revela su propósito de poner fin a las tendencias federalistas de Páez.

Creo que en Venezuela —comunicaba al Mariscal— será indispensable hacer una reforma muy fuerte y muy inmediata que contenga los partidos y ocurra a las necesidades más urgentes. Pienso, pues, que el Estado de Venezuela debe equivaler al de Bolivia, así como el resto de Colombia al Perú...

Para el 14 de septiembre de 1826 ya había recibido Bolívar noticias del Istmo. Ordenó a Pando que no se ratificasen los tratados concertados en Panamá y comenzó a solicitar opiniones sobre lo allí hecho, como comunicó en esa fecha al mariscal Santa Cruz. A este escribió de nuevo el 21 de noviembre y le hablaba de una federación de seis Estados: Bolivia, Perú, Arequipa, Quito, Cundinamarca y Venezuela, “todos ligados por un jefe común que mande la fuerza armada, e intervenga en las relaciones exteriores”. Reflejaba en ese

proyecto lo que había sido una realidad durante el proceso de la independencia: su gran papel como conductor militar y activísimo político en las relaciones diplomáticas. A fines del año continuaba buscando las denominaciones y mejores formas para una integración. Volvía a hablar de Venezuela, Colombia y Perú<sup>234</sup>.

A principios de enero de 1827, Bolívar recibió comunicaciones que lo condujeron a revivir con entusiasmo el proyecto de libertar a Puerto Rico. Le había llegado la versión, juzgada por él como oficial, de una guerra entre España e Inglaterra. La tituló “hermosa noticia”. Veía ya como un hecho la ayuda de Inglaterra en todo cuanto pudiera perjudicar a su adversario. Inmediatamente envió instrucciones a Briceño Méndez, el 25 de enero, desde Caracas, para el alistamiento de la fragata *Ceres* y del veterano batallón Granaderos, de larga actuación en las guerras de independencia. Esperaba atacar a los españoles en Cuba y Puerto Rico y expresaba la certeza de poder triunfar fácilmente en el segundo, en caso del fracaso en la otra isla. El 25 de enero escribía a Santa Cruz con gran optimismo:

Parece llegado el momento en que hagamos la deseada expedición a La Habana y Puerto Rico (...) La Inglaterra nos dará buques y dinero. Así, debe Ud. tener las tropas colombianas y peruanas en el mejor pie de marcha para cuando yo las pida...

Aquí se revela una de las características del Libertador, entre las que hicieron posible su jefatura del prolongado proceso de liberación: no se entretenía en divagaciones.

234. Bolívar, 1947, I: 1406, 1424, 1432, 1460, 1464; Bierck, 1976: 313.

Para él había una relación muy estrecha entre los proyectos y las realizaciones. Además, entraba así en Venezuela no sólo para cumplir su difícil misión como pacificador de Páez, sino proyectaba por encima de lo inmediato, futuras acciones de alcance superior. Todavía en febrero creía en la guerra entre España e Inglaterra, pues participaba a Sucre su propósito de llevar un ejército de 6.000 hombres, “todos veteranos y mandados por el General Páez”. Evidentemente su viejo proyecto de que Sucre, Páez y Urdaneta encabezasen la invasión de La Habana y Puerto Rico, servía ahora para dar a Páez un destino eminente que modificaría los sucesos de Venezuela. Antes de concluir esa comunicación, cuya primera parte, sin embargo, dejó intacta, le llegaron noticias de ser falsos los rumores sobre la guerra. Se había tratado sólo de amenazas de Inglaterra. Lo refirió a Sucre y concluyó secamente: “Así, no haga ninguna alteración en los cuerpos”<sup>235</sup>.

Cuando a fines de febrero de 1827 llegó a La Guaira un buque inglés, se supo a ciencia cierta que habían partido tropas británicas de las costas de Albión, pero no se sabía a dónde habían ido. Todavía expresaba Bolívar esperanzas de hostilidades con España y comunicaba a Sucre que si comenzaba la guerra, enviaría una expedición a La Habana. De ese modo esperaba muchas ventajas, entre otras la de poder disponer de las tropas en acción, sin los gastos dedicados al ejército en Venezuela. Se proponía darles “abundancia por miseria, gloria por ocio”. Para obviar los problemas que sufrían las tropas, pensaba licenciarlas si no se declaraba la contienda entre España e Inglaterra<sup>236</sup>.

235. Bolívar, 1947, II: 23, 30.

236. Bolívar, 1947, II: 51.

En marzo siguiente continuaba Bolívar ocupado con el plan de la federación futura, a pesar de sus intensas ocupaciones en Caracas. Desde Colombia le hablaban ambiguamente de la unión de siete Estados. El 11 de abril escribía al general Antonio Gutiérrez de la Fuente una importante aclaratoria, donde explicaba las dificultades entre sus largos propósitos de confederación y la idea federativa que existía por todas partes como aplicable fundamentalmente en el interior de las naciones. “Muchos han confundido —señalaba— la idea de federación de Estados con la de provincias, creyendo que de esto se trataba en los papeles públicos.” Esa explicación se debía a las crecientes actividades federalistas por todas partes. Como se comenzaban a constituir grupos liberales, para los cuales era axiomático el sistema electoral y por consiguiente, federalista, comenzó para Bolívar una nueva preocupación, creciente a través de 1827. En marzo de 1828 se regocijaba de corrientes antifederalistas y escribía a J. M. del Castillo: “El país está todo animado de un santo temor a la anarquía y a la federación (...) Por todas partes se están haciendo representaciones populares contra la Federación.” El proyecto de lograr equilibrio por medio de alianzas y distribuciones territoriales que correspondiesen a realidades políticas, continuó sufriendo modificaciones según cuanto ocurría. En 1828, como preparativos para la futura unión de tres repúblicas, Bolívar comunicó a Páez que pensaba fundir algunas porciones de los departamentos de Boyacá, Zulía y Barinas, para borrar las fronteras tradicionales entre Venezuela y la Nueva Granada.

Ya no podemos —advertía— soportar más las divisiones y las alteraciones, las que han afligido de tal modo al pueblo, que todo él está en la más espantosa miseria,

en tanto que el extranjero nos está cobrando tres millones de créditos, los que no se podrán pagar sino con suma economía y dificultad, pero bajo un gobierno estable que dé confianza al pueblo para que especule y trabaje con seguridad de buen suceso...<sup>237</sup>

La utopía confederacionista de Panamá murió definitivamente en 1828, en México. Allí se trasladaron los delegados que habían asistido a Panamá. Colombia fue la única nación que ratificó los pactos del Istmo. Gual, representante por Colombia, estuvo dos años en la capital mexicana, donde sufrió los problemas de una espera a la postre infructuosa. Para él, la indiferencia de las autoridades mexicanas por la reapertura de las sesiones en Tacubaya, como se había acordado al concluir las reuniones de Panamá, se debió a las maniobras e influencias del embajador de los Estados Unidos, Poinsett. Este actuaba en diversos círculos y especialmente a través de las logias del rito de York, que defendían la política internacional de los Estados Unidos, opuestos a la confederación de los países recién libertados<sup>238</sup>.

237. Bolívar, 1947, II: 60, 92, 283, 455.

238. Byrne Lockey, 1976: 315.

# Dialéctica de las dificultades

Yo soy el hombre de las dificultades y no más. No estoy bien sino en los peligros combinados con los embarazos.

SIMÓN BOLÍVAR

## Capítulo I

# El huracán revolucionario

**E**l 15 de febrero de 1819 dijo Bolívar, al instalarse el Congreso de Angostura: “No he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebató como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal; fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos”. ¿Hasta qué punto fue revolucionario el huracán de la independencia? Es costumbre hablar de “la revolución de independencia”. Algunos aseguran que no se trató de una revolución verdadera, sino de un movimiento de emancipación política, sin cambios profundos justificativos del epíteto “revolucionario”. Nos encontramos sin duda ante uno de los problemas de la nomenclatura en las ciencias sociales, en este caso de gran envergadura, porque el uso de los términos comporta no sólo calificación científica sino actitud política y humana. A veces los científicos sociales discuten como si fuesen empedernidos gramáticos, atribuyendo a las palabras esencias semánticas inexistentes. En

el caso de algunos términos, como “revolución”, se toman posiciones ante las grandes transformaciones sociales del siglo XX, especialmente frente al socialismo. Entre quienes desean oscurecer su significado y su futuro, que es el de la humanidad entera, hallamos a los discutidores de esencias, negadores del proceso histórico de los significados. Con el vocablo “revolución” y sus parientes y derivados, las connotaciones dependen, como en todas las palabras, del consenso o desacuerdo de quienes hablan o escriben. Así, la pregunta fundamental es: ¿qué significa revolución?

Para el Diccionario de la Real Academia Española, el primer sentido del término “revolución” es el de revolver o revolverse. Como segunda acepción está: “Cambio político en las instituciones de una nación.” Añade que, por extensión, significa “inquietud, alboroto, sedición”, y le asigna otros dos significados: “conmoción y alteración de los humores y mudanza a nuevas formas en el estado o gobierno de las cosas”. La *Enciclopedia de ciencias sociales* publicada por Macmillan, curiosamente coloca el término y su contrario en un mismo título: “*Revolution and counter-revolution*”, es decir, revolución y contrarrevolución. “El tema revolución, —expone— fuera de las ciencias sociales connota un amplio y repentino cambio, una ruptura mayor en la continuidad del proceso. Su aplicación es a menudo específicamente indicada por un adjetivo calificativo.” Se explica inmediatamente que “en el siglo XIX se usó el término con la connotación de revolución política y que por eso las ideas de revolución y violencia aparecen permanentemente relacionadas”. El *Diccionario filosófico abreviado* de Rosental e Iudin, explica:

Revolución. Cambio radical en la vida de la sociedad,

que conduce al derrocamiento del régimen social caduco y al establecimiento de un nuevo régimen progresivo, transfiere el poder de manos de una clase (reaccionaria) a manos de otra clase (progresiva) (...) el marxismo-leninismo enseña que la revolución es una etapa necesaria del desarrollo de la sociedad.

Es posible preguntarse: ¿qué significa “cambio radical” en la vida de la sociedad? Porque a veces, por parte de clases o sectores sociales interesados, se denomina “radical” a lo que es sólo superficial, efímero o transitorio. El marxismo considera radical sólo a cambios profundos en la estructura de las sociedades, a favor de grandes mutaciones impulsadas por las fuerzas productivas. Sólo habría verdaderas revoluciones cuando esas alteraciones se producen. Así, hay una inmensa revolución cuando la humanidad pasa de las formas de apropiaciones colectivas de lo obtenido, a la propiedad privada, es decir, a la estructura de clases. Un nuevo gran salto ha sido en el siglo XX el paso de los regímenes de propiedad privada, capitalista, a los de propiedad colectiva, socialista. No se trata de una vuelta al pasado, sino de la llegada, en condiciones inmensamente distintas, a otro tipo de sociedad de propiedad colectiva. El lenguaje de la historia, de la arqueología y de la sociología, ha denominado “revoluciones” a otros cambios de no tanta profundidad, fenómenos que no han significado mutaciones tan radicales como aquellas. Sería uno de esos cambios la revolución que significó el paso del paleolítico inferior al paleolítico superior, merced a la invención de instrumentos que permitieron transformaciones en el modo de vida. También se ha llamado revolución al otro salto, del paleolítico superior al neolítico, caracterizado no sólo por la invención de otros ins-

trumentos, sino por el descubrimiento de la forma de sembrar, de la agricultura, que significó una gran mutación dentro del sistema, que todavía duró mucho, de la propiedad colectiva. Dentro del neolítico, Gordon Childe popularizó el concepto de “revolución urbana”, como una parte de la “revolución neolítica” y la historia y la sociología han hablado de la “revolución inglesa” y de la “revolución francesa”, en las cuales no ocurrió un cambio en el sistema de la propiedad privada, pero sí una profunda modificación en las relaciones de producción entre los explotadores (señores feudales a burgueses) y los explotados (siervos a obreros). En las Obras completas de Marx y Engels, editadas por el Instituto de Marxismo-Leninismo de la Unión Soviética, se escribe, según Lavretski, a propósito del artículo escrito por Marx sobre Bolívar:

En su artículo sobre Bolívar, Marx demostró el papel que jugaron las masas populares en la lucha de los países de América Latina contra el poderío colonial español (1810-1826), y señala el carácter libertador y revolucionario de esta lucha.

¿Significa esto que para el marxismo la independencia de Venezuela y de Hispanoamérica fue una revolución? Obsérvese que en la afirmación transcrita sobre el artículo de Marx se dice que Marx “señala el carácter libertador y revolucionario” de la lucha, lo cual no necesariamente significa que se haya tratado de una revolución en el sentido, por ejemplo, de la Revolución francesa, sino que el proceso de la emancipación tuvo un “carácter” revolucionario<sup>239</sup>.

239. Lavretski, 1961: 15.

En Venezuela se ha producido alguna discusión historiográfica sobre si el gran movimiento social que comenzó en 1810 debe ser considerado como una “revolución”. El historiador Carrera Damas, en respuesta a quienes piensan que no hubo tal revolución, porque no se produjo una transformación profunda ni del régimen de propiedad de la tierra ni del régimen de explotación de la esclavitud, introduce en la controversia el factor tiempo.

Para estas revoluciones —escribe— cabe distinguir entre el momento del planteamiento revolucionario y del inicio de su edificación, y el momento en que esos inicios se traducen en cambios estructurales definitivos, adquiridos con la creación de un nuevo orden histórico (...) La lucha por hacer realidad ese programa transformador, ocupa fácilmente toda la primera mitad del siglo XIX, cuando se producen cambios apreciables en la estructura económico-social del país: abolición de la esclavitud; implantación de la propiedad burguesa en el campo, con paulatina disminución del poder político y económico de la Iglesia; abolición de vínculos y mayorazgos y liquidación de la propiedad comunal; liberación de la economía; implantación del principio de la igualdad legal, con la abolición de los fueros; abolición del tributo indígena, etc. Es decir, modificaciones básicas del viejo orden colonial que invalidan toda pretendida persistencia del mismo cuando no se pide a la Revolución de Independencia —revolución orientada a favorecer el desarrollo de la burguesía— resultados diferentes de los que históricamente se propuso; cuando no se pretende negarle legitimidad

histórica en razón de una prejuiciosa espera de resultados que corresponderían a un tipo de revolución popular que no fue la Independencia<sup>240</sup>.

Carrera cree que la resistencia a calificar como “revolución” a la independencia se debe “en gran parte a la imprecisa calificación de las formas económico-sociales de la segunda mitad del siglo XIX”. Su observación sobre el tiempo en el cual se realizan las conquistas de una revolución, es interesante, pues desborda los límites del fenómeno venezolano y apunta a señalar cómo, a distancia, creamos la ilusión de que las revoluciones, las mutaciones históricas, se realizan repentinamente. Marx mostró en sus capítulos históricos de *El Capital*, cómo el nacimiento de la burguesía fue el resultado de un prolongado conjunto de esfuerzos y acontecimientos, prolongados más allá del símbolo clásico de la toma de la Bastilla. Habría que añadir observaciones tanto a la enumeración de los caracteres, según Carrera, producidos por la independencia en forma revolucionaria, seguramente errados en puntos como el de la “implantación de la propiedad burguesa en el campo”, pues eso no ocurrió en Venezuela en el siglo XIX, como a su afirmación final sobre “un tipo de revolución popular que no fue la independencia”.

Opinamos que junto a las causas citadas por él como frenadoras de la calificación de revolucionario al proceso liberador, debe añadirse la de la falta de estudio de los caracteres populares de esa lucha. Al examinarlos, se comprueba que se produjeron simultáneamente dos grandes movimientos sociales desde 1812: el esfuerzo de los mantuanos por

240. Carrera Damas, 1964: 123.

conquistar el dominio político de Venezuela, la libertad de comercio con el mundo, y el reconocimiento de su condición nacional, y la lucha de los sectores populares, con los esclavos a la cabeza, para lograr la abolición del sistema esclavista, de las distinciones de castas y de la explotación de negros, indígenas y pardos, a través de numerosos procedimientos en el ámbito de la producción, así como en el de la circulación y administración de lo producido.

El “huracán revolucionario” nombrado por Bolívar en Angostura implicó numerosos componentes: la gran contradicción entre los colonizadores y los colonizados; la contradicción fundamental del sistema de producción esclavista, entre los esclavos y los mantuanos, sus amos; la contradicción entre los indígenas explotados en servidumbre y sus explotadores, españoles y criollos; la contradicción entre los sectores populares de pardos, no esclavos ni indígenas, con los españoles y criollos. A ello ha de sumarse el cúmulo de intereses distintos entre criollos propietarios de tierras y otros, poseedores de capitales mercantiles. Cuando el movimiento liberador se extendió al Sur, surgieron entonces otros tipos de oposiciones entre mantuanos de Venezuela, criollos de Colombia, y de Perú, quienes colaboraron en muchos aspectos durante la época de la guerra, hasta Ayacucho, pero no posteriormente, cuando comenzaron los factores fundamentales en las incipientes economías nacionales a reflejarse en el terreno de las rivalidades políticas y regionales. Las más graves complicaciones de la independencia en Venezuela surgieron especialmente desde 1812 hasta 1814, cuando la mayoría de los sectores oprimidos por los criollos se colocaron, no de parte de lo que ahora caracterizamos como progresivo en la historia, la lucha anticolonialista,

sino junto a los enemigos de sus enemigos, los mantuanos dueños de haciendas, donde imponían las leyes esclavistas, o los miembros de ayuntamientos, desde los cuales administraban impuestos, regulaciones de tierras ejidales y toda clase de presiones políticas y económicas contra indígenas y pardos. Bolívar comprendió, seguramente bajo la ducción del presidente haitiano, el significado real de la esclavitud, ya aprendido por él en los clásicos de la Revolución francesa y experimentado en las derrotas de 1814, cuando los sectores populares se incorporaron a las filas realistas que les permitían saqueos, pillaje, violaciones, consumo de aguardiente y toda clase de represalias contra quienes los habían llevado al cepo, a los calabozos, al botallón de los azotes. En 1813 y 1814 ya hacía mucho tiempo que los esclavos fugitivos, los cimarrones, habitaban cumbres independientes, comerciaban con los contrabandistas en la costa y en los ríos del Llano y combatían en forma permanente contra las guardias armadas que enviaban los criollos para someterlos. En tal sentido, para un gran sector de los africanos y sus descendientes, existía una guerra secular cuando los españoles colonialistas los invitaron a incorporarse a la pelea contra los mantuanos. Ello significó para Bolívar esfuerzos innumerables, la declaración reiterada de la libertad de los esclavos, ante constituyentes y congresos, y desesperados esfuerzos por la unidad combatiente, lograda a la postre, después de 1816, hasta la culminación bélica en Carabobo.

El huracán revolucionario que arrebató a Bolívar, según dijo en Angostura, “como una débil paja”, tuvo entre sus componentes la ira de las masas, la experiencia de libertad conquistada en lucha perenne por los cimarrones, el impulso de represalia de los esclavos de haciendas, ingenios y hatos,

la rebeldía de los pardos que se creían superiores a negros e indios y el disimulado odio colectivo de los indígenas en servidumbre y tribulación. De modo que hubo poderosos componentes revolucionarios, impulsores de cambios profundos, aunque no formulados en teorías ni en elaboradas concepciones sociales, pero sí expresados en la bravura combatiente, en el valor suicida, en la decisión asombrosa que conducía a un jefe colonialista a maravillarse de que nada contenía a los hombres de color, ni los fusilamientos innumerables. El huracán revolucionario existió junto al cálculo de los mantuanos y a veces contra él. En la cúspide de las contradicciones estuvo el conjunto de los jefes políticos y guerreros, muy especialmente Simón Bolívar, debido a sus prodigiosas capacidades personales.

Algunos autores revolucionarios venezolanos que han juzgado correctamente el papel del pueblo en la revolución de independencia —revolución por el inmenso impulso justiciero que le imprimieron las masas de los explotados—, al juzgar a Bolívar saltan de las consideraciones sociológicas a las apreciaciones individualistas, sicologistas. Intentaremos interpretar dialécticamente a Bolívar al final del huracán.

Ya hemos señalado las limitaciones impuestas al Libertador por constituyentes y congresos, desde Angostura. Allí no logró la declaración definitiva de la libertad de los esclavos, es decir, se improbaron en la práctica sus decretos de Carúpano y de Ocumare. En Cúcuta, la constituyente estableció la “libertad de vientres” y los procedimientos de manumisión que claramente habían de ser burlados por los propietarios, a quienes correspondió contribuir a la formación de los fondos que habían de liberar a sus propios esclavos. En Bolivia, ya

hemos visto cómo su utopía constitucional fue borrada con la mayor finura, con fórmulas de cortesía. Y conocimos también la utilización que como “hijo de la guerra” según se calificó al juramentarse en Cúcuta como presidente el 31 de octubre de 1821, hicieron de él los directivos de las clases gobernantes de Venezuela y Colombia. Carlos A. Villanueva dijo:

Ayacucho terminó, como él mismo lo dijera, su vida de soldado. Había llegado al cenit de su gloria. De ahora en adelante, al entrar en las batallas de la política y de la diplomacia, irá descendiendo lentamente, como los astros en las relaciones siderales, hasta ocultarse en el horizonte de las aguas de Sta. Marta.

A primera vista, el autor expresó una gran verdad. Sin embargo, vimos cómo antes de Ayacucho, Bolívar había sido utilizado como guerrero en Perú, pero el Congreso colombiano le privó de la gloria de Ayacucho, cuando prácticamente lo destituyó del mando de las tropas del Sur. Y posteriormente Bolívar, fundador de Bolivia con Sucre, liberador de los indígenas secularmente explotados, perseguidor de la esclavitud a través de discursos, decretos y proclamas, creador de estudios para librar al pueblo de yugos escolásticos, fundador de la Universidad de Trujillo, entró en contradicción con quienes habían explotado no sólo sus dotes guerreras, sino su capacidad de estadista. En eso tampoco acertó Villanueva, porque Bolívar no se convirtió después de Ayacucho en diplomático y político. Desde el primer día de su actuación había sido político, y político contradictorio con las cautelas de sus propios mandantes. Así ocurrió, por ejemplo, cuando, en su primera función

política y diplomática viajó a Londres, en compañía de Bello y de López Méndez. Amunátegui refiere la visita de la delegación a Willesey así:

A la primera conferencia, según me refería Don Andrés, de quien tengo todos estos pormenores, asistieron juntos Bolívar, López Méndez y Bello. El primero llevaba la palabra. Tan luego como estuvieron en presencia del ministro británico, Bolívar, poco experto en los usos de la diplomacia, cometió la ligereza de entregar al marqués tanto las credenciales como el pliego que contenía las instrucciones. Valiéndose en seguida de la lengua francesa, que hablaba con la mayor perfección, le dirigió un elocuente discurso, desahogo sincero de las pasiones fogosas que animaban al orador, discurso en el cual hizo muchas alusiones ofensivas a la metrópoli y expresó deseos y esperanzas de una independencia absoluta. Wellesley escuchó a Bolívar con esa atención fría y ceremoniosa de los diplomáticos; pero cuando el impetuoso criollo hubo concluido, le observó en contestación que las ideas expuestas por él se hallaban en abierta contradicción con los documentos que acababa de entregarle (...) las instrucciones que Bolívar había pasado atolondradamente al ministro inglés, ordenaban del modo más categórico a los negociadores, no que trataran de independencia sino que solicitaran la mediación de la Gran Bretaña para impedir cualquier rompimiento con el gobierno peninsular...

Parece haber sido esa la primera expresión internacional del fuego independentista que Bolívar expresaba vehementemente. Ya lo había ejercitado en la Sociedad Patriótica en

1811. Aun en sus prolongadas tareas diplomáticas después de 1812, conservó, a la par de la prudencia enseñada por el ejercicio de las comunicaciones internacionales, no sólo franqueza, sino hasta las rudas expresiones propias de su desmesurada esperanza y de sus firmes propósitos, a menudo envueltos en las vacilaciones de los mantuanos, empecinados en la idea de la emancipación, pero no siempre dispuestos a mantener la intensa vigilia creadora que el Libertador nunca perdió<sup>241</sup>.

Después de una larga marcha al Sur, en 1825, y de la prolongada permanencia en Lima en 1826, Bolívar hubo de volver a Venezuela a principios de 1827. En realidad fue enviado por el Congreso de Colombia como alto jefe guerrero. Acusado Páez de rebeldía, según criterios que Bolívar no compartió, este fue enviado a Venezuela a la cabeza de tropas cuya misión debería ser la de obligar por la fuerza a Páez a incorporarse a la obediencia. La actitud de Bolívar fue prudente. Había recibido la ruda lección que le impidió comandar las tropas en Ayacucho. Parece no haberla nunca olvidado y posiblemente influyó en su actitud ante Páez. A Santander escribió al llegar a Caracas, una corta misiva en la cual expuso el resultado de un examen, ampliado posteriormente ante la Convención de Ocaña:

He observado con dolor —decía el vicepresidente— que la mayoría del pueblo colombiano sufre y se lamenta de males que se atribuyen a muchas causas, siendo, por consiguiente, el voto más general por una reforma pronta y saludable. Debo añadir que he oído con pena que las leyes de hacienda y los agentes de dicha administración, están aborrecidos en todas partes. No

241. Busaniche, 1960: 16, 20.

omitiré otra de las quejas que más se repiten contra el gobierno de la república: la administración de justicia y las leyes nuevas en este ramo. El cuadro de la república es el espectáculo de una miseria general, porque no existen fondos públicos ni privados. La confianza, el amor a las leyes, el respeto a los magistrados no existe. Así, el descontento es universal. Ignoro quién sea la causa, mas los resultados son positivos y palpables. Yo no sé ni he querido saber, porque así lo prometí en mi proclama, quiénes son culpables de los trastornos que se experimentan. El congreso, V.E. y el pueblo lo dirán. A mí me toca acusar el poder ejecutivo, siendo el primer magistrado de la nación. Las cámaras y los quejosos serán los actores en esta acusación que estoy muy lejos de intentar.

No la intentaba oficialmente, mas acusaba en esa carta indudablemente al ejecutivo que había regido a Colombia durante su ausencia en Perú y señalaba males de los cuales no se consideraba responsable. La carta es muy expresiva: fija responsabilidades a todas las autoridades de Colombia (la llamada posteriormente Gran Colombia, expresión que nunca usó Bolívar) y exteriorizaba sus opiniones sobre el sufrimiento general de “la mayoría del pueblo colombiano”, lo cual había aprendido a conocer en muchos años de andar entre el pueblo en armas, compartiendo sus privaciones, su desnudo y sus esperanzas. Apartado bruscamente del pueblo, que era en gran parte el ejército, siempre, después de su vuelta desde Perú, conservó la actitud acusadora en nombre de quienes sufrían. La carta señala como universal el descontento. Ya comenzaba la etapa tremenda, posterior a la obtención de la libertad, durante la cual su gran obse-

sión fue la anarquía. Cuando llegó a Maracaibo, publicó una proclama el 16 de diciembre de 1826, en la cual mostraba su horror por las luchas fratricidas. De modo evidente, que con seguridad causó disgusto intenso en Bogotá, ofreció en su proclama llamar al pueblo a deliberar. ¿Cómo, si venía como portador de una espada vengadora, contra Páez?

Venezolanos —escribió—: Os empeño mi palabra. Ofrezco solemnemente llamar al pueblo para que delibere con calma sobre su bienestar y su propia soberanía. Muy pronto, este mismo año, seréis consultados para que digáis cuándo, dónde y en qué términos queréis celebrar la Gran Convención Nacional. Allí el pueblo ejercerá libremente su omnipotencia...

Sin duda transgredía el Libertador el mandato de Bogotá, pues el ofrecimiento de una Convención Nacional era un estímulo para las tendencias separatistas. Quizá ya estaba convencido de la necesidad de dividir a Colombia en tres o cuatro Estados que se unirían sólo para la defensa común, como en 1828 proyectó y comunicó a Páez desde Bucaramanga<sup>242</sup>.

242. *Itinerario...*, 1970: 303; Bolívar, 1947, II: 366.

## Capítulo II

### Los mantuanos retroceden

Cuando llega el tiempo de la liberación, los colonizados se unen para luchar contra el colonialista. Así, después de la derrota de los patriotas de Venezuela en 1812, la Nueva Granada, para consolidar sus logros y romper la amenaza de cerco (desde Perú, Venezuela y el mar), ayudó a los criollos representados por Bolívar. En reciprocidad obligatoria, para que la Nueva Granada subyugada de nuevo por Morillo pudiese renacer, el Congreso de Angostura autorizó en 1819 al Libertador a penetrar en el territorio vecino por la vía de Casanare, zona de lucha fraternal compartida, y de los Andes. Liberada la Nueva Granada en Boyacá, la necesidad de unirse para la expulsión total de los colonialistas en toda América llevó a la creación de Colombia. Para consolidarla, realizaron Sucre y Bolívar las campañas de Guayaquil y de Quito, y después de Bomboná y Pichincha. Redondeada la República, como dijo el Libertador, el poderío de los realistas en Perú presentó la urgencia de solidaridad entre los guerreros que

habían vencido en Chacabuco y Maipú y quienes habían consolidado una inmensa unidad desde las costas del Caribe hasta el ecuador del mundo. El ciclo de alianzas para el esfuerzo emancipador se clausuró en Ayacucho, con el triunfo de Sucre, definitivo, sobre los generales del Imperio español. El juego incesante de las fuerzas en lucha juntó a los colonizados para la defensa y el ataque liberador. Fue componente de la resultante, en el juego dialéctico de las fuerzas profundas de la estructura económica y sus resultantes políticas y militares, una constante histórica: toda sociedad que arriba a nueva etapa progresiva o revolucionaria lleva sus nuevas características, exponentes de las fuerzas creadoras, fuera del ámbito de su territorio. La Francia revolucionaria no rompió los moldes feudales únicamente dentro de la República. Salió, con la espada del primer Napoleón, a desbaratar los baluartes feudales. Se extendió por el mundo entero no ya por la espada y el cañón sino por “la artillería del pensamiento”, que es la prensa según el dictamen del Libertador, y de los libros, a quienes sin dubitación podemos también incorporar en la definición bolivariana. Hasta América llegaron los ideales de los enciclopedistas y sirvieron para enfrentarse también al feudalismo, en persona del Imperio español. Las repúblicas que fueron adquiriendo la libertad auxiliaron a sus vecinas debido a los territorios contiguos, a los ejércitos traslativos creados por Bolívar y Sucre, a las necesidades de una estrategia global que imponía la situación americana, y también a la constante histórica señalada, que se realiza de acuerdo con las condiciones generales y las fuerzas en pugna. Y también, inevitablemente, llegó la ayuda desde Haití, primera república libre del Caribe en el siglo XIX. Allí encontraron solidaridad los criollos para que libertasen a los esclavos; allí

recibieron cooperación los negros para que se incorporasen a la contienda anticolonial; allí fue acogido fraternalmente Bolívar, con la nobleza de los negros haitianos representados por Pétion, quien colaboró convencido de que, según escribió al Libertador: “Así en las grandes como en las pequeñas empresas, una fatalidad inexplicable se une regularmente a las más sabias combinaciones”<sup>243</sup>.

Después de Ayacucho, con la expulsión de los españoles del territorio emancipado, cambiaron los signos del álgebra económico-social. Los criollos peruanos se sintieron desconfiados del ejército traslativo de Bolívar, que podría llegar a representar ambiciones de los mantuanos venezolanos; estos no estuvieron contentos con que se legislase desde Bogotá sobre producción, comercio, aduanas, empréstitos, deudas, diplomacia, divisiones territoriales y, precavidos y pragmáticos, colocaron a la cabeza del movimiento a Páez, uno de los jefes libertadores, cabeza de un ejército realmente propio, ambicioso de propiedades y jerarquías. En la antigua Nueva Granada, existían tradiciones propias, intereses delimitados, rivalidades con Venezuela, tensiones con Perú. Allí la clase dirigente deseaba también su independencia completa, un ámbito dentro del cual legislar y explotar, como lo deseaban los criollos de Venezuela y Perú. Las antiguas divisiones geográficas, políticas, eclesiásticas y administrativas de la época colonial, habían sentado las bases de verdaderos ámbitos nacionales. Existían, además, fronteras lingüísticas, como en Ecuador, Perú y Bolivia, y condicionamientos geográficos:

243. Esta constante histórica de que los pueblos incorporados a las corrientes más nuevas ayudan a los otros a conquistar posiciones progresistas, se ha visto en nuestros días con la ayuda ofrecida por Cuba a los angolanos que han luchado contra el colonialismo. El imperialismo ha actuado, naturalmente, frente a ese hecho de fraternidad histórica, como la Santa Alianza en los tiempos de la independencia de América.

Venezuela miraba al Caribe, y tenía la cuenca del Orinoco; Nueva Granada estaba entre dos océanos; Perú entre costa, cordillera y selvas y podía beneficiarse de la cuenca del Amazonas; Bolivia señoreaba las mayores alturas. Finalizada la pelea por la independencia, surgían imperativos de nacionalidades incipientes, agravados por factores creados en el proceso mismo de la pelea; esclavos que habían combatido como libres y volvían al yugo; ejércitos cuya disolución significaba gente aguerrida entre selvas y ríos, sin ocupación; militares de rango, ansiosos de disfrutar de los haberes pactados y de encontrar en el poder las compensaciones de sus desvelos y agonías guerreras; eclesiásticos ansiosos de reconquistar el derecho de explotación sobre los indios y las preeminencias sociales que ahora les disputaban los militares; latifundistas descontentos de muchos decretos del Libertador y de artículos constitucionales centralistas que obstaculizaban sus hegemonías regionales. El sector de los pardos hervía, marginado después de la prolongada época de las penurias y las ilusiones; los indígenas creían en Bolívar, pero no en los criollos, sus seculares explotadores; los blancos pobres esperaban escalar posiciones antes imposibles; los criollos que habían emigrado o combatido al lado de los realistas, comenzaron a volver y a intrigar y hasta a propagar la idea de la monarquía, bajo la cual habían lucrado a satisfacción. Las grandes contradicciones de la producción y su disfrute; del poder compartido entre criollos, militares y eclesiásticos; de las rivalidades entre las antiguas castas, igualadas en los campos de la lanza y el caballo; de la desconfianza entre las antiguas provincias coloniales, se reflejaban en actitudes personales de envidias, calumnias, odios, inquinas, maquinaciones, alzamientos, intentos de asesinatos, muer-

tes violentas, agresividad general. Y de todo ello derivaban (olvidadas o totalmente desconocidas las verdaderas raíces) conclusiones sobre rasgos psicológicos, sobre la necesidad de nuevas leyes, sobre la urgente separación de las repúblicas de Nueva Granada y Venezuela. En verdad, el ideal de Bolívar había sido presidido por una estrategia extensa. Nada, históricamente, llevaba a la unidad entre las dos aliadas en Boyacá. El imperativo de la lucha unitaria había llevado a una fusión transitoria. La “Gran Colombia”, como fue nombrada después por los historiadores, para diferenciarla de la nueva República de Colombia, posterior a 1830, había nacido de la Guerra de Liberación; con ella debía concluir. Se ha inventado que fue un sueño de Bolívar. Nunca teorizó sobre ello y cuando se convenció, después de 1826 de la ruptura propugnada en Venezuela, no se empeñó en conservar lo que ya históricamente no era fructífero. El 2 de junio de 1828 resumió su experiencia desde el año anterior, en carta escrita a Páez el 2 de junio, así: “Yo había propuesto a mis amigos una resolución que conciliara todos los intereses de las diferentes secciones de Colombia, que era dividirla en tres o cuatro estados y que se ligaran para la defensa común...”

Perdido el impulso libertador, enfrentadas las clases de los criollos de Venezuela, Colombia y Perú, en sus respectivos territorios, a las consecuencias de la guerra, deseaban reconstruir las economías que tantos proventos les habían dado en los tiempos coloniales, aunque de manera incompleta; querían continuar la explotación de los esclavos e indígenas; mantenían sus prejuicios sobre los pardos, deseaban legislaciones regionales y nacionales que organizaran la explotación de los productores, la circulación de lo producido, el comercio internacional, el aprovechamiento de las vías de

comunicación fluviales y marítimas. Para el disfrute pleno de las nuevas repúblicas, era preciso organizarlas para la vida independiente, sobre las bases que ya conocían: esclavitud de los negros, servidumbre de los indios, sometimiento de los pardos. El Libertador comenzó la tarea organizativa de la economía en Venezuela, precisamente cuando su viaje era precisamente punitivo contra Páez. El 22 de agosto de 1829 le escribió José Rafael Revenga un informe en el cual refirió sus experiencias en Venezuela y las necesidades de la producción y del comercio. Es una síntesis de estado económico del país después de la guerra. Muestra las tareas a las cuales se enfrentaba la clase triunfante de los criollos. Revenga había recorrido los departamentos de Orinoco, Maturín, Venezuela y Zulia. Resumía así sus observaciones:

Decae progresivamente la agricultura. Contribuyen a ello la falta de brazos, aumentada por el servicio militar (...) la cesación de los avances con que antes contaba el agricultor (...) El mal estado de los caminos, la obstrucción de varios ríos que antes eran navegables (...) por cerca de tres años ha estado cerrada la puerta a la exportación de ganado (...) El comercio padece con la agricultura (...) Decae por estas causas la industria de todo género...

Revenga propuso numerosas medidas y apoyó las que Bolívar había tomado en 1827. Sugería algunas drásticas:

Convencido de que sin una severa economía, ni pueden dejar de emplearse en gastos ordinarios los fondos en que se apoya el honor y la fe nacional, ni medrará

nunca la República, he propuesto que se reduzca el número de los empleados civiles y de administración, aun cuando sea forzoso aumentar las horas de trabajo diario en cada oficina; que cesen todas las comandancias militares, excepto las que haya de operaciones, y las de plazas de armas y de departamento; que se arreglen los cuerpos, dejándoles solamente el número de oficiales que requiera su fuerza efectiva; que no haya en los Estados Mayores mayor número de oficiales que los que requiera el despacho (...) cuando quiera que las rentas comunes no pudiesen cubrir los gastos ordinarios, se efectúen los pagos, primero al soldado hasta sargento, incluso el inválido, luego a los oficiales en actividad en proporción a sus sueldos, luego a los sueltos o reformados y por último a los retirados...

También informaba Revenga sobre la disminución de los diezmos, la entrada por la bula de la Santa Cruzada y la limitación de la renta por papel sellado. Había procedido a organizar la producción de tabaco, fuente principal de ingresos durante gran parte de la Guerra de Independencia y proponía al Libertador dos decretos: uno, para reducir los gastos de la República, y otro sobre, las rentas destinadas al crédito público<sup>244</sup>.

Durante el año 1828, el Libertador, a su regreso de Venezuela, dictó innumerables decretos sobre reorganización de la economía en Colombia, comunes naturalmente a Venezuela y la antigua Nueva Granada. Todas las repúblicas libertadas se encontraban en estado semejante al territorio visitado por Revenga. Los criollos urgían por medidas fundamentales.

244. Revenga, 1953: 231.

Bolívar concentraba todas las informaciones, pero también caían sobre él todas las responsabilidades, los odios, las acusaciones. Era imposible que los países liberados comprendiesen las verdaderas causas de las tensiones que los sobrecogían. Así como Bolívar había escrito desde Venezuela a Santander su opinión sobre el desastroso estado general, no calló ante la Convención de Ocaña, teatro de intensa lucha entre los sectores que se habían ido estructurando durante varios años. El 29 de febrero de 1828 presentó su mensaje.

Constituido por mis deberes a manifestaros la situación de la república, tendré el lugar de ofreceros —dijo— el cuadro de sus aflicciones (...) Os bastará recorrer nuestra historia para descubrir las causas de nuestra decadencia. Colombia, que supo darse vida, se halla exánime (...) Los mismos que durante la lucha se contentaron con su pobreza, y que no adeudaban al extranjero tres millones, para mantener la paz han tenido que cargarse de deudas vergonzosas por sus consecuencias (...) Nada añadiría a este funesto bosquejo, si el puesto que ocupó no me forzara a dar cuenta a la nación de los inconvenientes prácticos de sus leyes. Sé que no puedo hacerlo sin exponerme a siniestras interpretaciones, y que al través de mis palabras se leerán pensamientos ambiciosos, mas yo, que no he rehusado a Colombia consagrarle mi vida y mi reputación, me conceptúo obligado a este último sacrificio (...) Nuestros diversos poderes no están distribuidos cual lo requiere la forma social y el bien de los ciudadanos. Hemos hecho del legislativo sólo el cuerpo soberano, en lugar de que no debía ser más que un miembro de este soberano (...) El derecho

de presentar proyectos de ley se ha dejado exclusivamente al legislativo, que por su naturaleza está lejos de conocer la realidad del gobierno y es puramente teórico (...) nuestro ya tan abultado código en vez de conducir a la felicidad, ofrece obstáculos a sus progresos. Parecen nuestras leyes hechas al acaso: carecen de conjunto, de método, de clasificación y de idioma legal. Son opuestas entre sí, confusas, a veces innecesarias y aun contrarias a sus fines.

Esta era una verdad surgida de las condiciones en que se habían dictado leyes, durante la guerra. Pero el acento de Bolívar era más bien el de una crítica a los juristas, quienes se enorgullecían de sus creaciones. Él cotejaba las jactancias con la realidad y, así acusaba, aunque naturalmente comprendería que todo era un producto complejo. Pero prefería combatir con la simple enumeración a quienes lo combatirían a él. El mensaje colocaba las dificultades en manos de los legisladores, como en anticipo de las reconveniones que contra él se harían. Criticó también el sistema administrativo dependiente del ejecutivo y parece haber preparado una medida posterior sobre las municipalidades. De ellas dijo: "... apenas han llenado sus verdaderas funciones; algunas de ellas han osado atribuirse la soberanía que pertenece a la nación...". Esta era una queja singular pues en Venezuela había sido tradición que las municipalidades se atribuyesen funciones generales, como cuando la municipalidad de Caracas lo declaró a él Libertador, en nombre de la República. Su tendencia centralista, agudizada en medio de las dificultades de las naciones recién nacidas, lo llevaba a una negación de

atribuciones de las cuales había disfrutado. “Si he de decir lo que todos piensan —declaró— no habría decreto más popular que el que eliminase las municipalidades.”

Sobre la economía disertó así:

Destruida la seguridad y el reposo, únicos anhelos del pueblo, ha sido imposible a la agricultura conservarse siquiera en el deplorable estado en que se hallaba. Su ruina ha cooperado a la de otras especies de industria, desmoralizado el albergue rural, y disminuido los medios de adquirir; todo se ha sumido en la miseria desoladora; y en algunos cantones, los ciudadanos han recobrado su independencia primitiva, porque perdidos sus goces, nada los liga a la sociedad, y aun se convierten en sus enemigos. El comercio exterior ha seguido la misma escala que la industria del país; aun diría que apenas basta para proveernos de lo indispensable; tanto más que los fraudes favorecidos por las leyes y por los jueces, seguidos de numerosas quiebras, han alejado la confianza de una profesión que únicamente estriba en el crédito y buena fe. Y ¿qué comercio habrá sin cambios y sin provechos?

Era un diagnóstico tremendo de los resultados de la contienda emancipadora. Extendía a la Nueva Granada lo que en el año siguiente habría de señalar Revenga para Venezuela sola.

Otro aspecto develó con rudeza el Libertador: el relativo a las fuerzas armadas:

Nuestro ejército —anunció— era el modelo de la América y la gloria de su libertad: su obediencia a la ley, al magistrado, y al general, parecían pertenecer a los tiempos heroicos de la virtud republicana. Se cubría con sus armas, porque no tenía uniformes; pereciendo de miseria, se alimentaba de los despojos del enemigo, y sin ambición, no respiraba más que el amor a la patria. Tan generosas virtudes se han eclipsado, en cierto modo, delante de las nuevas leyes dictadas para regirlo y para protegerlo (...) el haberlo sujetado a tribunales civiles, cuyas doctrinas y disposiciones son fatales a la disciplina severa, a la sumisión pasiva y a la ciega obediencia que forma la base del poder militar, apoyo de la sociedad entera.

El Congreso de Colombia, temeroso de las posibles actividades del ejército, celoso de la condición extranjera de gran parte de sus componentes, venezolanos, y consciente de los procedimientos previsibles de quienes habían vivido sólo en las armas, había legislado, después de Ayacucho, con ánimo de contener a los militares. Bolívar presentaba la reivindicación del ejército. Sobre este añadió:

Mucho ha contribuido a relajar la disciplina, el vilipendio que han recibido los jefes de parte de los súbditos por escritos públicos. El de haberse declarado detención arbitraria una pena correccional, es establecer por ordenanzas los derechos del hombre y difundir la anarquía entre los soldados, que son los más crueles, como los más tremendos, cuando se hacen demagogos. Se han promovido peligrosas rivalidades entre civiles y militares con los escritos y

con las discusiones del Congreso, no considerándolos ya como los libertadores de la patria, sino como verdugos de la libertad. Aun ha llegado el escándalo al punto de excitarse odio y encono entre los militares de diferentes provincias para que ni la unidad ni la fuerza existieran. No quisiera mencionar la clemencia que ha recaído sobre los crímenes militares de esta época ominosa.

Las denuncias de Bolívar indican que mientras se trataba de castigar por leyes civiles, directamente, a los militares, por otra parte, se les trataba demagógicamente.

Sobre la economía del Estado también denunció:

Desde 1821, en que empezamos a reformar nuestro sistema de hacienda, todo han sido ensayos; y de ellos el último nos ha dejado más desengañados que los anteriores. La falta de vigor en la administración, en cada uno de sus ramos, el general conato por eludir el pago de las contribuciones, la notable infidelidad y descuido por parte de los recaudadores, la creación de empleados innecesarios, el escaso sueldo de estos, y las leyes mismas, han conspirado a destruir el erario (...) El erario de Colombia ha tocado, pues, a la crisis de no poder cubrir nuestro honor nacional con el extranjero generoso que nos ha prestado sus fondos confiando en nuestra fidelidad. El ejército no recibe la mitad de sus sueldos y excepto los empleados de hacienda, los demás sufren la más triste miseria. El rubor me detiene y no me atrevo a decir que las rentas nacionales han quebrado y que la república se halla perseguida por un formidable concurso de acreedores.

En este mensaje, como en la carta escrita a Santander en 1827 desde Caracas, el Libertador acusaba a los altos gobernantes de la República. Todo el mundo podía ver que él no era culpable. Había estado fuera de Bogotá por años y la mitad del año 27 en Venezuela. Era claro que los responsables a quienes tácitamente acusaba era a los legisladores y al ejecutivo. Importa señalar que antes de 1828 ya había estado gravemente enfermo, había entrado en fase de padecimientos crónicos y estaba físicamente desmejorado. Pero la energía de ese mensaje, de los innumerables decretos del 28, y su constante actividad, demuestran que los padecimientos físicos no lo habían amilanado. Luchaba en el campo de la política como siempre. Naturalmente, en un marco diferente, algunos de cuyos caracteres él mismo pintó en el mensaje. Tanto él como los miembros del ejército, pensaban en la necesidad de leyes eficaces. El problema era cuáles podrían ser realmente útiles dentro de las circunstancias económicas y sociales imperantes, en el comienzo de un largo camino que apenas empezaba. “Dadnos un gobierno —dijo a los convencionistas de Ocaña— en que la ley sea obedecida, el magistrado respetado y el pueblo libre: un gobierno que impida la transgresión de la voluntad general y los mandamientos del pueblo.” En un párrafo final acentuó esa petición:

Legisladores! —concluyó— A nombre de Colombia os ruego con plegarias infinitas, que nos deis, a imagen de la Providencia que representáis, como árbitros de nuestros destinos, para el pueblo, para el ejército, para el juez y para el magistrado, Leyes inexorables!!!<sup>245</sup>

245. *Itinerario...*, 1970: 312.

Por los resultados de la contienda independentista, por la condición de la clase que impulsó como objetivo la libertad política *y* económica, por la conservación de la esclavitud como régimen de producción, esas leyes inexorables no podían ser otra cosa que leyes represivas. Así lo entendieron diversos sectores afectados al mando, a los regímenes de fuerza y aun al establecimiento de cierto tipo de monarquía. También las potencias extranjeras apoyaban el camino hacía la fuerza. Bolívar, desprevenido, pidió leyes inexorables que él mismo se vio obligado después a decretar y ejecutar.

## Capítulo III

### Débil instrumento de clase

Una y otra vez volvió Bolívar sobre el tema de su propio significado histórico, que comprendió dentro de las estructuras de su época y de su ámbito de acción, como Goethe había entendido el suyo. En 1817 escribió a Pueyrredón: “Yo apenas he podido seguir con trémulo paso la inmensa carrera a que mi patria me guía. No he sido más que un débil instrumento puesto en acción por el gran movimiento de mis conciudadanos.” En 1819 afirmó ante el Congreso de Angostura: “No he sido más que un vil juguete del huracán revolucionario que me arrebató como una débil paja. Yo no he podido hacer ni bien ni mal: fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos.” En 1821 declaró al juramentarse como presidente de la naciente República de Colombia: “Yo soy el hijo de la guerra.” Esta imagen de sí mismo la reiteró en su mensaje a los constituyentes de Bolivia, en 1826. Se presentó a ellos como “soldado que, nacido entre esclavos y sepultado en los desiertos de su patria, no ha visto más que cautivos con

cadena y compañeros con armas para romperlas”. Volvió a su preocupación cuando indultó a Santander por su papel en la conspiración del 25 de septiembre de 1820, porque permanentemente deseaba explicar a fondo las motivaciones que lo movían y exponer su verdadera situación a sus conciudadanos. Entonces observó: “Hay circunstancias particulares que no permiten obrar con libertad aun a los seres más perfectos.” Débil instrumento de fuerzas irresistibles resultó irrevocablemente de 1828 a 1830.

Algunos de los autores progresistas o aun afectos al materialismo histórico que han estudiado el significado social del Libertador pierden la tensión científica del pensamiento y vuelven a un rudimentario individualismo, al declarar que “se convirtió” en dictador, que “se entregó” en manos de la más negra reacción (como si hubiese pensado según los parámetros de nuestro tiempo), que dio marcha atrás, que recurrió a “draconianos expedientes” para gobernar. En realidad, el drama individual del Libertador, como ya hemos visto, comenzó aun antes de Ayacucho. En lo colectivo e internacional, esta fue la cima de su actuación como creador y conductor de ejércitos. El Hijo de la Guerra tuvo allí su más alto pedestal. Como guía civil, como “alfarero de repúblicas”, según se autodenominó, y como utopista que tuvo el privilegio de aquilatar en la dura realidad su proyecto social, vio los mejores días en 1826. Por eso concluyó el mensaje sobre su proyecto de Constitución exhortando a los legisladores a trabajar “en la calma que ha dejado la tempestad de la guerra”. En la plenitud de la gloria individual lo deslumbraron la cordialidad de quienes lo nombraron padre epónimo de una república, el aire transparente de los altiplanos andinos y la esperanza de una obra creadora en paz. Creyó transitoriamente que “el huracán revolucio-

nario” había concluido y disminuyó la antigua apreciación al hablar de “la tempestad de la guerra”. Esta no había sido sino parte de la gran tempestad política huracanada. Pronto supo, antes de concluir el año 26, que uno de los héroes de la contienda, Páez, no había dado tregua a las armas ni a la ambición y que su brazo de lancero estaba ahora al servicio de los intereses particulares de los criollos de Venezuela. Y en el año 28 hubo de penetrar en el laberinto de los intereses cruzados donde no hubo hilo de Ariadna, sino tormento de Prometeo encadenado a su clase. De 1828 a 1830 se desarrolló el drama individual de un gran conductor colectivo cuya misión bélica había cesado pero cuya tarea civil lo mantenía sometido. Es época para analizar la tragedia de los grandes conductores y la verdadera significación de los dirigentes de clase, impulsados por las profundas fuerzas (invisibles para los de aquellos tiempos y aun para muchos de los actuales) que habían provocado una poderosa transformación en su propio interés. En Venezuela, Páez no vivió dificultades personales en 1826, porque él se adscribió sencillamente a los propósitos de los mantuanos hasta llegar a ser su instrumento armado, seguido por Mariño y muchos otros. Bolívar, en cambio, se encontró como expresión eminente de innumerables contradicciones. Venezuela había entrado en fase de autonomía. De ella dijo con sencillez Páez:

No podía ya ser feliz bajo la dependencia de Colombia; necesitaba de la individualidad de su gobierno lo mismo que de la libre disposición de sus propios recursos. Mal podría vivir a remolque de Bogotá, a quienes pagaba todo género de tributos sin ninguna compensación equivalente.

Esto lo sintetizó Páez cuando en la asamblea pública de San Francisco, en Caracas, dijo a quienes lo habían elegido jefe de Venezuela: “Hay un vicio radical en nuestras actuales instituciones<sup>246</sup>”.

Páez resultó el jefe de la poderosa contradicción de nacionalidades que surgió muy pronto, en 1826. Quedó frente a Bolívar, presidente de Colombia, quien trató de disolver los problemas y pronto se convenció de la inevitable ruptura. Después surgió otra contradicción, conducida por Flores, también venezolano: el impulso nacional ecuatoriano. Las clases de los antiguos criollos, dirigentes, reclamaban sus prerrogativas. Por su parte los de Bogotá no deseaban menos un predominio natural y temieron, apenas realizada la batalla de Ayacucho, a las tropas comandadas por Bolívar, Sucre y otros venezolanos. Había, para la antigua Nueva Granada, otro problema de monta, presente desde el tiempo de la vuelta de las tropas que habían ido a auxiliar a Perú en 1823. Restrepo lo expresa así, para fines de 1829:

Estaba próxima la época de la reunión del Congreso constituyente; por cuyo medio se podía conseguir el establecimiento de una constitución y de leyes permanentes, que deseaban con ardor todos los colombianos que influían en la opinión de los pueblos. Estos ya no podían sufrir el espíritu militar que dominaba por doquiera y que todo lo había invadido en la República. Militares eran los jefes superiores, militares los prefectos, y militares los gobernadores de las provincias, cada una de las cuales tenía también su comandante de armas. Tanto el Libertador como el Ministro de la

246. Páez, 1946, I: 361; II: 31.

Guerra habían prodigado los grados y empleos en la milicia, de modo que los militares y el ejército absorbían todas las rentas públicas. Por este motivo era casi imposible establecer en ellas orden y contabilidad. He aquí el cáncer que devoraba a Colombia.

En realidad, en esta expresión habría de entenderse por Colombia a la Nueva Granada, pues ya el ejército venezolano comandado por Páez no producía trastornos al gobierno central y desde 1826 los mantuanos habían promovido ellos mismos contribuciones para el mantenimiento de tropas. Además, parte del ejército de Páez continuaba en los Llanos, donde trabajaban como llaneros y consumían lo producido por el medio<sup>247</sup>.

Restrepo, historiador ecuánime, señaló el fondo de una parte de los problemas de los militares venezolanos en la antigua Nueva Granada: ocupaban los altos cargos y consumían gran parte de las rentas nacionales.

Contradicción agudizada por el proceso de la independencia era, para 1828, la existente entre los esclavos, que habían recibido la libertad en los combates, y en la paz volvían a ser productores sin provecho, y sus amos, los criollos. También frente a estos se acrecentaba en la paz el peligro que Bolívar siempre denominó de “la pardocracia”. Los pardos eran la mayoría de la población numéricamente. Los criollos no veían con simpatía ni a los numerosos militares de esa condición, ni las ambiciones que databan de antiguo y se habían recrudecido durante los años cuando no valía en medio del huracán revolucionario, el color de la piel ni la posesión de

247. Restrepo, 1970: 322.

bienes, sino el poder de las masas combativas y la potencia del brazo de los lanceros. Después de Ayacucho comenzó la reorganización de los criollos: acudieron a los congresos junto con los militares, estuvieron en los ministerios, realizaron gestiones diplomáticas, reanudaron poco a poco las corrientes comerciales, trataron de distribuir los haberes militares entre los antiguos combatientes de su propia clase, y de apaciguar con ellos a quienes venían del fondo de las castas coloniales. Para eso contaron con juristas, militares —como Páez en Venezuela—, estudiantes que esgrimían, como en Bogotá, principios liberales, para expresar oposiciones inmediatas, lo mismo que los mantuanos habían proclamado a Rousseau y los derechos del hombre, que era sólo el hombre de la clase de los criollos. Los mantuanos, criollos y godos —como se llamó en parte a los criollos y especialmente a aquellos dentro de ellos que habían servido a la monarquía y conservaban los ideales de ella— honraron innumerablemente a Bolívar, lo declararon dictador, lo elevaron a la cima de todos los poderes, para que realizase el complemento de la labor. Para los criollos la intención no era la de ir adelante en “el huracán revolucionario” sino, al contrario, volver las aguas sociales a sus cauces de diferencias y niveles de casta. Bolívar conservaba sus ideales de gobiernos centrales, su propósito de cámaras legislativas vitalicias, su creencia en la eficacia de mecanismos de mantenimiento de las estructuras sociales. Él había comprendido al pueblo armado en cuyas filas había atravesado medio continente y lo expresó insistentemente en su decisión de libertar a los esclavos. Pero conservó los prejuicios de los criollos contra los pardos. Hasta los últimos días de su actuación pública se refirió despectivamente a los peligros de “la pardocracia”. Desde el punto de vista histó-

rico, era natural. Él había peleado por el predominio de su clase. Era natural que la defendiese y tratase de preservarla, aunque sea sentimentalmente lamentable para quien admire su obra. La cuestión está en que el juicio sociológico no puede eludir las variables del tiempo y de las sociedades. Los grandes ideales de Bolívar no fueron abstractos: luchó por llevar a los criollos al gobierno de las repúblicas que libertó. Tuvo, sí, el sentido de una justicia más amplia, como el de la libertad de los esclavos, que formaba parte del ideario liberal del cual se había nutrido, aunque no correspondía con las realidades de los fundamentos productivos de la sociedad derivada de la colonia. El Libertador no traicionó, pues, sus ideales, que fueron fundamentalmente los de su clase. Esta inició, en 1826, la consolidación económica de la república extensa de Colombia. Pero no coincidieron los intereses de las futuras naciones de Venezuela, Colombia y Ecuador, lo cual produjo inevitables resquebrajamientos, en medio de los cuales se encontró Bolívar. Sí dejó este, en nombre de su clase, de consolidar algunas conquistas populares que otorgó cuando era el Hombre de la Guerra, vencedor reciente, en 1825 y 1826. Algunos de sus decretos, como hemos visto, no fueron nunca confirmados por los congresos. Otros entraron en contradicción con los propósitos de los criollos bolivianos, ecuatorianos, peruanos y colombianos, y Bolívar hubo de derogarlos. No traicionaba ideales populares que no había pregonado, pero sí dejaba de lado algunos de los principios generales que habían nutrido su formación intelectual, porque colidían con los fines económicos, de producción, distribución y circulación. Los criollos no podían mantener unas concepciones sociales que les habían servido sí, como valioso instrumento para la emancipación, pero chocaban,

al concluir el proceso independentista, con sus tradiciones y con los sistemas de producción esclavista y de propiedad semifeudal, que no habían sido destruidos con la emancipación política. No habían surgido en América nuevos sistemas de producción, nuevas formaciones económico-sociales, de la gran hacienda, porque la ducción permanente y eminente de los criollos había supeditado el empuje del huracán revolucionario protagonizado por las masas, al logro único de la independencia política para ejercer “la tiranía doméstica” de que habló Bolívar. Deseaban que los esclavos produjesen para ellos, que las extensas tierras les perteneciesen y fructificasen en su provecho, que hubiese libertad de comercio regida por ellos, que el poder no fuese a manos de otras “castas”. Resumimos aquí lo que debe historiarse extensamente por muchos, para comprender a Bolívar. Autores progresistas y revolucionarios lo alaban como si hubiese sido un líder socialista, cuando fue simplemente un extraordinario conductor anticolonialista. Pero cuando llega el tiempo de las dificultades, en 1828, lo vituperan, como si hubiese sido un traidor. Es preciso comprender que Bolívar actuó como conductor de una clase y entonces las interrogaciones sobre el proceso se trasladan a esa clase. ¿Fue progresista la clase de los criollos, en lucha para la constitución de naciones en América? No cabe ninguna duda. Algunos simpatizantes del materialismo dialéctico se horrorizan a la hora de los juicios históricos: expresan admiración por Bolívar pero no por su clase, porque esta era opresora. Pero es necesario entender que han existido clases progresivas, clases revolucionarias, dignas de encomio en el tiempo en que manejan los ideales del avance histórico. Individualmente se han entendido muy bien los juicios sobre Napoleón: progresivo mientras dirige

su espada y su capacidad militar a la ruptura de los regímenes feudales; condenable cuando se convierte en ambicioso conquistador. Es juicio en realidad sobre su clase: mientras esta expropió la tierra, la distribuyó entre los antiguos siervos feudales, promovió las industrias, propagó los ideales de la libertad por el mundo, fue progresiva. Cuando armó al emperador contra las masas ansiosas y frustradas y se alió con las potencias colonialistas, pasó a desempeñar otro papel. Ocurrió algo semejante en América, en otro plano de formaciones económico-sociales: la clase de los criollos libró la batalla de la libertad ante el Imperio español y no es poco su logro en la escala de la historia universal. Suficiente para merecer el reconocimiento en el marco de los grandes combates por las libertades nacionales y contra el colonialismo. Pero una vez que fundó naciones, esa clase en América pasó a desempeñar el papel de explotadora, sobre una base económica que nada se alteró en Ayacucho y que en Venezuela sobrevivió, desde el punto de vista legal, hasta 1854.

En el caso del Libertador era natural que conservase los ideales de su clase, mejorados por su estrecha convivencia con los humildes. Por eso comenzó la reorganización económica de Venezuela con éxito en 1827. En lugar de iniciar una guerra civil contra Páez, reorganizó la hacienda pública. En 1828 continuó su labor en escala general de la República de Colombia. En ese año casi no se menciona por los historiadores su gran esfuerzo por estructurar la economía. Su drama consistió, no en continuar los ideales de su clase, sino en haber quedado como centro de las grandes contradicciones señaladas: entre naciones, entre clases, entre sectores. Y en no haber podido superar, como gobernante, los marcos de su sociedad, para cuyo progreso

en el sentido que Bolívar expresó en su gran utopía del Congreso de Panamá, por ejemplo, se habrían necesitado transformaciones estructurales que él no podía ver como las consideramos desde nuestros días de 1976.

Para dar a Bolívar la admiración que merece como ser humano genial, como gran conductor de una de las más grandes batallas ocurridas en la humanidad contra el colonialismo, como empeñoso libertador de esclavos, como propugnador del “equilibrio del universo” por medio de grandes anfictionías, es necesario apreciarlo plenamente dentro de su marco histórico. Su figura presenta grandes problemas al historiador, grandes preguntas a los teóricos de las ciencias sociales. ¿Cuál es la relación verdadera entre los grandes conductores sociales y las clases que los eligen, por sus cualidades, como jefes temporales de sus luchas? ¿Cómo juzgar a un ser individualmente excepcional, dentro de una clase con cuyas finalidades últimas de explotación no se sienten simpatías? ¿Cómo calificar a la clase de los criollos, promotora de una gran batalla anticolonialista, de valor universal?

Acerquémonos al Libertador en sus afanes de 1828. Durante este año publicó numerosos decretos y resoluciones de carácter económico: en enero aumentó la gratificación de los estanqueros foráneos de la Renta de Tabaco en Venezuela, estableció la administración subalterna de tabaco en San Sebastián, independientemente de la Villa de Cura, aprobó una administración subalterna en Guanarito, aumentó los sueldos en la administración de tabaco de Barinas. En febrero dictó disposiciones sobre el tabaco en Túquerres y Pasto y una ronda montada, para la protección de los comerciantes en los caminos, en Mijagual y Guanarito. Fijó el precio de

los tabacos extranjeros en Venezuela. En marzo, nombró un ensayador en la Casa de la Moneda en Bogotá, nombró funcionarios de aduanas, dictó una resolución sobre deudores morosos al fisco y otra sobre el cobro de las contribuciones. Ordenó reglas y medidas contra el contrabando de oro. En abril reglamentó el cobro de las contribuciones urbanas; en junio mandó que las tropas pudiesen representar en papel común y no sellado. Ordenó le reuniesen las juntas de manumisión y dictó resoluciones sobre órdenes de pago. En julio estableció bases para el arrendamiento de la renta de tabaco y estableció sueldo de trescientos pesos anuales para el escribiente de las administraciones de correos y tabacos de Río de la Hacha y restableció las medias anatas en toda la República. Creó una administración subalterna de tabacos en Choroní. En agosto aumentó los derechos de importación a los aguardientes de uva, sin duda para proteger los de caña y estableció administraciones subalternas de tabaco en La Victoria y Maracay. Accedió a la solicitud de comerciantes y mercaderes de que se suspendiese el cobro del derecho de licencia para comerciar y concedió a Páez, en su función de jefe superior de Venezuela, permiso para exportar mulas por todos los puertos de su dependencia. En septiembre aprobó un plan propuesto por el tesorero provisional de Buenaventura y en octubre aprobó una administración subalterna de tabaco en Patere. En noviembre se acordó la publicación de un registro oficial de leyes y decretos, base para una buena administración y para coordinar el ordenamiento nacional, dictó las disposiciones sobre el uso del papel sellado y aprobó una administración subalterna de tabaco en Achaguas. En diciembre nombró colectores de la contribución de los indígenas y estableció reglas para el pago de equipajes oficiales,

según ciertas tarifas; resolvió sobre exportación de metales, redujo el derecho de alcabala y estableció el 6% para la exportación de mercancías. Decretó también el fomento del laboreo de minas y reglamentó las funciones de los síndicos y mayordomos de hospitales...

Durante todo el año 28, además, Bolívar hizo nombramientos administrativos, militares y eclesiásticos. Y publicó una serie de decretos que significaban una vuelta atrás de los criollos. Algunos invalidaban disposiciones anteriores del propio Libertador. Fiel a sus compromisos clasistas, firmó. Además, como consta por su correspondencia, tanteaba en el vacío social. Mientras diversos sectores de la Nueva Granada lo atacaban, en parte porque era el jefe del ejército que amenazaba la economía y, según presumían, podía también intentar un control absoluto, mayor todavía que el descrito, otros sectores sociales comenzaron a rodearlo. Curas, antiguos criollos realistas, burócratas sin ideales políticos, lo aclamaban y presionaban. También diplomáticos extranjeros, en plena actividad interventora. A pesar de su perspicacia sociológica y de su concepción de la sociedad como ente histórico, no pudo distinguir a fondo las fuerzas en conflicto. Clasificó entonces al mundo de su república en amigos y enemigos y se convirtió en maniqueísta. Unos eran buenos y otros eran, simplemente, malos. Temeroso especialmente de la anarquía, a la que anatematizaba, confundía los anhelos populares con signos de la descomposición social y para lograr un equilibrio siguió el consejo y la ducción de clérigos, militares ambiciosos, criollos deseosos de inmovilizar a la República para explotar a los sectores populares a satisfacción. Fue entonces cuando surgió el que llamaban partido antibolivariano de liberales. Nunca ha sido examinada a fondo esa tendencia "liberal". En

ella parecen haberse confundido gentes que pensaban en el progreso social como lo habían concebido los enciclopedistas y otros que simplemente expresaban tendencias al medro, o apoyaban a los sectores que podían suministrarles migajas de las sobras de la explotación. Los grupos de estudiantes liberales elevaron grandes protestas y concibieron odio contra Bolívar cuando, el 12 de marzo de 1828, firmó un decreto prohibiendo los Tratados de Bentham. No conocemos los argumentos de los mantenedores de Bentham en Bogotá, pero sí que la mayor parte de los comentaristas de Bolívar, al referirse al año 28 consideran, sin examen, que ese decreto fue una comprobación de un cambio de posición en Bolívar. En realidad es dudoso que hubiese estado nunca de acuerdo con el utilitarismo benthamiano, pues este era opositor de Rousseau, a quien él tanto había seguido. ¿Exaltaban los estudiantes bogotanos a Bentham por lo que tuviese de antiescolástico? Lo ignoramos. Es posible pensar que los muchachos de universidad se entusiasmarían con los principios hedonistas promulgados por los tratados. En todo caso, en ausencia de una historia del significado de Bentham entre los estudiosos de Bogotá, es posible pensar que el decreto sería inspirado por el clero. Es interesante, además, recordar que apenas un año antes, en enero de 1827, Bolívar había escrito a Bentham desde Caracas, cuando se proponía enviar a la Escuela de Hazelwood un grupo de jóvenes, para que se beneficiasen con los métodos preconizados por el utilitarista. "Yo no dudo —le decía Bolívar— que la escuela de Hazelwood será del número de las que más se distinguen por su método de facilitar la instrucción." En otra carta decía a Bentham, en la misma fecha: "Tuve la honra de recibir en Lima el catecismo de economía que la bondad de Ud. se sirvió dirigirme con la

carta más lisonjera para mí; porque es de Ud., cuya autoridad y saber he considerado siempre con profunda veneración...” ¿Por qué cambió Bolívar en sólo un año? Presumimos lo hizo por la presión clerical, manifiesta en otros de sus resaltantes decretos de 1828, no colocados en la línea progresiva, sino en la regresiva de su clase, de la cual había comenzado a ser “débil instrumento”. El 14 de marzo, dos días después, publicó el secretario del Interior, J. M. Restrepo, una circular que expresaba el parecer de Bolívar.

Acaso —se decía en ella— nada ha contribuido ni contribuye tanto a fomentar los partidos y la división, como los abusos que se cometen por la imprenta, que algunas veces injuria atrozmente a ciudadanos y corporaciones beneméritas, que no pudiendo conseguir el remedio por la Ley de Imprenta, usan de arbitrios reprobados y perjudiciales a la tranquilidad pública (...)

Procure Ud. (...) que cesen los impresos injuriosos (...) bien contra individuos, bien contra cualesquiera corporaciones (...) El Libertador Presidente alimenta la esperanza de que estas indicaciones serán suficientes para que en los impresos de ese Departamento se use en lo venidero de la mayor moderación, y que de ningún modo se fomenten los partidos ni acaloren las pasiones.

Aunque no se trató de un decreto represivo, sino de una recomendación persuasiva, los opositores de Bolívar protestaron como si se hubiese conculcado la libertad de prensa.

El 10 de junio publicó el Libertador un decreto, sin duda inspirado por el clero, restableciendo los conventos suprimidos en 1821 y 1826, de modo que se derogaba una disposición

de apenas dos años antes. Era un cambio de frente en la clase gobernante que ahora se apoyaba en los sectores clericales de manera preferente. El artículo 1° estableció:

Se darán por el Gobierno y por cualesquiera autoridades locales, todos los auxilios y protección que necesiten los Superiores de los conventos de regulares para hacerse obedecer por sus súbditos y para que estos cumplan exactamente sus deberes; a fin de que los pueblos reciban de ellos sanas lecciones de moral y de religión, y para que de ningún modo la conducta de los religiosos desdiga de su instituto.

Qué lejos había quedado la extraordinaria dignidad con que Bolívar protestó ante las autoridades eclesiásticas la excomunión que habían decretado en Bogotá contra él y su ejército en los primeros tiempos de la liberación. El 11 de julio se derogó la ley que prohibía el ingreso en conventos de menores de 25 años y se ordenó el restablecimiento de las misiones “para modificar las poblaciones de indígenas, e instruirles en la religión, en la moral y en las artes necesarias para la vida”<sup>248</sup>.

El 28 de julio fueron reinstaladas en el ejército las plazas de vicarios generales y capellanes. El 7 de agosto fue elevado el ejército a 40.000 hombres. Algunos autores han pensado que esta era una medida represiva, pero Bolívar explicó, mediante cartas a varios personajes de la República, que por una parte se preparaban acciones de los peruanos, desde el sur, contra Colombia, y por otra, volvía el temor a la invasión española.

248. *Decretos del Libertador*, 1961, III, capítulo sobre 1828.

En todo caso, tal elevación significaba un aumento de la tremenda carga que los hombres de armas implicaban para el fisco. El 30 de agosto fue firmado un decreto que indicaba la persistencia entre los mantuanos, de los lazos coloniales: se establecieron tribunales militares basados en la ordenanza española de 1768<sup>249</sup>.

En el mes de octubre se dictó una resolución para que los indios colombianos pagasen una contribución llamada “personal de indígenas”. Derogaba así el Libertador sus medidas protectoras de los siervos indígenas a quienes después de Ayacucho había liberado de cargas ancestrales. Los mantuanos cimentaban sus dominios. El 20 del mismo mes fueron reformados los planes de estudio de la Universidad de Bogotá, de manera radical, restableciendo el predominio religioso. Se completó el conjunto de los decretos inspirados por el clero que solícitamente rodeaba al Libertador, con la prohibición de las sociedades secretas, el 8 de noviembre de 1828. Se trataba sencillamente de un nuevo triunfo clerical contra los masones. En otro orden, para consolidar el centralismo grato a los criollos de Bogotá y al Libertador, el 17 de noviembre fueron suprimidas por decreto las municipalidades de la República. Ya las había criticado en su mensaje a la convención. Se perfeccionaba el estatuto de los poderes dictatoriales que Bolívar había firmado el 27 de agosto de 1828, como consecuencia de la disolución de la Convención de Ocaña. Durante las activi-

249. Bolívar justificó el aumento del ejército a 40.000 hombres con los sucesos de Perú, de Venezuela y de Ecuador. Es posible que se tratara también de una medida de política interior, pero en cuanto al argumento de que sólo deseaba el gobierno de Bogotá acentuar sus procedimientos represivos, debe observarse que para el fisco ya había grandes problemas con las tropas en servicio, de modo que un crecimiento del ejército en realidad representaba nuevos problemas, no sólo con los propios incorporados, sino con el pueblo en general, que atribuía al gasto de las tropas la falta de atención económica a servicios urgentes.

dades de esta, residió en Bucaramanga. Resulta sorprendente la contradicción entre lo que allí expresaba, personalmente, y sus decretos como expresión de los intereses de los criollos. El día 24 de mayo dijo, según Perú de la Croix:

... probar el estado de esclavitud en que se halla aún el bajo pueblo colombiano; probar que está bajo el yugo no sólo de los alcaldes y curas de las parroquias, sino también bajo el de los tres o cuatro magnates que hay en cada una de ellas; que en las ciudades es lo mismo, con la diferencia de que los amos son más numerosos, porque se aumentan con muchos clérigos, frailes y doctores; que la libertad y las garantías son sólo para aquellos hombres y para los ricos y nunca para los pueblos, cuya esclavitud es peor que la de los mismos indios; que esclavos eran bajo la Constitución de Cúcuta y esclavos quedarían bajo cualquier otra Constitución, así fuese la más democrática; que en Colombia hay una aristocracia de rango, de empleos y de riqueza, equivalente, por su influjo, pretensiones y peso sobre el pueblo, a la aristocracia de títulos y de nacimiento aun la más despótica de Europa; que en esa aristocracia entran también los clérigos, los frailes, los doctores o abogados, los militares y los ricos, pues aunque hablan de libertad y de garantías, es para ellos que las quieren y no para el pueblo, que, según ellos, debe continuar bajo su opresión...

El retrato que hacía Bolívar de los sufrimientos del pueblo y de la explotación era muy claro. Y sin embargo, en la práctica firmó decretos que devolvieron los fueros a los clérigos y sometieron a los indígenas de nuevo al pago forzoso. En su

correspondencia trataba de explicar sus motivos, se quejaba de las presiones, disimulaba las oposiciones, clasificaba a los enemigos, trataba de levantar esperanzas, mostraba su disgusto. Cedía a las presiones en medio de un gran cansancio, porque ya no esperaba nada creador de su sociedad. Cumplía los últimos deberes con su clase. Carlos Irazábal escribe:

Bolívar piensa en todos los expedientes, devorado por la obsesionante idea de complementar su ejecutoria emancipadora con la estabilidad política. Por entero exento de todo pensamiento o intención de medro personal. Los otros, en cambio, crucificaron la patria y la vejaron y la degradaron y la esclavizaron, sólo atentos al designio del lucro propio y de las clases sociales que los apoyaban.

Bolívar fue el caso de la más noble fidelidad a la lucha anticolonial, a la liberación de los esclavos, a la consolidación de las nacionalidades y a los objetivos de su clase, con los cuales entró tantas veces en contradicción, sin querer retirarse, convencido de que su labor era fructífera y de que su sacrificio, al aceptar innumerables presiones, redundaría en beneficio de futuros equilibrios sociales<sup>250</sup>.

250. Irazábal, 1961: 98.

## Capítulo IV

### Dificultades postreras

La atención a la economía, el gobernar por decretos, el cuidado por la enseñanza, no fueron preocupaciones y ocupaciones únicas para Bolívar en 1828. Este fue en verdad otro año terrible. Junto al esfuerzo por la reestructuración civil, renació la guerra, esta vez no con los colonialistas sino con Perú. El 3 de julio anunció el Libertador a los colombianos el resumen de los sucesos:

La perfidia del gobierno del Perú —explicó— ha pasado todos los límites y hollado todos los derechos de sus vecinos de Bolivia y Colombia. Después de mil ultrajes, sufridos con una paciencia heroica nos hemos visto al fin obligados a repeler la injusticia con la fuerza. Las tropas peruanas se han introducido en el corazón de Bolivia sin previa declaración de guerra y sin causa para ella (...). Armaos, colombianos del Sur. Volad a las fronteras del Perú y esperad allí la hora de la vindicta. Mi presencia entre vosotros será la señal del combate.

En parte por ello fue publicado el 7 de agosto el decreto para elevar a 40.000 hombres el total del ejército.

También asediaron al Libertador preocupaciones por Venezuela desde principios de 1828. Hasta pensó insistentemente en marchar hacia allí, según comunicó a diversos corresponsales. El 14 de febrero escribió a José Fernández Madrid:

No debe Ud. sorprenderse al saber que el 7 del mes que entra parto para Venezuela, donde me llaman intereses de mucha importancia. Aquel país ha sufrido en estos meses algunos trastornos interiores que deseo ahogar en su germen, aprovechando la oportunidad que me ofrece la Convención para hacer este servicio a aquellos pueblos.

Dio el anuncio también a Joaquín Mosquera y a personas de Venezuela como Fernando Peñalver. A Diego Ibarra le explicó su itinerario por Apure, Guayana y Cumaná. Lo mismo comunicó a Páez. A Tomás Mosquera le notificó que en vista de su proyecto de trasladarse a Venezuela, desistía de la idea de irse a Europa, acerca de la cual había escrito antes a varios amigos. El 7 de marzo, día fijado para su salida, comunicó a Tomás Mosquera su desistimiento debido a las primeras noticias sobre la invasión de Bolivia por los peruanos. Se añadieron otros graves asuntos. A José Ángel Álamo comunicó Bolívar el 26 de marzo:

Ya Ud. sabrá que Padilla se levantó en Cartagena con el mando que le duró siete días. Montilla entró en la plaza luego que este se fugó; las tropas y el pueblo lo han hecho todo contra los facciosos y así espero tener un éxito feliz en esta cosa.

En el mismo día participó a Cristóbal Mendoza, en Caracas, su decisión de visitar Cartagena para viajar después a Barinas. A Páez comentó el 26 de marzo desde Soatá: “Padilla me debía todo y sin embargo lo han seducido; por lo mismo no debo ya confiar en simples amigos sino en amigos honrados y a toda prueba.” Durante la lucha de independencia el mundo se había presentado al Libertador según fácil clasificación: los colonialistas y sus aliados criollos frente a las filas de los patriotas. Cuando llegó la liberación, se complicó extraordinariamente el universo de las relaciones. Bolívar escogió parámetros personales para ponderar las actitudes: amigos y enemigos personales. Además, comenzó a personificar en Santander el conjunto de los opositores de la Nueva Granada. En la carta del 26 de marzo para Páez, concluía: “Si nos dividimos, triunfa Santander.” En realidad, independientemente de las manifestaciones personales, Bolívar y Santander quedaron enfrentados por numerosos factores durante el curso del esfuerzo independentista. Bolívar fue el Hijo de la Guerra en acción durante la campaña de Perú. En ese período, por varios años, Santander llevó todo el poder civil desde Bogotá. Desde antes del Congreso de Panamá, Santander se movió hacia la órbita política de los Estados Unidos; Bolívar fue siempre partidario de obtener beneficios de una política adecuada hacia los ingleses. Bolívar fue persistentemente centralista desde 1813. Santander, después de Ayacucho, quedó adscrito a los grupos que se denominaban liberales, partidarios de los gobiernos federalistas<sup>251</sup>.

251. Irazábal (1961: 97) observa: “Para Voltaire un sistema constitucional como el de Inglaterra, ñepublicano realista, según lo llamaba, satisfacía sus aspiraciones políticas plenamente. Fue esa forma de gobierno la que inspiraba al Libertador. Y tenía razón, pues en su época no había ningún sistema de gobierno tan democrático como el británico.”

El 1º de abril escribió el Libertador a Cristóbal Mendoza nuevamente. Había resuelto la suspensión del viaje a Venezuela. Debía acercarse a Cartagena y ya no consideraba esencial su presencia en su patria. Se preocupaba, además, por la Convención de Ocaña.

Me ha sido también muy satisfactorio —contaba a Mendoza— ver las representaciones de los cuerpos de Caracas y otros lugares, con tanta más razón cuanto que están de acuerdo con las que dirigen a la Convención los pueblos del Sur y Centro. Yo no dudo, pues, que nuestros buenos diputados, apoyados tan fuertemente por la opinión pública, desbaraten las ideas de federación que tienen algunos en apoyo de Santander y se conserve la integridad de la República junto con la fuerza del gobierno.

Desde Bucaramanga, donde permaneció Bolívar durante todo el tiempo de las sesiones de la Convención de Ocaña, expresó a Estanislao Vergara sus opiniones sobre un asunto internacional de la propia América:

No me gusta —le decía— que intervengamos entre los argentinos y el Emperador, sino en el caso de que pudiéramos inducir al último a la idea justa de dejar la Banda Oriental en libertad de formar su gobierno propio, y de ninguna manera debemos entrar por la erección de un nuevo trono en América. Esto no es bueno ni nos sería honroso como republicanos acérrimos.

Aludía aquí Bolívar a un problema que posteriormente le preocupó de continuo: las acusaciones sobre su presunta tendencia a la monarquía. Los grupos que se autodenominaban liberales lo acusaban insistentemente de aspirar a una corona y a veces no solamente de rey, sino de emperador de América. En realidad, hasta muy cercanos colaboradores de Bolívar pensaban en la necesidad de un régimen monárquico. Algunos, de buena fe, no concebían otra salida para los fenómenos sociales surgidos después de la emancipación. Es bien conocida la carta que envió Bolívar a Páez a propósito de una posible monarquía. A este escribía en forma pesimista, el 12 de abril desde Bucaramanga, unas opiniones dignas de recordarse, como expresión de sus reflexiones mientras seguía el curso de las sesiones de Ocaña.

No quieren creer los demagogos —señalaba Bolívar a Páez— que la práctica de la libertad no se sostiene sino con virtudes y que donde estas reinan, es impotente la tiranía. Así, pues, mientras que seamos viciosos, no podemos ser libres, désele al estado la forma que se quiera; y como nunca se ha convertido un pueblo corrompido por la esclavitud, tampoco las naciones han podido tener sino conquistadores y de ninguna manera libertadores. La historia ha probado esto y Montesquieu lo ha expresado. Por lo tanto, nuestra lucha será eterna y nuestros males se prolongarían en busca de lo imposible. Sería necesario desnaturalizarnos para poder vivir bajo un gobierno absolutamente libre; sería preciso mudar nuestros hábitos y costumbres y hacernos austeros y desprendidos de nuestras viles pasiones o renunciar a la quimera de nuestros proyectos. Yo era el más iluso de todos y han sido

necesarios cuarenta años de desengaños para llegar a este convencimiento, deplorable y funesto. Hemos perdido todo nuestro tiempo y hemos dañado nuestra obra; hemos acumulado desacierto sobre desacierto y hemos empeorado la condición del pueblo, que deplorará eternamente nuestra inexperiencia.

Esta autocrítica de Bolívar era sin duda equivocada. Simplemente no comprendía la nueva sociedad, turbulenta, necesitada de otros caminos que no se hallarían sino a través de un prolongado proceso social. Después de los grandes combates bélicos y cívicos, cuando Bolívar juzgaba las situaciones con ojo de cóndor, se había convertido en sicologista. Ya ni siquiera basaba sus esperanzas en las “leyes inexorables”, ni en los gobiernos de autoridad central, sino en modificaciones subjetivas. Por cierto, contrasta el diagnóstico presentado a Páez con las afirmaciones extraordinariamente objetivas confiadas en Bucaramanga a Perú de la Croix. Pero no puede extrañar el cúmulo de contradicciones objetivas y subjetivas que lo asediaban porque se encontraba justamente en el centro de mil fuerzas opuestas que luchaban por encontrar soluciones imposibles por la vía de los cuartelazos, de los atentados, de las actuaciones demagógicas, de las tácticas personalistas. A la postre todo esto era simplemente expresión de profundas injusticias y desigualdades económicas y sociales que la independencia política no había corregido.

La Convención de Ocaña clausuró sus sesiones sin haber logrado ningún acuerdo. Los convencionistas bolivarianos se retiraron, con lo cual no se podía obtener quórum para legislar. Bolívar expresó con franqueza sus perplejidades:

Me encuentro —declaró— en una posición quizá única en la historia. Magistrado superior de una república que se ha venido rigiendo por una Constitución que no quieren los pueblos, que estos han despedazado y que la Convención ha anulado al abocarse a su reforma, no sé francamente qué debo hacer. Gobernar con la Constitución desacreditada es exponerla a que sea rechazada por los pueblos, lo que traerá necesariamente conmociones civiles; dar yo mismo un código provisional es usurpar una facultad que no tengo y si lo hago, me llamarán con razón, usurpador y tirano; gobernar sin Constitución alguna, y según mi voluntad, sería dar margen a que me acusaran, también con justicia, de establecer un poder absoluto. Nada de esto me satisface porque yo no puedo, ni quiero, ni debo declararme dictador. En fin, veremos lo que sobre estas cosas dirán los sabios de Bogotá.

Pero no fueron los sabios de Bogotá, sino las llamadas “actas” que se levantaban en los pueblos y ciudades, como un modo de expresar la voluntad popular, las que llevaron otra vez a Bolívar a la función de dictador. Y empujado otra vez por el huracán, cuyo calificativo ya no era “revolucionario”, sino “social”, realizó justamente lo que había pensado imposible: asumió el poder supremo con el título de Libertador Presidente, el 28 de agosto de 1828, para gobernar, según decreto, basado en el fracaso de la Convención de Ocaña. En los tres últimos considerandos explicaba:

Considerando que el pueblo en esta situación, usando de los derechos esenciales que siempre se reserva para libertarse de los estragos de la anarquía, y proveer del

modo posible a su conservación y futura prosperidad, me he encargado de la Suprema Magistratura para que consolide la unidad del Estado, restablezca la paz interior y haga las reformas que se consideren necesarias; Considerando, que no es lícito abandonar la Patria a los riesgos inminentes que corre; y que, como magistrado, como ciudadano y como soldado, es mi obligación servirla; Considerando en fin, que el voto nacional se ha pronunciado unánime en todas las Provincias, cuyas actas han llegado ya a esta capital, y que ellas componen la gran mayoría de la nación; después de una detenida y madura deliberación, he resuelto encargarme, como desde hoy me encargo, del Poder Supremo de la República...

En el estatuto acordó un Ministerio de Estado, un Consejo de Ministros y un Consejo de Estado, así como una Alta Corte. Conservó la libertad individual, la inviolabilidad de las propiedades y la religión católica como obligatoria.

El historiador Ramón Díaz Sánchez resume así los sucesos inmediatamente posteriores:

Hay fiestas públicas en todos los pueblos y el dictador da comienzo a sus tareas administrativas. Mas desde este momento la oposición liberal no obedecerá sino a un obsesivo propósito: matar al Libertador. La primera tentativa que se hace con este objeto tiene por escenario un baile de máscaras ofrecido por la Municipalidad bogotana la noche del 10 de agosto en el aniversario de la batalla de Boyacá. Disfrazados y llevando sus armas ocultas, varios conspiradores se introducen en el teatro mientras otros rodean el

edificio. En esta maquinación participan un viejo portugués de nombre Juan Francisco Artanil, que es su director; el francés Agustín Horment; el venezolano comandante Pedro Carujo, Luis Vegas Tejada, secretario del General Santander, y algunos mas (...) Esta asociación magnicida estaba relacionada con otra llamada La Filológica, cuyos miembros eran jóvenes estudiantes y catedráticos. Poco antes habían planeado asesinar al "tirano" en el pueblo de Soacha, pero el intento no tuvo realización por haberse opuesto a ello el general Santander.

Parece que Manuelita Sáenz obligó, por medio de una treta, al Libertador a retirarse, sabedora del complot. Los conjurados fijaron otra fecha: el 28 de octubre. Libertarían a Padilla, culpable de sedición en Cartagena, y lo pondrían al frente del movimiento. Denunciada la trama, se apresuró la acción para el 25 de septiembre. Salvada su vida, Bolívar asumió al día siguiente la dictadura plena. En los considerandos señaló que la lenidad del gobierno había sido perjudicial y que si no se detenía oportunamente el crimen, se iría a la disolución y ruina del Estado. El artículo 1º estableció: "De hoy en adelante pondré en práctica la autoridad que por el voto nacional se me ha confiado, con la extensión que las circunstancias hagan forzosa." El historiador Restrepo escribió sobre el intento de magnicidio:

Los deplorables sucesos de la noche del 25 de septiembre hicieron en el ánimo de Bolívar la impresión más profunda y duradera. Mirábalos como en un sueño, y decía que jamás había podido pensar que el odio y la maldad de sus enemigos llegaran hasta el extremo de

irle a asesinar (...) Debilitado ya el cuerpo de este por las fatigas de una guerra de 16 años, fue moralmente asesinado el 25 de septiembre; jamás se restableció de la honda y dolorosa impresión que le causaron puñales asesinos...<sup>252</sup>

La conspiración de septiembre no fue solamente producto del odio personal. Además de los factores ya conocidos, causantes de terribles tensiones en la República, se han indicado otros. Muchos han pensado que agentes de España incitaron a la muerte del Libertador. Las fuerzas colonialistas pensaban tomar la revancha. Se observó, además, que Carujo había sido oficial español “de la escuela de Boves”. En correspondencia encontrada a Horment, otro de los conjurados, se le ofrecían recompensas si “salía bien de su empresa”, sin nombrarla. Es posible que se tratase de una conjura internacional y nacional, donde se cruzaban tanto ambiciones colonialistas, como de clases sociales y de individuos en lo personal.

Bolívar continuó su incansable labor. Los sectores clericales aprovecharon la ocasión para rodearlo estrechamente. Cada vez más se apoyó en ellos, pero no perdía de vista los sucesos del Sur, mientras se esforzaba por consolidar la economía de la República y se convencía de que era inevitable la segmentación, en vista de las ocurrencias de Venezuela y de Ecuador. El 30 de septiembre escribió a Montilla en Cartagena:

Ya usted sabrá que hemos escapado de una horrible conspiración, pero que se ha descubierto perfectamente y se castigará lo mismo. El General Santander, el

252. Díaz Sánchez, 1967: 125; *Decretos del Libertador*, 1961, III: 137.

General Padilla y el Coronel Guerra eran los principales promovedores (...) Ferguson y Bolívar murieron; y se han pasado por las armas cinco entre asesinos y conspiradores. El Coronel Guerra será ahorcado hoy, y seguirán los demás con rapidez, porque es preciso matar esta conspiración.

En octubre explicó al cura Justiniano Gutiérrez, al recomendarle a un amigo, su posición respecto de lo religioso:

Tomo el mayor interés por el restablecimiento de la religión y de las órdenes monásticas que tanto contribuyen a la civilización de este país; y lo que es más, que trabajan incesantemente en impedir la propagación de los principios que nos están destruyendo, y que al fin logran no sólo destruir la religión, sino los vivientes, como sucedió en la revolución de Francia, en que los más acalorados filósofos tuvieron que arrepentirse de lo mismo que ellos habían profesado; así fue que el abate Raynal murió despedazado de remordimientos, y como él, otros muchos, pues sin la conciencia de la religión, la moral carece de base...

Bolívar buscaba afanosamente los fundamentos de nuevas actitudes. Antes los había encontrado en la unidad para la liberación; ahora hablaba simplemente según los intereses de su clase, que retrocedía ante el empuje popular confusamente activo y guiado interesadamente por diversos sectores<sup>253</sup>.

253. Díaz Sánchez, 1967: 126, 127, 128. Este autor como muchos otros, hablan simplemente de los “liberales”, o del movimiento “liberal”. ¿Cuántas tendencias se daban ese nombre, frente a Bolívar? ¿Quiénes y con cuánta razón tomaban el cognomento de “liberales”?

En octubre se ocupaba el Libertador del ejército del Sur. Envió a Flores, en Ecuador, 60.000 pesos con recomendación de estricta economía.

Se me ha escrito por el padre Torres —le decía— que la miseria de los pueblos y del ejército es tal, que pudiera haber un movimiento desastroso por causa tan lamentable. Yo no sé qué hacer en circunstancias semejantes: el Perú obstinado en sus injustas pretensiones, y el pueblo sin querer hacer la guerra. Muchas veces deseo disolver ese ejército, pero los intereses de Colombia se oponen a esta medida.

Añadió a Flores otras consideraciones pesimistas:

Conociendo que nuestros pueblos no presentan base para ninguna empresa heroica o digna de gloria, no me ocuparé más de sostener el decoro nacional. A esta consideración añadiré que del disgusto de esos pueblos contra las autoridades que les han exigido sacrificios, temo las mayores calamidades (...) Ni en Colombia, ni en el Perú se puede hacer nada bueno; ni aun el prestigio de mi nombre vale ya, todo ha desaparecido para siempre. Sí, mi querido Flores, triste es reconocer esta verdad que no admite ya duda: nosotros no podemos ya hacer nada sino vegetar entre los sufrimientos y la adversidad. Renuncie Ud. a las quimeras de la esperanza; el instinto sólo nos hará vivir, mas casi sin objeto, ¿y qué objeto puede haber en un pueblo donde ni la gloria ni la felicidad estimulan a los ciudadanos?...

En carta del mismo día, 8 de octubre, desde Bogotá declaraba al general Francisco Carreño la continuación de sus meditaciones:

Los hombres de luces y honrados son los que debieran fijar la opinión pública. El talento sin probidad es un azote (...) Los intrigantes corresponden a los pueblos, desprestigiando la autoridad. Ellos buscan la anarquía, la confusión, el caos y se gozan en hacer perder a los pueblos la inocencia de sus costumbres honestas y pacíficas...

Hablaba el idealista para quien, después de la gran contienda, los resortes del mundo residían en la bondad la maldad la honradez o la corrupción. Si es cierto que “el talento sin probidad es un azote”, en sociedades como la contemporánea del Libertador en cuyo seno actuaba, no es menos cierto que todo depende de la estructura social donde se ejercite el talento, o donde sea posible ejercitarlo.

El 14 de octubre escribió Bolívar a José Fernández Madrid:

El pueblo —le refería— no ha tenido parte alguna en este atentado que por todas partes ha sido visto con el horror que merece. El paisanaje principalmente, se ha conducido con distinguido celo y entusiasmo. Están todavía por aprehender Carujo, Vargas Tejada, Florentino González, Mendoza y otros de los principales agentes; pero actualmente están registrando una manzana de esta ciudad donde está el último. Siete de los otros han sido ya ajusticiados, entre ellos Padilla...

El 22 de octubre pintó brevemente un cuadro de dificultades a O'Leary:

No puedo dejar de decir a Ud. que el estado de las cosas es muy opuesto a la guerra con el Perú; principalmente los pueblos del Sur no la quieren; después, los españoles han invadido a Guatemala y vendrán luego al Istmo; en tercer lugar, la pobreza de la república y la última conspiración nos reducen a una situación muy deplorable. Además, yo no puedo ir al Sur a dirigir esas operaciones y los países que conquistáramos (...) Mientras tanto continuamos los trabajos de la reforma, pero con pocas esperanzas, por la naturaleza de las cosas que nos rodean. La América es un mundo herido de maldición, desde su descubrimiento hasta los términos de la predicción.

El 23 de octubre contó a Páez la noticia de otra sublevación en Patía.

Temo —le decía— que los peruanos aprovechen la ocasión de atacar a nuestro ejército del Sur. Hallándose cortado por la espalda con esta insurrección; y como en las revoluciones no se sabe hasta dónde pueden llegar los resultados, debemos prepararnos para una guerra con el Sur. Desde luego, deseo que Ud. mande hacia Mérida todas las tropas de que pueda disponer (...) y una guarnición a Maracaibo, porque he mandado salir aquella para que venga hacia acá.

El 9 de noviembre escribió a Briceño Méndez:

Han sido condenados a muerte seis o siete, entre estos Santander, que ha resultado convicto (...) Pienso perdonar a todos los demás miserables, si se le conmuta la pena a Santander; así porque entonces sería justo, como porque parece que ya debemos ser clementes.

El 16 de noviembre dio noticia a Briceño Méndez de que el Consejo de Estado había conmutado la pena de muerte a Santander por la de destierro. Se mostró arrepentido de haber dejado fusilar a Piar y Padilla. Temía que los pardos lo acusaran de excesiva clemencia sólo con los blancos.

A pesar de las reflexiones pesimistas enviadas a varios corresponsales, el 20 de noviembre, desde Chía, escribió el Libertador a Tomás Cipriano Mosquera: “Anímese Ud. pues su carta anuncia mucha tristeza y con valor se acaban los males.” El 8 de diciembre envió instrucciones a Sucre sobre las actividades militares en el Sur. A mediados de diciembre le preocupaban la sublevación de Pasto y la que llamaba de “Los Castillo” en la costa de Cumaná. Según escribió a Páez, el estandarte de ambos grupos era la Constitución de Cúcuta. El 16 de diciembre pidió a Briceño Méndez que se negase enérgicamente la propaganda de que deseaba crear un imperio. A Páez indicó en la misma fecha:

Cuide Ud. de que todos los departamentos de su mando contribuyan a repeler las incursiones a mano armada, y se preparen contra las sugerencias de un resto de facciosos que han tomado por tema de sus predicaciones la tiranía y el imperio a que me supo-

nen aspirante. Es, por tanto muy conveniente que Ud. refute briosamente esas calumnias con que los convencionistas procuran manchar mi reputación. Es preciso hacer ver, en un manifiesto que Ud. pueda dar, cuán distante estoy yo y mis amigos de pretender una corona de ignominia...

A O'Leary le comunicó desde Boyacá el 19 de diciembre:

Una vez resuelta la organización de un ejército de reserva, he debido ponerme a la cabeza de él: lo he hecho, y a fines de este mes continuará mi marcha hacia el departamento del Cauca”.

A Jacinto Lara le comunicó el 20 de diciembre que iba hacia el Sur, donde su presencia era “absolutamente necesaria”. El primero de enero de 1829, refirió a Urdaneta que pensaba formar otro ejército de reserva con tropas que llegarían de Venezuela. El mismo día dijo por carta a Montilla que comenzaba a moverse hacia Popayán. El 24 de diciembre, antes de partir de Bogotá, había convocado por decreto a una constituyente que habría de reunirse el 2 de enero de 1830. El año de 1829 comenzó para Bolívar con el inicio de su marcha hacia el Sur. Otra vez movía la espada el Hijo de la Guerra. Declaró que entraba en un “año marcial”. Sería su última campaña. “Este Sur ó describió a Urdaneta ó va ser un laberinto de combates todo este año y mucho será que se acaben en el período del 29, porque las insurrecciones son como las olas del mar que se suceden unas a otras.” A Montilla notificó el 6 de enero, desde Neiva, que Sucre no había aceptado el mando del distrito sur y por eso, era indispensable su viaje.

El ejército constaba de 8.000 hombres. Se disponía a dar a la tropa un cuarto de paga. Las raciones saldrían de las comarcas que fuese atravesando. A Vergara dijo desde Popayán el 28 de enero: “Nuestro ejército es grande y nuestros enemigos chiquitos.” En febrero tenía noticias inquietantes de Venezuela. A Castillo Rada le escribió: “Brotan por todas partes las conspiraciones más diabólicas; todavía Cumaná está conmovida por los Castillos; Margarita quiere traicionar a favor de los españoles; en toda Venezuela se ha querido hacer una nueva conjuración.” Ya comenzaban algunos éxitos militares. Estaba convencido de que la República se dividiría:

Probablemente en dos o tres gobiernos, pues lo que pasa en Cartagena con el General Montilla, me prueba que los venezolanos no pueden mandar en la Nueva Granada; sin añadir lo que me ha pasado el 25 de septiembre. Este rasgo de odio implacable ha fijado mi destino y el de Colombia.

Comenzaban a presentarse a Bolívar voluntariamente guerrilleros surianos. El 12 de febrero juzgaba que la facción de Obando había concluido en Patía. El 8 de marzo notificó a Sucre su llegada a Pasto con una división del ejército.

El 27 de febrero triunfó Sucre en el portete de Tarqui. Cuatro mil hombres habían vencido a 8.000 peruanos invasores. Se firmó un convenio en Girón. Lamar debía retirarse por una ruta aceptada por los vencedores. El 12 de marzo escribió el Libertador a Sucre: “Acabo de recibir, mi querido general, el glorioso convenio con que ha terminado la campaña de febrero (...) Dios quiera que los peruanos sean fieles a los tratados que les ha dictado la clemencia...” No

lo fueron. Restrepo dice al respecto: “Lamar (...) al retirarse por la provincia de Loja, cometió graves excesos contra los pueblos indefensos, saqueando sus propiedades y asesinando aun a personas distinguidas...” Bolívar se convenció de que el peligro subsistía, por lo cual no licenció tropas, como lo había pensado al recibir la noticia de Tarqui. Decidió aumentar el ejército y ordenó el traslado de la división de Córdoba de Pasto a Quito. Dispuso también que Urdaneta, quien estaba al frente del Ministerio de Guerra, formara un nuevo ejército de 4.000 hombres<sup>254</sup>.

El Gobierno de Perú declaró que no lo obligaba el Tratado de Girón. Bolívar se trasladó de Quito a Riobamba.

Por Samborondón pasó a Buijo, donde estableció su cuartel general.

Las tensiones internas en Perú condujeron a resultados sorprendidos. Por un movimiento militar fue depuesto Lamar y sustituido por el general Lafuente. El general Gamarra, que había cooperado con Lafuente, expulsó del territorio peruano a Lamar. Rápidamente se concertó un armisticio entre Perú y Colombia, por 60 días, con fecha 10 de julio de 1829. Bolívar entró en Guayaquil, al ratificarse el convenio de los plenipotenciarios. Cayó enfermo y estuvo siete días en estado de gravedad, hasta el 10 de agosto. El 21 de agosto comenzó sus sesiones el Congreso de Perú. Fue nombrado Presidente provisional el mariscal Gamarra y vicepresidente el general Lafuente. La actitud respecto de Colombia y el Libertador cambió totalmente. El 22 de septiembre se firmó en Guayaquil, con los representantes de Perú, un tratado de paz. Entre los puntos

254. *Decretos del Libertador*, 1961, III: 159; Restrepo, 1970, VI:126.

aceptados estuvo la prohibición del tráfico de esclavos, declarado piratería. El Libertador nombró representante en Perú al veterano político Tomás Cipriano Mosquera y después se dirigió a Quito, donde llegó el 20 de octubre. Los criollos de Ecuador lograron que el Libertador autorizase de nuevo el cobro del tributo de los indígenas, pero no pudieron convencerlo de que restableciera la esclavitud de los negros. Juan José Flores quedó como jefe de los Departamentos de Ecuador. El Libertador emprendió regreso a Bogotá el 29 de octubre. Diez meses había estado ausente. Cuando regresó se encontró en medio de la tempestad de los proyectos de monarquía, aprobados por el alto clero y por la mayor parte de los jefes militares. Por esta época fue cambiado por su gobierno el ministro de los Estados Unidos en Colombia. Restrepo dice de él:

A Colombia fue ventajosa la variación del ministro Harrison; a pesar de sus primeras protestas que parecían emanadas de un militar franco, había tomado parte en las cuestiones políticas que se agitaban en la República y declarándose enemigo gratuito del Libertador, a quien escribió al Sur una larga carta dándole consejos sobre el modo de gobernar los pueblos, los que este despreciara, y porque no establecía en Colombia un gobierno como el de los Estados Unidos. Pretensiones insensatas, pues hasta los principiantes en los estudios políticos saben que acaso no se hallarán dos naciones que puedan ser regidas por una misma Constitución.

A propósito de los preparativos para el Congreso que había de reunirse a principios de 1830 y del cual dijo el Libertador debía ser *admirable*, en medio de las discusiones y tensiones sobre los proyectos de monarquía, declaró Bolívar:

Mi opinión sobre forma de gobierno y organización política de la República es que se haga lo que los representantes del pueblo crean ser más conveniente: a ellos toca fijar los destinos de Colombia y examinar cuáles son los medios de engrandecerla y a mí someterme a su voluntad soberana, cualquiera que ella sea. Esta es mi resolución irrevocable.

En septiembre se confabularon varias fuerzas nacionales y extranjeras, apoyando a Córdoba, que tomó la provincia de Antioquia. Harrison, el ex ministro norteamericano era de los impulsores del movimiento. El Consejo de Gobierno lo expulsó, como también a Henderson, cónsul general británico. No se extendió el movimiento de Córdoba fuera de Antioquia. Bolívar movió fuerzas en varias direcciones. O'Leary, enviado por Bolívar, venció fácilmente a Córdoba y poco después se restableció la calma en la provincia del Chocó, donde se habían adherido algunos al alzamiento.

Para fines de 1829 había crecido la tensión de los neogranadinos contra las tropas venezolanas. El ejército se había convertido en una carga del pueblo. Habían aumentado los celos entre granadinos y venezolanos.

El estado de la opinión pública respecto del Libertador y de los militares —dice Restrepo— hacía diariamente más difícil la reorganización de Colombia

por el futuro Congreso. Perdido el influjo de Bolívar, que podía haber sido tan saludable, era seguro que no se adoptarían sus indicaciones constitucionales, aun cuando hubiese determinado hacerlas, lo que de ningún modo pensaba.

En noviembre de 1829 se reanudaron en Venezuela los viejos intentos de 1826, ya con mayor decisión. Una asamblea reunida en los días 25 y 26 de noviembre en el templo de San Francisco, en Caracas, declaró la separación de Venezuela de la Gran Colombia. Fue desconocida la autoridad de Bolívar<sup>255</sup>.

El 20 de enero de 1830 se instaló el Congreso de Colombia, con la presencia del Libertador. Fue nombrado presidente Antonio José de Sucre y vicepresidente el doctor José María Estévez, obispo de Santa Marta. En una proclama el Libertador dijo el mismo día a los colombianos:

He sido víctima de sospechas ignominiosas, sin que haya podido defenderme la pureza de mis principios. Los mismos que aspiran al mando supremo, se han empeñado en arrancarme de vuestros corazones, atribuyéndome sus propios sentimientos, haciéndome parecer autor de proyectos que ellos han concebido, representándome, en fin, con aspiración a una corona que ellos me han ofrecido más de una vez y que yo he rechazado con la indignación del más fiero republicano (...) Compatriotas! Escuchad mi última voz al terminar mi carrera política: A nombre de Colombia os pido, os ruego, que permanezcáis unidos, para que no seáis los asesinos de la patria y vuestros propios verdugos.

255. Restrepo, 1970, VI: 191.

Pero no fue este su último acto político. El Congreso no aceptó la renuncia que presentó, pues pareció lo más prudente aguardar a la nueva Constitución. Para discutirla se presentó un escollo: Venezuela había declarado ya su voluntad de independencia. Fue hallado un arbitrio para superar el obstáculo. Se acordó que la Constitución que se aprobase sería enviada a los venezolanos para que se incorporasen a sus disposiciones, si lo deseaban. De ese modo, prácticamente, se aceptó la separación que había encabezado Páez. A fines de febrero el Libertador pidió al Congreso que, debido a su mal estado de salud, le aceptase la separación del poder ejecutivo. El 1° de marzo fue nombrado presidente interino el general Domingo Caicedo. Siguiéron días agitados. Fue pedida insistentemente la vuelta de Bolívar, por sus partidarios. Muchos consejeros cercanos aconsejaron a Bolívar la no aceptación de presiones para reincorporarse al mando. Entonces envió al constituyente su postrer mensaje:

Debéis estar ciertos de que el bien de la patria exige de mí el sacrificio de separarme para siempre del país que me dio la vida, para que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos. Venezuela ha pretextado, para efectuar su separación, miras de ambición de mi parte; luego alegará que mi reelección es un obstáculo a la reconciliación, y al fin la república tendría que sufrir un desmembramiento o una guerra civil.

El Congreso aceptó su separación definitiva, con un mensaje de agradecimiento.

Sea cual fuere, señor, —dijo el Congreso— la suerte que la Providencia prepara a la nación, y a vos mismo, el Congreso espera que todo colombiano sensible al honor y amante de la gloria de su patria, os mirará con el respeto y consideración debida a los servicios que habéis hecho a la causa de la América, y cuidará de que conservándose siempre el brillo de vuestro nombre, pase a la posteridad, cual conviene al fundador de la Independencia de Colombia.

La nueva Constitución se firmó el 3 de mayo. Fue nombrado presidente Mosquera. El 7 de mayo se sublevó el batallón Granaderos acompañado por el escuadrón Húsares de Apure, con el general venezolano Trinidad Portocarrero al frente. Pidió 70.000 pesos y equipaje para trasladarse a Venezuela. Le ofrecieron las provisiones necesarias y 1.000 pesos. Los sublevados salieron hacia Pamplona. No exigieron en el trayecto más que las raciones diarias. Pero por ser venezolanos los insurrectos, se produjeron manifestaciones contra el Libertador, especialmente por parte de los estudiantes. A pesar de ello, salió Bolívar el día 8 de la ciudad, acompañado por los ministros del gobierno, el cuerpo diplomático y muchos militares y ciudadanos. El 9 de mayo acordó el Congreso varias disposiciones sobre el Libertador. Entre ellas, que se le pagasen 30.000 pesos anuales en forma vitalicia. Se le prometió la consideración y el respeto que se debía al primer ciudadano de la República. El artículo 1° dijo:

El Congreso Constituyente a nombre de la nación colombiana presenta al Libertador Simón Bolívar el tributo de gratitud y admiración a que tan justa-

mente le han hecho acreedor sus relevantes méritos y sus heroicos servicios a la causa de la emancipación americana.

De muy diferente modo procedió el Congreso de Venezuela, el día 28 del mismo mes de mayo. Ese día se recordó que el mismo cuerpo había aprobado hacía pocos días, un entendimiento con el Congreso de Colombia, en términos de igualdad.

Pero Venezuela —se dijo en la resolución— a quien una serie de males de todo género ha enseñado a ser prudente, que ve en el general Simón Bolívar el origen de ellos, y que tiembla todavía al considerar el riesgo que ha corrido de ser siempre su patrimonio, protesta que no tendrán aquellos lugar, mientras éste permanezca en el territorio de Colombia, declarándolo así el soberano Congreso en sesión del 28 de mayo.

El 16 de agosto aprobó el Congreso de Venezuela otra resolución sobre lo mismo, así:

... que Venezuela de ningún modo admita la Constitución colombiana; pero que está dispuesta a entrar en pactos recíprocos de federación, que arreglen y unan las altas relaciones nacionales de Colombia, luego que ambos estados estén perfectamente constituidos y que el General Bolívar haya evacuado el territorio de Colombia<sup>256</sup>.

256. Restrepo, 1970, VI: 349 y 353.

El 4 de junio de 1830 fue asesinado Sucre en la montaña de Berruecos. Bolívar recibió la versión en Cartagena, el 10 de julio. Escribió al general Flores:

Esta noticia me ha causado tal sensación que me ha turbado verdaderamente el espíritu, hasta el punto de juzgar que es imposible vivir en un país donde se asesina cruel y bárbaramente a los más ilustres generales y cuyo mérito ha producido la libertad de América. Observe Ud. que nuestros enemigos no mueren sino por sus crímenes en los cadalsos o de muerte natural; y los fieles y los heroicos son sacrificados a la venganza de los demagogos. ¿Qué será de Ud., que será de Montilla y de Urdaneta mismo? Yo temo por todos los beneméritos capaces de redimir la patria. El inmaculado Sucre no ha podido escaparse de las asechanzas de estos monstruos (...) Yo había deseado ardientemente contribuir a la paz doméstica por todos los medios posibles, pero cuando veo que el desprendimiento más sublime y la inocencia más pura no salvan a los bienhechores de morir como tiranos, no, no, yo no serviré a país tan infame, a hombres tan ingratos y tan execrables...

A la esposa de Sucre escribió el Libertador:

Cruelmente afligido con el rumor espantoso que corre sobre la muerte del Gran Mariscal de Ayacucho, y dignísimo esposo de Ud. me aventuro, quizá indiscretamente, a comunicar a Ud. los dolores agudos de mi corazón que la esposa, el hijo, la patria y la gloria han de participar.

El presidente Mosquera pidió permiso para retirarse a descansar, después de sólo dos meses del ejercicio de su magistratura. Lo reemplazó el vicepresidente Caicedo, como encargado de la presidencia. En agosto se desarrolló un movimiento de militares que el día 15 de ese mes justificaron su alzamiento con 19 motivos, desde el sitio de Techo, vecino de Bogotá. Eran 600 hombres alzados, 300 de infantería y la otra mitad de caballería. Mosquera regresó a Bogotá dos días después. Hubo conferencias entre él y los facciosos. Urdaneta fue enviado a comunicar a los alzados que se les amnistiaba. Este actuó de manera dudosa y se asegura que había estado en convivencia con los rebeldes. Mosquera envió fuerzas militares a someter a Jiménez y sus seguidores. Las tropas del presidente fueron derrotadas. El gobierno capituló el 28 de agosto. Después de varias incidencias con el presidente Mosquera, los militares triunfantes, según se supone incitados por Urdaneta, decidieron llamar al mando al Libertador. Mosquera decidió ausentarse del país y Caicedo se retiró a una hacienda de su propiedad. Los militares convocaron una asamblea de notables. Estos acordaron ofrecer el mando a Urdaneta. Este pidió a Bolívar, quien estaba en Cartagena, que aceptase la jefatura nacional. Apoyaban en eso a Urdaneta los ministros de Brasil, Estados Unidos y Gran Bretaña. Una delegación bogotana viajó a Santa Marta a pedirle a Bolívar que aceptara el mando. Declaró que estaba dispuesto a servir sólo como ciudadano y como soldado. Como Juan García del Río le presentara las actas y resoluciones que se habían levantado en muchos pueblos en favor de la jefatura de Bolívar, este observó:

Decid, señores a vuestros comitentes, que por respetable que sea el pronunciamiento de los pueblos que han tenido a bien aclamarme Jefe Supremo del Estado, sus votos no constituyen aun aquella mayoría que sólo puede legitimar un acto semejante en medio de la conflagración y de la anarquía espantosa que por todas partes nos envuelve...

No deseaba cohonestar un alzamiento de militares. Fue su último acto político. Lo comentó a Vergara el 25 de septiembre en carta desde Cartagena.

Ud. me dice —le observó— que dejará luego el ministerio porque tiene que atender a su familia, y luego me exige Ud. que yo marche a Bogotá a consumir una usurpación que la gaceta extraordinaria ha puesto de manifiesto sin disfrazar ni una coma la naturaleza del atentado. No, mi amigo, yo no puedo ir, ni estoy obligado a ello, porque a nadie se le debe forzar a obrar contra su conciencia y las leyes (...) Créame Ud. nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones (...) Yo compadezco al General Urdaneta, a Ud. y a todos mis amigos que se ven comprometidos sin esperanzas de salir bien, pues nunca debieron Uds. contar conmigo para nada, después que había salido del mando y que había visto tantos desengaños (...) No espero salud para la Patria (...) Estoy convencido que este sacrificio sería inútil, porque nada puede un pobre hombre contra el mundo entero; y porque soy incapaz de hacer la felicidad de mi país, me deniego a mandarlo...

Después, recordando a Venezuela y los acuerdos de su Congreso, cuando pidieron que fuera extrañado del país como prenda para entrar en conversaciones sobre las relaciones de las dos repúblicas, añadió: “Hay más aún. Los tiranos de mi país me lo han quitado y yo estoy proscrito; así, yo no tengo patria a quien hacer el sacrificio<sup>257</sup>”.

## Bibliografía

- Acosta Saignes, Miguel: 1967, *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, prólogo de Roget Bastide, Hespérides, Caracas.
- “Acotaciones bolivarianas”: 1960, *Decretos marginales del Libertador (1813-1830)*, Fundación John Boulton, Caracas.
- Alvarado, Eugenio de: 1966, “Informe reservado”, en *Documentos jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*, Caracas.
- Arcila Farías, Eduardo: 1946, *Economía colonial de Venezuela*, Fondo de 1950, *Comercio entre Venezuela y México en los siglos XVII y XVIII*, El Colegio de México, México.
- Archivo de Sucre*: 1973, cuatro tomos, Fundación Vicente Lecuna y Banco de Venezuela, Caracas.
- Archivo del General Miranda*: 1950, veinticuatro vols., Editorial Lex, La Habana.
- Archivo del General Urdaneta*: 1972, tres vols., Ediciones de la Presidencia, tres vols., Caracas.

---

257. Restrepo, 1970, VI: 402-407; Bolívar, 1947: 925.

- Arellano Moreno, Antonio: 1960, *Orígenes de la economía venezolana*, Ediciones Edime, Caracas-Madrid.
- Armas Chitty, J. A.: 1949, *Zaraza: biografía de un pueblo*, Instituto de Antropología y Geografía, serie de Historia, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- 1961, *Tucupido: formación de un pueblo del Llano*, Instituto de Antropología, serie de Historia, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Austria, José de: 1960, *Bosquejo de la historia militar de Venezuela*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: 29 y 30, Caracas.
- Bierk, Jr., Harold A.: 1976, *Vida pública de D. Pedro Gual*, serie del Sesquicentenario del Congreso de Panamá, Caracas.
- Blanco Fombona, Rufino: *Bolívar y la guerra a muerte*, colección Vigilia, Ministerio de Educación, Caracas.
- Bolívar, Simón: 1947, *Obras completas*, compilación y notas de Vicente Lecuna, dos vols., Editorial Lex, La Habana.
- Bolívar y su época*: Publicaciones de la Décima Conferencia Panamericana, dos vols., Caracas.
- Brito Figueroa, Federico: 1961, *Ensayos de historia social venezolana*, Caracas. *Las insurrecciones de los esclavos negros en la sociedad colonial venezolana*, Caracas.
- 1963, *La estructura económica de Venezuela colonial*, Instituto de Investigaciones, Facultad de Economía, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- 1966, *Historia económica y social de Venezuela*, Dirección de Cultura, UCV, Caracas.
- Bruni Celli, Blas: 1965, *Los secuestros en la Guerra de Independencia*, Academia Nacional de la Historia, Caracas.
- Burke, William: 1959, *Derechos de la América del Sur y de México*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: 10 y 11, Caracas.
- Busaniche, José Luis: 1960, *Bolívar visto por sus contemporáneos*, Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires.
- Byrney Lockey, Joseph: 1976, *Orígenes del panamericanismo*, serie del Sesquicentenario del Congreso de Panamá, Caracas.
- Calzadilla Valdéz, Fernando: 1948, *Por los Llanos de Apure*, Biblioteca Popular Venezolana: 25, MEN, Caracas.
- Carvajal, Fr. Jacinto de: 1956, *Relación del descubrimiento del río Apure hasta su ingreso en el Orinoco*, Editorial Edime, Caracas-Madrid.
- Carrasquel, Fernando: 1943, *Historia colonial de algunos pueblos del Guárico*, Imprenta Nacional, Caracas.
- Carrera Damas, Germán: 1964, *Cuestiones de historiografía venezolana*, Ediciones de la Biblioteca, colección Avance, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- 1964, “¿La independencia fue una Revolución?” en *Cuestiones de historiografía venezolana* (121-125), Caracas.
- 1968, *Temas de historia social y de las ideas*, EBUC, colección Temas, Caracas.
- 1968, “Algunas consideraciones históricas sobre la cuestión agraria en Venezuela”, en *Temas de historia social y de las ideas*, (117-138), Caracas.
- 1972, *Boves aspectos socioeconómicos de la Guerra de la Independencia*, EBUC, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- 1975, *Validación del pasado*, EBUC, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- 1975, *El discurso de Bolívar en Angostura: proceso al federalismo y al pueblo*, Caracas.
- Carrocera, Buenaventura: 1972, *Misión de los Capuchinos en los llanos de Caracas*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia III, 112 y 113, Caracas.

*Carta de Santander*: 1942, obra formada por Vicente Lecuna, tres vols., Caracas.

Cisneros José Luis de: 1950, *Descripción exacta de la provincia de Venezuela*, Editorial Ávila Gráfica, Caracas.

Córdova Bello, Eleazar: 1962, *Aspectos históricos de la ganadería en el Oriente venezolano y la Guayana*, Caracas.

1974, *Correspondencia del Libertador*, Fundación Vicente Lecuna y Banco de Venezuela, Caracas.

1969, *Constitución de Venezuela de 1819*, edición facsimilar, Congreso Nacional, Caracas.

1961, "Constitución de 1826". Proyecto del Libertador, en *El Pensamiento Constitucional hispanoamericano hasta 1830*, Biblioteca Nacional de la Historia: 40, Caracas.

Cuevas Cancino, F.: 1976, *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas*, serie del Sesquicentenario del Congreso de Panamá, Caracas.

Dauxion Lavaysse, J. J.: 1967, *Viaje a las islas de Trinidad, Tobago, Margarita y a diversas partes de Venezuela en la América Meridional*, traducción de Angelina Lemmo e Hilda T. de Rodríguez, Instituto de Antropología e Historia, serie de Fuentes Históricas, UCV, Caracas.

Depons Francisco: 1960, *Viaje a la parte oriental de Tierra Firme, en la América Meridional*, Colección Histórico-económica: V, Banco Central de Venezuela, dos vols., Caracas.

Díaz Sánchez, Ramón: 1967, *El Caraqueño*, edición especial del Círculo Musical, Caracas.

1976, *Documentos históricos del Congreso Anfictiónico de Panamá*, serie del Sesquicentenario del Congreso de Panamá, Caracas.

1966, *Documentos jesuíticos relativos a la historia de la Compañía de Jesús en Venezuela*, edición y estudio preliminar de José del Rey, S. J., Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: 79, Caracas.

1959, *El papel de las masas populares y el de la personalidad en la historia*: Academia de Ciencias de la URSS, Instituto de Filosofía, Editorial Carago, Buenos Aires.

1952, *El pensamiento constitucional de Latinoamérica (1810-1830)*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, 50, Caracas.

1961, *El pensamiento constitucional hispanoamericano hasta 1830*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: 40, 41 Caracas.

Encina, Francisco A.: 1957, *Bolívar y la independencia de la América española*, Nascimento, Santiago de Chile.

*Epistolario de la Primera República*, 1960, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: 35, dos vols., Caracas.

Fabela, Isidro: 1957, *Las doctrinas Monroe y Drago*, Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, México.

Febres Cordero, Julio: 1964, *Establecimiento de la imprenta en Angostura. Correo del Orinoco*, UCV, Escuela de Periodismo, Caracas.

Fraga Iribarne, Manuel: 1972, "La evolución de las ideas de Bolívar sobre los poderes del Estado, y sus relaciones", en *El pensamiento constitucional de Latinoamérica*.

García Ponce, Guillermo: 1965, *Las armas en la Guerra de la Independencia*, Ediciones La Muralla, Caracas.

Gómez Canedo, Lino: 1975, *La provincia franciscana de Santa Cruz de Caracas*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: 121, 122 y 123, Caracas.

Grases Pedro: 1969, *El Libertador y la Constitución de Angostura de 1819*, Publicaciones del Congreso de la República, Caracas.

Guerra Íñiguez, Daniel: 1972, "Centralismo y federación en la revolución de Independencia", en *El pensamiento constitucional de Latinoamérica*, Caracas.

- Hacket, James y Charles Brown: 1966, *Narraciones de dos expedicionarios británicos de la Independencia*, Colección Venezolana, Instituto Nacional de Hipódromos, Caracas.
- Haring, C.H.: 1939, *Los bucaneros de las Indias Occidentales en el siglo XVII*, París-Brujas.
- Hussay, Ronald D.: 1962, *La Compañía de Caracas (1728-1784)*, Banco Central de Venezuela, Colección histórico-económica: VIII, Caracas.
- Irazábal, Carlos: 1964, *Venezuela feudal y esclava*, Pensamiento Vivo, Caracas.
- 1970, *Itinerario documental de Simón Bolívar*, Ediciones de la Presidencia, Caracas.
- La Constitución federal de Venezuela de 1811 y documentos afines*, 1959, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: 6, Caracas.
- Larrazábal, Felipe: 1975, *Bolívar*, edición modificada con prólogo y notas por Rufino Blanco Fombona, tres vols., editor José Agustín Cátala, Caracas.
- Lavretski, José: 1961, "Por qué escribí la biografía de Bolívar", *Revista de Historia*, 6 (13-18), Centro de Estudios Históricos, febrero de 1961, Caracas.
- Lecuna, Vicente: 1960, *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, Fundación Vicente Lecuna, tres vols. The Colonial Books, New York.
- Liévano Aguirre, Indalecio: 1965, *Bolívar*, EDIAPSA, México.
- Maldonado Denis, Manuel: 1970, "Albizu Campos y el desarrollo de la conciencia nacional puertorriqueña en el siglo XX", *Cuadernos Americanos* 5 (44-62), México.
- Martí, José: 1953, *Obras completas*, Editorial Lex, La Habana.
- Martínez, Ricardo A.: 1959, *De Bolívar a Dulles. El panamericanismo, doctrina y práctica imperialista*, prólogo de José Núcete Sardi, Editorial América Nueva, México.
- Marx, Carlos: 1959, *Simón Bolívar*, Ediciones de Hoy, 1, Buenos Aires.
- 1960, "Bolívar y Ponte", en *Revolución en España*, Ediciones Ariel, Caracas-Barcelona.
- 1970, *Introducción general a la crítica de la economía política*, Cuadernos de Pasado y Presente: 1, Córdoba.
- 1974, *Materiales para la historia de América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente: 30, Córdoba.
- Marx, Carlos y Federico, Engels: 1975 *La ideología alemana*, Ediciones Pueblos Unidos, Buenos Aires.
- Masur, Gerhard: 1960, *Simón Bolívar*, Biografías Ganesa, México.
- 1964, *Materiales para el estudio de la cuestión agraria en Venezuela (1800-1810)*, vol. I, Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Memorias del General Daniel Florencio O'Leary*, 1952, narración, tres tomos, Imprenta Nacional, Caracas.
- Miranda, Francisco de: 1959, *Textos sobre la independencia*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: 13, Caracas.
- Morón, Guillermo: 1944, *Los orígenes históricos de Venezuela I. Introducción al siglo XVI*, Madrid.
- Núñez Tenorio, J. R.: 1969, *Bolívar y la guerra revolucionaria*, Editorial Nueva Izquierda, colección Revolución, Caracas.
- Oddone, Jacinto: 1960, "El factor económico en la independencia política de cuatro pueblos", *Revista de Historia*: 3 (11-18), Centro de Estudios Históricos, Caracas.
- Olavarriaga, Pedro José de: 1965, *Instrucción general y particular del estado presente de la provincia de Venezuela en los años de 1720 y de 1721*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: 76, Caracas.
- "Ordenanzas de Llanos de la Provincia de Caracas", 1959, en *Textos oficiales de la primera república de Venezuela*: 2 (143-144).

- Páez, José Antonio: 1964, *Autobiografía*, edición especial de la Librería y Editorial del Maestro, reproducción facsimilar, New York-Caracas.
- Palacio Fajardo, Manuel: 1953, *Bosquejo de la revolución de la América española*, Publicaciones de la Décima Conferencia Interamericana, Colección Historia: 5, Caracas.
- Parra Pérez, C.: 1954-1957, *Mariño y la independencia de Venezuela*, cinco vols., Ediciones de Cultura Hispánica, Madrid.
- Perkins, Dexter: 1964, *Historia de la Doctrina Monroe*, EUDEBA, Buenos Aires.
- Plejánov, Jorge: 1959, *El papel del individuo en la historia*, Editorial Intermundo, Buenos Aires.
- Polanco Martínez, Tomás: 1960, *Esbozo sobre historia económica de Venezuela*, dos vols. Ediciones Guadarrama, Madrid.
- Posada Gutiérrez, Joaquín: 1971, *Memorias histórico-políticas*, Bolsilibros Bedout, dos vols., Medellín.
- Poudenx, H. y F. Mayen: 1963, *La Venezuela de la Independencia*, colección Cuatricentenario de Caracas, Banco Central de Venezuela, Caracas.
- Pradt, M.D.: 1976, *Congreso de Panamá*, Edición del Congreso, Caracas.
- 1964, *Relaciones geográficas de Venezuela*, Recopilación y estudio de A. Arellano Moreno, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: 70, Caracas.
- “Relato del Capitán C. Brown”, En *Narraciones de dos expedicionarios británicos de La Independencia*, Caracas.
- Restrepo, J. M.: 1969, *Historia de la revolución de Colombia*, Bolsilibros Bedout, seis vols., Medellín.
- Revenge, José Rafael: 1953, *La hacienda pública de Venezuela en 1828-1830*, Banco Central de Venezuela, Caracas.
- Rojas, Arístides: 1972, *Leyendas históricas de Venezuela*, dos vols., Oficina Central de Información, Caracas.
- Rumazo González, Alfonso: 1955, *Simón Bolívar*, Ediciones Edime. Madrid-Caracas, 1955.
- Rus, José Domingo: 1959, *Maracaibo representado en todos sus ramos por su hijo diputado a Cortes D. José Domingo Rus*, Caracas.
- Salcedo-Bastardo. J. L.: 1957, *Visión y revisión de Bolívar*, Buenos Aires.
- 1970, *Historia fundamental de Venezuela*, Universidad Central de Venezuela, Caracas.
- Siso, Carlos: 1951, *La formación del pueblo venezolano*, dos vols., Editorial García Encaso, Madrid.
- Tavera, Acosta B.: 1954, *Anales de Guayana*, Caracas.
- Textos oficiales de la primera república de Venezuela*, 1959, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: 1 y 2, Caracas.
- Uslar Pietri, Juan: 1962, *Historia de la rebelión popular de 1814*, Caracas- Madrid.
- Verna, Paul: 1973, *Tres franceses en la independencia de Venezuela*, Monte Ávila Editores, Caracas.
- Vila, Marco Aurelio: 1969, *Els Catputxins Calalans a Venezuela*, Ediciones Ariel, Barcelona.
- Wavel, Richard: 1973, *Campañas y cruceros*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia: 9, Caracas.
- Yanes, Francisco Javier: 1943, *Relación documentada de los principales sucesos ocurridos en Venezuela, desde que se declaró Estado independiente, hasta el año de 1821*, Editorial Élite, Caracas.
- 1949, *Historia de la Provincia de Cumaná (1810-1821)*, Ediciones del Ministerio de Educación, Caracas.
- Yepes, J. M.: 1976, *Del Congreso de Panamá a la Conferencia de Caracas*, serie del Sesquicentenario del Congreso de Panamá, Caracas.

# Índice

<b>Introducción</b>	7
<b>El escenario</b>	25
<b>Capítulo I</b>	
Producción económica antes de la Independencia	27
<b>Capítulo II</b>	
Demografía y producción	43
<b>Capítulo III</b>	
La formación económico-social de los Llanos	57
<b>La acción</b>	81
<b>Capítulo I</b>	
Base productiva de los ejércitos libertadores	83
<b>Capítulo II</b>	
El Ejército Libertador	109

<b>Capítulo III</b>			<b>Capítulo IV</b>	
El Ejército Libertador de Oriente	141		Utopía para el equilibrio del universo	443
<b>Capítulo IV</b>			<b>Capítulo V</b>	
El año terrible	155		Utopía frente a fenicios	473
<b>Capítulo V</b>			<b>Dialéctica de las dificultades</b>	479
Conductor de una clase	193		<b>Capítulo I</b>	
<b>Capítulo VI</b>			El huracán revolucionario	481
La acción colectiva	209		<b>Capítulo II</b>	
<b>Capítulo VII</b>			Los mantuanos retroceden	495
El Ejército Libertador del Llano	229		<b>Capítulo III</b>	
<b>Capítulo VIII</b>			Débil instrumento de clase	509
Estrategia extensa del Libertador	261		<b>Capítulo IV</b>	
<b>Expansión de la patria</b>	335		Dificultades postreras	527
<b>Capítulo I</b>			<b>Bibliografía</b>	555
El hombre de la guerra	337			
<b>La utopía</b>	387			
<b>Capítulo I</b>				
Utopía verificada	389			
<b>Capítulo II</b>				
Idea de América en Bolívar	403			
<b>Capítulo III</b>				
Del federalismo a las confederaciones	421			



Ministerio del Poder Popular  
para la **Comunicación y la Información**

